EVA M. SALADRIGAS

NI LA DISTANCIA PODRÁ SEPARARNOS

Ni la distancia podrá separarnos

Eva M. Saladrigas

Derechos de autor © 2021 EVA M. SALADRIGAS
NI LA DISTANCIA PODRÁ SEPARARNOS
Todos los derechos reservados

Los personajes y eventos que se presentan en este libro son ficticios, no así los lugares donde se desarrolla la historia. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, es una coincidencia y no algo intencionado por parte del autor.

Salvo excepción prevista por la ley, no se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos conlleva sanciones legales y puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

ISBN: 9798549953406

Fotografía de portada: Taryn Elliott
Fotografías interiores: MAB Estudio
Diseño de portada y maquetación: MAB Estudio

https://eva-m-saladrigas.jimdosite.com

Para todas aquellas personas que en algún momento de sus vidas se han sentido manipuladas, vapuleadas, menospreciadas o maltratadas. Sabed que siempre se sale. Hay amigos, familia y gente en la que poder confiar para ayudarte a volver a ver la luz.

Como a Martina.

Contenido

Página del título
1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
EPÍLOGO
AGRADECIMIENTOS
Acerca del autor
Otros libros de la autora

1

La vida es breve, el arte es largo, la oportunidad fugaz, la experiencia engañosa y el juicio difícil…

(Hipócrates)

Tengo una cena con gente del hospital y diferentes personalidades. Este año les ha dado por otorgar unos premios y han convocado a lo más granado de la ciudad. Yo estoy en la lista de los agraciados, justo este año que no tengo la más mínima gana de ir.

—Mami, vas a llegar tarde, ya ha llegado la Abu a buscarme. —Mi pequeño tesoro me informa de que mi madre acaba de llegar.

Me doy el último vistazo al espejo y me gusta la imagen. Por fin, después de dejar atrás a Guillermo y a la pesadilla en la que me vi inmersa durante más tiempo del recomendable, y aunque no tengo ganas de acudir a ese sarao, sí vuelvo a tener ganas de arreglarme de vez en cuando. Vuelvo a mirar mi imagen reflejada en el espejo y me parece que no estoy tan mal como él me hacía creer. Me parece mentira que la sentencia le mandara a la cárcel. En el juicio me enteré por sorpresa de que ya había tenido problemas de acoso en el pasado, cuando daba clases en la UMA[1]. No sé cómo pude ser tan imbécil y no darme cuenta de la clase de persona que era, hasta que por desgracia fue demasiado tarde. Gracias a Dios que ese día mis padres se habían llevado a Marco a jugar con mi sobrino y no estuvo presente para ver en qué clase de monstruo se convirtió su padre. También debo estar agradecida a que mi vecina decidiera llamar a la policía y decir a su marido que usaran la llave que tenían de mi casa para entrar en mi auxilio. Todo por ponerme un vestido que él consideró inapropiado. Pasé casi dos meses en el hospital, no lo vi venir y no me lo esperaba, y cuando quise reaccionar ya era tarde.

Demasiado tarde.

Aún sufro pesadillas, y mi cuerpo oculta cicatrices que nunca se borrarán, pero mi hijo, mi familia y mis amigos han conseguido que fuera saliendo de la oscura soledad del pozo en el que un día me sepultó el que creí mi compañero de vida.

Llevo un vestido negro de manga francesa, largo y cruzado, con un profundo escote en uve y anudado en el lado derecho dejando una amplia abertura en la pierna. Mi ex jamás que hubiera permitido ponerme algo así, pero ir a comprar con mi hermana Carolina y nuestra amiga Lis es lo que tiene. Es un vestido sexy a la par que elegante. No tengo que seducir a nadie que no sea yo misma, así que opté por hacerles caso. Lo complemento con unas sandalias rojas de tacón que me elevan por encima del metro setenta y cinco, anudadas a la pierna y acabadas en dos claveles de ante, como la piel del resto del zapato. Son muy bonitas y me hacen unas piernas muy largas. Cierto es también que en los últimos meses he perdido algo de peso y mi talla ha bajado a una cuarenta y dos. No soy una mujer pequeña ni delgada, pero tengo unas curvas proporcionadas, y gracias al gimnasio, donde deben estar. He decidido dejar suelta mi melena castaña cobriza, que cae en cascada hasta media espalda. En la peluquería me aclararon las puntas un par de tonos, favoreciendo mi tono de piel y dando luz a mi rostro y a mis ojos marrón verdoso. Me he maquillado solo un poco: *eye liner*, sombra gris con algo de iluminador, y dos capas de máscara de pestañas para dar a mi mirada más intensidad y hacer que mis ojos parezcan más rasgados de lo que ya son. Lo completo con un colorete de ligero brillo y labios en un rojo tan intenso como mis zapatos. En mi día a día es complicado ir así, me cuido y cuido mi piel, sobre todo desde que vuelvo a tener tiempo para mí, pero mis turnos en neurocirugía a veces son agotadores y normalmente solo uso una crema que da efecto buena cara junto con un poco de máscara de pestañas, un tono natural en los labios y poco más. A diario llevo el pelo casi siempre recogido por comodidad, por eso hoy me apetecía verme diferente.

Cojo la cartera roja, meto la barra de labios, la invitación, un paquete de pañuelos, un pequeño billetero y mi móvil.

—Guau, hija, estás increíble. —Mi madre se acerca a mí para darme un beso—. No imaginas las ganas que tenía de verte así.

—Gracias, mamá, quizás sea un poco excesivo, pero ya conoces a Carolina y a Lis, con ellas no hay manera.

—Pues a mí me parece que estás increíble. ¿Has vuelto a perder peso?

—Creo que no, pero tampoco me ha venido mal.

—Eres preciosa, ahora y antes. Que nadie te diga lo contrario.

Mi madre siempre ha sido muy delgada, al igual que mi hermana, y en cierto modo he envidiado su figura toda la vida. Ahora creo que he empezado a aceptarme, y justo cuando lo hago empiezo a perder peso sin proponérmelo. El par de tallas que he dejado atrás me hacen sentir muy bien, aunque nunca seré una flaca de las que se le marcan todos los huesos, como algunas veces deseé.

Suena el timbre de la puerta e imagino que debe ser Iván, mi compañero de cardiología que se ofreció venir a recogerme. Abro la puerta y al verme se queda plantado en la puerta sin saber qué decir. Sus ojos centellean y me recorren de arriba abajo con una mirada que nunca había visto en él.

—Joder, Martina, estás espectacular, *para echarte un polvo, nena* —me dice esto último bajito al oído y no puedo más que reír.

—Luego se lo cuentas a Alba, a ver qué le parece a ella —respondo en tono de guasa, porque no hay tío que esté más loco por su chica que él.

—Bueno, mejor lo dejamos —añade—. ¿Nos vamos? Ella irá más tarde, ya sabes que su jefe no la ha dejado salir antes.

—Mamá, gracias por quedarte con el peque, sé que te hubiera gustado ir, pero…

—Alguien se tiene que quedar con él, y sabes que no me pesa hacerlo. Diviértete y disfruta de tu premio. Lo mereces.

Me abraza con esa fuerza que solo las madres tienen, y su olor, el de siempre, embarga mis sentidos haciéndome saber que todo está bien. Bajamos los cuatro por el ascensor, Iván bromea con mi hijo, y él sonríe con las cosas que le dice. Es un niño muy maduro para apenas tener tres años, ha vivido situaciones que ningún niño debería ni siquiera imaginar.

Me despido de ellos en la calle donde mi madre ha dejado aparcado el coche y me subo en el Mercedes GLK de Iván. Me gusta este coche, pero nunca me plantearía comprar algo así, prefiero el transporte público. El tráfico de Madrid es insoportable y ahora con el tema de la contaminación y las restricciones mucho peor.

—Tú también estás muy guapo, Iván, te sienta muy bien el traje.

—Quita, quita, me lo he tenido que comprar a la carrera porque no sé qué he hecho con los míos. Igual los llevé al tinte y nunca los recogí, no he podido dar con ellos. El trajecito de marras me ha salido por un pico. Oye, en serio, estás preciosa, deberías pasar consulta vestida así, al menos las malas noticias serian menos malas —dice riendo.

—Lo estaba pensando. Por cierto, no imaginas la pereza que me da ir a este evento.

—Anda ya. Buena comida, agradable compañía y bebida gratis. ¿Qué más se puede pedir? A darlo todo, nena, hay que disfrutar.

—Con lo bien que estoy en casa con mi peque viendo una peli, o llevándolo a la cama y leyéndole un cuento. Ya sabrás a qué me refiero cuando tengas hijos.

—Uy, qué va, ya estoy vacunado de todo. Pañales, biberones, antojos... que no, que no. Mira, me sale sarpullido en la piel solo de pensarlo —me enseña su antebrazo derecho, desabrochando la camisa

hasta el codo mientras el semáforo está en rojo. El desagradable pitido del coche de atrás nos dice que el color ha cambiado a verde, y reanuda la marcha no sin antes protestar por la impaciencia del conductor—. La gente no tiene aguante. ¡Qué mal follados, coño! —Me sorprende su forma de hablar y no puedo menos que echarme a reír.

Llegamos al hotel, el Eurostar Tower, e Iván se dirige al parking, puesto que han reservado plazas para los asistentes a la gala. El evento tiene lugar en el restaurante de la planta treinta, con unas vistas espectaculares a la ciudad. Al no ser una reunión de muchas personas el salón panorámico es el mejor del hotel para ello. No he estado aquí nunca y solo entrar en el ascensor ya impresiona. Iván al momento se deja llevar por el lujo y parece que ha nacido para este tipo de celebración.

—Es una pasada, ya solo con ver el ascensor se me aflojan las piernas. Pasar una noche aquí debe ser un auténtico placer.

—Sí, pero no para el bolsillo —replica mi amigo—, pero tú tal y como estás hoy puedes ligarte hasta al dueño del edificio. No te vendría mal una alegría para el cuerpo, son muchos meses ya, nena, y eres muy joven.

—Déjame de historias que de solo pensarlo se me eriza hasta el vello que no tengo. No quiero más hombres en mi vida, ni ahora ni nunca. Ya te tengo a ti, y a mis amigos de silicona, que no protestan ni me hacen sufrir.

Se ha dado cuenta de que no debería haber dicho nada de eso. Es cierto que hace más un año que no estoy con nadie, pero la experiencia me dice que más vale sola que mal acompañada.

—Lo siento, no debí… pero creo que no deberías cerrarte al amor. Eres una preciosidad, inteligente, brillante, joven y muy divertida. Lo que pasó no tiene por qué repetirse. Por fortuna no todos los hombres somos iguales.

—Lo sé, pero no me hace falta. Sé que te preocupas por mí, y te lo agradezco, pero aún tengo heridas sin cerrar y algunas marcas que no se han borrado. Y cicatrices en mi cuerpo que me lo recuerdan cada vez que las veo. No puedo evitar tener miedo. Y el miedo me hace ser cuidadosa.

—Está bien, entiendo que debes cerrar esa etapa de tu vida tú sola, pero siempre estaré aquí por si me necesitas, ya lo sabes.

—Lo sé, y nunca os podré agradecer todo lo que hicisteis por mí, tanto en el hospital, como mis amigos y mi familia. Sin vosotros jamás lo hubiera conseguido.

—Eres muy fuerte, claro que lo hubieras hecho, pero los amigos estamos para eso.

Me atrae hacia él y me besa la cabeza. Justo en ese momento se

abre la puerta y salimos al salón del evento. Ya hay bastante gente ocupando sus lugares asignados en las mesas. Una chica muy guapa con una falda lápiz negra y una camisa blanca, se acerca a nosotros carpeta en mano. Nos pregunta nuestros nombres y nos acompaña a nuestra mesa, que por fortuna para mí es la misma. Mientras nos acomodamos, se acerca un camarero a preguntarnos qué deseamos tomar. Me decanto por un vino blanco, hace meses que no tomo una gota de alcohol y hoy me apetece.

Las mesas se llenan poco a poco de comensales. Aparece el director de nuestro hospital, que se sienta en la mesa junto a nosotros, y algunas personas importantes dentro de nuestro ámbito.

Al cabo de unos minutos comienza la entrega de premios y cuando me nombran, pese a los aplausos de mis compañeros y jefes, echo de menos a alguien con quien celebrarlo. Mi hermana tampoco ha podido venir, y un nudo se me coge en la garganta. En el discurso de entrega apenas oigo lo que dicen, solo pienso en que quizás si hubiera hecho las cosas a la manera de Guillermo, hoy estaría conmigo. Iván me da un pellizco en la pierna y me susurra al oído que deje de pensar en lo que no debo. Este chico a veces parece vidente.

—Aaayy... Joder, parece que tienes pinzas en vez de dedos, ya voy, ya voy —respondo levantándome con una sonrisa impostada que nada tiene que ver con la pesadumbre que siento por dentro.

Me felicita el secretario de sanidad del servicio madrileño de salud, encargado de entregar el premio, y siento cientos de ojos clavados en mí, escrutándome, analizándome. Espero no caerme por las improvisadas escaleras metálicas que han colocado para llegar al estrado. Al moverme, mi vestido se abre más de lo que esperaba, menos mal que le puse un imperdible para que el respetable no viera más pierna de la cuenta. Levanto la cabeza y enderezo la espalda, intentando caminar con seguridad tanto al subir como al bajar. Al hacerlo, una cara familiar situada en primera fila, sentada cerca de nuestra mesa, me sonríe de manera amistosa. No acierto a saber quién es, pero sus ojos oscuros y su pelo un poco más largo de la cuenta, de un castaño casi negro, y una barba de tres días, me suenan muchísimo. Lleva un esmoquin negro con la camisa a juego y le sienta como un guante. Tiene una sonrisa especial, y esa sensación de familiaridad me persigue al igual que su mirada, sin que logre ubicarlo. Está más que bien, creo que, de conocerle, recordaría muy bien a alguien así.

A llegar a mi mesa todos me felicitan y yo me dejo querer, pero estoy deseando que se acabe el evento para poder marcharme a casa. Justo al bajar del escenario ha llegado Alba, la novia de Iván, que se ha acomodado a nuestro lado y me ha dado un abrazo. Cuando por fin la cena termina, empiezo a agobiarme al acercarse a mí demasiada gente. Le digo a Iván y Alba que necesito salir, me disculpo y salgo al

pasillo a intentar respirar para sofocar la angustia que me invade. No veo ningún sitio al aire libre así que decido bajar una planta a ver qué encuentro. En esta planta está situado el spa. Imagino que estará cerrado a estas horas. Empujo la puerta y para mi sorpresa se abre. El espacio es exquisito, y las vistas tan impresionantes como desde el restaurante. Antes de entrar miro a ver si por casualidad hay alguien, no quiero molestar, pero veo a nadie. Me siento en una de las tumbonas y me quito las sandalias. El olor a cloro y aceites que se respira en estos lugares me gusta y me ayuda a relajarme.

—Señorita Gutiérrez.

Una voz profunda y sensual llega hasta mis oídos haciéndome estremecer a la vez que me sobresalta. Me giro con las sandalias en la mano y cuando intento levantarme el moreno del esmoquin elegante se sienta a mi lado. Joder, ahora ya sé quién es. Al nombrar mi apellido los recuerdos se arremolinan en mi mente.

—Señor de la Vega, ya decía yo que su cara me sonaba de algo.

—Debería darle la enhorabuena por su premio.

—Solo hago mi trabajo, no tiene mérito. Sí, ya sé que suena a cliché barato o falsa modestia, pero este año me escogieron a mí —respondo con sinceridad.

—Seguro que se lo merece. ¿Cómo se encuentra? ¿Recuperada?

—Más o menos. Aún me cuesta algunos días, pero mi hijo y mi trabajo me ayudan. Gracias por su interés. Y por favor llámeme Martina. Ya no soy una defendida en su juzgado.

—Está bien. Martina. —Su voz acaricia mi nombre y mi vello se eriza—. Llámame Samuel, aquí no soy juez, solo un invitado más. ¿Ese chico con el que has venido es tu novio? —Le miro asombrada por su pregunta y al momento se da cuenta—. Lo siento, soy muy indiscreto. Al verte salir del salón pensé que a lo mejor no estabas bien y me extrañó que no te acompañara.

—No te disculpes, no es necesario. No es mi novio, solo es un compañero de trabajo y un buen amigo, me ha ayudado mucho. Tan solo necesitaba salir de allí, me agobian tantas atenciones, no me gusta estar en el ojo del huracán.

—Lo sé, me di cuenta los días del proceso.

—Nunca pude darte las gracias por lo que hiciste.

—Es mi trabajo, no fue nada excepcional.

—Ya, pero pudiste acortar la condena, y aplicaste la pena máxima.

—Tenía antecedentes, era lo más justo y conforme a la ley. Sé que es mi trabajo y al igual que a muchos de mis compañeros esos comportamientos y estos tipos nos superan. Hacemos lo que podemos por el beneficio de las víctimas, siempre dentro de la ley.

—No me gusta pensar que soy una víctima. —Cojo la sandalia para ponérmela, la ato alrededor de mi tobillo y hago lo propio con la otra.

Me levanto porque el ambiente húmedo y recalentado del spa empieza a molestarme y noto como si el aire me faltase—. Creo que me voy a despedir y me marcho, no me apetece estar aquí más rato.

—Considero que ya no eres una víctima, fue algo puntual, y desde luego viéndote hoy nadie lo pensaría. Estás impresionante. Tómate una copa conmigo y después te acompaño a casa o a tu coche.

—Gracias, tú también estás mejor sin la toga, aunque reconozco que el negro te sienta muy bien. No tengo coche, pediré un taxi, agradezco tu ofrecimiento.

Salimos de la zona y en ese momento un chico aparece con las llaves para cerrar. Nos mira a los dos con ojos acusadores, imagino que pensando lo que no es, aunque bueno, que piense lo que quiera. Samuel me mira y eleva la comisura de los labios guiñándome un ojo. También se ha dado cuenta de los pensamientos del chico.

—¿Te tomas esa copa conmigo? —Vuelve a preguntar. Pone su mano en la parte baja de mi espalda y una sensación extraña pero agradable recorre mi cuerpo. Huele muy bien, a sándalo, canela, nuez moscada y algo cítrico. Me gusta ese olor.

—Está bien, pero solo una. Hace meses que no salgo y no quiero llegar a rastras a casa. Por cierto, me gusta tu perfume, aunque hay un ingrediente que no logro identificar. —Joder ¿acabo de decir eso? Sonríe, mostrando unos dientes perfectos y un ademán sexy. Madre mía pero qué demonios estoy pensando, ¿me he dejado el filtro en casa?

—Es *L´eau D´iseey*. Lleva yuzu, no me preguntes qué es porque no tengo ni idea, nuez moscada, canela y sándalo. No te preocupes, te llevaría en brazos si fuera necesario antes de que te arrastraras por el suelo —añade con una sonrisa.

—Es un cítrico. Ya decía yo que tenía notas de algo ácido. El yuzu es como una pequeña naranja, pero amarilla, y su sabor se parece al pomelo.

—¿También sabes de botánica? Eres una joya.

—No, pero la cultura japonesa me llama la atención y ese fruto es uno de esos «superalimentos» que sirve para muchas cosas, o eso dicen.

—¿Has visitado Japón? —pregunta mientras entramos de nuevo en el salón de la fiesta, volviendo a posar su mano en mi cintura. Es un gesto protector, posesivo, e incluso algo íntimo, pero lejos de incomodarme me gusta. No me preguntes, serán las hormonas, la falta de compañía masculina o el alcohol, aunque solo he tomado un par de copas de vino en la cena.

—No, ya me gustaría, no me da la vida para tanto. Tengo otras prioridades. —Nos acercamos a la barra y me pregunta qué quiero tomar—. Un puerto de indias con tónica, por favor.

—Yo un Bombay Saphire con tónica también —le dice al camarero. Sonrío y al verme añade—. Sí, como Grey, pero es de las pocas cosas que comparto con ese personaje. Además, no lo tomo solo y lo hacía desde mucho antes de la peli o los libros.

—Ja, ja, ja, me has leído el pensamiento. O sea, ¿también compartes algunos gustos más con él? —joder, otra vez. ¡Pero qué coño me pasa con este hombre! ¿Por qué me da la impresión de que le gustan esas bromas y que lo conozco desde siempre?

—Es posible, pero el sado no es una de ellas, no te preocupes —responde sin dejar de sonreír.

—¿Por qué habría de hacerlo? ¿Me vas a hacer firmar un contrato? ¿Tienes un helicóptero? ¿Un jet? —Ahora el que ríe es él y me gusta el modo en que sus ojos se arrugan al hacerlo—. ¿Qué hace un hombre cómo tú leyendo ese tipo de libros?

—No, no, y lo siento, pero no, no tengo ningún transporte aéreo. Solo soy un simple juez, mi sueldo no da para esos vicios. Y en cuanto a lo demás, si quieres saberlo tendrás que conocerme mejor. —Al decir eso se acerca a mi oído y la calidez de su aliento hace que mi estómago se tense—. Leo muchas cosas.

—Qué bien acompañada te veo, flor. —Iván se acerca a nosotros, con Alba rodeando su cintura— ¿No decías que no querías saber nada de hombres? —me dice al oído.

—Este es Samuel de la Vega, el juez que juzgo mi caso.

—Vaya, qué casualidad —exclama mi amigo, sorprendido. Le presenta a su chica y antes de despedirse de nosotros, tras asegurarse de que él me acompañará a casa, me lleva a parte y me dice que no lo piense, que un polvo es un polvo y que se nota que hay algo entre nosotros.

—Eres un exagerado, ni siquiera me acordaba de él, no estaba yo por esos intereses en ese momento.

—Ya, pero a ese tío le gustas. Inténtalo, flor, no pierdes nada.

—Hasta el lunes, pesado.

Las palabras de Iván me dejan pensativa. Imagino que algo de razón hay, si no es así, no tiene sentido que, tras verme salir, fuera a ver dónde estaba yo. Se está comportando como un caballero, me ha hecho reír, algo que no hacía desde no sé cuándo y lo cierto es que me gusta, pero…

Iván y Alba se marchan y nosotros seguimos tomándonos la copa que teníamos empezada. Me pregunta si me quedó alguna secuela, si he vuelto a saber de Guillermo y qué pienso hacer cuando él tenga que salir. Muchas preguntas para las que solo tengo algunas respuestas.

—Tengo una cicatriz en la cabeza y en la cadera, que me recuerdan una y otra vez lo que ocurrió aquel día, y pesadillas de vez en cuando,

pero las heridas del alma son las que más tardan en cicatrizar. El gimnasio y Virginia, mi fisio, lograron que no tenga ningún problema físico más. Alguna cicatriz me molesta de vez en cuando, pero poco más. Es más doloroso saber que mi hijo tiene un padre así, y enterarme por sorpresa de que hace años también una chica sufrió por su culpa.

—No logro entender cómo no sabías lo de la otra denuncia —añade, mientras sus dedos juguetean con la copa de balón en la que nos han servido los gin tonics, el suyo de un bonito color azulado. Desvío la mirada a sus manos, que parecen suaves, de dedos largos y uñas cuidadas.

—Cuando conoces a alguien no te dice: «hola, soy Guillermo y me expulsaron de mi trabajo por acosar a una alumna y provocarle lesiones». Era encantador, sexy, divertido, amable, cariñoso… No entiendo, ni siquiera desde el punto de vista neuronal, que haya personas que puedan encerrar a otra dentro. Porque eso es lo que era, dos personas totalmente opuestas.

—No comprendo a ese tipo de tío. Bueno, de persona, no vamos a sexualizar. Que tengas a tu lado a la persona que te ha dado lo más importante, que se ofrezca en cuerpo y alma, además, en tu caso un hijo y una vida en común, y lo eches a perder por, por… Joder, es que no lo comprendo y por más años que me dedique a esto no creo que lo logre.

—Es pasado y no me apetece rememorarlo, ¿te importa?

—No, perdona.

Se baja del taburete y se lleva la copa, alejándose de mí, dejándome con cara de boba porque no sé lo que se trae entre manos. Llega al otro lado del salón, saluda a alguien y así, dejándolo con la palabra en la boca, se vuelve hacia mí, sonriendo. Camina seguro de sí mismo, sabiéndose atractivo y que no le pierdo de vista.

—Hola, soy Samuel de la Vega. Llevo un rato observándote y pienso que eres la chica más bonita del salón, ¿aceptarías tomarte una copa conmigo?

Al terminar el soliloquio ya no puedo dejar de reír. Es increíble que una persona que a priori parece tan serio, pueda ser tan payasa. Se me saltan las lágrimas de tanta risa. Cuando por fin puedo componerme, saco un pañuelo de la cartera y me seco las lágrimas y los regueros negros que surcan mis ojos.

—Hola, soy Martina Gutiérrez, y acepto esa copa, pero solo porque eres a quien mejor le sienta el esmoquin de todo el salón.

Se acerca a mí y me da dos besos, demasiado cerca de mis labios. Mis fosas nasales se dejan acariciar por su perfume y no puedo evitar cerrar los ojos un segundo para aspirar su olor. Cuando los abro me mira con una sonrisa socarrona. Miro hacia abajo porque noto mis

mejillas arder, y no solo porque me ha pillado, sino por el roce de sus labios en mi cara.

—Estás preciosa cuando te avergüenzas.

—Si tú lo dices… No sé qué me pasa, debe ser el alcohol, no recuerdo actuar así desde... ¿nunca? Debería irme, mañana tengo que recoger a mi peque y el día con él es cualquier cosa menos relajado.

—Vamos entonces.

—No es necesario que me acompañes. Además, también has bebido.

—No he traído coche, pediré un Uber.

Me sorprende que alguien como él viaje en transporte público. Aunque yo lo haga, no es lo habitual.

—¿No conduces? —pregunto sorprendida.

—Sí, pero cuando sé que va a haber alcohol no lo cojo. He visto demasiadas cosas que no deberían pasar por no ser responsable.

Me vuelve a sorprender que tenga esos pensamientos tan acertados, porque siempre creemos que nosotros somos capaces de conducir sin que la bebida nos afecte.

Me despido de compañeros que aún quedan por allí, de mi jefe, y de alguna persona más. Samuel hace lo mismo y nos encontramos en la salida, a la entrada del ascensor. Su mano viaja a mi cintura de nuevo, como algo familiar y a lo que podría acostumbrarme.

Son más de las dos de la mañana, y aunque estoy cansada me gustaría que la noche no acabara aún. Me siento cómoda en su compañía y no es algo que me pase a menudo. Al llegar a la salida del hotel, el coche está esperando en el espacio reservado junto a la puerta. Ha refrescado y me estremezco. Pasa su mano por mis hombros, mirándome para pedir permiso sin decir nada y asiento. Su olor me vuelve a embargar. Subimos al coche, le indico al conductor mi dirección y por un rato permanecemos en silencio.

—Sé que es muy tarde y no quiero imaginar lo que vas a pensar de mí, pero ¿te gustaría tomarte la última de la noche en mi casa?

Me mira entre asombrado y satisfecho, sonríe y toma mi mano dejando un beso en el dorso, y una caricia con el pulgar en la parte interna de la muñeca, provocando que mi piel arda.

—No voy a pensar nada de ti, tan solo es una copa, ¿no? Y aunque no fuera así, tampoco te juzgaría. Yo no saco conclusiones de nadie a priori, bastante tengo con mi trabajo. Me encantaría tomarme esa copa. Te lo hubiera propuesto yo, pero creo que habría sonado más… ¿intenso?

—¿Dónde has estado metido toda mi vida? —le pregunto avergonzándome al momento.

Desvío la mirada hacia la ventanilla y me quedo en silencio. Sé que me observa, toma mi mano de nuevo y una corriente fluye entre ellas,

o eso me parece. Se acerca más y coge mi cara con una mano para que lo mire a los ojos.

—Eh, no pasa nada. No has dicho nada malo. Yo también he pensado eso, llevo tiempo pensándolo, y al verte esta noche…

—¿Qué? ¿Has pensado en mí? —Su declaración me sorprende porque solo nos vimos en determinadas situaciones y no en el sitio ni el momento más adecuado.

—Sí, no eres una mujer fácil de olvidar. He repasado tu caso más de una vez, por si podía habérseme escapado algo y evitar que tu marido salga tan pronto. Después, cuando todo acabó y desapareciste de mi vida, me he acordado de ti más de una vez. No sé, tal vez tu mirada, en la que aparte de miedo había determinación, osadía, el decir a mí no me vence nadie, quizás, no sabría decir. Llevaba tiempo sin tener un caso como el tuyo y ver las fotos de tu agresión me dolió, no por ser tú, sino por el hecho en sí. Soy imparcial en mi trabajo, no debo dejarme influir por nada, pero después, con el paso de los meses, me hubiera gustado saber cómo estabas, si te habrías recuperado, si tu hijo estaba bien.

Me deja sin palabras, es lo que menos me podía imaginar, pero en el fondo me siento halagada.

—No es mi marido, solo fue mi pareja y desgraciadamente el padre de mi hijo. En cuanto a lo que me has dicho no sé qué pensar. Pero te agradezco la preocupación.

Sus ojos me traspasan y algo que no sé interpretar me atrae. Llevo tanto tiempo dedicándome a mi trabajo y a mi hijo que estas sensaciones me pillan de improviso. Parece un tío íntegro, muy serio en lo que hace y divertido en su tiempo libre, pero tengo tantas cosas que superar…

Llegamos a casa, en la calle Serrano, nos bajamos del coche, y se queda asombrado al ver el edificio donde vivo. Es de las calles más caras de Madrid, si tuviera que pagarla no podría, pero solo es un préstamo. Vamos, que vivo de okupa prácticamente. Silba al ver la entrada, demasiado lujosa, por cierto.

—No es mío, solo es un préstamo, no podría pagarlo ni en siete vidas —le digo al ver que sigue asombrado—. No podía seguir en la casa que compartí con Guillermo.

—Pensé que los médicos en algunas especialidades ganaban de lujo.

—Me temo que no. No gano mal, para nada, pero no como en otros países o profesiones. De hecho, creo que un juez gana más.

Subimos en el ascensor hasta la octava planta. Solo hay tres pisos por rellano y pese a tener solo dos habitaciones, es enorme. Posee una preciosa terraza que bordea toda la vivienda, con suelo de teca y algo de césped artificial. No suelo disfrutarla mucho porque la barandilla

no es muy alta y me da miedo, sobre todo por Marco.

Abro la puerta y le invito a entrar. Dejo las llaves en la consola de la entrada y encamino mis pasos al salón, donde al entrar se enciende una tenue luz.

—¿Domótica y todo? ¡Es todo un lujazo! —exclama.

—Sí, cuando tenga que irme lloraré. —respondo divertida.

—Imagino que no debe ser fácil cambiar esto por algo más normal.

—Seguro que no, aunque bueno, como sé que he de hacerlo no me estoy encaprichando mucho, es más bien como estar en un hotel. Ponte cómodo, voy a ver lo que te puedo ofrecer.

Me dirijo al aparador de estilo colonial, que contrasta con el suelo de mármol blanco que se distribuye por las habitaciones. No es algo que yo hubiera escogido, pero disfrutar del suelo radiante que tiene la casa lo suple con creces. Noto su mirada clavada en mi espalda, mi pulso se está volviendo loco y aprovecho que no me ve para tragar saliva e inspirar profundamente.

—No tengo *Bombay*, lo siento. ¿Prefieres un café? Te aseguro que esta cafetera los hace deliciosos.

—Como tú. —Su voz sensual pegada a mí, me sorprende y me excita a la vez. ¿En serio he pensado eso? Joder, este tío me vuelve del revés, hace que pierda el norte y el sur, y hasta el este. ¿En qué momento ha llegado hasta mí? Doy un respingo y me aparto, se da cuenta y se aleja—. Lo siento, no pretendía asustarte, no sé qué me pasa contigo. —Baja la mirada arrepentido.

Al mirarlo de nuevo descubro que se ha quitado la chaqueta, que descansa en una silla del salón, y se ha deshecho la pajarita desabrochado un par de botones de la camisa, dejando a la vista un triángulo de piel bronceada. De forma inconsciente trago saliva.

—Eh… no pasa nada, tan solo no me lo esperaba, pensé que estabas en el sofá. Eso es lo que pasa por tener estas estancias tan grandes, uno no sabe por dónde anda. ¿Hace ese café? —pregunto mirándole a los ojos.

—Sí, perfecto, pero no tienes que molestarte, podemos charlar sin más.

Su voz se hace más profunda y su mirada más intensa, o eso me parece a mí. Por un momento creo que sus ojos se han desviado a mi boca y a mi escote, bajando hasta mi pierna. Mi sexo se contrae y mi respiración se acelera. Joder, no puedo controlar las sensaciones que solo su voz o su mirada me hacen sentir.

—No es molestia.

Articulo la respuesta a duras penas, marchándome hacia la cocina. Los zapatos me están matando, pero no voy a quedarme descalza.

Preparo los dos cafés y los llevo en una bandeja al salón. Está mirando una estantería con cientos de libros que tengo en una pared.

Es impresionante, mide más de uno ochenta y cinco, de espalda ancha y hombros rectos. Sus piernas interminables terminan en lo que intuyo un culo de escándalo. ¡Madre mía, ya estoy otra vez! Está claro que Iván tiene razón y mis amigos de silicona no me sirven, al menos ante un espécimen así. Me acerco despacio pero el repiqueteo de mis tacones le alerta, se gira y me mira sonriendo.

—Tienes una colección muy buena No me digas que también venían con la casa.

—Ja, ja, ja, no, esos son míos. Todos. Bueno, y de Marco. Es mi rincón favorito de la casa. Ese sillón también es mío, al igual que la mesa de estudio. Como la vivienda solo tiene dos dormitorios habilité esta zona para mí. Pude hacerlo en mi cuarto, pero no me gusta que el trabajo se mezcle con el…

—¿Placer? —pregunta con intención.

—Descanso. Solo llevo aquí desde lo de mi ex.

—¿Llevas casi un año sin…? Perdona, no sé qué me pasa hoy, no hago más que meter la pata. Quizás debería irme, no controlo nada, no me reconozco —dice algo azorado. Me parece muy tierno que un hombre como él, con su presencia y su aplomo, de repente se avergüence.

—No te sientas incómodo, no tengo nada que perdonarte, y sí, no me quedaron muchas ganas de relaciones. Ni de sexo, si es lo que quieres saber.

—Sé a qué te refieres, pero eres tan especial que no puedo creer que nadie ocupe tu vida.

—Te equivocas, no soy nada especial, y sí tengo a un hombre que ocupa mi vida, ya lo sabes.

—Sí eres especial y deberías saberlo. Quien no lo vea no te merece, nadie puede decir lo contrario. Has luchado y has ganado, todo eso es pasado. Tienes todo un mundo por delante para ti, para ponerlo a tus pies.

—El café se enfría —respondo tratando de cambiar de tema.

Caminamos hacia el sofá, y al sentarme, o más bien al desplomarme, el vestido se abre aún más, dejando a la vista casi la totalidad de mis piernas. El imperdible se ha abierto y al intentar colocarlo en su sitio me pincho. Doy un grito maldiciendo.

—Mierda, el puto alfiler. —Los ojos de Samuel se achican mirándome y sonríe.

—No hace falta que te tapes, eres preciosa, no lo ocultes. Parece que has perdido mucho peso estos últimos meses. ¿Estás bien?

—Sí, imagino que por culpa del estrés. Cuando ya me había aceptado como era, mi organismo decide ahora darme lo que siempre quise.

—Eras espectacular antes y lo eres ahora. No sé qué os pasa a las

mujeres con el peso y las tallas.

—No digas eso. Nunca me he visto atractiva y tampoco se lo parecía a Guillermo.

—Ese tío es un hijo de puta y no dejará de serlo nunca. Lo siento si te duele, pero es la verdad. A mis ojos eres preciosa, divertida, brillante, ingeniosa, y no es por efecto del alcohol que haya podido consumir esta noche.

Toda esa sarta de piropos me deja sin habla. Una cosa es que te la diga un amigo y otra muy diferente que te lo suelte a bocajarro casi un desconocido, un maromo que podría ser modelo, con los ojos más oscuros que la noche y la voz más sexy del mundo. Ahora ya sí estoy segura de que mi filtro ha dejado de funcionar, debe estar atascado porque lo único que quiero es que me arranque el vestido y me folle en el sofá.

—Martina, ¿estás bien?

¿Pregunta que si estoy bien cuando acaba de desatar la tercera guerra mundial entre mis piernas?

—¿Eh? Sí, estoy bien, solo cansada. Si no te importa me voy a quitar las sandalias, ya no puedo más con los pies.

Coge uno de mis pies y lo deja apoyado en sus rodillas, y yo como no controlo le dejo hacer. Desata los lazos con suavidad, rozándome cada vez que deshace una tira. Cuando se queda con mi pie entre sus manos y empieza a masajearlos, un gemido se escapa de mis labios.

—Mmmm…

Me mira a los ojos y sonríe. Cuando considera que ha pasado el tiempo suficiente coge mi otro pie y sigue el mismo ritual. No puedo más, me arde todo el cuerpo, no solo donde pasan sus manos, que de momento no han subido del tobillo, pero no impido que siga.

De pronto sus caricias suben hacia mis rodillas, el vestido casi abierto del todo no tapa nada más allá del culote de encaje negro que llevo. Sus dedos me producen un placer indescriptible y noto como me humedezco sin pretenderlo, pero tampoco sin evitarlo. Se arrodilla en el sofá prácticamente encima de mí, mientras sus manos siguen subiendo hasta el lazo de mi vestido. Antes de desatarlo me mira a la cara y en sus ojos veo prendido el mismo deseo que debe haber en los míos.

—Martina… —Ahora su voz solo es un leve susurro —. Dime que pare y lo haré, no quiero que pienses lo que no es, pero…

—Sigue por favor, no te pares.

¿Eso lo he dicho yo? Ay, Dios, ¿qué me han dado hoy en la cena?

Desabrocha el lazo de la manera más lenta y tortuosa que puede, creo que voy a estallar sin tocarme siquiera, ¡qué mala es la abstinencia! Abre el vestido y me observa con la mirada de quien ve algo increíble por primera vez. Un brillo casi infantil en sus ojos me

revela que le gusta lo que ve, y yo me enervo aún más. Paso mis manos por encima de su camisa acariciando su pecho delgado pero musculado, lo justo, no en exceso. Es perfecto, al menos como me gustan a mí los hombres. Al llegar a sus tetillas un gemido escapa de su garganta. Se retira de mi cuerpo y aún vestido y con la pajarita colgando a ambos lados del cuello de la camisa, me mira de nuevo.

—Me pareces una delicia y voy a comprobar si es así —afirma. Junto las piernas para rozarme, pero me las separa—. Quieta, no te va a hacer falta ayuda, preciosa Martina. —Siento mi sexo palpitar, Dios, podría correrme solo con su voz—. Así, perfecto.

Se acerca a mis labios y los devora. Yo le correspondo, mientras le tiro del pelo noto su dureza a través del pantalón. Está claro cuánto me desea, tanto como yo a él. Inicia una marcha con su boca hacia mi cuello, quiero moverme, pero su cuerpo me aprisiona.

—Tranquila, mi pequeña Martina, no tengas prisa.

Su voz pronunciando mi nombre me recuerda al chocolate líquido, miles de sacudidas recorren mi cuerpo. Baja hasta a mis pechos, que podrían cortar cristales con los pezones, y los muerde por encima del sujetador. Creo que jamás han estado tan duros.

—Dios, Martina, tus tetas son…

Deja la frase en suspenso y sigo notando salir la humedad de mi interior, mientras él baja acariciando con su lengua mi vientre, rodeando mi ombligo, para pararse en mis bragas. Pasa la nariz por ellas aspirando mi olor, el aroma de mi deseo.

—Me encanta cómo hueles, cómo huele tu deseo. —Desliza su lengua por encima del encaje y al llegar a la zona húmeda me mira y sonríe—. ¿Eso es por mí? Es todo un honor, Martina, no te voy a defraudar. Ahora voy a comprobar si lo que noto es verdad. —Aparta el encaje y se adentra en mí con cuidado, un dedo primero, sin dejar de mirarme a los ojos—. Guau, nena, estás empapada, no puedo creerlo, voy a por más, ¿te parece? —pregunta y yo enloquezco cuando lo único que quiero es que siga y me lleve al paraíso.

—Síii... no pares, por favor continúa.

Mete dos dedos más en mi interior, haciéndome agitar y subir las piernas para notar más presión. Cuando creo que voy a explotar, saca los dedos de mí para acercarlos a mi boca, los chupo y el sabor de mi pasión me excita todavía más. Es algo raro, algo que nunca había hecho, y sin embargo, con un hombre del que apenas sé nada, me hace confiar en él y me enloquece. Vuelve a su acoso.

—Por favor, Samuel, no pares, no me dejes así. —Mete sus dedos en mi interior mientras con su lengua baja a mi clítoris, dolorido por sobreexcitado, y sin que pueda evitarlo un terremoto se produce en mi interior y un líquido caliente sale de mí—. Dios, ¿eso es...? —pregunto cuando ya he conseguido dejar de gemir y de revolverme.

—Sí, preciosa, deliciosa por otra parte, como yo pensaba. ¿Quieres saborearte?

—Sí, pero quiero que me folles, y no con los dedos, quiero que me la metas, te necesito, Sam.

—Joder, no llevo condones, ¿no tendrás…? Hostia, llevo tanto tiempo sin relaciones que…

—Tomo la píldora, y no te voy a contagiar nada, ni siquiera recuerdo la última vez que lo hice, por favor, Samuel.

—Yo también estoy limpio, pero sentirte así, va a ser tan intenso que no creo que aguante mucho.

—Dios, hazlo ya.

Madre mía, estoy excitadísima de nuevo después de ese descomunal orgasmo. Quiero más, todos, siempre. Le ayudo con la ropa y me quedo sin habla al ver el tamaño que gasta.

—No sé si eso va a entrar en mí, es... muy grande.

—Créeme, sí entrará, mi mano es grande y la has acogido sin problema. Voy despacio, ¿vale?

Se acomoda sobre mí, y en la primera intrusión me hace gritar. Se para y me mira con preocupación.

—Sigue, estoy bien, solo ha sido la sorpresa.

Me muevo para acomodarlo a mí, y noto como casi golpea mi cérvix, produciendo oleadas de doloroso placer. Joder, este hombre es un Dios, creo que en mi vida me he corrido dos veces seguidas, y menos eyaculando, y este lo consigue solo con los dedos. Necesito alguien así en mi vida. Le necesito a él. ¿Pero qué estoy pensando? Yo no soy así, soy racional y analítica, pero con él parece no valer nada de eso. Mi razón se quedó en mi cuarto cuando me vestía antes de ir al evento.

Sin apenas darme cuenta me encuentro encima de él, montándolo yo. Noto como desgarra mi culote y desabrocha mi sujetador, ni idea de donde está mi vestido.

—Eres preciosa, Martina. Mírate, mira tus tetas, me pones a mil. Tócate, cariño, acarícialas mientras me follas, eres una tentación.

Al oír esas palabras mi clítoris toca las castañuelas y me lleva de nuevo al borde del precipicio. Joder, otro orgasmo increíble. Me mueve arriba y abajo en una danza frenética con las manos en mis caderas, pero al ver que me he acomodado a su ritmo, baja una mano para acariciar mi botón de placer, catapultándome en apenas tres roces a un orgasmo infinito, mientras sigo cabalgándolo. Me dejo caer justo en el momento en que una sacudida me indica que se está corriendo antes de que yo me recupere. Me quedo tumbada en su pecho, completamente desmadejada. Mañana tendré agujetas hasta en las uñas. Me acaricia el pelo, con suavidad, enredando sus dedos en él.

—¿Estás bien? ¿Martina? —pregunta y no sé qué responder. Ni

idea de si lo que hemos hecho está bien o mal. Somos casi dos desconocidos, o al menos yo no le conozco, pero por otra parte no quiero que se vaya. Me podría quedar así el resto de mi vida, sintiendo los líquidos escurrir de mi interior mientras su erección va perdiendo fuerza—. Cariño, dime algo.

—Estoy bien, muy bien, solo me planteaba… —le digo incorporándome para mirarlo.

—No te plantees nada. Ha estado genial, ni tú ni yo tenemos que darle explicaciones a nadie, y esto ha surgido porque tenía que ser así, pero no me gustaría que se quedara en un polvo de una noche. Martina, deseo entrar en tu vida.

Sus palabras me golpean en el alma, pero no duelen, al contrario, es algo que me halaga y reconforta. Que un hombre como él quiera algo más conmigo, conociendo mi pasado, intuyendo mis miedos y mis inseguridades, es algo que habla muy bien a su favor.

—Martina, encontrarte hoy ha sido un regalo inesperado, es lo mejor que me ha pasado en años. Ya sabes que estos meses a menudo te he recordado, he imaginado que me encontraba contigo por la calle, incluso fantaseé con la idea de buscarte, pero no soy un acosador, no es mi condición, me convencí a mí mismo que si teníamos que encontrarnos pasaría sin más, y debe ser que le he mandado tantas plegarias al universo que me ha hecho caso.

—Me siento halagada, pero yo no sé nada de ti. Estoy en inferioridad de condiciones, y sabes que mi mochila viene cargada de miedos, inseguridades, cicatrices que aún no han desaparecido, y un hijo que para mí es lo primero.

—¿Qué quieres saber de mí? Pregunta y yo te cuento, o mejor aún, te voy contando y tú me preguntas.

—Por lo pronto, quítate la camisa que yo estoy desnuda y tú no. Además, deberíamos ir a la ducha o nos quedaremos pegados.

—No me importaría quedarme pegado a ti, o mejor dentro de ti. Ha sido fantástico, nunca lo he hecho sin condón, salvo con mi mujer.

—¿Estás casado? —No puede ser cierto, todo parecía demasiado perfecto. Un rayo me recorre por dentro y me levanto lo más rápido que puedo. Me coge por la cintura y me vuelve a atraer hacia él.

—Divorciado. Hace siete años. ¿Crees que soy del tipo de tío que engañaría a su mujer? Tienes razón, apenas me conoces, es normal que tengas dudas.

—¿Qué pasó? Bueno, si quieres contármelo. Si no empieza por algo más sencillo, como tu edad, tu familia, tus hobbies…

Sigue acariciando mi pelo y mi espalda, se desabrocha la camisa y deja ver un tatuaje, justo encima de su pecho derecho. Parecen símbolos japoneses. Lo recorro con mi dedo y noto cómo se estremece al roce de mi piel, le miro y sonríe, sube mi cara hasta dejar sus labios

pegados a los míos. Tiene otro más, unas golondrinas que van desde la espalda al costado, y alguno más en otras zonas, pero me llama la atención el de los símbolos. Nunca imaginé que un juez llevara tanta tinta en su cuerpo.

正義のしもべ。

—Significa *servidor de la justicia*. Me lo hice cuando saqué la plaza. Tengo cuarenta años y una hermana que trabaja de controladora aérea, aunque sea ingeniera aeronáutica. Tengo dos sobrinas adorables de dos años y medio. Mi cuñado es catedrático de derecho canónico.

—Uy, ¡qué divertido! Perdón, sigue. Son preciosos, todos. Los tatuajes, digo.

—Sí, para mí es la rama más aburrida, pero él estudió en el seminario y luego conoció a mi hermana, lo demás te lo puedes imaginar. Mis padres son, bueno, eran abogados. Ya se jubilaron y viven en una casa en La Finca, y en cuanto a mí, me casé con treinta años poco después de sacar la plaza. Nos conocíamos de la facultad. Fue algo muy explosivo, y como nos iba bien, pensamos que por qué no. Pero no todo se basa en el sexo, así que nos dimos cuenta de que no teníamos nada en común, y tras cuatro años de pasión entre el año antes de casarnos y los tres siguientes, ella siguió su camino y yo el mío. Tengo un ático en la calle Jorge Juan, y hace tres meses que me pedí una excedencia por tres años.

—Tampoco vives en un mal sitio, guapo. ¿Y cómo te permites la excedencia? Perdón, no es algo que me incumba. Así que algo basado en el sexo, ¿no?

—Claro que sí, si quieres conocerme. Mis abuelos nos dejaron una herencia muy respetable, y ese piso donde vivo formaba parte de ella. Le di su parte a mi hermana, que vive en un chalet, y el resto lo invertí en inmuebles. Es muy rentable. En cuanto a por qué pedí una excedencia, la razón fundamental es porque hay veces que ves cosas ante las que no puedes actuar y te va quemando poco a poco. Imagino que también pasa en tu trabajo. Esto que acaba de pasar entre nosotros dos no es nada que tenga que ver con lo que tuve con ella, no te rayes. Ya no soy un jovencito, sé perfectamente lo que quiero, aunque hayamos empezado así.

—¿Un caso complicado? —pregunto sin dejar de acariciar su tatuaje. Sus dedos siguen enredados en mi pelo y su otra mano rodea mi cintura, bajando hasta una de mis cicatrices ahora camuflada con un Ave Fénix—. Te creo, y si esto que acabamos de empezar no sale adelante, pues nada, hemos disfrutado un polvo de escándalo.

—No te vas a librar de mí con tanta facilidad, preciosa. En cuanto al trabajo, después de tu caso, ya te he contado como lo viví, tuve un par más donde además había malos tratos infantiles, a bebés como mis

sobrinas y tu hijo. Poco a poco los casos más complicados que llegaban a mi juzgado me fueron afectando, y… A ver, lo sé, yo escogí familia así que no debería quejarme, pero llevaba tiempo dándole vueltas a nuestro sistema judicial y la cada vez peor calidad jurídica de las leyes, plagadas a mi juicio de contradicciones, arbitrariedad y falta de claridad. Todo ese cúmulo de situaciones me hizo planteármelo. ¿Un Ave Fénix? —pregunta al examinar mi tatuaje.

—Sí. Creo que la leyenda de este pájaro va muy bien con lo que ocurrió, con recordarme que yo puedo, que soy más fuerte de lo que parece. ¿No te aburres? Yo no podría estar sin trabajar.

—Para nada me aburro, ocupo mi tiempo con otras aficiones. Tengo un pequeño taller donde restauro coches antiguos.

Lo del taller me sorprende. Le miro los dedos, que hace poco estaban dentro de mí, y veo sus uñas cuidadas y limpias.

—No me voy a dejar las uñas sucias, por Dios, no soy un mecánico, es solo por placer. Además, siempre uso guantes de látex, son muy útiles, seguro que ya lo sabes —dice sonriendo a darse cuenta dónde he posado mi mirada—. Es Isma, un amigo de la infancia quien lo lleva. Tiene varios talleres de tuneado y rehabilitación de vehículos.

—¡Qué interesante! —me mira interrogante.

—¿Te aburro?

—¿Qué? No, lo digo muy en serio, el mundo de los restauradores debe ser apasionante. El hecho de hacer algo con las manos me parece muy emocionante. Yo creo que no sería capaz de hacer algo así.

—¡Pero si tú trabajas con las manos! Y en algo aún más complicado, ¿Cómo no ibas a ser capaz? Yo creo que puedes hacer lo que quieras. Tu profesión sí es impresionante y muy complicada. ¿Por qué la neurocirugía?

—Estudié neurología. Desde pequeña siempre tuve claro que quería ser médico, me parecía que saber el comportamiento del sistema nervioso y sus patologías era algo muy interesante y divertido.

—¿Divertido? Eres única, no me parece para nada eso, pero imagino que el derecho tampoco te resulta interesante a ti. —Me mira con una mueca divertida en sus ojos.

—Bueno, pues en una residencia en cirugía me di cuenta de que quería ir más allá que quedarme tras una mesa o pasar consulta sin más, así que me especialicé en eso. Y parece que no lo hago tan mal. —respondo mirando el premio que yace olvidado en la consola de la entrada. Se me escapa un bostezo, Samuel sonríe y acaricia mi cara.

—Preciosa Martina, deberías descansar un poco, mejor me voy. Te recojo a las doce y comemos juntos —dice y me doy cuenta de que realmente quiere algo más.

—No, quédate, vamos a descansar un rato, aunque deberíamos darnos una ducha primero. En cuanto a lo de comer, no sé. Los fines

de semana que no trabajo los paso con Marco, no quiero dejarlo solo. Bastante duro me resulta que crezca sin un padre real.

—Entonces te propongo otra cosa: me quedo contigo, a fin de cuentas son casi las seis y media de la madrugada, después te invito a comer y pasamos el día juntos. Por la tarde te llevo a recoger a Marco, os traigo a casa, con toda mi pena me voy a mi casa a dormir solo, y el domingo os recojo y pasamos el día tú, yo y Marco.

No doy crédito, ¿me está pidiendo pasar el día con mi hijo y conmigo? ¿Quiere conocerlo? Y todo eso solo por pasar tiempo juntos. ¿De verdad esto me está pasando? No sé qué decirle, se da cuenta de mis dudas y sonríe acercándose a mi cara. Pasa un dedo por ella, acaricia mi labio y posa los suyos en ellos.

—No sé qué decir, ¿de verdad quieres pasar el domingo con un niño de tres años y una madre soltera?

—Hombre, sería raro pasarlo con una madre casada, a menos que estuviera casada conmigo. —Sonríe, y su sonrisa parece un amanecer, al ver mi cara se ríe, y con cada carcajada me desarma.

—Tienes razón, sería mucho más raro. Déjame que hable con mi madre a una hora razonable. Me seduce mucho tu plan, pero no dependo de mí.

—Me gusta seducirte, de cualquier forma. —Su voz se transforma en algo cálido, oscuro y muy sensual.

—Vamos a la ducha o…

—¿O...?

Me atrae hacia él de nuevo y solo con ese gesto me siento arder de nuevo. Suspiro y veo que, pese a la oscuridad de sus ojos, sus pupilas se han dilatado. Y no solo sus pupilas, seguimos desnudos en el sofá y su excitación también es evidente en otras zonas de su cuerpo.

—Vamos a la ducha, pero antes quiero hacer algo que se me ha pasado por la cabeza nada más entrar en tu casa. Vístete, por favor —me pide, pero suena autoritario—. Venga, Martina, ponte lo que traías.

—Te recuerdo que mis bragas han pasado a mejor vida —respondo con descaro mientras me levanto para coger el sujetador, que está tirado en el suelo, y el vestido que parece que le ha pasado por encima un tren de mercancías.

—Ponte otras.

—¿Para que acaben igual? No, señoría, confórmate con el resto. Lo que veo en tu mirada me dice que no vas a ser para nada indulgente con mi ropa interior, y te aseguro que no fueron baratas.

—Te compraré un millón como esas —replica con voz ronca.

—Lo dudo cuando veas lo que cuestan.

—Eres muy contestona. Venga, date prisa.

Esa parte imperativa me gusta, no sé por qué, no es algo que me

agradara cuando Guillermo lo hacía. Claro que lo suyo no era por diversión, se volvía violento de verdad.

—Está bien, señor De La Vega. —Me pongo el sujetador sin dejar de mirarlo a los ojos. No sé qué me pasa, pero estoy cómoda y confiada a su lado, es algo que no recuerdo haber sentido nunca, o tal vez ya lo haya olvidado. Cojo el vestido y me lo anudo como antes—. ¿Las sandalias también?

—Sí. —Él también se ha vestido, salvo la americana. Me ayuda con los zapatos, y al atarlos acaricia mi pierna subiendo demasiado. Suspiro ruidosamente—. ¿Ya vuelve a estar lista, señorita Gutiérrez?

—Eso parece, señor De La Vega —respondo sin avergonzarme ni un pelo.

Me coge de la mano y me lleva hacia mi rincón especial del salón, me toma por la cintura y me sienta en mi mesa con las piernas separadas. Me besa mientras vuelvo a tironear de su pelo y gime en mi boca. Lleva su mano a mi empapado sexo, colándose en él con facilidad. No puedo creer que después de tantos meses sin sexo ni me moleste la intrusión. O sabe muy bien lo que hace, o mi cuerpo reacciona ante sus atenciones de forma exagerada.

—Esto es justo lo que he imaginado cuando he entrado en tu casa: follarte en la mesa y más cuando me has dicho que es tu rincón especial. Quiero que lo sea aún más. Que cada vez que te sientes en ella te acuerdes de mí. —Sus dedos se mueven con rapidez en mi interior, llevándome otra vez al límite—. No es que mi idea fuera hacerlo, no creas que mi intención ha sido esta desde que te vi, pero al ver cómo reacciona tu cuerpo y el mío, no he podido resistirme. Te lo hubiera hecho aquí primero, pero hubiese sido demasiado agresivo la primera vez, ¿no crees?

—Ahh... no sé qué decir, salvo que no pares.

Mi cuerpo ha vuelto a tomar el control de mi mente y no pienso contradecirlo. Baja por mi cuerpo, amasando mis tetas, pellizcando mis duros pezones y perdiéndose con su boca en mis curvas. Llega a mi sexo devorándolo de nuevo, dejándome justo en el punto de no retorno para, sin quitarse la ropa, embestirme como si no lo hubiera hecho tan solo hace un rato, consiguiendo que me corra con su mera intrusión. Arqueo la espalda para darle mayor acceso y él lo aprovecha sin dudarlo. Empuja una, dos, tres veces hasta el fondo y se deja ir con un grito en el que pronuncia mi nombre.

—Joder, no es normal lo que me pasa contigo. O tengo cuidado o cualquier día me corro con verte. —Me besa aun sintiendo los espasmos del orgasmo—. Y ahora, preciosa Martina, a la ducha y a descansar un rato. Hay mucho que hacer hoy.

Sin salir de mí, me coge enredando mis piernas en su cintura, para llevarme al baño. Me pregunta dónde es y le indico. Por el pasillo me

deshago del vestido y el sujetador, intento quitarme las sandalias, pero no puedo y acabo dándole sin querer con el tacón en las costillas.

—¡Auhh! ¿Quieres matarme?

—Perdón, es tu culpa, yo iba descalza, —replico sin dejar de reír.

Llegamos al baño y me suelta en el suelo de la ducha, abro el grifo después de quitarme las sandalias, dejándolas tiradas de cualquier manera en la puerta. Los fluidos corren por mis piernas sin que me importe lo más mínimo. Se acerca a mí quitándose la ropa de forma sensual, pero yo, al menos de momento, estoy servida. Salir de guardia ayer, sin apenas dormir una siesta insignificante, y toda la noche sin pegar ojo y de actividad intensa la última parte, me tienen muerta. Creo que me podría dormir de pie.

—Ni lo intentes de nuevo. En los últimos tres días habré dormido cinco horas, así que o me das tregua o necesitaré una cura de sueño, señoría. Déjame que vea lo que te he hecho con el tacón asesino. —Se da la vuelta y puedo contemplar su perfecta espalda trabajada y, al igual que la parte delantera, en su justa medida. Un arañazo rojo la cruza cerca de la cintura—. Ahora te curo cuando salgamos, se vaya a infectar y me demandes por intentar hacerte un tatuaje con un tacón.

—Ja, ja, ja, sí, seguro que lo haría, puedes tatuarme lo que quieras si me tienes entre tus piernas, preciosa Martina. —Cada vez que me llama así, consigue que me derrita.

Nos duchamos tranquilamente, tomándonos nuestro tiempo entre besos y caricias, y pese a que el fuego que crea nuestro roce es poderoso, nos metemos en la cama. Antes de caer ya estoy dormida.

No sé cuánto tiempo ha pasado. Abro los ojos y una tenue claridad entra por la ventana con la persiana a medio bajar. Estoy sola y la cama está fría. Por un momento pienso que lo he soñado todo, pero en la silla de la habitación veo la camisa de Samuel y sus pantalones. A lo lejos me llega el rumor de cacharros en la cocina y el aroma del café recién hecho penetra por mis fosas nasales. Me desperezo y aunque me duele hasta el dedo meñique del pie, me siento bien, muy bien. Quizás demasiado. No solo por la maratón de sexo, o al menos para mí lo ha sido, sino también por el hecho de sentirme deseada por alguien como él, aunque en un principio me sentí abrumada por saber que me había recordado. Hay algo que necesito saber, así que se lo preguntaré en cuanto tenga ocasión.

Antes de darme tiempo a levantarme, aparece en el marco de la puerta, solo vestido con el bóxer, provocando que mi respiración se corte, mi pulso se acelere y el *alien* que se ha instalado entre mis

piernas desde hace unas horas, me diga que quiere más marcha.

—¡Buenos días, preciosa Martina!

Su sonrisa es capaz de calentar el Polo Sur. Quizás la verdadera causa del calentamiento global sea él, deberé investigar en serio. Me estiro de nuevo, perezosa y sonrío. Mi pelo debe ser un absoluto desastre, pero no me importa. En cambio él está arrebatador. Lo lleva peinado hacia atrás, aunque me temo que no durará mucho así, y un poco húmedo.

—He preparado el desayuno, aunque no sé si desayunar o desayunarte —dice enarcando una ceja, ladeando su sonrisa, y mirándome de un modo tan sexy que consigue decantarme definitivamente por la última opción—. ¿Qué prefieres tú?

—Buenos días, señor De la Vega —respondo mirando a su bóxer—. Si un modelo de Armani aparece en mi puerta de esa guisa, se me olvida el hambre, la sed y hasta dónde estoy.

Vuelve a sonreír y achica los ojos. Se acerca caminando despacio, sin dejar de mirarme con el deseo colgando de sus pupilas. Está claro que él también prefiere la variante de *desayuno* menos alimenticio, al menos el bulto de su entrepierna así lo denota. Llega hasta la cama, se sienta a mi lado y devora mi boca, logrando solo con eso que mi sexo lo reclame, humedeciéndose tanto que podría montar todo un acuario entre mis piernas. Le acaricio el pecho y bajo mi mano para internarme en su deseo, pero me detiene, me coge en brazos y me lleva hasta la cocina, sin darme opción a réplica, porque mi boca sigue atrapada en la suya. Me sienta en la silla de la barra de desayuno y se separa de mí. Estoy desnuda, no he cogido nada de ropa, pero pese a mi desnudez no me siento incómoda, por extraño que parezca. Solo saber que tal y como soy me desea y le excita verme así, logra que me sienta poderosa y no tenga el más mínimo pudor, algo que jamás antes me había ocurrido.

—Antes vamos a comer algo, no quiero que se enfríen las tortitas. —Una pila de estas aparece delante de mis ojos como por arte de magia. Junto a ellas el bote de crema de cacao, que de vez en cuando le pongo a Marco, y algún día uso para permitirme un capricho. También ha puesto mantequilla y mermelada—. No sé cómo tomas el café, pero la cafetera esa de la NASA solo me ha dejado preparar capuchino.

—¿Y dónde dices que has estado todo este tiempo metido? Has preparado mi café favorito, hasta con virutas de chocolate, canela y tortitas, creo que podría habituarme.

Su sonrisa se ensancha aún más, descubriéndome esas ligeras arruguitas en sus ojos que le dan un toque interesante.

—Creo que todo este tiempo he estado buscándote, o esperando encontrarte. Nunca me he sentido tan cómodo con alguien que apenas

conozco, pero es que tengo la sensación de que entre tú y yo hay algún tipo de conexión. No sabría explicarte. Sé que te gustan las tortitas con mantequilla, que a veces le pones chocolate, y que el capuchino es tu café favorito y esperas algún día tomártelo en la plaza San Marcos, aunque te cobren quince euros por uno. —Debo estar soñando porque todo lo que ha dicho es cierto. Le miro sin creer lo que acabo de oír. Sonríe y se acerca a mí, deja un suave beso en mis labios que me estremece, haciendo que mis ya duros pezones se disparen al infinito—. Me gusta ver tus reacciones y que no te tapes. Eres preciosa, toda tú, con tus cicatrices, tus miedos y tus dudas —pasa el dedo con la suavidad de una pluma por la cicatriz aún enrojecida de mi cadera, bajo el tatuaje, y mi piel se eriza—. Te ayudaré con cada una de ellas. —Vuelve a rozar sus labios con los míos.

—No sé qué decir, parece que me conoces mejor que yo, sin embargo solo sé de ti lo que me has contado.

—Tenemos todo el tiempo del mundo si me dejas. Ahora desayunemos, antes de que verte desnuda se convierta en algo especialmente doloroso y se me olvide que no hemos comido. Espero que te guste mi receta.

Sirve una tortita para él y otra para mí, le pongo un pizco de mantequilla y la pruebo.

—Mmmm... está realmente deliciosa. ¡Le has puesto canela a la masa! ¡Me encanta!

—Es el toque del chef De la Vega —añade con misterio.

El café también está justo como a mí me gusta. No entiendo cómo es eso posible, no le he dicho cómo me gusta. Le miro sin decir nada y veo que me devuelve la mirada complacido, pero en sus ojos hay algo más. No es algo que haya visto antes, no sabría descifrarlo, pero una cálida corazonada me dice que esto es real, que puede salir bien, que debo intentarlo, sea lo que sea, lo que ha surgido entre nosotros.

—Uy, qué tarde —suelto cuando veo que son más de las once y media de la mañana—. Debo llamar a mi madre. ¿Sigue en pie lo de mañana? —pregunto con timidez, temiendo que solo fuera un arrebato por el calentón, aunque de ser así, no seguiría ahí mirándome de esa manera.

—Por supuesto, y lo de hoy también. —responde subiendo y bajando las cejas de una manera muy significativa.

—Hola, mamá, ¿todo bien?

—Sí, cariño, todo genial, ya sabes que Marco no da problemas. Espera un momento, que quiere hablar contigo. ¿Anoche fue todo cómo debía?

—No, mamá, mucho mejor. —Se me escapa un suspiro que no pasa desapercibido para mi madre, pero mi peque le ha quitado el teléfono y está contándome mil cosas.

—Cariño, tranquilo, no me entero si hablas tan deprisa,

—Que ha venido la tía «Calolina» con el tío y Pablo, me van a llevar al «Letiro» y al parque de «atlacciones», ¿me dejas quedarme hoy también? Porfa, porfa, porfa… —Con lo ilusionado que parece me da pena decirle que no, pero…

—Los sábados que no trabajo ya sabes que los pasamos juntos.

—Mami, porfaaaaaa. —Aprovecho su insistencia para proponerle lo del domingo, ya veré cómo paso yo este día.

—Bueno, valeee, pero con una condición:

—Síiii, lo que tú «queras», mami.

—Mañana voy a recogerte sobre esta hora, te presento a un amigo y pasamos el día juntos. Lo llevamos a Faunia y le cuentas todo lo que sabes de tus animales favoritos, ¿te parece?

—Vale. ¿Quién es ese amigo? ¿Cuándo lo has conocido? —pregunta curioso— *¿Le gustaré?*

—Le conocí hace tiempo, pero nos encontramos ayer de nuevo, y por supuesto que le vas a gustar. —Samuel no pierde detalle de la conversación, asintiendo cuando le doy explicaciones a Marco.

—Me parece bien, mami. Te paso con la Abu.

—¿Martina? —El modo de pronunciar mi nombre no deja lugar a dudas. Me levanto y voy hacia mi habitación con la excusa de coger mi bata de seda del armario. No me apetece que Samuel esté presente en esta conversación.

—Mamá tengo treinta y tres años, no creo que te deba ninguna explicación, al menos si usas ese tono.

—Lo siento, ya sabes que me preocupo por ti. Llevas más de un año intentando recomponer los pedazos y no sé quién es, ni por qué de pronto parece que estás en el paraíso, aunque mejor no quiero saberlo. Tienes razón y eres mayor, pero ten cuidado.

—Mamá, mañana verás quién es. Lo que le he dicho al niño es verdad, no puedo decirte por qué, pero estoy bien, y creo que puede ir bien, al menos necesito intentarlo. Nadie te dice todos los días que quiere formar parte de tu vida conociendo tu pasado.

—¿Entonces es cierto que lo conoces de antes?

—Más o menos. No había tratado con él personalmente, pero sí, le conozco de hace tiempo. Sinceramente, mamá, no he visto a nadie que me mire como él ni que me trate como lo hace, sin apenas conocernos. Llámame tonta, pero estoy ilusionada, todo lo que yo me puedo permitir, y con el poco tiempo que estamos juntos, por llamarlo de alguna manera.

—Está bien, hija, disfruta del día y no te preocupes por Marco, ya se encargan este par de malcriarlo. —Su tono de voz se ha dulcificado un poco y en cierto modo me da su aprobación.

—Gracias, mamá. Te quiero.

Cuelgo y dejo el móvil tirado en la cama, regreso a la cocina donde

Samuel sigue desayunando ajeno a todo. Cuando me oye llegar se da la vuelta y me mira intensamente.

—Me gustaba más cómo ibas vestida antes. —Sonríe con malicia—. Se ha enfriado tu desayuno.

—Seguro que sigue perfecto —contesto mirándole a los ojos, bajando la mirada por su perfecto abdomen hasta detenerla en el filo de su bóxer. Me acerco y paso un dedo por el elástico, donde se puede leer *Armani.* Se estremece y sujeta mi mano.

—No sé qué me pasa, pero puedo asegurarte que no me había sucedido antes algo así. Contigo es todo tan intenso... No soy ningún niño, he vivido muchas cosas, pero…

No dejo que siga hablando, mi boca secuestra la suya, la intensidad del beso va subiendo y antes de darme cuenta me veo subida en la encimera con su cabeza entre mis piernas. No puedo pensar, solo deseo que siga ahí, que me lleve a un lugar donde solo estemos los dos y de donde no quiera volver.

—Eres deliciosa, en todos los aspectos.

Sus dedos se cuelan en mi interior, dejándome cerca, muy cerca de la liberación. Antes de hacerlo se detiene, desata mi bata del todo, y me tumba un poco más, coge el bote de crema de cacao, derritiéndola entre sus dedos para extenderla por mi alterado cuerpo, que se retuerce ante sus atenciones. Los suspiros se suceden sin control cuando con su lengua limpia los restos de chocolate que manchan mi piel. Es todo tan fuerte, tan increíble.

—Diossss, eres… —Su boca vuela hacia la mía y le saboreo, devorando enloquecida los restos de mi sabor, de la crema de cacao y de su propio sabor. Separa mis piernas y se adentra en mí, arrancándome un gemido aún más intenso—. Te deseo Samuel, fóllame.

Joder, ¿acabo de decir eso? Me he convertido en una desvergonzada. Creo que solo con él soy capaz de llegar a estos límites de desinhibición y está claro que le gusta, porque sonríe y se clava en mí como si fuera la única mujer del mundo.

Sus ojos arden al igual que sus manos, sigue costándome adaptarme a su tamaño, pero es más la necesidad que la molestia, así que le pido que siga, que no se detenga, que me haga vibrar, que me haga creer que todo es verdad y que esto no es un sueño del que me despertaré en algún momento. Sonríe de deseo y me incorpora agarrándome por las caderas, sacándome casi hasta el filo de la mesa para acceder mejor a mi interior. Bombea despacio, de manera tortuosa, placentera e implacable. Me vuelve loca, creo que es la primera vez en mi vida que disfruto de este modo, ansío que me toque, que no deje jamás de hacerlo.

—¿No crees que ya he demostrado con creces que esto no es un

sueño? Aunque he de reconocer que a mí también me lo parece. Deberás demostrarme tú también que no lo es. Martina, ¿eres un sueño? —susurra a mi oído.

—No, Sam, no lo soy. Soy real. La misma que hace un año era poco más que un despojo, solo que en unas horas has conseguido que parezca otra persona, no me reconozco. No te vayas, no me dejes nunca.

Qué vergüenza, sigo diciendo tonterías. Si solo hace diez minutos que nos conocemos, ¿cómo puedo ser tan idiota? No acabo de asimilar mis palabras porque un terremoto de diez en la escala Richter me sacude, arrasando con el poco sentido común que me queda y con mis pensamientos negativos. Noto cómo mi vagina se contrae y le atrapa, succionándole hacia mi interior, hasta que gime y se deja ir sin control, barriendo mis dudas con sus besos.

—No me voy a ir a ningún lado donde no estés tú, si me lo permites, mi preciosa Martina. Para nada eras un despojo, siempre hubo en tu mirada esa fuerza que imagino es la que te ha ayudado a salir adelante.

Como ya hiciera hace un rato, me coge en brazos sin salir de mí, llevándome al baño. Al llegar me baja de sus caderas y me deja de pie en el suelo. Preparo el agua y nos damos una relajante ducha, en la que esta vez sí, también lavo mi pelo con mi champú favorito, con olor a coco.

—Mmmm... Ya decía yo que olías a verano, a playa y a paraísos de arena blanca y palmeras. Cuando me desperté esta mañana ese olor me asaltó. Ayer se camuflaba con tu perfume, que por cierto también me gusta, pero ese aroma a coco en tu pelo es delicioso.

—Eres un adulador, pero sigue que me gusta —replico riendo. Cojo mi albornoz, y le tiendo una toalla limpia.

—No te estoy adulando, te digo la verdad. No me gustan los halagos, así que no los hago.

Por un momento deja de sonreír y me deja extrañada. Es una sensación rara, porque desde que nos vimos no ha hecho más que mostrar su bonita sonrisa. Solo un segundo y ya echo de menos esa adorable comisura de sus sensuales labios elevada.

—No te enfades, no era mi intención que te sentara mal. —Me acerco a sus labios y los rozo con suavidad.

—No me enfado, pero me gustaría que sintieras lo que yo siento. Sé que no es fácil de explicar ni de entender, y que tú eres científica y aún te cuesta más justificarlo, pero para mí es así. Cuando me desperté esta mañana, no sabía dónde estaba. Por una fracción de segundo pensé que todo había sido obra de mi imaginación y que una vez más, como en los últimos cuatro meses, no estabas a mi lado. Cuando vi los tenues rayos de sol de la mañana iluminándote,

durmiendo a mi lado tan relajada y tranquila, me dieron ganas de despertarte para comprobar que eras real. La luz incidía en tu cara de la tal manera que parecías un personaje irreal, con tu pelo cayendo en cascada hacia un lado de la almohada y tu boca, que dan ganas de devorar un millón de veces al segundo, dibujando una ligera sonrisa. Eras como una princesa de cuento, de una película Disney, no sabría definirlo. Contuve las ganas y me levanté a preparar algo de desayuno, y cuando llegué a tu cocina, una imagen como un fogonazo me vino a la cabeza. En mi cabeza te vi preparando tortitas y un capuchino. Te lo juro, fue así. Lo de la plaza San Marcos no ha sido tan difícil, vi la postal que tienes sujeta en un imán en la nevera y los libros de arquitectura italiana de tu librería.

—Ya, pero aunque hayas visto la postal y los libros, no significa que precisamente en esa plaza sea donde me quiera tomar ese café, pero lo cierto es que es así; desde que descubrí esta bebida he fantaseado con la idea de hacerlo.

—Quizás vayamos algún día, si tú quieres, no lo dudes.

Salimos del baño, él envuelto en la toalla morada que le he dado, y yo en mi cálido albornoz multicolor. Me gusta mirarlo porque está realmente bien. No es que mi ex no lo estuviera, pero el terror que se había apoderado de mí en los últimos años, los últimos que son los que recuerdo, me impedía disfrutar de todo.

—Ahora arréglate, tenemos un montón de horas por delante para que sigas descubriendo cosas de mí y me digas si me dejas o no formar parte de tu vida, pensándolo en frío, no cuando estamos follando. —Solo con oírlo hablar así se me encoge el estómago y mi sexo hace aguas. No sé lo que me pasa, pero la excitación continua que tengo desde ayer no la reconozco, jamás la había sentido—. Ah, y no creas que siempre va a ser así. Quiero decir, tengo que demostrarte también que sé hacer las cosas de otra manera, que hay tiempo para amarnos despacio, sin angustias y sin parecer que el hambre nos devora. Está claro que la abstinencia es muy mala compañera.

—Si sigues hablando así, te arrancaré la toalla y te montaré como si fuera la última vez. No sé qué demonios me haces ni qué me pasa contigo, porque nunca he hablado así, ni he hecho cosas como las que hemos disfrutado hasta ahora, pero te juro que lo haré. Desde anoche estoy que no me conozco. Parece que tengo el mismísimo averno instalado entre mis piernas.

—Mmmm... me encanta. Quiero ser tu Hades, pero te llevaré al Olimpo, preciosa, no lo dudes. Y aunque sea una tentación lo que acabas de decir, no te lo voy a consentir. Vístete y venga, que el día nos espera, o lo que queda de él. Antes tenemos que pasar por mi casa para cambiarme y quiero que esta noche la pases conmigo allí. Coge algo para mañana. No hace falta que lleves un pijama o camisón, no te

los vas a poner —dice cogiéndome por la cintura, pasando el dedo por la abertura del albornoz hasta llegar a mis pechos para, con un leve roce, hacerlos arder.

—Lo que usted diga, señor de la Vega. En eso si se parece al señor Grey, es usted un mandón. Pero me gusta, no como en otras ocasiones.

Al instante me arrepiento de lo que acabo de decir, pero es que me cuesta un mundo no comparar. Bajo la mirada, me deshago de su abrazo y me voy hacia el armario para sacar unos vaqueros, una camisa blanca y una cazadora de cuero azul celeste. Se acera a mí, por la espalda, coge las cosas de mis manos para dejarlas en la cama todavía deshecha y me da la vuelta.

—Me gusta ser organizado. No soy especialmente mandón y mucho menos pretendo asustarte. Jamás lo haría. Yo no soy tu enemigo, ¿de acuerdo, preciosa?

—Eso es una canción de Pablo López, ¿lo sabías?

—Sí, alguna vez la he escuchado. Bueno, pues eso. Necesito que te quede claro desde ya. Puedo ser duro si no consigo lo que me propongo, puedo incluso parecerte borde o serio, aunque no lo pretenda, pero nunca te haría daño. En ningún sentido. Y también quiero que sepas que para mí lo más importante de una relación es la sinceridad, en cualquier aspecto. Quiero saber lo que te gusta, lo que no, qué te preocupa, qué te alegra, aunque te parezca la cosa más tonta, ¿estás de acuerdo conmigo?

—Si, en todo, y dudo que seas duro o seco, hasta ahora no me lo has parecido, ni me lo pareciste en el pasado. De hecho, pensé que eras muy benevolente. No con la sentencia, no pienses que me refiero a eso, sino en la forma en que trataste a los abogados, a la fiscalía, en definitiva, tu forma de actuar. Oye, —me mira con más atención aún de lo que lo hacía, sin contestarme, esperando que siga hablando— ¿esto que tenemos es una relación?

—Esto es lo que tú quieras que sea, Martina. Lo que tú desees. Pero imagino que si te parece bien que conozca a Marco es porque deseas que lo sea, ¿me equivoco?

Le miro a los ojos y sin darme cuenta sus labios y los míos se funden en un beso tierno, suave, cálido, y sin ninguna intención sexual. Sus manos acarician mi cara y las mías recorren su pelo aún mojado.

—No te equivocas. Confío en no hacerlo yo. No podría soportarlo.

—No lo harás.

—Espero no estar yendo demasiado deprisa.

—¿Quién tiene capacidad para juzgar lo que es deprisa o no? —Me sorprende de nuevo.

—Nadie, tienes razón. Cambiando de tema, ¿quieres que mire si tengo algo de ropa que te valga, para que no vayas con el traje? —Me

mira suspicaz pero no dice nada—. Puede que todavía quede algo por ahí del dueño de la casa.

—No te preocupes, no está demasiado lejos, estaré bien.

Meto unas cuantas cosas en una minúscula maleta de cabina: una muda de ropa interior, mis cosméticos de uso diario, un vestido por si salimos a cenar, y una camiseta para mañana. Cojo los anticonceptivos y recuerdo que no me lo he tomado hoy, al haberme levantado más tarde la alarma ya se había pasado. Cojo un poco de agua y me lo tomo al instante. Me visto sin prisa, hidratando mi piel primero y dejando tiempo para que se absorba la crema. Me pongo un poco de máscara de pestañas, un ligero toque de rubor en tono rosado con ligero brillo, y un labial tono piel. Me miro al espejo, y pese a haber dormido poco, me veo bien. Mi piel está tersa y mis ojos brillan. Cuando salgo del baño, Samuel ha hecho la cama y está asomado a la terraza vestido con la camisa y el pantalón. El aire mueve su pelo, que casi se ha secado ya. Me acerco por detrás y lo abrazo por la cintura, apoyando mi cara en su espalda.

—Estoy lista.

Se da la vuelta sin soltar mis manos, y me gira para verme. Pese a solo ir vestida con un vaquero, zapatillas y una camiseta, al verme sus ojos relucen como si llevara un vestido de fiesta. Me he recogido un poco el pelo dejando una parte suelta, porque aún está húmedo. Hemos tenido un tiempo muy bueno pese a ser primeros de febrero, pero hoy parece que ha refrescado más. Me estremezco y me abraza.

—¿Bien? —pregunta con su eterna sonrisa.

—Mejor que bien.

Deposito un beso en sus labios. Entro en el dormitorio, saco del armario un abrigo corto blanco y me lo pongo encima de la cazadora de piel.

—Vamos pues, princesa.

Esa forma de hablarme, la ternura y la delicadeza con que lo hace, consigue que todo el rato esté a punto de ebullición, derretida como el helado en una tarde de agosto. ¿Por qué no nos conocimos antes? Salgo delante de él, espero a que él haga lo propio y cierro la ventana, corro las cortinas y le digo a Alexa que baje las persianas.

—Cómo me gustan estos inventos. Debería reformar mi casa para poner algo así —dice guasón.

—Bueno, es cómodo, no hay más, ya te he dicho que tampoco me puedo acostumbrar a estas tonterías. ¿Pedimos un taxi?

—¿No tienes coche? ¿No conduces?

—No tengo coche, lo suelo alquilar si me hace falta o se lo pido a mis padres. No me gusta conducir por Madrid.

—Vamos paseando, no está tan lejos y no llevas una maleta grande.

Agarra la pequeña maleta abriendo la puerta. Cojo mi bolso, meto

las llaves y marco la clave de la alarma.

—Puedo llevarla yo, no pesa.

—Seguro que no pesa, pero quiero llevarla yo —responde sin más, mientras llama al ascensor.

Bajamos en silencio, y cuando salimos a la calle me coge de la mano, me mira y sonríe. La calidez de sus dedos enlazados con los míos me hace sentir bien, en casa. No sé por qué tengo esas sensaciones, pero me gustan.

Y mucho.

2

El Derecho consiste en tres reglas o principios básicos: vivir honestamente, no dañar a los demás y dar a cada uno lo suyo. "Es el arte de lo bueno y lo equitativo".

(Ulpiano)

Cuatro meses antes

¡Hola, Sami! —Levanto la vista de los informes que tengo encima de la mesa y veo la cabellera revuelta de Marta. Siempre da la impresión de que acaba de pasar un tornado por su rizado pelo rubio. Aun así, está muy guapa, siempre lo ha sido y el tiempo sigue tratándola bien. Sus treinta y ocho años le han dado una serenidad que no tenía más joven y la hace aún más sexy.

—¡Hola, preciosa! No sabía que tenías juicio hoy —me quito las gafas y suelto los papeles en la mesa—. No te quedes en la puerta, ¿quieres un café? —se acerca a darme un beso en la mejilla y su perfume, el de siempre, a flores intensas lo envuelve todo, trayéndome recuerdos de hace mil años, no todos buenos.

—No, llevo cuatro ya. Esta noche Luis tendrá que darme un Orfidal para poder dormir. No tengo nada hoy, pero necesitaba mirar unos expedientes, ¿y tú? ¿No has ido al juzgado? —pregunta sentándose sin que se lo diga.

—No, mañana tengo uno de esos bonitos juicios —respondo apesadumbrado.

—Te veo un poco quemado, Sami, estás muy mustio. Tengo la sospecha de que te hace falta un buen polvo. ¿Cuánto tiempo llevas sin…?

—Mi Martita tan directa como siempre. No sé cuánto hace y no te incumbe. He estado muy liado. Sabes de sobra que no me apetecen más polvos ocasionales, mi época de eso ya pasó.

—Está bien, pero tengo una nueva compañera en el bufete que estaría encantada de ser uno de ellos. O quizás algo más.

—Ni se te ocurra, tus citas siempre resultan raras. No te empeñes,

ya soy lo suficientemente mayorcito como para buscar a alguien sin ayuda, si quisiera, que no es el caso. Y no, no voy a hacerme un Tinder.

Echa un vistazo a los papeles que tengo abiertos en la mesa, y me mira de nuevo, negando con la cabeza.

—¿Martina Gutiérrez otra vez? La vi hace un par de semanas.

—¿Cómo está? —por un momento me da la sensación que sueno ansioso.

—La vi muy bien, la verdad. Parece que está empezando a pasar página, o al menos intentarlo. ¿Sigues pensando en ella? Hicimos todo lo que pudimos, se aplicó la pena máxima en estos casos, no te agobies más. ¿Por qué no la llamas?

—¿Con qué excusa? No, no voy a llamarla. Si dices que está mejor me quedo más tranquilo.

—Samuel, ¿a ti te gusta Martina? Quiero decir, sé que su caso te impactó mucho, pero cada vez que tienes tiempo le das vuelta al asunto, aún no lo has archivado, sigues mirando las fotos de vez en cuando. Tendrás que admitir que resulta un poco raro, ¿no crees?

—No es raro y no es en el primer caso que lo hago.

Sueno poco convencido y lo cierto es que tiene razón, he pensado en ella más de lo que suelo hacerlo en otras ocasiones.

—Bueno, como quieras, convéncete a ti mismo si quieres, o al menos inténtalo, pero yo que tú la buscaba. Es médico, no será complicado dar con ella.

—No creo que lo haga, me vería como un acosador y me parece que ya tuvo suficiente.

—Como quieras, pero está claro que ella para ti no es un caso más.

—Hola, jefe, ¿me has llamado? —Luis, secretario judicial y la pareja de Marta aparece en mi despacho media hora después de haberlo llamado—. Hola, cariño, ¿qué haces aquí?

—Hombre, Luis, siempre tan rápido cuando te necesito —le digo con sarcasmo.

—Señoría, no eres el único que está hoy por aquí, además ya te he traído lo que me habías pedido. Espero que tengas claro el fallo, no me gustaría para nada estar en tu pellejo mañana. Vaya sucesión de casos jodidos que te han caído en gracia.

Tiene razón, estoy al límite. Cuando acabe con este caso voy a pensarme muy mucho tomar una decisión, sobre la que nunca había especulado, pero creo que me vendrá bien.

—Tienes razón, gracias. Estoy planteándome muchas cosas últimamente. —Marta me mira sin saber a qué me refiero, pero un brillo de asombro asoma a sus ojos color miel, con motitas verdes—. A su tiempo, Marta, aún no tengo nada decidido. —Se acerca a mí rodeando mi mesa sentándose en el filo, sin dejar de mirarme—. Ponte

cómoda, no te cortes —suelto con ironía.

—Ya lo hago, no me tienes que dar permiso, señoría. Sami, espero que tomes una decisión acertada, me da la impresión que ya sé por dónde vas. Ojalá no te arrepientas. —Luis nos mira a los dos sin saber qué decir, se acerca a su chica y le da un beso.

—Te veo luego, estoy hasta arriba de trabajo. Si te apetece que comamos algo mándame un mensaje o llámame. Y si no, sigue aquí coqueteando con tu ex —le dice divertido.

—Tranquilo, macho alfa, que entre Marta y yo hace años que todo está más que listo. Soy inmune a sus encantos, te los dejo todos para ti.

—Sabes que bromeo, ¿verdad?

—Por supuesto. Gracias por todo, Luis.

Se marcha, no sin antes volver a besar a Marta que sigue sentada encima de mi mesa. Cuando él se va, ella vuelve a observarme con esa mirada que no presagia más que una buena charla.

—No tengo ganas de tus broncas ni de tus charlas. Quiero seguir con esto así que, si no te importa, me gustaría estar solo.

—Sé lo que estás maquinando y también soy consciente que no serás capaz de vivir sin esto, pese a que ahora estés quemado. Piénsalo muy bien antes de cometer un error. Eres el mejor, no lo olvides nunca, por eso sigo admirándote. Además, me encanta trabajar contigo. Pese a todo. Todavía hay cosas que me duelen.

—Pensé que todo estaba claro entre nosotros desde hace años. La decisión fue de los dos. —La miro escrutando su reacción. Es transparente para mí, pero me ha sorprendido lo que ha dicho.

—No, tú tomaste la decisión y yo solo la acaté. No podía obligarte a seguir conmigo, yo no soy así. Pero aún te quería cuando lo dejamos, no fue nada fácil todo aquello. No entiendo por qué pasó, todavía me lo pregunto, y eso no implica que no esté enamorada de Luis, que lo estoy, no pienses lo contrario, pero a veces creo que nosotros éramos más... compatibles.

—¿Por qué nunca me lo dijiste? Pensé que habíamos tomado la decisión correcta, ni siquiera podíamos tener hijos juntos, o acaso lo has olvidado. Ese fue uno de los motivos, además de que lo nuestro se había enfriado. Creo recordar que aparte de sexo no había mucho más.

—Pudimos ver otras opciones, pero tú te cerraste en banda y ya todo se vino abajo. En fin, eso pasó hace muchos años, aunque no puedo evitar pensar a veces que nos hubiera ido bien de haber manejado la situación de otra forma. Sigues siendo muy importante en mi vida.

—Y tú en la mía, pero la única relación posible que tenemos, al menos para mí, es la de amistad, y la confianza de conocernos como lo hacemos. —Sus ojos brillan intensamente y parece que se ha

emocionado—. Ehh, ¿no irás a llorar? Sabes que no lo soporto. Ven aquí.

Me levanto y la abrazo contra mi pecho. Se relaja en mis brazos y su olor familiar me trae recuerdos, pero no todos son buenos. La mayoría no lo son. Feas discusiones y falta de respeto es lo que viene a mi mente en mayor parte.

—¿No recuerdas que empezamos a perdernos el respeto? ¿Qué ya te liaste con Luis cuando aún no nos habíamos separado?

—Y si…

—Marta, ¿de verdad estáis bien?

—Sí, pero a veces te echo de menos. El sexo contigo era de otra dimensión. Luis es más calmado, más simple.

—¿Y por qué coño te lo tiraste cuando estábamos juntos? ¿Y a González?

—No sé, pero ya las cosas entre nosotros tampoco iban muy bien. En fin, debo estar más sensible hoy. Siento el número, pero si te vas, me vas a dejar muy sola

—No me voy a ir, siempre estaré aquí para ti, al menos como amigos, ya lo sabes.

—Vale, bueno, se acabó el drama. Me voy, que también tengo trabajo. Mañana nos vemos. Procura descansar, te hará falta.

—Lo sé. Gracias, cariño.

Sale del despacho dejando a su paso la estela de su perfume y a mi hecho un lío. No tenía ni idea de que sintiera esas cosas por mí. No es que vaya a volver con ella, nuestro tiempo pasó, pero no me gusta descubrir que le hice daño aun sin saberlo, aunque ella me engañó. Si siete años después sigue con él, imagino que no le irá tan mal.

Me enfrasco de nuevo en el caso que llevo entre manos, tengo casi claro el veredicto y la sentencia. Menos mal que el jurado popular no se usa en todos los casos, porque no me gustaría que esta tía saliera de rositas. Es un sumario bastante feo y extraño, y por ser un caso de malos tratos de una mujer a un hombre las cosas aún son más complicadas, la opinión pública sigue pensando que estas situaciones no se dan y no existen, y por desgracia no es así. Ella intentó envenenarlo hace unos años, y al no conseguirlo tramó junto con su amante provocar un accidente, pero la cosa no salió como planearon en un principio. Pese a dejar al marido moribundo, logró recuperarse de forma milagrosa. Ella alega ahora que él la maltrataba, pero no hay ninguna denuncia, ni visita al hospital, ni nada que pueda demostrar que eso es cierto. La psicóloga que la ha estado tratando dice que tiene una personalidad psicótica y agresiva, que es capaz de cualquier cosa y después parecer un ángel. Los hijos de la pareja han sido testigos de cómo trataba a su padre y ahora también están siendo tratados por profesionales. No tengo hijos, pero para mí los niños son

lo más sagrado, no me cabe en la cabeza que los utilicen para hacer daño al otro, ni que sean las víctimas de adultos que ni siquiera debieron existir. Sé que mi trabajo tendría que hacerme ser más comedido, pero soy humano y ciertas cosas no deben ni imaginarse.

Como era de esperar, cuando llego a casa el dolor de cabeza que tengo es atroz. Es más de la una de la mañana y no recuerdo si he comido o no. Decido ir a la cocina a ver si hay algo que pueda preparar. En la nevera, sujeta por un imán, una nota de Manuela, mi asistente, me dice que tengo dentro varios platos preparados para calentar y que me tome la pastilla para la migraña. Me conoce muy bien y sabe que cuando tengo un juicio cerca me olvido de todo. Miro a ver qué hay y veo una tortilla de patatas con una pinta deliciosa. Saco un tomate, lo corto y lo aliño, y junto con la tortilla consiguen resucitar mi estómago. Un café y la medicina y estoy listo para seguir un poco más, que resulta ser hasta las cinco de la mañana. Trato de dormir un rato y cuando despierto son cerca de las nueve, menos mal que no tengo que estar en el juzgado hasta las diez y media. Enciendo el móvil y un mensaje entra mientras estoy en la ducha.

Manuela: me alegro de que te gustara la tortilla y de que me hicieras caso, pero la próxima vez vuelve más temprano. No puedes seguir con ese ritmo.

Cuando salgo de la ducha contesto al mensaje que sí, que lo haré, aunque ella sabe de sobra que no será así. Me visto con un vaquero, una camisa y un jersey azul marino. Tengo una toga esperándome en el despacho, así que me pongo una cazadora de cuero y cojo el casco. Llegaré antes con la moto.

En apenas un cuarto de hora estoy allí. Al entrar me encuentro con Marta, que acaba de llegar con Luis.

—Buenos días.

—Buenos días. Aunque parece que te ha atropellado un camión. —Tiene razón, tengo ojeras y no muy buen aspecto, pese a la ducha y las pastillas—. ¿Estás bien? ¿Otra vez te quedaste hasta tarde? No quiero imaginar cómo tendrás la cabeza hoy. ¿Café?

—Sí, uno bien cargado.

—Sami, ¿sabes que no puedes seguir así?

—Lo sé, deja de darme la chapa, para eso ya está mi madre, e incluso mi asistenta.

Sueno borde pero no consigo que dejen de afectarme las cosas. Por el contrario, ella es más fría. A pesar de que hay casos que le afectan, no lo exterioriza, pero yo no puedo evitarlo.

—Perdóneme, su señoría. Joder, como estás hoy. Te traigo el café y desaparezco.

Antes de que salga disparada por la puerta, la atrapo del brazo para enfrentarla y pedirle disculpas.

—Lo siento, estoy cansado y agotado mentalmente, tú no tienes la culpa. Gracias por preocuparte por mí.

Le doy un beso en la mejilla y su perfume me envuelve. Me rodea con sus brazos consiguiendo que me relaje un poco, dejando olvidado un beso en mi mejilla. Se despega de mí acariciando mi cara, sonríe y se marcha a por ese maldito café.

El juicio no se prolonga demasiado, no hay mucho más que averiguar así que, tras las conclusiones presentadas por las partes, declaro el caso visto para sentencia. Marta me espera a la salida, ha acabado también con su caso y nos vamos a comer juntos una vez más. Por momentos me planteo si la relación que tenemos es sana o raro de cojones que no acabemos de cortar el vínculo. Después me doy cuenta de que siempre fuimos amigos por encima de todo y lo doy por bueno.

—Marta... —hago una pausa para tratar de decir lo que estoy pensando, pero en ese momento entra Luis que se había quedado en el juzgado.

—¿Hay un hueco para mí? —pregunta al ver mi semblante serio y a mi ex atenta a mis palabras.

—Por supuesto, ¿cómo voy a negar que te sientes con tu mujer?

—Os veía muy cómodos. —Un deje de celos aparece en su voz.

—¿Estás celoso? Pensé que habíamos superado esa etapa, ¿cómo no vamos a estar cómodos si hemos estado juntos media vida? —respondo. Marta achica los ojos y empieza a enfadarse.

—¿A vosotros dos qué coño os pasa? Luis, no creo que esto tenga ningún sentido. ¿No ves que Samuel no está pasando por su mejor momento? Dejad de comportaros como dos gilipollas o la que se va soy yo. Siéntate y oigamos lo que tenía que decirme.

El restaurante se acaba de llenar, es muy bueno y siempre que tenemos juicio tarde comemos aquí. Es de comida gallega, con un marisco y una merluza excelentes. El camarero añade otro servicio a la mesa y, mientras nos traen los entrantes que hemos ordenado, les cuento la decisión que he tomado. Marta no parece muy sorprendida, pero Luis sí. No creo que se imaginara que iba a tomar esa determinación.

Acabamos la comida y proponen ir a tomar una copa. Es viernes y podríamos hacerlo sin problema, pero mi cabeza me dice que mejor me voy a casa y me meto en la cama con todo a oscuras.

—Creo que esta vez no va a ser, estoy empezando a tener dolor de cabeza de nuevo y no voy a resultar una buena compañía. Me temo

que el fin de semana va a ser intenso, menos mal que hasta el martes no vuelvo al juzgado y que no tengo guardia. Me retiro y os dejo seguir disfrutando de la tarde.

—Samuel, ¿lo has pensado bien? —pregunta Luis cuando hemos salido del restaurante.

—Sí, no es algo fruto de un impulso, llevo tiempo macerándolo. Tampoco es definitivo, es solo por un tiempo. O esa es la idea.

Cojo la moto de nuevo y llego a casa. Parece que el paseo me ha despejado, no hay mucho tráfico y el dolor de cabeza ha remitido un poco tras tomarme la pastilla. Entro en mi despacho y busco en mis papeles el informe de la señorita Gutiérrez. Sí, otra vez. No puedo evitarlo. Vuelve a mi cabeza una y otra vez, y aunque Marta me ha dicho que se encuentra bien, me encantaría comprobarlo con mis propios ojos.

El fin de semana no vuelvo a poner un pie en la calle, salvo para comer con mi hermana y las niñas que están preciosas. Veo algunas pelis, leo casi todo el tiempo y el domingo al atardecer cojo la moto y pongo rumbo a la sierra. Las tardes todavía son largas y pasear por esas carreteras me despeja y me relaja. Cada poco tiempo a mi cabeza vuelve un nombre: Martina Gutiérrez. Joder, Marta tiene razón, se está convirtiendo en una obsesión. Necesito saber que su hijo y ella se encuentran bien.

El mes siguiente resulta abrumador, quiero dejar cerrado todo lo que tengo entre manos, pero antes de darme cuenta estoy recogiendo las pocas cosas que me quedaban en el juzgado y marchándome como si me hubiera quitado un gran peso de encima. Coloco la caja de cartón de expedientes llena con mis escasas pertenencias del despacho en el asiento del copiloto de mi Porsche 356 Speedster, que acabé de restaurar en mis últimas vacaciones, y sin mirar atrás salgo del juzgado, deseando empezar una nueva etapa.

Las siguientes semanas intento relajarme. Me voy a la playa, cojo un avión y pongo rumbo a Isla Mauricio, un lugar al que Marta y yo siempre quisimos ir, pero nunca lo hicimos. Ahora, años después y en completa soledad, me embarco en esta aventura. Sé que es un destino para compartir, pero me apetecía conocerlo. Total, quizás nunca tenga con quién venir.

El hotel que me han recomendado es una maravilla, el Hilton Mauritius resort & spa. Está en la misma playa y ofrece muchas actividades que pienso aprovechar. Nunca he sido una persona muy de mar, pero creo que después de estar aquí me voy a plantear más cosas

aún. He practicado esnórquel, esquí acuático y he ido a avistar delfines en una pequeña embarcación. Pese a que una preciosa francesa de poco más de treinta años ha intentado meterse en mi cama más de una vez, mis días allí han terminado como empezaron. En más de una ocasión el recuerdo de Martina ha venido a mi mente, y la he imaginado conmigo en una de esas maravillosas playas. Joder, voy a tener que hacérmelo mirar, porque realmente esto es una obsesión en toda regla y yo no soy así, o al menos nunca lo he sido.

Tiempo después…

—Samuel, ¿irás a la entrega de premios? Luis y yo no podemos, teníamos una reserva hecha desde hace mucho y no me apetece cancelarla.

—Martita, siempre me como todos tus marrones. Sabes que no me gusta nada ese tipo de eventos, ¿qué coño pinto yo ahí?

—Deja de quejarte. Ponte uno de esos trajes que te sientan tan bien, coqueteas con quien quieras, te tomas unas copas y a lo mejor hasta tienes suerte y mojas, que te vas a consumir en tu abstinencia. Por el amor de Dios, tienes cuarenta años y eres un partidazo, ¿quién te dice que no está ahí la mujer de tu vida?

—Seguro que sí, vienen dentro de los cócteles. Vamos, Marta, no me jodas. Sabes que no me gusta nada eso.

—No, guapo, tendrás que buscar a otras para joder, no cuentes conmigo. Gracias por cubrirnos. Te quiero, Sami.

—Eres una auténtica cabrona. Me debes una muy gorda, y encima va el pesado de Fernández, que no hay quien lo aguante. Como lo sienten en mi mesa te buscaré y te mataré muy lentamente.

—Se oye muy mal. Pip, pip, pip…

Me cuelga el teléfono como si tuviera quince años, la muy descarada. No puedo evitar reír, aunque no me apetezca ir para nada. Llamo a mi hermana en un intento de convencerla para que me acompañe a la dichosa entrega de premios, pero trabaja esa tarde y no le da tiempo. No me apetece invitar a nadie más, así que me resigno y decido que iré solo y que Marta me deberá una muy gorda.

Los siguientes días lo paso en el taller, disfrutando de mi afición con los coches antiguos. Isma tiene en el taller de restauración más trabajo del que puede aceptar y me ha pedido ayuda porque no da para más. Así, con esa dulce rutina que se ha instalado en mi vida, sin presión, sin preocupaciones, sin horarios maratonianos, llega el día del evento. Intento que mi hermana cambie el día, pero no hay manera. No me queda más remedio que ir solo, a un sitio donde no quiero estar, y aguantar a más de uno que no quiero ver, ni dar explicaciones de mi decisión sobre la excedencia que pedí.

—Samuel De la Vega, me alegro de verte. —El pesado de Fernández aparece con esa sonrisa falsa y su voz meliflua que me pone

los pelos de punta. No lo soporto. Es el abogado más rastrero, pelota y poco profesional que conozco, y he conocido a unos cuantos en todos estos años—. Espero que nos hayan puesto juntos en la mesa, porque he venido solo, no he conseguido que nadie me acompañe —dice sonriendo con su repugnante sonrisa de hiena—. Estos eventos son un coñazo, y mira que se lo he propuesto a gente, pero nada.

—Sí, una lástima que vengas solo. —No me extraña, pienso, mientras trato de sonreír.

En ese momento una morena espectacular ataviada con un vestido negro, cuya abertura lateral deja ver unas esculturales piernas subidas a unas sandalias rojas, llama mi atención. Me suena mucho pero no logro ubicarla. Va del brazo de un tío que parece un modelo y se ríen de algo que ha dicho él. No sé por qué, pero un pinchazo de ¿celos? (menuda estupidez) se instala en mi estómago y ya no le quito ojo de encima. Está ubicada un par de mesas alejada de la mía.

—Samuel, ¿me has escuchado? —la voz de Fernández me saca de mi ensoñación.

—¿Eh? Perdona, no te he escuchado, estaba distraído.

Sus ojos ruedan hasta el objeto de mi mirada, abriéndose desmesuradamente al reconocerla.

—Oye, ¿esa no es aquella mujer que el marido casi la mata? Coño, ¿cómo se llamaba? Llevaste tú el juicio. Gutiérrez, ¿puede ser? —Entonces caigo en por qué me sonaba tanto. Es cierto, es Martina, el objeto de mi obsesión en los últimos meses. ¿Cómo no he podido reconocerla?— Uff, menudo cambio ha dado, tiene un buen polvazo, o dos, aunque parece que ya se ha recuperado y ha encontrado quien se lo eche.

Solo escucharlo hablar así de ella hace que la rabia se apodere de mí, y me dan ganas de estamparle un puñetazo en su redonda cara de gilipollas.

—No me extraña que vengas solo, eres un cerdo. Mira, Fernández, piérdete. Ah, por cierto, no estamos en la misma mesa, y no sabes cómo lo agradezco.

Me voy, dejándolo plantado con cara de imbécil, para sentarme en mi sitio, sin dejar de mirar cada tanto a Martina. Es cierto que está preciosa y parece recuperada del todo. Saludo a mis compañeros de mesa, cojo una copa que me han servido, y ahora sí, me dispongo a disfrutar de la velada, o al menos de las vistas. Miro la lista de los galardonados y veo que ella está entre los premiados. Una bobalicona sonrisa se instala en mi cara, pero como no conozco a nadie de la mesa evito que me pregunten al respecto.

Cuando sube al pequeño escenario que han dispuesto para la entrega de galardones, parece una actriz de Hollywood. Tiene una clase y desprende una luz que, pese a todo lo vivido, ya se

vislumbraba en el juicio. En un par de ocasiones su mirada y la mía se han cruzado y no he podido evitar sonreír. No entiendo qué me pasa con esta mujer, pero está claro que si nos hemos vuelto a cruzar es por algo. Intentaré hablar con ella, porque sospecho que su acompañante no es su pareja; al bajar del entarimado solo le ha dado un abrazo y un ligero beso en la mejilla.

Un rato después, tras acabar la cena, la sigo con la mirada al verla salir de la estancia. No creo que se marche todavía porque su pareja sigue allí, aunque ahora está acompañado de una belleza rubia que parece muy interesada en él. Tampoco ha cogido su cartera, que aparece olvidada en la mesa. Me disculpo y salgo tras ella. No la veo por ninguna parte, pero la puerta que lleva a las escaleras se cierra discretamente. Sigo sus pasos y otra puerta al final del pasillo se cierra. Me detengo a mitad del pasillo sin saber qué hacer ni qué decirle, una vez que entre y me la encuentre cara a cara.

Me doy media vuelta para volver al salón, pero antes de llegar a la escalera deshago el camino y voy hacia la sala donde ha entrado hace unos minutos. Abro despacio, y en una de las tumbonas del spa y piscina que resulta ser esta sala, está mi morena sentada —¿he pensado «mi morena»?— descalza, mirando al infinito a través de los cristales que rodean la estancia. No se percata de mi presencia y me recreo mirándola. Es una preciosidad. Está mucho más delgada de lo que recuerdo, pero aun así tiene unas curvas generosas que hacen que mi imaginación y mi falta de sexo vuelen a Mauricio con ella. Me reprendo mentalmente y me decido a hablar con ella.

—¿Señorita Gutiérrez?

Creo que hasta este momento, y pese a haber cruzado unas miradas durante la ceremonia y la cena, no se había percatado de quién soy, pero ahora tras el sobresalto ya me ha reconocido.

Pasamos un rato muy agradable tomándonos una copa. El momento en el que he conseguido que sonría me ha parecido algo sublime. Es preciosa, pero cuando ríe es increíble. Me encantaría proponerle una cita, pero a pesar de verla relajada, no sé cómo va a tomárselo si la invito, así que, tras apurar nuestras copas, le sugiero tomar un coche juntos. Por nada del mundo la dejaría marcharse sola, aunque tan solo sea por alargar el momento.

Al llegar a su casa me invita a subir a tomarnos la última, y aunque lo dice con timidez no puedo negarme. Es algo que deseo desde que la he visto, por no hablar de los meses que llevo dándole vueltas a los recuerdos de su juicio. Después de más de ocho meses desde la agresión de su marido, los días de la vista aún se ayudaba de una muleta para poder andar y cojeaba visiblemente. Nada que ver con la divinidad que hoy se presenta ante mis ojos. A ratos su seguridad se desploma, pero la mayor parte del tiempo controla la situación con un

aplomo envidiable.

Sé que tiene un hijo, y que su situación no es o no ha sido nada fácil, pero me gustaría seguir conociéndola. No sé por qué, pero creo que podríamos intentar tener algo, aunque eso es algo que solo el tiempo dirá.

Después de lo que ha pasado esta noche, verla dormir relajada en su cama, con mi brazo todavía acariciando su cadera y ese tatuaje, que para ella significa una cosa pero para mí resulta tremendamente sexy, es algo que no puedo creer, más teniendo en cuenta todos los meses que he estado pensado en ella. Imagino que si existe esa Ley de Atracción de la que tanto hablan, esta vez he conseguido que funcione. Obviamente, cuando hace unos meses volví a recordarla y repasé de nuevo los informes, no imaginaba ni por un momento tenerla así entre mis brazos fuera posible.

Tras dar varias vueltas en la cama pensando en lo ocurrido en estas últimas horas, he decido levantarme y sorprenderla preparando el desayuno. Cuando lo he tenido todo listo y he ido a despertarla, al verla despreocupada desperezándose en la cama he vuelto a tener la misma sensación de irrealidad que cuando me he despertado en la cama junto a ella.

Hemos desayunado, me la he desayunado, y al proponerle los planes que se me han ocurrido, sus ojos se han aclarado hasta tomar el color el musgo. Tiene un color entre marrón y verde muy particular, cambiantes según sus emociones. Todo en ella es sublime, ojalá consiguiera entrar en su vida y que se quedara en la mía para hacerla olvidar todo lo que ha pasado.

El paseo hasta mi casa resulta muy agradable. Nos contamos algunas cosas más, pero los silencios que hay entre las charlas son cómodos y hasta familiares, diría yo.

—¿Siempre has querido ser juez? —pregunta después de un largo silencio, con una sonrisa que es capaz de incendiar el Amazonas.

—Desde que tengo uso de razón. Ya sé que no es nada habitual, los niños por regla general quieren ser futbolistas, policías, médicos, astronautas, últimamente youtubers, pero tuve claro desde muy niño que quería ayudar a los demás impartiendo justicia. De pequeño siempre me metía en líos con niños más grandes que yo por defender a los demás de las injusticias. Me chupé más de un castigo por eso.

Me mira y vuelve a sonreír, y yo me sumerjo en esa sonrisa sin querer salir a la superficie jamás.

—Adoras tu trabajo, por eso me cuesta entender lo de la excedencia.

Me paro, ya hemos llegado a mi casa, pero quiero responder antes de subir y que la conversación quede en suspenso.

—Llevaba un tiempo planteándomelo, aunque sin mucha

convicción, pero siempre llega un detonante y te hace saltar en mil pedazos. Eso pasó en el último juicio. Hay determinadas situaciones en nuestro sistema judicial que no comparto en absoluto. En muchas ocasiones los jueces nos vemos atados de pies y manos a la hora de impartir justicia debido a la deficiente calidad legislativa, provocando inseguridad jurídica a los ciudadanos. Hoy por hoy la ley es muy difícil de interpretar incluso por los propios profesionales del Derecho. Esa es, a grandes rasgos, mi razón y mi punto de vista, pero el problema quizás sea yo, que me hago viejo y empiezo a radicalizarme.

—¿Viejo? Si solo tienes cuarenta años.

—Ya, pero es lo que sentí y es lo que hice. Necesitaba oxígeno, respirar aire puro y tomar perspectiva. ¿Por qué alguien como tú tiene que pasar por lo que tuviste que vivir? Creo que tu caso fue el punto de inflexión. No preguntes por qué, pero me impactó más que otros, tal vez porque el destino quiso que nos conociéramos así para llegar a esto después, o simplemente porque quién maneja los hilos pensó que yo tenía que estar en tu vida. O si de verdad el futuro está escrito, el nuestro empezaba por ahí. Vaya, lo siento, me estoy poniendo muy intenso y trascendental y no suelo ser así. Ignoro qué me pasa contigo, pero me da igual, es lo que siento y necesito que lo sepas. No tengo idea de adónde nos llevará esto, pero quiero que me dejes intentarlo. —Sus ojos ahora se han vuelto más castaños y brillan demasiado.

—Creo que esto no es una buena idea, Samuel. Tal vez debería irme a mi casa y olvidar lo que ha pasado.

Me deja perplejo. Hace un momento sonreía con mis historias y ahora la Martina que conocí en el juzgado aparece ante mí.

—¿Qué pasa, Martina? ¿Por qué dices eso? Pensé que querías ver adónde nos llevaba esto.

—Buenas tardes, Samuel —Mi vecino de enfrente sale a pasear al perro. Escanea a Martina y me mira sonriendo. Desde que vivo aquí no creo recordar que ninguna mujer, salvo Marta y por trabajo, haya estado en mi casa. Y el señor Villacil debe saberlo.

—Buenas tardes, señor Villacil. —respondo cortante, invitándolo a que se vaya con el perro a otra parte. Martina susurra un saludo apenas audible y baja la mirada.

De repente ya no es la diva de la noche anterior, es una niña asustada que parece aún más joven. Solo se me ocurre abrazarla y es justo lo que hago, besando su pelo. Solloza en silencio en mis brazos. Levanto su cara y veo gruesas lágrimas dejando regueros negros en su preciosa cara. Los limpio con los dedos y dejo un suave beso en sus sensuales labios. Aprovecho que la puerta de entrada al edificio no se ha cerrado y tiro de ella hacia dentro sin dejar de rodear su cuerpo con mi brazo libre.

Llegamos a mi casa y, sin darle tiempo a nada más, entramos

cerrando la puerta. La llevo al salón para que se siente y le ofrezco algo de beber. Me pide agua, y me pregunta si puede ir al baño. La llevo hacia el dormitorio principal donde dejo sus cosas y me deshago del traje, mientras ella está en el lavabo. Oigo correr el agua y la imagino lavándose la cara. Sale unos instantes después, y se sorprende al ver que me he cambiado de ropa. Llevo puesto unos vaqueros y un jersey fino de color rojo. He encendido la calefacción y el suelo radiante hace que sea un placer andar descalzo.

—¿Mejor?

—Algo —responde suprimiendo un suspiro. Me mira y no consigo interpretar lo que dice su mirada. Apenas nos conocemos y no tengo idea cómo actuar.

—¿Puedes explicarme qué ha pasado hace un momento? Pensé que estábamos bien.

—¿Me ofreces un vino o una cerveza?

—¿Tinto?

—Sí, por favor.

Tomo su mano y me dirijo con ella hacia la cocina. Ya le enseñaré mi casa más tarde, cuando consigamos aclarar lo que ha pasado.

—Tienes un piso precioso y enorme. ¿Lo reformaste tú?

—Sí, bueno, en realidad lo hizo una decoradora y un arquitecto, yo no sería capaz, pero sí restauré esa estantería y la mesa del despacho. Luego te la enseño. Helena y Jacobo hicieron muy buen trabajo.

—¿Helena Vila?[2]

—Sí, ¿la conoces?

—La he visto un par de veces en casa de Hugo[3], uno de mis mejores amigos.

—¿Hugo García? ¿El de Naturgea?

—¿Sabes quién es?

—Claro. Óscar, su abogado y socio, es uno de mis mejores amigos.

—Vaya, qué pequeño es el mundo.

—No te lo niego. Bueno, dicho esto, necesito que me cuentes qué ha pasado.

Trata de evadir la respuesta, pero tomo su cara entre mis manos para enfrentar su mirada, que vuelve a estar más oscura.

—No es una buena idea. No quiero que te enamores de mí, y me da miedo todo lo que me has dicho.

—No está en tu mano impedir que yo pueda o no enamorarme de ti, si no lo he hecho ya. No entiendo a qué viene eso ahora. Creí que estábamos de acuerdo en darnos una oportunidad.

—Pero...

—¿Qué?

—No quiero que eso pase. No quiero que tú ni nadie se enamore de mí y un día yo ya no esté. Mi vida tiene fecha de caducidad, por más

que quiera olvidarlo a veces.

—¿Cómo? ¿Estás enferma? ¿Hay algo que yo no sepa y deba?

La posibilidad de perderla ahora que por fin la he encontrado estruja mi estómago, provocando que casi no pueda respirar.

—No, no estoy enferma, al menos que yo sepa. Pero Guillermo, más pronto que tarde, saldrá de la cárcel y terminará lo que empezó, aunque sea lo último que haga. Lo tengo muy claro.

—¿Qué demonios estás diciendo? ¿Te ha amenazado de nuevo?

—No. Bueno, en realidad no lo sé. Una amiga se encarga de bloquear todos los correos que puedan entrarme desde las IP de la cárcel y por supuesto cambié de teléfono y todos mis datos, pero quiera o no, no es muy difícil dar conmigo. Y dejar mi trabajo no es una opción. Así que lo tengo asumido, aunque a veces se me olvide y crea que soy libre, pero no es cierto en absoluto.

No puedo dar crédito a lo que estoy oyendo. Me levanto y sirvo otra copa de vino, tratando de asumir las palabras que acaban de salir de sus labios con una tranquilidad pasmosa. Vuelvo a su lado, acaba de soltar la copa en la mesa baja que hay cerca del sofá.

—Escúchame —tomo sus manos entre las mías—, no quiero oírte decir eso jamás. No va a volver a tocarte. No va a rozar ni una pestaña de tus preciosos ojos, puedes estar segura. No vamos a dejar que eso pase.

—¿Y sabes cómo hacerlo de manera legal? No se me ocurre ninguna que no acabe con muchos años de cárcel. —Su frialdad me asusta, y me aterra pensar que no es la primera vez que piensa que ese hijo de puta estaría mejor muerto, porque si no la muerta será ella—. Tarde o temprano seré un número más en las listas de muerte por violencia de género, de familia, o de como coño quieran disfrazarlo. Es imposible que no me encuentre cuando esté sola. No me mires así, es algo que tengo claro, solo me queda disfrutar del tiempo que tengo por delante.

—Joder, Martina, me das miedo. No puedes rendirte, no es eso lo que yo vi anoche en tus ojos y tampoco en la sala de mi juzgado. Todo saldrá bien. Es un sociópata, pero dudo que se atreva a acercarse a ti de nuevo.

—Eres un ingenuo, pese a tu edad y a todo lo que has llegado a ver. ¿Cuántas de las mujeres u hombres, da igual, de los que has visto en tu juzgado acaban así? No te hablo de insultos, o de una bofetada. Samuel, si mis vecinos no entran mi casa me hubiese matado. ¿No te quedó claro? ¿En algún momento viste arrepentimiento en su actitud? ¿Sabes lo último que me dijo cuando pasé por su lado después de declarar? —Al mirarla a la cara descubro una mirada segura pero triste, como si realmente ese destino fuera el que le espera. Me niego a que eso pase, haré lo que esté en mi mano, pero ese cabrón no se

volverá a acercar a ella—. Me dijo: «puta, algún día lo pagarás». Todo delante de su abogado y sin inmutarse. Con la sonrisa más perversa que yo he visto en mi vida. No quiero meterte en todo esto ni romperte el corazón. Mejor llamo a un taxi y me voy a casa. Esto no es buena idea.

Hace ademán de levantarse, pero atrapo su mano y la dejo sentada encima de mí.

—No te vas a ninguna parte, al menos no sin mí. No me voy a apartar de tu lado, y menos después de lo que me has contado. Nunca, ¿lo entiendes? Por ahora no estás al alcance de ese cabrón, y cuando salga, que haré lo imposible para que cumpla integra la condena, ya veremos lo que hacemos, tanto si esto sigue adelante como si no. ¿Entendido, preciosa Martina?

Vuelvo a tomar su cara entre mis manos y me acerco a sus labios. Saben a vino y a la sal de sus lágrimas. Voy a hacerla olvidar todo esto, aunque me cueste la vida.

Tiro de nuevo de ella y la levanto, enciendo el reproductor y le digo a Alexa que conecte Spotify y reproduzca Te despertaré[i], de Pastora Soler.

Sé que soñaste mil veces con otro mundo
Quizás con más suerte
Y hoy solo ves dolor solo una ilusión de ti
Sé que el esfuerzo es en vano
Que como el agua se escapa en tus manos
Pero aún te quedo yo late el corazón por ti

Ahora voy a respirar tan profundo
Y sin dudar lucharé hasta el final
Te despertaré bajo un cielo de auroras
Te despertaré cuando estemos a solas
Abrázame no te soltaré sigo aquí a tu lado no te dejaré
Mientras tenga un corazón por ti andaré
Te despertaré cuando el alma no llore
Te despertaré cuando encienda ilusiones
Escúchame no te soltaré sigo aquí a tu lado no te dejaré
Mientras busco el sol de un nuevo amanecer,
Duerme mi amor de la vida ya me ocuparé yo

Me enseñaste a vivir de repente
Mirar la vida sin miedo y de frente

Le doy la mano y la levanto para pegarla a mi cuerpo y bailar con ella, susurrándole al oído algunos versos de la canción que parecen compuestos a propósito. A Marta le gustaba esta artista y por eso la conozco. Se relaja en mis brazos, me mira enarcando una ceja y sonríe.

—¿En serio?

—Quiero que te la creas desde ya porque es lo que estoy dispuesto a hacer.

Cuando su cuerpo y el mío no pueden estar más pegados, al menos con ropa, vuelve a sonreír al notar mi erección pegada a ella. Mientras reímos, empieza a sonar en el reproductor algo que es totalmente opuesto pero cuya letra también define perfectamente la situación. Made of love, de John Legend.

I was in here for you
We were made to love
We were made to love
You was in for me too
We were made to love
We were made to love

Oooh I've never seen anything
It's much more than you and me

—No puede ser más oportuna, ¿acaso su señoría tiene una canción para todo? —pregunta pegándose a mi erección, sin que el tema de pie para bailar así, ni mucho menos.

—No puedo evitar lo que me hace sentir, pero sí, ahora también haría lo que dice la canción, y hasta mañana por lo menos, señorita Gutiérrez.

—Mucho hablar, señor juez, pero no lo veo actuar —replica coqueteando, y ya me da igual lo que piense; mi boca arrasa la suya y mis dedos vuelan a su ropa para deshacerme de ella, mientras ella hace lo mismo con la mía.

Antes de que pueda hacer nada más, me ha arrastrado al sofá y, con la ropa a medio quitar, se ha subido sobre mí, moviéndose despacio pero muy profundo. Sus pupilas se han dilatado y sus ojos brillan y ahora no precisamente por el llanto. Acelera el ritmo y casi sin darnos cuenta un glorioso orgasmo nos arrasa a los dos, dejándose caer sobre mi hombro recuperando la respiración, vestida todavía con el jersey, el sujetador desabrochado, pero puesto todavía, y la pernera del vaquero enfundada en su pierna derecha. Decido que hay demasiada ropa y se lo quito todo, dejándola como he descubierto que me gusta más: sin nada. Se estremece cuando mis dedos rozan su piel.

—¿Tienes frío, señorita provocadora?

Se despega de mi hombro para mirarme sonriendo y descubro que, aparte de verla desnuda, su bonita sonrisa es lo que más me gusta de ella.

—No, y sé que después del número que he montado antes, vas a pensar que estoy loca, pero no me importaría quedarme así el resto de la vida.

Es cierto, sus palabras me descolocan por completo, pero la miro y mis labios se unen a los suyos antes de corroborar que a mí tampoco me importaría. Hace rato que ninguno de los dos escuchamos nada de

lo que suena por el hilo musical. La cojo en brazos y tal como estamos, aún medio encajado en ella, la llevo al baño, y ya sin ropa nos meto en la ducha, donde nos deshacemos de los restos de nuestro arrebato, que aún corren por sus piernas.

—¿Es cierto lo que has dicho antes, o solo es el efecto del calentón? —no puedo evitar preguntar.

—Te he dicho que ibas a pensar que estoy loca, pero, aunque parezca extraño, contigo me siento segura, aunque sé que solo es una sensación ficticia. La realidad sigue ahí fuera y…

—Shhh... Así es como quiero que te sientas. Siempre. Soy consciente de cómo suena eso, y no quiero precipitarme, iremos probando, iremos paso a paso, pero por nada del mundo quiero que vuelvas a decir, ni siquiera a pensar, lo que me has confesado antes. No vas a ir a ninguna parte, tienes un hijo al que criar y, si me lo permites, quiero estar contigo. Si esto sale bien, será maravilloso, pero si no, también quiero que me veas como un amigo dispuesto a ayudarte en todo. ¿De acuerdo, preciosa Martina?

—Puedo intentarlo. No prometo nada más. Por cierto, ¿los amigos hacen lo que tú y yo llevamos haciendo desde el viernes? Joder, sí que me he perdido cosas —dice riéndose, calentando mi alma con el tono de su risa.

—Ya sabes a qué me refiero. ¡Lo que te gusta provocar, doctora! Y ahora vamos a ver qué podemos preparar de comer o empezaré a arrancarte algunos trozos a bocados. Me muero de hambre, no recuerdo tanta actividad desde hace mil años. Contigo no me va a hacer falta ir al gimnasio, eres una fiera.

—Vaya, es la primera vez que alguien me dice eso. Creo que mi ropa se quedó con mi sentido común, tirado en un rincón olvidado de tu salón.

—Voy, no te muevas.

La llevo a la cama envuelta en el albornoz y la dejo allí, como si fuera una niña pequeña que necesita que la mimen y la cuiden.

Se pone solo el jersey y la braguita que traía y yo me recreo en sus espectaculares piernas y en su perfecto trasero. Solo de verla así vuelvo a sentir la necesidad de perderme en ella y quedarme ahí hasta ¿siempre?. Joder, Samuel, no eres un niño, ¿qué te pasa con esta mujer? Ni con Marta y lo explosivo que era todo me sentí así, o al menos no lo recuerdo.

En algún lugar suena olvidado mi móvil. Lo busco y veo en la pantalla que es Judith, mi hermana, la que insiste de forma machacona con la llamada.

—Pesada, me vas a romper el teléfono con tanta insistencia. ¿Qué te pica hoy?

—Me paso y te recojo, salimos a merendar con las niñas. Sobre las

cinco estoy ahí.

—No, no voy a salir, estoy ocupado.

Miro a Martina moviéndose con soltura por mi cocina, buscando y encontrando los ingredientes para hacer una tortilla de patatas. Me pilla mirándola y sonríe, deteniendo mi mundo.

—Ahórrate las excusas, hermanito, y ponte guapo, es más que probable que me encuentre con una de mis amigas solteras y buenorras.

—Jud, no voy ningún lado, así que ahórrate el paseo y a mí el mal rato de conocer a alguna de tus amigas que no me interesan.

Martina me mira y no logro descifrar lo que me dicen sus ojos.

—Ya te he avisado, no te quejes luego. Adiós hermanito.

Cuelga sin más y a mí no me queda más remedio que contarle a mi chica que mi hermana siempre está intentando endosarme a alguna de sus amigas, que para nada me gustan. Ella ríe al escuchar mi explicación, removiendo en mi interior sentimientos olvidados.

Terminamos de comer y tras recoger le propongo ver una peli. Preparo café al tiempo que ella se va hacia el salón a ver si encuentra algo en Netflix.

No tengo ni idea de qué película estamos viendo, pero creo que a los dos nos aburre soberanamente. Después del vino, la comida y ahora tenerla acurrucada en mis brazos, nos sume en un sopor del que solo despertamos al oír voces infantiles corriendo por el salón. No tengo ni idea de donde salen, abro los ojos y recuerdo espantado que Martina solo lleva las braguitas y el jersey y yo un bóxer y una camiseta. Mis sobrinas entran como un ciclón, tirándose encima de nosotros sin tener en cuenta que nunca han visto a mi chica, que despierta sobresaltada y sin saber muy bien lo que está pasando.

—Vaya, perdón, hermanito. Después de todo va a ser cierto que estabas ocupado…

—Joder, Jud… —mira a las niñas al oírme maldecir—. Perdón, pero es que tú ignoras que hay una cosa que se llama timbre, y que se usa para no entrar a saco en las casas ajenas.

Mi cuñado, Gonzalo, entra algo avergonzado detrás de ella.

—Lo siento, tío, ya la conoces. Tras llamar un par de veces ha decidido que no querías abrir, lo demás es historia.

Martina asiste divertida y silenciosa a la batalla entre mi hermana, su marido y yo, mientras las niñas se han quedado encima de ella y juguetean con su pelo. Para mi sorpresa se levanta tal cual está, y con las niñas en brazos se acerca a mi hermana, que la mira perpleja, y a mi cuñado, que le hace un repaso exhaustivo, hasta que ve como lo miro y sube la mirada a su cara.

—Hola, soy Martina. Nos hemos quedado traspuestos, la peli era buenísima por lo que se ve —dice acercándose para darles un par de besos a modo de saludo, sin soltar a las niñas—. Tenéis unas niñas

adorables.

—Hola, Martina, yo soy Jud, y este es mi *marido* —recalca la palabra dándole un codazo, porque mi cuñado sigue flipando con mi chica—. Cariño, coge a las nenas y saluda a Martina. —Consigue que el momento se relaje y al final todos reímos con su ocurrencia.

—Si me disculpáis, voy a vestirme un poco más —dice Martina una vez que las niñas a regañadientes están con su padre. En vista de que ellas se quejan porque prefieren a Martina antes que a su padre, lo cual es lógico, ella las coge de la mano llevándoselas hacia mi dormitorio para vestirse. El *efecto Martina* debe ser.

—Qué calladito lo tenías, cuñado.

—Tú a ver si te cortas un poco, que eres el marido de mi hermana, y ella es mi… —lo dejo en suspenso porque realmente no sé cómo definirla aún.

—¿Tu qué, hermanito? Es una preciosidad, normal que la miren, joder. Tampoco te pongas así. Tú, Gonza, para o duermes en el sofá los próximos veinte años.

—Que sí, coño, que no me lo esperaba. Perdona, Sami, no era mi intención molestarte.

—¿Esa Martina es quien yo creo que es? —Vuelve a la carga mi hermana.

—Sí. Coincidimos ayer por casualidad y bueno, pues eso. Por suerte para mí parece que también le gusto.

—Hombre, si está aquí, y no parece que a la fuerza, será por algo. No parece de las que se va con cualquiera.

Vuelve a aparecer con Irene en brazos y Dana de la mano. No sé si habrá escuchado algo, me mira sonriendo y en su mirada descubro algo más. Se ha vuelto a poner el vaquero pero sigue descalza, imagino que no le ha importado mucho la irrupción de Atila y su familia.

—Perdonad, no sabía que íbamos a tener visita. Sam, ¿no les ofreces un café? —¡Boom! Y se acaba de hacer dueña de la situación dejándome sin palabras—. Es que ayer salí de guardia, llevo unos cuantos de días con pocas horas de sueño y ese sofá es muy cómodo —añade señalándolo.

—Tienes razón, cariño, ¿os apetece un café? —pregunto deseando que digan que no, porque lo que quiero en realidad es que se vayan y me dejen a solas de nuevo con ella.

—No, tranquilo, ya nos vamos, hemos visto que estás bien. Muy bien. ¿Queréis venir vosotros? Vamos a merendar, pero pronto estaremos de vuelta, las peques se acuestan temprano. Martina, tengo entendido que tú tienes un hijo ¿no? —Qué discreta mi hermana.

—Sí, con casi cuatro años. Es un trasto adorable. Me tiene loca. Ahora está con mi hermana, que se encarga a conciencia de deshacer

la educación que con tanto esfuerzo le doy, y eso que ella tiene uno de la misma edad —contesta sonriendo—. Si Sam quiere, no me importa ir a merendar con vosotros, a menos que él tenga otros planes. —Su tono es más que evidente, pero ya me ha tirado el azuelo y voy seguir su juego.

—Siempre que volvamos pronto, porque tenía planes para la cena.

—Venga, vamos entonces. Ah, espera que llamo a Cuqui y le digo que no vienes.

—¿Cuqui? No me jodas, hermanita, No puedo creer que intentaras encasquetarme a alguien con ese nombre.

—No la conoces, no sabes si...

—Ni quiero, muchas gracias.

—Ya, no te preocupes.

Martina se dirige al interior de nuevo para coger su abrigo y yo voy detrás de ella.

—Lo siento, preciosa Martina, mi hermana es así, ya la conocerás. Y menos mal que estabas tú, si no me engancha con la Cuqui esa y a saber.

Su risa inunda mis oídos y me calienta el alma en este día frío y húmedo de febrero, que para mí resulta el más radiante de todos en años.

—No seas malo, seguro que no es para tanto.

—Uff, ni te imaginas. Algún día te contaré algunas de esas citas. Vistas con perspectiva son para descojonarse, pero vividas en primera persona son para salir corriendo sin mirar atrás.

—Me muero por conocer los detalles. ¿Alguna acabó en la cama? —Buff, sinceridad modo maestro.

—No, Dios me libre.

—Bueno, quien dice en la cama dice en el sofá —sigue insistiendo.

—Ninguna. No me gusta que me escojan mis compañeras de cama, ni de sofá. Y por si te lo preguntas, ese sofá lo has estrenado tú. Igual que espero hacerlo con mi cama y todos los rincones de mi casa.

—¿Cuánto tiempo llevas viviendo aquí? —pregunta con la sorpresa enganchada en sus ojos.

—Casi seis años.

—¿Y no…? —no la dejo continuar

—No. Nunca.

—¿Y yo?

—Tú eres diferente. Y démonos prisa o entrará mi hermana o alguna de los dos terremotos que tengo por sobrinas para ayudar a vestirnos. Por cierto, ya las has embrujado, como a mí. Te aseguro que no son así con nadie. La única mujer que no es de mi familia que conoce esta casa es Marta, y solo ha venido por trabajo.

—¿Marta? ¿Mi abogada? —pregunta extrañada.

—Sí. Y mi ex.

—¿Cómo? ¿Marta Santisteban es tu ex? —ahora la sorpresa da paso a la alarma.

—Pensé que lo sabías.

—¿Crees que voy acostándome con todos los ex de mis abogadas?

—Ehh, para, para. Marta y yo solo somos compañeros, y buenos amigos, es cierto, pero nada más. Ella está casada, ¿recuerdas?

—Joder, ¿qué va a pensar de mí?

—Por si te interesa, ella fue la que me animó a que te buscara, y creo, es más estoy seguro, de que lo de anoche fue una encerrona porque ella sabía que tú estarías.

—¿En serio?

—Es más que seguro. No sé si matarla o darle las gracias, aún no lo he decidido. —Veo que por fin se relaja y sonríe.

—Está bien. ¿Vamos?

—Espera.

La atraigo hacia mí y repaso el perfil de sus ojos, en el que aún quedan restos de rímel. Después miro sus labios sin maquillaje y no puedo evitar besarla como si tuviéramos todo el tiempo del mundo, hasta que ella rompe el contacto con la respiración tan agitada como la mía.

—Joder, para o…

—No me importaría ese «o», pero venga.

—¿Os queda mucho? —la voz de mi hermana llega lejana a través del pasillo— Es para la merienda, no para el desayuno, dejad lo demás para luego. Sami, tú teléfono está sonando, es Marta. —Martina me mira y descubro que sus ojos se han oscurecido de nuevo.

—Mira, vamos a salir de dudas antes de lo que yo esperaba. Id bajando, que ahora vamos —les digo al llegar al salón, donde ya se han vuelto a poner los abrigos.

—Hombre, Martita, la capitana Araña.

—Te noto muy feliz. ¿Por fin?

—¿Por fin qué? ¿Tú no estabas fuera? ¿Cómo es que te acuerdas de mí un sábado por la tarde si estás de lujo con tu maridito?

—No me jodas, Sami. ¿Hablaste con ella?

—Ni aunque fueras la última mujer de la tierra, eso ya quedó claro, ¿no crees?

—Saaamiiii… —Me encanta que se cabree, lo tiene merecido por meterse donde no la llaman.

—No voy a hablar de mi vida privada contigo.

—O sea que sí. Ja, ja, ja, ja, lo sabía. ¿Ves cómo soy muy buena estratega?

—Eres una auténtica cabrona, pero esta vez te lo perdono. Por cierto, me voy que me esperan para merendar.

—¿No piensas confirmarme nada? —Martina me pide el teléfono, le susurro si está segura y sonríe afirmando. Me encojo de hombros y se lo tiendo.

—Hola, Marta, Joder, ya me podías haber dicho que Samuel era tu ex. Menudo susto, cuando me lo ha dicho.

Marta le comenta algo que obviamente no oigo y ella le contesta que todo muy bien. Le da las gracias por algo y me devuelve el móvil.

—¿Contenta? Y ahora, señora Santisteban, a menos que un terremoto derrumbe los juzgados y necesites que recoja algo, no vuelvas a molestarme.

—Sí, su señoría, que tienes que ponerte al día. Seguro que habías olvidado lo que había que hacer después de tanto tiempo.

—Oye, guapa…

Piiiiii... la muy cabrona me ha colgado. Me quedo mirando el teléfono como un capullo y al final rompo a reír. Cojo a Martina por la cintura para salir y ella sonríe conmigo.

—¿Más tranquila?

—Sí. Es que se portó tan bien conmigo que temía hacerle daño.

—No te preocupes, ya sabes que entre ella y yo…

—Ya, también me lo ha dejado claro.

Se acerca a mí al salir al rellano, y deja un beso en mis labios, uno que sabe a tantas cosas que no sé definir, que me produce miedo y esperanza a un mismo tiempo. Por sorpresa aparece otra vez el señor Villacil y su perrito, ladrando demasiado cerca de mis tobillos. Le doy las buenas tardes y tiro de la mano de Martina para correr escaleras abajo y volver loco al raquítico chucho con collar de Burberry.

3

Declara el pasado, diagnostica el presente, pronostica el futuro.

(Hipócrates)

La justicia es la constante y perpetua voluntad de dar a cada uno su Derecho.

(Justiniano)

Martina

Pasamos la tarde con su hermana, su cuñado y las niñas, que es cierto que no me dejan ni respirar. De vez en cuando lo descubro mirándome y no me gusta lo que veo. Mejor dicho, sí me gusta, pero no quiero esa mirada, no puedo permitirle que haga planes, cuando sigo pensando que mi futuro es corto. Aun así, no puedo evitar sentirme a gusto a su lado, como cuando su mano roza la mía con disimulo, pero intencionadamente, o cuando su hermana directamente me mete en sus planes más inmediatos. Se llevan genial, como mi hermana y yo. Me gustaría dejarme llevar y sentir sin más, pero soy científica y analizo demasiado todo, no puedo evitarlo. Por un momento olvido lo demás y disfruto de la tarde con las niñas, imaginando a Marco con ellas, y a ratos un nudo se me hace en el estómago, sin que pueda hacer nada por deshacerlo.

—Estás muy callada —afirma Samuel en la pequeña pausa de que ha producido cuando su hermana ha ido al baño con una de las niñas y Gonzalo se ocupa de la otra.

—Estoy bien. Demasiado bien para lo que acostumbro, no te preocupes.

—No le des más vueltas, te he prometido que lo arreglaremos juntos, ¿recuerdas?

—Lo recuerdo.

Vuelve Jud y dicen que se está haciendo tarde, así que tras pagar la cuenta y despedirnos, emplazándome a una tarde solo con los niños, ellos se marchan camino a su coche, y nosotros, de la mano, a casa de Samuel. Me gusta sentirlo así, sé que no debería, porque si finalmente sale adelante lo que me han ofrecido, en unos meses estaré a miles de

kilómetros de aquí, poniendo algo de seguridad en mi vida y dándome una oportunidad a crear un futuro para mí y mi hijo lejos de su padre. Sin embargo, necesito sentirme así; ser el centro de la vida de alguien, siendo egoísta por una vez y dejándome llevar. Realmente lo echaba mucho de menos.

—No te conozco demasiado aún, pero no me gusta lo que veo en tus ojos. No quiero dudas en ellos, preciosa Martina. Lo solucionaremos. Conozco a muchos antiguos compañeros de trabajo, que yo no esté no significa que cuando su abogado pida la revisión de condena, el juez de turno no se la conceda. No te preocupes por algo que aún no va a pasar. —Bajo la cabeza hacia mis pies sin decir nada. Parece que me lee el pensamiento. Se detiene, coge mi cabeza entre sus manos y enfrenta mi mirada—. Martina, por favor, déjame ayudarte.

—Me haces sentir tantas cosas que me gustan, que no puedo permitírmelo.

—No digas eso, déjalas fluir. El Universo sabe por qué hace las cosas. No lo analices todo. —No le respondo y vuelve a insistir— ¿Martina?

—Haré lo que pueda, pero por favor, ve con calma, no me incluyas en todos tus planes, no puedo con esa presión. Solo nos conocemos desde ayer. Creo que lo mejor es que mañana me vaya sola a por Marco y no lo implique en esto, que ni yo sé qué es.

—Le hablaste de mí, ¿qué le vas a decir ahora? —Parece entristecido y tampoco lo merece.

—Joder, con lo fácil que sería todo…

—Hagámoslo fácil, Martina, está en nuestra mano. ¿Quieres ponerle nombre a esto? ¿Quieres que te lleve a tu casa y te proponga una cita normal?

—No. Sí... No lo sé. —Me estremezco y sin darme cuenta ya hemos llegado a su casa.

—Vamos, hace frío. Decide lo que quieres hacer y yo haré lo que me pidas.

—Me quedo contigo, mañana decidimos. Dijiste que tenías planes.

—No quiero obligarte a nada. Estoy feliz de que estés aquí, pero no puedo aceptar que lo estás a la fuerza.

—¿Crees que lo que ha pasado desde ayer ha sido a la fuerza? —pregunto sorprendida. Sus ojos son dos tizones brillantes.

—No hablo de sexo, podrías tenerlo con quien quisieras y te dije que no era lo que yo quería.

Subimos en el ascensor, sin hablar. Me ha dolido lo que ha dicho. ¿Piensa que voy acostándome con cualquiera? Entramos en su piso y antes de ir hacia dentro para soltar el abrigo, me atrapa y me deja pegada a su cuerpo. Le miro y sus ojos siguen brillando demasiado. Ya

no hay atisbo de sonrisa en ellos.

—¿Crees que me acuesto con el primero que se me pone a tiro? Si es eso lo que piensas de mí, suéltame, porque hemos llegado hasta aquí. —Intento deshacer su agarre, pero me aprieta más.

—Sé que no es así. Es de lo único que estoy seguro. Siento si te ha molestado, no ha sonado como yo lo pensaba en mi cabeza. No sé explicar lo que siento contigo, lo único que tengo claro es que no quiero alejarte de mí. Necesito cuidarte, saber que estás, que estáis bien. Quiero conocerte, saber qué te gusta para comer, cuál es tu color favorito, qué música oyes cuando estás triste, qué te hace feliz, y tomarme contigo ese capuchino en la plaza de San Marcos.

—Hay algo que no acabo de entender

—Dime, si puedo te lo resuelvo.

—Llevas siete años solo, ¿por qué yo, por qué ahora? ¿Nunca has vuelto a tener una relación?

—Llevo poco más de seis años sin una relación. Después de divorciarnos y a pesar de estar con Luis, Marta y yo seguimos acostándonos juntos un tiempo más. No preguntes por qué, yo aún lo hago sin obtener respuesta. Ella me engañó con él, después se lo hicimos a él. Pero eso no tiene nada que ver. Ahora quiero estar contigo, porque me parece que es el momento y tú la persona adecuada. No es algo que pueda controlar, ni decidir. Joder, Martina, ¿nunca has hecho ninguna locura? Después de divorciarme de Marta no he vuelto a tener ninguna relación seria. Mi madre piensa que me he vuelto gay o algo así, quizás por eso Marta y mi hermanan no paran de intentar organizarme citas, a cuál más desastrosa. Pero tampoco soy un monje, no he estado seis años sin comerme una rosca, aunque nunca en mi casa y no con nadie más de una noche. Solo sexo sin más implicaciones. Hasta ayer llevaba unos cuantos meses en blanco, en gran parte por culpa de una morena de ojos marrón verdoso que me traía más lo loco de lo que pensaba.

—¿En serio?

Me sorprende su sinceridad. Está muy bien, es muy atractivo y podría acostarse con cualquiera, y me dice esas cosas que yo no sé muy bien como encajar.

—¿Por qué habría de mentirte? Ya te he llevado a la cama. —Ríe con descaro y noto cómo mi armadura comienza a desmoronarse. Parece que oigo caer los pedazos a mi alrededor. No me doy cuenta, pero un suspiro ha escapado de lo más hondo de mi ser, soltando todo el aire que ignoraba tener retenido en mis pulmones.

—Solo bromeaba. Eh, ¿qué pasa?

—Tengo la sensación de llevar un rato aguantando la respiración. No sé qué decir cuando me dedicas todas esas frases tan bonitas.

Mi cabeza va a mil, necesito tomar una decisión ya y dejar de dar

vueltas a situaciones que quizás nunca ocurran, he de disfrutar del momento.

Besa mis labios con ternura y se aleja por el pasillo con los abrigos bajo el brazo, para colgarlos en el armario del dormitorio, mientras me quedo de pie en la entrada del salón. Decido acercarme a uno de los grandes y luminosos balcones que dan a la calle Príncipe de Vergara. Me llama la atención la ausencia de cortinas y persianas, solo unas contraventanas impiden el paso de la luz, en caso de estar cerradas. Yo nunca hubiese puesto algo así, pero le da un toque personal. El mobiliario, de líneas rectas y elegantes, también encierra mucha personalidad. El suelo es de un roble decolorado con mucha clase, en realidad todo lo que hay a la vista destila elegancia. Es muy del estilo de las obras que he visto de Helena, pero también se nota el toque de Samuel.

—Soy un mal educado, ni siquiera te he enseñado el resto de la casa. ¿Vamos?

—No te preocupes, me ha encantado el sofá. Y también he visto el dormitorio —respondo quitándole importancia, haciendo alusión a lo que ha ocurrido antes.

Aun así insiste en enseñarme el resto, dos habitaciones más, una de ellas su despacho, donde una preciosa mesa antigua, nada que ver con el estilo del resto del piso, domina la estancia. Una enorme librería en un lateral, que también ha restaurado él, completa la habitación. Al hablar del trabajo de restauración que llevó a cabo él mismo con la mesa y la librería, que pertenecieron a su abuelo, veo pasión en sus ojos. Seguimos por el amplio distribuidor, descubriendo un baño más y otro dormitorio perfectamente amueblado con la misma sobriedad y elegancia que el resto, listo para ser utilizado. Quizás le falte un poco de color, algo más femenino. Joder, ¿en serio estoy pensando eso?

No sé por qué, pero imaginar que estuvo casado con Marta me molesta. Sobre todo después de saber que tuvieron algo muy intenso.

—Y ahora, señorita Gutiérrez, ¿le apetece salir a cenar o pedimos algo a domicilio? Me temo que en mi cocina no hay gran cosa para preparar algo. No he hecho la compra. No esperaba tener compañía y normalmente compro los sábados si Manuela no lo ha hecho. Lo siento.

—Si tienes para hacer unos sándwiches o algo ligero, creo que nos bastará, no ceno mucho y después de esa opípara merienda no creo que sea capaz de comer mucho más.

Entra en la cocina y trastea en los armarios, también de líneas rectas en tonos grises y blancos. Me siento en la isla y lo observo cómo saca cosas y las va dejando apiladas en la encimera. Cada segundo que pasa me gusta más, aparte de la atracción física, que es mucha. Está buenísimo, para qué vamos a engañarnos. Parece un modelo, pero

además me gusta cómo me habla, cómo me mira y cómo me hace sentir. «*Martina, estás bien jodida*», me digo a mí misma.

—Creo que sí, que hay de todo.

—Vale.

No se ha percatado de que estoy sentada allí y se sobresalta haciéndome reír.

—Coño, menudo susto. Qué silenciosa eres, preciosa Martina. —Sonrío como una idiota, se acerca a mí y deja un suave beso en mis labios—. ¿Estás mejor?

—Sí. Te juro que yo no soy así, no tengo ninguna enfermedad mental, pero es que me gusta cómo me tratas, cómo me miras y todo eso me asusta mucho. Demasiado. No estoy acostumbrada a que me traten así.

—¿Así cómo? ¿Como a una persona? ¿Como a alguien increíble que hace que el mundo se pare cuando aparece? Martina, te trato como te mereces, como lo siento. Eres excepcional, y te trataría así, aunque no quisiera tener nada contigo, porque eres muy, pero que muy especial, preciosa Martina.

Coge mis manos entre las suyas y las aprieta con suavidad, después de acercar el taburete donde estoy sentada para tenerme más cerca.

—¿Siempre me vas a llamar así?

Me gusta que lo haga, pero también me intriga. Ignoro si es su forma de hacerlo con todo el mundo.

—Sí, porque es lo que eres, y quiero que seas consciente de ello, igual que yo, como todo el mundo que te ve. Vas a dejar atrás toda la mierda que te hicieron creer y vas a darte cuenta de lo que vales y cómo eres en realidad.

—Uff... ¿Dónde dices que venden a los tíos como tú? —intento aligerar el momento.

—Yo soy único, nena, no vas a encontrar a nadie como yo —responde subiendo y bajando las cejas, haciendo que no pueda dejar de reír. Creo que hacía años que no me reía tanto como desde anoche, cuando el juez más macizo del mundo irrumpió en mi vida para darle la vuelta.

—¿Sabes que me estoy riendo como hacía años que no me reía? Tu sí que eres especial, Samuel de la Vega.

—Si permites que siga haciéndote reír, vas a conocer al más payaso de los jueces del mundo, si es que sigo siendo juez. Aún no lo he decidido.

—¿Serías capaz de vivir sin ejercer? Yo no creo que pudiera dejar mi trabajo, y eso que casi me cuesta la vida.

—¿Cómo? ¿No quería que trabajases?

—No. Es lo único que no logró socavar. Nunca lo hubiera dejado. Su mente enferma imaginaba que me tiraba a todos los compañeros en

las guardias. No podía ver a Iván, se la tenía jurada.

—Pero cuando os conocisteis tú ya eras neurocirujana, ¿no?

—Estaba en el último año de residencia. Entonces él no era así.

—La gente no cambia de la noche a la mañana.

—Bueno, supongo que interpretaba un papel y era un lobo con piel de cordero. Imagino que piensa que Marco no es suyo, por eso no le dio su apellido ni le interesa lo más mínimo.

—No lo entiendo, de verdad que no. ¿Sabes que uno de los motivos por los que Marta y yo nos separamos era porque no podíamos tener hijos juntos? —Me deja sin saber qué decir, porque eso implica que se quisieron hasta el punto de pensar en formar una familia, y yo es posible que no pueda tener más hijos—. Martina, eh, es pasado. Ella siguió su camino y yo el mío, no hay más. Ahora está embarazada, ¿lo sabes?

—No, hasta hoy no había hablado con ella desde hace meses. ¿Cómo te sentiste cuando lo supiste?

—Me alegré por ella. Por los dos. Supongo que en su momento pudimos ver otras formas, pero yo ya no estaba en ese nivel. Empezamos a discutir más de la cuenta, a faltarnos el respeto. Las formas ya no eran las adecuadas y no quise llegar a más. Ahora estamos bien, pero no siempre fue así. Hubo malos rollos, reproches, acusaciones. Ya no era la chica de la que me enamoré, o yo no era el mismo de antes. Los meses después de dejarlo definitivamente fueron feos. Mucho. Un día, y por el bien de nuestro trabajo, quedamos para cenar y aclaramos todo. Desde ese momento todo volvió a fluir sin tensión entre nosotros. —Lo miro enarcando una ceja y parece que me lee el pensamiento—. No, no nos acostamos ese día, ni nunca más.

Preparamos la cena casi sin hablar, pero no hace falta, resulta cómodo, familiar, relajado. Cuando terminamos de cenar me ofrece una copa, y decido probar el Bombay Saphire, que a él le gusta.

—Vaya mierda de primera cita que te he preparado. Has cocinado, te he dejado sin salir un sábado por la noche, y encima has tenido que aguantar a mi hermana, a las niñas y al aburrido de mi cuñado. Creo que te debo una primera cita de verdad, ¿no te parece?

Vuelvo a sonreír porque lo dice tan serio que hasta parece nervioso.

—¿Me vas a pedir salir?

Aguanto la risa hasta que advierte que me estoy quedando con él. Me quita la copa de la mano para dejarla en la mesa y empieza a hacerme cosquillas por todo el cuerpo, hasta que acabamos tirados en la alfombra como dos adolescentes. Me atrapa con su cuerpo, colocándose encima de mí con sus rodillas a ambos lados de mis caderas, sujetándome las manos por encima de la cabeza. Su mirada ahora es toda una promesa.

—¿Se ríe de mí, señorita Gutiérrez?

—No osaría, señor juez —respondo tratando de parecer seria.

Se acerca a mi boca de manera peligrosa, haciéndome suspirar cuando sus labios y los míos colisionan y profundizan el beso, que nos calienta a cada segundo que pasa. Se separa de mí dejándome con ganas de más.

—¿Qué pasa?

—No quiero más polvos acelerados. Vamos, ahora me toca hacerte el amor despacio, lento, demostrarte que me importas. Quiero que estrenemos mi cama.

—Tira de mí para levantarme y me coge en brazos, haciendo que enrosque mis piernas alrededor de su cintura sin dejar de besarnos.

—Esta cita mejora por momentos, su señoría —le digo con mis labios en los suyos.

Al llegar al dormitorio me suelta despacio en el suelo, haciendo que extrañe sus manos, su boca y el calor de su cuerpo. Destapa la cama y vuelve a quitarme la ropa. Se deshace de mi jersey y del vaquero, dejándome en ropa interior, un conjunto negro bastante atrevido que escogí cuando llegó su hermana. Es un *culotte* brasileño de encaje, completamente transparente, salvo por unos pequeños bordados de minúsculas florecitas que le dan un aspecto ingenuo que no tiene. Noto mis pezones endurecerse al ver su mirada recrearse en mi cuerpo. El sujetador, igual que la braguita, no esconde nada. Sonríe al ver la reacción de mi cuerpo, y eso que todavía no sabe que estoy tan mojada que podría regar todo el parque del Retiro con la humedad de mi sexo.

Me acerco despacio, permitiendo que me observe. Nunca he estado cómoda con mi cuerpo, pero ver su mirada hace que todo se me olvide y me crea una diosa del sexo. Acaricio su pecho por encima del fino jersey que lleva puesto, notando cómo se estremece. Decido quitárselo para dejar caricias en su piel, que se eriza al instante con mi contacto, y desabrocho el pantalón como puedo, porque su erección es más que potente, dejándolo vestido solo con un bóxer azul marino. Ahora soy yo la que da un paso atrás para poder observarlo. Sonríe, se pasa la lengua por los labios y traga saliva.

—¿Sigue mejorando?

—Cada vez más —respondo sin dejar de mirarlo, viendo cómo cada vez está más duro.

—¿Le gusta lo que ve, señorita Gutiérrez?

—Me encanta, señoría.

Me acerco a él empujándolo a la cama, me subo encima, y cuando nota mi humedad, un gemido escapa de su garganta.

—Ya veo que sí, preciosa Martina. No sabes cómo me pone notarte así de mojada.

—Creo que sí lo sé —replico moviéndome encima, con la poca ropa

que nos queda aún puesta.

Doy un paso más y me separo para poder dejarlo desnudo. Bajo hasta su sexo, brillante por la excitación, que empieza a rezumar de su punta. Me lo meto en la boca sin darle tiempo a nada más, lo chupo, mordisqueo sus huevos, lo saco y lo meto en mi boca, relajando la garganta para darle acceso, mientras sus gemidos se aceleran. Sus manos en mi cabeza dirigen los movimientos, noto su sabor salado, empieza a estar demasiado excitado. En un solo movimiento, y sin que apenas me dé cuenta, me ha sentado en su polla. Todavía con el *culotte* puesto me muevo encima notando como un orgasmo diez en la escala de Richter se fragua en mi interior.

—Joder, Sam, no quiero correrme aún, quiero más.

—Tendrás más, pero déjate ir. Dámelo, nena, lo quiero ya.

Sin resistirme más me corro como no recordaba, ni siquiera como la primera noche que estuvimos juntos, y eso que fueron increíbles.

Se sale de mí y me tumba a un lado de la cama, todavía con mi coño mojado y palpitante. Sube hasta mi boca para arrasarla, y continúa bajando hasta mis tetas, que chupa con deleite. Deja algún pequeño mordisco en ellas y sigue bajando hasta mi sexo para enterrarse en él y saborear mi placer, llevándome a la cima en pocos minutos de nuevo. Se acomoda una vez más dentro de mí, antes de que mi orgasmo me desmadeje y al notar su intrusión no puedo evitar volver a experimentar el placer más sublime, notando como él también se corre conmigo.

Samuel

La noche ha sido increíble. Estoy agotado físicamente, pero eufórico. Martina es tan especial como imaginaba, en todos los aspectos que voy conociendo de ella. Ver cómo salió airosa del extraño momento que vivimos ayer con mi hermana y su marido, y como las niñas no querían separarse de ella, revela muchas cosas que no se ven a simple vista. El sexo con ella es brutal. Así de simple. Ni siquiera comparable con Marta y los encuentros apasionados que tuvimos en el pasado. Aún no sé si lograré que deje los miedos atrás y consiga que acepte tener una relación seria y duradera, o por el contrario no podrá dominarlos y nos pasará factura, pero voy a intentarlo por todos los medios porque merecerá la pena.

A pesar de mis años, los nervios por ir a recoger a su hijo y conocer a su familia me han creado un nudo en el estómago, y pese a que aspiro a formar parte de su vida y esto supone un paso importante, no sé cómo voy a reaccionar con el niño y con sus padres. Me siento como si estuviera en el instituto y fuera a recoger a mi chica para ir al

baile de fin de curso.

Me levanto en silencio y me dirijo a la cocina. Todavía es temprano, miraré qué puedo preparar de desayuno, aunque mejor voy a ponerme algo y bajar a comprar churros. Imagino que, como a casi a todo el mundo, a ella también le gustan. Le dejo una nota en la almohada diciendo dónde estoy y bajo rápidamente.

El frío de esta mañana gris de febrero me abofetea la cara, subo más la cremallera del abrigo y meto las manos en los bolsillos. Acelero el paso y en pocos minutos entro en el calor de la cafetería. Es temprano y no hay mucha gente, así que unos instantes después ya estoy de nuevo camino de casa, esta vez casi a la carrera para que no se enfríen. Cuando llego, el olor del café y algo más inunda mis fosas nasales, y el calor de mi hogar me reconforta.

Sentada en una silla de la isla de la cocina, vestida con una sudadera mía y con una taza en la mano, la más preciosa de las mujeres me regala una sonrisa. «*Estás más que pillado, Samuel de la Vega*» pienso, y no puedo evitar sonreír.

—Buenos días, preciosa Martina. —Me acerco para dejar un beso en sus sensuales labios. El sueño aún prendido en el color verde de sus ojos, me hace pensar en despertarme el resto de mi vida con su cuerpo en mi cama, y su sonrisa instalada en mi alma.

—Buenos días, Sam. No debiste molestarte, unas tostadas hubieran estado bien. He preparado chocolate, lo he encontrado en uno de tus armarios. No imaginaba que tuvieras.

—No sé desde cuando está ahí. ¿Has mirado la fecha de caducidad? —Me mira con un asomo de duda, me acerco tras dejar los churros en el plato, la abrazo y ya no oculto la risa—. Es broma, de vez en cuando me preparo una taza. Me encanta el chocolate, no me viene bien para las cefaleas, pero no lo perdono.

—Te has levantado muy gracioso, ¿no? —Seguimos abrazados sin dejar de mirarnos a los ojos—. ¿Cómo has dormido? ¿He gritado o algo?

—¿Has tenido una pesadilla?

—No, pero a veces no me acuerdo.

—He dormido genial, no mucho, porque hay una ninfómana que me ha robado horas de sueño, pero mejor que en mucho tiempo.

—¿Ninfómana? ¿Cómo te atreves, señor salido? Si no me dejas ni respirar, me duelen hasta las uñas. Pero ha merecido la pena.

—¿De verdad?

—¿El qué? ¿Qué me duelen las uñas? Ya te digo. —Sé que bromea, la miro y me acerco a su boca, atrapando el labio inferior entre mis dientes y acariciándolo con mi lengua, arrancándole un gemido—. Si, de verdad. Pero siento decirte que vamos, o más bien voy tarde. Desayunemos, o se enfriarán los churros, y después nos marchamos. O

si te has arrepentido me voy yo sola, no tienes por qué hacerlo.

—Claro que voy, es lo que acordamos ayer, así puedo estar un poco más contigo y conocer a ese peque.

—Te lo advierto: es muy, pero que muy intenso cuando algo le gusta y los animales le vuelven loco, igual que los coches, así que, señor De la Vega, aún tienes tiempo para pensártelo bien.

—Ni loco te dejo sola hoy, tengo la intuición de que me lo vas a poner difícil el resto de días. ¿Dónde está tu móvil?

—Uff, ni idea, no lo he visto desde ayer, imagino que en el bolso. ¡Por Dios, qué mala madre! Ni lo he mirado por si alguien ha llamado.

—Tienes el reloj con notificaciones, te hubiera avisado.

—Ya, pero es que en estas últimas horas se me ha olvidado todo, casi…

—No eres mala madre, no es cierto, pero si prefieres pensarlo así, allá tú.

Voy a por su bolso mientras ella apura el desayuno, yo como más deprisa.

—Déjame tu teléfono, por favor. —Me mira extrañada, le digo que se fíe de mí, y lo desbloquea para dármelo. Le grabo mi número en la agenda de su móvil y me hago una llamada perdida para conseguir el suyo—. Ya no tengo que buscarte o pedirle tu número a nadie. Tenemos una cita pendiente. De las de verdad, de las que te recojo y vamos a cenar o a donde te plazca, y después ya veremos.

—Sí, seguro que es «ya veremos». —Sonríe y su mirada se ilumina más—. Sam, —enfrento su mirada sentándome a su lado—. Quiero que olvides lo que te dije ayer, no debí hacerlo, pero a veces todo se me hace un mundo. Ya sabes que mis cicatrices están ahí, demasiado visibles Además, hay algo que después saber lo de Marta y tú me ha hecho reflexionar.

—¿Qué más? No me importan tus cicatrices, solo tú las ves. Las que me preocupan son estas —toco su cabeza con mis dedos—. Soy consciente de que fue muy duro, pero no se va a volver a repetir, no lo vamos a permitir. Déjame estar contigo.

—Después de pasar el día con Marco lo decides. Yo no soy una madre divorciada con custodia compartida, soy madre a tiempo completo. Aunque a veces mi hermana o mi madre se lo lleven para poder disfrutar de un poco de tiempo para mí sola, no es lo habitual. Y además, imagino que lo leíste en el informe, más sabiendo que le has dado mil vueltas, cuando pasó aquello, yo estaba embarazada sin saberlo, otra vez. Las dos veces fueron un desliz, uno de esos momentos en que vuelves de una cena o has bebido de más y Guillermo parecía el de antes.

—No tienes por qué darme explicaciones.

—Déjame seguir, tienes que saberlo todo antes de implicarte más.

Bueno, el caso es que ese bebé se malogró por los golpes, eso ya lo sabes, y ese ovario hubo que extirparlo. El otro no anda mucho mejor y es muy probable que no pueda tener más hijos. Tomo anticonceptivos para regular los efectos.

—Lo sé, he visto también las incisiones. ¿Recuerdas que en las últimas horas te he visto más tiempo desnuda que con ropa? No me importa, Martina. Nada en absoluto. Tengo cuarenta años, ¿crees que a estas alturas mi prioridad es tener niños? Tampoco sé si en realidad lo fue alguna vez. Me gustan, sí, pero no es algo que me quite el sueño, y hasta donde sé tienes un hijo sin padre.

—¿Lo dices en serio o es solo la resaca de la pasión vivida estas últimas horas? Estamos a tiempo de no herirnos más de lo necesario.

—Lo digo en serio. Ya lo sabía antes, no hacía falta que me lo aclararas, pero te lo agradezco. Y ahora, señorita Gutiérrez un peque, al que tendrás que abrigar bien porque hace un frío de cojones, nos está esperando. Al pasar cerca del parque del Retiro cuando he ido a por el desayuno, he visto a un par de pingüinos dando un paseo. Venga, a arreglarte mientras recojo, ahora voy yo. No hace falta que te des prisa en la ducha, así evitas que me mate por el pasillo cuando corra por él para pillarte dentro.

Sonríe sin decir nada, pero sus ojos brillan húmedos. Me acerco a ella y la beso, prometiéndole que todo irá bien.

Recojo a la velocidad de la luz, y antes de que se dé cuenta estoy entrando en la ducha, donde ya está aclarándose el pelo.

—Su señoría se ha dado prisa.

—Me gusta ahorrar agua. —Me mira con los ojos encendidos, sin dejar lugar a dudas de lo que desea en este momento—. Si me miras así no respondo.

—No lo hagas.

Su voz suena ronca y sexy. La beso sin más demora, siguiendo el camino de mis besos hasta sus pechos, que se endurecen al roce de mis labios. Sigo bajando por su cuerpo, acariciando cada cicatriz queriendo borrarlas, tratando conseguir que olvide que están ahí. Separa las piernas y me da acceso a su sexo, más que listo. Me detiene, pidiéndome que no siga, que la folle ya. Haciendo caso a sus deseos, le doy la vuelta encarándola a la pared y se la meto desde atrás, arrancándole un grito que hace que me detenga preocupado.

—¿Estás bien? —No recordaba que me había dicho que estaba dolorida y quizás he sido más brusco de la cuenta—. Perdona, he sido muy violento.

—Noo, no pares, solo es que estoy demasiado sensible y esta postura es más intensa. No pares, por favor.

Vuelvo a obedecer, notando cómo mi polla empieza a doler de dura que está. Me vuelve loco, no sé si es su olor, la forma en que me

arropa, o como se mueve a la vez que yo, sin dejar de gemir, pero en pocos minutos estoy listo para dárselo todo y dejar que mi esencia la llene por completo.

—Martina…

—Lo sé, hazlo, estoy ya…

Antes de terminar su frase, noto cómo su sexo se contrae, atrapándome más y más, arrastrándome al orgasmo mañanero más intenso que recuerdo. La sujeto por las caderas porque la veo desmadejada. Beso su espalda, acariciando cada centímetro de su piel con mis labios. Unos instantes después salgo de ella y le doy la vuelta para saborear su boca. Sus ojos están muy claros, de un verde jade que no había visto hasta ahora.

—Martina, eres increíble. No vas a poder deshacerte de mí, ni aunque volvieras a nacer —le digo todavía jadeando—. Tienes los ojos más extraños que he visto nunca, ahora tienen el color del jade. No hay nada de marrón en ellos.

—A veces pasa, no muy a menudo, sobre todo cuando me da el sol, así que igual estos polvos sustituyen a la vitamina D.

—Habrá que seguir experimentándolo. —añado y sonríe, volviendo a iluminar la mañana tan gris que hoy ha amanecido.

Recogemos las cosas que trajo y al hacerlo una sensación de vacío me empieza a invadir sin poder evitarlo. Es como si todo lo vivido en las últimas horas hubiera sido un sueño y llegara a su fin. Bajamos al coche, y me doy cuenta de que he cogido las llaves del Porsche sin contar con Marco.

—Cariño, espera un segundo, me he equivocado de llaves, no recordaba que íbamos a por el peque. No tardo.

Bajo de nuevo con las llaves del Tesla Model X de siete plazas que mis padres compraron porque les encanta que vayamos todos juntos de viaje, y que yo guardo en mi plaza de garaje porque la comunidad tiene instalada cargadores. Apenas lo uso porque la mayoría de veces voy en moto.

—No te creo, ¿un siete plazas para ti solo?

—Ya conocerás a mis padres.

—No entiendo.

—A ver, mis padres, mi hermana, mi cuñado, las niñas y yo. Cuenta.

—¿Y no sería lógico que lo tuvieran tus padres o tu hermana?

—Sí, pero yo soy el único de la familia que tiene instalado un cargador en la plaza de garaje. Además a mi hermana no le gustan los coches tan grandes, así que cuando vamos de viaje juntos me toca llevarlo. Y lo hacemos a menudo, aunque sea para ir a la casa que mis padres tienen en la sierra. A veces se les olvida la edad que tengo. Creo que estar contigo me va a venir bien, así dejarán de pensar que

todavía soy un adolescente.

—¿Estamos juntos?

—¿Quieres que te pida salir como si tuviéramos quince años?

—Solo bromeo.

—Martina, ¿quieres ser mi novia? —Sus ojos se abren aún más para a continuación achicarse invadidos por la risa—. ¿No me vas a contestar?

Ahora ríe abiertamente, pero sigue sin contestarme. Atrapo su cuerpo contra la puerta del coche sin dejarla moverse, hasta que deja de reír. Me mira, tratando de parecer muy seria, y contesta que sí. Ahora soy yo el que no sabe si reír o llorar. Ya sé que no tenemos edad para estas tonterías, pero al menos así queda la situación aclarada.

—Has dicho que sí, así que ya no puedes cambiar de opinión. Bueno, a menos que quieras dejarme.

—No voy a dejarte, al menos hasta que te haya exprimido. ¿Crees que todos esos polvos estratosféricos que hemos echado en dos días los voy a perdonar?

Trata de mantenerse seria, pero sé que bromea. Aun así le sigo el juego.

—Martinaa...

—Es broma, Sam. Ya te dije que nadie me ha tratado como tú, y aunque no quiera, me gusta, me hace sentir querida y deseada, como si fuera una niña.

—Yo también bromeo, me parece bien todo lo que has dicho. Pero entonces, ¿cómo te presento?

—¿Qué tal como Martina?

—Sabes a que me refiero.

—Como quieras, no somos niños, no creo que haga falta ponerle nombre a esto, pero si lo necesitas, hazlo, aunque no te librarás de esa primera cita que me has prometido.

—Perfecto.

Llegamos a casa de sus padres, una casa adosada en la zona del Soto de la Moraleja, con piscina y un jardín bastante agradable pese a ser invierno. Los nervios casi me impiden hablar y Martina se da cuenta. Me da la mano y antes de entrar me detiene.

—Ehh, no te va a comer nadie, pero todavía estás a tiempo. Sé que todo esto es muy fuerte, va todo muy rápido cuando ni nos conocemos apenas, pero lo escogiste tú, por eso puedes marcharte. No te lo reprocharé.

—Ni lo sueñes, preciosa Martina. Estoy contigo, también en esto. Vamos.

Martina saca su llave, pero antes de introducirla en la cerradura, la

puerta se abre y una señora muy parecida a mi chica, pero con los ojos más oscuros y más delgada, aparece en el umbral. Me mira sorprendida, pero Martina la saluda antes de que pueda decir nada.

—Hola, mamá, este es Samuel. Imagino que ya sabes quién es.

—Hola, señor De la Vega, encantada de volver a verle... en mejores circunstancias. —Estiro la mano para saludarla, pero ella se acerca a mí y me da dos besos y un abrazo que me deja descolocado.

—Yo también me alegro de verla, no imagina cuanto, pero por favor, llámeme Samuel.

—De acuerdo, siempre que tú me tutees. Soy Paola.

—Está bien, Paola.

—Por Dios, qué maleducada. Pasa, por favor. Marti, hija, podías haber entrado.

—Mamá, estás en la puerta, ¿cómo vamos a pasar?

—Tienes razón, es que no todos los días apareces con un chico tan apañado y tan guapo.

—¡Mamá! Que no tengo quince años, joder.

—Mamiiii... —Un terremoto guapísimo, de ojos oscuros tan grandes que se salen de su cara, y una enorme sonrisa, aparece bajando las escaleras y se tira encima de mi chica.

—¡Hola, mi amor! ¿Te has portado bien, has comido lo que te han puesto? ¿Y te fuiste a la cama cuando la tía te dijo?

—Síiii, todo síiii. Hola, ¿tú eres el amigo del que mamá me habló? —dice aún en brazos de su madre.

—Así es. Hola, soy Samuel.

Le ofrezco la mano para que la choque conmigo, cosa que hace encantado, a juzgar por la sonrisa que se ha vuelto a instalar en su cara. Se parece muchísimo a su madre, con el color de ojos de su abuela.

—Mami, ¿vamos a ir a Faunia? ¿*Samel* también?

Me incluye en la conversación y eso me gusta. Es un niño que enamora nada más verlo, a pesar de todo lo que, sin apenas darse cuenta, ha vivido.

—Iremos donde mamá y tú digáis, yo estoy a vuestra disposición.

—¡¡¡¡Bieennn!!!!

—Me ha dicho mamá que te gustan los coches y los animales.

Sorprendido, me doy cuenta de que no estoy diciendo «tú mamá», sino que la incluyo en mi vida sin que me resulte raro.

—Síii. Mira, ven.

Me coge de la mano para llevarme a la planta de arriba y miro a Martina sin saber qué hacer. Ella se acerca a mí para decirme bajito al oído que me lo advirtió y que he abierto la caja de Pandora.

—Sube con él mientras yo recojo sus cosas. Marco, no enredes o no llegamos con hora. Coge tu abrigo, la bufanda, los guantes y el gorro

cuando bajes, que hace mucho frío hoy.

—Vale, mami.

Antes de subir le doy un leve beso a Martina en los labios, ante la mirada asombrada del peque. No es algo que hubiera pensado, es que me ha salido así sin más, es lo único que me apetece desde hace dos días, demostrarle a cada segundo lo que siento por ella.

Subimos las escaleras, y al entrar en la habitación, que intuyo de él y su primo, descubro una enorme colección de animales a escala, pero me lleva directamente a una estantería, donde reposan perfectamente colocados decenas de coches en miniatura, casi todos antiguos.

—¿Te gustan? —pregunta con la ilusión en su mirada.

—Me encantan, ¿sabes que yo los reparo y restauro? Los de verdad, digo. Hasta tengo uno. Mira, a ver si adivinas cuál es —le enseño una foto en el móvil.

—¡Un Porsche 356 speedster! ¿De verdad es tuyo? ¿Me dejarás verlo?

—Por supuesto, y cuando crezcas un poco te subiré.

—¿En serio?

—Claro que sí. ¿Y sabes qué más? En casa de mis padres tengo una colección tan chula como la tuya. Iremos un día y dejaré que te lleves a casa los modelos que más te gusten.

—Guay. ¿Te vas a quedar con nosotros?

—Todo lo que mamá quiera. —Sin esperármelo, se me echa en brazos y me regala un enorme abrazo que me deja sin reacción. Solo puedo devolverle el abrazo y respirar el olor a colonia infantil de su pelo oscuro y suave.

—Me vas a gustar mucho, Samuel.

—Tú a mí ya me gustas, peque.

4

Hay una circulación común, una respiración común. Todas las cosas están relacionadas.

(Hipócrates)

No doy crédito a lo que veo, ni a lo que he oído. Cuando he ido a buscarlos, Sam le estaba diciendo a mi hijo que le enseñaría su coche y que cuando fuera más mayor lo dejaría subir, que lo va a llevar a casa de sus padres para que escoja entre su colección de maquetas de coches, y que le gusta. Verlos además abrazados, cuando Marco es más que reacio a este tipo de demostraciones, me indica que confía en él, y eso que solo lo ha visto apenas cinco minutos. Que Sam le haya hecho todas esas promesas supone más que una declaración de intenciones, y yo no sé cómo tomarlo. Bajo sin hacer ruido, y al llegar a la cocina mis ojos deciden que necesitan liberar tantas emociones acumuladas. Mi madre me ve y extrañada me pregunta. Le cuento lo que he visto y oído, y sonríe, se acerca y me abraza.

—Solo he visto a tu nuevo amigo apenas un momento, pero esa mirada que he percibido en sus ojos, no la he visto en nadie que haya estado contigo antes. Sé que tienes muchas cosas encima, pero ese chico parece especial, Martina. No hagas algo de lo que quizás puedas arrepentirte.

—Mamá, tú sabes tan bien como yo que...

—Sí, y también que eres muy joven y que él puede proporcionarte la paz y estabilidad que necesitas, sin contar lo que hayáis estado haciendo desde ayer, que también. Te brillan los ojos como nunca. Sospecho que es algo mucho más profundo, más de aquí —dice poniendo su mano en mi pecho, en el lado donde mi corazón lleva dos días latiendo desbocado.

—No puedo.

—Claro que puedes, y nosotros vamos a ayudarte, como siempre. Te lo debes. Al menos dale una oportunidad.

—Mamii, ¿sabes qué me ha dicho *Samel*? —Marco viene de su mano, con el abrigo, los guantes y la bufanda ya puesta. Sam me mira y, antes de que mi hijo diga nada más, me da la impresión de que sabe que los he oído. Me guiña un ojo mientras el peque habla, y yo le

devuelvo una ligera sonrisa, pero aún con un nudo atenazando mi estómago.

Tras despedirnos de mi madre, nos marchamos a Faunia, una vez más. No puedo creer la atención que Sam presta a todo lo que le cuenta mi hijo, a ratos sin soltarnos de la mano, otras rodeando mi cintura y llevando al niño en brazos cuando quiere ver algo más de cerca, o dice que está cansado. Este pequeño tunante lo enreda como quiere. Es alucinante que su padre nunca quiso ni cogerlo y él, que es la primera vez que lo ve, lo trata como si fuera su hijo de verdad.

—Estás muy callada y creo que me da miedo. Sé que hay algo que no me cuentas.

—Solo estoy flipando con vosotros dos, todavía me parece increíble. Marco no es así.

—A lo mejor necesitaba que lo traten como a una persona, no como un trasto o como un bebé. Es muy inteligente, se parece mucho a ti. Estás haciéndolo muy bien, pero supongo que le gustaría tener una figura paterna. No lo sé, no soy psicólogo, no tengo ni idea y parece que estoy arrimando el ascua a mi sardina, pero lo único que estoy haciendo es lo que recuerdo que mi padre hacía con nosotros. Nunca me sentí un estorbo, y no lo digo por ti, no me malinterpretes. Imagino que, aunque fuera muy pequeño, el rechazo de su padre lo percibió de alguna manera.

—Puede ser, porque con el único que se comporta así es con mi padre, ni siquiera con mi cuñado, y eso que él lo trata genial, juega con ellos un montón y se lo pasan demaravilla, pero es distinto. Me estás poniendo las cosas muy difíciles, señoría.

—¿A qué te refieres?

—Mira, *Samel*, ven —interviene mi hijo cogiéndolo de la mano entusiasmado. Salvada por la campana.

—No hemos acabado esta conversación, preciosa Martina —dice Sam dándome un beso antes de alejarse de nuevo a la carrera de la mano de Marco. Me siento en un banco a verlos interactuar, y un sentimiento completamente extraño para mí se va abriendo paso en mi corazón, aunque no quiera.

Un rato más tarde nos sentamos a comer en uno de los pequeños kioscos de comida rápida que hay en el parque, sin que Marco deje de hablar ni un segundo y Samuel respondiendo a todas sus preguntas con una sonrisa, una caricia, o con cara de admiración o sorpresa, dependiendo lo que le cuente. De vez en cuando nuestros ojos se enganchan y me guiña uno.

Tras la comida entramos en el *Territorio Primate,* donde Marco disfruta con los lémures. El precio de la visita al parque nos va a salir por un ojo de la cara, pero Sam ha decidido comprar las entradas para las interacciones sin que yo pudiera evitarlo.

Cuando empieza a decaer el día, un poco antes de que cierren nos vamos para casa. Marco le pide a Sam que suba y aunque reticente, al final lo convence y pasamos el resto de la tarde viendo una peli.

A las ocho de la tarde nos dice que se marcha, pero una vez más el peque junto a las pocas ganas de que se vaya que tenemos los dos, consiguen que se quede a cenar y a bañarlo, porque así se lo ha pedido el pequeño manipulador. Dice que así puede hablarle mientras de los coches antiguos.

Preparo una cena ligera; sopa acompañada de un poco de jamón serrano y queso. Cuando salen del baño cenamos los tres. Es algo tan íntimo, pero a la vez tan cómodo y familiar, que podría acostumbrarme a que fuera así para siempre.

Finalmente, y como yo sospechaba desde un principio, también tiene que acostarlo y leerle un cuento. Voy a darle un beso, a ver si consigo que deje a Sam un rato.

—Mamiii... —Uff, no me gusta nada ese tono, se aproxima una tormenta. Sam me mira al ver la cara que he puesto

—A ver, ¿qué está pasando por tu cabeza en este momento?

—¿Sois novios? —¡Zas! Sin anestesia. Joder, con el niño.

—¿Por qué preguntas eso? —Samuel se lo está pasando en grande. Lo veo por el rabillo del ojo aguantar la risa, intentando averiguar por donde voy a salir.

—Pues porque vais de la mano, os dais besos y os reís todo el rato. Es que la madre de Patri *tene* un novio y no hacen cosas divertidas, y dice que cuando eran amigos era mejor. Pero a mí me gusta verte reír y tú me gustas mucho, *Samel*. ¿Te vas a quedar con nosotros? ¿Me vas a llevar al cole mañana?

—A ver, peque, no me ha quedado muy claro, ¿quieres que seamos novios o no? —pregunta Sam y miedo me da lo que le vaya a responder.

—Si *sempre, sempre, sempre* va a ser como hoy, sí. Si me vas a reñir, o vas a pelearte con mamá y ella va a ponerse *tiste* no. No me gusta ver *tiste* a mi mamá.

—Escucha, hijo —intervengo—, yo te riño, y cuando lo hago es porque lo que has hecho no está bien. Si Samuel viera algo algún día que no está bien, también lo haría. —Sam asiente sin dejar de sonreír.

—No vamos a pelear mamá y yo, y tampoco voy a hacer algo que la ponga triste, porque me encanta que se ría, porque está aún más guapa cuando lo hace. Seguiremos haciendo cosas divertidas, pero también tendrás que hacer los deberes del cole y ayudar a mamá teniendo tus cosas ordenadas. Ella tiene un trabajo muy importante y a veces llega muy cansada, no es necesario que te lo recuerde, ¿verdad? ¿Sabes lo que quiero decir?

—Sí, pero, ¿entonces sois novios? ¿Vas a vivir con nosotros?

—Somos novios —Sam me mira buscando un gesto de complicidad, y asiento sin que Marco se dé cuenta—, pero no voy a vivir con vosotros, al menos no todavía. Mamá y yo todavía tenemos que conocernos más y aprender cosas el uno del otro. Si en el futuro vemos que estamos preparados, y decidimos que ha llegado el momento, tú serás el primero en saberlo. Yo ahora me marcharé a casa, y mañana o pasado, o cuando mamá decida, iré a recogerte si ella no puede y pasaremos la tarde juntos, ¿te parece?

Dios, después de estos días y de todo lo que acaba de salir de sus labios, ¿cómo lo dejo que se vaya?

—Vale, me parece bien. Me lo he pasado muy bien hoy. Y *decuerda* lo que me has *pometido* de los coches.

—No lo olvidaré, no te preocupes. Y ahora, pequeño zoólogo, a dormir y a soñar con coches de carreras, con animales o con lo que te apetezca, que es tarde y mañana hay cole.

Se acerca y lo tapa, deja un beso en la cabeza y le da su peluche favorito, un pingüino con el que siempre duerme. Apaga la luz de la pequeña lámpara de la mesita de noche y me da la mano para salir del cuarto, entornando un poco la puerta.

Llegamos a salón y le ofrezco tomar algo, pero contesta que no, que debería irse antes de que haga algo que no debe.

—¿Cómo puedes ser tan perfecto? ¿Crees que ahora, después de todo lo que le has dicho, puedo dejarte ir sin más?

—Teníamos algo pendiente, quizás sí me tome ese café mientras me cuentas qué es eso que te estoy poniendo tan difícil. —Joder, pensaba que se le había olvidado.

Voy a la cocina y al entrar me atrapa contra la encimera de la isla. Acaricia el pelo escapado de mi coleta, colándolo detrás de la oreja, rozando mi cara a la vez, consiguiendo que me estremezca de pies a cabeza.

—Mejor me voy, y no porque quiera, pero es que eres demasiado tentadora, y sé que estás cansada y dolorida.

—No me importaría que te quedaras. Me estás haciendo muy difícil no enamorarme de ti.

—Quiero que lo hagas, porque me da que yo ya lo estoy, aunque no quiera reconocerlo. Y siento decirte que tu hijo ya me ha ganado. Todo lo que le he dicho es cierto y también lo que dije en casa de tus padres. Sospecho que algo oíste.

—Dios, ¿por qué ahora?

—Porque es nuestro momento, preciosa Martina. —Hace una larga pausa, mirando con deseo mis ojos y mis labios—. Venga, de verdad, me voy. ¿Trabajas mañana? Si quieres vengo a llevar a Marco al cole.

—No, lo recoge Carolina. Pablo y él van juntos, se llevan solo seis meses. Gracias por ofrecerte y por todo lo demás. Por todo. Hablamos

mañana. Entro a las ocho de la mañana y salgo a las tres de la tarde, si no hay ninguna urgencia. El miércoles tengo guardia. Ya te iré diciendo mis horarios, ¿de acuerdo?

—Perfecto, cariño. Mañana hablamos, y espero verte también.

Coge el abrigo de la percha de la entrada, después de las llaves del coche y el móvil que quedaron olvidados en la cocina, y antes de abrir la puerta me abraza para regalarme el beso más intenso que nos hemos dado desde que estamos juntos.

Cierra la puerta y yo me quedo detrás, apoyada en ella como una tonta, intentado que su esencia se quede conmigo.

—Sé que sigues ahí. Vete a la cama, señorita Gutiérrez. —Oigo su voz a través de la puerta.

—¿Y tú por qué sigues ahí?

—Porque es lo más cerca que puedo estar. Venga, en serio, me voy. Hasta mañana, preciosa Martina.

—Hasta mañana.

Lo oigo alejarse camino del ascensor y el pitido al abrirse la puerta. Sigo parada ahí sin saber muy bien si lo que ha pasado ha sido verdad o tan solo lo he soñado. Un mensaje me saca de dudas.

Sam:

Ya te echo de menos, pero no te doy más la paliza. Nos vemos mañana... si lo deseas.

Yo:

No me hubiera importado que te quedaras. También te echo de menos.

Ahora sí, convencida que esto es real, me preparo un vaso de leche, recordando cada segundo de este atípico y especial fin de semana, sin evitar sonreír como una adolescente. Al cabo de un rato, mi reloj vibra en la muñeca, lo miro y veo el nombre de mi hermana en la pantalla. Busco el móvil, que no recuerdo dónde lo he dejado. Creo que suena olvidado bajo un cojín del sofá. Cuando lo encuentro ya ha dejado de sonar. Lo saco y la llamo.

—Petarda, ¿cuándo pensabas contarme que te estás beneficiando al juez buenorro?

—Hola, hermanita, yo no te pregunto con quién te acuestas, creo que ya soy mayorcita.

—No tiene ningún misterio, solo me acuesto con tu cuñado. Venga, en serio, ¿qué tal?

—Ay, Carol, no sé ni que decirte, hoy ya ha sido la guinda. Si lo hubieras visto con Marco... es alucinante como lo trata, y para colmo el niño ha congeniado con él. Hasta le ha preguntado si se quedaba con nosotros y si lo iba a llevar al cole. No sé, es demasiado perfecto para ser verdad.

—¿Y qué pasa, que no te lo mereces? Te voy a revelar un secreto: no todos los tíos son unos hijos de puta desalmados, ¿aún no lo sabes?

Martina, cariño, ya es hora de que dejes todo atrás y pases página, ya sea con el juez macizo o con cualquiera de los que te tiran los tejos, que no solo es él. Tu monitor del gimnasio o el pediatra de Marco, por ejemplo. Si quieres sigo y te busco alguno más. Dos años, cariño, dos años. Incluso para ti es demasiado tiempo.

—Ni se te ocurra pensarlo. Voy a ver adónde me lleva esto con Samuel y ya veré. Quiero ir paso a paso. No imaginas cómo me hace sentir, y no me refiero solo a lo que estás pensando, pedazo de salida, no sé si mi cuñado te da suficiente porque no piensas en otra cosa. Es increíble. Samuel se ha ofrecido a llevar al niño al cole, incluso le ha prometido llevarlo a su casa, bueno, a la de sus padres, a enseñarle una colección de coches a escala que tiene.

—Me alegro mucho por ti, Marti, necesitabas en tu vida una ilusión así. Te dejo, que mañana tengo a veinte enanos un montón de horas en clase. Te quiero, hermanita. Mañana a las siete y media estoy por ahí.

—Hasta mañana, Carol.

Como una tonta me meto en la cama con una sonrisa en mi cara que no recuerdo desde hace una eternidad. Más de dos años sin estar con nadie y empezar algo nuevo con alguien como él, es algo que nunca hubiera esperado.

Cuando suena el reloj a las siete menos cuarto de la mañana, me levanto pletórica. No es que haya dormido mucho, pero he descansado y he tenido un sueño en el que todos los días eran como el domingo, juntos los tres como si fuéramos una familia.

Me doy una rápida ducha y preparo un capuchino, la merienda de Marco, y me visto, escogiendo lo que me apetece, aunque tenga que llevar la bata encima. Al menos nadie me va a decir que la ropa que llevo me hace parecer una puta. No permitiré que ocurra nunca más. El infierno quedó atrás y debo creerlo. Tampoco es que vaya a ver ahora todo del color de los arcoíris, con unicornios paseando por la calle, pero al menos voy a pensar que puede ser posible un futuro mejor, sea con Sam o con otro llegado el caso. Me lo merezco.

A las siete y media, puntual como un reloj, llega mi hermana con un abrazo sanador, y un «me alegro por ti». Le doy un beso a Marco, recién levantado, y salgo a toda prisa hacia el hospital.

Las primeras horas son frenéticas, las consultas hay días que resultan agotadoras. Gracias a mi reloj inteligente, sé que mi teléfono me ha notificado algún mensaje unas cuantas veces, pero aún no he tenido tiempo ni de ir al baño. Sobre las doce del mediodía tengo un hueco para tomarme un descanso, y como la siguiente cita es a la una,

decido ir a tomarme un ligero tentempié. Me encuentro con Iván en la cafetería y me siento con él. También acaba de terminar su ronda y le quedan ahora unas cuantas consultas a partir de la una.

—Preciosidad, a ver que te vea. Uy, menudo finde has pasado, nena.

—No te lo voy a negar. Por nada del mundo imaginaba el viernes lo que iba a pasar estas últimas horas. Y antes de que te vengas arriba, no solo los dos, sino ayer con Marco. Ha sido de cuento.

—¿Cómo? ¿El juez empotrador conoce a tu hijo ya? Joder, Martina, vas lanzada a por el pleno. Pero te digo una cosa: me alegro por ti; no sabes la cara que traes y el brillo que adorna tus ojos.

—Sí, a Marco y a mi madre…

—¿También a tu madre? Ay, virgencita de la Santa Legislación, menos mal que soy cardiólogo, si no te diría que me va a dar un infarto.

—A ver, tampoco es para tanto, no exageres. Le invité a subir el viernes, pasamos el sábado juntos, incluida su hermana, cuñado y sobrinas por la tarde, y el domingo fuimos a recoger a Marco, que estaba en casa de mis padres. Y ya está. Hasta ahí. —Sus ojos se abren exageradamente y enarca una ceja.

—O sea, que al final yo tenía razón y el viernes estabas *para un polvo*.

—O tres, no recuerdo muy bien.

—Vamos, que en un solo fin de semana te has puesto al día tras más de dos años. ¿Me estás diciendo que ya no te queda ni una telaraña? ¿Es eso?

—Mira que eres bestia, no sé por qué te cuento nada, pareces un adolescente escandalizado. Ahh, claro, es que Alba cualquier día te manda a paseo por no proponerle nada serio después de llevar más de cuatro años juntos. Háztelo mirar porque ella es un partidazo.

—Hablas conmigo porque soy tu mejor amigo y nos conocemos desde siempre, creo que me he ganado el derecho a decir lo que piense. Y en cuanto a lo de Alba, ¿lo piensas de verdad? —Ahora parece preocupado, y temo que quizás he hablado de más.

—Tal vez. ¿De verdad no te apetece algo más? No creo que tengáis edad de seguir con ese juego de «ahora a tu casa, mañana a la suya». No sé, es mi opinión.

—Quizás tengas razón, sospecho que a veces no le apetece ni que quedemos, pero luego, cuando estamos juntos es todo genial. ¿Qué hago? ¿Le pido que nos mudemos juntos?

—¿Estás seguro de que no hay nada que os esté separando? Si es eso lo que crees, quizás sea solo a causa su trabajo o el tuyo, que también se las trae con los turnos.

—¿Qué haces luego?

Mi teléfono vuelve a sonar, lo saco y veo que es Samuel y que tengo unas cuantas llamadas perdidas y unos pocos mensajes más.

—Recoger a Marco e irme a casa, y ver que quiere Sam, que estará preocupado.

—Quédate conmigo a comer y luego me ayudas con algo que se me está ocurriendo.

—¿Y qué hago con Marco? Hoy Pablo tiene natación y mi hermana no puede recogerlo. Dame un minuto que conteste a la llamada, por fa.

—Hola. Disculpa, no he podido atenderte antes.

—Hola, preciosa Martina. Estaba agobiándome un poco, pensé que no querías contestar.

—Los lunes son un poco de locos. Ahora he parado y estoy con Iván tomándome un café. ¿Y tú qué haces, en el taller?

—No, estamos esperando que lleguen unas piezas para poder seguir, así que hoy solo echando de menos el fin de semana. No me reconozco, perdona la intensidad. ¿Nos vemos luego, comemos juntos?

—Yo también me acuerdo todo el tiempo de estas últimas horas juntos. No sé si puedo quedar contigo para comer, este pelma quiere que almuerce con él porque necesita que le eche una mano para algo de su chica, pero tengo que recoger a Marco a las seis y media y no sé si me va a dar tiempo a todo.

—A ver, espera. ¿Qué te parece si me dices dónde hay que recogerlo y lo llevo a tu casa si no has terminado? Después podemos cenar juntos y… me marcho después a mi casa.

—¿Lo recogerías? No tienes por qué hacerlo, puedo llamar a mi madre.

—No es ninguna molestia, no creo que a Marco le importe que lo recoja yo. Pero estoy pensando que no tengo llaves. Te llamo, te recogemos donde estés, y os llevo a casa, ¿te parece bien?

—¿De verdad?

—Claro, preciosa Martina. No me importa, así nos vemos, aunque sea un rato.

No puedo creer lo que me está diciendo. Iván me mira con una sonrisa socarrona posada en sus labios.

—Está bien, ahora llamo a mi hermana y le digo que ponga las llaves en la mochila de Marco, y al dojo para avisar que lo recoges tú. —Por megafonía nos llaman a Iván y a mí para una urgencia. *—Te tengo que dejar, acaba de entrar una urgencia. Eres un amor, ¿lo sabes?*

—Espero que el tuyo. Que no sea nada la llamada. Luego nos vemos, preciosa Martina.

Cuelgo mirando el teléfono. Iván se da cuenta de que no reacciono y me quita el móvil de la mano.

—¿Qué ha pasado? Te has quedado muda y medio lela, todo sea dicho.

—Que cuando le he dicho que era un amor, me ha respondido que esperaba ser el mío.

—¡Toma! Es directo el chico. Me gusta mucho, nena. Lo que vi el viernes me impactó, y tan solo os vi un momento, pero ahí se estaba cocinando algo.

—Seguro, sin exagerar. Pero me gusta mucho, eso sí es cierto, aunque es muy pronto. Demasiado. Y me aterra —respondo mientras abandonamos la mesa con rapidez para ir adonde nos requieren.

—No me da buena espina que nos llamen a los dos a la vez, que lo sepas —añade mientras caminamos deprisa.

—A mí tampoco.

Al llegar a urgencias el panorama que nos encontramos es desolador. Un chico muy joven, apenas veinte años, ha sufrido un accidente muy grave y supuestamente ha entrado en muerte cerebral. Su familia y su novia no tienen consuelo, pero tras el primer examen sospecho que es un diagnóstico erróneo

—Doctora Gutiérrez, creo que la hemos hecho venir para nada —el jefe de urgencias trata de largarme del sitio, ya hemos tenido algún que otro choque, pero esta vez no estoy dispuesta que me diga qué debo o no debo hacer.

—¿Le han pedido un TAC o una resonancia?

—No, no responde a ningún estímulo.

—No he preguntado eso, quiero un TAC, y lo quiero para ayer.

—Pero…

—Se acabó, doctor Herranz, no voy a consentir ni una sola vez más que se entrometa en mi trabajo. Martínez, prepárame la sala, ¡YA!

—Ahora mismo, doctora.

El puto médico de urgencias se larga, e Iván se acerca a mí con una sonrisa en su rostro.

—Eres mi heroína, así me gusta, Marti. Creo que yo ya he terminado por aquí.

—Si no tienes nada quédate conmigo, esto tiene toda la pinta de un hematoma subdural. Si te animas, ya sabes…

—Sabes que no me está permitido. Solo puedo mirar.

—Cómo quieras.

Le hacemos la prueba e inmediatamente lo mando al quirófano, el hematoma es muy grande y hay que practicar una craneotomía. Solo espero que no le queden secuelas porque es muy joven. Demasiado.

—Martina, Martina, ¡doctora! —La voz de Iván me saca de la concentración—. Me voy, te espero fuera.

—Ok.

Continúo con la intervención rodeada de mis asistentes. He puesto una lista de reproducción en un pequeño altavoz portátil bluetooth conectado a mi móvil, como siempre que tengo una. Ahora mismo

suena Llámame loco[ii] de Manuel Carrasco.

Me disparé a mí mismo no sé cuántas veces
Y mal herido sigo andando, sigo en pie
Porque a su lado esquivo el fuego de la muerte
Porque en su llama quemó el ansia de mi ser

El hospital que habita en mí tiene su nombre
Es la receta, el mar, el viento, la canción
Cuando descubro que me alejo de su norte
Al sur la encuentro disparando en mi renglón

De cada paso, destino
En la deriva el timón
La luz que aprieta el gatillo de mi voz

Y llámame loco por quererla a ella
Por oír los gritos de este corazón
Es la rebeldía de su libertad
Es su piel, su verdad, su arañazo feroz

Y ya no me importa que nadie lo entienda
Quién es el culpable, quién se equivocó
La única que sabe de esta soledad
De este amor inmortal que nos mata a los dos

La eterna lucha del…

Mi cabeza vuela buscando a Samuel, a las horas que hemos pasado juntos y a las palabras que me ha dicho antes.

—Doctora, se nos va, está entrando en parada. —Mi asistente me saca de la canción con una dosis de brutal realidad.

—Epinefrina, no vamos a dejar que vaya a ningún lado. ¿Cómo se llama?

—Juanrra.

—Cariño, Juanrra, escúchame: quiero que vuelvas con nosotros, ¿me oyes? No sé qué música te gusta, pero déjate llevar. Mira, escucha a Alejandro Fernández, presta atención a la letra de Quiero que vuelvas, estoy segura de que la preciosidad rubia que está con tus padres y tu hermana ahí fuera es lo que desea ahora mismo con toda su alma. No los dejes. Yo también pasé por algo muy duro, y lesiones muy fuertes, pero aquí estoy, ayudándote para hacer que te quedes con nosotros. Venga, Juanrra, un esfuerzo.

Tras unos agónicos segundos en los que sigo hablándole y limpiando toda la zona, el corazón vuelve a su ritmo.

—Lo tenemos, Martina —dice Marce, mi enfermero de apoyo en esta intervención.

Termino de limpiar la zona afectada, recomponemos y suturamos cuando se estabiliza del todo. Solo entonces me relajo un poco y, tras asegurarnos de que está todo perfecto, prescribo la mediación que

corresponde antes de que lo lleven a recuperación. He ordenado que lo dejen sedado hasta mañana para poder comprobar la respuesta favorable a la intervención.

Salgo de la sala, me deshago de la ropa de quirófano, y lavo mis manos a conciencia. Compruebo la hora en el móvil y veo que son más de las tres. Un mensaje de Iván de hace solo cinco minutos, me indica que está esperándome en la puerta del vestuario. Mientras me dirijo a su encuentro, un mensaje de Samuel me pregunta qué tal ha ido todo. Respondo sin dejar de caminar por el pasillo, que de momento todo bien y, de forma escueta le cuento muy por encima lo sucedido, que salgo con Iván ya. A los pocos segundos, con un nuevo mensaje contesta que nos veremos después.

Por fin Iván y yo salimos del hospital para montarnos en su coche, al tiempo que intenta liarme con su entusiasmo repentino. No entiendo cómo a veces puede ser tan obtuso. Es tan guapo como simple en algunas ocasiones. Pudo ser modelo, le ofrecieron algunos trabajos, pero tenía claro que lo suyo era la medicina y la cardiología en concreto, y lo cierto es que es muy bueno en su trabajo. Tiene un perfil de nariz recta, unos ojos verdes que impresionan, y el pelo tan oscuro como el azabache. No me extraña que Alba esté loca por él, a pesar de que no se decida a nada más serio.

Comemos en uno de sus restaurantes favoritos, uno de comida fusión, tan de moda últimamente, sinónimo de escasa manduca pero costar una pasta. Me cuenta que se le ha ocurrido montar en su ático una cena especial para su chica, pero como es febrero y ha pensado que sea en la terraza, quiere comprar algunas cosas y contratar un pequeño servicio de catering, solo para los dos, para que preparen los platos favoritos de Alba. Así que, después de la intensa mañana que llevo, me veo arrastrada a ayudarle a decidir y comprar todo lo que quiere preparar.

Vamos a unos cuantos sitios elegidos de antemano, donde encarga todo lo que se le pasa por la cabeza. Me pide que vaya con Alba de compras con la excusa de una cena a la que tenemos que acudir con gente del hospital, así que, casi obligada, le prometo que la llamaré al día siguiente para quedar con ella.

—No sabes cuánto agradezco todo esto, Marti, y más después de la mañana que has llevado. Pero te deberé una muy gorda, aunque ya sabes que puedes contar conmigo siempre.

—Lo sé, no te preocupes, esta sí que me la vas a devolver, ya lo creo que lo harás. Ya se me ocurrirá algo solo por darte el empujón. —Antes de subirnos al coche me atrae hacia él y me abraza, después se separa de mí y me mira a los ojos, apartando de mi cara el despeinado y loco pelo que luzco a estas horas—. Espero que esta vez todo te salga bien, cariño. De verdad que estoy encantado de poder ayudarte,

sobre todo si, como imagino, cierto juez buenorro tiene algo que ver en tu felicidad. Cuenta conmigo para todo, ¿lo has oído? TODO, y eso implica a Marco. ¿De acuerdo?

—Sí. Lo sé. Te quiero, ya sé que sabes. No me extraña que Guillermo tuviera celos de ti. Eres genial. Nunca he confiado tanto en nadie como lo hago en ti.

—Guillermo era un capullo y un verdadero hijo de puta. ¡Qué lástima no haberlo pillado a tiempo! Deberías haberme contado todo.

—Te hubieras metido en un lío. Me alegro de que no llegaras a tiempo.

—Toda esa mierda se acabó, es pasado, y tu futuro pinta muy bien. Samuel y yo nos encargaremos de que sea así. Venga, si nos damos prisa aún llegas a por el peque y los sorprendes a los dos.

Y eso hacemos. Me alarga hasta donde está el club en el que Marco practica artes marciales, no sin pasar un par semáforos en ámbar para poder llegar con tiempo suficiente. Me deja en la esquina, le abrazo y me relajo en sus brazos. Noto cómo besa mi pelo y aspira su olor.

—Siempre serás mi niña, ¿lo tienes claro?

—Sí, papi. Sabes que somos de la misma edad, ¿no?

—No importa. Nunca me voy a perdonar…

—Eh, se acabó, no lo digas más. Todo eso ya pasó, tú mismo lo has dicho hace solo unos minutos. Me voy, el niño estará a punto de salir y Samuel debe estar muy cerca esperándolo.

—Mira, ya lo tienes allí. Parece algo nervioso.

En ese momento mi móvil se hace presente y veo un mensaje en la pantalla de bloqueo.

Samuel:

Estoy esperando a Marco en la puerta, ¿cómo vas tú? ¿Estás segura de que le gustará verme a mí?

—Está nervioso, mira —le enseño el mensaje a Iván.

—Venga, ve con él, no seas mala.

Me despido de mi amigo con un beso en la mejilla y salgo del coche.

Yo:

Llegaré pronto. Le encantará verte, le gustas mucho, casi igual que a mí.

Samuel:

Luego me lo repites mirándome a los ojos.

Yo:

No lo dudes.

Camino hacia la salida, pero en vez de llegar hasta donde está Sam, decido quedarme a unos metros observado. Y han empezado a salir los niños y cuando asoma Marco por la puerta no me ve, pero repara en que está allí Samuel y se lanza a sus brazos como si lo conociera desde

hace una vida. Unos segundos después de la escena, me acerco a ellos y cuando ambos me ven sonríen. La sonrisa de Sam es toda una declaración. Me acerco y dejo un beso en sus labios. Rodea mi cintura con su brazo mientras Marco, todavía encaramado a él, me abraza y me regala mil besos sonoros.

—Mamii, qué bien veros aquí a los dos. No esperaba a *Samel* pero me encanta. ¿Te *venes* a casa?

Sam me mira de soslayo, imagino que al llegar yo tan pronto, piensa que le voy a decir que se vaya, pero le voy a pedir que se quede a cenar con nosotros, aunque en realidad me encantaría que se quedara a pasar la noche en mi cama. Le hago un gesto de asentimiento imperceptible y él sonríe.

—Sí, vamos a hacer la cena con mami, luego me iré. O mejor aún: estamos a tiempo de ir a merendar, ¿tienes hambre? —le pregunta sin soltarlo en el suelo.

—Síii, ¿podemos? *Quero* tortitas, pero las de ese sitio que te gusta tanto, mami.

—¿Has traído el coche? —pregunto a Sam, porque, aunque estamos relativamente cerca, imagino que lo ha cogido.

—Sí, le he dado el cambiazo a Gonzalo y me he quedado el suyo, al menos por hoy. Está ahí mismo —contesta señalando un aparcamiento donde hay un Volvo V60 rojo, que parece recién sacado del concesionario.

—Vosotros lo de los coches pequeños y baratos, como que no, ¿verdad?

—Mi padre considera que los coches así son más seguros. Hace años perdió a un hermano en un accidente de tráfico. Antes de comprar uno le da mil vueltas, hace un millón de preguntas y busca todo lo que puede sobre la seguridad de los coches, así que los automóviles pequeños no son una opción para él. Los demás intentamos complacerlo, en parte por no tener que escucharlo.

—Tiene sus motivos, es obvio. Lo siento.

—Fue hace mucho, pero gracias. ¿Dónde es ese sitio tan maravilloso que le gusta a este peque?

—Cerca de la Plaza Mayor. Si quieres aparca en mi casa y vamos desde allí. Tengo una plaza de garaje.

—¿El Mimi's? —pregunta dejándome perpleja.

—El mismo —contesto sorprendida, se ríe, pero no dice nada.

—Está lejos y hace frío. Mejor buscamos aparcamiento más cerca, no te preocupes.

Sigue llevando a Marco en brazos hasta el coche, lo sube en la parte trasera y lo sienta en una silla infantil perfectamente anclada en el asiento. Le miro y sonríe guiñándome un ojo. Nos subimos los dos al coche, y sin dejar de mirarlo, se incorpora al tráfico. Me mira de

reojo sin dejar de sonreír.

—He ido de vez en cuando. Me refiero al Mimi's. A mi hermana le gusta mucho. Deja de darle vueltas a esa cabeza privilegiada que tienes. Marco, ¿quieres ver algo? Puedo encender la pequeña televisión que tienes en la parte trasera de mi asiento.

—No, me gusta mirar el *táfico*.

—A mí también me ha gustado siempre. —responde mirando por el retrovisor con una ligera sonrisa. Vuelve a mirarme de reojo, busca mi mano y la acaricia—. Se parece mucho a mí cuando tenía su edad —me dice bajito. Un nudo en mi garganta impide que diga nada, solo acierto a sonreír. Enciende la radio y la voz rasgada de Sergio Dalma en Si fueras mía se propaga por el espacioso habitáculo—. No me mires así, no lo he puesto yo. Imagino que Jud ha sido la última que ha cogido el coche, pero la letra dice muchas cosas que podría decirte yo.

—Uf, ¿puedes parar un poco? No puede ser todo tan perfecto. ¿Dónde está la pega? ¿Te sabes todas las letras de las canciones que suenan?

—No, pero mi hermana es fan de este tipo de música. Te recuerdo que viajamos juntos. La «pega», como tú lo llamas, está en que no te crees que esto pueda estar pasando, mientras yo lo único que hago es dejarlo fluir. Esa es la verdadera pega. —Una vez más me deja sin argumentos—. Ya lo irás viendo.

Casi sin darme cuenta, y por imposible que parezca en el Madrid de hoy día, ha encontrado un aparcamiento tan cerca del sitio al que vamos que hasta parece previsto para poder impresionarme. Y yo me dejo. Aunque sigue costándome mucho ver que es cierto lo que está pasando.

Merendamos, una vez más, como si fuéramos una familia normal pasando la tarde. Marco le pregunta cosas sin cesar, a la vez que nos cuenta lo que ha hecho hoy, y lo que le gusta que Samuel esté con nosotros. Mi chico, con una paciencia infinita, no deja de satisfacer su curiosidad e incluso le anima a que formule más preguntas.

Al terminar, volvemos al coche. Esta vez toma el camino de casa y aparca en mi plaza de garaje. Cuando llegamos, se va con el niño para ver de nuevo los coches y sus animales, tal como hizo ayer, mientras yo saco del congelador masa de pizza casera. La preparo y voy a disponer las cosas para el baño de Marco. Al caminar por el pasillo camino del baño, me detengo en la puerta del dormitorio del niño, porque los oigo charlar animadamente.

—No quiero que te vayas, me gustas mucho. ¿Sabes que nunca he tenido un papá? No sé quién es. No he visto fotos ni nada. ¿Tú tienes papá? Todos mis amigos lo tienen pero yo no. —Veo a Sam pasarse la mano por el pelo y respirar hondo. Puedo adivinar lo que pasa por su

cabeza, pero no le va a decir nada al niño.

—Claro que tengo papá, y tú también. Pero imagino que se tendría que marchar por algo. ¿Qué te ha contado mamá y los abuelos?

—Que se fue de viaje y nunca pudo regresar, pero que me quería mucho.

—¿Ves como si tienes papá?

—Bueno, pero ya no tengo. ¿Sabes, *Samel?* Me hubiera gustado que fuera como tú.

—Puedes contar conmigo para lo que quieras. Siempre. ¿Vale, colega?

—¿En serio? —pregunta con un brillo intenso en sus ojos oscuros.

—Claro que es en serio.

—¿Te puedo «*peguntar*» una cosa?

—Por supuesto.

—¿Por qué estás aquí?

Me da la impresión que lo descoloca con su pregunta, después de la conversación del día anterior.

—Pensé que lo habíamos hablado ayer.

—Ya sé que sois novios, pero ¿tú quieres a mi mamá? ¿Mi papá quería a mi mamá?

—Imagino que sí, que la quería, si no hubiera sido así tú no estarías aquí.

—¿Y tú?

Joder, con el niño.

—Sí, Marco, yo también. Llevamos juntos muy poco tiempo, pero creo que eso se sabe, aunque no sea mucho lo que compartimos todavía. ¿Qué piensas tú?

—Solo soy un niño, pero me gusta como la miras y como te portas con ella y conmigo. No sé nada más.

Ante las preguntas y respuestas de uno y otro, decido que ya es hora de parar esta conversación. Pero Sam se ha dado cuenta de que estoy allí y me llama sin darse la vuelta.

—Ven aquí, mami, este peque tiene demasiadas preguntas y yo solo no puedo contestarlas todas.

—Marco, venga, al baño, pronto estará la cena.

—Mami, ¿a ti te gusta?

—Marcooo, al baño. YA.

—Vaaaleee. *Samel,* ¿vienes conmigo?

—Ya está bien, deja al pobre Samuel tranquilo. Para un ratito, Marco.

—No te preocupes, encárgate de la cena, yo iré con él.

Se levanta, se apodera de las cosas que tengo en los brazos para la ducha del pequeño inquisidor y se acerca para darme un beso en los labios.

—Me hubiera gustado oír tu respuesta, señorita Gutiérrez —susurra en mi oído, haciéndome estremecer—. Porque las reacciones de tu cuerpo ya las voy conociendo y me encantan.

Me pongo un pantalón de deporte y una sudadera y me voy para la cocina. La masa para pizza ya está descongelada y pongo el horno a calentar mientras dispongo los ingredientes. Concecto la música en el salón, siempre lo hago cuando estoy en casa. En realidad la música forma parte de mi vida. De pequeña fui al conservatorio e imagino que esa pasión quedó atrapada en mí. No escojo nada en concreto, dejo que Alexa decida lo que poner. Chayanne con Tengo Miedo, suena bajito por los altavoces de la estancia.

—Escuchas música muy triste, mi preciosa Martina.

Sam ha salido del baño y me abraza por detrás, susurrando de nuevo en mi oído, poniendo alerta todos mis sentidos. Marco aparece detrás de él.

—¡¡¡¡Pizza!!!! Ya verás qué buena le sale a mamá. Te quedas a cenar, ¿no?

—¿Me invitáis? —pregunta sabiendo cuál es la respuesta. Le invitaría a quedarse en mi vida pero no se lo voy a decir. Al menos no todavía.

—Tú qué dices, Marco, ¿le invitamos o nos la comemos nosotros solos? Mira qué pinta tiene —le digo asomándolo a la puerta cerrada del horno.

—La pizza es muy *gande*, creo que se puede quedar. ¿Te quedarás a dormir y mañana me llevas al cole? Puedes dormir conmigo.

—Me quedo a cenar pero después me tengo que marchar. Mañana debo levantarme muy temprano, pero te llevaré al cole algún día. No lo dudes.

—Marco, ve poniendo la mesa, cariño.

El niño se marcha hacia el salón con el mantel en la mano. Hoy que estamos los tres cenaremos allí.

—Puedes quedarte si te apetece.

—No hay nada que me apetezca más, pero no quiero que Marco se haga más líos. Incluso tú no lo tienes nada claro. Veo la duda en tus ojos.

—No son dudas. O quizás sí, no sabría decirte. Sabes que me gustas mucho, lo que me provocas en mí ya lo ves, no se puede ocultar, pero...

—No hay peros, preciosa Martina, tan solo quiero intentarlo. No te estoy pidiendo amor eterno, al menos no todavía —añade guiñándome un ojo—. Bromeo, yo tampoco sé a lo que podemos llegar, pero al menos no le pongo trabas. Es lo único que te pido. Déjate llevar por lo que sientes, nada más.

—Lo entiendo, pero aun así, me resulta muy difícil, ni siquiera

entiendo que haya pasado esto. —Me mira entrecerrando los ojos—. Eh, no me malinterpretes, no me arrepiento, todo lo contrario. Estoy encantada. No recuerdo si alguna vez me he sentido algo así. Es todo lo demás. La tara la tengo yo, todo lo demás es perfecto. Tú lo eres. —Ahora suena El lado oscuro de Jarabe de palo—. Qué apropiada la canción. La del lado oscuro soy yo, claro. Parece que Alexa quiere chinchar un poco.

—¿Cómo? ¿Perfecto? ¿Tara? Mira, preciosa Martina, aquí la única tara la tiene el malnacido ese con quien tuviste la desgracia de cruzar tu vida. Tú eres perfecta, con tus heridas, con tus cicatrices. Eres brillante, eres una madre excepcional, todo el mundo que te conoce está orgulloso de ti, y sé de lo que hablo. Tuve la ocasión de conocer a mucha gente aquellos días, he releído las declaraciones más de una vez. Si hay alguien que no sea perfecto soy yo. Mírame; pese a saber que me gustabas, que quería saber de ti, nunca me atreví a llamarte. Pude hacerlo y no lo hice. Si no es por el destino o la casualidad, no estaríamos ahora así. Y créeme que es como quiero estar.

—Me gustaría ver las cosas como tú las percibes, pero hay tanto que desconoces de mí y que yo no encuentro la forma de gestionar…

—Estoy aquí para cuando quieras o puedas contármelo. Te lo digo muy en serio. No te pido nada, solo que le des una oportunidad a esto.

—Mamiii, ¿ya? La mesa está lista y yo tengo hambre.

Sam me mira y sonríe. ¿Es que a este hombre nunca se le cae la sonrisa de la cara? Le guiño un ojo y vocalizo «niños». Se encoge de hombros y va para el salón mientras yo saco la pizza y la troceo en porciones. De repente oigo a Marco reír como un loco y cuando me doy la vuelta está sobrevolando el salón en brazos de mi moreno chiflado. Los observo sin dar crédito, pero no puedo evitar que una sonrisa se dibuje en mi cara, y un intenso calor se vaya abriendo paso en mi corazón.

—Sam, ¿quieres vino?

—¿Chianti? Lo digo por la pizza.

—Lambrusco, ¿te da igual?

—Como si pones agua. Lo importante es la comida y la compañía. —Sigue derritiéndome con sus palabras.

Terminamos la cena, y al igual que ayer, Marco le pide que le acompañe a la cama y le lea un cuento. Voy con ellos y, tras dejarlo en su camita, arropado y con su ración de besos, salgo de la habitación mientras la suave voz de Samuel le va leyendo el cuento que hoy han escogido. Él cambia las voces según los personajes que van apareciendo y no puedo evitar que miles de mariposas recorran mi estómago. De repente, recuerdo que no he llamado al hospital para ver cómo sigue la evolución del paciente de hoy, así que me siento en el sofá estirando los pies calzados únicamente con los calcetines, y

cojo el móvil.

—Hola, Marce, ¿qué tal Juanrra?

—Bien. Las constantes son estables y sus pupilas ya son simétricas. Parece que responde bien a la medicación, pero sabes que mientras siga sedado no sabremos mucho más. He visto que no has solicitado el TAC para mañana, ¿se te ha pasado?

—No, pero como el miércoles tengo guardia lo dejaré para entonces. Mañana le retiraré la sedación, y veremos qué tal reacciona. ¿Te veo antes de que te vayas? Me pasaré temprano, antes de empezar la consulta.

—Imagino que sí, aún estaré por aquí a esa hora, desayunaré con los del turno, como siempre. ¿Sabes que eres la única que se preocupa por llamar? Eres excepcional, Marti.

—No me parece excepcional, Además me quedo más tranquila y sé qué me puedo encontrar cuando entre mi turno. Te veo por la mañana, que tengáis buena noche.

—Adiós, compi.

Sam ha llegado y se ha sentado a mi lado, colocando mis pies sobre sus piernas. Me mira enigmático, no sé descifrar lo que veo en su mirada.

—¿Qué pasa?

—Nada, solo que eres maravillosa. ¿Es costumbre del hospital hacer lo que acabas de hacer?

—No lo sé, tan solo sé que yo sí lo hago. Era una operación complicada a un chico demasiado joven y por un momento casi se nos va. Fuera esperaban sus padres, su hermana y su novia. Solo de pensar por un momento en tener que decirles que no habíamos podido hacer nada por su vida, se me encoge el alma. Ignoro por qué, pero la chica estaba destrozada, más incluso que los padres del paciente. Al salir y decirles que todo había salido bien, la chica se abrazó a mí y no podía dejar de llorar.

Sigue mirándome con un brillo especial en sus ojos, pero no dice nada. Tras unos segundos, en los que suelta mi mano y sube la suya para acariciar mi mejilla, se acerca para besarme, despacio, suave, recorriendo el perfil de mi cara para acomodarse en mis labios y profundizar en un beso que me calienta hasta el alma, por no hablar de otras zonas de mi cuerpo.

—Eres tan especial…

—Tratamos con personas, no con nombres y cifras en expedientes impersonales. En cierta forma yo también fui tu paciente, no solo un nombre más en un papel. Tú mismo lo has reconocido.

—Siempre hay personas especiales en todas las profesiones y tú lo eres en la tuya. Reconozco que es cierto, normalmente detrás de cada expediente veía a una persona o a una familia que sufría, pero no recuerdo todos los casos que pasaron por mis manos. Sin embargo el

tuyo me marcó. Quizás el destino ya estaba haciendo de las suyas, porque en realidad ese caso no me correspondía, pero la compañera tuvo un pequeño percance y la tuve que sustituir.

—Al final voy a tener que creer todas esas cosas que dices sobre el destino. ¿Quieres quedarte?

—Sabes que sí, pero no voy a hacerlo. Quiero que estés segura de verdad, sin ninguna duda, de que quieres una relación conmigo, con todo lo que eso significa.

La voz de Luis Fonsi cantando Nada es para siempre[iii] suena ahora, invadiendo la estancia. Me mira y vuelve sobre mis labios. Ahora soy yo la que no lo va a dejar marcharse, al menos de momento.

Nada es para siempre amor
Hoy nos toca compartir la misma luna
Y mañana quién sabrá
Sí hay una separación o habrá fortuna

Nadie sabe amor
Nadie sabe que podrá pasar mañana
Quiero amarte hoy
Quiero abrir todas las puertas de mi alma

Te quiero hoy
Quiero abrirle al corazón una ventana
Esto es amor
Y es tan grande que no cabe en mis palabras, noo

Quiero amarte hoy
Quiero amarte hoy
Por si no hay mañana
Quiero amarte hoy
Yo quiero amarte hoy
Por si no hay mañana

Somos como arena y mar
Somos más que una ilusión porque no hay dudas
Y esta historia de los dos
Es tan linda como nunca hubo ninguna

Nadie sabe amor
Nadie sabe que podrá pasar mañana
Quiero…

Tiro de su jersey para sacarlo por la cabeza, al tiempo que sus manos se cuelan por debajo de mi sudadera, haciendo que desee más y más. Mis pechos se endurecen y mis pezones se marcan a través del algodón de la ropa. Acalla con sus labios los gemidos que sin control escapan de mi boca. Acaricio las golondrinas tatuadas en su pecho, viendo como mis caricias consiguen el mismo efecto que las suyas en mí.

—Joder, Martina, me haces perder el norte, Marco…

—Shhh, Marco no se despierta ni con un terremoto intensidad diez.

—De veinte es el que te voy a provocar yo a ti, manipuladora. No puedo controlarme contigo, debería marcharme.

—Después, si quieres, pero al menos despidámonos como es debido ¿No se supone que eres mi novio?

Me he dado la vuelta y estoy subida encima de él. Aún lleva el pantalón puesto, a mí solo me quedan las braguitas, que a estas alturas hacen aguas por los cuatro costados. Se incorpora conmigo enroscada en su cintura sin dejar de besarnos. Tiro de su pelo y acaricio su espalda. Llegamos a mi dormitorio, tocándonos y besándonos por todo el pasillo, cerrando la puerta tras nosotros. Me lleva a la cama y me deja con delicadeza. Doblo las piernas y me encaramo más arriba. Se aleja para quitarse el pantalón y el bóxer sin dejar de mirarme con el deseo prendido en su mirada y una excitación más que evidente.

—Eres muy mala. Debería haberme ido cuando todavía podía hacerlo.

—Aún puedes. Ya termino yo sola, si es lo que deseas.

Me acerco a la mesilla y busco en un cajón, saco un vibrador y cuando lo dejo en la cama, se abalanza sobre mí metiéndomela hasta el fondo sin más preámbulos, acallando mis gritos con sus labios.

—Ese lo dejas para otro día. También lo usaremos, no lo dudes ni un segundo. No imaginas lo que acabas de hacer, me encanta que me provoques, preciosa Martina.

Sus movimientos y los míos se acoplan, primero despacio, cobrando intensidad a medida que vemos que no podremos esperar mucho más. No puedo evitar gemir, pero intenta por todos los medios que mis suspiros se amortigüen con sus besos.

—No entiendo cómo me pones así, Sam. No creo que dure ni un minuto más, Dioss...

—Yo tampoco. Quiero que me lo des, córrete para mí, ahora, nena. —No le da tiempo a bajar la mano entre los dos, porque una bomba atómica acaba de estallar entre mis piernas, llevándomelo conmigo—. Jodeerr…

Nos quedamos así un rato más, hasta que un inoportuno mensaje en mi reloj, me saca del sopor en el que había caído.

—Ay, Dios, es mi hermana. Dice que no tiene llaves para mañana, siguen en la mochila de Marco, me haces perder hasta la memoria. Dame un segundo y la llamo para decirle que me mande un mensaje cuando llegue mañana, para no despertar a Marco tan pronto.

—¿Pero no viene con Pablo? —pregunta extrañado

—No, a Pablo lo lleva su padre y ella se lleva a Marco, para que no madruguen los dos tanto.

—Lo tenéis todo al milímetro —añade dándome un beso y saliendo

de mí para levantarme y llevarme al baño, donde al final acabo empotrada en la pared como si no acabara de tener otro orgasmo de dimensiones estratosféricas. Este hombre es un puto Dios del sexo.

—¿Tú ves normal esto?

—No sé a qué te refieres. Tan solo veo a una belleza compartiendo el baño conmigo para ahorrar agua. Y ahora, con todo el dolor de mi corazón, y otras partes de mi cuerpo, me voy. Dame la dirección de tu hermana y dile que le llevo las llaves en un cuarto de hora, si no le parece muy tarde.

—No te hagas el loco, señoría, no me das tregua y creo que me vas a matar.

—No conozco a nadie que se haya muerto por tener sexo como el que tenemos nosotros. Puedes preguntar a tu amigo el cardiólogo si quieres salir de dudas. Seguro que lo sabe. —Atrapa mi labio entre sus dientes, mandando una sacudida directa a mi sobreexcitado sexo, que aún se resiente del último asalto. —Venga, en serio, me voy.

Sale de la ducha y comienza a vestirse, coge el bóxer del suelo y se lo guarda en el bolsillo del vaquero, que se pone sin nada, en plan *comando,* pero se lo quito del bolsillo para llevarlo a cesto de la ropa sucia.

—No me vas a lavar la ropa, dámelo.

Intenta quitármelo pero le hago una llave dejándolo inmovilizado, pese a los más de quince centímetros y más de diez kilos que me saca de ventaja.

—Joder, Martina, no me esperaba que te defenderías tan bien. Parecen útiles tus clases de defensa personal.

—Lo dejas aquí, además deberías traerte algo de ropa, ¿no crees?

—Pero por qué me vas a lavar la ropa, ¿me lo explicas?

—¿Te puedo lavar el calcetín pero no los gayumbos?

Tarda unos segundos en reaccionar y cuando lo hace, una sonrisa que se transforma en carcajadas aparece en su cara. Me sube encima del hombro y me da un cachete en el culo antes de tirarme de nuevo a la cama, esta vez sin cuidado y sin dejar de reírnos los dos.

—Así que el calcetín. ¿En serio? Lo tenía por algo más importante —responde divertido.

—Oye, que los calcetines son muy importantes, evitan rozaduras, te aíslan del frío, te protegen…

—Ya, pues el mío lo que te va a hacer son rozaduras de tanto lavarlo, puedes estar segura, doctora. Venga, en serio, me voy. ¿Le has dicho a tu hermana que le llevo yo las llaves?

—Sí, está loca por verte sin toga, así que igual te invita a que subas, no sé. Te advierto que puede ser muy intensa y mi cuñado más.

—Sobreviviré. Ah, y te tomo la palabra en lo de traerme ropa.

—Eso espero.

—Estoy pensando que...

—Ya decía yo que oía algún ruidito, como de pequeños engranajes chirriando —suelto sin dejar de reírme.

—Si sigues riéndote de mí, ni tu doctorado, ni tu defensa personal te van a salvar de que te ponga mirando para Cuenca hasta que pidas clemencia, sin importar si Marco se despierta o no —contesta tratando de parecer serio, pero sus ojos risueños lo delatan.

—Me da mucho miedo, señoría.

—Me vuelves loco, preciosa Martina, y me encanta esa sensación. Hacía años que no me sentía así. Bueno, déjame que continúe con lo que quería decir. ¿Qué te parece si los días que tienes guardia me vengo con Marco? —Lo dejo que continúe hablando para averiguar a dónde quiere ir a parar—. Mañana por ejemplo, te recojo, comemos juntos, recogemos a Marco y venimos a tu casa; el miércoles me quedo con él, lo llevo al cole y al dojo, y me vengo a tu casa con él hasta que lo lleve al cole al día siguiente. Después…

—Sí que piensa rápido su señoría, pero para añadir a ese *después* se me ocurren un montón de cosas que no implican descansar tras una guardia. Aunque, ¿sabes qué?

—Sorpréndeme.

—Que me gusta la idea, al menos de momento. No es una mala manera de comprobar cómo vamos. Pero, ¿y tu trabajo?

—Soy el jefe, ¿recuerdas? Es broma, solo voy al taller por la mañana. ¿Lo dices en serio, entonces? Yo lo decía porque así Marco sabe cuándo estaré y cuándo no. De momento.

—Me parece una buena idea. Hoy, después de la operación, he recordado que la vida ya se encarga de poner sus propias normas, ¿por qué no vamos a disfrutar de la nuestra mientras podamos?

Sin darme tiempo a reaccionar, me atrapa, todavía envuelta en el albornoz, y me da vueltas como si fuera una niña pequeña, sin dejar de sonreír.

—Tú estás muy loco, ¿seguro que no tienes quince años y estás atrapado en ese cuerpazo?

—Me voy ya, no lo digo más. No puedes imaginar lo que significa esto para mí.

—Una cosa más de la que antes me percaté pero que no te he preguntado. La silla infantil que llevabas hoy en el coche no es la del otro día, ¿me equivoco?

—No, esa es de Marco. Tengo muchos planes con vosotros que implican coger el coche.

Sin darme opción a réplica sale como una exhalación, cogiendo las llaves, su abrigo y dándome un pico en los labios, dejándome plantada en mitad del salón cuando cierra la puerta.

Después de unos segundo sin reaccionar, conecto la alarma, apago

el altavoz, que todavía seguía sonando con no sé qué canción, y voy a la cocina a prepararme una infusión. Cojo el móvil y le mando un mensaje:

Yo:

Estás loco, pero me encanta.

No contesta de inmediato. Cuando ya estoy en el dormitorio, donde aún flota su olor y el nuestro, quitando lo que ha quedado encima de la cama, entra un nuevo mensaje al móvil:

Sam:

Lo sé, pero loco por ti. Y lo siento si te pones celosa, pero por Marco también.

Yo:

Nunca podría sentir celos de mi hijo, estoy encantada con lo que haces con él. Eres un perfecto chantajista, sabes que ganándote al niño me tienes a mí. Aunque te lo perdono, porque también me vuelves loca, y eso me gusta. Mucho. Pero no todo son arcoíris y algodones, tengo nubes negras y tormentas, ya lo sabes.

Sam:

Juntos las soplaremos hasta que se deshagan, aunque dejen una ligera lluvia primaveral. Descansa, doctora, te lo has ganado. Sueña conmigo, y con arcoíris y unicornios. O mejor con príncipes que hacen cosas malas... pero muy buenas.

Yo:

Prefiero que lo hagamos a soñarlo. Debes saber que no es lo mismo, señoría. ¿Qué tal con mi hermana?

Sam:

Bien, muy simpática y más guapa de lo que la recordaba.

Yo:

¡OYE!

Sam:

No me grites, solo tengo ojos para mi doctora. Por cierto, se me ocurren unas cuantas ideas con tu uniforme.

Yo:

Nada de tópicos, señoría. Buenas noches.

Siguen sonando mensajes, pero decido no contestar. Lo imagino divertido o no, quién sabe. Tras unos cuantos sonidos más del móvil, anunciando que entran más mensajes, le mando el último diciéndole que sí, que me pondré el uniforme y el estetoscopio para él, si con eso consigo que me deje dormir.

5

El rey mismo no debe estar sujeto al hombre, sino a Dios y a la ley, porque la ley lo hace rey.

(Edward Coke)

De hecho, hay dos cosas, ciencia y opinión. El primero engendra conocimiento, el último ignorancia.

(Hipócrates)

Samuel

Sigo aún sin creer del todo que Martina haya accedido a que me quede a pasar la noche en su casa cuando tenga guardia. Lo cierto es que no me lo había planteado, pero es una opción cómoda para los tres, y de paso Marco se podrá acostumbrar a mí sin que parezca una imposición, aunque parece estar encantado de que pase tiempo con su madre y con él.

Cuando llego a casa, le escribo algún mensaje más a través del móvil y juego con ella un rato, hasta que me pide que la deje dormir.

Tras dar un millón de vueltas en la cama, sin apenas pegar ojo, a las seis y media de la mañana me levanto, me doy una ducha rápida y me visto con un vaquero y un jersey grueso. Hoy va a hacer frío y amenaza lluvia. Me seco el pelo, preparo un café, que me bebo en dos sorbos quemándome la lengua, cojo las llaves del coche y el abrigo del perchero, y salgo camino a casa de Martina. No se lo espera, pero no quiero que coja el metro ni vaya andando tan temprano. A mitad de camino decido parar en una gasolinera Repsol para comprar un modesto ramo de flores. No son gran cosa, pero a las siete de la mañana poco puedo hacer.

Al llegar a las inmediaciones de su edificio, imagino que a estas horas el coche de Carolina estará ocupando la plaza de garaje, así que, como voy sobrado de tiempo, doy un par de vueltas a la manzana y finalmente consigo encontrar un hueco justo un par de portales más abajo del suyo. Tras ponerme el abrigo deportivo, cojo las flores y salgo del coche. El frío de la mañana golpea mi rostro, hace más frío del que pensaba y decido subirme el cuello. La última vez que miré el

termómetro del coche marcaba cero grados, pero la humedad, la ligera neblina, y que todavía no ha amanecido lo empeora.

Uso mi llave para entrar en el portal, mi chica me dio otra copia. Cerca de los ascensores me cruzo con un par de personas sacando a sus perros a pasear, y una chica joven que me radiografía de pies a cabeza nada más verme, murmurando algo parecido a «buenos días», he creído entender.

Al llegar a su planta, nervioso como un colegial en su primer día, llamo con la mano al tiempo que meto la llave en la cerradura. Dos pares de ojos muy parecidos e igual de asombrados me miran al entrar.

—Buenos días, chicas. Espero no haberos asustado.

—Buenos días.

Carolina se acerca para darme dos besos, mientras mi preciosa Martina sigue clavada de pie sin dar un paso, con el asombro atrapado en sus preciosos ojos.

Me acerco a ella decidido, y tras rodear su cintura con mi brazo libre y atraerla hacia mí para darle un beso, tal vez un poco más intenso de lo que pretendía, le ofrezco las flores.

—¿Habíamos quedado y estoy perdiendo la memoria? —pregunta una vez recuperada de la sorpresa al tiempo que va en busca de un jarrón para poner el colorido ramo.

—No, pero me desperté y decidí venir a llevarte. Hace frío y hay amenaza de lluvia. Puede que incluso nieve.

—Sabes que no soy una niña, ¿verdad?

No sé si está molesta o divertida. Por su tono podría ser lo primero, pero sus ojos lucen un brillo pícaro que me confunde.

—Eso espero, porque si no estoy en problemas, me acusarían de pederastia, preciosa Martina.

—Toma respuesta —suelta Carolina mientras entra en la cocina riéndose, justo cuando mi chica le tira un lápiz que llevaba en la mano, de apuntar algo en la merienda de Marco.

—Gracias por venir, pero en serio, no tienes que levantarte tan temprano para eso.

Se acerca a mí esgrimiendo su mejor sonrisa, y rodea mi cuello con sus brazos, envolviéndome en su olor y en el de su champú.

—Este recibimiento me gusta más, doctora Gutiérrez. —La acerco todavía más a mi cuerpo para sentir su calor—. Es un placer madrugar si me recibes así, ¿estás lista?

—¿Te apetece un café? Ya sabes dónde está la máquina. Ya casi estoy. Voy a ver a Marco.

—¿Quieres uno tú también?

—Sí, por favor, ca…

—Sí, capuchino con una pizca de cacao. Ve con Marco, tardo dos

segundos en tenerlo listo.

Preparo las dos tazas y antes de darme cuenta, aparece mi chica con el abrigo en la mano, un gorro y una bufanda. Del bolsillo de su chaquetón asoman unos guantes a juego con el gorro. Se sienta en un taburete como si no hubiera que hacer nada más. Al verla así, con ese aire de ingenuidad que a pesar de todo emana, me la comería ahí mismo.

Le pongo la taza por delante y ella sonríe haciendo que la cocina y la estancia entera se ilumine como una tarde de verano.

—Gracias, señoría.

—No hagas eso o llegarás tarde. Durante todos estos años, esa palabra no ha tenido para mí más que un significado profesional, pero en tus labios parece sinónimo de sensual promesa.

—Porque lo es.

Termina el café casi de un trago y se levanta para ponerse el abrigo, el gorro y los guantes.

—Estás preciosa. —Sus ojos sonríen.

—No sigas haciendo estas cosas, por favor, podría acostumbrarme.

—¿Qué no tengo que hacer?

Sé a qué se refiere, pero quiero que me lo diga, que se percate poco a poco de que yo no soy como su ex, ni tampoco lo somos la mayoría de hombres.

—Ya lo sabes. No me enredes, señor juez. A todas las mujeres nos gusta que nos traten como si fuéramos únicas —responde, y al momento una duda oscurece sus ojos del color del musgo.

—Es que lo eres, cuanto antes lo asumas mejor para ti. Al menos lo eres para mí y para los que te queremos. —Traga saliva, baja la mirada y trata de zafarse de mí cogiendo su bolso, que le quito de la mano para que me mire. —Martina, no miento. Nunca lo hago.

Me acerco a sus labios y esta vez solo un roce hace que se unan, un suave toque de su cálida boca con la mía, que dice mucho más de lo que parece.

—Vamos saliendo, o al final llegaré tarde —dice cambiando de tema.

—No intentes negar la realidad. A este libro le quedan muchos capítulos por escribir, preciosa Martina.

No dice nada más porque su hermana llega en ese momento al salón con las cosas del peque. Le da de nuevo las instrucciones, que no creo que hagan falta, y le pide que conecte la alarma al salir, despidiéndose de ella con un beso. Carolina le dice algo al oído y ella sonríe. Después se acerca a mí y me da un beso en la mejilla, diciéndome que siga así, que casi la tengo. Le doy las gracias y nos marchamos tras asegurarse de que no deja nada atrás.

Bajamos en el ascensor en un cómodo silencio, como siempre que

estamos juntos. Pese a lo poco que nos conocemos, esa familiaridad no me abandona ni un momento. Al subir en el coche después de una corta caminata, no pasa desapercibida para mí la mirada que le echa a la silla de Marco, sujeta en el asiento trasero. Quizás me precipité, pero lo que le dije es verdad, tengo bastantes ideas para compartir los tres.

Tardamos en llegar demasiado poco para lo que me hubiera gustado. Me encanta estar con ella y ahora las horas que faltan hasta que salga se me van a hacer eternas, por no hablar de mañana. Menos mal que al menos esta noche estaremos juntos.

—Gracias por traerme, pero no tenías que haberte molestado. ¿Vas al taller?

—Sí, y a encargar unas flores y un detalle para Marta, por obligarme a ir solo a la cena del viernes. Le estaré eternamente agradecido, pese a que en un primer momento la puse a caer de un burro. Si han llegado los recambios, me quedaré a trabajar un rato, si no iré a ver a mi abogado. Hay un pequeño asunto que quiero solucionar sobre unos inmuebles que tengo.

—Pobrecito mi niño rico, ¡qué preocupaciones tiene! —replica divertida.

—Uy sí, mira, me salen los billetes de quinientos euros por las orejas. Te recuerdo que llevo años solo y que no soy demasiado caprichoso. He tenido la suerte de invertir bien y ahora con la excedencia lo cierto es que no me va mal.

—¿Caprichoso? Qué va, Ese Porsche que tienes seguro que es una baratija, sin contar con este coche o el del otro día.

—El Porsche fue un regalo, más bien una herencia, de un amigo. Un buen amigo. Y los otros pertenecen a mi padre. Ya te dije que lo único realmente mío es la moto que compré el año pasado. O sea, que he pagado de mi bolsillo, quiero decir. El coche se lo restauré a mi amigo, no fue un trabajo fácil, y cuando murió me lo dejó en herencia. El pobre André no se merecía acabar así. —Mi cabeza vuela a ese día en que Óscar me llamó para decirme que André había tenido un fatal accidente.

—Lo siento, imagino que fue un accidente.

—Así es. Puede que sepas quien era. Se llamaba André Chevalier. El suceso fue bastante sonado, era muy popular. También era amigo de Hugo y Óscar.

—Lo recuerdo. Hugo me llamó para pedirme opinión porque Helena y su socio no eran capaces de decidir retirarle el soporte vital. Tenían la esperanza de que hubiera alguna posibilidad de salvar su vida, por mínima que fuera. Fue bastante duro. A ella le costó asumirlo.

—Lo sé. Joder, qué pequeño es el mundo. Pudimos conocernos

entonces.

—Me hubiera ahorrado muchas cosas, pero también a Marco y eso no lo cambio por nada.

—No sabemos qué hubiera pasado. Tal vez…

—Me voy, o me abrirán expediente por llegar tarde al preferir estar con un juez macizo que currando. Adiós, señoría.

—Martina —tiro de ella antes de que acabe de salir y asalto su boca como si nunca más nos fuéramos a ver—. Te echaré de menos, preciosa Martina.

—Y yo a ti. Conduce con cuidado.

—Te espero aquí a las tres.

—Perfecto.

La veo alejarse con un rotundo movimiento de caderas, que aun por debajo del abrigo se percibe, o quizás sea yo, que ya estoy loco por ella y solo imagino su cuerpo desnudo entre mis brazos.

La mañana, a pesar de haber ido al taller a supervisar la recepción de las piezas que estábamos esperando, y de hablar con Óscar sobre otros asuntos, se me ha hecho eterna. No veo el momento de que Martina salga y tener un rato para los dos, antes de recoger a Marco. Solo de pensar que esta noche la pasaremos juntos se me eriza la piel, por no hablar de lo que ocurre en otras partes de mi cuerpo.

La semana está pasando tan rápido que da miedo. El tiempo al lado de Martina vuela, mientras que cuando estoy solo es tortuosamente lento. He pesado proponerle una cita el día de San Valentín, cae en domingo, pero si consigo que Marco pase la noche del sábado con su abuela, lo organizo para ese día. Todavía no hemos tenido la cita *formal* que le prometí, en este tiempo que llevamos juntos no he podido organizarla.

Cuando le comento lo de la cita, me dice que Pablo se queda con la abuela porque su hermana y su cuñado pasan fuera el fin de semana, pero puede proponerle a su madre que se quede con Marco, al menos la noche del sábado. El domingo, como hace una semana, lo pasaremos los tres juntos. Por fin ya tengo mi cita. En principio pensé llevarla a un nuevo restaurante que han abierto, que tiene unas críticas muy buenas, pero más tarde, charlando con Óscar, me ha contado que él organizó algo una vez para una chica y fue mucho más íntimo. Me ha dicho que hay un local donde reservas una sala para el número de personas que quieras. Puedes también llevar música en directo, pero eso no me apetece tanto. Finalmente decido que me pase la dirección y el teléfono de quien lo lleva y hablo con él. Óscar insiste

con el tema de la música. Dice que hay un pianista que yo no conozco, un tal Zade[4], que está en Madrid y que tal vez consiga convencerlo si me apetece. Me informo sobre él y resulta que Zade es muy conocido, es embajador de UNICEF y un montón de cosas más. No entiendo cómo podría yo conseguir que tocara para nosotros.

Al final Hugo y Óscar lo han conseguido y el sábado tendremos una cita especial con un artista excepcional. Quiero que esta *primera cita* oficial sea tan inolvidable como Ella.

No nos hemos visto desde que la dejé en su casa el viernes a mediodía. Yo quería preparar algunas cosas y ella pasar la tarde con Marco y el día siguiente en casa de sus padres. He quedado en recogerla en su casa a las ocho y media. El lugar al que vamos está a las afueras y no tardaremos en llegar más de media hora, momento en el que debe estar todo listo tal y como lo pedí.

En todo este tiempo nos hemos mandado mil mensajes y hemos hablado hasta las tantas. A pesar de ello la extraño cada segundo, que adquieren la duración de horas cuando estamos separados. Este fin de semana y el siguiente lo tiene libre, así que he pensado organizar algo para los tres en la casa que mi familia tiene en la montaña. Quizás nieve y podamos subir a esquiar.

Estoy inquieto como si fuera la primera vez que nos vemos. Los nervios campan a sus anchas en mi estómago. Me he cambiado tres veces de ropa, y aunque sé que a mi chica le va a dar igual lo que lleve, no puedo evitar buscar algo con que impresionarla. Al final me decanto por un traje azul marino y una camisa blanca. ¿Clásico? Sí, pero nunca falla y tampoco sé que va a llevar ella. Creo que en mis casi cuarenta y un años nunca me había preocupado por mi aspecto tanto como ahora. Ni tampoco había experimentado lo que esta mujer me hace sentir. Sí, puede que sea víctima del enamoramiento bobo del que soy presa, pero me encanta y no pienso evitarlo.

Cuando subo al coche —hoy he cogido el Porsche, ya que vamos solos—, tengo que pararme a respirar profundamente. Joder, lo que me hace esta mujer no es normal. Suena música, pero no adivino a acertar lo que es porque no puedo escucharla. Solo deseo llegar a su casa, ir a cenar y volver después, esta vez a mi casa a pasar el resto de la velada.

Por fin, tras unos interminables minutos, llego a su casa y meto el coche en el garaje. El ascensor está ocupado y la espera se me hace eterna. Joder, me sudan hasta las manos. Cuando por fin logro llegar a la puerta del piso con un par de rosas rojas en la mano, me parece que no son tan bonitas como parecían en la floristería. Una cursilada de corazón hecha de terciopelo las acompaña. No he puesto nota ni nada más, soy incapaz de escribir nada, no me salen las palabras. Menos

todavía cuando llamo y abre la puerta una diosa vestida de rojo. Lleva el pelo suelto y sus puntas onduladas caen a ambos lados de la cara enmarcando su precioso rostro, que hoy luce un maquillaje algo distinto, dotando de un brillo y una expresión salvaje a sus ojos. Los lleva de un gris muy oscuro y sus espesas pestañas resaltadas con rímel. Un lápiz oscuro le da mayor intensidad a su mirada, un ligero rubor con tono dorado besa sus mejillas y un labial que apenas se nota da más carnosidad a su jugosa boca.

—Hola, ¿vas a quedarte en la puerta?

Se aparta para que pase, pero antes de eso, tiro de ella para darle un beso que pretende ser un saludo, pero que empieza a calentar la noche. Nos separamos para cerrar la puerta, aún abierta, y cuando recuperamos el ritmo normal de respiración la saludo por fin.

—Estás espectacular. Toma, son para ti. —le tiendo las rosas, me da las gracias y se va en busca de un jarrón para colocarlas. Al darse la vuelta, me descubre un escote vertiginoso en su vestido rojo, que llega más abajo de la cintura. Me deja sin habla, y creo que sin sangre en mi cerebro, porque acaba de dirigirse toda al mismo sitio—. ¿Quieres matarme hoy? Joder, Martina, ese vestido es... Buff, no me salen las palabras. No puedo imaginar qué lencería se puede llevar con algo así.

No veo marcas en el estrecho vestido. O no lleva nada debajo, o es lo más sutil y minúsculo que he visto nunca. Se da la vuelta sonriendo y puedo observar que por delante tampoco se marca nada. Menuda noche me espera. Me dan ganas de cancelar todo y quitarle la ropa para hacerle el amor hasta el amanecer.

—Me alegro de que te guste, lo he comprado pensando en ti. Es lo más atrevido, junto con el que llevé el día del galardón, que me he puesto nunca.

—Pues va siendo hora de que lo hagas, eres preciosa, ya lo sabes. Si no fuera porque donde vamos no hay mucha gente, tendría que quitarte a los babosos de encima esta noche. Aunque si quieres, después de la cena podemos ir a un local que han abierto hace poco, a tomarnos algo y a bailar y presumir de ti.

—¿Pero no quedamos que nosotros no bailamos?

—Bueno, a hacer como que bailamos.

—Ja, Ja, Ja, Ja, lo decidimos más tarde, si no te importa, porque me da que te gustaría no hacer nada de eso y que nos quedáramos aquí, ¿me equivoco? —pregunta mirando mi entrepierna.

—No se le escapa un detalle, doctora. Ya ves lo que produces en mí, señorita Gutiérrez. Sí, me gustaría, pero te debo una cita y yo soy un hombre de palabra, así que coge tu abrigo, que espero que tape algo y me haga olvidar lo que hay debajo, por no decir que estoy loco por saber lo que llevas puesto debajo de ese modelito.

—Tendrás que esperar para averiguarlo.

—O no. —La atraigo hacia mí y paso una mano por su prieto culo para notar que efectivamente no se nota nada. Meto un dedo por el escote y compruebo que no hay nada de nada, o al menos nada que yo toque. Un gruñido involuntario escapa de mi garganta, haciendo que Martina se ría y se separe de mí, sacando mi mano de su vestido—. ¿En serio? Dios, nena, no voy a poder dejar de imaginarte desnuda debajo del vestido.

—Pues lo siento, señoría, pero de esta cita no te libra ni el demonio. Cojo mi abrigo y nos vamos, después puedes hacer conmigo lo que quieras.

—Buff... A ver ahora quién coño conduce con toda la sangre agolpada en un solo sitio. Eres la más malvada de las mujeres.

Vuelvo a unir mis labios a los suyos y es ella la que busca mi lengua sin ningún pudor. Acortamos el beso y, tras ayudarle a ponerse un abrigo negro por la rodilla que tapa el escote del vestido, cojo su mano y tiro de ella hacia la calle. Al lado de la puerta hay un pequeño *trolley*, imagino con algo de ropa para mañana, aunque por mí se podía dejar este vestido para siempre.

—¿No esperarías que fuera a la cita con el pijama del hospital?

—Tú estás para comerte hasta vestida con una bolsa de basura. Mi cuerpo y mi mente no son capaces de discernir lo que llevas puesto, solo te ven a ti en todo su esplendor.

Por fin, tras este juego caliente y morboso, llegamos al local. A primera vista el lugar es decepcionante, parece una casa casi abandonada. Su mirada, ahora de un marrón intenso, encierra una duda más que evidente.

—¿Confías en mí?

—Estoy en mitad de la nada a punto de entrar en una casa digna de una peli de miedo, ¿tú qué crees?

—Tus ojos no dicen lo mismo.

—Ponte en mi lugar.

—Tienes razón, es un sitio raro. Más que raro lúgubre —respondo separándome un poco de ella para verlo con perspectiva—, pero te aseguro que es así porque el dueño quiere que pase desapercibido. O eso me han contado. No es un lugar de masas, son solo unas cuantas salas privadas.

Entramos de la mano tras mostrar la invitación con código QR al portero automático con cámara que nos da la bienvenida. Me mira y sonríe divertida.

—Eres un caso, señoría.

Un chico perfectamente vestido de etiqueta nos guía hasta la sala que he reservado, decorada como una clásica trattoria italiana, mantel cutre de cuadros incluido. Toda la parafernalia pretende transportarnos al Véneto en un momento. En las paredes, unos lienzos

de los canales y de la basílica de San Marcos, réplica de los de Canaletto, pintor veneciano del siglo XVIII, hacen el momento más creíble. Situado en una esquina, aguarda un precioso piano de cola Yamaha, en color negro brillante. Martina lo mira y me interroga con la mirada.

—A su tiempo, preciosa. Todo a su debido tiempo.

Tras entregar los abrigos al chico con ropa de etiqueta y sentarnos, la imagen del vestido de Martina me vuelve a poner en alerta.

—Qué difícil me lo pones, Martina. Ahora mismo te arrancaba con los dientes ese vestido, y sin miramientos te follaba encima del piano. —Algo parecido a un gemido escapa de su garganta, mientras sus pupilas se dilatan y pasa la lengua por sus labios—. Veo que no te desagrada la idea pero, muy a mi pesar, hoy no va a pasar. Si tienes fantasías con pianos las haremos realidad, si tú me dejas, pero hoy no. Te recuerdo que es nuestra primera cita y presumo de ser un perfecto caballero.

—Creo que me gustas más cuando no lo eres tanto.

—Joder, Marti.

Llaman a la puerta e interrumpen el momento. Muy en el fondo de mi mente pervertida, agradezco al camarero que lo haya hecho. Nos traen un spritz, el cóctel por excelencia del Véneto, compuesto por aperol, prosecco y agua soda.

—Mmm... está delicioso. ¿Todo tiene que ver con Venecia?

—Espero que sí, es la idea que intenté trasladar al encargarlo. Esto solo es un *aperitivo*, antes de que vayamos tú y yo.

—Gracias por todo esto, jamás he tenido una primera cita más mágica.

—No ha hecho más que empezar.

Nos sirven la comida tal y como la pedí: cappe sante al forno, acompañado de vieiras hechas al horno con mantequilla, aceite, perejil, ajo, sal y pimienta, y gnocchi di San Zeno, unos ñoquis de patatas que se sirven con mantequilla y queso. Todo ello aderezado con bellini, un cóctel espumoso hecho con prosecco y pulpa de melocotón amarillo.

Cuando nos traen el segundo plato, para sorpresa de Martina, Zade entra en la sala y se sienta al piano.

—¿Ese es Zade?

—¿Le conoces?

—Por supuesto, es un pianista excepcional. No sabía que le conocías o que haga esto.

—No lo hace y tampoco tengo el gusto de conocerlo, pero Hugo y Óscar tienen mucha influencia por lo visto.

—¿Hugo? ¿Mi Hugo?

—Espero que no sea tuyo.

—Ya sabes lo que quiero decir. No te pegan los celos, señoría.

—Joder, es que Hugo no es cualquiera.

—Tú tampoco.

Cuando el piano empieza a sonar, la atmósfera se vuelve aún más mágica, si no lo era ya. Los ojos de mi chica brillan como no había visto hasta ahora. Incluso se emociona en algún momento. Acerca más su silla a la mía y coge mi mano, sin dejar de mirar al piano, donde el artista desgrana una tras otra sus melodías.

Casi al acabar la cena, cuando Martina y yo estamos compartiendo una panacotta para dos, el pianista se acerca a nosotros. Se presenta y Martina, encantada, le da las gracias. Alaba su trabajo y le dice que le fascina cómo toca. Cuando ellos terminan de hablar, le doy las gracias de nuevo y responde que no le dé las gracias a él, que se las dé a los buenos amigos que tengo. Le doy la razón porque es cierto. Tras brindar con nosotros con una copa de bellini y dedicarnos una sonrisa, se marcha tan discretamente como ha venido.

—Sam, ha sido… No tengo palabras. Es la mejor cita de mi vida, no ha hecho sino mejorar a cada rato. Estoy loca por llegar a casa y saber qué más se te ha ocurrido para conseguirlo. Aunque lo tienes muy difícil, porque cada noche o cada rato que pasamos juntos son alucinantes.

—No sabes cuánto me alegro de que pienses así. Siento decepcionarte pero no tengo nada más preparado, porque reconozco que contigo la improvisación siempre sale bien. Pero es cierto que esto era necesario planificarlo. Solo por ver tus ojos ha merecido la pena. ¿Te apetece ir a bailar o a tomar algo? Todavía es temprano —le digo consultando mi reloj de muñeca.

—Lo que desees, señoría. Soy toda tuya hasta mañana por la mañana.

Salimos de tan peculiar lugar, no sin antes dar las gracias al dueño por el trato dispensado, asegurándole de que lo recomendaremos y que no será la última vez que visitemos el lugar. Rodeo la cintura de Martina mientras caminamos al coche. Antes de dejarla subir, la giro para mirarla a los ojos. Con los tacones que hoy calza casi queda a mi altura. Es tan perfecta, tan preciosa, que no puedo dejar de agradecer una y otra vez la suerte que he tenido de volverla a encontrar en mi camino.

—Eres preciosa. Ya sé que te lo digo mucho, pero es que me tienes completamente embrujado. A tu lado me siento como si flotara, como si de pronto tuviera veinte años y esa efervescencia propia de la edad me acompañara todo el tiempo. Y me encanta sentirme así.

—Eso es de lo que has bebido ¿Cómo piensas conducir ahora?

—Tienes razón, pero no hay problema; Óscar me llevará el coche mañana a casa. He pedido un taxi. Solo vamos a coger tu maleta.

—Piensas en todo.

—Te dije que nunca bebo si voy a conducir.

Llegamos a mi casa sin apenas poder controlar las ganas que tengo de perderme entre sus piernas. Nada más llegar, cuelgo los abrigos en el armario, y antes de darle tiempo ni siquiera a respirar, la acoso contra la pared. Mi polla da brincos como una rana en un estanque desde que la vi darse la vuelta, y más aún cuando adiviné que no llevaba ropa interior. Busco la cremallera de su vestido y al abrirla lo dejo caer, despegándola de la pared.

—Es usted un ansioso, señoría. Pensé que se recrearía más en mi modelito.

—Me interesa más lo que hay debajo, doctora. Dios, eres perfecta. —Solo lleva puestos los zapatos del tacón de vértigo, unas medias que se sujetan con una liga de encaje, y dos corazones plateados para tapar sus pezones, tan duros como yo lo estoy en este momento. Intenta deshacerse de mi ropa pero no la dejo, hoy me toca jugar a mí —. Me has dicho que eras toda mía, así que voy a hacerte caso y disfrutarte hasta que me canse de ti, o sea, nunca.

—Este jueguecito me tiene a punto de ebullición, señoría.

—Mmm, no sabes cómo me gusta oírte decir eso, déjame comprobarlo.

La rodeo despacio, muy despacio, recreándome en su cuerpo, en el calor que emana al tenerla tan cerca de mí. Me acerco a su cuello y dejo un beso olvidado, apenas un roce, pero un ruidoso suspiro sale de su preciosa boca.

—¿Qué ocurrirá si sigo por aquí, Martina?

Acaricio su espalda hasta parar en la base, justo al inicio de su rotundo trasero. Observo que su piel se eriza y apenas es capaz de articular palabra. Vuelvo a recorrerla en sentido inverso, me acerco de nuevo a su cuello y esta vez no es un beso, son cientos, tan ligeros como plumas, hasta llegar a su oreja. Dobla ligeramente el cuello para proporcionarme mejor acceso. Retiro el pelo, pasándolo hacia delante, cayendo sobre su pecho que aún lleva las pezoneras, que evitan que vea cómo sus tetas reaccionan ante mis caricias. Mis manos recorren su cuello y bajan por delante, deteniéndose en los corazones.

—Esto sobra, preciosa, ¿no te parece?

Un *sí* ahogado me responde, añadiendo más leña al fuego. Estoy tan excitado como ella pero me apetece jugar un rato más. Guardo los corazones en mi bolsillo y rozo sus erectos pezones con mis dedos, cosechando un nuevo gemido de sus labios. Sigo mi recorrido desde atrás, ella no se mueve, solo se tensa cuando mis manos recorren su piel. Llego a su cicatriz y la acaricio con suavidad, ahora se enerva más, esta vez no por placer. Me agacho para depositar miles de besos en esa zona que tanto la agobia e incomoda, y sigo bajando hasta su

sexo, completamente depilado. La miro sonriendo antes de comprobar cómo está de mojada.

—Sam, voy a estallar. Joder, quiero más, necesito más.

—Lo sé, preciosa, lo sé. Yo también, pero lo estoy disfrutando, porque cuando empecemos no podremos parar y necesito recrearme en ti.

Cuelo un par de dedos en su coño notando que está completamente empapada, tal vez como nunca, sin siquiera haber empezado. Me incorporo y tiro de ella para llevarla a mi dormitorio, dejando mi ropa tirada por el camino. Cuando llegamos solo me queda el pantalón, del que me deshago a trompicones ante su mirada divertida

—¿No decías que querías recrearte?

—Pero estás tan mojada, tan lista para mí, que no puedo esperar más para follarte. —Me mira entre sorprendida y divertida—. Es solo una forma de hablar, y porque va a ser muy intenso.

Después de propinar una patada al pantalón y mandarlo a la otra esquina del dormitorio, me acerco a ella y asalto su boca, bebiéndome hasta su último gemido. Acaricio sus tetas, ahora con ardor, sus pezones salen disparados, los apreso entre mis dedos y los pellizco, logrando que sus suspiros se intensifiquen. Cojo una de sus piernas para que rodee mi cintura, y sin más me cuelo en ella, que me recibe cálida y húmeda, como siempre, encajando a la perfección. Me rodea con sus piernas y, con mis manos en su culo para sujetarla mientras sigo en su interior, la llevo hasta la cómoda, sentándola en ella. Sigo moviéndome entre sus piernas, gimiendo con ella, suspirando en su boca. Me separo solo lo justo para poder acariciar sus duros botones, y noto su coño contraerse a mi alrededor.

—Martina, tócate, quiero ver cómo te corres. Hazlo, preciosa.

Sigo empujando, bombeando, muy profundo y sacándola casi al límite, para a continuación empalarla de nuevo, llegando casi al fondo, golpeando su cérvix. No soy consciente del rato que llevamos así. Noto el placer arremolinarse en mi cuerpo, descendiendo hasta mi sexo, no puedo aguantar más, pero ella, pese a estar envuelta en una nebulosa placentera, todavía no se ha corrido.

—Martina, cariño…

Me detengo en un intento desesperado por evitar correrme, y es entonces cuando ella mueve sus dedos más deprisa, y justo cuando bajo a morder uno de sus oscurecidos pezones, estalla en mil pedazos, provocando que vuelva a moverme a su ritmo para irme con ella. Cuando parece que casi ha terminado de disfrutar, no se da por satisfecha y sigue tocándose, hasta que vuelve a correrse con menor intensidad, haciendo que mi orgasmo se prolongue unos deliciosos segundos más.

Exhausto y sin salir de ella, la levanto a pulso y la llevo hacia la

cama, todavía con el edredón cubriendo el colchón, y me acomodo en el filo con ella sentada a horcajadas encima de mí, sin querer desprenderme de su cuerpo todavía. Ni nunca.

—Ahora, siempre que vaya a la cómoda a coger algo, recordaré tu imagen conmigo dentro de ti. Joder, nena, es mencionarlo y mi cuerpo reacciona solo.

—Ya lo noto, señoría, pero estamos poniendo todo perdido, deberías dejarme ir al baño.

—No he acabado contigo Un solo asalto no es suficiente, para luego pasar toda la semana casi sin tocarte.

—No es eso lo que ha ocurrido desde que estamos juntos.

—Tengo que aprovechar cuando me dejas.

—No será porque pongo demasiados impedimentos. No reconozco a esta Martina.

—No sé si la reconoces o no, pero a mí me encanta, me vuelve loco, me haces ser otra persona en todos los sentidos. Me miro en el espejo y parezco más joven.

Se separa de mí, dejándome huérfano de su calor, de su cuerpo, de sus caricias, se encarama a la cama y se mete debajo del edredón, atrayéndome para que llegue a su altura.

—Es normal, porque cuando se cumple una edad tan respetable como la tuya, es para verse viejo. Ja, ja, ja, eres un caso, señoría. Si te sirve de algo, no veo la diferencia entre tu edad y la mía. Estás como quieres. Menos mal que no soy celosa, o no lo he sido hasta ahora, porque ir contigo por la calle es un deporte de riesgo. Algún día no me quedará más remedio que pelearme con alguien. ¿O es que no ves cómo te miran?

Acaricio su cara y el perfil de sus labios mientras habla, con mi otra mano enlazada con la suya, jugueteando con los dedos. Así parece más joven aún, no queda ni rastro de maquillaje, me lo he debido comer, solo una ligera sombra de la máscara de pestañas que retiro con mis dedos.

—Debo parecer un mapache,

—Estás preciosa, como siempre. No hace falta que te pongas nada, tus ojos brillan increíbles.

—Debe ser de los polvos que echamos, porque dormir, lo que se dice dormir… pero lo cierto es que no me importa no hacerlo.

—Eres una descarada, ¿nadie te lo ha dicho nunca?

—Te he dicho que contigo soy otra persona, hasta me siento como otra persona, ¿y sabes qué? Me gusta ser así. He vuelto a querer arreglarme, a que verme bien sea un nuevo motivo para vestirme cada día, a desear que pase el tiempo rápido cuando no estamos juntos. No es algo que hubiera pensado que sentiría, pero es así.

Cada palabra que dice, cada afirmación, confirma que voy por el

buen camino, que puede que algún día su vida y la mía estén unidas para siempre. En cierto modo me da miedo hacerme más ilusiones de las que ya me he hecho, porque tal vez siga existiendo la posibilidad de que salga corriendo, y yo quedaría dañado irremediablemente. Aparto de mi mente esa sensación desagradable y sigo escuchando lo que me dice. La noto cansada, y aunque me hubiera gustado amarla toda la noche, creo que voy a dejarla dormir.

—Martina, deberías descansar, mis horarios no son los tuyos y aun así también noto la falta de sueño.

—Entonces eres tú quien necesita dormir. La edad, señoría, que no perdona.

—Serás… Tú lo has querido, tampoco vas a descansar hoy.

Me coloco encima de ella, subo los brazos por encima de su cabeza y empiezo a frotarme contra su cuerpo. Cuando mi sexo ha adquirido la dureza de hace un rato, separo sus piernas con una rodilla y, sin aguardar nada más, me cuelo dentro de su coño, separando sus piernas para darme mejor acceso, subiéndolas hasta mis hombros. Verla y sentirla así, entregada por completo, dejando caer suspiros sexis que me enloquecen y me encienden más, con sus tetas zarandeándose al compás de mis empujones, me ponen a mil. Sonríe maliciosa y se mueve para acoplarse más a mis embestidas, que se aceleran solo con sentirla. Me mira con los ojos preñados de deseo, aún no alcanzo a comprender cómo puedo llegar a este punto en pocos minutos. Es algo que mi mente no entiende.

Quiere acariciarme, pero no la dejo, sus manos siguen por encima de su cabeza porque la visión de sus tetas bamboleándose me enloquece. Desde esta posición mis movimientos rozan su excitado clítoris, llevándola al placer más absoluto en minutos.

—Samm… joder, estoy casi lista, no sé cómo lo consigues. Sigue moviéndote así, más fuerte, Sammmmmm…

La forma en que su sexo arropa al mío, lo envuelve y lo absorbe, provoca que yo también esté a punto de correrme. Cuando ella ha vuelto de su instante de placer, empujo más fuerte y en unos segundos más me vacío en ella, sin dejar de moverme hasta que no puedo más.

Noto mi respiración agitada y el sudor resbalando por mi frente. Suelto sus brazos y ella rodea mi cintura sin dejar que salga de ella, se agarra a mi pelo y tira de mí, para que mis labios se fundan en los suyos.

—Eres un peligro, doctora. No puedo controlarme a tu lado. Eres una diosa. Feliz San Valentín.

—Feliz San Valentín, señoría.

La extraña rutina sigue instalada en nuestros días. Comemos juntos casi todos los días y, aprovechando la ausencia de Marco, nos amamos también a diario. El día de su guardia, me quedo a dormir con el niño tal y como le propuse, Marco parece feliz de ver a su madre así, y yo estoy encantado con él. Lo cierto es que la semana pasa muy rápido, porque el deseo de estar con ella ese rato hasta la hora de ir a buscar al niño, se apodera de mí desde que me levanto por la mañana temprano para ir a por ella y llevarla al trabajo. Algunos días sale algo desanimada si ha tenido un día difícil, pero parece que consigo animarla con el mero hecho de estar con ella. Esos días apenas habla y yo no le insisto, solo me quedo a su lado para lo que necesite.

Los días que sale de guardia desayuna con sus compañeros, y hasta que yo salgo del taller no nos vemos. Echo de menos ese café mañanero en su compañía, pero luego nuestros encuentros resultan todavía más apasionados.

El viernes ha llegado con una rapidez que no esperaba. Tenía algo planeado para los tres, pero al decírselo a Carolina, esta se lo ha comentado a su madre y, con una llamada que no esperaba, me veo organizando un fin de semana para dos. He pensado que, como sé que le gusta la nieve y los deportes de invierno tanto como a mí, una escapada a la casa que mis padres tienen en la montaña será perfecto. Junto a su hermana y su madre organizamos todo. Me llevo su mono y su ropa de esquiar, mi equipo está guardado en la casa de la sierra, y cuando lo tengo todo listo, emplazo a su familia a que vayan el domingo para pasarlo allí todos juntos. Cuando me presentan al padre de Martina, no tengo muy claro si es muy serio o es que no le he gustado, ni siquiera un poco.

—No te preocupes, es un poco protector y más desde lo que pasó, pero le has gustado —dice Paola, su madre.

—Joder, pues menos mal. Perdón —añado por la vehemencia de mis palabras—. Si no llego a gustarle saca la escopeta. —Paola y Carolina se ríen y yo no puedo hacer otra cosa que imitarlas.

Llamo a María Pilar, que es la señora que se encarga de acondicionar la casa cuando vamos a ir, y le pido que haga una pequeña compra porque iré a pasar el fin de semana allí. Y con la ilusión de la sorpresa y las mariposas de un adolescente en mi estómago, doy las gracias a Paola y Carolina y, con todo el equipaje cargado en el coche, pongo rumbo al hospital.

Me detengo donde sé que pasa con Iván para coger su coche, y al verme allí, fuera del coche, se despide de su amigo y viene hacia mí con una sonrisa.

—Hola, ¿habíamos quedado? —Por un momento no sé si le gusta que esté allí o tenía planes con el cardiólogo.

—No, pero pensé…

—Me gusta que hayas venido —añade acercándose a mi boca para dejar un beso como solo ella sabe darme—. Te invito a comer.

Se sube en mi coche, y al ver los esquíes asomando por los asientos traseros, me mira sorprendida

—Espero que te guste también lo que he preparado, sé que esta semana ha sido dura para ti y mereces unas horas de relax.

Su cara ha cambiado de expresión y sus ojos se han vuelto oscuros. Sospecho que no le ha gustado.

—¿Y Marco?

—Con tus padres.

Ahora su enfado se hace más que evidente y no sé por qué, cuando mi idea era llevar con nosotros al niño y sus padres no han querido.

—¿En qué momento te he dado el poder de decidir qué hacer con mi hijo o con mi tiempo? —Sus ojos echan chispas y su tono de voz no deja lugar a dudas. Está muy enfadada pero hay algo más. ¿Temor? ¿Angustia?

—Perdona, pensé que… Hablé con tu madre para que me echara una mano con tus cosas y las de Marco, pero me dijo que nos fuéramos los dos sin el niño, que te vendría bien despejarte. No te preocupes, vamos a tu casa, cogemos sus cosas, y cuando salga nos vamos los tres.

—No. Déjame en el próximo semáforo, no me hace falta que me lleves a ninguna parte. No entiendo en qué instante habéis pensado todos que me gusta que me organicen la vida. Quiero irme a mi casa, recoger a mi hijo —no me pasa desapercibido el énfasis que ha puesto en el posesivo—, si hubiera querido a mi lado a alguien que me dijera lo que hacer en cada momento, como una mujer del siglo XIX, habría seguido con Guillermo, y no, no es eso lo que deseo. Ni ahora ni nunca. Así que, Samuel, llévame a mi casa o déjame aquí, estoy segura de que sabré llegar sola.

No esperaba para nada esta reacción y está claro que tampoco su madre y su hermana. No sé ni que decir, me ha dejado sin argumentos.

—Lo siento. No era mi intención, ni por supuesto la de tu familia, que te pensaras que queremos manejar tu vida. Me hizo ilusión organizar esto, pero no te preocupes, te dejo en tu casa.

Parpadea muy deprisa, imagino que tratando de contener unas lágrimas que ninguno de los dos quiere que aparezcan. Nunca he sabido lidiar con eso, y está claro que ella no quiere llorar, aunque no lo logra y unas gruesas gotas se deslizan por sus mejillas.

—No, por favor, Martina, no llores. Lo siento, de verdad. Por favor, no…

Desvía su mirada hacia la ventanilla y yo me siento impotente ante su silencioso llanto. Lo único que me gustaría es abrazarla y no dejarla

moverse hasta que pudiera demostrarle lo que siento de veras, y que para nada mi intención era la que ella cree.

Suena su móvil, mira el reloj, pero no hace amago de cogerlo. Al final, ante la insistencia de quien esté al otro lado, se recompone, o lo intenta, y responde.

—*No, no sé en qué momento se te ha ocurrido que era una buena idea.*

…

»No, no voy a ninguna parte, salvo a recoger a Marco a las cinco y media e irnos a casa a ver una peli, o a merendar tortitas, o lo que le apetezca.

…

»He dicho que no, joder. No necesito que me organices la vida, está bien tal como es.

…

»Adiós.

Cuelga el teléfono lanzándolo con fuerza al interior de su bolso, y ahora sin importarle nada, da rienda suelta a su llanto, haciendo que yo me sienta aún peor de lo que ya me siento.

Al fin llegamos a su casa, y cuando bajo para ayudarle con las cosas, sale deprisa dando un portazo y se mete en el ascensor. La llamo pero no me responde. No la conozco tanto como para saber si tengo que irme y dejarle espacio, o subir y tratar de hacerla sentir mejor. Cuando el ascensor vuelve al sótano, subo a su planta y llamo al timbre, pero no recibo respuesta. Allí de pie, delante de su puerta, respiro profundamente, meto una mano en el bolsillo y saco la llave que ella me dio. La miro un segundo, respiro de nuevo, y la introduzco en la cerradura rezando porque no me haya equivocado de nuevo. Abro la puerta, entro en su piso y la llamo de nuevo desde la entrada. Desde el baño responde diciéndome que la deje en paz y me vaya. Trato de que me abra pero no lo consigo. Dejo sus cosas en su dormitorio y después de echar un vistazo y aspirar su olor que flota en el ambiente, decido que mejor me marcho. Cierro los ojos rememorando cada imagen de la última semana, y sin entender todavía por qué la he cagado tanto, me voy, no sin antes decirle que estoy para cuando quiera hablar. Que me llame o me mande un mensaje y estoy aquí en dos segundos.

—Adiós, preciosa Martina.

Incluso a mí me suena a despedida, aunque espero que no, porque en realidad no creo que haya sido para tanto. Dejo las llaves en el mueble de la entrada, junto a las suyas, y me voy con un enorme nudo en mi estómago que me impide respirar.

Al subir en el coche enciendo la radio, y por los altavoces la voz de Pablo Alborán y Alejandro Sanz cantando Mi marciana[iv] inunda el habitáculo. Así me siento ahora mismo, pensando que tarde o

temprano ella se irá y yo me quedaré solo y desamparado.

Te juro que es verte la cara
Y mi alma se enciende
Y sacas al sol las pestañas
Y el mundo florece
Dejas caer caminando un pañuelo
Y mi mano sin mí lo recoge
Tienes la risa más fresca
De todas las fuentes

Eres el timbre del nido de mis gorriones
Hueles a hierba y me sabes a tinta y borrones
Eres el rayo de mayo, mis letras, tus cremas
Cantando en el coche
Cuando juntamos las sillas me siento tan torpe

Tienes verdades, abrazos que abarcan ciudades
Tienes un beso de arroz y de leche en el valle
Y dices que vienes de marte y vas
A regresar, vamos que te irás
Pero es que a veces, tan solo a veces
Lo que está siendo es lo que parece
A veces parece que te hayas marchado ya

Mi hembra, mi dama valiente se peina
La trenza como las sirenas
Y rema en la arena, si quiere
Ay mi…

Suena mi móvil y en la pantalla aparece el nombre de Carolina. Descuelgo sin saber muy bien lo que voy a decirle.

—Lo siento, Samuel, no imaginaba que esta loca iba a reaccionar así, pero yo que tú no me iría muy lejos. O no la conozco o te llama en un rato para pedirte que vuelvas y la perdones. No quiero pensar en lo que te haya podido decir.

—No es tanto lo que ha dicho sino cómo lo ha dicho. Había rabia en sus palabras y en su mirada, algo que no he visto nunca. Es verdad que no hace más que unos días que nos hemos encontrado, pero…

—¿Dónde estás?

—Acabo de dejarla en su casa, ¿por?

—Salgo ahora. Pásate por el cole y hablamos, ¿te parece?

—No sé, Carolina, no tengo mucha gana de hablar, todo esto me ha dejado un poco pillado.

—Confía en mí, conozco a mi hermana.

—Pues por lo que acaba de pasar, diría que yo la conozco mejor tú. Tenía que haber seguido el plan inicial.

—Hazme caso, señor juez. ¡Qué cabezota! Madre mía, así vais a chocar más de una vez, porque a testaruda no hay quien le gane.

—Está bien, voy para allá.

Joder, lo único que me faltaba, con la mañana que llevo. No sé cómo a mi madre o a Carol se le ha ocurrido que era una buena idea. No es que no me apetezca pasar ese fin de semana solos los dos, pero ellas saben más que de sobra que mis días libres tienen una sola prioridad, y este sería el tercero, aunque la semana pasada solo fue la noche del sábado, pero no quiero convertir en una costumbre que los fines de semana el niño se vaya con los abuelos. Es algo que he dejado bien claro a todos. No lo entiendo, de verdad que no lo entiendo. Sin embargo lo he pagado con quien menos culpa tenía, él solo se ha dejado aconsejar por ellas. Y ahora no sé en qué punto estamos. Joder, joder, joder... debería llamarlo y pedirle disculpas, le he dicho cosas terribles que no iban con él y que por supuesto no son verdad.

Tras más de media hora en la que la rabia y las lágrimas dan paso a la idea de que he metido la pata hasta el fondo y me he dejado llevar por mi triste pasado una vez más, me levanto del suelo justo cuando un calambre en mi abdomen me informa de que, este mes, mi amiga de rojo viene con intensidad. Vamos, lo único que me faltaba. Todavía me faltan unos días pero si ya se anuncia así, no quiero imaginar. Voy a la cocina y me preparo un té, son más de las cuatro y todavía no he comido, me acabo de dar cuenta, pero no tengo hambre.

Al volver al dormitorio, veo mis cosas colocadas en un rincón, y otra vez unas inmensas ganas de llorar se apoderan de mí. Decido que no, antes tengo que enmendar el error y pedirle disculpas. Desde que nos conocemos, o desde que estamos juntos, si es que seguimos estándolo después de haberme comportado como una tarada, lo único que ha hecho es estar a mi lado sin pretensiones, echándome una mano con Marco sin tener por qué. Y en agradecimiento lo que hago es mandarlo a paseo, sin que sepa ni qué ha ocurrido. ¿Hasta cuándo la sombra de mi pasado va a sobrevolar todo lo que hago? Ni es justo, ni me lo merezco. Y él mucho menos.

En el cuenco de la entrada veo las llaves junto a las mías, y un pellizco de culpa en mi pecho me deja sin aire en los pulmones.

Me llama mi madre y me dice que recoge a Marco, que haga lo que me dé la gana pero que no va permitir que el niño me vea así. Continúa diciendo que si no me voy lo traerá a la hora de cenar, pero que no sea tonta y aproveche.

Imagino que mi hermana le ha contado lo que ha pasado, por eso ha llamado para decir que ni se me ocurra aparecer por el cole porque piensa pasar la tarde con sus nietos, y que Pablo y Carolina salen esta noche, así que se queda con mi sobrino también.

En vista de que da igual lo que haga, no tengo que ir a recoger a Marco, me tomo el té y me doy una ducha. Parece que al salir me

encuentro más tranquila. Me pongo un conjunto de ropa interior que no es nada apropiado para la nieve, pero sí muy sexy, un vaquero, una camiseta térmica, un jersey bien gordo y unos calcetines también térmicos. Miro lo que me han preparado en la pequeña maleta abandonada en un rincón del dormitorio, y descubro un conjunto nuevo con una nota de mi hermana.

Disfrútalo, lo mereces.
Un beso.

Sonrío y lo vuelvo a guardar, tras comprobar que no falta ni un detalle, incluido algún *juguete* que tampoco tenía. La vuelvo a cerrar y voy a buscar mi móvil.

En diez minutos el portero me dice que me esperan. Agarro el equipaje, y antes de cerrar la puerta Sam se materializa delante de mí. Sus ojos muestran dudas que su sonrisa trata de ocultar. Coge el equipaje de mis manos, me agarra del brazo y me conduce de nuevo al interior de mi casa.

—¿Estás segura? No era mi intención obligarte a nada.

—Estoy segura y es lo que quiero hacer, aparte de pedirte perdón. Te avisé de que mi tara nos iba a traer problemas.

Deja caer las cosas al suelo, se acerca a mí y toma mi cara entre sus manos, retirando un mechón olvidado de mi frente.

—No tienes ninguna tara, así que no lo vuelvas a mencionar. No sé cómo hacerte entender que me gustas como eres, con tus miedos y tus dudas, que adoro a tu hijo con todas sus preguntas y esa ilusión que reflejan sus ojos, tan parecidos a los tuyos. Solo quería darte una sorpresa... y el sorprendido he sido yo. Te prometo que nunca más le haré caso a tu hermana, y no inventaré nada sin consultártelo.

—No es eso. Me gusta que lo hagas, que lo hayas hecho, pero al principio, al verte con todo preparado y sin esperármelo, he empezado a recordar situaciones del pasado que no quiero que vuelvan, y no por la sorpresa, jamás nadie ha hecho algo así por mí, pero por un momento me he sentido controlada, y eso me ha dado mucho miedo.

—No quiero asustarte, de hecho quiero meterte de todo menos miedo, preciosa Martina. —Sonríe, y ahora sí, sus ojos acompañan a su sonrisa. Acorta aún más las distancias y sus labios y los míos colisionan sin poder ni querer evitarlo—. Si no nos vamos, te arrancaré la ropa y se irán a la mierda los planes que he vuelto a recomponer hace unos momentos, cuando tu hermana se ha

descojonado de mí al ver cómo contestaba a tu llamada.

—¿Estabas con mi hermana?

—Sí, me llamó y me dijo, entre otras cosas, que o no te conocía o me llamabas en un rato.

—Qué cabrona, pero he de admitir que me conoce muy bien. Tú no tienes la culpa de nada. He tenido un día complicado.

—Lo siento, puedes contármelo si te apetece. Pero mejor lo haces por el camino o se nos hará muy tarde. Podríamos encontrar nieve en la carretera, y no me gustaría que nos quedáramos atrapados.

—¿Adónde vamos? —pregunto ahora ilusionada.

—A Riaza —le miro sorprendida.

—¿Vamos a La Pinilla? —ahora el que se sorprende es él. —He estado allí alguna vez.

—Mi familia tiene una casa en el pueblo. Les he dicho a tus padres y a tu hermana que si les apetece suban el domingo, si el tiempo lo permite.

—Gracias, y por favor, perdóname por lo de antes.

—No sé de qué hablas.

Salimos del edificio y a dos calles de mi casa está aparcado su coche. Acomoda mis cosas de nuevo, nos subimos y se adentra en el tráfico madrileño de una tarde de viernes. Está empezando a llover y si sigue así igual nos nieva por el camino. Le miro y se da cuenta.

—No hay previsión de nieve, hasta las nueve, pero aun así vamos preparados. Deja de preocuparte.

Me relajo un poco, el coche es realmente cómodo y el olor del perfume de Samuel, al que ya me he acostumbrado, consigue hacerme sentir mejor. Pone música, una lista de reproducción de lo más variopinta; Talking to the moon, de Bruno Mars, Tanto, de Pablo Alborán, Para enamorate de mí[v], de Bisbal.

> Te has vuelto una razón para decir
> Que doy mi vida a cambio de tu amor
> Fue un beso infinito, un segundo contigo
> Estoy perdiendo en ti mi corazón...

—Curiosa variedad de música —comento tras acabar la canción de Bisbal. Mientras miro al exterior a través de la ventanilla del coche.

—Me gustan las canciones que dicen algo, o que me lo recuerdan. Estamos llegando, preciosa Martina. Justo a tiempo porque parece que la nevada se ha adelantado. Espero que no caiga tanta que mañana no podamos salir. Me gustaría ir a esquiar.

—Seguro que encontramos algo que hacer si no podemos ir hasta la estación.

—Mmmm... Entonces que nieve como si fuera el día del Juicio Final, doctora.

Cuando salimos del coche, gruesos copos de nieve se empeñan en

no dejarme ver cómo es la casa, aunque la luz del porche se ha encendido al entrar el coche. Ya ha oscurecido, y el reflejo de la luz en la nieve confiere a la noche una extraña claridad. Me encanta respirar ese aire sin contaminación que deja la nieve a su paso. Más en este pequeño pueblo. La casa está un poco apartada del centro, una villa de no más de dos mil habitantes. Es la típica construcción de la zona, de piedras rojizas y anaranjadas, con un encanto innegable.

Al entrar me sorprende el tamaño del salón principal, con una gran chimenea cerrada. Todo tiene una decoración rústica, pero no parecen faltar comodidades. Sam deja los esquíes en un cuarto que hay al lado de la cocina, donde supongo tiene guardados los suyos. Me acerco a la ventana y al pasar por la chimenea me doy cuenta de que está encendida, de ahí el calor que he notado al entrar. A través de los cristales que dan al exterior, bajo la farola de la esquina, observo caer el baile de copos arrastrados por la brisa de la noche. Es una sensación hipnótica y muy relajante, tanto que no me percato de que Samuel se ha acercado y se ha colocado detrás de mí, hasta que aparta mi pelo, dejando un beso en mi cuello que me hace estremecer.

—¿Te gusta? —susurra en mi oído

—Es precioso. ¿Quién ha encendido la chimenea?

—La familia que se encarga de cuidar la casa cuando no estamos aquí, imagino que también han comprado comida. Espero que hayan encontrado lo que les pedí. ¿Quieres ver el resto o dejamos las cosas en el dormitorio?

—Mejor mañana con más luz. Dejemos las cosas en su sitio.

Subimos a lo que imagino la habitación principal, donde una enorme cama con un dosel, del que cuelgan unas cortinas de tul de un blanco impoluto a juego con el edredón, me sorprende. No por el tamaño, que también, sino porque está cuajada de pétalos. Al acercarme veo que no se trata de los típicos pétalos de rosa que aparecen en las películas y en las novelas; son pétalos de orquídea de un precioso color buganvilla. Me doy la vuelta y descubro a Sam detrás de mí, sonriendo como no lo había visto hasta ahora. La chimenea, también encendida, y un par de lámparas en la pared, aportan un toque mágico a la estancia.

—Es lo más bonito y romántico que he visto nunca. Nunca te he dicho que estas son mis flores favoritas, ¿también ha sido mi hermana?

—No. Tan solo me fijo en los detalles, nada más.

—Eres maravilloso. Tú planeando todo esto y yo montándote dramas a cambio. No sé cómo podré borrar la imagen que te has llevado de mí.

—Se me ocurren muchas cosas que harían que mi memoria se borrase, pero antes habrá que cenar. Creo que tú tampoco has comido.

—Creo que podremos esperar un rato.

—Acomoda tus cosas y cámbiate si te apetece. Mientras iré a la cocina a preparar algo.

—¿También cocinas?

—Tú lo haces mejor, yo solo me defiendo, pero hoy me toca a mí cocinar para ti, preciosa Martina.

—Si no fuera porque Marco es lo más importante para mí, desearía que hubieras aparecido en mi vida hace seis años.

—Supongo que no era el momento. Entonces yo aún seguía haciendo locuras con Marta de vez en cuando. Tú no te merecías al Samuel de entonces. —Un incómodo rugido de tripas me recuerda que, como hoy me he comportado como una perfecta imbécil y no he comido, va siendo hora de que llene el depósito—. Mejor me marcho a la cocina, yo también estoy hambriento y si sigo aquí te comeré entera y no dejaré ni una uña de tus preciosas manos.

Después de un tierno beso en los labios, Sam sale por la puerta y me quedo sola en la enorme habitación. Entro en el baño y mi vista queda al instante atrapada en la enorme bañera de patas situada bajo una gran ventana que da a la sierra. Pese que el ambiente, gracias a la chimenea es agradable, toco el radiador y noto que está frío. Busco el modo de encenderlo para caldear más el baño, porque esa estupenda bañera tiene una cita con mi chico y conmigo. Saco las cosas del neceser que también ha preparado Carol y, por supuesto, un aceite con olor a jazmín inunda el espacio al abrirlo. Sonrío y decido mandarle un mensaje. Tras quitarme el jersey y el vaquero, y quedarme ataviada solo con la ropa interior y una camiseta que he visto en la maleta de Sam, decido ir a la cocina.

Cuando bajo por las escaleras, lo oigo trastear por la cocina, pero antes de entrar rescato el móvil de mi bolso y le mando un mensaje a mi hermana.

Yo:

No te ha faltado un detalle, gracias hermanita. Disfruta de tu marido esta noche.

Te quiero.

Carol:

Yo también te quiero. Me alegro de que te haya gustado. Disfruta tú también de tu juez macizo.

Me detengo en el dintel de la puerta de la cocina, observando a Sam rebuscar en los muebles. Abre y cierra cajones, colocando cosas en la encimera. Sus músculos definidos se marcan por debajo del fino jersey que lleva puesto. Debe darse cuenta de mi presencia porque se da la vuelta sonriendo, sus ojos oscuros se achican y su sonrisa se

ensancha.

—Preciosa Martina, ¿me espías? —pregunta acercándose a mí como un felino a su presa.

—No, a ti no, a un juez macizo, según mi hermana, que me han dicho que hay en esta cocina.

—¿Así que un juez macizo? —Ha llegado a mi altura, toma un mechón de mi alborotado pelo, acariciándolo con suavidad—. ¿Eso piensa tu hermana de mí? —Se acerca a mis labios y los besa con suavidad, tirando del inferior cuando da por concluido el beso, estremeciéndome de pies a cabeza.

—Mi hermana y cualquiera que tenga ojos en la cara. No seas modesto, estás como quieres.

—Nunca me he tenido por un *sex symbol*. Solo me cuido lo necesario, imagino que el resto serán los genes. Me parezco mucho a mi padre.

—Bueno, lo cierto es que eres muy guapo y a mí me lo pareces. E imagino que a tu ex y a casi todas las mujeres, a juzgar por cómo te miran. Además tienes un cuerpazo, eso has de reconocerlo.

—A mí solo me interesa cómo me miras tú, preciosa Martina. —Ahora soy yo la que se acerca a sus labios, atrapándolos sin poner ninguna objeción.

—No puedes decir esas cosas y quedarte tan a gusto. No quiero que lo digas.

En ese momento suena el timbre de la puerta. Le miro sorprendida y se encoje de hombros. Es noche cerrada y nieva copiosamente como para que alguien llegue hasta aquí. Me doy cuenta de que sigo solo con las bragas y la camiseta, pero al ir a subir me atrapa de la mano para que no me vaya.

—Joder, Sam, estoy en bragas.

—Igual que cuando mi hermana entró en casa el otro día. Podría acostumbrarme a tenerte en ropa interior todo el tiempo, no deberías estar escondida tras capas de ropa. Voy a ver quién es.

—Samuel —una voz femenina se cuela por la puerta aún cerrada.

—Espera un segundo, he conectado la alarma. ¿Se puede saber qué haces aquí con la que está cayendo? —pregunta mientras apaga la alarma y abre la puerta para dejar acceder a una señora de unos cincuenta y cinco años, bajita y morena con unos vivos ojos color miel. Al entrar y verme allí, de pie junto a Sam, me escanea desde la punta del pelo hasta mis preciosos calcetines de corazones rosas. Sonríe cuando acaba y se acerca a Sam para darle un abrazo.

—Sé que la cocina y tú no os lleváis muy bien. He venido a traeros algo.

—Ella es Martina, mi novia.

Todavía no me acostumbro a que me presente así. La señora se

acerca a mí y me da un abrazo, un poco exagerado para mi gusto, que tardo unos segundos en corresponder.

—Encantada, Martina. No sabes las ganas que tenía que Samuel trajera a alguien aquí, eso es muy bueno.

—Igualmente…

—Ay, perdona, soy María Pilar.

—Encantada. Agradecemos que haya venido pero no tenía que haberse molestado. Hace muy mala tarde, y por lo que he visto, hay un montón de cosas con las que preparar una cena.

—Lo sé, pero no sabía si tú cocinas o no, y no me ha costado nada prepararlo. Es solo un plato típico de por aquí para el invierno. Caldereta de bacalao, y unos amarguillos de postre.

—¡Por Dios! María Pilar, que no somos niños. Seguro que te has pasado cocinando todo el día. La próxima vez que decidamos venir no te lo digo.

—Oye, niño, lo he hecho porque me ha dado la gana, así que te callas y le pones a esta chica de comer, que seguro que ya tiene hambre.

—Gracias, no se preocupe, seguro que está todo delicioso.

—No me llames de usted, preciosa, que espero verte más por aquí.

—Seguro que sí. —respondo y ella sonríe complacida, aunque ni yo me lo crea aún.

—Vamos, María Pilar, te acercaré con el coche a tu casa.

—No es necesario, Samuel, está ahí fuera Manuel, no te preocupes. Está esperando con el motor en marcha, últimamente no va muy fino, y con esta nevada igual no arranca después.

—Mañana, si se puede salir, me acercaré a tu casa a darle un vistazo, ¿te parece bien?

—Por supuesto que no. No vas a dejar sola a esta niña mientras pierdes el tiempo en un viejo coche.

—Bueno, lo que tú digas.

Los miro divertida mientras discuten. Tras soltar las cosas en la cocina, se despide de nosotros y sale como una exhalación, cerrando la puerta tan rápido que parece que no la haya abierto nunca.

—¿Siempre es así? —pregunto sorprendida

—Normalmente sí. Tiene una vitalidad alucinante para los sesenta y dos años que tiene.

—¿Sesenta y dos? Vaya, no le echaba más de cincuenta y algo.

—Pues ya ves. Y ahora, doctora Gutiérrez, ¿por dónde íbamos? ¿Qué es eso que no quieres que diga? Es lo que pienso, no sé cómo hacerte ver que eres perfecta, al menos para mí. Te quiero tal y como eres —Sospecho que se acaba de dar cuenta de lo que ha dicho, y trata de cambiar de tema para que no le replique más—. Deberíamos cenar antes de que se enfríe. ¿Quieres poner música? Esta vez te dejo que

escojas.

—Gracias por el detalle, señoría. Ah, y una cosa, no estoy sorda, te he oído perfectamente. Espero que tengas claro que no hemos acabado esta conversación.

—Estaré encantado de terminarla.

Una vez más me deja sin saber qué contestar, algo que no me pasa muy a menudo. Salvo con él, claro.

—Mejor algún día, señor juez. Creo que no es el momento de profundizar tanto —añado sentándome en la mesa situada delante de uno de los sofás del salón. Cojo la botella de vino que ha dejado allí y, sin preguntarle, pongo un poco en cada copa. —¿Quieres emborracharme? Te aseguro que no soy graciosa ebria, más bien caigo como un tronco.

—Entonces te serviré agua, doctora. No me gustaría que acabaras dormida tan pronto. Y en cuanto a lo de profundizar, hablaremos de ello más tarde. —Hace amago de levantarse para ir a por agua, pero le quito la copa y tiro de él para que se siente.

—No tengo tan poco aguante. Deje aquí el vino, señoría, tiene que sentar muy bien con esta comida, que por cierto no sé quién va a poder terminar, porque es una auténtica barbaridad.

—Es cierto. Cuando se trata de comida, ella siempre ha sido un poco exagerada. Pero te aseguro que pocas veces habrás comido algo tan delicioso. Y los dulces ni te cuento.

Comemos en silencio, escuchando la música que sigue sonando por los altavoces. En la lista de reproducción hay un poco de todo, pero sobre todo música española del último año mezclada con otros temas no tan actuales: Olvidé respirar, de India Martínez y David Bisbal, La Playa, de La oreja de Van Gogh, Tu respiración, de Chayanne, Te voy a amar, de Axel, Se puede amar, de Pablo Alborán, Estar contigo, de Álex Ubago.

—Muy intensas todas las canciones —afirma arqueando una ceja—, pero también muy bonitas también, aunque no son precisamente alegres.

—Supongo que mi vida no tiene, o no ha tenido en los últimos años momentos muy alegres, pero siempre espero que eso cambie, aunque en la última semana no puedo quejarme.

—¿Y eso?

—Es un secreto, pero a ti te lo puedo contar —respondo intentando parecer seria—. Esta semana he conocido a alguien especial. Y aunque a veces me haga dudar si lo que hago está bien o no, si no lo pienso mucho soy capaz de convencerme a mí misma de que tengo derecho a reír, a divertirme, y a tener polvos de escándalo como cualquier persona de mi edad. —Me mira entre divertido y complacido, pero no dice nada.

Hemos dado buena cuenta de la cena y se levanta para ir a por el postre y lo que imagino otro vino diferente para acompañarlo. No he bebido mucho, así que puedo permitirme una copa más sin que mi cabeza vaya por libre. Me levanto para acabar de retirar los platos, tal cual lo hago me coge por los hombros para darme la vuelta y llevarme de nuevo al sofá, quitándome las cosas de las manos.

—Eres mi invitada y no voy a dejar que hagas nada, ¿entendido? Pero me gustaría que siguieras contándome cosas de ese tío al que has conocido y del que empiezo a estar celoso. ¿Prefieres cava? —cuestiona mientras me enseña una botella.

—Lo que quieras, me da igual, solo voy a tomar un poco. Si mañana podemos ir a esquiar, no me gustaría hacerlo con una resaca del diez.

Al final trae una botella de cava. Es negra, muy estilosa, con un 456 en la etiqueta. Lo descorcha y lo sirve en las dos copas que hay sobre la mesa.

—Espero que ese tío del que hablas sea capaz de darse cuenta de cómo eres y te valore como mereces. Si no es así, dímelo y me encargaré del asunto con discreción. Conozco un grupo de mafiosos con un enorme estanque de patos.

No puedo evitar reír ante la ocurrencia. Acerca su copa a la mía y me propone un brindis: por nosotros, por lo que quiera que sea lo que tenemos y lo que según él espera que sea duradero. Otra vez vuelve a descolocarme y no sé qué contestar, tan solo soy capaz de articular un *por nosotros*, bastante descafeinado.

Tras degustar algunos de los dulces de María Pilar, acabar con la botella de cava, muy bueno por cierto e imagino que no comprado en una gasolinera, me propone ver una peli, pero lo cierto es que estoy cansada y no me apetece. Las horas de guardia todavía me pasan factura y me siento tan a gusto tan solo escuchando música, ahora escogida por él, y disfrutando de su compañía recostada sobre su pecho, que deseo permanecer así para siempre.

—Sam...

—Uy, qué miedo, oigo los engranajes dando vueltas en tu cabeza. Pero antes de que dispares y me des, quiero saber una cosa: ¿qué ha pasado hoy? Quiero que me cuentes la verdad, no esa historia de que te ha entrado pánico, que no quieres que te controlen, y todo eso que le has soltado a tu hermana y a mí. Sabes que yo no soy así, por poco que me conozcas.

—Es cierto lo que he dicho, ¿por qué dudas de mí? Por un momento he experimentado un miedo atroz. Han pasado muchos meses, pero a veces los recuerdos asaltan a mi mente con demasiada nitidez. Eso unido a que la mañana no ha ido tan bien como esperaba, se me ha hecho un mundo. Quiero que perdones las formas y todo lo

que te he podido decir pero no puedo asegurar que no volverá a pasar. No sé si está en mi mano controlarlo.

—Al menos déjame ayudarte. No pido nada más. Entiendo tus reticencias por el poco tiempo que hace que nos conocemos o que estamos juntos, pero quiero que me permitas entrar en tu vida. Sin miedos, sin pasados, o al menos sin que influyan en el presente y quién sabe si en el futuro.

—Lo intento pero no siempre lo consigo. Y ahora me toca preguntar a mí: ¿por qué quieres estar conmigo? Hay cientos de mujeres y hombres que darían cualquier cosa por estar contigo, y sin embargo me escoges a mí, con todas mis taras y mis miedos. No soy nada especial, mi cuerpo dista mucho de ser perfecto con tantas heridas y cicatrices, no solo las que se ven, también las que no, con un hijo y con un ex que por más que trate de olvidarlo nunca dejará de estar ahí. Y lo que te dije es cierto; nunca va a salir de mi vida a menos que uno de los dos deje de estar vivo.

Me observa sin decir una palabra, acariciando mi pelo, enredando un mechón en sus dedos para luego deshacerlo. Bordea el perfil de mi cara sin dejar de mirarme en silencio. Puedo adivinar lo que está pensando, lo que me va a decir y cómo lo va a decir. Finalmente respira hondo, coge la copa y le da un trago antes de empezar a hablar. Se incorpora y me da la vuelta para que lo mire, coge mis manos y deja un beso en ellas.

—No sé cómo hacerte entender lo que pienso, o lo que estoy empezando a sentir, sin que huyas. Martina, mi preciosa Martina... solo voy a decirte una cosa: por el momento es contigo con quien quiero estar. No sé si hoy, mañana o para siempre, porque uno nunca sabe lo que puede deparar el futuro. Ahora, en este momento, en estos días juraría que es para siempre, pero por desgracia eso no depende del todo de nosotros. No hay una sola cosa de ti que no me guste, incluido tu cuerpo, ese del que tanto reniegas. Tus cicatrices son las de una guerrera, una valkiria[5]. Sí, eso es, mi valkiria. Has luchado y has ganado, eres fuerte, haces un trabajo excepcional, eres la mejor en lo tuyo. No me mires así, por favor. ¿Crees que no sé nada de ti aparte de lo que hay en tu expediente? Eres una buena madre, y para mí eres la perfección hecha mujer en todos los sentidos.

No digo nada, en un intento de evitar que mis ojos se desborden. Quizás haya gente que esté acostumbrada a escuchar este tipo de halagos pero yo no entro en esa categoría. Guillermo llegó a socavar tanto mi voluntad que me convenció de que no valía nada. Solo en mi trabajo no consiguió que diera mi brazo a torcer, pero también lo intentó. Sus desprecios y sus palabras cargadas de veneno regresan de nuevo a mi mente para atormentarme, y pese a que es Samuel quien está frente a mí, por un momento lo olvido y me dejo vencer por el

llanto. Con una infinita ternura, limpia mis lágrimas con sus pulgares y me abraza sin decir una sola palabra, reconfortando mi alma. Con una mano acaricia mi pelo y con la otra mi espalda. He de reconocer que me gusta sentir su calor, sentir su presencia, que no me deje.

Cuando por fin consigo calmarme un poco, deja de regalarme besos en el pelo y levanta mi cara para perderse en mis labios y yo en los suyos. La temperatura empieza a subir y ahora sus manos se deslizan por debajo de mi camiseta hasta llegar a mis pechos, endurecidos por sus caricias. Un gemido demasiado intenso escapa de mis labios y noto como Sam sonríe.

—No seas prepotente, señoría. Sabes que con el niño me tengo que controlar y anoche te eché de mucho menos, no voy a engañarte —le digo sinceramente, mientras mis suspiros y sus labios apenas me dejan hablar.

—No es prepotencia, solo te disfruto. Me encanta que te enciendas así de rápido, sigues siendo un misterio para mí.

—Será que hasta ahora nadie había dado con la tecla correcta, o que la química entre nosotros es demasiado fuerte.

Me deshago del jersey que lleva, y bajo por su cintura tratando de desabrochar sus vaqueros, pero antes que lo consiga se incorpora y se lo quita él, quedándose solo con el bóxer, mostrando lo preparado que está. Al verlo de esa guisa mi deseo sube hasta la estratosfera. Tira de mí para sacarme la camiseta, dejándome cubierta tan solo con la ropa interior. Me coloca de pie delante de él para mirarme, devorándome con los ojos. Se acerca de nuevo para besarme, mientras sus manos recorren mi cuerpo con suavidad, despacio, haciendo que mi excitación vaya en aumento. Mi piel se eriza al contacto con sus suaves dedos, y algún que otro gemido escapa de mi garganta.

Decido que ya está bien de jugar, al menos por el momento, quiero sentirlo ya, necesito hacerlo. Me aparto un momento de sus caricias, y de una manera que me parece sensual al ritmo de Man! I Fell I Like a Woman! de Shania Twain, me muevo de forma provocadora deshaciéndome del sujetador y la braguita.

—Joder, Martina, eres lo más sexy que he visto en mi vida. Si sigues así sería capaz de correrme sin tocarte siquiera.

Me encanta oírlo decir eso, nunca me he sentido como en este momento. A lo mejor resulta que tiene razón y soy como esas valkirias de las que habla, pero en moreno, claro. Me acerco despacio siguiendo el ritmo de la música, me coloco encima de su potente erección y comienzo a moverme sin despojarle todavía de la prenda, escuchando sus quejidos que me enervan aún más.

—No puedo más, necesito sentirte, no aguantaré un segundo más si sigues haciendo eso.

Se quita el bóxer como puede, sin apartarme demasiado, y en

cuanto consigue liberarse de la prenda sin que caigamos los dos al suelo, me empalo sin pensarlo dos veces. Cuando no puedo esperar más, me detengo unos segundos, lo suficiente para enfriar un poco el ambiente más que caldeado y prologar nuestra pasión. El deseo está prendido en sus ojos y el reflejo de las llamas de la chimenea dan un aspecto casi mágico a su oscura mirada. Comienzo a cabalgarlo una vez más con sus manos posadas en mis caderas ayudándome a subir y bajar a la vez que acarician el tatuaje y la cicatriz que este tapa. Noto mi orgasmo crecer como una ola gigante en mi interior, barriendo todo a su paso, llevándose mi cordura, mi sentido común y todos mis miedos. Me elevo una vez más ayudado por sus manos y me dejo caer con fuerza, arrancando de mis entrañas uno de los mejores orgasmos que recuerdo. Debo estar empezando a perder la memoria, porque cada uno me parece mejor que el anterior. Él no ha terminado, así que a pesar de empezar a notar cómo mi fuerza impulsada por el deseo se desvanece, continúo moviéndome con profundidad para llevarlo al límite. Lejos de permitir que las placenteras sensaciones me abandonen, baja una de sus manos para meterla entre los dos y alcanzar mi botón del placer, que sigue hinchado y muy sensible tras la reciente explosión de gozo. Lo roza con intención y detiene mis movimientos para seguir acosando mi clítoris que ahora quiere más. Le pido que pare, que me deje seguir, pero no me hace caso, y en pocas caricias más me corro de nuevo, con menos intensidad, pero con ello consigo arrastrarlo conmigo a encontrar su placer, a la vez que susurra mi nombre en mi oído.

Seguimos así mucho tiempo sin importarnos nada más. Poco a poco, tras recuperar la normalidad, intento levantarme, pero no me deja. Se levanta con su sexo todavía en mi interior, y arrastrando la manta con nosotros sube las escaleras conmigo encaramada a su cintura.

—Creo que una ducha nos vendrá bien.

—Yo había pensado en un baño, esa bañera es muy tentadora y he traído hasta aceite.

—Deberías dormir, sé lo poco que lo has hecho estos días, y si nos metemos ahí no podría resistir la tentación de amarte una vez más. —Joder, ¿por qué tiene que usar esas palabras? ¿No le vale la palabra follar como a todo el mundo? Nota el cambio de humor y me interroga con la mirada.

—No pasa nada.

—Mientes muy mal, o yo tengo deformación profesional y te he descubierto.

—De verdad, no es nada —respondo mientras me deja en el suelo y camino hasta la bañera para prepararla.

—Martina, ¿dime qué pasa?

—Joder, después de lo que acabamos de hacer vas y utilizas un verbo que no creo que nadie use.

—¿Por qué le das tantas vueltas a todo? ¿Es porque he dicho «amarte» y no «follarte»? Es que es lo que hago contigo, Martina, incluso la primera vez. En cualquier caso, preciosa, yo a ti no te follo, te hago el amor. Vete acostumbrando a que te lo diga a menudo. Es como lo siento.

No digo nada más. Cuando la bañera está lista pongo el aceite y me sumerjo en ella, invitándolo a que lo haga conmigo.

—¿Siempre haces lo que te da la gana, doctora? —pregunta mientras se acopla a mi espalda dentro de la espaciosa bañera, derramando el agua por todas partes.

—Siempre que puedo. No veo que hayas puesto muchas pegas a meterte conmigo.

—Te la metía a ti, que no es lo mismo. Mira cómo me pones solo con rozar tu piel, pero por hoy ya está bien, señorita desobediente. Mañana será otro día.

Nos quedamos así, acurrucados en la bañera hasta que el agua se enfría y nos saca del sopor en el que nos habíamos sumido.

—A la cama, doctora Gutiérrez.

—Sí, señoría.

6

La fuerza natural dentro de cada uno de nosotros es el mayor sanador de todos.

(Hipócrates)

Entro en casa resoplando despúes de una larga guardia. Dejo las llaves en el mueble de la entrada y me despojo del abrigo.

—Buenos días, ya he vuelto.

—Hombre, ya era hora que te dignaras a aparecer. Ya está bien, ¿o es que en veinticuatro horas no has tenido tiempo suficiente para tirarte a ese amiguito tuyo de cardiología? No, claro, la puta de Martina nunca tiene suficiente, pero a mí eres incapaz de hacerme una buena mamada.

—¿Has bebido? Son las diez de la mañana, salgo de una guardia de veinticuatro horas y lo único que se te ocurre es insultarme. Guillermo, estás enfermo, tienes un serio problema. Iván es como un hermano para mí.

—Claro que sí, uno con el que echas los polvos que me niegas a mí. Eres una jodida zorra, Martina, no sé cómo he estado tan ciego.

Me doy la vuelta sin responder a sus provocaciones, no tengo ganas de discutir, lo único que quiero es darme una ducha, cambiarme de ropa para hacer desaparecer el olor a hospital y recoger a Marco de casa de mi madre. Ayer estaba un poco pachucho y no lo llevaron a la guardería.

—Ven aquí, puta. No se te ocurra dejarme con la palabra en la boca o te juro que no lo cuentas. ¡¡MARTINA!!

No sé en qué momento, antes de salir del salón me agarra del pelo con tal fuerza que me tira al suelo por la inercia. No soy capaz de reaccionar, le miro sin saber si lo que está pasando es real, y aun así no lo creo. No lo he visto venir. Me levanto y noto las lágrimas acumulándose en mis ojos, pero no pienso darle el gusto de verme llorar. Es el último día que me humilla, estoy decidida. Me voy al baño y cuando salga me largo y me llevo a mi hijo lejos de este malnacido que se cree con derecho a todo. Al pasar por delante de él, antes de que pueda marcharme me vuelve a agarrar del pelo, pero esta vez en vez de tirarme al suelo me gira la cabeza y mirándome fijamente con los ojos inyectados de odio, me suelta un sonoro bofetón, nublándome la vista mientras caigo al suelo con la cara

ardiendo como marcada a fuego.

—¿Dónde crees que vas, maldita perra? Todavía no he acabado de decir lo que tienes que escuchar. Por fin vas a oír de una puta vez todo lo que pienso ya lo creo que lo vas a hacer.

—Guillermo, déjame, solo voy a darme una ducha.

—Claro, para eliminar los restos de tu amiguito, ¿no? ¿A él si se la chupas, o lo haces tan mal como conmigo y no le dan ganas nada más que de follar ese coño de puta que tienes pero sin mirarte a la cara? He dicho que no vas a ninguna parte. Como se te ocurra salir por esa puerta estás muerta, zorra.

Me incorporo con los ojos bañados en lágrimas, pero esta vez un puñetazo en el estómago me dobla por la mitad, antes de que una lluvia de golpes por todo mi cuerpo haga que caiga de nuevo al suelo hecha un ovillo. No hablo, no grito, creo que ni siquiera lloro. Solo oigo sus insultos una y otra vez.

—¿En qué puto momento creíste que eras algo? Si no sirves ni para follar. Ni siquiera eres capaz de darme placer. Eres una mierda, Martina. Mírate. Mira ese culo que tienes. Es enorme. Ojalá te parecieras a tu hermana, maldita gorda, ella sí que tiene que follar bien. No hay más que verla, con esos labios que tiene que dan ganas de metérsela en la boca hasta la campanilla. Joder, me pongo duro solo de pensándolo. Pero tú... ni para joderte el culo sirves, es tan grande que me da asco solo de verlo.

Mientras me denigra con sus palabras no deja de darme patadas por todo el cuerpo a la vez que yo intento defenderme sin conseguirlo. Ahora mismo no hay una sola parte de mi cuerpo que no me duela. Noto el sabor de la sangre en mi boca, y por más que me encojo intentando desaparecer no sirve de nada. Sus pies, calzados con unas botas que resultan tan duras como piedras, siguen castigando a mi más que magullado cuerpo. Me dejo vencer poco a poco, aceptando mi destino, y cuando estoy a punto de perder el conocimiento escucho unas voces, alguien que me llama por mi nombre, una luz blanca brillante y nada más. Supongo que esa es la luz que ven los que dicen que están a punto de morir. Trato de gritar, de decir que estoy viva, pero no sé si alguien me escucha.

—¡Estoy aquí, sigo viva! ¡¡Marco, no me he ido, nooooooo…!!

—Cariño, Martina, eehhh, ya está, todo está bien. Has tenido una pesadilla, nena, despierta.

A lo lejos creo escuchar la voz de Samuel, pero, ¿entonces?

—Martina.

—¿Sam?

—Sí, cariño, soy yo. Estoy aquí, ya pasó.

Me aferro a su cuerpo sin dejar de temblar. Ha sido un sueño, una terrible pesadilla, pero aún parece que noto el dolor de las patadas y el sabor de la sangre en mi boca.

—Lo siento, hacía mucho que no pasaba. Debe ser que estos días se

han removido los recuerdos.

—No tienes nada que sentir. Eso no va a volver, lo sabes ¿verdad? Estoy aquí, no te preocupes más. Duerme, yo cuidaré de ti.

—No, creo que voy a bajar a ver si hay una infusión.

—¿Qué te apetece? Hay bastante variedad, ¿algo relajante? —Intento levantarme pero no me deja—. Yo voy, abajo ya debe hacer frío. Hasta las ocho no se conecta la calefacción.

—No te molestes, de verdad, puedo hacerlo yo.

—Ya sé que puedes, pero quiero hacerlo yo.

Nunca me tomé esa infusión, imagino que cuando Sam subió me había quedado dormida. Me acabo de despertar sobresaltada sin saber muy bien donde estoy, pero al moverme noto la calidez de su cuerpo a mi lado. Me doy la vuelta para comprobar si duerme y parece que aún lo hace. Así relajado parece más joven. Tiene todo el pelo revuelto de llevarlo húmedo cuando nos dormimos. Decido levantarme para preparar algo de desayuno porque es bastante tarde. Me incorporo despacio para no despertarlo y descubro en la mesilla la taza con la infusión que me preparó de madrugada. Antes de poder ponerme en pie, una mano tira de mí y me devuelve a la cama.

—¿Dónde crees que vas, preciosa Martina? Buenos días.

—Buenos días. A preparar el desayuno, pero ya veo que no.

—Aprendes rápido, nena. Tengo mi desayuno aquí mismo, no hace falta nada más.

Asalta mi boca como si no hubiera un mañana, sin importarle lo más mínimo que ni siquiera me haya dado tiempo a enjuagarme, pero lo cierto es que a mí tampoco me importa. Se pone encima de mí, y puedo notar su erección matutina más que notable. Solo con eso ya me siento preparada. Rodeo su cintura con mis piernas y casi sin necesidad de más se adentra en mi interior, que ya le espera listo.

—Joder, Sam, esto no es normal, al menos en mí. Es inmediato, solo con notarte a mi lado estoy más que dispuesta —digo mientras se mueve con un ritmo pausado encima de mí, recorriendo con sus labios mi cara, hasta llegar a los míos y profundizar de nuevo en uno de los besos más intensos que recuerdo.

—Es lo que me ocurre a mí, preciosa, ¿o es que crees que vengo así de serie? Esto lo consigues tú.

Vamos acelerando el ritmo, pero sin demasiada prisa porque termine. Me lleva al paraíso en pocos minutos, solo con el roce de su cuerpo.

—Estoy casi listo, pero antes me apetece desayunarte —Antes de que me dé tiempo a quejarme ni a decir nada más, sale de mí, y mandando el edredón a la otra punta de la habitación, recorre mi cuerpo con sus besos, deteniéndose en mis tetas endurecidas por la

excitación, haciendo que gima como nunca.

—Dios, Sam, no pares.

Me retuerzo, pero me sujeta mientras sigue su acoso bajando por mi vientre, parándose en el tatuaje de mi cadera que roza suavemente con sus besos, erizando mi piel, mientras yo me agarro con fuerza a las sábanas, sintiendo el placer más intenso que logro asimilar. Cuando llega al vértice de mis piernas se pierde en ellas convirtiéndome en una muñeca sin voluntad, solo dispuesta a recibir todo el placer que sus labios, su lengua y también sus dedos son capaces de dar.

Cuando creo que no puedo más y que voy a estallar en mil pedazos, olvida mi clítoris y me empala de nuevo, arrastrándome a una espiral placentera que me vuelve loca. Se mueve a mi ritmo, y cuando me parece que me estoy recuperando, me da la vuelta para colocarme encima de él, ayudando a moverme con sus manos en mis caderas. Al ver que de nuevo soy capaz de seguir el ritmo, mete una mano entre los dos y acaricia mi clítoris ya bastante estimulado.

—Ya no sé si eres una valkiria, una amazona, o mitad y mitad. Joder, Martina, me matas. —dice entre jadeos que me informan que no le queda mucho para correrse. Acelera sus caricias sobre mi botón y otro orgasmo me barre junto con el suyo, llevándonos a los dos al infinito.

Me quedo así, sintiendo como recobra su tamaño normal y los fluidos salen de mi interior, sin que nos importe a ninguno de los dos. Me dejo caer en su pecho que vuelve a acompasar su respiración con la mía ralentizando nuestro ritmo.

—¿Podemos desayunar algo?

—¿Quieres más? —pregunta socarrón a la vez que una de sus manos baja para acariciar mis tetas aún sensibles.

—En serio, Sam, tengo hambre de comida de verdad.

—Bajaré a preparar algo. Veamos cómo está el tiempo, a ver si podemos subir a esquiar.

Miro mi teléfono para darme cuenta de que son más de las diez de la mañana, y que mi madre me ha mandado un mensaje hace un buen rato para preguntar si todo va bien y decirme que los niños están genial. Contesto al mensaje diciéndole que todo muy bien. Busco el jersey que anoche debió quedar abandonado en alguna parte, y recuerdo que estará en el salón junto con el resto de mi ropa. Espero que María Pilar no haya venido hoy porque vaya imagen que se habrá llevado de mí. Cojo unas braguitas, la manta que trajimos de abajo, y al abrir la contraventana descubro una enorme capa de nieve cubriéndolo todo. Imagino que lo de ir a esquiar habrá quedado en una anécdota.

Llego a la cocina tras soltar la manta y ponerme el jersey y los

calcetines, y allí me encuentro con Sam, vestido con un pantalón de chándal y una sudadera, moviéndose con soltura mientras va colocando cosas encima de la mesa.

—Tu capuchino, preciosa Martina. Quedaron amarguillos de ayer, y también hay unos bizcochos que traerían con la compra. ¿Prefieres una tostada?

—No te preocupes, esto está bien. Por cierto, me temo que no podremos subir a esquiar.

—Eso parece. Podemos dar una vuelta por el pueblo si te apetece y comer por ahí, hay bastantes sitios para elegir y en todos la comida es muy buena, o podemos quedarnos en casa y emplear el tiempo en otros menesteres, doctora Gutiérrez.

—Seguro que cualquiera de las dos opciones son igual de buenas, aunque he de decirte que tengo agujetas en sitios insospechados.

Finalmente, no podemos subir a esquiar porque las carreteras de acceso a la estación están cortadas por la acumulación de nieve, y las máquinas no han tenido tiempo de actuar, así que al final salimos abrigados a dar un paseo por las inmediaciones de la villa.

Hacia el mediodía entramos a comer a un restaurante situado en la magnífica plaza porticada. Está rodeada por gradas de piedra con su respectiva barandilla de forja de hierro, y es utilizada como coso taurino y para conciertos durante las fiestas populares. También se sitúa aquí el Ayuntamiento y la iglesia parroquial de Nuestra Señora del Manto. El restaurante en cuestión es el Matimore. Disfruta de una preciosa terraza al aire libre con vistas a la plaza pero preferimos sentarnos al calor de su precioso salón castellano. Pedimos un espectacular lechazo al horno, acompañado de boletus edulis confitados con foie de pato, y de postre una tarta de queso tan deliciosa y cremosa como nunca he probado. Ordenamos un par de raciones más de la magnífica tarta para llevarla a casa y disfrutar de nuevo de ella en la cena, o bien para mañana.

Intento pagar la cuenta, pero Sam no me deja hacerlo.

—Eres un cabezota, así vamos a chocar miles de veces, te lo advierto.

—¿Porque tú eres igual de cabezota que yo? Ya lo sabía, me han informado, pero no me importa. Todo sea eso. ¿Te ha gustado de verdad?

—Sí. Hacía mucho que no venía por aquí. Este pueblo es precioso, aunque no creo que ninguna vez lo haya disfrutado tanto como contigo. Eres un buen guía, Sam.

—Me alegro que crees buenos recuerdos conmigo.

Nos hemos detenido debajo de uno de los pórticos de la plaza nada más salir del restaurante. La tarde comienza a ponerse fea y parece

que va a empezar a nevar de un momento a otro. Sam atrapa mi cara entre sus manos, aún sin guantes, y me acaricia suavemente con sus pulgares.

—Eres preciosa, ¿te lo he dicho alguna vez? —Acerca sus labios a los míos y me besa como si fuera la primera vez, con suavidad, despacio, como pidiendo permiso, pero a la vez con un cariño que se va volviendo urgencia a medida que su lengua y la mía se encuentran e inician un baile sensual, en el que se reconocen y se hacen el amor. Se retira de mí dejándome hambrienta de esas sensaciones que solo encuentro en su boca—. Pierdo cualquier atisbo de razón cuando estoy contigo. No me reconozco, parezco un universitario salido. Te haría el amor ahora mismo empotrándote contra esa pared —señala una de las fachadas de los edificios que rodean la plaza—. Mejor nos vamos a casa, ¿te parece? Tiene pinta de empezar a nevar.

—No lo dirás por el frío porque no lo noto en absoluto. Es más, tengo más bien calor. Yo tampoco sé qué me pasa contigo, pero no quiero pararlo.

—Vayámonos a casa entonces. —Con una de sus manos coge la bolsa con la tarta y me da la otra tirando de mí a una velocidad pasmosa—. Mañana veremos el resto del pueblo si la nieve nos lo permite. Estas calles merecen mucho la pena. Me gustaría ir al paraje del Rasero, a la ermita de San Roque, y también la ermita de San Juan Bautista, si te parece.

—Lo que tú quieras, siempre que podamos salir, porque si vuelve a nevar tanto como esta noche es posible que no podamos volver a Madrid.

—Cuando lleguemos a casa comprobamos la previsión del tiempo, pero dudo mucho que puedan venir tus padres.

—No importa, no me gusta que Marco viaje si no voy yo.

Caminamos por las preciosas calles que parecen sacadas de un cuento medieval. Muchas de sus casas aún presentan los blasones pertenecientes a su familia, y la típica construcción de piedra les aporta un aire muy especial. Tanto como mi adorada Cantabria.

Vamos de la mano como cualquier pareja, Sonrío sin todavía poder creer que la imagen de esa persona que refleja los cristales de cualquier ventana o escaparate soy yo. A pesar del frío, mi pose es muy erguida, como antes, como cuando era yo, y no en lo que me convertí al lado de Guillermo.

Al pensar en él acude a mi mente para atormentar de nuevo mi felicidad, la pesadilla de la pasada noche. Un desgarrador pellizco me encoge el estómago al recordar que tarde o temprano Guillermo saldrá de la cárcel y…

—Martina.

—Estoy bien. Deja de psicoanalizarme.

—No lo pareces. De repente has cambiado, te has encogido y creo que si pudieras hacerlo habrías desaparecido.

—Es cierto. Sam, me das miedo. —Me mira asombrado—. ¿Cómo puedes conocerme tan bien en solo unos días?

—Soy muy observador, ya te lo advertí, y tus ojos son muy expresivos. Por favor, deja de preocuparte. ¿Quieres hablar?

—¿Quieres saber lo que he soñado esta noche?

Hemos llegado a la casa y al abrir el calor de la calefacción y de la chimenea del salón que dejamos encendida nos recibe reconfortándonos. Nos despojamos de los abrigos dejándolos en una de las sillas de la cocina para que se sequen, había empezado a nevar ligeramente y se han humedecido.

—¿Te apetece un chocolate caliente?

—Sí, pero no me sirvas mucha cantidad, he comido demasiado. Voy a ponerme algo más cómodo.

—Ven aquí. —Tira de mí, apoyándome en la mesa de la cocina—. Mejor no te pongas nada —susurra a mi oído.

—¿No tienes fin?

—Contigo no. Me gustas mucho y me siento muy bien a tu lado. Es una sensación tan agradable, tan placentera y tan familiar, que por momentos parece que nos conozcamos de otra vida.

—Yo también me encuentro a gusto contigo, pero eso no quita para que me asuste lo que depara el futuro.

—Ya te lo he dicho, no tenemos que ponerle nombre, ni fijar unos plazos, ni nada que implique otra cosa que no sea esto. Déjalo fluir. Ya sé que te cuesta, pero inténtalo al menos. Será mejor que te cambies, el pantalón también está húmedo y puedes coger un catarro. No me gustaría que nuestra primera escapada acabara contigo en la cama.

—¿Seguro que no quieres que acabe en la cama? Porque mis pantalones no es lo único que tengo húmedo.

—Venga, preciosa, ve a cambiarte, ya hablaremos más tarde de humedades. No tardo con el chocolate.

Al darme la vuelta, me propina un cariñoso cachete en mi trasero al empezar a caminar, sorprendiéndome y tensándome por un momento. Samuel se da cuenta y trata de pedir disculpas.

—Lo siento cariño, no ha sido mi intención. —Me agarra por la cintura para acercarme a su cuerpo, acaricia mi cara apartando un mechón de pelo despistado y me da un beso dulce en los labios—. No volverá a pasar, no sabes cuánto lo siento.

—No te preocupes, no es culpa tuya. Sé que es un gesto cariñoso, pero…

—Nunca voy a hacer nada que te incomode. Olvídalo, no soy él, la mayoría de tíos no somos así.

—Afortunadamente. Me llevará tiempo acostumbrarme, no eres tú,

son mis taras.

—Martina, no hay taras, solo un hijo de puta que no debió cruzarse en tu camino. Venga, siéntate cerca de mí mientras preparo chocolate caliente, no tardaré. Pon música si te apetece, mi móvil está conectado, la contraseña es...

—No me digas la contraseña, te lo traigo,

—Quiero que la sepas, no tengo nada que ocultarte. Está protegido con mi huella dactilar pero tiene un pin que cambié hace unos días: 180683.

—¿En serio has puesto ese pin? Es la fecha de mi cumpleaños.

—No quiero olvidarlo, con independencia de lo que el futuro tenga previsto para nosotros. Pase lo que pase siempre serás especial.

—Buff, ¿nunca te ha dicho nadie que eres muy intenso?

—En realidad nunca lo he sido, pero contigo es todo muy distinto.

—Está bien, dame ese móvil, pondré algo de música.

Entro en la aplicación Spotify de su teléfono móvil y la primera canción que aparece es Cuidar nuestro amor, de David Bisbal. Al cabo de unos minutos se acerca con los dos chocolates aderezados con canela y me tiende una taza. Unas minúsculas nubes de azúcar flotan en el oscuro líquido.

—Vaya, qué bonito. Eres una auténtica joya, señoría. Intenso, pero una joya. A propósito, ¿toda la música que oyes es igual?

—No, alguna es mucho peor, ja, ja, ja.

—Ya veo, —después de Bisbal, se difunde por el ambiente Rosana y su Si tú no estás, y a continuación John Legend con Love me now. Tira de mi mano para que bailemos un rato, una simple excusa para mantenernos pegados.

Pulling me further
Further than I've been before
Making me stronger
Shaking me right to the core, oh
I don't know what's in the stars
Never heard it from above
The world isn't ours
But I know what's in my heart
If you ain't mine I'll be torn apart

I don't know who's going to kiss you when I'm gone
So I'm going to love you now, like it's all I have
I know it'll kill me when it's over
I don't want to think about it
I want you to love me now...

—Así que opinas que soy intenso. Nunca lo hubiera pensado —añade mientras continuamos abrazados moviéndonos al ritmo de una inexistente melodía. Ha acabado la lista de reproducción y no ha saltado ninguna otra—. Oye...

—Oigo —le miro a los ojos, parece preocupado.

—No quiero agobiarte. Necesito saber que haces lo que deseas en cada segundo. Si de verdad te resulto intenso, dímelo y me apartaré, lo último que pretendo es agobiarte y que salgas corriendo.

—No me agobias. ¿Crees que estaría aquí si no lo deseara? Me gustas mucho, ya lo sabes, pero una cosa es lo que me hagas sentir y otra que pueda creérmelo tan fácilmente. Lo siento, no soy fácil, de hecho estoy segura de que hace seis meses esto no habría pasado, directamente te hubiera dado puerta sin dejarte ni respirar, pero quizás sea ahora el momento oportuno o tú la persona adecuada. ¿Nos sentamos? Estoy un poco cansada.

Acomodados en el mullido sofá, con sus manos acariciando mi pelo y yo recostada en su pecho, arropados con una manta y el chocolate descansando en la mesa, me decido a contarle la pesadilla, al menos lo más relevante.

—Esa pesadilla siempre me persigue, se repite en mi mente una y otra vez, no consigo arrancarla. Vuelvo del trabajo ese día y todo se repite de nuevo; su voz de desprecio, sus insultos, sus patadas, la forma en que me tiraba del pelo, incluso a veces hasta el sabor de la sangre en mi boca. Quizás no ha pasado el tiempo suficiente o es posible que nunca lo vaya a olvidar.

—Mientras yo esté contigo, cariño, todo el tiempo que tú me dejes, cuando tú quieras, eso no va a volver a pasar nunca, ¿me oyes? Nunca vas a sentirte así, ¿te queda claro?

—De verdad que lo intento. Imagino que el estar contigo estos días ha vuelto a abrir viejas heridas, cosas que no esperaba sentir y tal vez por eso ha regresado.

Cojo la taza para dar un sorbo y pierdo la mirada a través de la ventana. Casi ha oscurecido del todo pero no deja de nevar, por un momento la idea de quedarme atrapada aquí con él me seduce. De pronto, observo un movimiento fuera de la casa y me sobresalto hasta casi tirar la taza.

—Eh, ¿qué pasa? ¿Estás bien?

—Me ha parecido ver a alguien fuera, pero no estoy segura. Con esta nevada tan fuerte no creo que nadie venga hasta aquí, ¿no?

—No lo creo, además la alarma habría saltado, hay una de proximidad. María Pilar y mi familia son los únicos que conocen la clave, pero saldré a mirar, no te preocupes.

Se levanta y va hacia la cocina, coge el abrigo que estaba secándose en una silla, y tras darme un beso y dejarme en el sillón acurrucada bajo la manta, va hacia la puerta, desconecta la alarma y se asoma al exterior portando una potente linterna led de color negro con un gran mango. Llega hasta la ventana donde me ha parecido ver a alguien y proyecta el haz de luz apuntando a la lisa capa de nieve, donde por

supuesto no hay ninguna huella ni nada fuera de lo normal. Lo pierdo de vista, imagino que está rodeando la casa, para entrar un minuto después con su eterna sonrisa en el rostro, y tranquilizarme tras quitarse el abrigo de nuevo y dejarlo reposando en una silla, cerca de la chimenea para que se seque.

—No hay huellas en la nieve ni nada sospechoso. A menos que sea *Spiderman* no hay nadie por ahí fuera, salvo mucho frío.

—Siento que hayas tenido que salir. ¿Ves cómo mi cabeza va por libre? Todavía estás a tiempo llevarme a mi casa cuando podamos salir de aquí, y olvidarlo todo antes de que haya más perjudicados.

—Si hiciera eso yo ya estaría jodido, Martina. No tengo vuelta atrás contigo. No lo digas más, por favor. Tu pasado no conseguirá que me marche a ningún sitio. Si es por eso olvídalo. Puedes sacarme de tu vida por muchas cosas, por cualquiera más bien, pero no porque tus vivencias anteriores se interpongan entre tú y yo.

Al mirarlo a los ojos su sinceridad me asusta y me reconforta a partes iguales. No entiendo cómo en tan poco tiempo puede estar tan seguro de que va a estar a mi lado por siempre para *protegerme*. No quiero hacerme ilusiones, mi futuro no está aquí y no debería dejar que se las hiciera él.

—Tal vez no tendrías que marcarte metas tan altas o tan altruistas. Soy muy complicada.

—Lo sé, por eso me gustas más. —Se acerca a mis labios y no dudo en corresponder, rompiendo el beso cuando el ambiente se caldea más de lo recomendable. Cuando nos damos cuenta son cerca de las nueve de la noche. —¿Tienes hambre?

—No, creo que todavía sigo digiriendo el asado. ¿Tú sí?

—No mucha, pero quizás algo de fruta si me tomaba. ¿Dejamos la tarta para mañana?

—Sí, será lo mejor, yo no podría aunque quisiera, pero algo de fruta sí comería. El ambiente se ha caldeado demasiado, ¿no crees?

—A ti sí que te voy a caldear yo, preciosa Martina. ¿Te parece si preparo una macedonia?

—Estaría bien. Venga, te echaré una mano.

—No, princesa, tú te quedas ahí sentada calentita. Mira si ves alguna peli que te apetezca, si no ya sabremos aprovechar el tiempo. —Levanta las cejas una y otra vez, arrancándome una carcajada—. Me encanta verte reír.

Se levanta hacia la cocina y aprovecho para recrear mi vista mirándole el culo dentro de esos vaqueros que parecen hechos a medida.

—Me vas a achicharrar con tu mirada, doctora.

—Eres un presuntuoso, señoría. Estoy dando un vistazo a la cartelera de Netflix.

—Yaaaa, claro. A ver qué escoges, no voy a tardar tanto.

—Mientras tanto aprovecharé para llamar a mi madre.

Pulso el nombre de mi madre en la agenda del móvil y enseguida aparece la voz de mi madre al otro lado.

—Hola, mamá, ¿Cómo va todo?

—Genial, estos dos ya sabes que no dan ruido estando juntos. ¿Y vosotros?

—Muy bien, aquí encerrados toda la tarde. Como esta mañana no pudimos ir a esquiar, salimos a dar un paseo y a comer, pero después hemos pasado casi toda la tarde viendo nevar a través de la ventana.

—Aquí ha estado lloviendo también todo el día, así que estos dos enanos se han montado una tienda de campaña en el salón y ahí andan con tu cuñado, tirados por el suelo. Han venido a llevarse a Pablo, pero al final se han quedado ellos.

—Ja, ja, ja, es peor que los niños. No creo que vengáis mañana ¿no?

—No lo creo. Lo que no sé es cómo bajaréis vosotros, hay bastantes carreteras cortadas por el temporal.

—La que nos lleva a Madrid creo que de momento no. De todas formas intentaremos salir temprano por si acaso. Llevamos cadenas para la nieve y todo eso, no te preocupes. Dile a mi niño que se ponga.

—Hola, mami, me lo estoy pasando muy bien, pero hoy te he echado mucho de menos, y a «Samel» también, me «guzta» mucho.

—Nosotros también te echamos de menos, cariño. —Sam me observa desde la cocina sonriendo—. H*ay un montón de nieve, a ver si pronto podemos venir todos juntos y subir a esquiar, que hace mucho que no vamos.*

—Síiii. ¿«Samel» también esquía?

—Sí, hijo, también.

—Qué bien. Pablooo…, el novio de mi mamá también esquía —grita a lo lejos para que su primo se entere—. E*se novio mola.*

—Anda, pásame de nuevo a la abuela y vete ya a dormir. Te quiero, peque.

—Y yo a ti, mami.

Me despido de mi madre justo cuando Sam se acerca con dos boles llenos de fruta cortada, que desprende un aroma delicioso.

—¿Le has puesto ron?

—Sí, suelo echarle un poco. ¿Qué tal el peque?

—El peque es un manipulador de cuidado. Está jugando con su tío y su primo, dice mi madre que tienen montada una tienda de campaña en el salón. Le ha encantado que te guste esquiar, no debía habérselo dicho, porque ahora te va a dar la lata todo el tiempo.

—No me importa, deberías saberlo ya.

—Es que eres tan perfecto que me da miedo que todo sea un espejismo.

—Ni soy perfecto ni esto es un espejismo. Si eso fuera verdad no habría dejado un trabajo que me apasiona y al que no sé si voy a volver. Y tal vez te habría buscado antes. Soy todo menos perfecto. En realidad soy pasional, irracional a veces, cabezota muchas otras, pero cuando veo que algo es como debe ser lo llevo hasta el final. Con todas las consecuencias.

—Mmm... Qué buena está la macedonia, señoría. El ron le da un toque especial.

—¿Acabas de cambiar de tema?

—Es posible. Dejémoslo por ahora, ¿vale?

—Está bien, pero no tengo que repetir de nuevo que dejes de agobiarte. Solo vive el ahora, el futuro es incierto e inevitable, así que para qué preocuparte por él.

Ponemos una peli en Netflix pero antes de llegar a la mitad caigo rendida. Despierto cuando Sam me deja en la cama con suavidad.

—¿Me he dormido?

—Shh... Sigue durmiendo. Apago por ahí y vuelvo contigo, preciosa.

7

Una cosa no es justa por el hecho de ser ley. Debe ser ley porque es justa.

(Charles Louis de Secondat, Barón de Montesquieu)

El fin de semana ha sido perfecto, esa sería la frase que utilizaría para describirlo. Ha habido tiempo de todo, hemos hablado muchísimo, me ha contado cosas que nadie sabe de ella, se ha sincerado conmigo y me ha confesado algunos de sus miedos, lógicos por otra parte. Nos hemos amado hasta caer rendidos y he seguido descubriendo que en la cama somos más que compatibles. Nunca nadie me ha hecho sentir lo que ella. Eso, en cierta medida me da miedo. Un miedo irracional a perderla, a que sus pesadillas se hagan realidad y no sea capaz de asumir lo que nos une, y decida que lo mejor es huir y dejarlo todo atrás. En el poco tiempo que llevamos juntos se ha quedado en mi alma, en mi cuerpo y sobre todo en mi corazón. ¿Superaría su marcha? Es posible pero me pasaría factura. Mi vida ya nunca sería la misma y mi corazón acabaría maltrecho.

De camino a casa hemos seguido contándonos cosas de cuando éramos pequeños, de sus vacaciones de verano en Santillana del Mar, donde pasaba con sus abuelos gran parte del tiempo desde muy pequeña. Incluso cuando estaba con el cabrón de Guillermo, ella pasaba allí sus días de descanso porque él nunca quería acompañarla, imagino que para echarle en cara más tarde lo que hiciera o dejara de hacer. Cada vez que su mirada se ensombrece o su voz se apaga me dan ganas de ir a buscar a ese canalla hijo de puta y hacerle pasar por el mismo infierno que vivió Martina, haciéndola sentir como si su vida no valiese nada. Pese a todo, es una de las mujeres más fuertes que conozco y sé que con mi ayuda lo superará.

Cuando llegamos a su casa decido no subir. Si lo hago sé que me resultará imposible bajar de nuevo. Voy a intentar seguir manteniendo las normas que yo mismo me impuse, aunque eso suponga tener que levantarme temprano cada día. No me importa si la recompensa es tomar ese café rápido con ella y verla sonreír un rato.

—¿Subes?

—Nada me gustaría más, pero no voy a hacerlo. Quiero seguir

respetando las normas.

—¿Normas?

—No quiero hacerle a Marco un lío cuando tú todavía no crees en esto. Tienes que estar segura de ello. De todo. Entonces seguiremos avanzando. ¿Te parece?

—Eres tan especial. Le diré a Marco que no has podido quedarte, porque seguro que querrá saber por qué no has subido.

—Preciosa, después de este increíble fin de semana, no me iría de tu vida nunca, pero entiendo que necesitas tu tiempo. Si subo insistirá en que me quede a cenar y después ya no podré dejarte. Dile que me ha llamado un amigo y no me he podido parar, o la excusa que veas mejor. Mañana te recojo para llevarte al hospital.

—No es necesario, no te levantes tan temprano.

—Lo sé, pero me gusta hacerlo. Todo el tiempo que pase a tu lado es el mejor del mundo.

Me mira a los ojos desarmando mi mundo, haciendo que mis buenos propósitos se tambaleen y no pueda evitar apoderarme de su boca como si no la hubiera besado nunca. Mis manos se desvían a su pecho y por encima del jersey noto cómo sus pezones se erizan, escapando un gemido de su garganta.

—Mejor me voy, porque al final soy yo la que te va a hacer subir a rastras. Mañana te veo, señoría, he pasado el mejor fin de semana que puedo recordar. Gracias.

—Gracias a ti por dejar que esto pase. Hasta mañana, preciosa.

La veo entrar en su portal, se da la vuelta y me mira unos segundos más. Sé que duda, estos días, a pesar de la reticencia y el enfado inicial, han sido maravillosos y que me lo haya confirmado me da alas para seguir por este camino. Estoy seguro de que, con mi cariño y mi apoyo, conseguiré disipar todas sus dudas. Finalmente me sonríe deteniendo todo a su alrededor, y encamina sus pasos al ascensor, donde se pierde dejándome huérfano de su olor, de su sabor, de sus caricias y de esa sonrisa que consigue iluminar el invierno más gris.

Arranco sin ninguna gana, la circulación a estas horas es muy escasa y no tardo nada en llegar a casa. Cuando estoy entrando en el garaje, el nombre de mi hermana aparece reflejado en la pantalla del coche, acompañado de un estridente timbre de llamada.

—Mira que llegas a ser intensa, hermanita.

—Yo también me alegro de oírte. ¿Qué tal todo?

—Todo genial, pero no te voy a dar detalles. Estoy feliz, nada más.

—Me es suficiente, pesado. Me alegro por ti. Por los dos. Martina parece la mujer perfecta para ti.

—Ella no lo tiene tan claro, pero bueno, lo iré consiguiendo.

—Hablamos mañana. Descansa, seguro que no lo has hecho mucho estos días. Te quiero.

—*Y yo a ti.*

A veces puede ser un incordio, pero adoro a mi hermana y a mis sobrinas, y con mi cuñado me llevo muy bien. Es casi un hermano para mí. Han tenido suerte encontrándose.

Subo a mi casa, deshago el escueto equipaje que llevé, al final los monos no ha habido que usarlos, y lo cierto es que también hemos usado poca ropa. Meto las prendas sucias en la lavadora, pero después decido lavar todo. El olor a ropa limpia me resulta muy agradable.

Entro en la ducha sin dejar de recordar todos y cada uno de los momentos que hemos vivido este fin de semana. No puedo evitar que algunos de esos recuerdos aviven mis ganas de tenerla entre mis brazos, pero como no es posible me centro en otros en los que el dolor o la incertidumbre se apropiaban de su alma.

Cuando suena el despertador me dan ganas de tirar el reloj por la ventana, pero al instante recuerdo que ya no estoy solo, que mi musa me espera para que la lleve al hospital. Salto de la cama para meterme en el baño, darme una ducha rápida y vestirme lo más veloz que puedo, y así robarle minutos al tiempo para poder estar con ella más rato.

Me pongo un vaquero desgastado, un jersey que ha visto tiempos mejores, y saco del armario ropero un abrigo azul marino. Antes de salir por la puerta, cojo las llaves del coche y las del taller. Por fin han llegado las piezas y nuestro cliente espera su coche.

Al encender el contacto, en la radio suena una canción de hace mil años, Hoy necesito, de Cómplices y me la recuerdan con todas y cada una de las estrofas que Teo y María van desgranando.

Todavía es noche cerrada, por nada del mundo voy a permitir que coja mil autobuses o metros para llegar al trabajo cuando yo puedo acompañarla. En pocos minutos estoy entrando en su garaje, uso mi llave para subir a su casa, pero una vez allí doy dos toques en la puerta con los nudillos, y después abro la puerta con precaución, para verla sonreír acercándose a la puerta.

—Hola, guapo. No tienes que llamar, por eso tienes una llave.

—No me parece, no sé si sería oportuno que yo... —Se acerca y me da un beso en los labios que me sabe a poco, pero se queda rodeando mi cuello con sus brazos y mis manos en su cintura. Ya está vestida, lleva un vaquero y un jersey de cuello pico en negro, que realza su cuello al llevar una coleta que despeja su nuca—. Estás preciosa, como siempre. ¿Qué tal has dormido? ¿Y Marco?

—He dormido algo, dejémoslo ahí. Marco muy bien. Se enfadó un

poco porque no subiste pero le dije que no podías. Se conformó, por eso y porque le hice su sándwich favorito y me lo llevé al huerto. ¿Café?

—De momento no. Es que estoy muy bien así. —Me pierdo en su cuello y aspiro su olor, el de su champú y su perfume. Dejo algún beso perdido ahí, y noto cómo se estremece.

—Yo también, pero mis pacientes me esperan. Tengo que saber cómo está…

—Ya, doctora. Si no has acabado de arreglarte, ve y ya lo preparo yo.

—Gracias, señoría.

Se interna en el pasillo camino al dormitorio y mis ojos se pierden tras ella. Joder, no entiendo cómo en tan poco tiempo me he podido pillar así. Ya, ella es especial y todo su pasado hace que quiera protegerla, pero no es solo eso, soy incapaz de explicarlo. Después de separarme de Marta, nunca imaginé que volvería a encontrar alguien tan afín a mí, y a la vez tan diferente, con quien no me importa pasar el tiempo a su lado. No quiero presionarla, pero a veces me gustaría que tuviera las cosas tan claras como yo.

Tras dejarla en el hospital, tomo el camino del taller de Isma. Espero que el tiempo pase rápido y lleguen las tres de la tarde. No le he dicho que iré a recogerla, pero es lo que pienso hacer. Así al menos podemos estar juntos un rato más, hasta la hora de recoger a Marco del cole para llevarlo a su entrenamiento. Mientras tanto podremos tomarnos un café o simplemente dar un paseo.

—Buenos días, pesada. ¿Tú no trabajas?

Mi hermana de nuevo al teléfono, intentando que suelte la lengua contando detalles del fin de semana.

—Sí, algunas no tenemos la suerte que tú, tengo que trabajar para comer y criar a dos niñas que comen por siete. ¿Qué haces hoy?

—¿Pero no dices que trabajas?

—Sí, pero por la tarde no, estoy ahora currando. Entré hace mil horas, podíamos merendar con los niños.

—Marco tiene entrenamiento hoy, sale a las seis y media, y no creo que después Martina haga algo más que llevarlo a casa y prepararlo para dormir. Si quieres voy contigo, pero ellos no creo que se apunten. Tal vez el viernes. Ella es muy rutinaria con las cosas del niño. No le gusta alterar el orden de las cosas.

—Pregúntale, no pierdes nada. Y si no, te recogemos o quedamos donde siempre. Las niñas quieren pasar un rato con su tío, que de pronto ha desaparecido de sus vidas.

—Lo siento, Jud, tienes razón. Mejor venid a casa y les preparo el bizcocho que tanto les gusta.

—No tienes que molestarte.

—Quiero hacerlo. Venid esta tarde y el fin de semana organizamos algo. Creo que Martina el domingo trabaja, pero el sábado no.

—Está bien. Sobre las cinco y media estamos allí. ¿Tienes chocolate?

—Sabes que sí, aunque he de ir a hacer la compra si Manuela no la ha hecho. Ahora hablo con ella. Adiós, hermanita.

—Bye, bro.

Bueno, pues ya me han organizado la tarde sin pretenderlo, pero esta vez no le falta razón. Siempre he pasado mucho tiempo con las gemelas y últimamente apenas las veo.

La mañana en el taller es muy entretenida. Con las piezas que llegaron Alemania, la restauración del Volkswagen Escarabajo 1300 de 1968 está siendo una auténtica gozada. Estaba mal, pero ver cómo va quedando tras cada jornada es una auténtica pasada. En un par de semanas estará listo para que se lo entreguemos a su dueño. Un amigo de Isma lo encontró en el garaje de la casa de sus abuelos cuando estos murieron, se puso en contacto con él y cuando lo vimos no lo dudamos ni un segundo. Va a quedar precioso, y es todo un clásico.

A media mañana le mando un mensaje a Martina para ver cómo le va, y hasta casi las dos no me contesta. Ha estado muy liada con una urgencia; una paciente joven embarazada ha sufrido con un accidente cerebrovascular. La han tenido que operar porque no se le podía administrar un anticoagulante. Le han practicado una cesárea de emergencia y después intervenirla para extirpar el coágulo que tenía. Está cansada pero feliz porque todo ha salido bien.

He ido a recogerla y cuando ha salido y me ha visto, ha sonreído de tal manera que ha iluminado el día que hoy vuelve a ser gris.

—¿Qué haces aquí?

—He venido a recoger a mi chica, ¿y tú?

Me acerco a ella para dejar un beso en sus apetecibles labios. Ni con el olor a antiséptico es menos sexy.

—Pasaba por aquí y me he dicho: oye, ese es el juez macizo que conocí el otro día, voy a ver qué hace por aquí. Ja, ja, ja. En serio, ¿por qué has venido? Podía irme con Iván.

—Me apetecía comer contigo porque esta tarde, sintiéndolo mucho, no podré acompañarte para ir a por Marco. He quedado con mi hermana, las niñas querían verme. Los fines de semana los suelo pasar con ellas y como este he tenido otros entretenimientos más placenteros y de adultos, pues no las he visto.

—Sam —su mirada se oscurece y su semblante se ha puesto serio —, no quiero que por nada del mundo dejes de lado a tu familia, y digo nada. Somos adultos, podemos llevar esto sin parecer unos adolescentes.

—Ya, pero es lo que quiero, estar contigo, conocerte mejor. Tengo edad para decidir lo que me apetece y necesito, ¿no crees?

—No me refiero a eso…

—Lo sé, preciosa, solo que quiero hacer esto. ¿Vamos a comer?

—Llévame a mi casa, preparo algo y me ducho. No he tenido una mañana fácil. Por fortuna todo ha salido bien, y las dos están estupendamente. La bebé es una preciosidad pero tendrá que quedarse en la incubadora unos días, así aprovechará a Lía para recuperarse.

—Vamos a tu casa, pero pedimos algo o lo preparo yo mientras te relajas en la ducha.

—Hoy Carol trae a los niños, Marco no tiene artes marciales porque su monitor está con gripe y Pablo no va a la piscina. Tenemos tiempo para nosotros hasta las cinco.

—Podríamos recogerlos nosotros e ir a merendar a mi casa.

—Pero ¿y Pablo?

—También, se lo pueden pasar en grande y así conozco a tu sobrino.

—Es muy reservado, no es como Marco, pero se lo puedo preguntar a mi hermana. Le vendrá bien estar un rato relajada sin niños.

Llegamos a su casa. En el trayecto ha llamado a su hermana y ha quedado en que los recogemos nosotros, y se quede a dormir en casa de Martina. Como van al mismo cole no hay problema. Entrando por la puerta propone preparar pasta carbonara, pero la atrapo por la cintura, la cargo sobre mi hombro y la llevo entre risas al dormitorio para que se duche. Mientras tanto yo preparé la comida. Preferiría deleitarme con otros manjares, pero debe estar cansada y hambrienta así que me aguantaré.

Hasta hace un instante esos eran mis propósitos, pero se han ido todos por el desagüe del fregadero al verla aparecer en la cocina vestida solo con una camiseta, que apenas tapa nada, y una braguita que es peor que si no llevara nada. Se acerca a mí, que estaba acabando de poner la mesa en la barra de la cocina, andando con ese movimiento de caderas, y mi sangre comienza a agolparse en un solo sitio. Sus pezones se marcan en la ligera tela de la camiseta, y su sonrisa anuncia como un luminoso de neón que la comida tendrá que esperar. Mucho me temo que el asalto será rápido e intenso, demasiado para lo que me hubiera gustado. La dejo hacer, no parece necesario que yo le proponga nada. Llega a mi altura y desata el delantal que me he puesto, uno muy *cuqui* de Minnie Mouse, con lunares rosas y negros. Me quita la cuchara de madera, que todavía llevaba sujeta en la mano, y la suelta en la cacerola de los espaguetis. Apaga la vitro, aleja la cacerola del calor para que no se pegue la pasta, y me mira enarcando una ceja, mordiéndose el labio. Le pide a Alexa que ponga música, Crazy Love de Beyoncé y la banda sonora de

Cincuenta Sombras de Grey comienza a sonar.

—Muy oportuna la canción, doctora. ¿Tiene en mente algo perverso?

—Perverso no sé, pero caliente sí. Espero que tú también.

—No tengo ni idea de a qué te refieres.

Se coloca de puntillas para mirarme directamente a los ojos, sus pupilas se han dilatado y sus ojos brillan del color del musgo seco, con apenas algo de marrón en ellos. Muerde el lóbulo de mi oreja haciendo que toda mi piel se erice como el pelo de un gato. A estas alturas estoy más que listo para perderme entre sus piernas, pero quiero jugar, necesito saber hasta dónde es capaz de llegar para conseguir lo que se propone.

Sigue recorriendo mi cuello con ligeros besos, apenas un roce que mantiene mi piel en alerta y mi corazón a mil todo el rato, llega a mi boca y roza mis labios. Trato de que el beso sea más intenso, pero no lo permite, aprisiona mi labio entre sus dientes, tirando de él mientras lo recorre con su lengua. No puedo evitar un gemido más intenso de lo que había esperado.

—Me encanta como hueles, señoría, y aún más cómo sabes.

Mete las manos por debajo de mi jersey, acariciando despacio mi piel, dejando unas caricias tan ligeras como las de una pluma, encendiéndome aún más. Sigo sin tocarla, mis manos siguen apoyadas en la encimera de la cocina. Por fin decide que ya ha llegado el momento de que sobra la ropa y tira del jersey para despojarme de él, después desabrocha el pantalón y sin bajarlo del todo, saca mi polla del bóxer, dura como la maza de un mortero, y la acaricia con suavidad. Me mira sonriendo al notar la humedad que se ha formado en la punta. Se agacha despacio, pasando su lengua por mi abdomen, recorriendo las golondrinas de mi tatuaje, para llegar por fin a mi sexo que la ansía con desesperación. Esto no está mal, pero nada mal. Me acaricia con la lengua, lo mete en su boca hasta el fondo, jugando con la lengua, rozándome despacio con los dientes, tan sugerente, tan suave que parece una caricia, una con la que consigue llevarme al infinito. Sigue su acoso sin parar, sin darse prisa pero sin detenerse, estoy tan caliente que podría explotar en su boca, pero no es lo que quiero. Quiero que me sienta, que note cómo me pone, que vea lo que me hace sentir mientras se corre conmigo dentro.

Le pido que pare pero no lo hace, así que la agarro suavemente por la coleta que lleva y tiro de ella, deshaciéndola a la vez que consigo que suba hasta mi altura.

—Es mi turno, preciosa, no quiero correrme en tu boca. No hoy, no aquí. Quiero perderme contigo, y eso es lo que voy a hacer ahora mismo, ¿me oyes, mi preciosa Martina? —Sonríe y asiente, en sus mejillas luce un rubor que la hacen aún más sensual.

Le doy la vuelta y hago que suba una de sus rodillas encima de la silla donde deberíamos estar sentados comiendo, pero el manjar con el que me voy a deleitar suple cualquier cosa.

Se sujeta a la encimera para no perder el equilibrio, acoso su cuello perdiéndome en su aroma durante un segundo, la beso con todo el deseo que siento en este momento, solo un instante, suficiente para notar un suspiro ahogado en mis labios. Bajo hasta sus pezones marcados en la camiseta, los muerdo por encima de la tela y su gemido se hace más apremiante. Me suplica que siga, y eso es lo que pienso hacer. Le quito la escasa tela que separa su preciosa piel de mis besos, y me doy un auténtico festín con sus endurecidas tetas. Cuando sus gemidos son de todo menos suaves, bajo por su abdomen recorriendo su tatuaje y la cicatriz escondida tras él, hasta llegar al filo de sus braguitas negras de encaje transparente, arrastrándolas con mis dientes hacia abajo ayudándome con una mano, a la vez que acaricio su piel provocando que se erice, sacándolas por la pierna que tiene en alto, Subo en sentido contrario con la mano recorriendo con suavidad su piel hasta llegar a la altura de su sexo, sin rozarlo, sin siquiera acercarme, pero la anticipación es tal que gime como si la hubiera tocado.

Me agacho delante de ella y, sin darle opción a nada más, me entierro entre sus piernas. Su humedad desbordada y su delicioso sabor a mujer consigue que aún me ponga más duro. La saboreo, muerdo su hinchado clítoris y meto la lengua permitiendo que su excitación me envuelva. Introduzco un par de dedos y los llevo hasta el fondo para jugar con ellos en su interior.

—Samm... para, fóllame. Quiero sentirte, no quiero correrme sola, por favor…

Su voz apenas un susurro, sus tetas desafiando a la gravedad y la humedad cada vez más abundante revelan que, o paro o es cierto que se correrá en mi boca. Me encanta que lo haga, pero hoy no será, al menos no ahora. Me incorporo y tal como está, con las piernas separadas y la rodilla apoyada en la silla, se la clavo hasta el fondo, notando cómo un descomunal orgasmo arrasa sus entrañas, consiguiendo llevarme con ella a la cima en unos pocos empujones para después precipitarme al abismo más placentero.

Se deja caer en mi hombro, tratando de recuperar la calma y que nuestras respiraciones se acompasen, perlas brillantes recorren su escote, y el contorno de su frente.

—Sigo sin entender qué me ocurre contigo, señor juez. Nunca hubiera imaginado que el sexo pudiera ser así y que nadie consiguiera ponerme en órbita como tú lo haces.

—A mí me pasa igual contigo. Es verte y lo único que deseo es estar dentro de ti. Es algo que trasciende a toda lógica. —Enarca una

ceja, sé que por su cabeza ahora mismo pasa lo que le dije el primer día, cuando describí mi relación con mi ex, pero no es comparable ni remotamente—. No es parecido ni de lejos, así que deja de darle vueltas, doctora. Con Marta, pese a lo explosivo que te dije que era lo nuestro, no tiene nada que ver. Era todo más físico. A pesar de los años, contigo todo cobra otra dimensión. Es... especial. Es la única manera que tengo de poder describirlo. Soy consciente de que no es muy gráfico, pero es así.

Empiezo a recorrer de nuevo su cuerpo, esta vez en sentido descendente. Desde su boca camino por su cuello, sus clavículas, sus pechos que vuelven a endurecerse, lamo su pezón y muerdo con delicadeza, notando una ligera sacudida en su sexo al hacerlo.

—Eres una viciosa, pero por ahora se ha terminado, vamos a comer y después, si hay tiempo, ya veremos.

—Eres muy convincente. Si mi cuerpo dice que tienes razón y que esto es distinto, tendré que creerle.

Sin salir de ella, teniendo cuidado de que lo que empieza a salir de su interior no caiga al suelo, la llevo a la ducha. Al llegar al baño, salgo de ella con desgana, la dejo en el suelo de la ducha y me aseo rápidamente para dejarla, ahora sí, duchándose.

Termino la comida, recojo los cacharros, limpio la encimera y vuelvo a colocar todo como estaba antes de la batalla. Podría acostumbrarme a trastear por su cocina y por su casa, me siento cómodo, igual que cuando ella ha estado en mi casa. Ya, ya sé que es pronto, que ella no quiere hablar de sentimientos, pero creo, estoy casi convencido, de que le ocurre lo mismo que a mí con ella.

—Señoría, ¿ya está todo listo? Vaya, has recogido y todo, estoy impresionada. Eres más eficiente que un asistente.

—No suelo cocinar mucho, pero me gusta ir recogiendo a la vez, así no se acumula.

—Me gusta tu forma de ver las cosas. Eres tan metódico que no pareces de letras. ¿Y sabes qué?

—De ti espero cualquier cosa, doctora. Dispara.

—Me encanta verte por aquí. Normalmente eres sexy, pero cocinando, ¡mmmmm! Estás para comerte.

—Igual permito que me comas. A mí también me gusta estar por aquí, contigo. En realidad me daría igual estar aquí o en cualquier otra parte, siempre que estés tú. —Me acerco y la beso con suavidad, sin ninguna intención, tan solo para demostrarle sin palabras lo que mi corazón empieza a gritar a los cuatro vientos.

Comemos contándonos cómo nos ha ido el día. Entre bocado y bocado, me dice que su paciente ha tenido mucha suerte, que al empezar a dolerle la cabeza con tanta intensidad, la llevaron rápidamente a urgencias y pudieron salvarla a ella y al bebé. Además,

el paciente del accidente parece que se está recuperando bien pese a la falta de oxígeno, así que hoy está radiante. Imagino que el fantástico polvo exprés también ha tenido algo que ver.

De fondo, suena suave Sergio Dalma y su último álbum en directo grabado en un concierto en Las Ventas al que mi hermana asistió y, según ella, fue todo un espectáculo. No es que no me guste su estilo, pero prefiero otro tipo de música. Por sorpresa comienza a sonar uno de mis grupos favoritos, Dire Straits con su Romeo and Juliet. No soy muy bailarín, pero tenerla pegada a mi cuerpo es algo que me vuelve loco. No lo pienso más y aprovecho los seis minutos de canción para invitarla a bailar. No puedo evitar sonreír ante su cara de asombro cuando cojo su mano y tiro de ella hacia el salón para tararear a su oído algunas estrofas de la canción.

> A lovestruck Romeo sang the streets a serenade
> Laying everybody low with a love song that he made
> Finds a streetlight, steps out of the shade
> Says something like, "You and me, babe, how about it?"
>
> Juliet says, "Hey, it's Romeo, you nearly gave me a heart attack"
> He's underneath the window, she's singing, "Hey, la, my boyfriend's back
> You shouldn't come around here singing up at people like that
> Anyway, what you gonna do about it?

—Con esta música parece que he acertado.

—Me encantaba este grupo y me sigue gustando Mark Knopfler, es un genio. Ey, ¿qué te pasa? —su mirada se ha entristecido.

—Nada, solo que nunca había hecho esto con nadie, salvo contigo. O al menos no lo recuerdo. Joder, si me paro a pensarlo mi vida amorosa ha sido una auténtica mierda.

—Quizás tenía que ser así para poder encontrarnos en algún momento. Tampoco yo he tenido mucha suerte en el amor hasta ahora, y me encanta que hayas sido tú quien la haya cambiado.

—Samuel…

—No me gusta ese tono, ni que me llames así. Paso a paso, ¿vale, preciosa?

—Está bien, pero no quiero hacerte daño, eres la última persona que lo merece. No te crees demasiadas expectativas.

—¿O? ¿Me ocurrirá algo parecido a cuando pides algo por Aliexpress? ¿Expectativas versus realidad? —No se esperaba esa comparación y una carcajada sale de su garganta mientras aún la tengo pegada a mi cuerpo, lo que no es nada bueno para mi integridad física y mental porque, entre otras cosas, solo va vestida con una bata tan ligera que el calor de su cuerpo consigue traspasar la fina tela abrasando mi piel—. Adoro tu risa, ¿te lo he dicho antes?

—No, señoría, pero seguro que todo es una treta para llevarme de nuevo a la cama.

—¿Crees que me hacen falta tretas para eso? Además, ¿a la cama? A nosotros no nos hace falta nada de eso. Mira ese sofá, ¿te trae algún recuerdo? O esa mesa. Sí, la de tu rincón. O la encimera. Incluso creo que esa pared está a la espera de algo caliente y muy morboso, pero me temo que hoy ya no nos da tiempo si he de hacer ese bizcocho para los niños, así que por más ganas que tenga de empotrarte contra esa pared, haciendo temblar hasta los cimientos de La Cibeles, tendrá que esperar.

—Joder, Sam, no hagas eso o te juro que te secuestro y no sales de aquí jamás. Hasta los muebles toman otra dimensión estando contigo.

—¿Qué estoy haciendo, doctora? —Sigo jugando con ella, ahora la separo de mí, pero mi mano recorre su escote que se abre más bajo el roce de mis dedos. Sus tetas se endurecen y se marcan bajo el tejido de la bata. Sigo bajando sin dejar de observar sus reacciones, sus pupilas se van dilatando y su respiración se vuelve errática—. ¿Te refieres a esto? —Sigo recorriendo su piel erizada con un dedo. Llego hasta el cinturón, lo único que me separa de su cuerpo desnudo junto a una minúscula braguita azul petróleo debajo de la tela suave—. A la mierda, tenemos tiempo, seguro que ya estás empapada.

Gime bajito cuando mis dedos se adentran en su cálido y húmedo interior, la llevo contra la pared que antes mencioné y la hago que se encarame en mi cintura para penetrarla de un certero golpe. Me acoge de una manera que no había notado antes, o será que hacerlo sin condón con ella es jodidamente perfecto. Sus jadeos se suceden encendiendo mi excitación más si era posible, muerdo su cuello, acaricio sus rosadas cimas con la mano que me queda libre.

—Tócate, Martina, no sé cómo lo consigues pero no voy a aguantar mucho más, me pones a mil.

Me hace caso, pero antes lleva sus dedos a mi boca para que los chupe. Mete los dedos entre los dos y en apenas unos segundos noto como me absorbe avisándome de su más que inminente orgasmo. Sigue acariciándose y se deja ir, pero no deja de tocarse hasta que me corro instantes después y el placer acaba con mi sentido común.

—Consigues que mis propósitos se vayan por el desagüe con solo mirarme, sigo sin entenderlo. Es tan visceral, tan primitivo pero a la vez tan familiar todo contigo, que me da miedo de que se acabe. Vamos a limpiarnos y a que te vistas. Vamos contra reloj.

—¿Y por qué será? No se puede jugar contigo, eres un ansioso. ¿No decías que hoy ya no daba tiempo? O corremos o Marco saldrá y no estaré allí, dúchate si quieres mientras me visto.

—No hay tiempo, cuando llegue a casa y meta el bizcocho en el horno lo haré. Vamos a por los niños.

—¿Así que el bizcocho en el horno? —enarca una ceja y me mira divertida con toda la intención del mundo.

—¿Nunca te cansas? Dios, vas a matarme.

—Ya quisieras tú morir de exceso de sexo, pero no creo que eso ocurra, señoría.

Me aseo con rapidez, mientras mi valquiria se arregla tan veloz que apenas me da tiempo a recrearme en su cuerpo. Tras el fin de semana tan especial, estos encuentros apasionados son geniales pero me dejan con ganas de desvestirla con calma y hacerle el amor tras recorrer su cuerpo despacio, borrando cada huella que no debería ensuciar su preciosa anatomía. Es un puro vicio observarla. En algunos casos es lujuria en estado puro, en otros la imagen más dulce que pueda imaginar.

Recogemos a Marco y a Pablo, y los cuatro, como una familia, llegamos a mi casa. Preparo los ingredientes del bizcocho con la ayuda de mis pinches favoritos, y cuando ya está en el horno me voy a darme una ducha rápida y cambiarme de ropa, me da la impresión que aún huelo a sexo, aunque me quedaría con el olor a mi chica para toda la eternidad. Es el perfume más afrodisíaco que conozco. Cuando salgo del baño, mi hermana y las niñas ya han llegado, y lejos de sorprenderse de ver a mi chica y los niños en mi casa, encuentro a las dos en la cocina preparando chocolate caliente, mientras Marco, Pablo y las niñas dibujan en el salón, con la tele de fondo emitiendo alguna serie infantil de un canal de pago. Aunque siempre he sido muy celoso de mi intimidad, no me molesta nada ver mi casa invadida por niños y por mi hermana y mi *¿novia?* Novia. Me gusta como suena. Creo que encajará muy bien en esta disparatada familia que me ha tocado en suerte.

Me acerco a Jud para saludarla, y tras dejar un beso en su mejilla y que mis sobrinas se den cuenta de que estoy aquí, no me queda otra que tirarme al suelo con ellas para dibujar y hacer lo que me piden. Marco dibuja animales, Pablo naves espaciales, Irene princesas y Dana una clase llena de niños, o al menos eso parece. Me cuentan miles de cosas a las que no presto demasiada atención porque me distraigo al ver que Martina me mira de vez en cuando y susurrar algo a mi hermana, y aunque no oigo lo que dicen les pincho:

—No estoy sordo.

—Debes tener un oído supersónico, hermanito, porque no hablamos de ti.

Las carcajadas de Martina llegan hasta mis oídos transformadas en música.

—*Estoy peor de lo que creía si pienso eso* —susurro pero mis sobrinas se han enterado y me preguntan.

—¿Qué pensabas, tío?

—¿Eh? Nada, nada. —Martina me mira divertida y después a mi

hermana, que ríe con ella. Me levanto y camino hacia la cocina fingiendo estar enfadado—. ¿Qué es tan divertido, doctora?

La atrapo entre mi cuerpo y la encimera y me acerco demasiado a su boca, para ver cómo sus pupilas se dilatan ligeramente y su respiración se altera, pero la dejo con las ganas.

—Uy, eso de doctora ha sonado muy morboso. No quiero imaginar lo que habrán visto ya las superficies de tu casa, y lo que habréis hecho este fin de semana. Espero que te hayas traído la ropa de cama para lavarla.

El rubor en las mejillas de mi chica se hace patente, levanto su barbilla que había bajado avergonzada y dejo un suave beso en sus labios.

—No te preocupes por lo que diga esta pirada, imagina de lo que es capaz si malogró a quién pudo ser un magnífico sacerdote, que no venga ahora de mojigata. Tiene un peligro…

—Oye, salido, que yo soy muy convencional y mi marido más.

—Ya, ¿te tengo que recordar la vez que te pitó el detector de metales de la estación cuando ibais a Barcelona? No creo que Martina tenga que pensar mucho para saber qué llevabas en la maleta.

—Ya, ya voy, Dana. ¿Qué pasa? —Se va corriendo hacia el salón fingiendo que las niñas la han llamado y no puedo evitar reír ante la perplejidad de mi chica.

—¿Detector? —Se para y entonces sonríe— ¿Unas esposas?

—Sí, y algún que otro artefacto más que no pensó que sonaría despertando sospechas en el arco de seguridad. A mi cuñado le iba a dar algo. Creo que quería sorprenderlo y lo consiguió, vaya si lo hizo, solo que en el lugar equivocado. Es un caso. Y me encanta. No te creas, tener sus horarios y dos niñas pequeñas no debe ser fácil para tener encuentros apasionados, pero tengo claro que se las apañan bien. Un fin de semana al mes se van solos mientras las niñas se quedan conmigo o con mis padres.

—¿Te quedas con las niñas?

—Sí, me voy a su casa o ellas se vienen aquí. Me las apaño muy bien con ellas. ¿Te molesta?

—¿Qué? No, me sorprende y me gusta. Es una faceta que no conocía de ti, y dice mucho a tu favor, señoría.

—Si lo llego a saber te lo hubiera contado antes. Todo lo que sea ganar puntos contigo es necesario.

—No lo es y lo sabes. Eres perfecto.

—Ni mucho menos. —El timbre del horno nos saca de la conversación—. Salvada por la campana, doctora, pero esto no se acaba aquí. Otro tema que queda pendiente.

—Habrá que apuntarlos en una lista, señor juez.

—Martina, ¿tú también? Uff, ¿habrá dado mi hermanito con la

horma de su zapato? —Por un momento una sombra cruza la mirada de Martina, miro a mi hermana que se ha percatado del detalle y trata de cambiar de tema—. ¿Qué te ha parecido la casa? Qué pena que no hayáis podido ir a esquiar, me ha dicho Samuel que también te gusta.

—La casa es una pasada, y sí, me gusta mucho, pero era imposible subir a la estación, por un momento me vi atrapada allí durante días sin poder volver a casa, de lo que llegó a nevar el viernes por la noche y el sábado. Pero lo pasamos muy bien. María Pilar hizo compra como si fuéramos a quedarnos un mes, pero todo perfecto. Tu hermano es el mejor anfitrión del mundo.

—Sí, ya ves, nosotras aquí haciendo la merienda y él en la ducha, perfectísimo.

—Ja, ja, ja. Créeme, le hacía falta esa ducha. —Mi hermana mira a Martina que se ruboriza de nuevo, esta vez más ligero, y después me mira a mí.

—Ah, ya entiendo. Lo dicho, que das grima, hermanito. Podías dejar respirar a esta chica o saldrá huyendo de tanta efusividad.

—No te preocupes, Jud, no me importa que sea así, en realidad es de las cosas que más me gustan de él. Durante muchos años he sufrido la indiferencia y más me ha valido que haya sido así. Que tu hermano haga lo que hace por mí, lo convierte en especial y único.

—Eso es cierto, es especial —añade mi hermana.

—Joder, me vais a poner colorado. Pero no pares, doctora, me gusta oírte decir eso.

—No voy a regalarte más los oídos, señoría. Y venga con la merienda, o al final sí que va a resultar que eres un mal anfitrión.

La tarde transcurre divertida con las ocurrencias de los niños y los comentarios de mi hermana, que no para de lanzarme pullitas haciendo que Martina ría casi todo el tiempo, sobre todo al contar anécdotas de cuando éramos niños.

—No imaginas la cara de mi madre cuando lo vio aparecer con la barbilla raspada y los pantalones rotos. Traía la bici con la cadena fuera, una rueda pinchada y magulladuras por todas partes. Era un trasto de cuidado.

—Tu madre no ganaría para sustos contigo. ¿No tuviste bastante con quedarte atrapado en la alambrada? Menos mal que algunas partes de ti no se resintieron de aquel ataque. Mira que si se te queda allí colgando… ja, ja, ja. Espero que Marco nunca me dé esos sustos.

—Joder, yo no tuve la culpa de pinchar en pleno descenso, entonces John Tomac[6] era mi referente.

—¿Quién?

—El mejor ciclista de montaña de la historia. Solo trataba de ser como él, al menos en los veranos que pasábamos en el pueblo.

—Ja, ja, ja, mira que si en vez de ser juez hubieras sido ciclista. ¿Por eso llevas la barba? ¿Tienes una cicatriz?

—Obviamente mi destino era conocerte y siendo ciclista nunca lo hubiera hecho. La barba, bueno, me gusta, la cicatriz apenas se nota, solo fue un rasponazo. Pero si no te gusta puedo quitármela.

—Uy, hermanito…

—Joder, Jud, para ya, ¿no tienes que irte? A tus hijas no habrá quien las duerma hoy, están acabando con todo el chocolate.

—Niñas, ya. Venga, lavaros la cara y las manos, coged los abrigos y despediros del tío, de Martina y de los chicos, nos vamos ya.

Se ha puesto de pie como un resorte al ver a las niñas rebañando el cazo del chocolate junto con Marco, Pablo es menos goloso al parecer, pero los tres están para hacerles una foto. De hecho es lo que hago, cojo el móvil e inmortalizo el momento. Consigo hacer unas cuantas instantáneas muy divertidas.

Cuando se marchan, le propongo a Martina quedarse en casa. Es tarde y los niños parecen cansados, pero responde que no, que no tienen uniformes para el cole, ya que hoy llevan el chándal y que, aunque le encantaría pasar la noche conmigo, debe irse. Intenta pedir un taxi con la aplicación del móvil, pero como es obvio no la dejo, y así, los cuatro, como una familia, bajamos al garaje donde aguarda el coche y los llevo a su casa. Hoy tampoco subo, le explico a Marco que tengo que ir a casa de mis padres porque hace días que no los veo, y parece quedar conforme.

—*Samel,* me prometiste enseñarme tus coches.

—¡Marco! Cuando Sam pueda te los enseñará. —Mi chica parece enfadada, aunque su riña sigue siendo cariñosa—. Lo siento —añade bajito cerca de mi oído.

—No te preocupes, cariño, un día que mamá tenga guardia un fin de semana, si ella nos deja, iremos y los verás, y podrás escoger los que más te gusten, pero has de prometerme que los cuidarás tan bien como los tuyos.

—Síii, lo *pometo*.

Corro serio peligro de enamorarme de este niño si no lo estoy ya, no puede ser más tierno y más bueno. Si las cosas con Martina no salen bien, lo echaré mucho de menos. Solo de imaginar volver a estar solo se me encoge el corazón. Joder, no quería llegar a esto, o sí, pero esperaba convencer a mi chica que es conmigo con quien quiere y tiene que estar, y aunque hay momentos en los que siento que está al cien por cien conmigo, hay otros en los que la noto a kilómetros de mí y me hallo impotente por no poder hacer nada para que permanezca conmigo en todo momento, que sus negros nubarrones desaparezcan, que nunca más piense en ese cabrón y en que su vida tiene una corta fecha de caducidad. Con la de veces que he imaginado vivir estos

momentos durante los últimos meses y ahora que los tengo, a veces tengo la impresión que escapan de mí como arena entre los dedos.

8

Aquello que se usa, se desarrolla. Lo que no se usa se desperdicia.

(Hipócrates)

Cuando las leyes son claras y precisas, la función del juez no consiste más que en comprobar un hecho.

(Cesare Beccaria)

Martina

Cada día que pasa me encuentro más cómoda a su lado. Han transcurrido unas pocas semanas desde aquel maravilloso fin de semana que pasamos en la casa de la montaña, y nuestra relación se va afianzando, aunque en ocasiones parece creer que tengo miedo y pienso que lo nuestro no va a funcionar. En algunos momentos consigue que me olvide de todo y la ilusión se apodera de mí. Otras veces, la tristeza y el desánimo se hacen dueños de mi ánimo y no puedo hacer nada por evitarlo, estoy segura que cada vez son menos las veces que me ocurre, pero todavía no puedo controlarlo por más que lo intente. Algunas noches las pesadillas vuelven a asaltarme y Guillermo aparece en mi vida para recordarme que estoy ahí porque él quiere que así sea. Debería hablar con algún psicólogo pero entonces sería como darle la razón, admitir que me asusta y que me controla desde la distancia.

Dentro de una semana es el cumpleaños de Samuel, y su familia organiza una escapada a la casa de la montaña. Estoy segura de que él estaría encantado de que fuera pero todavía hace tan poco tiempo de esto que no quiero implicarme demasiado. Si sale lo que tengo pendiente no quiero dejar damnificados por el camino.

Hoy, tras una guardia complicada de veinticuatro horas, no veo el momento de volver a casa con mi chico. No, no vivimos juntos, al menos no como podría ser lo habitual, puesto que pasamos muchas horas juntos, pero sigue manteniendo el horario que se propuso en un primer momento: cuando yo trabajo él se encarga del niño, no quiere

que mi madre venga desde su casa para quedarse con él. Además, estos últimos días mi padre anda delicado y no queremos que lo deje solo. Hay días que se viene a mi casa, pero otros lo lleva a su casa y se queda allí a dormir, hasta que lo lleva al cole al día siguiente.

Todo se está complicando mucho, sentimentalmente hablando. No he debido dejarlo implicarse tanto, está claro que adora al niño porque él se hace querer y no quiero hacerle daño. Si no hubiera sido así, probablemente también me quejaría pero es que…

—Preciosidad, ¿estás ya? —Iván me saca de mis cavilaciones en la puerta del vestuario— ¿Te encuentras bien? Nena, deberías hablar con Lou.

Lou es la psicóloga del hospital, y se lleva muy bien con nosotros. Entramos casi a la vez a formar parte de la plantilla del hospital.

—Estoy bien. ¿Me invitas a desayunar?

—¿No viene Samuel hoy?

—Creo que no. Hoy llegaban nuevas piezas al taller y se marchaba hacia allí nada más dejar al niño. No quiero entretenerlo. Si nos vemos, seguro que no se va.

—Lo tienes completamente loco por ti, ¿no te das cuenta?

—Me aterra todo esto. Oye —trato de cambiar de tema—, ¿cuándo demonios le vas a decir a Alba que se vaya contigo a vivir?

—Al final he decidido que le voy a pedir que se case conmigo. Estoy cansado de dar tantas vueltas al asunto. Creo que estamos en el mismo nivel y para qué enredar más. Si me dice que sí, le propondré mudarnos a vivir juntos mientras fijamos una fecha, y si no…

—Si no qué, ¿piensas que te va a dar calabazas? ¿Sigue estando rara? Yo la veo muy bien, desde que le han dado el ascenso la noto mucho más animada y feliz.

—Sí, está genial ahora, pero me da miedo que me rechace

—¿Quieres que hable con ella? La semana que viene es el cumpleaños de Sam, podíamos quedar para salir a cenar o a tomar algo. Sus padres organizan siempre una escapada a la sierra, pero creo que no…

—Ni se te ocurra decirme que no vas a ir.

—No lo sé. ¿Qué hago yo en medio de su familia?

—Eres su chica, ¿cómo qué haces ahí? A veces no te entiendo, Marti, y mira que te quiero, pero te abriría esa cabeza privilegiada que tienes y te haría un lavado de cerebro. Oye, respóndeme a una pregunta, ¿sabe Sam lo de Nueva York?

—No, no hay nada seguro, ¿por qué voy a decirle nada de eso?

—Joder, Martina Gutiérrez, eres idiota, se lo cuentas y ya. Debe saberlo, creo que se ha ganado ese derecho, y tiene que poder elegir si quiere formar parte de eso o no. No puedes decidir por él. Lleváis juntos dos meses, se ha implicado en esto al mil por cien, ¿cómo crees

que le va a sentar cuando le digas que te vas?

—¿Tú ves normal que me presente en la casa de la montaña cuando aún no conozco a sus padres?

—Por supuesto, porque seguro que están locos por conocerte. Pero Martina, por Dios, si ya conocen a tu hijo, ¿será peor eso? Vas a ir a ese cumpleaños y le vas a decir a tu chico lo que ya sabes y si no, Martina Gutiérrez Ceballos, se lo diré yo, y créeme que será mucho peor.

—Iré si me invitan, pero lo otro yo decidiré cómo y cuándo se lo digo. No eres quien para hacerlo tú, *don consejos vendo y para mí no tengo.*

—Vaya, has estado rápida, doctora Gutiérrez, está bien. Me gustaría que me ayudaras con el anillo de Alba y a acabar de prepararlo todo.

—Mira que eres pesado, llevas media vida para preparar una dichosa pedida de mano, ni que fueras el príncipe de Inglaterra.

—Quiero que sea algo muy especial.

—No, si a fuerza lo será, pero o espabilas o su jefe le dirá algo antes. Para mí que le pone mucho.

—¿Quéééé, el gilipollas de Sánchez? No jodas, Marti. Por eso la tiene haciendo horas extras sin tener motivos, ahora lo entiendo todo. Estoy decidido; de este fin de semana no pasa. Te invito a desayunar y vienes conmigo a por el dichoso anillo.

—Está bien, cansino. Como no lo hagas este fin de semana, paso de ti ya.

—Te lo juro por Snoopy —contesta elevando el meñique para que lo una con él, dejándome perpleja.

—¿Tenemos doce años? Venga, hombre, déjate de tonterías y vamos al lío. ¿Al final en el Círculo?

—Sí, ya sabes que el director es amigo mío, le he pedido el favor. Espero que estéis allí todos.

—Estamos a martes, si no has avisado ya no sé si lo podrás hacer. —Suena mi teléfono y mientras yo contesto, él hace una llamada.

—H*ola, mi amor. ¿Qué tal has dormido?*

—*Muy bien, mami. Samel me contó un cuento después de cenar y me dijo que pronto era su cumpleaños y que íbamos a la casa de la montaña, ¿Por qué no me habías dicho nada?* —y así es como *mi juez* se mete en el bolsillo al niño una vez más y nos incluye en sus planes familiares. Y yo sin conocer a sus padres…

—*No estaba segura aún, cariño. ¿Ya has desayunado?*

—*Síii, una tostada de mermelada de naranja que estaba mmmmmmm* —no puedo evitar sonreír al oír su comentario.

—*Me alegro que te haya gustado*.

—*Mami, que voy a por mis cosas del cole, te paso a Samel.*

—Te quiero.

—Ummm, podría acostumbrarme a oírte decir eso, —contesta Samuel al otro lado de la línea— *pero imagino que el cumplido era para el pirata que me ha robado el corazón, no para mí.*

—Buenos días a ti también, señoría, ¿todo bien?

—Buen día, preciosa. Eres un hacha cambiando de tema. Sí, todo bien, ya sabes que Marco es un amor. ¿Qué tal ha ido tu guardia?

—Tranquila por fin. Después de muchas semanas no ha habido nada de interés, hasta he podido dar una cabezada. Desayuno con Iván y le acompaño a comprar un anillo para Alba. ¿Comemos juntos?

—Sí, o mejor te como y luego ya veremos.

—Suena muy bien esa oferta, pero me temo que no podrá ser.

—Siempre puede ser, luego lo discutimos. ¿Te recojo cuando salga del taller?

—No sé cuándo acabaré, mejor vete para mi casa, nos vemos allí.

—Martina, ¿sabes qué día es hoy?

—Martes, por supuesto.

—Es cinco de abril. Llevamos juntos dos meses, preciosa. —Lo sabía, pero me encanta que tampoco lo haya olvidado.

—Lo sé, tonto, pero que te acuerdes tú, me parece…

—¿Cómo no me voy a acordar si han sido los días más maravillosos de mi vida? Todos y cada uno de ellos.

—Bufff, es muy temprano para que te pongas así de intenso, pero por si te sirve de consuelo, para mí también han sido los más especiales en mucho tiempo. Venga, nos vemos luego, cariño.

—Adiós, preciosa. No te olvides de mí.

—Nunca.

Guardo el móvil en el bolso y cuando me giro con una sonrisa de tonta en el rostro, me encuentro con los ojos y la sonrisa burlona de Iván.

—Dios, qué pastelosos sois. Dais grima.

—Mira quien fue a hablar, el que va a cerrar un local para pedirle a su chica que se case con él.

—No es lo mismo, llevamos cuatro años juntos y ya tengo una edad. ¡Ay Dios, Marti! dime que me dirá que si, por favor, creo que tengo síntomas de infarto, mira —coge mi mano y la pone en su pecho a la altura del corazón, que es cierto que late apresurado. No puedo dejar de reír ante la actuación teatral del bueno de Iván.

—Tal vez deberíamos volver para que *tu amigo Peláez* te haga un chequeo. —Existe una terrible rivalidad entre ellos que nunca he entendido muy bien, pero que los tiene de uñas cada vez que se ven—. Soy neurocirujana, no entiendo de corazones a menos que estén rotos, y el tuyo no lo está. Espero algún día enterarme que pasó entre Peláez y tú.

—Es una larga historia.

—Ya, pero tú y yo nos conocemos desde siempre y no tengo ni la más remota idea de qué te hizo para que lo trates así.

—Fue hace muchos años, antes de entrar en la facultad. Fuimos juntos al instituto.

—Te levantó a una chica, es eso ¿no?

—Martina, venga, se nos hace tarde y es una historia estúpida, deja el interrogatorio para otro día.

Al llegar a su casa, Iván decide darse una ducha; él si ha tenido una guardia complicada y necesita quitarse los malos rollos de encima.

—¿Te quieres duchar?

—No, estoy bien, me he duchado en el vestuario antes de salir, por eso he tardado más. Sabía que mi amigo me iba a dar la brasa con algo y me anticipé. Mientras te duchas aprovecharé para preparar algo de desayuno. ¿Tostadas?

—Sí, y mucho café.

—Abusar de la cafeína solo conseguirá que te pongas más nervioso.

—Tú prepara ese café de una vez, o le contaré a tu amorcito ese secreto que ocultas y no quieres que sepa.

Le tiro un paño de cocina justo cuando sale disparado por la puerta, así que tengo que ir a recogerlo sin haber conseguido rozado siquiera. A veces me saca de mis casillas.

Vive en un piso bastante antiguo, no muy lejos del mío, pero le hizo una reforma integral y se ha quedado genial. Tiene unos techos altos que impresionan, al igual que la madera de color gris con que ha revestido el suelo de toda la casa salvo de la cocina, donde una baldosa hidráulica recuperada da la nota de color al blanco de los muebles. Tiene tres dormitorios a cuál más grande, uno de ellos dedicado como estudio, con una librería de pared a pared con algunos ejemplares que son una auténtica pasada. Los tonos grises y neutros de los muebles y el azul de los complementos dotan de una sofisticada elegancia a todo el piso. Disfruta también de una terraza con unas vistas al Retiro espectaculares. El piso era de una tía abuela que murió sin descendencia, dejándoselo a él, su único sobrino, y aunque en un principio pensó renunciar a la herencia, al final conseguimos convencerlo para que se lo quedara. Ayudó a la decisión el hecho de que sus padres le echaran una mano para hacer frente a los desmesurados gastos y ahora está encantado porque el piso ha quedado como sacado de una revista de decoración.

Se presenta en la cocina recién salido del baño, tapado tan solo con una toalla alrededor de la cintura. Si no fuera porque nos conocemos de siempre y nunca ha habido nada entre nosotros, diría que está *pa mojar pan,* pero para mí el único que cuenta es cierto juez con unas

golondrinas tatuadas por las que me cambiaría sin pensarlo dos veces, para así poder revolotear su cuerpo a todas horas.

—Marti, ehhh, ¿estás bien?

—Ehh, sí, coño, vístete que me distraes. Estaba pensando en unas golondrinas.

—¿Qué dices de golondrinas? La falta de sueño te pasa factura, princesa. No es la primera vez que me ves así, ¿o es que ahora has cambiado de opinión conmigo?

—NO, joder, no intentes liarme. Me refiero a que Sam tiene unas golondrinas tatuadas y…

—¿Samuel tiene un tatuaje?

—Varios.

—Vaya con el juez. Y tú, no me mires como si fuera un pedazo de carne. Mejor iré a vestirme pero antes dame ese café. ¿Cuándo fue la última vez que…?

—No es asunto tuyo, pero ya que preguntas, señor *metomentodo*, antes de entrar de guardia, pero con él no hay medida, no sé qué me pasa.

—Lo único que te ocurre es que eres humana y la química entre vosotros parece que funciona. En fin, no me entretengo más entrometiéndome en tu vida privada, me visto en un segundo. Mientras tanto aprovecha y desayuna antes de que el café se enfríe.

Unos minutos más tarde, Iván vuelve a la cocina vestido con un pantalón vaquero roto y un jersey de pico en color azul marino, con una camiseta blanca debajo. Entretanto, yo he desayunado una tostada con tomate acompañada de mi fiel capuchino. Mis pensamientos han ido a Guillermo, no me extraña que pensara que teníamos algo. Si él se hubiera enterado que no es la primera vez que lo veo ataviado solo con una pequeña toalla de baño, o que incluso lo he visto desnudo alguna vez en el hospital, me habría matado a golpes sin pensarlo dos veces. Qué curiosa es la química, o lo que sea, que mueve los impulsos sexuales o el enamoramiento. Iván es un bombón, tiene un cuerpazo y es muy guapo, habría que estar ciega para no verlo, y sin embargo nunca me ha atraído como hombre, pese a todas las horas que pasamos juntos cada día y todo lo que hemos vivido en el trabajo. Será de las personas que más eche de menos cuando...

—Estás rara hoy, Marti. ¿Seguro que estás bien?

—Solo pensaba. Imagina si Guillermo se hubiera enterado que sales de la ducha como lo has hecho antes, como tantas otras veces, o cuando nos hemos visto desnudos o hemos compartido habitación en algunos congresos. Me hubiera matado sin dudarlo un ápice. Y lo raro que es que, pese a todo, nunca nos hayamos sentido atraídos físicamente.

—Lo de la atracción es todo un misterio, porque mira que estás buena, doctora Martina, ja, ja, ja. Se te ocurre cada cosa. Pero bueno, Alba tampoco sabe nada de eso, y no porque me fuera a hacer picadillo ni nada por el estilo, pero no creo que entendiera nuestra relación.

—Pensé que lo sabía.

—Hay situaciones que sí le he contado, como lo de los congresos y tal, pero lo demás no. No necesita tanta información que no aporta nada. Para mí eres un colega más. No te veo como una mujer. Bueno sí, pero…

—Entendido. Déjalo estar, no te metas en jardines ajenos, doctor.

Acabamos el desayuno y salimos de nuevo a la calle. Sin poder ni querer evitarlo, mi mente vuela de nuevo en busca del recuerdo de Sam, a los momentos de intimidad que hemos compartido, con sus labios recorriendo mi piel y sus dedos tocándome hasta arder. O cuando pasamos las tardes o los fines de semana con el niño o con su hermana y las niñas, o con la mía y Pablo. Es todo tan familiar y tan increíble que de pronto comienzo a sentir un pánico atroz a que tanta felicidad me sea arrebatada cuando Guillermo salga de la cárcel y haga cumplir su promesa.

—Martina, Martina, oye, ehhh, joder, Martina. Respira, venga, respira hondo. Mírame a los ojos, soy yo.

La voz de Iván llega muy lejana y amortiguada a mis oídos. Me doy cuenta de que estoy hiperventilando y cuando consigo recuperar la conciencia, me encuentro medio tumbada en la silla de una terraza, con los pies encima de la mesa y mi amigo tomándome el pulso.

—Estoy bien, no te preocupes.

—¡Y una mierda! Has empezado a hiperventilar y estás pálida como un cadáver. Has sufrido un ataque de ansiedad, Martina. ¿En qué pensabas para haberlo provocado? Esto se ha acabado aquí, ¿me oyes? El jueves hablas con Lou o se lo digo yo y que te busque, ¿No te das cuenta que está afectando a tu vida? Marti, ha pasado mucho tiempo y a veces no estás aquí.

—Lo sé, tienes razón. Ahora me siento un poco mejor, ¿vamos?

—Señora, ¿se encuentra mejor? —Un camarero muy amable se acerca a mí con algo en una taza. —Le he traído un té, le vendrá bien.

—Gracias, pero tenemos prisa —me justifico.

—De eso nada. Tómate ese té y descansa un rato. Tráigame un café con leche, en taza, por favor.

—En seguida, señor.

Cuando el camarero desaparece en el interior del local, Iván vuelve al ataque.

—Ha sido otra vez él, ¿verdad?

Le relato lo que me ha pasado, que de pensar en los momentos felices al lado de Sam, he acabado recordando el infierno vivido con Guillermo, y me hace prometer una vez más que hablaré con la psicóloga.

Tras tomamos la bebida servida por el amable camarero y tranquilizarme un poco, por fin vamos a la joyería Suárez para comprar el anillo de Alba. En el interior del local, la potente luz blanca que ilumina los expositores me molesta un poco a la vista, acentuando el dolor de cabeza que sufro, así que casi no presto atención a la mayoría del material que nos enseña el dependiente. Finalmente, tras mostrarnos unos cuantos, a cuál más caro, se decanta por uno bastante clásico para lo que hubiera imaginado y que le cuesta una pequeña fortuna. Luce un diamante en talla brillante de un cuarto de quilate, junto a unos cuantos más en el aro, hasta mitad. Es muy bonito, pero solo de pensar llevar algo así en mi mano me pongo mala, entre otras cosas porque yo no suelo llevar anillos, me resultaría engorroso quitármelos cada vez que tuviera que operar. Pese a todo es precioso y no muy ostentoso. Creo que a su chica le encantará.

—Es muy bonito. Iván, deja de darle vueltas, estoy segura de que le va a encantar.

—¿A ti te gustaría?

—Sí, claro. Es bonito y no demasiado exagerado, aunque te hayas gastado casi el sueldo de un mes.

—Alba lo merece, lleva demasiado tiempo aguantándome y ya es hora.

—Me gusta que por fin te hayas decidido. —Lo abrazo y me dejo querer. Me encantan sus abrazos, son tan familiares que reconfortan y consiguen que todo lo malo se vaya sin dejar rastro.

—¿Martina?

La voz de Jud, la hermana de Sam, me saca del momento de confort en el que me había sumido entre los brazos de mi amigo. Veo que lo escanea y por un momento su mirada cambia a una que no reconozco, y pese a que sonríe, esa aparente cordialidad no llega a sus ojos.

—Hola, Jud, ¿qué tal? Este es Iván Sánchez de la Puerta, mi amigo y el mejor cardiólogo que conozco.

—Hola. Martina exagera, como de costumbre. Me quiere y por eso dice eso. Encantado de conocerte, Judith.

—Igualmente, y por Dios, no me llames así que me imagino con la cabeza de Holofernes en una bandeja. No sé por qué no me he cambiado ya el nombre.

—Pues fue una mujer de armas tomar, deberías estar orgullosa. Salvó a su pueblo. —Me sorprende que Iván sepa de historias bíblicas, pero ella sonríe coqueta. ¿Coqueta? eehh, perdona, ¿qué está pasando

aquí?

—Jud, ¿qué tal las niñas y Gonzalo?

—Muy bien. Bueno, me marcho, tengo un millón de cosas que hacer hoy y tengo turno de noche. Encantada —se dirige a Iván con una sonrisa—, y tú, Martina, imagino que nos veremos en la sierra, si no lo hacemos antes, ¿no?

—Tengo que mirar mi cuadrante, todavía no sé si podré.

—Claro que irá —replica mi amigo—. Si tiene guardia, me encargaré personalmente de que cambie el turno.

La hermana de Sam se marcha tras echarle una mirada intrigante a mi amigo, que no sé si me gusta o no, teniendo en cuenta que está casada y que nosotros acabamos de comprar un anillo de compromiso. Él la escanea cuando se aleja subida en esos enormes tacones que luce hoy, haciendo que su culo se mueva de manera sugerente. Le doy un manotazo al cardiólogo, y se queja como si no supiera de qué va la cosa.

—Joder, Marti, que solo miro. Está muy buena, coño, ¿no puedo recrearme?

—No, no puedes ni mirarla, ¿te enteras? ¿Has olvidado lo que llevas en el bolsillo y lo que planeas para el sábado? Y qué demonios, ¡que está casada, joder! Tiene dos niñas y es la hermana de mi chico, así que NO, no la miras.

—Ja, ja, ja, eres un caso. Tranquila, no cambiaría a Alba por nada del mundo, pero no por eso tengo que llevar una venda en los ojos. Además la chica es un bombón, reconócelo.

Intento arrearle un cachete una vez más, pero antes de que llegue a darle me coge la mano y me atrapa con su cuerpo para abrazarme otra vez, susurrándome al oído que no sea tonta, que solo me está chinchando.

—Pues como me vuelvas a fastidiar me chivo, y no te ayudo a nada.

—Está bien, morena, no te enfades. Ya tenemos lo más importante, me voy a pasar por el Círculo para hablar con Jesús. —Se refiere a su amigo, el director del sitio donde quiere preparar su pedida a Alba—. ¿Me acompañas y te invito a comer?

—He quedado con Sam en casa, es el único momento que tenemos solos hasta recoger a Marco. Hoy no tiene extraescolares y ya sabes lo intenso que llega a ser.

—Has quedado con tu juez para echar un buen polvo o dos, dilo así, no hace falta que le des más vueltas.

—No hay polvo, estoy en *paro biológico* y no me siento cómoda haciéndolo así. No me van las situaciones escatológicas.

—Vas a matarlo con tantos días sin tocarte.

—Bueno, hay otras opciones, ¿pero qué coño hago yo contándote a

ti eso? Eres un cotilla de lo peor. Venga, me voy ya o llegaré tarde.

Nos despedimos y me dirijo a mi casa, no sin antes hacer una parada en el súper para comprar algunas cosas, ya que hoy hace dos meses que estamos juntos y he pensado preparar una comida especial. He comprado unas lubinas y los ingredientes para hacer una buena ensalada y un tiramisú de postre, uno de los dulces favoritos de Sam. Es muy goloso, aunque nadie lo diría viendo como está.

Samuel

Después de hablar con Martina y dejar al niño en el cole, no puedo evitar la sonrisa ante la mirada de algunas madres cuando lo dejo en la puerta tras su abrazo, que no perdona nunca, y mi cara de bobo al verlo entrar. Llevamos solo dos meses, pero traerlo al cole los días que ella tiene guardia se ha convertido en una rutina que nos gusta a los dos. Lo que ella ignora, es que la mayoría de las noches que no está, el niño se mete en la cama conmigo. Tras contarle el cuento y dejarlo dormido en su cama, siempre amanece en la de su madre. La primera vez traté de convencerlo de que tenía que dormir en su cama, pero el muy tuno me dijo que echaba de menos a su mamá y si dormía en su almohada con su olor la notaba más cerca. Así que ahora, cuando apago la luz después de leer un rato en el Kindle, oigo sus ligeros pasos por el crujiente parqué y siento levantar el edredón para meterse debajo, acurrucándose junto a mí en el lado de su madre. Me hago el dormido, y al poco rato ya está durmiendo otra vez. A veces enreda sus deditos en mi pelo y juguetea con él hasta que se queda dormido. Es tan tierno que no puedo decirle que regrese a su cama, así que esas noches apenas duermo, porque Marco acaba estirado en la cama en diagonal o en horizontal y yo recluido en un minúsculo rincón del colchón sin poder moverme para no acabar en el suelo. Aun así, no cambio su olor infantil y el calor de su pequeño cuerpo que me hace compañía cuando tanto extraño a mi doctora. Seguro que ella no es consciente todavía de como se ha colado en mi vida, en mi piel, en mi alma, sin apenas darse cuenta, sin saberlo siquiera, sin querer hacerlo, de eso estoy seguro. No podría estar sin ella, aunque sea de esta forma tan extraña en la que llevamos nuestra relación. Hace poco tiempo que estamos juntos y soy consciente de que sería una temeridad plantearle la posibilidad de que se mude o que nos mudemos juntos. No es que no quiera, por supuesto, es cuando mejor y más «*tranquilo» duermo,* si es que tenerla a mi lado me permite esa tranquilidad alguna vez, porque es todo un ejercicio de autocontrol no hacerle el amor todos y cada uno de los segundos que pasamos juntos. Es un cúmulo de cosas, de sentimientos, que desencadenan que mi piel

se erice solo con olerla, con sentir el roce casual de su piel en la cama o cuando estamos sentados juntos, esa forma en la que me mira, cuando sus ojos se vuelven más verdosos, sus pupilas se dilatan y su respiración se torna más agitada.

Regreso a mi realidad caminando hacia el coche, que espera mal aparcado encima de la acera. Cualquier día me pondrán una multa pero me da igual, no vamos a venir en trasporte público ni demasiado pronto para buscar aparcamiento. Llego al taller sin apenas darme cuenta, sumido en mis pensamientos. El Escarabajo está casi acabado, ha sido un trabajo arduo pero ha resultado muy reconfortante ver su transformación desde un viejo cacharro de desguace, a una preciosidad sobre ruedas casi recién salida del concesionario, como si por él no hubieran pasado los años. Le he comentado a Isma lo de la barbacoa el fin de semana de mi cumpleaños y me ha prometido que irá con su mujer y los niños. No veo el momento de que mis padres conozcan a Martina, aunque tengo la impresión que a ella no le hace tanta gracia. Sin embargo, sé que ellos están deseando conocerla.

Casi a las doce del mediodía, Isma me propone hacer un descanso para tomar algo en el bar que hay junto al taller. En algunas ocasiones, si no hay mucho trabajo o por el contrario llevamos muchas horas, hacemos una pausa y salimos un rato, dejando al chico que le sustituye cuando no está encargándose de todo.

Tomamos asiento en una de las destartaladas mesas, que tienen más años que yo y vienen con la suciedad ya integrada, y al momento se acerca Manuel, el dueño del establecimiento, tan sonriente como siempre, con su escaso pelo peinado al milímetro y el clásico uniforme que escogen los del gremio con el pantalón negro y la camisa blanca. Sin mucho éxito, trata de limpiar la mesa con una vieja bayeta que apesta a lejía y ha conocido tiempos mejores. Nunca me ha gustado ese olor, me repugna, pese a que a la gente le parece que es olor a limpio. Soy de opinión de que se puede limpiar una superficie o cualquier otra cosa sin que se te salten las lágrimas con la intensidad.

Después de saludar y dar un baño de desinfectante al amarillento tablero de la mesa, nos sirve un par de jarras de cerveza y una gruesa cuña de tortilla que podría servir para dar de comer un día entero a una familia de leñadores.

—Samuel, te veo de lujo últimamente desde que no te vistes de cuervo.

—Es un detalle por tu parte el haberte fijado —respondo con ironía —, pero es cierto, estoy más relajado y no siento aquella presión que tenía en los meses previos a dejarlo.

—Ya, presión —dice Isma—. Lo que ocurre es que ahora follas que da gusto, no como antes —añade, antes de que lo mire fulminándolo

con los ojos y Manuel vaya a atender otra mesa muerto de risa.

—Joder, tío, te has pasado. Yo no voy por ahí diciendo cuándo te tiras a tu mujer y cuándo no, porque deberías saber que se te nota bastante los días que te tiene en el dique seco.

—Tranquilo, Samuel, no es nada malo que ahora estés disfrutando, coño. Desde que dejaste a Marta no te he visto así, por más rollos que hayas tenido.

—No han sido tantos.

—Pues eso, que te hacía falta mojar más.

—Vale, lo que tú digas, pero lo cierto es que me siento de lujo. Me gustaría saber a dónde va esto, pero bueno, el tiempo dirá. Lo que no soportaría es que se alejara de mí, tanto si esto sale bien como si no.

—¿Por qué no ha de salir bien? Esa chica te mira como no he visto a nadie hacerlo, ni siquiera a tu Marta en sus mejores días.

—Ya, pero según ella carga con una pesada mochila y piensa que no debe estar conmigo, porque el cabrón de su ex irá a por ella en cuando salga de la trena, cosa que intentaré que pase lo más tarde posible.

—No tiene que ser fácil vivir así. ¿No tiene ayuda? Ya sabes, un psicólogo o un psiquiatra, no sé, un profesional a quien le corresponda hacer eso.

—No, no hay manera de convencerla y me consta que no soy el único que lo ha intentado. Su amigo el cardiólogo también lo hace.

—¿El cardiólogo es aquel macizo que la trajo el otro día, el del deportivo?

—El mismo.

—¿Y solo es su amigo? Parece que se llevan muy bien.

—Solo es su amigo, se conocen desde la facultad y se llevan estupendamente, pero no vayas por donde no es, entre ellos no ha habido nada nunca. De hecho por él tenía más de una bronca con su ex, así que ni lo pienses.

—Bueno, solo te digo…

—Sé lo que me quieres decir. Los he visto juntos muchas veces y sé cómo son y lo loco que está él por su chica, una rubia espectacular que ya te gustaría a ti siquiera oler. Me alegro de que Iván esté en la vida de Martina, siempre estará para ella pase lo que pase y eso me da tranquilidad.

—Veo que lo tienes muy claro, no seré yo quien vaya a meter mierda en tu relación.

Apuramos la cerveza, nos despedimos y me marcho a casa a ducharme y cambiarme de ropa. Estoy loco porque llegue la hora de ver a mi chica. Al final decido coger ropa en una bolsa de deporte, me aseo rápidamente y me dirijo a su casa.

Llegando a casa de Martina, la pantalla del coche y una melodía

anuncian una llamada telefónica de mi hermana.

— ¡Hola, hermanito!

—Hola, Jud, voy a entrar en la cochera de casa de Martina, puede que se corte.

—Nos hemos visto hoy. Joder, no me habías dicho que su amigo estaba tan bueno, me he quedado como una tonta mirándolo.

—Más o menos como tu marido cuando la vio a ella por primera vez, ¿no?

—Algo así. Creo que ha pensado que yo creía que te engañaba, porque los he mirado con una cara rara me temo, pero entre la sorpresa y que se estaban dando un abrazo me ha pillado sin argumentos.

—Jud, siempre te las apañas para terminar metiendo la pata.

—Es que no lo conocía y...

—Déjalo estar, no tiene importancia. Nos vemos el sábado, ¿no?

—He cambiado el turno, nos veremos. Si quieres merendamos juntos esta semana algún día, díselo a Martina.

—Como quieras, ya te digo algo.

Subo en el ascensor, que hoy tengo la sensación de que tarda demasiado en llegar. Es la una y media, tenemos unas cuantas horas para estar solos hasta que vayamos a por el niño. Se me ocurren tantas cosas, aunque creo que por lo que me dijo tendré que cambiar de planes, ¿o no? Quién sabe.

Abro con mi llave tras dar un par de toques con los nudillos en la puerta, como siempre hago y la encuentro trajinando en la cocina, vestida solo con una camiseta y bailando al son de Soy un Italiano, de Sergio Dalma. No se ha dado cuenta de que estoy allí, y al verme parado delante de la encimera se sobresalta, haciendo que una paleta de madera que llevaba en la mano caiga al suelo, tras hacer mil malabares para impedirlo.

—Joder, Martina, me matas, no imaginas lo sexy que resulta verte así, bailando de esa manera.

Doy la vuelta a la encimera para tenerla a mi alcance, tiro de ella para pegarla a mi cuerpo y la beso como llevo deseando desde que la dejé en el trabajo hace un millón de horas.

—Hola a ti también —responde cuando consigue que rompamos el abrazo—. Sam, hoy no, no calientes el ambiente que no puedo.

—Siempre se puede, Martina. Ven.

Tiro de su mano para llevarla al baño, quiero que se quite de la cabeza las inseguridades de cualquier tipo, porque además puedo sentir cómo lo desea tanto como yo. Se da la vuelta, apaga el horno y se deja llevar por mí.

Antes de llegar al baño la asalto de nuevo en la pared del pasillo, acariciando sus pechos que se endurecen sin dudar, gemidos ahogados por mis besos se cuelan entre los dos. Sé que normalmente usa una

copa menstrual, sí, también me he fijado en eso, quiero saberlo todo de ella y eso forma parte de su vida real. Llegamos a la ducha y le quito la camiseta, se deshace de las braguitas y se queda desnuda ante mí sin pensarlo dos veces. Abre el grifo de la ducha y se mete dentro, casi sin esperar a que el agua salga a la temperatura adecuada. Atrapa mi mano y tira de mí casi sin darme tiempo de desnudarme. Está excitada a mil y no voy a dejar pasar la oportunidad de que disfrute hoy también. Me lavo el pelo raudo y veloz, mientras ella no deja de acariciarme con las manos resbaladizas por el jabón que escurre de mi pelo. Acaricia mis tetillas excitándome todavía más, si eso es posible. Mi polla está a punto de explotar, me encantaría encajarla en su coño mojado, pero hoy tendrá que ser de otra manera. Le doy la vuelta y la pego a mi espalda, haciendo que note lo duro que estoy, las primitivas sensaciones que despierta en mí, y cuánto la deseo.

Desde esa postura acaricio sus tetas sensibles, y endurecidas que se activan aún más con mis atenciones. Bajo despacio, recorriendo su abdomen, su tatuaje, su cicatriz… hasta llegar a su sexo, acariciando su clítoris, que se muestra hinchado y receptivo. Se pega más a mí, para que me adentre más e introduzco un dedo en su coño, no con profundidad, solo para acariciar su entrada y conseguir que se excite todo lo posible. Sigo por la zona del perineo hasta alcanzar el anillo musculoso de su ano, que se frunce aún más. Estoy seguro que disfrutaría de este tipo de sexo, pero es pronto. Quizás algún día.

Vuelvo mis atenciones hacia su clítoris, pero se da la vuelta y se intenta agachar ante mí. No la dejo, no es el momento. Cojo una toalla y su albornoz, cierro el grifo y la envuelvo en el cálido y esponjoso albornoz.

—Samuel de La Vega, no me digas que me has calentado para dejarme así.

—No, preciosa, ni lo sueñes, esto no ha hecho más que empezar. ¿Tienes lubricante? Sí, ya sé que es raro que te pregunte esto después de dos meses, pero hoy es distinto.

Abre el cajón alto de la cómoda y saca un bote con una forma más que sugerente. Huele a frutas, y aunque prefiero su olor, hoy habrá que conformarse.

Se sienta en la cama y su albornoz se abre dejando a la vista mi botín. Cuando me ve mirarla, sonríe mordiéndose el labio, sus pupilas se dilatan del todo.

—Túmbate y separa las piernas, voy a darme un festín, estoy hambriento. Obedece sin dudar un segundo y se reclina para atrás, ofreciéndome una visión de su despejado sexo que me vuelve loco por completo. Me hundiría en ella sin importarme nada, pero son sus tiempos y es su decisión.

Pienso en usar el lubricante, pero prefiero saborearla sin nada, a

menos que sea necesario. Cuando mi lengua roza sus pliegues el gemido es tan intenso que me parece que está a punto de correrse. A pesar de ello sigo comiendo, deleitándome con sus suspiros, con sus manos arrugando el edredón de la cama. Está muy cerca y yo tengo que controlarme para no dejarme ir sin ni siquiera rozarme, solo con su sabor y sus gemidos.

—Sam... —se para como avergonzada.

—¿Quieres que pare? —le pregunto en serio.

—Noo, estoy casi lista, pero me gustaría que...

—Dímelo, cariño, dime qué quieres y te lo daré.

—Es que… joder, que le den. Sam, fóllame el culo, quiero sentirte, cuando me acaricias por ahí es muy intenso y quiero probarte, no solo un dedo o dos, te quiero a ti por entero.

—¿Estás segura? ¿Lo has hecho alguna vez? —lejos de que la interrupción mande al garete a mi estupenda erección, oír sus palabras ha hecho que me ponga más duro sin saber si era posible.

—No, pero quiero hacerlo contigo. Lo quiero ahora, por favor

—No tienes que pedirlo por favor, lo estoy deseando, pero...

—Hazlo.

Se da la vuelta, el albornoz ha desaparecido junto con mi toalla. Cojo el tubo de lubricante, y mientras sigo acariciando su clítoris, que parece salir disparado, ella acaricia como puede mi polla haciendo que tenga que controlarme todavía más. Aplico un poco de gel por su estrecho agujero, que poco a poco se relaja ante la intrusión de mis dedos y el efecto del líquido. Cuando veo que es posible entrar en ella y que le resulte placentero, me acoplo despacio, empujando poco a poco en un intento de no causar molesta o dolor hasta conseguir traspasar el anillo de músculo. Al sentir mi plena intrusión comienza a moverse buscando más profundidad. No puedo sentirme más pletórico y excitado.

—Joder, Sam, es, es... Joooderrr.

Sin darme tiempo a nada más, noto cómo se corre apretándome todavía más. Detengo mi cintura unos segundos, no quiero correrme todavía, quiero prolongarlo hasta el infinito. Sé que no es posible pero voy a seguir con el juego un poco más.

Cuando recupera el aliento, vuelve a moverse despacio, acomodándose de nuevo a mi tamaño. Dirige una de sus manos a su botón, más que hinchado, para volver a acariciarse de nuevo, o prolongar el orgasmo que aún la sacude de vez en cuando. Noto que se toca más deprisa, moviendo sus caderas a mayor velocidad, entonces, cuando ella estalla de nuevo, me voy con ella sin dejar una sola gota en mi interior.

Salgo de ella despacio tras recuperar el resuello, y mi sexo un tamaño más *discreto*. Permanecemos en la cama un rato más sin dejar

de acariciar el contorno de su cara, sus labios, el perfil de su nariz... Es simplemente perfecta.

—Eres alucinante. ¿Nunca antes...?

—No, pero contigo todo es diferente. Y tampoco lo había hecho con la regla. ¿Cómo sabías que no uso compresas o tampones?

—No me hubiera importado lo del tampón, pero vi una copa en el mueble del baño. Sabía lo que era porque mi hermana también la usa. ¿Ves como siempre se puede, preciosa Martina? Ahora sí que tengo hambre, pero de la de comer de verdad. ¿Acabamos la comida?

—Espero que el pescado no se haya resecado mucho.

—Habrá merecido la pena si es por esto.

Se pone el albornoz, pero antes de anudarlo a la cintura se desprende de él, la miro extrañado y me dice que está húmedo, que mejor se viste.

—Sí, es una buena opción, porque no creo que pudiera controlarme si sigues solo con el albornoz, y más de después de lo que acabamos de hacer. Me apetecía un montón, parece que algunas veces me lees el pensamiento. No te lo hubiera pedido, pero ha sido alucinante.

—Sam... —en su voz descubro un tono de duda que no me gusta en absoluto.

—Dime.

—Me gustaría que me dijeras en cada momento lo que te apetece o no hacer, ya sabes que mi relación más duradera fue un tanto *especial* y no me importa experimentar contigo otras cosas que quieras.

Agacha la cabeza como si hubiera dicho algo que no debe, aparentando de repente ser una niña asustada que ha hecho algo malo. Me acerco a ella, levanto su cara para que me mire y tomo sus manos entre las mías.

—Cariño, el sexo contigo es brutal. Siempre. Lo de hoy ha sido magnífico, no solo porque a mí me apeteciera, más bien porque sabía que te iba a gustar, pero no me atrevía a planteártelo, no todo el mundo es partidario de hacerlo así, por muchos motivos, pero guiándome por las reacciones de tu cuerpo, estoy seguro de que te ha gustado, y mucho, así que hagamos una cosa.

—A ver —sigue con esa expresión en su rostro, a la vez tan tierna y tan frágil.

—Pídeme lo que te apetezca en cada momento, o lo haces sin más, y yo haré lo mismo. ¿Te parece bien?

—Sí, es una buena idea. Gracias.

—¿Por?

—Por ser como eres, por dejarme ser yo misma y ser tan comprensivo. Cualquiera en tu lugar se hubiera largado después del primer día.

—Te dije ese día que no quería un polvo de una noche, sigo

queriendo todo contigo, todo lo que tú desees. ¿Lo entiendes?

—Voy haciéndome a la idea.

—Pues no me des las gracias por estar contigo y disfrutarte como lo hago. Como lo hacemos. Es un auténtico placer, preciosa Martina. Y estar con Marco también. Ese niño conquista el corazón de quien lo conoce. Y por favor, mujer, dame de comer o no respondo.

Una risa preciosa, musical, cantarina, sale de su garganta, dejándome embobado con ella. Camina hacia el armario sonriendo y se viste con un vaquero roto por las rodillas y varios sitios más, y un jersey de pico rojo, algo holgado, pero que marca lo que debe, y otra vez mis instintos más primitivos despiertan de su breve letargo. Estar con ella es un reto constante.

Tras unos minutos acabando de preparar lo que falta, nos sentamos a la mesa a dar buena cuenta del almuerzo. Podría parecer mentira, pero lo cierto es que el pescado está en su punto, y la ensalada casa muy bien con la forma en que ha cocinado la lubina. Tiene muy buena mano en la cocina, todo lo que he probado está delicioso.

—Martina, —levanta la mirada y me sonríe, en sus ojos una interrogación—. Imagino que sabrás que me gustaría que vengáis a la casa de la sierra el fin de semana de mi cumpleaños. ¿Lo harás? —He dejado los cubiertos junto al plato, ella tiene ahora toda mi atención. Traga saliva, los suelta también y sonríe, pero no del todo.

—Sam —respira profundamente y sospecho que no me va a gustar lo que va a decirme—, llevamos muy poco tiempo juntos. Sigo sin querer hacerme ilusiones, aunque no lo consigo del todo. Eres tan especial que estar contigo es muy fácil, y eso alimenta todos mis miedos. Sí, ya sé que tú no eres él, que el noventa y nueve por ciento de los hombres no sois así, pero no es fácil para mí. Y eso que yo nunca permití que me arrebatara mi trabajo o mi dignidad. No crees que aquel día fue la primera vez que me pegó, pero fue así. Jamás le hubiera consentido seguir conmigo de haberlo hecho antes. Pero sí consiguió arrebatarme toda mi autoestima. Intento que nuestra relación funcione, pero necesito ir despacio, ¿vale? Conocer ahora a tus padres, a tus amigos, para mí es... no sé. Quiero que sepas que me gustaría, pero no sé si me voy a sentir cómoda.

—Solo son Isma, su mujer, Hugo, Óscar, y poco más, porque no creo que Helena venga, además de mis padres y mi hermana. Si no estás tú, ¿quién me va a librar de mis sobrinas, *las terremoto*? Sabes que te adoran. A mi madre le vas a encantar, y mi padre se va a enamorar de ti nada más le sonrías una vez. Martina, es importante para mí. Somos adultos, llevamos dos meses juntos, y por más que quieras evitarlo sé que empiezas a sentir cosas, al igual que yo.

—Eso es lo malo, que no sé si debo o si quiero sentirlas.

—¿Por?

—Ya sabes por qué.

Me levanto de la silla para acercarme a su lado. Sus ojos brillan demasiado, no quiero que llore, no puedo verla sufrir, y menos por algo que yo haya dicho.

—Ehh, no te pongas así. Si no quieres ir, no lo hagas, no quiero obligarte. Tan solo quiero que sepas que me harías muy feliz si lo hicieras, pero si no es así lo respeto. Ay, casi se me olvida; tengo algo para ti.

—¿Para mí? —Parece sorprendida, sus ojos se han abierto más y algo parecido a una sonrisa se refleja en ellos.

—Sí, claro. ¿Hay alguien más por aquí?

Voy hacia el abrigo que dejé colgado en la percha de la entrada y saco una cajita de Pandora. Lo vi en el escaparate y no pude resistirme. Cuando me ve con ella en la mano no sabe si reír o llorar. Dios, es tan tierna en estos momentos. ¿Pero qué coño le hizo ese pedazo de cabrón para no creerse merecedora de un detalle? Le tiendo la caja, que saqué de la bolsita porque no me cabía en el bolsillo del abrigo, y con manos ligeramente temblorosas la coge sin mucha convicción.

—No es un anillo. Puedes estar tranquila, preciosa. Ábrela, solo es un detalle. Tú me has regalado una maravillosa comida y algo más intenso que nunca olvidaré. Esto es solo para que recuerdes que nos esperan muchos más meses maravillosos juntos. —Abre la caja, y al ver su contenido, su boca se transforma en una O perfecta y una solitaria lágrima cae por su mejilla. Me acerco y la limpio con un pulgar—. ¿Te gustan?

—Son preciosos, ya los había visto antes en un escaparate. Sabes que no soy muy de joyas, ya ves que casi nunca llevo nada, pero estos me llamaron la atención. ¿Cómo has sabido? Muchas gracias. Sujeta la caja, que me los voy a poner.

Son unos pendientes en forma de florecita, con circonitas incrustadas no muy grandes, del estilo que he visto que ella lleva de vez en cuando.

—No lo sabía, simplemente los vi y me recordaron a ti, aunque bueno, últimamente todo lo hace. Te quedan preciosos. Oye, ¿pero por qué te pones así? Solo es una tontería.

—Y yo una tonta, ¿no lo ves? —se señala las lágrimas que vuelven a brotar de sus preciosos ojos— Gracias, cariño.

—Ven aquí, mi tonta. —La abrazo dejando que se desahogue en mi pecho, aspirando mientras su olor, el de su champú de coco, su perfume, su olor particular—. ¿Mejor?

—Madre mía qué vergüenza, pensarás que soy una desequilibrada.

—Pienso que has sufrido injustamente sin merecerlo, y eso se acabó. Lo sabes, ¿verdad? Mereces tener amor, cariño, sentirte

valorada, y detalles insignificantes que signifiquen mucho. Es lo que yo voy a darte si me dejas intentarlo. —Se apodera de mi boca, primero despacio, un ligero roce de sus labios y los míos, que se convierten al instante en un asalto en toda regla, calentando el ambiente, solo interrumpido por el tono de llamada de su teléfono.

—Lo siento, creo que tengo que contestar, es mi madre.

Mientras ella habla y retazos de una conversación llegan a mis oídos, aprovecho para recoger los platos. Miro en la nevera, veo un tentador tiramisú y lo saco para llevarlo a la mesa. También hay un Marsala[7], no le falta un detalle y se emociona con algo tan simple como unos pendientes.

Lo llevo a la mesa con las cucharillas y el cuchillo de cortar tartas que he encontrado en el cajón de los cubiertos. Termina la conversación con su madre y viene hacia mí sonriendo.

—Veo que has encontrado el postre.

—Y se me ocurren muchas formas de tomarlo, pero será en otra ocasión, doctora.

—Estaré encantada de que me las muestres.

—Te gusta todo lo que tenga que ver con Italia, ¿me equivoco?

—Es un país que siempre me ha fascinado, desde niña. Nunca he tenido la oportunidad de ir.

—Ya te dije el primer día que iríamos juntos si tú quieres que te acompañe. Lo que habrás de decidir será si solos o con Marco. Ah, ¿por eso se llama así, no Marcos? Acabo de caer en la cuenta.

—Me gustaba más. Lo iremos viendo, señoría. ¿Sabes lo que significa la palabra Tiramisú?

—No, siento decepcionarte pero el origen de los postres no es lo mío.

—Pues este te va a gustar. Dicen que se inventó en Venecia con fines afrodisíacos, porque las mujeres los preparaban por las noches para sus amantes. Aunque también dicen que podría tener origen en los burdeles y significa *Levántate*

—¿Y será verdad?

—No lo sé, eso es lo que dicen.

—Pues habrá que comprobarlo en otro momento.

—Te lo compro, señoría.

Tras la comida, nos hemos quedado sentados charlando en el sofá. Al cabo de un rato mi chica se ha dormido relajada entre mis brazos, con el olor de su pelo recién lavado invadiendo mis sentidos, sintiendo su suavidad, el calor de su piel.

—Martina, estoy de lujo, pero llegaremos tarde a por Marco. ¿Quieres que vaya yo y te quedas descansando? Puedo decirle a mi hermana que dejamos la merienda para mañana, te has quedado

dormida, estás agotada.

Despierta abriendo ligeramente los ojos con una tierna sonrisa en sus labios. Se despereza con una dulzura que me derrite el alma, y me contesta.

—No, vamos, ya estoy bien. Me ha venido muy bien descansar un rato, siento haberte babeado el jersey. Ven al baño, le daré un poco con el secador.

—No te preocupes, se secará solo. Vamos, coge el abrigo que es tarde, preciosa. ¿Seguro que no quieres que lo recoja yo?

—No te preocupes, te acompaño, estoy bien.

Antes de que me dé cuenta está en la puerta con el abrigo puesto y el mío en la mano.

—Que rápida eres, doctora.

—No quiero llegar tarde, sabes que no va conmigo.

Llegamos a recoger a Marco, que se sorprende al verme junto a su madre, y tras saludarla se abalanza a mí para que lo coja. Es un manipulador nato, le encanta que estén pendientes de él, pero no es un niño malcriado, al menos en lo que yo conozco. Es educado y muy correcto para lo pequeño que es.

Nos marchamos a mi casa a preparar la merienda. Espero tener los ingredientes necesarios para preparar unas tortitas con chocolate, porque hace días que no voy a la compra. Esto de pasar tanto tiempo en casa de Martina es lo que tiene. Es cierto que a veces comemos en la mía, pero cuando ocurre esos días he comprado lo que necesitaba para la comida del día. Hoy iba Manuela, igual ha visto que faltaban cosas y las ha traído por su cuenta. Tengo que subirle el sueldo, siempre está pendiente de todo.

Al abrir, me sorprende que la alarma esté desconectada y la llave sin echar. Entro primero tras pedirle a Martina que se quede con Marco en la escalera. Oigo algún ruido en la cocina y me acerco con sigilo hasta la puerta, y allí, trajinando con los cacharros encuentro a Manuela. Alzo la voz y le pido a mi chica que pase.

—Manuela, son las más de las cinco, ¿qué haces aquí?

—Vine hace un rato, como sé que no pasas mucho tiempo aquí he traído alguno de tus básicos. Comprobé que no tenías pastillas para las migrañas y llamé al médico. Las he comprado en la farmacia, ¡Hola!, tú debes ser Martina, encantada de conocerte por fin.

—Perdona, sí, ella es Martina, y este hombrecito de aquí es Marco. Ella es Manuela, mi vida sería un caos en muchos aspectos si no fuera por ella. Gracias por todo.

—Encantada, Manuela —responde mi chica—, me alegra saber que Sam está en buenas manos. Apuesto que a veces no comería si no fuera por ti.

—Uy, chico, esta mujer te ha calado pero bien —replica Manuela

propinándome un ligero codazo—. Tienes razón, ahora tiene más tiempo pero cuando ejercía… ¡Hola, cariño! Que nombre más bonito tienes, eres muy guapo.

—*Gacias* —responde Marco algo avergonzado.

—Ahora este chico y yo vamos a preparar la masa para una deliciosa merienda—añado—. Veo que no te ha faltado ni el chocolate.

—Vi que no tenías y te conozco demasiado. ¿Vienen tus sobrinas?

—Sí, en media hora o así.

—Me esperaría para a saludar a tu hermana pero se me hace tarde. Dale un beso de mi parte.

Martina asiste a nuestra conversación sonriente, tras haber dejado los abrigos de los tres en el guardarropa de la entrada.

Siento a Marco en la encimera y empiezo a sacar las cosas de los armarios de la cocina mientras Manuela y mi chica hablan bajito. En mitad de la conversación veo sus mejillas teñirse de un adorable rubor. Me la comería ahí mismo. Dios, qué idiota me estoy volviendo, joder. Quién me ha visto y quién me ve.

Al cabo de unos minutos, mi asistente se despide de los tres y se marcha. Entretanto, preparo también chocolate de beber, que a las niñas les pirra y a este pequeño pirata también.

—Preciosa, estás en tu casa, no tengo que recordártelo. Ve al salón con Marco, o déjalo aquí conmigo y descansa un rato. Cuando lleguen las niñas no te van a dejar, ya las conoces.

—Me gusta estar aquí con vosotros, no sabes lo que significa para mí que Marco y tú os llevéis tan bien.

—Tus ojos se han oscurecido. Deja que esto fluya, Martina, no des más vueltas a las cosas que no están en nuestra mano. Ah, y me encanta este niño, ya lo sabes. No es algo que salga forzado, creo que lo viste desde el primer día. Para mí es muy especial, me recuerda mucho a mí cuando tenía su edad, te lo dije.

—Desde luego se parece más a ti que a...

—Shh, no lo digas. —Sello sus labios con un beso que Marco aplaude, y eso que creíamos que no estaba pendiente, porque está mirando el microondas donde el chocolate se va haciendo, como si por el simple hecho de observarlo fijamente se fuera a hacer más rápido—. Vaya con el espía.

—¿Yo soy el espía? —Pregunta señalándose el pecho con uno de sus pequeños dedos—. Es que me *guzta* ver la cara que pone mamá cuando la besas. Siempre sonríe mucho cuando estás tú.

—Tú sí que me gustas a mí —agrego acercándome a él—. Ven aquí, vamos a poner la mesa en el salón, pronto llegarán Dana e Irene y ya sabes cómo les gusta el chocolate, casi tanto como a ti.

Cojo al niño como si fuera Superman y así, bajo la atenta mirada de

Martina, que no sé qué entraña pero me reconforta, lo llevo al cajón donde guardo los manteles y elijo uno no muy claro, porque acabará lleno de chocolate y no hay quien quite las manchas después.

Después de preparar la mesa llegan mi hermana y las mellizas, y como siempre lo vuelven todo del revés. Cuando acaban de merendar se van hacia el dormitorio que acondicioné a Marco para cuando se queda aquí, y se entretienen jugando los tres. Se llevan muy bien, pero el niño echa de menos a su primo y como hoy estaba pachucho no se ha unido a la merienda.

—No me he acordado de decirte que me encontré a Jud esta mañana, cuando fui con Iván a comprarle un anillo a Alba.

—Martina, no me habías dicho que estaba tan bueno —responde mi hermana entrando en la conversación—. Menuda cara de tonta se me ha debido quedar.

—Me lo ha dicho Jud —le hago saber a Martina.

—Es que no me has dejado mucho tiempo desde que llegaste a casa, y como después me quedé traspuesta…

—Qué pendientes más monos, Martina, me encantan.

—Me los ha regalado tu hermano.

—Anda, qué calladito lo tenías, Samuelito.

—No estoy obligado a contarte cada cosa que hago. Los vi, me recordaron a Martina, y los compré.

—Pues acertaste, porque son preciosos. —añade Martina.

—Como tú.

—Buffff, qué pastelosos, me parece que te ha cazado, hermanito.

—No me importa, si lo dices para chincharme no lo consigues. Estoy encantado.

—¿Y si cambiamos de tema? —protesta mi chica.

—No es malo, cuñada, me encanta verle así. ¿Vendréis a la casa el fin de semana de su cumpleaños?

—Sí, le he dicho que iríamos, aunque sin conocer a tus padres y con vuestros amigos…

—Te van a encantar, pero si quieres ven a casa a cenar el viernes e invitamos a mis padres, así te resultará menos violento.

—No sé, ya veremos. El viernes trabajo por la tarde, no me parece que sea adecuado ir a deshoras.

—Como quieras, cuñada.

—Tíiiiooooooo —las miro a las dos con cara de circunstancias y acudo hacia donde suena la voz de una de las mellizas terremoto.

—¿Qué pasa ahora?

—Irene no me deja que coja ese coche que tiene Marco.

—Vamos a ver, Dana, ¿si lo tiene Marco como te lo va a dejar Irene? Tú tienes tus cosas, ¿por qué no juegas con lo tuyo? Tienes la mesa de dibujo para ti sola, hazle un dibujo a tu madre o a Martina, o

a mí. Sé que lo haces muy bien.

—Vaaaleee. ¿Qué te dibujo? No, mejor le hago uno a Marco.

—Lo que quieras, pero sin peleas. Además, pronto es la hora de irse.

Cuando mi hermana y las niñas se marchan, el peque se acerca y me pregunta:

—¿Me quedo aquí hoy?

—No, cariño, mañana te toca el uniforme y mamá no lo ha traído.

Baja la vista al suelo un poco enfurruñado y añade:

—¿Te quedas tú en casa?

—No, ya sabes que yo me quedo cuando mami tiene guardia. Hoy te toca cuidarla a ti. Tú eres quien lo hace si no estoy yo, quedamos en eso, ¿recuerdas?

—Jo, pues es un rollo. A mí me *guzta* que te quedes siempre, porque ¿quién me cuida a mí cuando tú no estás? —me deja sin argumentos y trato de sacar una respuesta rápida y satisfactoria.

—Cariño, tú eres mayor, eres el chico y mamá está contigo, os cuidáis el uno al otro. No te enfades porque sabes qué fue lo que decidimos cuando…

—Ya, pero no es *juzto*.

—Las cosas no son siempre como queremos, Marco. Venga, me prometiste que cuando yo no estuviera te encargarías de mamá.

—Pero es que quiero que estés siempre. —Martina me mira. No sé discernir qué dicen sus ojos y no sé si quiero saberlo. Antes de que articule alguna palabra, añado:

—A ver, Marco, eso no es algo que esté en tu mano. Los adultos tenemos que tomar decisiones que a veces ni siquiera nos gustan a nosotros, pero hay que hacerlo porque es lo mejor para todos.

—¿Para quién? Si tú *queres* quedarte, mamá *quere* que te quedes, porque cuando tú estás ella se ríe más, y yo *quero* que te quedes, ¿cuál es el *probema*? —joder con el niño.

—No es tan fácil, aunque lo parezca. —Ahora soy yo quien cruza la mirada con su madre, que ahora parece enfadada

—Marco, ni Samuel ni yo tenemos que darte explicaciones —contesta su madre—. Las cosas van a seguir tal y como están, a menos que quieras que ni siquiera se quede los días que yo tengo guardia. Si es eso lo que prefieres, dilo y acabamos aquí y ahora con esta discusión que no deberíamos tener con un niño de cuatro años.

—Nooo, por favor. Mami, ¿no *queres* que se quede con nosotros? ¿O eres tú quien no *quere* quedarse? —me pregunta casi al borde del llanto.

—No es eso, cariño —contesto con el corazón encogido—. No se trata de que queramos o no, pero los mayores tenemos otros ritmos

para hacer las cosas. ¿Qué pasaría después si empezamos a vivir juntos y descubrimos que no nos gusta hacerlo? Nos haríamos daño. Eso puedes entenderlo ¿verdad?

Se queda pensativo sin añadir ninguna cosa más, pero sus enormes ojos castaños brillan inundados de lágrimas que no quiere derramar. Se acerca a mí y me abraza. Me agacho para poder abrazarlo mejor y me susurra muy bajito al oído que quiere un papá y que quiere que sea yo. No sé ni que decir, solo consigo abrazarlo con fuerza y dejo algunos besos en su pelo.

—Marco, estaría encantado de serlo, pero quizás sea pronto para plantearnos eso. Eres muy listo para lo pequeño que eres, seguro que entiendes que para todo hay un tiempo, y mamá y yo llevamos muy poco juntos. No quiero que llores, nos pones muy tristes a tu madre y a mí. No te sigas preocupando por cosas de mayores y disfrutemos todo el tiempo que pasemos juntos, ¿vale, colega?

—Vale —contesta sorbiendo por la nariz, frotándose los ojos con sus pequeñas manos pero sin separarse de mi abrazo. Tras unos segundo más, me suelta y se acerca a su madre, que también parece emocionada. La abraza y le pide perdón, le dice que la quiere y que intentará no decirlo más. Ella lo acoge en sus brazos sin dejar de besarlo y acariciar su pelo oscuro y brillante.

Cogen los abrigos, pero cuando voy a hacerlo yo para llevarlos a casa, me dice que no hace falta, que ha pedido un taxi. No me gusta nada que haga eso, pero con lo que ha pasado con el niño creo que es mejor no insistir. Me despido de ellos en el portal cuando el coche que han pedido para junto a la acera. Una sensación agridulce me encoge el estómago.

9

Caminar es la mejor medicina de un hombre.

(Hipócrates)

El derecho se reduce a regular las acciones externas de los hombres y a hacer posible su coexistencia.

(Inmanuel Kant)

Martina

Soy consciente de que no le ha gustado nada que tomara un taxi, pero después de lo que ha pasado con el niño no se ha atrevido a decir nada. No me gusta nada el cariz que están tomando los acontecimientos. Marco está haciéndose un lío y no es lo que yo pretendía, No esperaba que se encariñara con él hasta el punto de decirle lo que le ha dicho; no sé si creerá que no lo he oído pero sí lo he hecho, y también lo que le ha contestado. Tengo que tomar una decisión y pronto, no quiero que ninguno de los dos sufra innecesariamente. Marco es muy pequeño, y si esto no funciona lo olvidará, pero Samuel ya es otra historia, se está involucrando demasiado y no me gusta. Bueno, en realidad sí que me gusta, pero sigo pensando que mi vida está hipotecada. Si Guillermo se entera de lo nuestro, cuando salga irá a por él, no puedo permitir meterlo en ese embolado por una actitud egoísta por mi parte. Me encanta estar con él, me hace sentir especial, el cruzarse en mi vida ha sido un regalo inesperado, pero no puedo seguir así.

Llegamos a casa y, después de la ducha de Marco, preparo una frugal cena, porque tras la merienda más que copiosa no tenemos demasiada hambre. Al acostarlo le leo su cuento favorito, pero apenas presta atención porque no para de hablar de Sam hasta quedarse dormido, mientras un puño de acero atenaza mi estómago y mi corazón.

En algún lugar mi móvil emite un pitido anunciando la entrada de un mensaje, que intuyo de quién puede ser. No sé si dejarlo sin mirar

o verlo y hablar con él. Joder, por qué ha de ser todo tan difícil. Es un hombre increíble, atento, dulce cuando debe, se preocupa por mi hijo, y en la cama mejor ni pensarlo si no quiero darle uso a mi compañero de pilas. Ha conseguido en apenas dos meses lo que no recordaba haber sentido nunca. Me hace parecer la única mujer del Universo, olvidándome de mis imperfecciones, de mis kilos de más, de las cicatrices que afean mi cuerpo. Cuando lo pienso, tengo la sensación de que ocurrió en otra vida cuando ese malnacido las dejó para siempre en mi piel y en mi alma, las peores de todas. No quiero condenar a Samuel a una vida donde tengas que mirar por encima del hombro, o a vivir a miles de kilómetros de su familia y sus amigos huyendo de una amenaza. Sé que no me lo dice, pero no le importaría que viviéramos juntos, pero las dudas que me abordan son mucho peores que las cosas buenas que supone estar con él.

Tras unos cuantos insistentes pitidos del móvil y un puñado de alertas en la pantalla de mi reloj inteligente, avisándome de que es Sam quien insiste tanto, oigo la melodía que tengo asignada a su contacto.

—Hola, pensé que no lo cogerías. Estoy con el abrigo y las llaves del coche en la mano para ir a tu casa.

—No hace falta, estaba en el baño y el teléfono seguía en el bolso —miento muy a mi pesar.

—¿Me explicas qué ha pasado? Me has dejado con una sensación en el cuerpo que no me gusta nada.

—Lo siento, pero es que está ocurriendo justo lo que no quería, ya lo sabes. Te lo dije desde el primer momento, no quiero que sufras, ni tú ni por supuesto mi hijo. Yo…

—Martina, ¿Estás dejándome? ¿Me estás diciendo esto por teléfono?

—Noo. Bueno, creo que no, pero no quiero hacerte daño y si seguimos juntos eso es lo que va a pasar. No debimos meter al niño por medio, al menos tan pronto. Se ha hecho una idea equivocada.

—¿Cuál es la idea equivocada que se ha hecho? ¿Que me encanta pasar el tiempo con él? ¿Que me vea como a un padre es una idea equivocada? Martina, cariño, es que eso es lo que quiero, lo que deseo con todas mis fuerzas, que él lo haga y tú también. ¿Todavía no te das cuenta? Martina…

—No creo que esta conversación sea para tenerla por teléfono. Mejor lo hablamos cuando nos veamos mañana. En frío lo veremos desde otra perspectiva, tanto tú como yo.

—No se te ocurra colgarme, Martina. —Guarda silencio unos segundos, solo alcanzo a oír su respiración—. *¿Qué es lo que deseas tú?* —Acierta a decir al fin—. *¿Quieres que dejemos de vernos? ¿Eso es lo cómodo para ti? ¿No puedes ni por un momento salir de tu zona de confort y apostar por ti, por lo que sientes? ¿Crees que no sé que sientes lo mismo*

que yo?

—¿Pánico? ¿Eso es lo que sientes tú? Un miedo visceral a enamorarme más de ti, si es posible y que luego me lo arrebaten todo; a ti, a mi hijo, a mi familia.

—Eso no va a pasar. Y tienes razón, no es una conversación para tenerla por teléfono. Martina, preciosa, confía en mí, en nosotros, en esto que no quieres calificar y que cada día es más intenso. Lo sé porque es lo mismo que siento yo, pero a mí no me da miedo saltar al vacío, y si hace falta, tejeré con mis propias manos una red tan grande como tus miedos para que te lances sin preocuparte por nada, porque yo estaré ahí abajo, esperando con los brazos abiertos para cogerte.

Ni siquiera puedo articular palabra para responder a lo que me acaba de decir. Ahora el nudo es más grande y aprieta con intensidad mi garganta, impidiendo que de ella salga una sola frase.

—Martina, cariño, ¿sigues ahí?

—Sí —consigo articular— *Es que no sé qué decir, salvo que me gustaría tener las cosas tan claras como tú. Pero mi pasado y el tuyo no son iguales, no tienen nada en común y no puedo evitar tener esas dudas.*

—Por eso estoy aquí.

Llaman a la puerta y a continuación escucho una llave entrar en la cerradura. No tengo que ir para saber quién es.

—Martina… —Aparece Sam en la entrada, con el móvil en la mano y la angustia reflejada en su rostro.

Me acerco a él sin saber muy bien que hacer, pero acorta la distancia que nos separa y, tras cerrar la puerta y guardar la llave en el bolsillo de su abrigo, tira de mí para abrazarme como solo él es capaz de hacer. Sí, ya lo sé, los abrazos son abrazos y todo el mundo los da y recibe, pero lo que me hace sentir cuando estoy entre sus brazos solo lo consigue él.

—¿Pero qué haces aquí?

—Cuando os habéis ido, una sensación muy extraña se ha apoderado de mí y no he podido evitar venir, más cuando no contestabas a ninguno de mis mensajes. No quiero separarme de ti, ni del niño. No puedo, Martina. No nos hagas esto.

—No estoy intentando romper contigo, no es lo que deseo. Ocurre que cuando me encuentro sola en casa, un millón de dudas asaltan mi mente, pero no puedo decir simplemente sí a lo que quieres. Ya sé que lo piensas y no es por falta de ganas, sería lo más cómodo, sobre todo para mí, pero no es lo justo. No estaría siendo justa contigo.

—¿Y si para mí resulta que sí lo es? Creo que has oído a Marco, por eso te has puesto así, ¿me equivoco?

—Es cierto. Solo tiene cuatro años, ¿cómo puedo negarle algo así? Es un niño que nunca debió tener un padre como ese.

—Es que ese no es su padre. ¿Cómo puede un niño no recordar a su

padre? No lo recuerda porque ni siquiera se molestó en estar con él. Por muy pequeño que fuera algún recuerdo debería tener y me consta que no los tiene. Martina, déjame ser parte de tu vida, de vuestra vida. Por favor. No nos niegues a los tres la oportunidad de ser felices.

Vuelvo a no poder contestar, pero esta vez mis lágrimas no dan tregua y arrasan mis ojos, que se inundan sin poder evitarlo. Dios, lo que me hace sentir Sam es tan fuerte que no puedo controlarlo. Tengo que hablar con él, contarle lo de la oferta de trabajo, pero…

—No pretendo hacerte llorar, es lo último que desearía, pero creo que con nuestra edad dos meses son más que suficientes para darnos cuenta que lo que siento por ti no es un capricho, ya te lo dije la primera vez que estuvimos juntos y ni sé muy bien cómo me atreví a decir eso tras la primera vez que hicimos el amor. Nunca me había pasado nada igual. Contigo todo es cómodo, familiar, y no me apetece despegarme de ti ni un segundo. Puedo sonar intenso, pero necesito que lo sepas de una vez, Martina.

—No digas nada más, por favor, no lo hagas. Sigamos como hasta ahora, ¿vale? Paso a paso, segundo a segundo. Es lo único que puedo darte por el momento sin miedo a arrepentirme y a hacerte daño.

—Está bien, respeto tu decisión. Ya que hemos aclarado esto, me vuelvo por donde he venido. Hasta mañana, preciosa.

—Quédate. Es tarde y…

—No quiero que te sientas obligada a decirme que me quede. Me he arriesgado a venir pero solo quería dejar esto bien.

—No me estás obligando, de todas formas en unas horas vendrás a buscarme. No te vayas por favor. Necesito que te quedes, quiero sentirte a mi lado. Deseo que mañana al despertar mi cama no esté vacía y tu olor no se haya ido, que el calor de tu cuerpo me acompañe esta noche.

—¿Me está usted proponiendo alguna cosa, doctora?

—Tendrás que quedarte para saberlo, señoría.

Hicimos el amor de la forma más sublime y dulce que lo habíamos hecho hasta ahora, y a pesar del cansancio, de no haber dormido casi nada, cuando mi despertador sonó nos sorprendió enredados de nuevo en una danza de caricias y besos. He perdido la cuenta de las veces que nos hemos abandonado en el cuerpo del otro, de los orgasmos que me ha regalado. Solo sé que, pese al cansancio, mi cuerpo sigue extrañándole cada vez que sale de mí. Así que esta vez, la última, he sido yo quien ha encendido la llama y me he acoplado encima de su cuerpo para sentirlo con toda la profundidad que me apetece, subiendo y bajando, notando cómo su sexo se estremece cada vez que el mío le absorbe, sintiendo sus manos en mis pechos, sensibles tras tantas caricias de diferente intensidad, arrancándole gemidos con su

último orgasmo que nos ha arrasado a los dos con un tsunami de placer sin apenas esperarlo, cuando nuestros cuerpos han decidido que ya era el momento de acabar, de decir hasta aquí.

—Eres un peligro, doctora Gutiérrez. Cuando cogí el coche camino de tu casa, no imaginé que esta noche sería tan especial. Gracias por todo. —dice besándome la punta de la nariz, a la vez que sus manos acarician mi pelo y mi espalda.

—Tampoco creí yo cuando salí de tu casa que iba a estar sin dormir una noche más. Gracias a ti por hacer que vea las cosas de otra manera.

Libero su cuerpo y me voy hacia la ducha dejando a mi paso un reguero de fluidos corriendo por mis piernas. Hoy tengo que cambiar las sabanas y, si me apuras, hasta el colchón. Menuda nochecita. Pero me siento pletórica. Creo que no me va a borrar la sonrisa nadie en un siglo.

Se mete conmigo, pero esta vez ya no jugamos más, no hay tiempo y además yo ya no puedo más. Imagino que él no estará mucho mejor. Solo besos y suaves caricias nos acompañan en este momento.

Termina de ducharse antes que yo, y sale del baño, ya vestido, a preparar nuestro café. Le oigo susurrar en la cocina e imagino que mi hermana acaba de llegar. Mis sospechas se confirman cuando me asomo a la puerta y los veo a los dos hablando junto a la mesa.

—Hola, hermanita, ¿tienes guardia otra vez?

—Sabes que no, ayer tuvimos un momento raro y vino para hablarlo. Al final le pedí que se quedara.

—Tu hermana puede ser muy convincente algunas veces —añade Sam, rodeando mi cintura con su brazo y dejando un beso en mi pelo húmedo.

—No sé si es solo tu compañía o lo que le haces —dice mi hermana enarcando una ceja—, pero está preciosa y sonríe como no había visto en años. Hasta sus ojos parecen más claros. Haz el favor de seguir así, Sam, no quiero que la Martina triste y taciturna regrese de donde la hayas metido.

—No hago nada especial, solo valoro lo que tengo a mi lado. Parece ser que hace mucho tiempo que no ocurría. —Carol va a decir algo pero Sam no la deja— No me refiero a vuestra familia, por supuesto. Ya sabes por qué lo digo.

—Si por nosotros hubiera sido, ese hijo de puta habría salido de su vida antes de entrar, pero imagino que ya la vas conociendo y habrás podido observar que aceptar consejos no es lo suyo.

Sonríe y no dice nada más. Me apremia para coger el abrigo y mis cosas para que nos vayamos lo antes posible si no quiero llegar tarde. Entro al dormitorio y saco una bata limpia del armario, cojo mi

maletín con el portátil y salimos pitando después de despedirnos de mi hermana que nos dice que se encarga de los niños hoy para que nos tomemos un tiempo. Va a llevarlos al parque cuando salgan del cole aprovechando la bonanza del tiempo.

De camino al hospital no hablamos demasiado, todavía hay temas pendientes, pero no es el momento de sacarlos a relucir.

—Te recojo a las tres.

—No hace falta, Sam, pareces mi chofer. No me gusta que estés todo el día llevándome y trayéndome. Puedo irme con Iván.

—No te he pedido permiso, solo te he dicho que te recojo. Me gusta hacerlo y así paso rato contigo. Cuando salga preparo algo y comemos en mi casa. Seguimos teniendo cosas pendientes.

—Claro, pero cada vez que estamos juntos no es precisamente hablar lo que terminamos haciendo.

—Hoy vamos a hablar, te lo juro, aunque me tengas que atar a la silla.

—Mmmm, no sé si esa idea me gusta más…

—Martinaa —gruñe entre dientes.

—Es broma. Hablaremos, y te escucharé.

—Está bien. Hasta luego, preciosa. —Me acerco a sus labios para dejar un beso breve de despedida momentánea, pero tira de mí para abrazarme y hacerlo más intenso.

Nos despegamos cuando mi reloj me advierte de que quedan diez minutos para que tenga que estar en mi puesto. Deja una caricia en mi cara y abre la boca para decir algo, pero en el último momento parece arrepentirse y queda suspendido en el aire. Los dos sabemos lo que es, pero ninguno de los dos se atreve a decirlo. Todavía es pronto. Más para mí.

Cuando entro a la zona de personal, me encuentro a Iván saliendo del vestuario y me saluda con un beso cariñoso, como siempre. Me dice que viene directamente de dejar a Alba en su trabajo, hoy entraba temprano para acomodar las cosas nuevas. Se le ve feliz. También se quedó a dormir con ella anoche.

—¿Café?

—No, ya he tomado uno con Sam. Durmió anoche en mi casa.

—Anda, qué callado lo tenías.

—Discutimos o algo parecido ayer. Me envió unos cuantos mensajes que no respondí, y mientras me llamaba por teléfono se presentó en mi casa. Hablamos y...

—Follasteis como animales, si le hago caso a tu sonrisa y al color de tu cara.

—Joder, qué bestia eres. Pero sí, hasta hace tan solo un rato, por si quieres satisfacer tu morbosa curiosidad.

—¿Toda la noche?

—Casi toda. Dormimos a ratos, pero no mucho.

—Joder, tía, eres mi heroína y Samuel el puto amo.

—Pues nada, felicítalo cuando lo veas, no te jode.

—A mí no, a ti, guapa. Estás radiante. A propósito, ¿por qué discutisteis? Ya en serio, Marti; ese tío está loco por ti, daría cualquier cosa por estar contigo. No lo estropees.

—Lo sé, y eso es peor aún, ¿Y si no soy lo que él espera de mí? ¿Y si no puedo corresponderle? Ya sabes que soy una tarada emocional.

—Deja de usar la palabra *tarada*, es muy injusto. Has estado herida emocionalmente, pero desde hace dos meses veo a una mujer decidida, que le brillan los ojos, que tiene ganas de disfrutar y de vivir. Ya no eres la Martina con falta de autoestima, dolida y apaleada, Ahora eres tal y como cuando te conocí en la facultad. Ha desaparecido esa mujer que estaba mutilada, escondida dentro de una apariencia débil y frágil, que para nada correspondía con la mujer que yo conocí y que hoy tengo delante. Claro que te costará en algunas ocasiones, pero en esas es cuando has de apoyarte en él, en mí, en tus amigos, en tu familia. En los que siempre, y digo *siempre*, te dijimos Marti, por ahí no…

—Gracias por todo, Iván. Por no soltarme ni un segundo de la mano, porque eres mejor que cualquier ayuda, porque sé que podré contar contigo para la eternidad. —Me abraza y me dejo llevar con el corazón encogido y unas ganas enormes de llorar. Pero en esta ocasión es de gratitud, por esa amistad que sabes que nunca te fallará.

—Ni se te ocurra llorar, no quiero que nada empañe hoy tu sonrisa. Y venga, doctora, a trabajar o nos echarán de este negocio. No sé tú, pero yo tengo una mañana completa.

—Yo también. Hoy tienen visita Juanrra, el chico del hematoma, y Lía, la mami del accidente vascular.

—Verlos aquí es buena señal, cariño.

—Esta mañana decidí que nadie me quitaría hoy la sonrisa, así que será un buen día.

—Así me gusta verte. ¡Sí señor!

La mañana transcurre pasando consulta y visitas. Todos mis pacientes están mejorando a ojos vista, Juanrra sigue con su rehabilitación y está francamente bien. Quizás tengan razón aquellos que dicen que ver las cosas con optimismo consigue que todo salga bien. En los ratos libres mi mente vuela a kilómetros de allí, donde un juez macizo se dedica a cumplir sueños de otras personas restaurando viejos coches oxidados. Recuerdo su sonrisa, sus ojos oscurecidos por el deseo o por alguna preocupación. Es un detalle del que no me había dado cuenta y que ahora caigo. Podría dibujar, —si supiera, claro— cada rasgo de su rostro con los ojos cerrados.

—Martinaaa, despierta. Parece que estás en la luna —Iván ha entrado en mi consulta con una lata de refresco en la mano y ni me había percatado de su presencia— ¿Quieres un trago?

—No, gracias, no me apetece. Perdona, pensaba...

—En un juez empotrador.

—Es posible. —Se sienta en la silla reservada a los pacientes y cruza los pies encima de la mesa. Es casi la hora de irnos y no hay planificada ninguna consulta más—. Me parece que estoy más pillada de lo que pretendía. Me gusta mucho, ¿sabes?

—¿Y dónde está el problema? No estáis casados, es un partidazo, al igual que tú... Ahhh, ya sé; sigues sin contarle lo tuyo. Marti, por favor, hazlo ya. ¿Qué pasó ayer para que discutierais?

Le relato todo lo que ocurrió en su casa, lo que dijo Marco y lo que Sam le contestó. Da por sentado que era lógico que el niño quisiera ver en él una figura paterna, porque lo trata como tal. Continúa diciendo que deje de estar asustada y me lance de una vez, casi usando las mismas palabras que Sam utilizó también. Le prometo que lo hablaremos y me contesta que si no lo hacemos se lo dirá él. También le desvelo que al final me he decidido y voy a ir a su cumpleaños, pero necesito que me eche una mano para ver qué le compro.

—No tengo ni idea de qué regalarle. No sé si habrá alguna miniatura que no tenga y le haga especial ilusión. Estoy completamente perdida, Iván.

—Pregúntale a su hermana, parece que con ella tienes algo de confianza, ¿no?

—Bueno, hemos quedado más de una vez, es muy simpática y está encantada con que estemos juntos, o eso parece. Hablaré con ella. O mejor aún, ¿qué te parece si encontrara algún viejo coche que le guste, uno de esos hechos polvo para que lo restaure?

—Tengo entendido que algunos modelos pueden ser muy complicados de encontrar, aunque yo no soy ningún experto en el tema, pero si puedes permitírtelo, ¿por qué no?

—Hablaré con su amigo el del taller.

A las tres en punto, tal y como prometió, el Porsche de Sam con él apoyado en la puerta espera en la salida, muy cerca de donde sabe que paso para ir con Iván a buscar su coche. Mi amigo se acerca para saludarlo y tras dos o tres breves frases de cortesía, se despide y sigue el camino hasta su coche. Cuando Iván se da la vuelta, Sam me abraza por la cintura para dejarme pegada a su cuerpo, con su frente apoyada en la mía, susurrando un *te he echado de menos*.

—Y yo a ti. Podría acostumbrarme a esto todos los días. Y todas las noches.

—¿Estás cansada?

—Un poco, pero no me importa. La energía que he derrochado toda la mañana no la disfruto ni tras dormir diez horas seguidas.

—Eres tan bonita. —Bordea el perfil de mi cara con sus dedos, hasta posarlos en mi garganta. Solo ese hecho me hace estremecer.

Vuelve a unir sus labios a los míos y tras unos segundos en los que no nos podemos ni queremos despegar, volvemos a la realidad cuando nos sobresalta el estridente sonido de la bocina un coche que el Porsche mal estacionado de Sam está entorpeciendo la salida. Nos reímos tras el sobresalto del pitido y entramos en el coche casi a la carrera, para salir de allí como si fuéramos dos delincuentes después de asaltar un banco.

Al abrir la puerta de casa de Sam, un maravilloso olor a comida asalta a mi hambriento estómago. Casi relamiéndome, tomo el pasillo camino al baño para lavarme las manos y la cara. Antes he dejado mis cosas en el armario de la entrada junto con los zapatos.

—Espero que te guste como me ha salido el risotto. Hacía tiempo que no lo cocinaba y me apetecía.

—Seguro que sí. Tengo hambre así que muy malo ha de estar para que no me guste —respondo elevando la voz desde el baño—. Lo que has cocinado para mí hasta ahora estaba bueno. Ya sabes que lo italiano es lo mío.

Ponemos la mesa sin perder la oportunidad de rozarnos a la mínima ocasión. Me he quitado el pantalón vaquero y me he quedado vestida tan solo con el jersey y la braguita. Sé que le gusta verme así, y a mí, por primera vez en la vida, no me importa y no me siento incómoda sin ropa. No sé cómo lo consigue pero lo hace.

—¿Estás bien, preciosa? —pregunta cuando nos hemos sentado en la barra de desayuno para un almuerzo informal.

—Perfectamente. Solo pensaba.

—¿Y es algo que puedas compartir conmigo? Porque parece algo bueno a juzgar por tu sonrisa.

—Pensaba que no sé cómo consigues que me sienta cómoda con mi cuerpo. Soy lo más alejado a la perfección y los cánones de belleza que imperan hoy día, pero contigo todo eso se me olvida. Mírame; en mi vida he deambulado por casa en bragas y jersey, y sin embargo, con solo dos meses has logrado que no me importe nada.

—Martina, ¿qué es la perfección? Para mí tú eres la más perfecta de las mujeres, la única que me importa, a la única que quiero adorar, idolatrar y amar. No he hecho nada para que te sientas así, solo quiero que te veas como lo hago yo. Ven —me agarra de la mano y me lleva hasta el espejo que hay en el vestidor—. Mírate. Eres preciosa, eres una madre maravillosa, Marco te adora, una profesional excepcional, una mujer increíble. Haces que para mí cada día tenga un nuevo

sentido, que levantarme por las mañanas no sea una sucesión de horas sin motivo. Eres la culpable de que sonría todo el tiempo como un idiota, y no quiero que te menosprecies nunca más porque eres preciosa, tanto por dentro como por fuera. ¿ENTENDIDO?

—Te vuelvo a repetir que eres el único que consigue que me sienta así. Dejemos ya este tema, por favor. Vamos o se enfriará la comida, y me apetece probar ya ese risotto.

—Venga. —Me da un cachete en el culo cuando me suelta de su abrazo, y sonríe con picardía al hacerlo—. Es que tienes un culo que mmmm... No sé si ir a comer o pasar directamente al postre.

—Nooooo, déjame descansar —respondo mientras salgo corriendo del dormitorio y llego a la cocina para sentarme en la barra.

—Bromeaba. No te pienso tocar hasta que me supliques, doctora.

—¿Cómo dices? No te lo crees ni tú, pero es cierto que me gustaría descansar un poco después.

—Lo sé, no te preocupes, ¿crees que yo no estoy agotado? Pero no te confundas, estaría toda la noche otra vez amándote. En mi vida me he sentido tan bien como desde que estamos juntos.

Comemos en silencio con la música de una voz femenina que desconozco sonando de fondo. Le pregunto intrigada y contesta que es Nora Jones y la canción se titula *Sunrise*.

—Es preciosa esta play list.

—Como tú. —Sonrío como una boba— Martina, deberíamos aclarar algunas cosas.

—Lo sé pero no quiero discutir ni enfadarme. Ayer me pilló todo de sorpresa, no esperaba que Marco te dijera eso y que tú le contestaras como lo hiciste. No sé, a veces siento vértigo al mirar atrás y ver que solo llevamos juntos unas semanas. Lo que tengo contigo es lo más intenso que he vivido jamás, sin embargo sabes que mi futuro es incierto y aun así quieres que planeemos cosas juntos. Has «adoptado» —hago el gesto de las comillas— a mi hijo sin que nadie te lo pida. Espera, déjame seguir —lo interrumpo cuando quiere añadir algo—. No es que no me guste, en realidad estoy encantada, nunca he visto a Marco así de ilusionado, te ve como la figura paterna que falta en su vida, y yo pensaba que lo estaba haciendo bien, tan bien que no necesitaba un padre, pero me he dado cuenta de que no es así. Ve a su primo con su padre, a sus amigos del cole con sus padres y… De repente me da un miedo atroz a que todo sea un espejismo, que un día Guillermo salga de la cárcel y este momento de nuestras vidas, esta felicidad... —Noto mis ojos y mi garganta arder, impidiendo que pueda seguir hablando. ¿Por qué ha de ser todo tan complicado?

—Shhh, no llores, por favor, no puedo verte llorar. No tengo ni idea de si es normal o no que necesite una figura paterna, pero sí

puedo garantizar que si la necesita no es porque no lo estés haciendo bien, simplemente Marco es muy listo e intuye que nuestra relación va bien, aunque ni tú te lo creas. Te dije en su momento que no hace falta que le pongas nombre, que no nos etiquetemos, pero después de estos meses ya no puedo decir lo mismo. Te he dicho que me levanto por ti cada mañana, que el único tiempo que merece la pena es el que pasamos juntos, los tres o tú y yo. No voy a ir a ningún lado donde no estéis, porque mi vida sin vosotros ya no es lo mismo, y no voy a permitir que nadie os haga daño. —Ha acercado su silla a la mía para atrapar mis manos entre las suyas sin dejar de acariciarlas.

Una vez ha terminado de hablar me abraza con ternura, acariciando mi pelo y mi espalda, y por una vez, o muchas desde que estamos juntos, dejo que todas mis malas sensaciones se desprendan de mi alma y me dejen vivir feliz.

Poco a poco, no sé cómo, mi energía se renueva y una positividad que no conocía se apodera de mí. Soltamos el abrazo y me incorporo, me seca las lágrimas y deja un dulce beso en mis labios.

—¿Te sientes mejor?

—Mucho. Tienes razón. Estamos juntos ahora y eso es lo importante. No quiero hacer planes a largo plazo, ¿es posible?

—Se hará como tú quieras. Pero si por alguna casualidad organizo algo para tres o cuatro días ¿me dejarás que lo haga sin enfadarte? ¿Tienes posibilidad de coger algunos días?

—Sí, por qué no. ¿Solos?

—Como prefieras. Para mí, Marco es parte de ti, y sí, tienes razón, lo he «adoptado» —repite con los dedos el gesto de las comillas que yo había hecho antes—, porque es un niño adorable, me encanta y es una forma de conocerte y pasar más tiempo contigo. No es algo que fuera premeditado, sin embargo desde el primer día me enamoré de él... —deja la frase inconclusa, sé lo que va a decir a continuación, pero no sé si estoy preparada— Y de ti.

—Joder, Sam. ¡A la mierda! —Me levanto del taburete y me coloco entre sus piernas mirándolo a los ojos, que brillan como nunca antes había visto—. Yo también estoy enamorada de ti, aunque me aterre pensarlo, porque en realidad no sé si ha sido hoy, hace cinco minutos, anoche o la primera vez que te vi, pero intentar negarlo es una soberana estupidez, ya que imagino que mis hechos me delatan. Esto no significa que se me vaya la cabeza y pueda lanzarme al vacío como tú me pides. Soy científica y tengo que analizar todo hasta sus últimas consecuencias, no puedo evitarlo.

—En eso reside parte de tu encanto y personalidad. No imaginas lo que supone para mí que lo reconozcas. Sabía que tus sentimientos eran iguales a los míos, pero oírlo salir de tus labios es simplemente increíble. No puedo expresar la de veces que he estado tentado a

decírtelo y he terminado mordiéndome la lengua. No pretendo asustarte, no puedo permitirme que salgas corriendo y huyas de mí, ya te he dicho que mi vida sin ti, sin vosotros, ya no tiene ningún sentido. —Me mira a los ojos muy serio, casi emocionado, hasta que de repente cambia el semblante y comienza a sonreír—. ¿Entonces me das carta blanca para que organice algo? ¿Te parece bien la semana después de mi cumpleaños?

Después de dar muchas vueltas al asunto, por fin me he decidido a llamar a su amigo Isma y preguntarle por el coche que más le gustaría tener a Sam. Me dice que siempre le ha gustado el SEAT Sport 1430, al que apodaban *bocanegra*. No tengo ni la más remota idea de a qué coche se refiere. Me dice que puede averiguar alguno pero que para un regalo de cumpleaños resultará algo caro, se fabricaron muy pocos y los que quedan están muy cotizados. Al final, tras hacer números y ver que me lo puedo permitir si no se dispara mucho del presupuesto, le digo que lo busque. Tengo ahorrado el dinero de la indemnización que Guillermo tuvo que pagar y algo más. A fin de cuentas, apenas tengo gastos al vivir en el piso de George.

He conseguido que Sam me deje algún tiempo libre y he quedado con Iván para ir al taller y que Isma me enseñe el coche.

—Es un regalo que le va a encantar, quizás el que más, nos lo vas a poner muy difícil a los demás, así que para no quedar tan mal, he pensado en regalarle algunas de las piezas que le van a hacer falta, ¿qué te parece?

—Si te soy sincera me parece una auténtica chatarra. Le falta el parachoques trasero, la puerta del acompañante, la pintura es una ruina, las llantas están oxidadas y en el interior parece que ha vivido un indigente, pero vosotros sabréis, yo no tengo ni idea de coches, ni nuevos ni antiguos. No es algo que me guste mucho, aunque Sam es capaz de transmitir su entusiasmo a cualquiera. Y cuando mi hijo lo vea seguro que también le va a gustar.

—Samuel me ha dicho que a tu hijo le encantan los coches.

—Sí, no pueden ser más afines.

—Se le ve muy bien desde que estás con él, nunca lo he visto así de animado. —Iván me mira y ya sé por dónde va, pero me hago la loca.

—Estamos bien, es cierto. Sam es un encanto y estar con él es muy fácil.

—No te creas, también ha tenido momentos no tan buenos.

—Como todos, imagino.

—Bueno, pues si estás de acuerdo en todo, no tienes más que firmar el contrato de venta y ya está. Yo me encargaré de transportarlo y guardarlo. Se va a volver loco, y también se va a enfadar, pero seguro que sabes conformarlo, las mujeres sois muy persuasivas. —dice sonriendo, haciendo que Iván se ría con la ocurrencia.

—No pienso estar delante cuando se lo des, no voy a permitir que me uses de escudo.

—No me hace falta un escudo, cobarde, vaya amigo que tengo.

—Ja, ja, ja, ¿os conocéis hace mucho? —pregunta Isma.

—Un millón de años. Pero con ella cada día es una sorpresa —responde Iván.

—Es un exagerado, yo también tengo que comerme tus marrones cuando toca, *amigo,* así que ahora te aguantas.

Salimos del taller con los papeles bajo el brazo, que luego tendrá que firmar Sam para cambiarlo de nombre. No he podido hacerlo yo, y al pagarlo en efectivo no hay problema. Caminando por la acera en busca de su coche aparcado a pocos metros, le propongo a Iván que vayamos a comer. Acepta sin dudar, pero con la condición de que sea cerca del lugar de trabajo de Alba. Hoy es su cumpleaños y aunque lo celebren por la noche, quiere darle una sorpresa ahora y llevarle una flor.

Me voy camino al restaurante y él hacia la tienda donde trabaja su chica. En unos minutos llego a la puerta del establecimiento subida en un taxi, me siento en una mesa cerca de la entrada, pido un vino y me sirven una tapa mientras espero a mi amigo, que no tarda en llegar con una sonrisa de bobo que no le cabe en la cara.

El viernes por la noche es la cena que ha organizado para pedirle a Alba que se case con él, y aunque yo sé que le va a decir que sí, imagino que cuando vea lo que ha organizado le darán ganas de matarlo.

—¿Crees que me he pasado? —pregunta cuando el camarero toma nota de la comida.

—No, has pedido lo de siempre. ¿Estás a dieta? —Sé de sobra que no se refiere a la comida que acaba de pedir, pero quiero chincharlo.

—Ja, ja, qué graciosa. Sabes que no me refiero a eso. ¿Se enfadará Alba? Quizás debería haber planeado algo solo para los dos.

—Ya no tienes vuelta atrás, es mañana así que te aguantas. A veces eres tan extremista que das miedo.

—¿Tú crees?

—Sí. Pero le gustará, está loca por ti. No dudes nunca de eso.

—Ya, pero...

—No le des más vueltas, doctor Sánchez.

Terminamos de comer y se ofrece a llevarme a casa. Más tarde tengo que recoger a Marco y a Pablo, y llevarlos a las extraescolares. Pablo se quedará a dormir en casa esta noche y mañana lo hará Marco en casa de mi hermana. Como es la cena de Iván al día siguiente, ella cuidará de los niños hasta el sábado, cuando recoja a mi hijo para ir al cumpleaños de Sam.

Yo:

Hola, guapo, ¿ya en tu casa?

Sam:

Que va, mi hermana es incansable, no ha parado de hacer listas y comprar como si fuera una comunión. Estoy a un paso de dejarla sola e irme a ver a cierta morena que llevo unas horas sin ver ,y que seguro que me ha olvidado. ¿Qué tal con Iván?

Yo:

Iván está de los nervios, me da que se ha arrepentido. Todavía es capaz de cancelarlo todo, pero como lo haga Alba lo mata, te lo aseguro.

Sam:

¿Lo sabe ella?

Yo:

No, pero sospecha que se trae algo entre manos, aunque cree que tiene que ver con tu cumpleaños, pero no sé si se le habrá escapado algo o no, mi amigo no es muy discreto. Le ha hecho comprarse un vestidazo y no sé cuántas cosas más.

Sam:

Tu amigo es un caso.

Yo:

No sería él si no se metiera en estos líos.

Sam:

Preciosa, tengo que dejarte, esta pesada vuelve al ataque. No sé si podré pasar por tu casa más tarde. ☹

Yo:

No te preocupes, creo que podré superarlo, voy a estar en compañía de dos bombones, seguro que me cuidan bien. Te echaré de menos.

Sam:

No imaginas cuánto te echo de menos yo a ti. El fin de semana no te voy a dejar ni respirar.

Yo:

Eso habrá que verlo, señoría.

Sam:

No me tiente, doctora, o voy ahora mismo para su casa y la dejo sin ganas de retarme más.

Yo:

Uy, qué miedo.

Ya no dice nada más y yo tampoco. Me cambio de ropa para ponerme un vaquero hecho polvo y una sudadera de Harry Potter, que me trajo mi hermana de su ruta por los lugares donde rodaron la saga. Yo me quedé con las ganas, pero mi ex no quiso ir y yo no me quise *arriesgar* a ir sin él. En este momento me doy cuenta de todas las cosas que me perdí los años que estuve con él. Entonces no me daba cuenta de que realmente estaba condicionada por sus opiniones. Sin embargo, las veces que él iba de congresos o de viaje de fin de curso con los alumnos, porque siempre se iba él, le importaba un bledo si a mí me gustaba o no. Joder, cómo llegó a manipularme. Durante años fue cuestionando mis decisiones y anulando mi voluntad poco a poco, casi sin que me diera cuenta, hasta que ya fue demasiado tarde. ¡Qué idiota fui!

Preparo un té y me siento un rato en mi sillón favorito con un libro en el regazo. Hace poco he comenzado a leer a Noah Gordon y lo cierto es que algunas obras suyas son espectaculares. Ahora estoy con *La doctora Cole,* el último de la trilogía de Rob J. Cole, y me está gustando tanto como *El médico.*

Es hora de recoger los niños. Los llevo a sus actividades extraescolares y me quedo en la cafetería del centro deportivo al que van. Vuelvo a sacar el libro y me sumerjo de nuevo en la vida de la doctora Cole y sus continuos conflictos de intereses, hasta que una profunda voz me saca de ella.

—¿Estás sola? ¿Te importa que me siente contigo?

—Sam, menuda sorpresa. ¿Qué haces aquí? —Se acerca a mi silla para dejarme un beso en los labios—. ¿Ya has acabado con tu hermana?

—La he dejado con mis amigos los mafiosos para que lo hagan ellos por mí. Un trabajo limpio y discreto. Parecerá un accidente.

—Ja, ja, ja, mira que eres idiota. Me alegro mucho de verte.

—Estaba aquí sentado antes de que entraras y no me has visto al entrar.

—¿En serio?

—No pasa nada. He estado un rato observándote, me gusta hacerlo

—Suena raro, no es por nada.

—No entiendo por qué, me gusta recrearme en la belleza y tú lo eres.

—Buff, mis bragas acaban de desaparecer por la forma en que lo has dicho y cómo me has mirado. Dios, cómo te gusta provocar.

—No era mi intención. Qué pena que no nos dé tiempo a llegar a casa de ninguno de los dos para comprobar lo de tus bragas, doctora.

—Calla, joder. Encima hoy estoy acompañada de dos fierecillas.

—Si quieres te llamo luego y hacemos…

—¿Sexting? ¿Eso me estás proponiendo?
—Suena morboso.
—No sé, creo que me gusta más sentirte de verdad.

Salen los niños y la conversación se queda en suspenso, Marco se vuelve loco cuando ve a Sam a mi lado, y Pablo también parece ilusionado porque sabe que con él hay diversión asegurada.
—¿Te quedas hoy?
—Marco...
—Perdón, es que al ver que nos traes a casa he pensado que…
—El fin de semana estaremos juntos, ¿lo has olvidado?
—No, ya lo sé.
—Bueno, ahora debes hacer caso a mamá; al baño y después la cena y a la cama pronto. —Me guiña un ojo, pero no sé si de verdad seguirá con la idea del sexo telefónico. No es algo que me apasione y nunca lo he probado, pero no sé.

Al llegar a mi casa, se abrazan a él para despedirse y los manda a preparar las cosas del baño. Nos quedamos solos unos minutos en la entrada, lo suficiente para que vea sus intenciones. A veces parece un niño haciendo trastadas.

Me atrae hacia su cuerpo y ya sé que no puedo desconectar de sus ojos oscuros, sus manos a ambos lados de mi cara y sus pupilas fijas en mis labios, hasta fundirnos en un beso abriéndose paso en mi boca para encontrar mi lengua y jugar con ella, ahogando algún que otro suspiro cuando una de sus manos se desliza por debajo de la sudadera.

—Mamaaaaaá. —La voz de Marco rompe el momento, y con la respiración agitada y su incipiente erección pegada a mi abdomen, se separa de mí, recolocando antes el sujetador y regalándome un pellizco que va directo a mi entrepierna.
—Joder, Sam.
—Ve, te llamo a las diez y comprobaremos las ganas que tienes de jugar, doctora.

Samuel

Con el calentón de mi vida, bajo al garaje y me subo al coche acomodándome como puedo en el asiento, rememorando el sabor de sus besos y la suavidad de su piel. Dios, van a ser las horas más largas de mi vida. Eso si logro que me siga el juego y consigamos de una manera u otra aliviarnos algo, porque si no es así, antes de ir a la cena de Iván y Alba tendremos que hacer algo al respecto. Es tan sexy, tan sugerente y me excita tanto, que escapa a toda lógica. Es mi mujer perfecta, aunque ella no quiera verlo.

Llego a casa por fin y me quito el vaquero para ponerme un

pantalón de pijama más cómodo y una camiseta. Todavía refresca así que decido poner la calefacción un rato, y hasta la hora de la cena me meto en mi estudio para ojear y poner en orden algunos albaranes de las piezas que han llegado hoy. Mi reloj vibra en mi muñeca y veo en la pequeña pantalla que es mi ex la que llama. Hace días que no hablo con ella. Me levanto y busco el móvil en el bolsillo del abrigo.

—Hola, Sami. Como follas a todas horas no te acuerdas del resto de mortales.

—Joder, Marta, ¿en qué momento te has vuelto tan vulgar? ¿Cómo estás?

—Vaya, ahora te has vuelto refinado. Pues cuando te hablaba así bien que te ponías a mil.

—No es lo mismo, coño, ¿Tú ves normal cómo has empezado la conversación? He estado liado el taller, y sí, no voy a mentirte, el tiempo que me queda libre lo paso con Martina. Ya sabes que sus horarios son algo cambiantes, con las guardias hospitalarias y todo eso. Me gusta aprovechar hasta el último minuto para estar con ella.

—Ya. Parece que al fin has encontrado lo que querías, ¿no? ¿Ya vivís juntos?

—Marta, ¿qué cojones te pasa? Tú eras la que me aconsejaba que la buscara y ahora resulta que en tu voz hay... ¿celos?

—¿Celos? No, hijo, yo ya tuve mi ración doble de Samuel de la Vega. Te conozco mejor que nadie, y sé que tus gustos a veces son un tanto especiales. Ten cuidado no vayas a asustarla. No la veo en determinadas prácticas, tiene pinta de ser algo sosa.

—¡Marta! Joder, no te reconozco, porque, que yo recuerde, la de los gustos particulares eras tú. Lo mío era bastante normal.

—Lo siento, no sé qué me pasa. Me ha irritado que no me hayas llamado en todos estos días. Tienes razón, es tu vida y me alegro de que seas feliz, pero no has contestado a mi pregunta.

—No, no vivimos juntos. Tiene un hijo, ¿recuerdas? Él es lo primero, no vamos a hacerle daño si se puede evitar. Hace poco tiempo que nos conocemos.

—Me alegro de verdad que estéis bien. Siento mi comportamiento, no me lo tengas en cuenta. Cuando tengas un rato me gustaría que tomáramos un café, me han asignado un caso y necesito tu consejo.

—La semana que viene si te apetece.

—Perfecto, te llamaré. Adiós, cariño.

—Adiós, Martita.

Después de cortar la comunicación me quedo mirando el móvil un tanto extrañado. A pesar de que la despedida ha sido cordial, ha resultado muy raro el tono en el que ha hablado de Martina, más cuando ella me empujaba a buscarla. Ha sido un poco extraño.

Me preparo un sándwich vegetal para la cena y un zumo de naranja, no tengo mucho apetito. Estoy nervioso, nunca se me hubiera ocurrido proponerle a nadie sexo telefónico, pero estando con Martina todo es distinto. Imagino que ella también está nerviosa y espero que excitada, porque solo de imaginarlo yo ya lo estoy. Es pensar en ella y esa parte díscola de mi anatomía va por libre y decide por mí.

Miro el reloj y faltan tres minutos para las diez, pero no puedo esperar más, no sé qué va a pasar con esto pero me apetece probar, y si ella quiere pues adelante.

—Hola, preciosa.

—Te adelantas, señoría.

—No podía esperar más, no sé qué haces conmigo aparte de volverme loco, no controlo nada, Martina

—No entiendo por qué.

—¿En serio? Martina, ¿volvemos a eso?

—Bromeo, me pasa igual contigo.

—¿Quieres jugar?

—Juguemos.

—¿Has preparado tu amiguito a pilas?

—Lo tengo cerca, aunque seguro que no es comparable a ti.

—Hoy soy yo, no lo olvides en ningún momento.

—De acuerdo. ¿Qué llevas puesto?

—Ja, ja, ja, Típico ¿no?

—Joder, estoy nerviosa, no lo he hecho nunca.

—Ni yo, solo bromeaba, cariño. Llevo una camiseta y un pantalón de pijama, ¿y tú?

—El conjunto que llevé a la casa de la montaña. ¿Dónde estás?

—En mi cama echándote de menos. Con ese conjunto te imagino bailando para mí, como lo hiciste aquel día.

—Estoy contigo, no lo olvides. Estoy quitándote la camiseta, recreándome en tu piel, en ese tatuaje que tanto me gusta. Te acaricio suavemente, repasando cada letra de tu tatuaje japonés. No puedo dejar de mirarte a los ojos, me pierdo en ellos, miro tus labios que se abren para mí, dejando escapar un suspiro cuando mis dedos rozan tus tetillas. Tus pezones se endurecen, los recorro con mi lengua, me deslizo hasta las golondrinas, sobrevuelo con ellas…

Joder, me está poniendo a mil, mi polla está dura como si de verdad estuviera aquí haciendo lo que dice, no puedo evitar gemir ante cada palabra.

—Dios, Martina, no imaginas lo duro que estoy, me toca. Me pierdo en tu boca, no mucho, justo para saborearte, para saber que ya te estás mojando solo con eso. Paso a tu cuello, sí, quiero oírte gemir, Martina, eres tan sexy, me pones tanto cuando lo haces. No juntes las piernas, no te va a hacer falta, te vas a correr como nunca, pero a su tiempo, ahora me voy a

recrear con tus preciosas tetas. Me encantan así de duras, con tus pezones marcados en el sujetador, que ahora mismo te estoy quitando. Hazlo Martina, son mis manos las que recorren tus curvas, mis dedos los que aprietan tus pechos, lanzando una oleada de placer a tu coño. Martina, ¿lo notas?

—Sí, estoy muy mojada, tus dedos hacen maravillas. Dioos, estoy chorreando, mis bragas están empapadas, te necesito dentro de mí. Sigue, Sam.

—Ya noto la humedad en tus braguitas, me encanta cómo sabes, y cómo huele tu deseo, preciosa. Mis dedos te acarician por encima de esa braguita tan sexy, la separo despacio, rozando cada centímetro de tu piel, notando el calor que emana de ella.

—Mi boca sigue bajando por tu abdomen hasta el filo de tu pijama. Noto cómo la humedad de la punta moja la tela, te lo bajo y lo quito. Te quiero desnudo, listo, duro, preparado para meterte en mi interior. Son mis dedos los que recorren tu sexo, no sabes cómo me gusta sentirte así. Ahora es mi boca la que se recrea en cada milímetro de tu dura polla.

—Para, Martina, voy a follarte ya, no puedo esperar más. Martina, cariño, fóllate pensando en mí. Hazlo, quiero oírte, quiero que te corras para mí. Son mis dedos los que aprietan tus pezones, los que te recorren, los que te follan. Estoy listo, y voy a perderme en tu cálido interior, no imaginas lo que supone meterme en ti, notar cómo tu coño me abraza, cómo me atrae hacia ti, cómo me acuna. Empiezo a moverme en tu interior, preciosa, tus piernas rodean mi cintura, pero hoy quiero algo más, quiero metértela desde atrás, date la vuelta. Quiero ver ese culo en acción.

—Me encanta que lo hagas así, llegas tan dentro, es tan intenso. Me gusta que me acaricies las tetas, que recorras mi espalda con tus besos, Sam, no voy a tardar en correrme, quiero que lo hagas conmigo.

—No me queda mucho tampoco, cariño, creo que puedo estallar de un momento a otro, eres tan apretada.

Nunca imaginé que realmente sin ser ella la que estuviera aquí, solo con su voz e imaginando este momento, mi mano fuera capaz de darme ese placer. No voy a decir que es lo mismo, pero escucharla describir cada momento es tan placentero y tan real que voy a correrme de un momento a otro. La oigo gemir, cada vez más deprisa, al otro lado del auricular bluetooth, sé que está revolviéndose, que cada vez se folla más deprisa con su vibrador y con cada gemido me lleva más cerca del orgasmo, uno brutal que se está formando en mi interior. Justo cuando grita mi nombre me corro con ella y su nombre en mis labios, empapando mi mano y la toalla que había cogido para ello.

—.*Cariño, ¿estás ahí?* —Oigo su voz todavía inestable, y su respiración agitada.

—Sí. Joder, Sam, ha sido brutal, nunca imaginé que...

—Yo tampoco. Te juro que es la primera vez, como tantas otras cosas que hago contigo y que seguiremos haciendo juntos. Ha sido increíble. Pero este sucedáneo no te librará mañana de una noche de las que nos gustan.

—Ya te guardarías de que no fuera así, señoría.

10

Una respuesta insolente de una persona educada es una mala señal.

(Hipócrates)

El derecho se transforma constantemente. Si no sigues sus pasos, serás cada día un poco menos abogado.

(Eduardo Couture)

Martina

Por fin llega el día de la cena que Iván le ha preparado a su chica. Ella cree que vamos a cenar porque es el cumpleaños de Samuel y lo vamos a celebrar.

Llegamos al Círculo antes que ellos. Llevo puesto un vestido negro, que se abre con un ligero vuelo en la parte de abajo, unas sandalias de strass también en color negro, y un conjunto de lencería que cuando Sam lo vea no sabrá si dejarlo o quitármelo con los dientes. Cuando me ha recogido y lo he visto con ese traje oscuro y la camisa a juego, destacando el bronceado de su tono de piel, me han dado ganas de mandar todo a paseo y quedarme con él en casa. Al final, antes de salir he acabado fundida con la pared de la entrada, que según él era el único sitio donde no lo habíamos hecho, con su sexo empotrado en mi interior.

Al subir a la terraza hay ya bastante gente; su familia, Álvaro con su mujer y algunos amigos más, los padres de Alba y su hermano, y los padres de Iván. Los saludo a todos y les presento a Sam. Mientras tanto me llega un mensaje de mi amigo diciendo que están subiendo, que avise para que pongan la música que ha pedido.

Me acerco al chico que está ocupándose de eso y le digo que ya suben, que en el momento que los vea aparecer pinche la melodía. Amor a Mares de Luis Miguel empieza a sonar cuando Alba pone un pie en la terraza. Se queda alucinada, sin saber muy bien qué hacer, y cuando por fin se da cuenta de la encerrona, Iván se arrodilla delante de ella con la caja del anillo en una mano. Baja el volumen de la

música y se oye cómo le pide que se case con él. Se hace el silencio, tan solo roto por la suave voz de fondo del mexicano, hasta que ella, completamente emocionada, le dice que sí y todos rompen a aplaudir.

Tras las obligadas felicitaciones de sus respectivas familias, llega nuestro turno. Una Alba todavía emocionada y preciosa, con un vestido azul klein largo que le sienta como cosido a su cuerpo, se acerca a mí con los brazos abiertos.

—Gracias, porque estoy segura de que tú estás detrás de todo esto. Ha sido increíble. Pensé de verdad que celebrábamos el cumple de tu chico. Qué tonta he sido, me lo he tragado todo. El anillo es precioso.

—Enhorabuena, cariño, ya era hora. Que tío más cansino es mi amigo y eso que lo quiero mucho, aunque te juro que a veces lo mataría, pero en realidad lo ha organizado él, yo solo le aconsejé algunas cosas y le ayudé con el anillo. Está loco por ti, pero le ha hecho falta un pequeño empujoncito, eso sí es verdad.

—Ay, Marti, ¡me encanta! Nena, hace más de cuatro años que estamos juntos, te juro que pensé que nunca me lo pediría, ni siquiera decidir que viviéramos juntos. No sé ya qué esperaba.

—A veces es un poco obtuso. Ya sabes, es un hombre.

—¿Obtuso? —replica Sam— ¿Eso va por todos los de nuestro género? Martina, no me tires de la lengua.

—Señoría, no se venga arriba, que nosotros solo llevamos dos días juntos. No es lo mismo.

—Bueno, doctora, me lo apunto por si me hace falta.

—Di que sí, tío —afirma Iván, ya visiblemente más tranquilo—, algún día también se quejará si no te decides. Las mujeres son así.

—Ven aquí, idiota. Madre mía lo que te ha costado. —Tiro de él para abrazarlo y él deja un «gracias» en mi oído y un «te quiero mucho»—. Yo a ti también, pedazo de tonto.

—Ehh, vale, ya, despégate de mi chico, que es solo mío —suelta Alba haciéndonos reír a todos.

—Todo tuyo, bastante tengo con aguantarlo en el hospital como para tener que soportarlo más horas al día. No, gracias, ni con un lazo.

—Anda, no provoques, doctora Gutiérrez, que ya te gustaría a ti tener a tu chico a todas horas —añade mi amigo.

—Ja, ja, ja, ja, tal vez. Aunque nos cundiría poco el trabajo. No, mejor no, cada uno en lo suyo.

La cena es muy divertida, pero las horas sin sueño empiezan a pasarme factura y Sam se da cuenta. Me propone que nos marchemos y, después de despedirnos de todos, tomamos el camino de su casa esta vez.

Pese a que me muero de ganas porque me haga el amor, esta vez lento y pausado, me quedo dormida en el coche, y cuando despierto

ya es de día, estoy acostada en su cama y él está de pie frente a mí, vestido y con todo listo para desayunar, ir a por Marco y pasar el fin de semana en su casa de la montaña.

En una pequeña caja tengo guardadas las llaves del coche, dos viejas y herrumbrosas llaves, una para el contacto y otra para las puertas, o más bien para la única puerta, hasta que consigan otra más para el lado del acompañante. Cuando por fin me levanto, voy a la cocina tan solo vestida con una camiseta. Al oírme, se da la vuelta y me escanea de arriba abajo con una sonrisa en los ojos. Llega hasta mí, me da los buenos días y yo lo felicito perdiéndome en su boca. Cuando el beso se torna intenso y los ánimos se calientan, se separa de mí, me da la vuelta y me lleva al dormitorio para que me vista, dejándome sorprendida.

—Luego, Martina, no quiero llegar tarde a por Marco, y sé que si seguimos no pararemos a tiempo. Créeme que me cuesta tanto o más que a ti, me debes una noche como planeamos.

—Está bien, señor juez.

—No vayas por ahí, Martina, no quiero un polvo contra la pared. O sí, pero no lo voy a hacer. Es mi cumpleaños, así que tienes que consentirme.

—Vaya, mi niño cumple cuatro añitos. Está bien, pero te lo apunto.

Me visto mientras lo oigo trastear por la cocina, mis cosas y las del niño están en el coche. Cuando salgo ya está todo dispuesto para desayunar.

—¿Cuántos desayunamos aquí?

—Tú y yo, pero tengo hambre. Y ya que no he podido comer mi manjar favorito…

—Sammmmm…

—Lo siento, es que soy muy débil contigo.

Me acerco despacio a él, me sujeta por la cintura, retiro el pelo de su frente y nos quedamos enganchados en los ojos del otro.

—Felicidades de nuevo, señoría. Toma, espero que te guste. —Le tiendo la cajita y mira sorprendido. Es una pequeña caja roja como las que se usan para las joyas, y bueno, lo cierto es que es una joya lo que esconde en su interior, al menos para él.

La abre con mucho cuidado sin romper el lazo con sus ojos brillando por la emoción. Cuando descubre las llaves, me mira con sorpresa.

—¿Unas viejas llaves? ¿Un coche? Pero Martina, ¿se te va la cabeza?

—Un SEAT Sport 1430 del 78. Según Isma es una joya y te encanta, pero a mí me parece una ruina de coche, le faltan un montón de piezas.

—¿Has comprado un coche? ¿Pero estás loca?

—Pensé que te gustaría —no me esperaba esa reacción. Bajo la cabeza y noto que me dan ganas de llorar.

—¿Cómo? Me encanta, pero es un coche muy caro, aunque esté en malas condiciones. Joder, Martina, ¿te he regalado unos pendientes de plata y tú me compras un coche?

—Creí que… —Me doy la vuelta y me alejo de él. Noto que mis lágrimas pelean por salir y no quiero, la decepción se ha apoderado de mí. Antes de alejarme, me coge de la muñeca y toma mi cara entre sus manos.

—Ehh, ni se te ocurra llorar. Es el mejor regalo que me han hecho nunca, pero es que no me lo esperaba. Perdona el tono y lo que te he dicho. Seguro que conseguimos dejarlo como nuevo, pero cariño, no quiero que gastes tanto dinero en mí nunca más. Si no me dejas que lo pague yo, dime cuánto te ha costado y te doy la mitad.

—No, tú has hecho por mí estos meses cosas que no alcanzaría a pagarte nunca, ni siquiera en diez vidas. Soy otra, Sam, me siento bien, y eso solo lo has conseguido tú con tu cariño, con tu apoyo, estando ahí, pese a mis taras. —Tuerce el gesto al volver a oír la palabra tara—. Sí, no pongas esa cara porque es lo que son. Has logrado que sonría, que vea más allá de un par de días. Aunque no te lo diga, me gusta que te preocupes por mí, que me incluyas en tus planes, a mí y a mi hijo. Sam, esto no es nada en comparación a cómo me haces sentir. Solo es dinero y quiero que cada vez que subas a ese coche, o que lo limpies, o lo que quieras hacer con él, esté yo o no, te acuerdes que un día me hiciste la mujer más feliz del Universo.

—Está bien, pero con una condición: que estés siempre a mi lado. Sin ti nada tiene sentido.

—Paso a paso, Samuel. Por favor.

—De acuerdo.

Nos fundimos en un beso dulce, cariñoso, sin ninguna connotación sexual pero con todo el amor del mundo. Sí, he dicho amor, porque es lo que siento por él.

—Pero ahora no hay tiempo para ir a verlo, y me muero por ver cómo está.

—Mira. —Le tiendo el móvil, donde hay unas cuantas fotos del coche que hicimos Isma y yo. Él con más idea que yo, por supuesto.

—Es precioso, y no parece estar muy mal ¿Y qué tal de motor? Imagino que estará en el taller, ¿no?

—Sí, en el bolso no me cabía. —Me mira y por un segundo no ha pillado la broma, después sus labios se elevan, y sin soltarme de la cintura, me da un beso en el pelo con una sonrisa.

—Eres un caso, doctora. Será mejor que nos vayamos o me arrepentiré de ser un caballero y tendremos una cita con alguna de las superficies de mi casa que aún no hemos probado. Solo con olerte ya

imagino miles de cosas.

Recogemos las cosas y ponemos rumbo a casa de mi hermana a recoger a Marco, con miles de mariposas revoloteando en mi estómago y una sensación de felicidad que no sentía desde hace una eternidad. Al final Pablo también se viene con nosotros, no ha habido manera de convencerlo de que se tenía que quedar.

Llegamos sobre el mediodía, sus padres y su hermana ya están allí, pero Isma y nuestros amigos aún no han llegado.

—Recuérdame matar a Isma cuando lo vea, por no tratar de quitarte de la cabeza la loca idea del coche.

—No ha sido él, más bien al contrario.

—A ti no puedo matarte, prefiero hacerlo a polvos, preciosa —susurra en mi oído haciendo que me estremezca.

—¿Lista?

—¿Tengo otro remedio?

—Pudiste escoger.

—Eso hice. Te escogí a ti.

—Booom, sin palabras me has dejado. —Se acerca y me da un suave beso en los labios, ante la mirada traviesa y divertida de los niños.

Con su mano cogiendo la mía y los niños delante sin parar de parlotear sobre lo chulos que son los coches que hay aparcados delante de la casa, abre la cancela con su llave. Al asomar por la puerta, las mellis vienen corriendo con su madre andando detrás de ellas, que nos saluda nada más vernos. Imagino que estaban en el porche y nos han oído llegar.

—Vaya, hermanito, al fin te has dignado a venir. Llegas tarde. Creíamos que te habías largado a la India como poco.

—No se me ha perdido nada allí, pero anoche nos acostamos tarde y teníamos que recoger a los niños. ¿Dónde están todos?

En el patio de atrás, liados con la barbacoa. Ya sabes lo que le gustan a tu cuñado y a papá esas cosas. Mamá dentro preparando el postre. ¿Y vuestro equipaje?

—Uy, joder, Martina, lo hemos dejado en el coche —contesta Sam —. Voy a por él. Espera un minuto.

—Mientras va a por las maletas te presentaré a mi madre —me dice su hermana. Miro a Sam aterrorizada y al ver mi expresión intenta salir al quite.

—Espera, me gustaría hacerlo yo. No pasa nada por un minuto más. —Respiro aliviada, no sabía que estaba reteniendo el aire.

Coge el equipaje y entramos en la casa. Sin nieve a su alrededor se ve bastante distinta, aunque la chimenea está encendida y una cálida sensación me envuelve. Toda la planta baja huele a dulce, y en la

cocina, una señora morena casi como yo de alta y con la misma corpulencia, trajina con diversos cacharros. Cuando se da cuenta que hemos entrado, se limpia en el delantal y se acerca a nosotros con una sonrisa de oreja a oreja ocupando todo su sonrosado rostro.

—Hola, cariño, ¡qué alegría conocerte al fin, Martina! Soy Mamen —se acerca a darme dos besos y un sentido abrazo.

—Encantada, Mamen.

—Y estos dos bombones, imagino que serán Pablo y Marco, ¿verdad? Las niñas hablan mucho de vosotros.

Ellos se quedan sin saber que decir hasta que las niñas entran corriendo y se los llevan a enseñarles dónde van a dormir. Nosotros seguimos plantados en mitad del salón, hasta que la madre de Sam le dice a su hijo que vaya a soltar nuestras cosas a la habitación. Nos han reservado la misma que ocupamos en la otra ocasión. Mi chico me mira preguntando con los ojos si va, asiento con la cabeza, coge nuestro escueto equipaje y se marcha escaleras arriba, dejándome a solas con su madre, que se ha dado la vuelta al recordar que en el horno aguarda el pastel que está preparando para el postre.

—No estaba segura de que vinieras, pero a Sam le hacía mucha ilusión. Le brillan los ojos cuando habla de ti. Hace tiempo, quizás demasiado, que no estaba así. ¿Quieres una cerveza o una copa de vino? Gonzalo y mi marido pronto servirán el asado de la barbacoa, así que aún estás a tiempo de tomar esa copa conmigo y con Jud, sin tener que aguantar a esos pesados con la carne.

Lo dice en un tono que no deja lugar a dudas de que está de broma, parece que se llevan muy bien, y desde el primer momento consigue que me sienta bastante cómoda entre ellas.

— Hola, cuñada —Gonzalo aparece por la puerta trasera de la cocina con un enorme plato lleno de embutidos a la parrilla y alguna cosa más que no logro identificar. Se acerca a saludarme con el olor a barbacoa impregnando su ropa—. Me alegro de que hayas venido, lo pasaremos muy bien, ya verás. Ya era hora de ver alguna cara nueva por aquí.

—Hola, Gonzalo, me alegro de verte. Eso que traes huele estupendamente, pero desayunar con tu cuñado es deporte de riesgo y hoy ha preparado desayuno para todo un autocar de jubilados. Sería incapaz de comer nada aún, pero Mamen, ese vino sí se lo acepto.

—Si me llamas de usted, te mando a dormir al palomar con los niños.

—Uf, Martina, ese es el peor castigo que te puede tocar, te lo aseguro —la voz de mi chico me sobresalta, a la vez que me arranca una sonrisa—. Mamá, ¿quieres emborracharla? Haz el favor de dejarla entera, que es muy temprano.

—Anda y yo que pensé que eras su novio. ¿Acaso eres su padre y

ella una niña incapaz de decidir? Sami, deja a tu chica en paz o serás tú el que duerma con los niños.

—Noooo, eso sí que no. Antes me voy a casa de nuevo con mi chica y los niños.

Me entra la risa y Gonzalo y Jud ríen conmigo.

—Pero bueno, ¿qué pasa aquí? ¿Llega a mi casa una preciosidad como esta y nadie me la presenta? Hola, soy Salva, el padre de Samuel. Imagino que tú eres Martina, la chica que trae loca a este hijo mío.

Noto el rubor expandirse por mi cara, le miro y veo que sonríe, me acerco a saludarle y me da dos besos también, como el resto de la familia. En ese momento, los niños vienen de arriba corriendo y se quedan sin saber muy bien qué hacer cuando el padre de Sam, casi tan alto como él y con el pelo casi tan oscuro como el suyo, solo salpicado con unas hebras plateadas, los mira y les pregunta quiénes son.

—Abu, que «*pegunta*» más tonta, son Pablo y Marco —responde Irene con desparpajo, haciéndonos reír a todos y los niños no sepan muy bien si hacerlo o no.

Un rato más tarde llegan nuestros amigos y también Isma junto a su mujer, una simpática pelirroja curvilínea de grandes ojos almendrados y su niña, una mezcla perfecta entre el padre, alto fibroso con el pelo rubio oscuro, y Leire, su madre la pelirroja. Encaja muy bien con los niños y pasan un día genial.

—Martina, te veo estupendamente —me intercepta Hugo una de las veces que mi chico me ha dejado sola con ellos.

—Estoy muy bien, y Sam tiene mucho que ver en eso. A veces tengo malos ratos, pero cuando estoy con él casi consigo olvidarlos.

—No sabes lo que me alegro, te lo mereces. Samuel es un buen tío. Ahora que no ejerce tendrá más tiempo y estará más relajado.

—Bueno, no sé cómo era antes, ahora es un encanto, incluso con Marco. Ya sabes que el niño no es precisamente muy colaborador si no le gusta la persona.

—Los he visto antes. Martina, no lo dejes escapar, es tu oportunidad de ser feliz, hay pocos tíos como él. Me parece genial que estéis juntos. Y sabes lo que te quiero y lo que pensaba de…

—No lo nombres, no quiero que el día se estropee.

—Tienes razón, no lo merece.

—Ehh, ¿estás ligando con mi chica?

—Oye, chaval, que yo a esta morena la conozco desde que éramos niños. Sería raro, aunque de ser así no habría esperado a que estuviera contigo.

—¿Esto es real? ¿Estáis discutiendo por mí como niños pequeños? No sé si reír o daros un puñetazo.

—Vamos, Martina, déjalos que marquen territorio. Vente conmigo, te aseguro que soy mejor que cualquiera de los dos —Óscar me coge por la cintura y tira de mí para sacarme al patio de nuevo. No puedo evitar reír ante la ocurrencia del abogado y buen amigo de Hugo.

—Estáis los tres para que os encierren, ja, ja, ja. Ha estado bien eso, Óscar. ¿Y en serio estás soltero?

—Sí, nena, soy libre como el viento. Lo de atarme a nadie no me mola, prefiero dejarme llevar.

—Ja, ja, ja, sí, hasta que llegue tu hora, rubio. Y tarde o temprano llegará, no lo dudes.

El resto del día transcurre divertido, entre bromas, con sus padres contando anécdotas de cuando Sam era pequeño. Me han contado la versión de la bicicleta de la madre de Sam, y un montón de historias más, y es que el niño debió ser de coco y huevo.

Al anochecer, y pese a la insistencia de todos, Óscar, Hugo, Isma y su mujer se marchan a casa, y solo queda la familia de Sam.

Tras una ligera cena, los niños se van a la cama, Pablo y Marco a una habitación y las niñas a otra. Los adultos nos quedamos tomando una copa en el salón frente a la chimenea. Se está tan bien al calor del fuego que me relajo demasiado, tanto que creo que voy a quedarme dormida de un momento a otro. Proponen una partida de trivial pero lo cierto es que no tengo mucha gana, así que Sam, siempre pendiente de todo, les dice que nos vamos a la cama, que estamos cansados. No sé si en su caso será verdad o no, pero yo lo estoy a nivel Dios. Agradezco el gesto, nos despedimos de todos y encaminamos nuestros pasos a ese dormitorio que tantos recuerdos me trae. Al entrar en el baño le echo un ojo a la bañera y Sam, una vez más, descubre mis pensamientos

—Ni lo pienses, vamos a la cama, no vayas a inventar nada.

—¿Dos noches a dormir y nada más, señoría?

—No he dicho eso. Me apetece amarte despacio, sin más historias que tú y yo, dejar que el cuerpo decida cuándo quiere acabar.

—Solo de imaginarlo ya me has encendido, señor juez.

—Eres tan increíblemente sexy que la forma en que lo dices me pone a mil.

Salgo del baño tras lavarme los dientes, me desnudo y voy al armario a por una camiseta. La chimenea está encendida y la temperatura es perfecta para dormir tan solo con eso. Cuando estoy a punto de ponérmela, me la arrebata de las manos.

—Esto no te hace falta. Nada entre tú y yo, preciosa.

—Pues estás muy vestido para pensar así.

—¿Piensas hacer algo al respecto?

Antes de acabar la pregunta, estoy quitándole el jersey de cuello

vuelto dejándolo con la camiseta interior que marca cada músculo de su anatomía. Me recreo un segundo, paso suavemente la mano por cada surco mientras le quito también la camiseta. Me encanta verlo estremecerse, cómo su piel se eriza.

Me desplazo hasta el cinturón del vaquero y los botones, él hace el resto y se queda solo con el bóxer. No aparta sus ojos de los míos, en ellos brilla una sonrisa pícara. Tira de mí para pegarme a su cuerpo, y me refugio en su olor, su perfume mezclado con el ligero olor a barbacoa, que aún persiste a nuestro alrededor.

Pasa la mano por el contorno de mi cara, bordeando cada centímetro de mi piel, hasta llegar a mis labios. Se acerca despacio y me besa, un roce ligero al principio, un roce que va cobrando intensidad, una batalla sensual donde cada uno gana la mitad del tiempo.

—Ha sido un día perfecto, preciosa.

—Lo he pasado muy bien. No me arrepiento de haber venido. Tu familia es maravillosa.

—Intensa en algunos casos, pero estoy encantado. Somos un poco clan, siempre juntos, da igual el tiempo que pase. Es algo que mis padres inculcaron en mi hermana y en mí desde pequeños, y hasta ahora hemos podido seguir haciéndolo. —Un pellizco se coge en mi estómago. Trato de sonreír, pero ahora no puedo, y creo que se ha dado cuenta—. Eh, ¿he dicho algo malo?

—No. —Por fin consigo sonreír, no sé si resultará muy creíble pero lo hago—. Solo pensaba. Es cierto que sois una piña. Es bonito. Bueno, nosotros también estamos muy unidos, aunque no tanto como vosotros. Somos más independientes.

Le beso de nuevo, no me apetece seguir hablando de esto, prefiero que me ame y me haga olvidar todo. Me lleva a la cama y se tumba a mi lado sin dejar de besarme. Sus dedos hacen magia en mi cuerpo y estremecen cualquier zona por la que pasan. Bajo mi mano para quitarle el bóxer y compruebo que, si quiere, está listo para mí tanto como yo.

—Te veo bien preparado, señoría.

—Para ti siempre. Pero antes creo que hoy no he comido postre… —Se coloca encima de mí y asalta mi boca, para seguir bajando por mi cuello—. Sube los brazos a los postes, sujétate ahí, no te muevas.

Se va al armario en busca de su maleta y saca dos lazos de seda, envuelve mis muñecas con ellos, atándolas a los postes de la cama.

—Pero…

—Shh, es mi cumpleaños, compláceme.

—Está bien, pero me gusta tocarte, quiero hacerlo.

—Ahora no, eres toda mía. —No me resisto, nunca hemos practicado nada así, siempre he hecho lo que he querido, pero saber

que no me deja tocarle, que no puedo moverme, y que todo el placer es mío, me está excitando más—. Así me gusta, que hagas caso.

—Acabas de atarme, no puedo hacer otra cosa.

—¿Quieres que te suelte? Si no te gusta no tienes más que pedirlo y te soltaré.

—Sigue, quiero probarlo, parece excitante. Confío en ti, Sam.

—Gracias, cariño. Este placer es solo para ti, al menos de momento.

Deja a mi boca huérfana de su sabor, sin el calor de sus besos que ahora reciben mis tetas aviesas, deseosas de sus atenciones. Se elevan traviesas, endurecidas bajo sus caricias con su lengua y sus dientes, que tiran de mis pezones, lanzando sacudidas directamente hacia mi entrepierna que ya le anhela.

—No sabes cómo me pones al ver cómo responde tu cuerpo. Eres tan sensual, Martina. —Me oigo gemir, suspirar con cada toque de su lengua en mi cuerpo. Sigue bajando lentamente, me pide que separe las piernas, que las doble y sé que ya estoy perdida por completo. Me muevo tirando de los lazos sin darme cuenta, pero sin poder evitarlo —. Si tiras te quedarán marcas aunque no lo notes. Disfrútalo, preciosa.

Noto su lengua bajar por mi monte de venus, elevo las caderas para que tenga más acceso, miro hacia abajo y lo veo observándome divertido.

—Veo que te gusta.

—Síii, ya lo sabes, no pares.

Y eso hace. Acosa mi clítoris con su lengua con tal precisión y maestría que lo único que puedo hacer es dejarme llevar por el placer y rendirme a sus embestidas. Sigo elevando mis caderas hacia su boca, y algún gemido más alto de la cuenta escapa de mis labios.

—Shhh, si sigues así, mañana seremos la comidilla de la casa. Vas a despertar a los niños, ¿quieres que te amordace?

—Noo, ya me callo. O lo intento. Nunca pensé que el simple hecho de estar atada sería tan excitante. Sigue por favor, pero quiero que me folles.

—No te follo, preciosa, ya lo sabes. Y hoy menos que nunca, pero mis dedos van a llevarte al infinito, porque esto no ha acabado aquí.

Mientras su lengua me vuelve loca, introduce un par de dedos en mí y yo me muerdo el labio para no gritar. Es tan intensa la sensación de placer que no puedo dejar de revolverme, tratando de soltarme, pero su agarre es firme y antes de que pueda hacer nada más que apretar mis manos a los lazos, que me mantienen sujeta, un descomunal orgasmo me barre de pies a cabeza. Noto como Sam se afana en recoger hasta la última gota del placer que se derrama de mi interior, sin que yo haya dejado de gemir bajito. Cuando creo que ya he terminado, abandona mi coño para ponerse encima y penetrarme

hasta el fondo, rodeando su cintura con mis piernas, acoplándose a mí y yo a él. Todavía noto sacudidas placenteras, que empiezan a ir a más de nuevo.

Se acerca a mis muñecas y las desata, masajeándolas sin dejar de bombear en mi interior. Cuando considera que mis muñecas han recuperado la circulación, me da la vuelta sin salir de mí, para que quede encima y le cabalgue. Y eso es lo que hago colocada en cuclillas. Sus manos van de mis tetas a mis caderas para ayudarme a moverme más profundamente, hasta que un nuevo orgasmo se apropia de mi ser, y me dejo ir sobre él sin parar de moverme, hasta que él también se corre ahogando un gemido en mi cuello.

—Sam…

—No digas nada. Ahora no. Quédate así, no quiero salir de ti. Ya sé que es difícil, pero me gustaría estar así el resto de mi vida. Martina yo…

—Lo sé.

—Quiero decirlo. No sé si es pronto, si es apropiado o no, pero te quiero. Eres lo mejor que me ha pasado nunca.

—Y yo a ti. Me da igual que sea pronto, y no es lo que pretendía, pero te has ganado mi corazón. Te quiero, Sam. Pero hay algo que tengo que contarte.

—Mañana, princesa. Ahora a descansar.

—Pero…

—Mañana.

Sale de mí a regañadientes y se acomoda a mi espalda, rodeando mi cintura con su brazo, que acaricia mi cadera de manera sutil, dejando besos en mi cuello y en mi pelo, ahora húmedo tras el asalto.

Samuel

Llevo un rato despierto. La chimenea se ha apagado pero los rescoldos mantienen el calor en la estancia. Verla dormir a mi lado es algo que hace unos meses ni siquiera habría imaginado. Bueno, es cierto, imaginarlo sí lo hice muchas veces en los meses anteriores a nuestro encuentro, fortuito o tal vez no. Quizás Marta quería que nos encontrásemos. Es tan bonita sin querer admitirlo. Esa fuerza interior que tiene, su manera de ver las cosas es lo que más me seduce de su forma de ser, además de su sonrisa, que hace que sus ojos se aclaren, y la ternura con la que trata a Marco, a su sobrino o a las mías. Cada segundo que paso a su lado estoy más enamorado de ella.

Le debo una disculpa, porque cuando le dije lo del coche no lo hice de la manera más adecuada y sé que lo ha hecho con todo el cariño del mundo, sabiendo que me iba a gustar. Isma me ha dicho que ya ha

encontrado algunas de las piezas que le faltan, las ha pedido y me ha regalado parte de ellas para mi cumpleaños. No es que tenga cientos de amigos, pero creo que puedo presumir que los que tengo lo son de verdad. Y ahora con Martina a mi lado ya no me hace falta nada más.

Se mueve perezosamente, se da la vuelta y el pelo oculta su preciosa cara. Lo retiro, susurra algo ininteligible y sigue durmiendo. Son solo las siete y media de la mañana y anoche era muy tarde cuando nos dormimos. Creo que me voy a levantar, porque si no lo hago no la dejaré descansar y me sentiré culpable. Esta semana tiene dos guardias, porque al final ha cambiado un turno para poder coger cuatro días de vacaciones la siguiente.

Me levanto despacio, o lo intento, porque su mano tira de mí, haciéndome perder el equilibrio, y caigo a la cama de nuevo.

—Hola, buenos días ¿Dónde crees que vas?

—Iba a no despertarte.

—Ya estoy despierta. ¿Alguna otra idea?

—Pues no sé, déjame pensar. —Llevo una mano a la sien, tonteando un poco— No se me ocurre nada, ¿y a ti?

Antes de darme tiempo a respirar, me ha tumbado en la cama y se ha puesto encima de mí. Mi sexo se alegra de recibir este inesperado saludo. Empieza a frotarse hacia delante y hacia atrás para comprobar que poco a poco voy excitándome.

—Tienes buenas malas ideas para llevar esa carita de ángel somnoliento, preciosa. Ven aquí. —Tiro de ella para acercarla a mi cara, quiero perderme en sus labios, y eso es lo que hago—. Eres perversa —le digo mientras voy dejando pequeños besos en su cara—, mucho, pero me gustas tanto que te lo perdono. Quiero que, a partir de ahora, todos los despertares de mi vida sean así.

—La verdad es que sería una buena forma de comenzar la mañana. Quizás algún día.

—Me quedo con eso. Mmmm, me encanta cómo te mueves, preciosa, eres la provocación en estado puro. Joder, me vuelves del revés, sigue así.

Cuando mi sexo ha alcanzado un volumen que ella considera aceptable, se mueve para empalarse en él, haciéndome estremecer. Es tan estrecha sin dejar de acoplarse perfectamente a mí, que me hace enloquecer con sus movimientos.

Se derrumba sobre mi pecho cuando los dos hemos recuperado la consciencia plena, tras esos segundos tan placenteros en los que solo sus ojos y los míos lo decían todo.

—Te tomo la palabra, sería interesante despertarme así más a menudo.

—Martina, ¿me estás proponiendo algo? —creo que mi tono de voz delata el deseo de que así fuera.

—No. Bueno, no lo sé. Debería darme una ducha. Ya mismo estarán los niños aporreando la puerta.

—Vamos, pero volvemos a retomar esta conversación que ha quedado pendiente, doctora.

La tomo a pulso, con sus piernas rodeando mi cintura, y la llevo hasta el baño antes que se enfríe. Conecto el radiador y abro la ducha después de dejarla de pie en el suelo.

—Pensé que esta era la habitación de tus padres cuando están aquí. Imaginé que al ser la más grande sería así.

—Es cierto, este era su dormitorio, pero cuando me divorcié ellos se quedaron la de abajo, en parte también por ahorrarse subir y bajar escaleras por si en el futuro la edad no se lo permite. Reformamos esta y alguna más.

—¿La tuya era la de abajo?

—No, era la buhardilla antes de dividirla. Pero consideraron que ese sitio me traería recuerdos que no deseaba y me la cambiaron. Helena le dio un cambio a toda la casa.

—Y estuviste de acuerdo.

—No me importó, nunca he sido de deprimirme con los recuerdos. Lo de Marta estuvo bien en su momento. Que me engañara no me gustó, como es lógico, pero creo que lo nuestro tenía fecha de caducidad desde antes de empezar. Éramos muy jóvenes y demasiado impulsivos, pero no te equivoques, no cambio esto por lo que tuve con ella, ni siquiera la relación que tengo con ella ahora por la de antes.

El agua sigue cayendo sobre nuestros cuerpos. Ahora la temperatura perfecta. Cojo el gel y lo esparzo por mis manos. Martina está lavándose el pelo, y sus tetas me están haciendo perder la razón. Con las manos impregnadas en gel de baño recorro su cuello, bajando por sus hombros hasta llegar a sus espectaculares colinas, que vuelven a darme la bienvenida, erizándose para mí. Suspira bajito diciendo mi nombre.

—Joder, ¿no tienes fin? Dioss, Samm.

—Contigo no tengo fin. Me encanta ver cómo tus ojos se oscurecen, cómo tus pezones se erizan y cómo te mojas para mí. ¿Ves? —Meto dos de mis dedos en su cálido sexo, y se contrae alrededor de ellos—. Vuelves a estar lista, pero esta vez, doctora, el placer es solo para ti, quiero que lo disfrutes. No perderme ninguna de tus reacciones para mí es el mejor premio. —Mientras mis dedos acosan su interior, con el pulgar trazo círculos en su excitado clítoris y con lo otra mano recorro sus pechos, pellizcando sus rosados botones. Gime contra mi cuerpo, pegando su culo a mí consiguiendo que mi polla despierte de nuevo, pero esta vez es solo para ella.

Sigue estremeciéndose, noto las sacudidas en su sexo. Antes de dejarla terminar he decidido que hoy mi desayuno va a ser ella, así

que, tras sacar los dedos de su coño, bajo despacio recorriendo sus piernas. Me mira y descubro un punto de frustración en su mirada. Sonrío, y tras deleitarme con sus tetas, sintiendo su piel erizada por los ligeros mordiscos que le doy, sigo mi camino descendente hacia su tatuaje, que beso despacio, dibujándolo con mi lengua, hasta por fin llegar a mi botín. Su sexo ávido de caricias me recibe gustoso. Trazo círculos con la lengua, vuelvo a acosarla con los dedos, dos, luego tres, con mi lengua jugueteando enloquecida en su clítoris. Noto cómo empieza a contraerse al tiempo que un gemido más que delicioso escapa de su garganta. Pellizco de nuevo su pezón justo a tiempo de recibir en mi boca el cálido estallido de su pasión desbordada. Se desliza por la pared de la ducha para dejarse caer a mi lado, recuperando el ritmo normal de respiración.

—Samm, eres increíble, pero veo que vuelves a estar listo, no es justo para ti.

—Lo he decidido yo, me apetecía desayunar *Martina en su jugo* y eso es lo que he hecho.

—Me estás regalando los mejores orgasmos de mi vida. No sé qué voy a hacer sin ti. —en su mirada de pronto descubro un poso de preocupación.

—¿Sin mí? ¿Por qué vas a estar sin mí? No vas a poder despegarte de mí ni con agua caliente.

—¿Salimos?

—¿Qué pasa, Martina? ¿Qué ocurre? No me digas que estás otra vez pensando lo que no debes.

—No, no es eso, pero hay algo que tengo que contarte. Igual no es nada, pero debes saberlo.

—Joder, nena, me estás asustando.

Cierro el grifo, cojo una toalla y le paso un albornoz, ayudándola a ponérselo, y salgo del baño mientras ella se coloca una toalla en el pelo.

Se sienta en la butaca junto a la chimenea, la enciendo de nuevo, y me acomodo de rodillas en la alfombra delante de ella. Aguardo pacientemente a que comience a hablar mientras trato de mirarla a la cara. Sus ojos brillan con una mezcla de miedo y preocupación.

—Sam, yo... Es mejor decirlo ya. Hay una plaza en el *Mont Sinaí.* Jorge, el dueño del piso en el que vivo, es la pareja del director médico de ese hospital y me quieren con ellos. Bueno, si paso la certificación, que no es nada fácil.

—¿Hay un Monte Sinaí aquí? —No puedo creer que se marche a Estados Unidos mandando todo lo nuestro al carajo.

—No, al de Nueva York. No es nada seguro pero quiero que lo sepas. Si sale la oportunidad me iré. Mi hijo necesita estar en un sitio donde un psicópata no amenace a su madre o mi familia, incluido tú.

—¿Amenazas? ¿Te ha vuelto a llamar?

—No, ya sabes que no puede, al menos de momento, pero es cuestión de tiempo. Soy médico, ¿recuerdas? Es muy fácil dar conmigo.

Me quedo unos segundos pensando, con la cabeza agachada y la mirada perdida en los dibujos de la alfombra, hasta que por fin me decido a hablar.

—Llegado el momento, si consigues la plaza, me marcharé con vosotros. No te quepa la menor duda, preciosa.

—No tienes que decidirlo a la ligera, aquí y ahora. Tu vida y tu familia están aquí.

—Mi vida está donde yo decida. No me da miedo cambiar de sitio, tan solo necesito que me prometas algo: cuando tengas claro que te vas a ir, dímelo. Conozco a personas y tengo amigos allí que me ayudarían a encontrar trabajo.

—Te he dicho que no es seguro.

—Prométemelo.

—No voy a hacer eso. Te lo diré, claro que sí, pero no te aseguro nada más.

Siento miles de puñaladas clavándose en mi alma, en mi corazón e incluso en mi cuerpo. El fin de semana estaba siendo perfecto, ¿por qué ahora? ¿Acaso ese cabrón se va a interponer entre nosotros el resto de la vida?

Me levanto del suelo y voy hacia el armario. Saco un vaquero oscuro, un jersey negro de cuello de pico y una camiseta blanca. Me visto de forma apresurada y, sin decir una palabra más, me voy hacia la puerta.

—Samuel, no te vayas, no me dejes así.

—Martina, tú eres la que quiere dejarme.

—No es cierto.

—Entonces prométeme que me darás tiempo a preparar un plan B. ¡Dímelo, joder!

Se mantiene en silencio, sus ojos son dos oscuras lagunas. De pie frente a la puerta del dormitorio, con la mano en el pomo, la miro un instante, cojo el abrigo y salgo de la habitación. Son poco más de las ocho y media de la mañana, me parece oír a mi madre trastear por la cocina. Bajo las escaleras y me encuentro con ella está sentada en la mesa con una taza de café.

—Buenos días, madrugador. ¿Te ocurre algo?

—No tengo ganas de hablar, voy a salir un rato.

—¿Habéis discutido? Anoche se os veía muy bien.

—Mamá, por favor, no tengo quince años.

Me dirijo a la puerta de entrada, desconecto la alarma, y salgo al frescor de la mañana. Pese a ser abril, aquí aún refresca bastante.

Estoy tentado a coger el coche y dirigirme a la estación de esquí, pero al final decido dar un largo paseo por el pueblo. Las chimeneas de algunas casas humean tímidas, es domingo y la pereza se apropia incluso de los habitantes de esta pequeña localidad. El frío ambiente de la mañana consigue despejar un poco mi mente. Desearía que Martina estuviera de mi mano recorriendo estos rincones donde de niño fui tan feliz, enseñarle la vieja alambrada donde me quedé enganchado, la gran cuesta empedrada donde casi pierdo todos los dientes. Joder, ¿por qué ha de ser todo tan complicado? ¿Por qué no la encontré hace años? En el hospital, andando por la calle, corriendo por el parque, tomando una copa en la barra de un bar, o en la cola de un cajero automático. Si es amiga de Hugo, ¿cómo nunca coincidí con ella?

Que fácil hubiera sido enamorarme de ella antes de que conociera a ese hijo de puta, antes de que el dolor y la desconfianza se cruzaran en su camino. Es tan tierna, tan dulce, tan frágil a veces, pero tan salvaje y tan segura de sí misma en otras, que me desconcierta. Y esas dos caras de la misma moneda que alberga mi morena me hacen enloquecer, querer estar con ella todo el tiempo, conocer todo lo que me esconden sus dudas, sus ojos tristes en algunas ocasiones, su sonrisa pícara cuando idea algo que sabe que me va a gustar. Sí, ya sé que solo hace dos meses que estamos juntos, pero en según qué cosas, para mí es como si la conociera de toda la vida.

Decido entrar en uno de los bares que están abiertos a estas horas de un domingo, y al verme algunos de los parroquianos que conocen a mi familia de toda la vida, me saludan con efusividad. Pido un café y me acoplo en la barra, sentado en un fatigado taburete de escay negro. De fondo las noticias en la radio y el murmullo de los clientes enfrascados en sus conversaciones. La media de edad de la clientela a estas horas de la mañana será, como poco, de unos setenta y cinco años. En las mesas, cafés servidos en caña, alguna copa de anís, y cabezas que se yerguen buscando a la persona de turno que lee el diario Marca.

Cuando mi genio se ha templado y mi cuerpo ha entrado en calor, pago la cuenta, me despido de los lugareños y me voy caminando despacio hacia mi casa. Son casi las diez, imagino que ya estarán todos despiertos.

11

Cualquiera que desee estudiar medicina debe dominar el arte del masaje.

(Hipócrates)

Cien años de injusticia no hacen Derecho. Las verdaderas tragedias no resultan del enfrentamiento entre un derecho y una injusticia. Surgen del choque entre dos derechos.

(Hegel)

Martina

No puedo creer que esto haya pasado. Me acuerdo de Iván y su insistencia en que le contara de una vez mis planes de marcharme. Tal vez podía haberlo gestionado de otra manera, pero no puedo permitir que por mí deje a su familia, sus amigos, su cosas y la posibilidad de poder volver a la judicatura algún día. Me gusta a rabiar. ¿Estoy enamorada de él? Como nunca lo estuve ¿Es cierto que le quiero? Por supuesto, más de lo que nunca quise a Guillermo, pero no quiero que cambie toda su vida por dos meses que llevamos juntos. Sí, ya sé que se empieza por poco, pero no estoy acostumbrada a ser tan importante para alguien.

Al haberse marchado dejándome así, ha ocasionado que un enorme nudo de angustia se apropie de mi alma, que mi estómago se haya cerrado y las compuertas que retienen mis lágrimas luchen por abrirse de par en par. Pero en este instante de zozobra, oigo susurros en el pasillo y un leve golpe en la puerta, apareciendo al momento por el hueco entreabierto la cabeza de Marco seguido de su primo. Me sonríen los dos desde la inocencia, donde todo va bien y es fácil desear que una persona a la que acabas de conocer pueda ser el padre que el destino te robó. No puedo apartar de mi cabeza las palabras del niño diciéndole a Sam que quiere que su padre sea él, y la mirada brillante de mi juez intentando poner excusas para no destrozar la ilusión de un niño de cuatro años.

—Buenos días, tesoros, habéis madrugado mucho. Hace frío aún fuera, ¿vamos a vestiros?

—Buenos días —saludan al unísono, a la vez que me abrazan y yo me pierdo en su olor aún infantil. ¿Qué será de mí cuando tenga que irme a otro país y solo estemos los dos? ¿Y de mi niño? Sin su primo, su otra mitad, sin sus abuelos, sus tíos, sin Sam, que se ha colado en nuestras vidas como la niebla, despacio, sin pretenderlo, sin que fuera intencionado, pero ahí está. Y ahora, ¿cómo podré sacarlo de ellas sin causar un daño mayor del que huyo?

Les ayudo a vestirse, porque no quieren que lo haga yo, aunque todavía hay que echarles una mano con los calcetines. Les propongo quedarnos a jugar un rato en la habitación porque aún es pronto, pero en realidad lo que pretendo es no cruzarme con nadie de la familia de Sam y que me pregunten dónde está.

No consigo tenerlos retenidos más de media hora, de modo que, a las nueve en punto estamos bajando camino a la cocina, donde se oye movimiento y el aroma del café y a bollería recién hecha sube por las escaleras.

Los niños se abalanzan sobre Mamen, la madre de Sam, que los llama para mostrarles risueña unas magdalenas que acaba de hornear. Así que de ahí proviene ese agradable olor mezclado con el del café. Es impresionante lo bien que huelen, hasta a mí se me abre el apetito, y eso que creía que tenía el estómago cerrado.

—Buenos días, cariño. ¿Has dormido bien?

—Sí, aquí se duerme de lujo. Eso de no escuchar ni un solo ruido es un privilegio. Me pasa igual cuando voy a Santillana.

—¿Santillana? —me mira mientras sirve a los niños unos dulces y un vaso de leche, y les pregunta si quieren también una tostada. Los chicos responden que no con la boca llena de magdalenas.

—¡Niños, no se habla con la boca llena! —les regaño.

—*Ez* que *eztan* muy buenas las *magdalenaz*.

—Déjalos, no pasa nada, son niños —susurra la madre de Sam tratando de que ellos no se enteren.

—Lo sé, pero el arbolito desde chiquito —respondo recordando a mi abuelo.

—Ja, ja, ja, me encanta esa expresión. ¿Qué es lo que me decías de Santillana?

—Mis abuelos viven allí y cuando puedo me escapo. Es como estar en la gloria, eso a pesar del turismo, aunque suelo ir cuando no hay mucha gente. Regentan un pequeño hotel rural y no imaginas cómo se está allí. Bueno, en realidad sí puedes imaginarlo puesto que es muy parecido a esto, aunque en ocasiones con más bullicio.

—Es genial, no conozco esa zona, pero ahora que sé dónde hay un hotel de confianza, se lo diré a Salva. Tenemos ganas de escapamos solos, porque ir con toda la tropa a veces da pereza. De vez en cuando me apetece hacer algo los dos, pero los hemos acostumbrado muy mal.

—Cuando te apetezca, me lo dices y les llamo para reservar la mejor habitación para vosotros. Yo quiero subir ahora para el puente de mayo, no sé si…

—Cariño, no sé lo que ha pasado, pero nunca he visto a mi hijo con nadie como contigo. Está loco por ti y por ese niño —señala a Marco con un ligero movimiento de cabeza.

—Es sencillo enamorarse de él. Es atento, divertido y adora a Marco, tienes razón, pero es complicado. Mucho.

—Podréis solucionarlo si lo habláis, si os ponéis de acuerdo. Soy consciente de que tu pasado es un poco complejo, pero con voluntad y cariño, y se ve a leguas que eso no os falta, lo lograréis. Puedes contar conmigo para lo que necesites. Siempre. ¿De acuerdo? Mi hijo puede ser muy cabezota, pero tiene un corazón del tamaño de la Vía Láctea. Aprovéchalo.

—Ya ves, el primer desacuerdo que tenemos y se marcha dejándome en una casa rodeada de su familia. No ha sido muy maduro por su parte.

—Todavía no lo conoces bien, pero cuando no quiere discutir y nota que algo le viene grande se va, lo ha hecho siempre, desde que apenas hablaba. No le gusta que haya malos rollos, nunca grita y nunca pelea. Prefiere marcharse, se toma su tiempo y cuando está calmado y ha sopesado todo, vuelve. Y lo mejor de todo es que es muy rápido, tiene una mente muy analítica y busca la mejor solución con mucha rapidez. Imagino que eso le llevó a ser tan buen profesional.

—¡Yayaaaa…!

Las sobrinas de Sam llegan rompiendo la complicidad que había surgido entre las dos, y alborotan a los niños que veían la tele tranquilamente mientras engullían la enésima magdalena. Se abalanzan encima de su abuela y ella las acoge en sus brazos sonriendo, dejando miles de besos en sus oscuros cabellos. Me recuerda a mi madre con sus nietos. Les pone el desayuno en el salón, al igual que a los niños, y los cuatro se sientan a ver bajito cualquier serie de dibujos en la tele. Ni rastro de la hermana y el cuñado de Sam, ni tampoco de mi chico.

—No te aburres con estas dos, ¿eh?

—No, en mi familia no hay momento para el hastío, no paran y siempre están inventado. Eso y que Jud tenga esos turnos no es fácil, pero no voy a dejar a mis nietas en manos de nadie. No lo haría ni con ellas ni con lo hijos que Sami pudiera tener —suelta con toda la intención del mundo, guiñándome un ojo.

Intenta sonsacarme algo más, pero no estoy preparada para confesar a ella todas mis intimidades. Solo la conozco de unas horas y, pese a que la sensación de familiaridad que me embarga, aún me da miedo, entre otras cosas por todo lo que ello supone.

Alrededor de las diez, aparecen mis *cuñados*, sonrientes y relajados, y tras ellos, por la puerta entra Salva, con una sonrisa tan parecida a la de su hijo que asombra. Le da un beso a su mujer y me saluda también a mí con uno en la mejilla.

—Sospecho que mi hijo ya la ha liado, porque no está aquí, ¿me equivoco?

—En realidad hemos sido los dos —respondo azorada.

—No te conozco mucho, pero a mi hijo sí, y sé que él que es el culpable.

—Los dos hemos tenido parte de razón y parte de culpa. No es algo que se pueda achacar a uno de los dos.

—Solucionadlo. Martina, mi hijo está loco por ti y por tu hijo, es algo evidente.

—Lo intentaré. Gracias, Salva.

Se abre la puerta trasera de la cocina, la que da acceso al patio, y una fría ráfaga de aire entra junto con un despeinado Sam, que me busca con la mirada. Sigue estando serio pero parece de mejor humor.

—Martina, ¿podemos hablar? Buenos días a todos.

Los niños al oír revuelo vienen corriendo. Jud que no se había percatado de lo que ha ocurrido entre nosotros, mira a su hermano con reprobación.

—No me toques las narices, enana, no voy a darte explicaciones Martina, ¿me acompañas un momento? —Tiende su mano y se la tomo creyendo que vamos a subir al dormitorio, pero me sorprende cuando salimos a la calle por donde ha entrado. Se da cuenta que no llevo ropa de abrigo y me dice que vaya a por uno. Entro de nuevo a la casa y tomo prestado uno que encuentro colgado en un perchero. Veo que los niños me miran y me acerco a ellos para darles una explicación. Sam aparece detrás de mí.

—Peques, voy a salir un ratito con Sam, no tardaremos. Portaos bien y hacedle caso a Mamen y a Jud, ¿vale?

—Síiii —contestan los dos.

—Luego os llevaremos a los cuatro a dar un paseo —añado.

Aplauden con su pequeñas manitas y a mí se me encoge el alma de ver a mi niño tan feliz.

Salimos por la misma puerta donde minutos antes entraba mi chico. No dice nada pero su mirada es seria, no hay ni rastro de esas arruguitas tan sexys que se le forman en los ojos cuando es feliz. Su mandíbula aparece tensa por debajo de la cuidada barba de tres días, que luce desde nos reencontramos hace unos meses en unas circunstancias tan diferentes a cuando nos vimos por primera vez en su juzgado. Recorremos el patio trasero de la casa y salimos al exterior, una calle empedrada que lleva hacia el Parque Municipal El Rasero, donde está situada la ermita de San Roque. Durante todo el

trayecto sigue sin hablar, seguimos de la mano en silencio, me da la impresión que no tiene muy claro lo que decir. Pese a que sigue haciendo fresco el tiempo es agradable y el sol comienza a calentar tímidamente el lugar.

—¿No querías hablar? Porque parece que de repente te has quedado mudo, y para esto podíamos habernos quedado con tu familia.

—Siéntate —me dice de una manera algo brusca señalado uno de los bancos del parque. Le miro confundida y me pide perdón con un gesto, pero sigue estando tan serio que asusta—. Siento lo de antes —comienza a decir—. Tienes razón, no soy quién para decirte lo que has o no de hacer, solo me sorprendió que una cosa tan importante no me la hubieras comentado antes. —Levanta la mirada hacia los árboles del fondo y continúa hablando—. Pensé que teníamos una relación y que éramos sinceros, pero si no es así y estoy equivocado podemos dejarlo aquí y ahora, antes de que Marco llegue a sentirlo más.

Sus palabras me dejan helada. ¿Me está dejando? Hace apenas unas horas decía que me quería. No lo entiendo. No sé qué tiene que ver que exista una remota posibilidad de que pueda cambiar de trabajo y ciudad, para que tome una decisión tan drástica.

—¿Estás diciendo lo que acabo de oír? ¿Quieres que lo dejemos por un tal vez, que podríamos decidir después? Joder con Iván y sus buenos consejos. —Me levanto y me dirijo hacia la puerta de la ermita, cerrada en este momento. Se empezó a edificar en 1599 tras la epidemia de peste que asoló la el país.

—Martina.

No respondo, no puedo hacerlo. La canción de Vanesa Martin, De tus ojos, asalta mi mente, al tiempo que lo que hemos vivido juntos en estos maravillosos meses pasa por mi cabeza a una velocidad de vértigo.

—Martina, joder, escúchame. —Oigo acercarse el sonido de sus pasos amortiguados por el terreno—. No quiero dejarte, no puedo acabar con algo que es lo más maravilloso que he tenido nunca, pero no podría soportar que esto siga avanzando y un buen día me digas adiós cuándo ya conozca todo de ti, cuándo no quede ningún resquicio de mi piel, de mi alma, de mi corazón, de mi vida, que no te tenga impresa a fuego, si es que no te tiene ya. ¿Qué haría entonces? No lo superaría, creo que eso ya debes saberlo. Solo te he pedido una oportunidad para irme contigo, que es donde quiero estar.

Coge mi cara entre sus manos y me mira con los ojos empañados y la voz tomada por la emoción. Trato de contener las lágrimas. Apoya su frente en la mía y después se acerca a mis labios para con un ligero roce de los suyos hacerme olvidar todo lo malo. Los sentimientos que trasmite son tan puros, tan reales, que no puedo evitar derramar

lágrimas mientras nos besamos.

—No llores, no quiero que lo hagas. No me dejes, Martina. Dame una oportunidad.

No respondo, le beso de nuevo. Cuando nos separamos seca mis lágrimas con sus dedos, y sin decir nada más, coge mi mano y regresamos en silencio a la casa, tan solo interrumpido por una pregunta que sale de sus labios.

—¿Me avisarás?

—Lo haré.

El resto del día discurre en compañía de su familia, y antes de que anochezca, tras la merienda, ponemos rumbo a Madrid. Nosotros en un coche con mi sobrino y Marco, y sus padres con su hermana y las niñas en otro. El ambiente sigue estando raro, pero al menos cuando lo miro lo pillo haciendo lo mismo. Y me sonríe derritiéndome por dentro.

—Hola, Carol.

—¿Venís ya?

—En poco más de media hora si no hay mucho tráfico estará por ahí tu peque.

—Oye, ¿por qué no dejas a Marco aquí hoy y mañana no tiene que madrugar tanto?

—¿Y la ropa del cole, la mochila…?

—Le pongo el otro uniforme de Pablo, y por mochilas no te preocupes, ya sabes que tiene miles. Ya que mañana no trabajas puedes hacer lo que te apetezca, no creo que el fin de semana te hayas relajado mucho.

—Bueno, ha habido un poco de todo —miro de reojo a Sam, que sigue concentrado en la carretera—*, pero los niños muy bien. Se lo han pasado en grande.*

—Pues aprovecha la oportunidad, no todos los lunes descansas.

—Está bien. Gracias, hermanita.

Guardo el móvil en el bolso y observo por el espejo del parasol a los niños, que siguen parloteando de sus cosas. Noto la mirada de Sam clavada en mí, le miro y me sonríe, aparta una mano del volante y coge la mía, apretándola y susurrando un casi imperceptible *te quiero,* que yo correspondo sonriendo y apretando también su mano. En el equipo de sonido del coche, Qué voy a hacer con mi amor, de Alejandro Fernández, pone música a este momento tan especial.

—Marco, ¿te gustaría quedarte en casa de Pablo esta noche? —Sam aparta los ojos del asfalto y me mira con una duda prendida en sus oscuros ojos.

—Síiiiii —contesta palmoteando junto a mi sobrino—. ¿Pero y mi mochila?

—Tendrás que llevar una de Pablo. —No le gusta mucho la idea,

pero prefiere quedarse con su primo y no dice nada más.

—Martina, si quieres te llevo a tu casa, recoges las cosas de Marco y después lo llevamos a casa de tu hermana. A fin de cuentas tu piso casi nos viene de camino.

—¿Tienes complejo de taxista?

—Ja, ja, ja —se ríe sinceramente por primera vez en todo el día—. Nunca me lo había planteado, pero no me importa conducir y si con eso llevo a bombones como vosotros.

—Entonces pasemos antes por mi casa, señoría.

Recogemos las cosas, llevamos a los niños a casa de mi hermana y cuando volvemos de regreso a mi casa de nuevo, detiene el coche en la puerta en doble fila.

—¿No aparcas?

—Martina... Creo que mejor me voy a mi casa. Así descansas y aclaras tus ideas.

—¿Quieres irte a tu casa?

—No estoy diciendo que quiera irme.

—Si en realidad no quieres irte, yo quiero que te quedes. Entra en la cochera y aparca.

—Como quieras.

—No se trata de lo que yo quiera, sino de lo que quieras tú. Sam, ¿quieres quedarte conmigo esta noche?

—Martina, ese es el problema. En realidad quiero quedarme contigo todas las noches de mi vida y no sé si tú estás en ese punto.

—Creí que lo habíamos solucionado.

—Sigo sin creer que me vayas a dar la opción de ir contigo allá donde vayas.

—Tendrás que esperar para comprobarlo.

—Además, me gustaría ir al taller para ver esa maravilla sobre ruedas que una preciosa morena me ha regalado para mi cumpleaños.

—Vamos, que definitivamente no quieres estar conmigo hoy. Bueno, pues ya nos veremos. —Cuando voy a bajarme del coche me atrapa del brazo, tira de mí para volver a sentarme y me abrocha el cinturón. Acto seguido arranca y se aleja de mi casa, imagino que rumbo al taller. Menos mal que mañana no trabajo porque a saber a qué hora vuelvo a mi casa—. ¿Nunca te han dicho que eres un maldito cabezota que siempre tiene que salirse con la suya? —Me mira enarcando una ceja divertido, sonríe pero no dice nada. Pasados unos minutos sin que yo abra la boca, vuelve a mirarme de reojo.

—Yo soy el cabezota. Menos mal. A ver, aclárate; querías que me quedara contigo y yo estoy loco por ver el coche. Vamos al taller y después a tu casa. ¿Mejor, pequeña testaruda?

—No, no quiero obligarte a algo que no quieras —respondo con la

cabeza girada a la ventanilla, intentando evitar su mirada.

Hemos llegado al taller sin apenas darme cuenta. Se baja del coche con la llave en la mano, me abre la puerta y tira de mí con una urgencia que asusta. Abre la persiana metálica del garaje y vuelve a cerrar tras nosotros. Me agarra de la mano y sigue tirado de mi hacia donde está el coche, pero apenas se para. Me pone delante del capó junto a su característico paragolpes negro, me atrae hacia él y me besa con desesperación. Hasta este momento nunca lo había hecho así. Desabrocha unos cuantos botones del vestido largo que llevo, dejando a la vista unas medias de liga y un tanga brasileño de encaje, que pasa a mejor vida en tres segundos. Antes de darme cuenta introduce dos dedos en mi interior sin dejar de besarme. Me oigo gemir ante su intrusión. Sin casi tiempo a respirar, se empotra en mi interior y rodea su cintura con mis piernas para tener mejor acceso, apoyada con los codos y la espalda en el viejo capó del SEAT.

—¿Crees que me estás obligando a esto, doctora?

No deja de bombear con entusiasmo dentro de mí, al tiempo que la desvencijada suspensión del coche se mueve en un erótico compás siguiéndonos el ritmo. Desabrocha más botones de mi vestido, dejando el sujetador a la vista. Recorre el filo con su dedo y lo baja sin más para acariciar mis pezones oscurecidos y erectos. Recorre mi cuello que yo le ofrezco echándome hacia atrás, y acaba mordisqueando mis tetas mandando sacudidas directamente a mi sexo que lo absorbe al borde de un orgasmo brutal.

—Martina, deseo quedarme contigo el resto de mi vida, quiero estar dentro de ti todo el tiempo, ¿aún no lo ves? No es solo sexo, Martina, es todo, lo quiero todo contigo. —En ese momento las oleadas de placer deciden que es el momento de inundarlo todo y me corro como no recordaba, y eso que con él es todo a lo grande—. Por cierto —añade con la respiración entrecortada—, me encanta el coche. Y a partir de ahora mucho más. Joder Martina, voy a correrme. —Al escuchar sus palabras las réplicas de mi orgasmo se multiplican en otro más pequeño e igual de intenso.

Cuando nuestras sacudidas han remitido, la respiración se ha acompasado y los fluidos se empeñan en cumplir la ley de la gravedad, sale de mí despacio, casi sin querer hacerlo, y su esencia se derrama empapando la deslucida pintura del capó del coche. Se sube la ropa y va hacia la oficina en busca de algo para limpiarme. Al momento vuelve con un rollo de papel, pero en vez de dármelo lo hace él, convirtiendo el gesto en algo erótico de nuevo.

—¿Todo lo que haces es tan morboso? Joder, acabo de tener el mejor orgasmo que recuerdo, y lo he tenido encima de un coche con más años que el Acueducto de Segovia, y hasta la forma en que me limpias me pone a mil. Eres un pecado, señoría.

—Quiero que ardas en el infierno conmigo, doctora.

—Ya lo hago, señor juez. Oye, ¿qué te han hecho mis pobres bragas para que siempre acaben igual?

—Tienen más suerte que yo. Siempre están rozando tu preciosa piel.

—Boom, y así es como haces que me vuelva aún más loca por ti. No entiendo cómo puedes decir esas cosas y quedarte tan pancho.

—Porque es lo que siento.

—Digo yo, ¿no habías venido a ver el coche?

—Y eso es lo que estoy haciendo. —Sigo sentada encima a medio vestir, con pelos de loca y lo que imagino una sonrisa boba. Se acerca a mí y recoloca el sujetador, abrocha los botones del vestido y me da la mano para ayudarme a bajar, como si el morro del coche fuera el de una enorme limusina—. Es precioso, Martina, pero sigo pensando que no debiste gastar tanto dinero.

—Me apetecía que fuera especial. Cada momento juntos cuenta, señoría, y si no lo estamos, esto te lo recordará.

Samuel

El tiempo vuela al lado de Martina. Seguimos manteniendo nuestras casas, pero la mayor parte del tiempo lo paso con ella. Sigo respetando los días en que ella tiene guardia para quedarme con Marco, y la recojo para ir a trabajar, pero la mayor parte del tiempo me voy a dormir a casa. Eso sí, los polvos con ella son de otra dimensión. Es como si todo lo anterior no hubiera existido. Y esa complicidad me encanta. Al final tuvimos que posponer lo de la escapada que le había preparado, Marco enfermó y no nos pareció correcto dejarlo con los abuelos estando malito. Menos mal que había contratado un seguro de cancelación, porque todo pasó el día de antes, con las maletas listas.

Antes de darme cuenta ha llegado mayo y el puente en el que mi chica quiere ir a visitar a sus abuelos. Por supuesto me voy con ellos, acompañando también a sus padres y su hermana, que disfruta de vacaciones estos días. Es la primera vez que voy a pasar con su familia tanto tiempo, pero aunque estoy nervioso, que cuente conmigo para un viaje familiar me dice que esto funciona y que piensa en un futuro conmigo, pese a todo y a llevar solo tres meses juntos.

Llegamos a Santillana y la abuela es la primera en recibirnos. Marco sale a la carrera del coche, saltando feliz y contento, y ella, pese a sus años, lo coge en brazos como si apenas pesara. Después de saludar a Martina se acerca a mí, que me he quedado rezagado observando la escena; el resto de su familia llegará más tarde en otro

coche. Me saluda con un abrazo como si me conociera de toda la vida y me da las gracias porque dice que su nieta brilla como hacía años que lo la veía.

Detrás de ella, abrazando ya a Martina se encuentra el que intuyo su abuelo. Ella se vuelve hacia mí, y me coge la mano para presentármelo.

Cassia, la abuela de mi chica, es bajita, no creo que superara el metro y medio en su época de juventud, aun así, tiene una elegancia innata que su hija y sus nietas han heredado. No es delgada, pero mantiene una buena forma a pesar de sus años. De joven debió ser preciosa, porque conserva el brillo verdoso que sobresale sobre el castaño de sus ojos, como los de Martina. Martin, al contrario, es un hombre alto, mucho para su edad, con un abundante pelo blanco y mirada afable pese a su seriedad.

El abuelo me hace un exhaustivo chequeo, después mira a mi chica y le sonríe guiñándole un ojo, que supongo será el visto bueno.

—Encantado de conocerte, muchacho. Tenía ganas que te dejaras caer por aquí, todo el mundo habla maravillas de ti. Tina, enséñale a este chico vuestra habitación y llevad el equipaje.

Sacamos todo del coche y lo entramos a la casa, una típica construcción de piedra adornada con una preciosa balconada. A su lado está la edificación que corresponde al hotel, donde yo pensaba que nos íbamos a hospedar para no dar quehacer a sus abuelos, pero al final Martina encamina sus pasos para la casa.

Entramos en una preciosa habitación ocupada con muebles estilo colonial, pero por el tamaño de la estancia parecen ligeros. La cama de matrimonio luce un cabecero antiguo que parece restaurado, con unos postes parecidos a los de mi dormitorio en Riaza. Martina se da cuenta de por dónde van mis pensamientos y me mira sonriendo.

—Eres un peligro, señoría. Pero igual hasta me apetece saber qué ha pasado por tu cabeza pervertida.

Los días aquí son muy divertidos y su familia me hace sentir como en casa. Mi chica me ha llevado a recorrer sus rincones favoritos donde discurrieron los años más felices de su infancia. Hemos bajado a la playa los días más cálidos, acompañados de Marco y Pablo, la inseparable pareja, pero esta tarde hemos venido solos los dos.

—Estás muy callado, señoría.

Estamos sentados en una toalla extendida sobre la fina arena de la playa. Tengo la cabeza apoyada en sus piernas, y sus dedos acarician mi pelo revuelto por el aire e impregnado de salitre. Ha refrescado un poco pero llevamos la ropa adecuada.

—Estoy muy a gusto aquí contigo.

—Pero hay algo que te preocupa. Lo sé.

—No sé si es una preocupación. Pensaba en Marco y en Pablo. Si al final te vas... nos vamos, se perderá su amistad. Sería una verdadera lástima.

No contesta. Sus ojos se oscurecen, traga saliva y deja de mirarme, perdiéndose su rostro en el horizonte.

—No es nada seguro. Y a fin de cuentas es un niño y yo decido por él. Todo lo que haga será pensando en su bienestar.

—Han sido unos días perfectos y la tarde es preciosa, como tú, así que no pienso discutir. Es tu opinión pero ya sabes lo que pienso al respecto.

Me mira y sus ojos se iluminan, las motitas verdes se acentúan más con el sol de la tarde. Me pierdo completamente en su mirada. Acerca sus labios a los míos y me besa, mi boca se abre y nuestras lenguas se reconocen y ansían como si hiciera años que no se encuentran, cuando hace apenas unas horas nos hemos amado con la fuerza de un ciclón, hasta que nuestros cuerpos han dicho basta y sus labios, enrojecidos por el roce de mi barba, parecían una cereza madura.

—Te quiero, doctora.

—Y yo a ti, señoría.

Al día siguiente, tras cargar el coche y las tristes despedidas, volvemos a casa. Este mes se presenta bastante complicado. No sé por qué pero Martina tiene dos guardias en fin de semana y apenas un par de días libres, con un congreso médico incluido. Es cierto que esos días me encanta quedarme con el niño, lo llevo a casa de mis padres y se lo pasa genial con mis sobrinas, pero la echo tanto de menos que a veces siento que me falta el aire.

He quedado con Marta para comer; llevaba días intentando quedar conmigo para comentarme algo de un caso en el que está trabajando, uno parecido al de mi chica. Solo recordarlo me dan ganas de dar un paseo hasta la cárcel y…

Llega con su pelo alborotado, como siempre. Está preciosa. Su incipiente barriga le ha sentado muy bien, le quedan todavía unos meses para dar a luz.

—Qué bien te ha sentado el embarazo, Martita. Estás muy guapa. Luis deberá tener cuidado contigo porque conociéndote y con lo guapísima que estás, cualquier día le adornas la frente. —No puedo evitar tirarle una pulla, por los viejos tiempos.

—¿Me estás proponiendo algo, señor De la Vega?

—Ja, ja, ja. Touché. No, estoy muy bien como estoy, lo de la cornamenta no va conmigo, ya lo sabes. Sé lo que llega a joder.

—No voy por ahí tirándome a todo el que se mueve, así que deja de ofenderme. Solo fue una vez. Supéralo. —Enarco una ceja y la miro— Bueno, está bien; contigo una y con él otra.

—¿Y Diego? Marta, no te engañes, la fidelidad y tú no os lleváis bien.

—No he vuelto a engañar a Luis, solo fue contigo y aquello acabó. ¿No?

—Sabes bien que sí. Venga, vamos al lío, más tarde tengo que recoger a Marco. Martina tiene una semana complicada.

—Quién te ha visto y quién te ve. Ejerciendo de padre de familia y encantado de la vida. No somos nada.

—Nunca te dije que no quisiera tener hijos, tú sacaste tus propias conclusiones. Y no hemos venido a hablar de eso. ¿O sí? Marta, han pasado casi ocho años, no creo que debamos hurgar más en la mierda, porque recuerdo que los últimos años eso era nuestra relación, y últimamente, cada vez que hablamos o nos vemos, no hacemos más que sacar a relucir el tema.

—Tienes razón, perdona. No sé qué me ha pasado. Martina y tú os merecéis ser felices. Que te lleves bien con el niño es genial.

La comida transcurre en una calma tensa que no acabo de entender. Le aconsejo sobre el caso que lleva pero en ocasiones tengo la rara sensación de que no me escucha. Sobre las cinco menos cuarto de la tarde, pago la cuenta, me despido, y cojo el coche para ir a recoger a Marco.

Esta noche me quedo en casa de Martina. Al llegar con el niño, tras dejar a Pablo en su casa, mi chica ya ha vuelto y en la casa huele estupendamente. No sé qué es lo que está cocinando pero el olor es delicioso.

La veo en la cocina y me paro a observarla apoyado en el marco de la puerta. Es tan sexy que ni siquiera lo sabe.

—Mami, qué bien huele, ¿has hecho natillas?

—Casi aciertas. Es tarta de galletas.

—¡¡¡Que rico!!! ¿Puedo comer un poco?

—Ve a lavarte las manos y a soltar tus cosas y cuando vuelvas te pongo un trocito.

Me acerco a ella y me derrito en su sonrisa.

—Mmmm, doctora, hueles deliciosa. —Me pierdo en sus labios para seguir por su cuello, notando cómo se estremece—. Te comería entera ahora mismo. ¿Qué tal tu día?

—No pares, me encantaría que me comieras, pero me temo que Marco tardará un segundo en entrar por esa puerta —dice justo cuando el niño aparece por el pasillo—. Mi día bien, cansado pero muy productivo.

Sigo rodeando su cintura con mis manos hasta que el pequeño se cuela entre los dos, pidiendo su ración de mimos. Lo cojo en brazos para sentarlo en la encimera y volver a estar pegado a mi chica,

mientras ella aprovecha para cortar un trozo de pastel. Me pregunta si quiero y, como el chocolate y yo somos viejos amigos, no puedo negarme.

—Me vas a poner gordo con todas estas delicias que haces.

—Así nadie te miraría como lo hacen.

—¿Celosa, doctora?

—A veces. ¿Qué tal con Marta, cómo se encuentra?

—Está muy bien, pero no sé, ha sido un poco raro. Luego te cuento.

El niño da buena cuenta del dulce y yo también. Martina no se ha puesto ni un poquito, alegando que está todavía caliente, pero yo sé que tiene que ver con su idea de que le sobran algunos kilos. No consigo hacerla entender que me encanta como es y que para mí es perfecta.

Voy hacia el dormitorio y saco del armario un pantalón de deporte y una camiseta de manga corta. Los días son más cálidos y en casa se está de lujo. Antes de cerrar la puerta, me detengo un segundo a observar la ropa del vestidor y me doy cuenta de que tengo un montón allí colgada. Podría parecer que vivimos juntos de verdad. Me gustaría planteárselo, pero me da miedo a lo que pueda contestar y no nos quede ya ni esto, así que, resignado, prefiero que las cosas continúen como hasta ahora, aunque el tiempo que estoy en mi casa se me hace eterno, pese a ser muy poco.

Pasamos la tarde tirados en el sofá, con los dibujos animados correteando por la pantalla de la tele y Marco feliz de que estemos los tres. Jugamos a ratos con los coches; su madre es su pista de carreras y yo aprovecho para dejar caricias que caldean el ambiente para más tarde, cuando el niño se haya dormido. Me gusta esta familiaridad y los sentimientos que me provocan los dos. A veces se me olvida que ese niño no es mío y que el cabrón de su padre casi mata a su madre e una paliza. Cuando esos pensamientos de ira me invaden, me recreo en lo vivido estos últimos meses y logro apaciguar mi ánimo destructivo.

12

Toda ciencia del Derecho no es sino historia del Derecho.

(Friedrich Karl von Savigny)

Cuando estés enfermo, mira primero tu columna vertebral

(Hipócrates)

Samuel

El cumpleaños de Martina cae en sábado, pero como no creo que quiera pasarlo sin Marco, me las he ingeniado para que Iván la convenza de pedirse unos días la semana del veinte de junio para ir a la playa los cuatro. Es obvio que no es lo que tengo en mente, para eso no dejaríamos al niño atrás, pero con la proximidad de las vacaciones, si se lo decía abiertamente igual no iba a acceder. Me arriesgo a que se enfade, pero creo que esta vez sí le gustará.

No puedo creer que ya hayan pasado casi cinco meses desde aquel viernes de febrero. Es todo tan idílico que me parece un sueño maravilloso del que no quiero despertarme, pero el temor que algo o alguien lo interrumpa logra que los negros nubarrones que asoman por el horizonte me despierten angustiado.

La restauración del coche va por buen camino, de hecho está casi lista, porque desde que me lo regaló solo he trabajado en él. Está quedando precioso.

El día del cumpleaños de mi chica, sus padres se empeñan en que comamos en su casa. Van a hacer una barbacoa y están invitados también mis padres y mi hermana. Será la primera vez que nos reunamos todos. Al día siguiente es cuando nos iremos los dos, aunque ella no lo sabe aún. Su hermana, una vez más, se ha encargado de preparar todo lo que le he pedido.

Llegamos a su casa al medio día. Su hermana ya está allí, mis padres y la mía nos acompañan. Tras las presentaciones de rigor, su padre y su cuñado se encargan de la barbacoa, mientras yo escurro el bulto y me quedo con los niños que quieren bañarse en la piscina. La

excusa de que son pequeños y no deben quedarse solos me ha venido de perlas. Reconozco que las barbacoas no son lo mío. En una esquina, en unas tumbonas junto a un par de sombrillas, mis padres se relajan en la zona de la piscina. Al otro lado, no muy lejos de la barbacoa y las bebidas, Martina, su hermana y la mía charlan con Hugo, Óscar, Iván y su chica. Lis, la otra amiga de Martina, llega un poco más tarde.

Cuando por fin los niños me dejan descansar un rato porque mi cuñado me toma el relevo, salgo del agua al tiempo que unos ojos verdosos me escanean sin reparo. La miro sonriendo, cojo mi camiseta olvidada en una silla, y me la pongo sin secarme demasiado. Pese a ser dieciocho de junio hace bastante calor. O quizás será que la mirada de Martina me enciende hasta límites insospechados. Me acerco a ella, que avanza hacia mí con una cerveza en la mano, y me la tiende.

—Eres un pecado. Deberías saber que verte así le sienta muy mal a mi cordura —dice bajando un poco la voz y sonriendo—. Me dan ganas de unirme a esas golondrinas tatuadas que luces y ver a dónde me llevan.

—Tu puedes unirte a quien quieras, pero hacia dónde van las golondrinas tendrás que averiguarlo por ti misma. Estás preciosa, doctora. —Lleva un vestido veraniego de tirantes en azul cielo, que desataca el color canela de su piel, ligeramente bronceada tras pasar algunas tardes en casa de sus padres con el niño—. ¿No te bañas?

—Tal vez luego, no hay nadie bañándose salvo los niños.

—Todavía no te he dado tu regalo. Bueno, parte de él. El otro tendrás que esperar a mañana.

—Tú eres mi regalo, ya lo desenvolveré mañana.

—Joder, nena, no sigas, o te secuestro ahora mismo.

—¿Sabes qué? Que mejor lo hago yo.

Me coge de la mano y me lleva a la parte delantera de la casa, abre la puerta y sin hacer ruido entramos en el despacho/biblioteca de su padre. Dios, me siento como un adolescente, toda nuestra familia está fuera, aunque me temo, que va a ser muy rápido, así que me dejo hacer. Cierra la puerta tras nosotros, el estor está bajado y una suave penumbra invade la estancia. No me da tiempo a observar nada más, me empuja contra la puerta y asalta mi boca a la vez que su mano baja hasta mi bañador para deshacer el nudo del cordón. Lo baja acariciándome hasta que mi polla salta erecta de su encierro como el muñeco de una caja de sorpresa. Sin dejar de devorarnos, mi mano recorre sus tetas endurecidas por encima de la tela, le doy la vuelta y la pego contra la pared, bajo la otra mano a su sexo, apartando a un lado las braguitas del bikini, que me recibe cálido y empapado, y sin más la empotro contra la puerta, empalándome en ella hasta el fondo, sin dejar que sus gemidos alerten de nuestras correrías a los que están en el jardín.

—Eres una pervertida, toda nuestra familia está ahí fuera mientras nosotros... —le digo sin dejar de comerle la boca, esos labios que me desquician y esa lengua que me provoca mil sentimientos.

—No veo que te importe, y te aseguro, señoría, que a mí tampoco —contesta moviendo las caderas, en una danza de sincronía perfecta con las mías—. Voy a correrme, Sam, no pares de moverte.

Rodeo mi cintura con una de sus piernas y meto una mano entre los dos, acaricio su clítoris y al poco tiempo un orgasmo que me atrapa arrasa con su cordura y con la mía segundos después. Sigo sin dejar de moverme, hasta derramar la última gota de placer en su interior.

—Hostia, Martina, ¿ahora con qué nos limpiamos? Dios, parecemos dos adolescentes aprovechando un descuido de la familia. ¿Qué pensará tu padre?

—Que acabas de hacer a su hija un poquito más feliz aún. Es mi cumpleaños, así que debes hacer todo lo que yo quiera —contesta imitando a una niña consentida—. Toma, usa esto.

Me entrega un pañuelo de tela, que saca de no sé dónde, la limpio, recoloco la braguita, y acicalo su rostro retirando con el pulgar restos del labial esparcidos por su boca. Pese a todo, su cara no puede ser más explícita. Parece llevar un enorme luminoso en la frente anunciando a los cuatro vientos lo que acabamos de hacer.

—Tienes una cara de recién follada que no es normal, imagino que como yo. Deberíamos asearnos de verdad. ¿Vamos arriba?

Subimos las escaleras todavía acalorados, hasta llegar al baño que comparten su habitación y la de su hermana. Nos lavamos la cara y las manos y se retoca los labios, aunque mi cara de culpable me delata seguro. Mis ojos brillan mucho, por no hablar de los de Martina, que son de un verde musgo intenso, sin una gota de ámbar.

—Ja, ja, ja, mírate, Sam. Tienes una cara de culpable que parece que has matado a alguien. Solo ha sido un polvo, de escándalo y un poco clandestino, pero un polvo a fin de cuentas. ¿Acaso piensas que tus padres o los míos creen que nuestra relación es platónica? No creo que deba descubrirte a estas alturas que ellos también tienen sexo.

—Ay, por Dios, ¿eso era necesario? Ahora no puedo dejar de imaginarlos follando contra la pared.

—Hombre, a tanto no sé yo si llegan, pero que se lo pasan en grande estoy segura, al menos los míos. Y apuesto a que los tuyos tampoco se quedan atrás.

—Joder, nena, mejor te espero abajo.

No me apetece hablar de las relaciones sexuales de mis padres, así que tras un vistazo rápido al espejo, bajo las escaleras como una exhalación, saliendo por la puerta que da al jardín.

Carol me intercepta nada más salir preguntando por su hermana. Debo ponerme hasta colorado, porque se ríe a carcajadas.

—Por Dios, Sami, que no es para tanto. No sois niños, no tenéis que hacerlo a escondidas.

—Ya, muy graciosa, Carol, si te parece lo anunciamos a todos haciendo sonar una copa con una cucharilla, pero es que a veces tu hermana da miedo. Poco menos que me ha secuestrado.

—Seguro que te has quejado mucho. Venga, hombre no seas tan mojigato, que no te pega para nada con ese cuerpo de chulazo que gastas.

—¿Cuerpo de chulazo? Pero vamos a ver, ¿tú cómo me ves a mí, cuñada?

—Te veo cómo estás, que es como quieres. Deja de intentar analizarlo todo, disfruta de mi hermana y deja que ella te disfrute, que ya vendrán momentos no tan buenos.

—¿Por qué lo dices?

—Coño, Samuel, tú has estado casado, sabes que no todo es tan bonito.

—Ah, ya, pensé que había algo más.

—Otra vez. Deja de darle vueltas a esa cabeza y céntrate en hacerla feliz, que ya le toca.

Una voz a mi espalda interrumpe la conversación.

—Oye, ¿estás ligando con mi chico?

—Uy, no, le sale la vena tímida y no veas. Hija, podías haber esperado a que acabara la fiesta para violarlo, al pobre lo tienes avergonzado.

—¡Carol! —Manu, el cuñado de Martina aparece de la nada para recriminar a su mujer y hacernos reír a los tres—. Siempre tan discreta.

—Tú calla, que para ti también habrá, pero luego, no como esta salida que no ha podido esperar.

—Oye, Carol —replica mi chica—, más te vale callarte ya y dejar las cervezas, o me iré de la lengua cuando estemos en la mesa todos sentados.

No tengo ni idea de a qué se refiere pero parece que funciona, Carolina se marcha a la piscina sin abrir la boca para jugar un rato con los niños, y Manu y mi chica se parten de risa.

—No se lo tengas en cuenta, hace tiempo que perdió el filtro y no hay quien lo encuentre. Has estado bien ahí, cuñadita, no le interesa tocar el tema.

—Luego te lo cuento —añade Martina mirándome con cara divertida.

La fiesta resulta muy amena, la familia de mi chica y la mía han congeniado muy bien y estoy realmente encantado. La tarde va decayendo y deciden sacar la tarta, cosa que Martina ignoraba, y

hacerle soplar las velas tras cantar el inevitable Cumpleaños Feliz. A continuación le hacen entrega de sus regalos y ella se sonroja con cada obsequio que recibe. He pensado darle el mío después, pero al final una parte de él se la obsequio ahora. Es un colgante a juego con aquellos pendientes de florecitas que le compré, y que nunca se quita.

Ya es tarde y los invitados se van marchando poco a poco. Hugo y Óscar lo acaban de hacer y mis padres junto con mi hermana y mis sobrinas están recogiendo para irse también. Ellos saben que mañana nos vamos de viaje y se despiden de mí hasta la vuelta.

—Martina, ha estado todo genial, la próxima una comida en nuestra casa —dice mi madre.

—Está bien, decídmelo con unos días de antelación para poder cuadrar los turnos.

Los últimos en marcharse son Iván y Alba, se despiden hasta de mí hasta el día siguiente. Luego le diré que no vamos juntos.

Los niños ya están acostados y sus padres también se han retirado. Solo quedamos en el jardín los cuatro: Carol, Manu, Martina y yo.

—¿Queréis tomar algo? —pregunta mi cuñada.

—No, no puedo más, creo que voy a salir a correr hasta Madrid y volver, para intentar rebajar tanta comida.

—Martina, apenas has comido, no seas exagerada. —Es cierto, apenas ha tocado casi nada, algo de ensalada, una salchicha, un pequeño trozo de tarta y poco más.

—¿Controlas lo que como? ¿En serio?

—No, pero estás rara últimamente y me fijo. Me preocupo por ti, nada más.

—Martina, ¿no estarás...? —suelta su hermana a bocajarro.

—Claro que no, solo un poco nerviosa. Es lo único que me faltaba ahora, vamos.

Un pinchazo que no me esperaba para nada, hace que mi estómago se contraiga. ¿No quiere tener un hijo conmigo o solo es el momento? Ya sé que es muy pronto, pero si algo así sucediera tengo claro que estaría a su lado con independencia de lo que pasara entre nosotros.

Me busco una excusa para quitarme de en medio y subo al dormitorio. De repente no tengo ganas de seguir charlando. Unos minutos más tarde, cuando estoy en la ducha quitándome el cloro de la piscina, la mampara se abre y mi niña aparece como una ninfa, mi valkiria.

—¿Puedo?

—Por supuesto.

—¿Qué ha pasado antes?

—Estoy cansado y creo que he bebido de más.

—No te has tomado más que un par de cervezas y ahora una copa,

yo también me fijo en lo que tomas. ¿Es por lo que ha insinuado mi hermana?

—Sí, me ha molestado un poco. Ya sé que solo llevamos unos meses, pero sigo haciendo planes de futuro, mi cabeza no puede evitarlo.

—No es que no quiera tener un hijo contigo, es que ni siquiera me lo he planteado. Marco es pequeño, mi vida complicada, y un bebé no entra en mis planes inmediatos. Además ya sabes que ni siquiera sé si podría o no, pero es que mi hermana es una auténtica bocazas. No es por ti, jamás pienses eso. Eres lo mejor que tengo después de mi hijo.

—Ven aquí, preciosa. Soy un idiota. —Se quita el vestido y el bikini y entra en la ducha apoyándose en mi mano para ayudarla a entrar. Se pone de puntillas para que sus labios y los míos se rocen—. Eres tan bonita, ¿nunca te vas a ver como yo lo hago?

—¿Por qué dices eso ahora?

—Porque me he fijado que corres a esconderte detrás de un vestido, de una toalla o de un pareo nada más salir del agua. No entiendo cómo un gilipollas que no veía más allá de su nariz, fue capaz de conseguir con sus palabras que tu autoestima se fuera al carajo, y por el contrario, yo con las mías no puedo hacer que te veas como eres realmente.

—Mi autoestima y yo nunca nos hemos llevado bien, pero él ayudó a enterrarla del todo. Lo siento, no soy capaz de ver las cosas como tú, tal vez algún día.

Le aclaro el pelo, que todavía huele a cloro, pero bajo ese olor a desinfectante, persevera su olor, su aroma, ese que hace que no sepa ni dónde vivo ni qué día es.

—Hasta el cloro en ti huele bien.

—No imaginas cómo me huele en ti. No puedo controlar mis impulsos contigo.

—Doctora, si quieres algo más será algo muy lento, muy dulce y muy suave, ya he tenido suficiente prisa por hoy y mañana hay que madrugar, así que vamos a la cama.

Salimos de la ducha tras aclarar el jabón, se pone aceite en el cuerpo y solo de ver hacer ese gesto tan simple, tan cotidiano, ya estoy empalmado. Ver extender el líquido brillante por su preciosa piel canela me hace perder el juicio. Me lavo los dientes e intento no mirarla, pero la toalla me delata sin poder evitarlo. La descubro mirándome a través del espejo con una sonrisa malvada en la cara.

—¿Te diviertes?

—No imaginas cuánto. Veo que ya estás listo para eso que tienes en mente tan suave, pausado y dulce, pero como sigas así vas a quemarte, y no precisamente a fuego lento, señoría.

—Lo intentaré, preciosa Martina.

Salgo del baño dejándola envuelta en la toalla, oigo el secador y a continuación el cepillo de dientes. No puedo evitar estar excitado, igual es más difícil de lo que creía amarla despacio.

Sale del baño y arroja la toalla con un gesto divertido a la silla del rincón. Camina hacia mí con una sonrisa capaz de derretir el polo, en este momento no hay nada de su timidez habitual, parece una diosa y se siente así. Imagino que el ver cómo la sabana sigue elevada de cierta parte de mi anatomía contribuye en cierta medida. Se sube a la cama de rodillas, retira la tela que me cubre, y sin más se sube sobre mí empalándose hasta el fondo, ahogando un gemido de los dos al unir su boca a la mía. Se mueve despacio, tanto que parece que no lo haga.

—¿Así querías, señoría? —Aumenta el ritmo de manera apenas imperceptible— ¿O tal vez así?

—Mmmm, algo así. Sí, mi valkiria.

No soy consciente del tiempo que pasa, hasta que el sudor empieza a perlar su frente, su cuerpo se vuelve brillante y el aceite corporal hace el resto. Mis manos juguetean con sus tetas, y a ratos la ayudan a subir y bajar sujetando sus caderas. Le doy la vuelta para colocarme encima y rodeo mi cintura con sus piernas. Entro todavía más profundamente y acelero el ritmo al compás de su agitada respiración. Sus pupilas dilatadas por completo, la forma en que se muerde el labio para no gemir y cómo sus manos se agarran a la sábana, me avisan de un orgasmo más que inminente. Mi ritmo se vuelve tan rápido que en unos pocos empujones más me vacío en ella ayudada por las últimas sacudidas de su placer.

Para no dejarme caer con todo mi peso encima de su cuerpo, giro sobre mis rodillas sujetándola por los hombros para colocarla de nuevo encima de mí, respirando aún agitada, sudorosa y con los ojos más brillantes del mundo, como si dos estrellas fugaces se hubieran perdido en su mirada.

—¿Lo querías así?

—Sí. Eres perfecta, mi diosa, mi valkiria. Y ahora, aunque me gusta estar dentro de ti, necesitamos descansar.

—No vamos a la playa ¿verdad?

—Eres muy lista, ¿cómo lo sabes?

—No dejarías a Marco atrás.

—Es cierto. Vamos a tomarnos ese café a la plaza de San Marcos.

—No... ¿Sí?

—Por supuesto. Es tu regalo de cumpleaños.

—Ay, no, es demasiado caro, déjame pagar la mitad.

—Uy, de qué me suena esa frase.

—Haces trampa, ahora mismo no podría decirte que no a nada. Eres increíble.

—¿Estás segura de eso?

—¿Qué eres increíble? Sí.

—No seas tan lista. ¿Si ahora te pido algo no podrías decirme que no?

—Ha sido un día perfecto. No lo hagas, por favor.

—Martina, ¿me avisarás cuando te enteres de la plaza?

—Sam...

—¿Lo harás?

—Sí, joder, te lo diré. ¿Ya estás contento? Así no vale, es trampa.

—Tú eres una tramposa, uso tus mismas armas.

No dice nada más, se tumba a mi lado y se da la vuelta.

—No te enfades, preciosa. —Rodeo su cintura con mi brazo.

—No es justo, no me puedes hacer esas preguntas cuando todavía los restos de un orgasmo nivel Dios me están nublando el juicio.

—Es mi única baza, doctora.

—Alegaré enajenación mental.

—Diré que estabas en tu sano juicio.

Le doy un beso en el pelo y no añado nada más. Al poco rato su respiración se hace más suave anunciándome que se ha dormido. Se da la vuelta hacia mí y yo retiro mi brazo de su cintura. La observo un poco más a través de la tenue luz de la noche que se filtra a través de las cortinas, hasta que poco después el sueño me vence a mí también.

Casi al amanecer suena la alarma de mi reloj. No soy consciente del tiempo que he dormido, pero podría seguir horas. Me incorporo y con un millón de besos y cosquillas trato que mi amazona también despierte. Algo parecido a un gruñido y un «déjame dormir que hoy no trabajo» sale de sus labios.

—Ehh, preciosa, arriba. —La atosigo con mil besos más, hasta que una de sus manos acampa en mi cara cerca de mi nariz—. Joder, Martina. —Al oír mi exclamación se incorpora de un salto, a tiempo para ver cómo de mi nariz aparecen unas gotas de sangre.

—Ay, Dios, no me digas que te he roto la nariz. Déjame ver. —A duras penas consigue que aparte la mano de mi maltrecha nariz. Las gotas se han convertido en algo más intenso, tira de mí hacia el baño y me sienta en la taza—. No parece estar rota, menos mal —dice pasando sus dedos por el tabique nasal.

No sé si está rota o no, pero duele un huevo. Saca unas torundas de algodón y las mete en mis orificios nasales, y con una tira esparadrapo hace una especie de sujeción.

—Ha sido solo el golpe, pero déjatelo así. Lo siento, cariño, lo

siento. Estaba muy cansada y no me he dado cuenta.

—No te preocupes, son cosas que pasan a veces —respondo con voz gutural por culpa de los algodones—. Ja, ja, ja. Pero no me vas a hacer ni una foto con estas pintas, lo siento, serás la única modelo para las fotos en plan turista.

—Ni de coña, te lo dejas unas horas y cuando lleguemos te lo quito. ¿Es cierto que vamos a Venecia o lo he soñado antes de tomarte por un *sparring*?

—Es cierto, cariño, nuestro avión despega en dos horas y media así que hay que darse prisa. ¿Puedo meterme en la ducha? Debo tener un aspecto horrible.

—Puedes, pero no deberías mojar el algodón hasta que pare la hemorragia. A ver, un segundo —Retira uno de los algodones que parece limpio, a continuación el otro, que sí sale manchado—. Te pongo uno nuevo y no te mojes, ¿vale? Te ayudaré con el pelo.

—No me extraña que tengas tantos pacientes, tienes unas manos mágicas, ya apenas siento nada.

—Sí, mira qué magia, casi te hago una nariz nueva. Bajo a por hielo y cuando salgas te lo pones mientras me visto.

Desaparece por la puerta como una exhalación, mientras yo abro el grifo de la ducha y me meto debajo tratando de no mojarme la nariz.

Tras dos horas y media de vuelo, tomamos tierra en el aeropuerto Marco Polo y, tras los engorrosos trámites rutinarios y esperas, pedimos un taxi que nos lleva hasta nuestro destino, el *Hotel Palazzo Venezziano*, a poco menos de dos kilómetros de la plaza San Marcos, situado en el corazón de Venecia, frente a la laguna, en la zona de Zattere del distrito de Dorsoduro, a solo una parada de autobús acuático de la Plaza de San Marcos, muy cerca también de la estación de tren de Santa Lucía, el Piazzale Roma Terminal Hub y a pocos pasos de la estación marítima de pasajeros. Todos los monumentos famosos y atracciones locales son accesibles a pie. Existen hoteles más cercanos, pero Isma me recomendó este.

He reservado una suite en esquina, según la web del hotel «son románticas y lujosas, con un diseño sensual en rojo apasionado o en tonos negros extravagantes». ¿En serio? Espero que no parezca un burdel barato o tendré que matar a Isma. Se supone que estas elegantes suites gozan de fascinantes vistas de Venecia desde su jacuzzi —esto promete—, situado en un ángulo panorámico de la suite. Está decorada con telas venecianas, lámparas de cristal de Murano —como si eso importara— y suelos de parqué. Lo que sí he solicitado con insistencia es una con una cama de cuatro postes tamaño Queen. El baño está revestido de mármol de no sé dónde y cromoterapia. Ni idea de para qué sirve eso.

Cuando llegamos no puedo evitar recrearme en la cara de sorpresa de mi chica. Realmente el hotel parece un palacio veneciano, destila un gusto exquisito, aunque en algunas zonas el lujo resulta demasiado ostentoso y excesivo. La zona de recepción asemeja a la de un hotel tropical, con mobiliario de bambú y unas palmeras que hacen las veces de iluminación. Tiene multitud de plantas que le dan frescor y lo hacen acogedor.

—¡Guau...! Es una pasada. Pudiste reservar algo menos, menos…

—¿Lujoso?

—Caro. No tiene pinta de ser muy económico. No te regalé el coche para que después gastes un pastizal en un hotel que apenas vamos a pisar.

—Señorita Gutiérrez, créeme que sí vamos a disfrutarlo. Cuando veas la suite cambiarás de opinión. Y el jacuzzi.

—¿Tiene jacuzzi?

—Con vistas a la ciudad, según he leído. Y la cama también te va a gustar.

—¿Hemos venido a conocer Venecia o a no salir de la habitación?

—Hay tiempo para todo, los días son muy largos y tres noches dan para mucho. Eso sí, no sé cómo vamos a llegar a casa, menos mal que no tienes guardia esta semana.

—Entonces habrá que aprovecharlo todo —contesta guiñando un ojo.

—Lo haremos, no lo dudes.

Subimos a la habitación tras el *checking*, pagué un poco más porque nos permitieran ocuparla antes de la hora establecida, y así dejarlo todo ubicado antes de marcharnos a patear la ciudad.

Lo primero que hacemos es ir a La Plaza de San Marcos, visitar el Palacio Ducal, el Campanile, el Puente Rialto y el Gran Canal. Hemos montado en el *vaporetto*, aunque antes de volver me gustaría dar un paseo en góndola y pasar por debajo del puente de los suspiros.

Comemos en una especie de restaurante de comida rápida, pero de pasta, cerca de la plaza, y más tarde tomamos ese *capuccino* con el que mi chica sueña desde no sé cuándo, en el Caffé Florian[8], toda una institución en la ciudad. ¿Caro? Por supuesto, pero ver el brillo en los ojos de Marina disfrutando de ese café no está pagado ni con todo el oro del mundo.

Estar en esta plaza disfrutando de las vistas a la laguna y el trasiego de turistas, es algo que tiene un encanto innegable. Observar cómo goza con cada detalle, por insignificante que parezca, me hace pensar que este es el primer viaje con ella, pero no será el último. Y por supuesto con el niño, al que ha llamado ya un par de veces, hasta que Marco le ha dicho que no hace falta que lo llame tanto, que está muy

bien y que él sabe que ella conmigo también lo está.

—Gracias —me mira sonriendo, con sus enormes ojos brillando como nunca.

—¿Por el café? No te preocupes, me lo pienso cobrar en un rato —respondo bromeando

—Por el café también, pero no es eso. Esto es lo más especial que alguien ha hecho nunca por mí. Es todo tan mágico que no puedo creerlo, igual es un sueño y al final despierto sola en mi cama. —Le pellizco en una pierna, vestida con short vaquero que le hace unas piernas de escándalo—. ¡Ay! ¿Pero qué haces, pirado?

—Demostrarte que no es un sueño. Todo esto es real —señalo la plaza estirando el brazo—. Martina, esta es la vida que quiero a tu lado. A ver, no aquí, resultaría un poco caro, sino allá donde tú estés, ya sea en Madrid o en Nueva York. Lo único que quiero es estar contigo y con Marco, por eso me levanto cada mañana, por eso en mi cara se dibuja esta sonrisa de capullo las veinticuatro horas del día, por eso entra el aire en mis pulmones con cada inspiración. Ya sabes, como en la canción de Police Every breaht you take, porque ahora lo sé, Martina, mi vida comenzó esa mañana que entraste en mi juzgado, aunque haya tardado más de un año en darme cuenta.

Atrapo sus manos entre las mías y tiro de ella para sentarla en mis rodillas. Sus ojos brillan por las lágrimas que luchan por no brotar, pero no puede evitarlo. Las limpio con mis dedos antes de rodar por sus mejillas.

—No quiero que llores ni siquiera de felicidad. Cuando se es feliz uno sonríe, con esa sonrisa capaz de lograr que el mundo deje de girar cuando me la regalas, esa que muestras sin date cuenta cuando me ves con tu hijo. Sí, me he dado cuenta, ¿crees que no noto o no veo cuando me estás mirando y piensas que no estoy pendiente? Siempre estoy atento a tus movimientos, a tus gestos, a cómo tus ojos se aclaran o se oscurecen cuando cambian tus emociones. Eres mi vida, aunque aún te cueste admitirlo.

—Sabes que esa canción de Police es un poco acosadora, ¿no? Lo que describe, es un poco perturbador, «*te estaré vigilando en cada paso que des…cada vez que respires…*» No sé yo si es un buen ejemplo.

—Joder, ¿hasta la letra de las canciones tienes que analizar y dar la vuelta?

—No lo digo yo, lo leí en alguna parte, pero es preciosa. No te preocupes, te puedo entender porque a mí también me pasa. Nunca he tenido celos con nadie, salvo contigo. Me agobia ver cómo te miran por la calle, o cuando entras en algún sitio, o incluso cuando hemos ido a la playa. Y siempre me hago la misma pregunta: ¿por qué estás conmigo? Hay muchas chicas perfectas y yo no estoy a tu altura.

—¿Otra vez volvemos a lo mismo? La perfección no existe y si así

fuera sería aburrida. Para mí tú eres la más maravillosa de las mujeres, mi valkiria morena. La única capaz de hacer que mi piel se erice con un solo susurro, la que con un pestañeo consigue que mi corazón deje de latir o huya para no salir herido, con uno de tus pasos ya caigo rendido a tus pies. Mierda, no puedo creer lo cursi que ha sonado esto, pero es la pura verdad, así lo siento.

Se acerca a mi boca sin importarle que estemos rodeados de gente, y me regala un beso de los que cortan la respiración, de los que causan el calentamiento global, de esos que no sabes si estás vivo o has muerto y estás en el cielo.

Decidimos, tras otro paseo en *vaporetto*, volver al hotel. Creo que en mi vida he visto tantas cosas, hemos visitado tantos lugares, y a la vez lo he disfrutado tanto al ver la cara ilusionada de mi chica.

Paramos a cenar en una pequeña *trattoria* no muy lejos del hotel. La comida está deliciosa, pero de repente Martina está muy callada y sus ojos se han apagado.

—Nena, ¿estás bien?

—Sí, solo un poco cansada y echando de menos a Marco. No te preocupes, mañana estaré mejor. Ya sabes que por la noche las cosas no se ven igual.

—Vaya, pues yo había preparado…

—Ah, no, no creas que te vas a librar de mí tan fácilmente. Todavía me queda mecha para lo que tengas planeado.

Mientras acabamos de cenar, repasamos las fotos que hemos hecho a lo largo del día. Las de Martina han quedado espectaculares, le aporta una luz a cada imagen que no es habitual en las fotos hechas por un móvil, por muy bueno que sea. En las mías aparezco con la nariz ligeramente hinchada, pero la felicidad imprime a mi cara una expresión que no recordaba haber visto. Más tarde, cuando subamos a la suite, tengo en mente algo relajante, y después no tanto, pero es cierto que parece muy cansada.

Martina

No puedo creer que estemos aquí. En apenas cinco meses juntos me conoce mejor que cualquier persona que haya estado conmigo antes. Ese afán por conseguir que en cada momento me sienta bien, que cada cosa que hace, cada gesto, es por y para demostrarme lo que siente por mí, es como si de verdad fuera para él algo único y especial. Sí, ya sé que no debería extrañarme, pero fueron muchos años conviviendo con un ser despreciable que minó mi voluntad anulándome por completo como persona, y por lo que veo lo logró mejor de lo que yo pensaba.

A pesar de que siempre he tenido problemas de peso y de autoestima, estar con él resulta mágico, consigue que me sienta como una modelo de portada, me hace sentir sexy, deseable, poderosa. Con él no hay medias tintas. Cuando he visto la cama con los postes he tenido claro que algo sucio tiene en mente, aunque están muy separados, porque la cama es gigante, pero no seré yo quien ponga pegas a lo que haya planeado. Eso sí, ese jacuzzi lleno de pétalos, tiene una cita con los dos ahora mismo, por muy cansada que esté. Ya habrá tiempo de sobra para relajarnos o no, ya veremos.

—¿Cuándo has pedido que prepararan todo esto?

—Lo dejé dicho esta mañana. Imaginé que después de todo el día un baño relajante nos vendría bien.

—¿Relajante tú y yo desnudos en un jacuzzi? ¿Estás seguro? Porque solo de imaginarte sin ropa se me quita el cansancio, y no es precisamente relajación lo que siento.

—Tranquila, leona, lo tengo todo listo. Tú, de momento, ve quitándote la ropa, que te sobra mucha.

Nada más decirme eso, me doy cuenta de que mis bragas han desaparecido y para mí que se han suicidado tirándose al canal. Bueno, quizás no tanto, pero están tan mojadas como recién salida de la ducha.

Mientras trastea en su equipaje me voy desnudando. Sé que no me quita ojo de encima a pesar de no decir nada. Cuando lanzo mi pantalón encima de la otomana y me quedo vestida tan solo con el tanga brasileño de encaje verde agua a juego con el sujetador, gruñe pero sigue con sus cosas.

Veo un montón de velas por todas partes y busco algo para encenderlas. Encuentro un mechero y le doy fuego a cada una de ellas. Apago la luz, dejando encendida solo una lámpara de la mesilla y las velas, así como la tenue luz que se filtra del exterior a través del ventanal en esquina que tiene nuestra habitación.

Antes de darme tiempo a quitarme el sujetador lo noto pegado a mí. No sé en qué momento se ha desnudado, pero una importante erección saluda a mi trasero a través de la fina tela de las braguitas.

—Veo que estás relajado, señoría.

—Contigo es imposible, no imaginas lo deseable que resultas con esa lencería que destaca el tono de tu piel. Eres preciosa, doctora —susurra haciendo que mis pezones se ericen como las olas.

Desabrocha mi sujetador, que cae inerte al suelo, introduce los dedos a través de la cintura del tanga y acaricia mi piel. Los saca llevándolos hacia delante para comprobar lo húmeda que estoy. Se cuela en mi interior, haciendo que mis piernas flojeen ante el placer que experimento con su intrusión.

—¡Dios! —gimo cuando se deshace de lo poco que me queda de

ropa.

—Entra en la bañera, Martina, pero no te sientes, te he reservado el sitio de honor.

Entro despacio y le espero de pie, se mete en el agua después de mí y se sienta, tirando de mí para que me siente encima de su erección, y sin dudarlo me acoplo moviéndome despacio para acomodarlo a mí

—Ohh, sí, es increíble lo que siento dentro de ti. Muévete despacio, cariño, muy despacio. —Sus manos recorren mis pechos que apuntan al infinito, sintiendo un placer indescriptible. Sus dedos se deslizan por mi piel gracias al aceite que hay en el agua con un delicioso olor a canela—. Martina, no quiero que te corras ahora, solo vamos a jugar. Lo de hoy va a ser algo distinto, probaremos algo nuevo, ¿entendido?

—¿Cómo? Sam, estoy demasiado excitada para juegos, creo que me correría solo así. Tus dedos son maravillosos, todo tú lo eres, solo con notarte en mi interior ya estoy a punto de explotar.

—Para. Cuando veas que no puedes seguir sin correrte te va a gustar, estoy seguro.

—Lo intentaré.

Seguimos su juego un buen rato, tanto que no creía poder aguantar. Cada vez que me noto al borde del abismo, paro las manos de Sam y dejo de moverme. Cuando él llega al límite hace lo mismo. Cuando en el último intento veo que no podré aguantar me levanto, echándolo de menos al instante.

—Sam, no voy a poder parar si vuelvo a sentirte. Si no es eso lo que quieres dime qué deseas.

Se incorpora con una potente erección y coge una toalla que ha dejado cerca, se rodea la cintura con ella y sale del agua. Me tiende la mano y me acoge en un cálido albornoz tan esponjoso que debe ser lo más parecido a estar en una nube.

—Vamos a la cama. —Tengo la impresión de que si no terminamos pronto con esto voy a morir de combustión espontánea—. Tiéndete boca abajo y extiende los brazos y las piernas.

—¿Qué?

—Hazlo. Desnuda. —Su voz suena autoritaria, pero es tan sensual que sigo en ebullición.

—Sam, si fuera un volcán habría que evacuar a la población cercana. No puedo más, fóllame de una vez.

—Lo sé, ¿no me ves a mí? Pero quiero que estos días sean inolvidables y vamos a empezar hoy mismo.

Le sigo el juego, dejo caer el albornoz a mis pies y me tumbo tal y como me ha pedido. Giro la cabeza hacia un lado y lo veo coger las cosas que había preparado; unos lazos y algo más ¿Parece una vela? Se halla dentro de una cajita y está encendida.

—¿Confías en mí? —le miro extrañada y vuelve a preguntar—.

Martina, ¿Confías en mí? ¿Eres capaz de cederme el control sin dudar?

—Sí. Confío en ti. —No tengo la más mínima duda, pero la anticipación me está matando. Me noto mojada como nunca, y mi clítoris palpita como loco pidiendo una liberación que sospecho que aún no va a llegar.

—Bien. Cierra los ojos —Obedezco y una suave tela pasa por ellos, la anuda detrás, privándome de su maravillosa visión. Recorre mi espalda con un dedo, apenas una suave caricia, descendiendo hacia mi culo, hasta llegar a mi zona más sensible y húmeda—. Joder, cariño, nunca te he notado así. —Se sorprende al comprobar lo mojada que estoy y un suspiro ruidoso escapa de mis labios. En mi vida he estado así de excitada y con él es extraño—. Voy a atar tus manos y tus piernas a estos postes, ¿de acuerdo? —No puedo ni contestar—. ¿Martina?

—Síii —consigo articular en un susurro.

—¿Estás bien, nena?

—Mucho. Sigue, por favor, me muero por saber lo que vas a hacer.

—Tus deseos son órdenes para mí, preciosa. —Noto una tela igual de suave que la que me tapa los ojos recorriendo mi cuerpo, estremeciéndome hasta límites hasta ahora desconocidos para mí.

Anuda mis muñecas con esa tela y noto un suave tirón al fijarla al poste de la cama. Hace lo mismo con los tobillos, sintiéndome completamente expuesta y cada vez más excitada. Mi respiración se agita más, se vuelve errática, y creo que voy a correrme de anticipación. Uno de sus dedos recorre el camino inverso, desde mis tobillos hasta llegar a mi cuello, sin dejar sin transitar ni un solo centímetro. Me retuerzo, o más bien lo intento, porque pese a que el amarre es suave, la postura me impide moverme.

Solo su respiración agitada y la mía resuenan por la estancia. Se retira un momento y al instante un delicioso olor a chocolate llega hasta mi nariz. Algo caliente y espeso cae sobre mi espalda, está demasiado caliente pero no llega a quemar, a continuación sus manos acarician mi espalda, convirtiendo ese masaje en algo sensual y muy morboso. Se deslizan con sutileza bajando hasta mi culo, masajea mis glúteos y continúa por mis piernas hasta llegar a mis cansadas pantorrillas. Es deliciosamente placentero. De pronto sube de nuevo y sus dedos húmedos y resbaladizos masajean mi entrada trasera, haciendo que quiera más. Arqueo mi espalda elevando el trasero sin apenas darme cuenta, para que su acoso sea más intenso.

—Me encanta tu culo, nena, es un regalo de la naturaleza.

Se coloca a horcajadas sobre mí. Noto su polla rozarme, poniéndome la piel de gallina. Se inclina y con su lengua recorre mi oreja, pasando por mi cuello, mi espalda, hasta llegar de nuevo a mi culo. No se detiene ahí, elevo mis caderas aún más y se adentra con la

lengua en mi humedad, donde sin poder ni querer evitarlo, no me contengo más y me rompo en mil pedazos.

—Joder, Martina, no puedo esperar yo tampoco. —Sigue estimulando mi trasero mientras su lengua asola mi clítoris y mi coño. Antes de que mi orgasmo haya terminado, me pide que arquee un poco más la espalda, y sin más preámbulos se empala en mi culo, haciendo que el orgasmo se prolongue hasta el infinito. Miles replicas se suceden mientras me bombea una y otra vez—. Martinaaa, Dios, me corro, ohh, siii.

Cuando se derrama en mi interior, apenas me doy cuenta de nada. He experimentado el placer más intenso de toda mi vida. Cuando vuelvo de mi mundo de éxtasis, le oigo preguntar si estoy bien.

—Estoy genial, mejor que bien. Nunca había sentido nada así.

Me desata las manos tras salir de mí, masajeando mis muñecas, con el aceite que ha usado antes, y después hace lo propio con los tobillos. Me coge en brazos para darme la vuelta, porque continúo completamente desmadejada, y desata la venda de mis ojos. Me acerco a abrazarlo y me quedo ahí, perdida en su olor, en el mío, a chocolate, a sexo.

—¿Te ha gustado?

—Ha sido sublime. La espera y el calentamiento han merecido la pena, cariño. ¿Cómo se te ha ocurrido? ¿O es que ya…? —añado con una ligera punzada de celos.

—No, tú has sido la primera y espero que la única. En realidad sí he jugado con ligaduras, pero no así, solo en las muñecas. Lo demás no. Se me ocurrió cuando lo hicimos en Riaza y cuando me pediste que te follara el culo. Pero esto es distinto, para mí ha sido como una muestra de que confías en mí hasta el punto de dejarme hacer lo que me dé la gana, sabiendo que lo ibas a disfrutar. Aun así, podrías haber parado cuando quisieras si no te hubiera gustado.

—Lo sé. Tú eres el único al que dejaría hacer algo como esto. Solo en ti confío hasta ese punto. No sé cuándo he llegado a este nivel, pero no he tenido la más mínima duda.

—Te quiero. Lo sabes, ¿no?

—Sí. Y yo a ti también.

13

Cura a veces, trata con frecuencia, consuela siempre.

(Hipócrates)

En el Derecho posee y defiende el ser humano su condición moral de existencia, sin el Derecho desciende al nivel del animal. El pueblo que no lucha por su Derecho, no merece tenerlo.

(Rudolf von Ihering)

Martina

Los días en Venecia han sido maravillosos, como una especie de luna de miel. He descubierto a un Samuel todavía más divertido y dicharachero, relajado y encantador. Si todavía faltaba un resquicio de mi ser que no estuviera enamorado de él, estos días ha caído rendido a sus pies. Es tan atento, detallista, alocado, que ni lo parece en su día a día. No es que sea muy diferente, pero pasar juntos las veinticuatro horas del día ha conseguido que por fin me relaje y disfrute del tiempo y sus atenciones de un modo diferente.

Hemos visto todo y más. Visitamos la isla de Murano y compramos un montón de tonterías para la familia. A Marco y a Pablo les llevamos una réplica de un Ferrari que Sam opina que les va a encantar. También me he dado cuenta de que lo conoce muy bien, que sabe cómo va a reaccionar en cada momento y que le hace feliz en su día a día. Se me está haciendo un mundo pensar que me tenga que marchar, aunque siempre puedo decir que no. Acto seguido acude a mi mente el canalla de Guillermo y se me quitan hasta las ganas de respirar.

Hoy, de camino al aeropuerto, mi ánimo se ha ensombrecido y Sam

lo ha notado.

—Estás muy callada, no creas que no me he dado cuenta. Estos días has estado habladora y tus ojos brillaban de una forma especial, incluso echando de menos a Marco, y ahora llevas desde hace unas horas sin apenas articular palabra.

—Tienes razón. Lo he pasado tan bien, que hasta me siento culpable de ser tan feliz.

—No entiendo por qué.

—No sé, me gusta tanto esto que ahora tenemos que volver a la realidad me asusta.

—Tenemos dos opciones: una, seguimos igual y dos, nos mudamos juntos y acabamos de una vez con tanto trasiego. Ni tú ni yo somos niños que no saben lo que quieren.

—¿Me estás proponiendo que vivamos juntos?

—No es tan extraño, en realidad estamos medio haciéndolo, ¿no?

—Sí, pero no es lo mismo.

—No quiero presionarte, era solo una opción. Tenemos todo el tiempo del mundo. —Una mueca debe aparecer en mi cara y Samuel se da cuenta—. Sí, TODO, no pienses que vas a ir a ninguna parte sin mí. Por cierto, tenemos que planear las vacaciones. ¿Cuándo las coges?

—Aún no lo sé. A finales de julio y principios de agosto, lo más probable. ¿Qué te gustaría hacer?

—Podíamos ir unos días a casa de tus abuelos, ir a Riaza, o irnos a la playa si te apetece. Ya sé que eres más de montaña, pero me han dicho que en Almería hay unas calas que merecen mucho la pena. Helena tiene allí una casa y están encantados.

—Sí, de niña fuimos alguna vez y la verdad es que es muy bonito, pero no lo tengo claro. Lo hablamos en casa, ¿te parece?

—Claro, preciosa. —Coge mi mano y deja un beso en la parte interior de mi muñeca, provocando un escalofrío.

—Cómo te gusta provocar.

—Provocarte. Solo a ti, mi valkiria.

Los sucesivos días son una dulce rutina, casi todo el tiempo lo pasa en mi casa, Marco ha terminado el cole y se queda muchos días en casa de mis padres con Pablo. Cuando salgo de trabajar, algunos días comemos allí y pasamos la tarde en la piscina. Si tengo guardia, Sam se queda en casa con Marco y lo lleva a la piscina o al parque, o lo sube a casa de sus padres para que pase rato con las gemelas. Las noches y los momentos en que estamos solos estalla la pasión, sin poder ni querer controlarnos.

—Hola, Jorge, cuanto tiempo sin saber de ti.

—Sospecho que a partir de ahora me verás todos los días, nena. Lo de

la plaza es un hecho, en el supuesto de que sigas interesada. Me he enterado que tienes pareja estable.

—Sí, estamos genial, te va a encantar cuando lo conozcas, pero no sé cómo le voy a plantear que me marcho. Bueno, si es que apruebo.

—En tu correo electrónico tienes todos los pasos a seguir para solicitar la certificación. Seguro que la pasas. Nosotros te apoyaremos. Cuando hayas cumplimentado todos los datos me lo dices. Esos días te vienes a casa y luego ya vemos.

No digo nada, mi cabeza es un hervidero de ideas y no todas son claras.

—¿Marti…?

—Perdona, no estoy muy centrada, estoy hecha un lío.

—Puede venirse contigo si así lo deseas. Sospecho que estás colgadísima por él.

—Es que no quiero que deje a su familia y la posibilidad de volver a un trabajo que le apasiona, por volar detrás de mí. Apenas llevamos cinco meses juntos, ¿y si luego no funciona? ¿Y si mis taras vuelven a salir?

—Mira, Martina Gutiérrez, en el momento que tenga dos días libres voy a Madrid para darte la bofetada que te tuvo que dar tu madre cuando eras una niña y empezaste con tus tonterías, bastante te hemos aguantado ya. No tienes ninguna tara, deja de decir estupideces. ¿Eres feliz?

—Como nunca.

—Entonces ¿qué coño quieres?

—Es complicado.

—Todo lo que tú quieras que sea. Tengo entendido que ese chico te adora, Iván dice que besa el suelo que pisas. Deja de hacer estupideces antes de cometer un error del que te arrepientas el resto de tu vida.

—Tengo que entrar a quirófano. Te dejo, hablamos cuando estudie la documentación que me has mandado.

—Adiós, «expertaensalirteporlatangente».

Mi cabeza va a mil, pero ahora tengo que concentrarme. La paciente es una chica de diecisiete años con cáncer de garganta. Hay que extirpar los ganglios linfáticos antes que las células se esparzan por la linfa, siendo mucho más difícil de tratar. Sus padres ya están a la puerta del quirófano donde la preparan para la cirugía.

En principio voy a intentar una disección radical y modificada del cuello. Es el tipo más frecuente de la disección del cuello, donde todos los ganglios linfáticos se extirpan. Mi intención es preservar los nervios en el cuello y los vasos sanguíneos o el músculo. Casi es una niña, trataré por todos los medios que quede limpia interviniendo lo menos posible. Marce me acompaña en la intervención, ya estamos listos, la chica ya está dormida y comenzamos la operación, que durará unas cuantas horas.

El procedimiento ha resultado más laborioso de lo que pensaba, hemos tenido que extirpar más de lo que en principio estaba previsto, pero, tras analizar el tejido adyacente, hemos constatado que ya no conserva ninguna célula tumoral. Después de cerrar y trasladar a la paciente a reanimación, nos aseamos un poco y salimos a hablar con los familiares.

—Familiares de Katia López Quesada. —Al fondo de la sala de espera, un matrimonio de mediana edad se levanta de los asientos y se acercan a nosotros visiblemente nerviosos—. Tranquilos, todo ha salido como estaba previsto —intento calmarlos—. La zona está limpia y hemos tratado de tocar los menores nervios posibles. Es muy probable que con la rehabilitación adecuada recupere con normalidad todas sus funciones musculares. Es muy joven y se recuperará mejor. Ahora lleva un drenaje, que le retiraremos más adelante, y le pondrán la cama elevada. Está sedada aún, pero en un rato la subirán a su habitación.

—¿Pero todo está bien? ¿Ya no tiene cáncer?

—No, pero serán mis compañeros de oncología junto con el radiólogo los que valores si hay que darle tratamiento o no.

—Muchas gracias, doctores. Nos han devuelto la vida.

—No tienen que darla, es nuestro trabajo.

—Pero nos dijeron que era muy complicado de tratar este tipo de cáncer, y ustedes parece que lo han logrado con éxito.

—Hicieron bien pidiendo una segunda opinión. Pueden marcharse a la habitación a esperar, o bien permanezcan en la sala de espera hasta que salga de reanimación, como prefieran.

—Gracias. ¿Pasará a verla después?

—Sí, antes de terminar mi turno. Y mañana, aunque no trabajo, la visitaré por la mañana. No se preocupen.

Cuando nos retiramos, descubro a un chico paseando nervioso cerca de la puerta de acceso a quirófanos por la que hemos salido. Mira hacia donde estamos pero no se atreve a preguntar, me acerco cuando sus padres se han marchado.

—Hola, ¿eres amigo de Katia?

—Sí, pero llevamos muy poco tiempo juntos. Sus padres son un tanto protectores y …

—No te preocupes, ella está bien, todo ha salido perfecto. Está sedada y en reanimación. Si sigues por aquí, antes de que la suban a planta podrás verla un par de minutos.

—¿De verdad haría eso por mí?

—Por supuesto. Soy Martina, la doctora que la ha intervenido.

—Me llamo Gabriel. Encantado.

—En un rato, si no hay complicaciones, pasaré a por ti.

El resto de la mañana transcurre de forma rutinaria. Entro en mi pequeño despacho tras hacer una ronda por la planta y visitar a los pacientes recientemente operados, me desplomo en el asiento, y abro el correo que me ha enviado Jorge:

de:Jorge Salvatierra georgesalvadoc@gmail.com
para: Martina Gutiérrez Ceballos < martinagutierrezceballos21@gmail.com >
fecha:08 julio 2016 09:41
asunto:certificación
enviado por:gmail.com

Tabla de Contenido
1 Crea una cuenta en línea para solicitar número de identificación USMLE / ECFMG?
2. Obtener la certificación ECFMG
Paso a paso para obtener la certificación ECFMG
1. Solicite en línea el certificado
2. Realice el pago
3. Complete el Formulario de Certificación de Identificación
4. Imprima el Formulario 186
5. Espere a que la ECFMG procese su solicitud
6. Recibir la notificación
3. Esperar la verificación de su estado académico por parte de ECFMG:
4. Aplique para el programa USMLE
Requisitos de elegibilidad
Paso a paso para solicitar los exámenes USMLE a través del ECFMG
1.Solicite en línea los exámenes USMLE
2. Realice el pago
3. Programe el examen USMLE
4. Seleccione un periodo de elegibilidad para su examen y elija un Centro de Prueba Prometric
5. Asista a la prueba
6. Espere los resultados de examen

Decido rellenarlo todo y enviarlo sin mirar atrás. Siempre tengo tiempo de anularlo y solo habré perdido el dinero del pago. Tengo que hablar con Sam, pero ¿cuándo? El examen será a finales de agosto, aún tengo tiempo, y en una semana iremos unos días a la playa, quizás encuentre allí el momento apropiado.

A las tres, puntual como un reloj, mi chico me espera en el aparcamiento y nos vamos para casa. Más tarde recogeremos a Marco, que hoy pasa el día en casa de la hermana de Sam, con las niñas. Por la mañana han estado en el parque de atracciones, aprovechando que no hacía mucho calor.

Al llegar, Sam ultima los detalles de la comida mientras me doy una rápida ducha. Minutos después aparezco en la cocina solo con una camiseta y un pantalón corto. Sus ojos me derriten nada más verme aparecer.

—¿Siempre me tienes que mirar como si fuera una gacela y tú un guepardo?

—Yo no tengo la culpa de que tus tetas se me presenten así,

diciendo *cómeme*, y ese cuerpo debajo de esa camiseta que deja poco a la imaginación. Es culpa tuya. Ponte un traje de buzo o de monja, yo que sé…

—Estoy segura que ni por esas.

—Es posible. Eres sexy lleves lo que lleves puesto. Hasta vestida con la bata de hospital me dan ganas de arrancártela a mordiscos y devorarte allí mismo. Cualquier día me paso por tu despacho y no respondo.

—Mmmm... Suena muy bien. Esas noches de guardia tan largasss, y mi sofá tan cómodo.

—Doctora, vas a conseguir que hoy no comamos. —Se acerca a mí y atrapa mi culo para pegarme a su magnífica erección.

—Lo siento, señoría, estoy hambrienta y puede esperar. No va a morir de priapismo por un rato.

—Bueno, porque me recreo mirándote y veo las ganas que tienes tú también, si no te tumbaba en la mesa y te convertiría en mi comida y mi postre, en mi merienda y mi cena.

—Tengo chicha de sobra para alimentarte bien.

—Martinaaa, no vayas por ahí. Primero te lamería entera, después te chuparía a trocitos, especialmente esos guijarros oscuros que se marcan a través de la camiseta al imaginar lo que te digo. Apuesto a que estás empapada.

No le respondo, cojo el vaso y doy un largo trago de agua. Tiene razón, me voy a deshidratar con tanta pérdida de líquido.

—¿No respondes? Si voy hacia allí y me meto entre tus piernas, ¿estarás mojada? Parece que se te ha comido la lengua el gato, mejor lo compruebo. —Se levanta de la silla y viene hacia mí sonriendo canalla, rodea mi asiento y se coloca detrás de mí, susurrando a mi oído—. ¿Quieres jugar? Juguemos pues.

Desliza sus manos por mis tetas, que todavía se endurecen más, las muy traidoras, pellizca un pezón y me arranca un gemido.

—¿Qué ha sido eso, doctora? —Pellizca el otro y esta vez la sacudida en mi sexo es más que notable— Mmmm... me encanta verte así. Mírame, Martina. —Subo los ojos para encontrarme con los suyos, más oscuros que nunca, Si no lo conociera tan bien, por el tamaño de su bragueta diría que esconde ahí abajo una enorme pistola—. Estás muy excitada, doctora. ¿Seguimos jugando o mejor nos olvidamos de todo y almorzamos?

Besa mi cuello, chupa mi oreja, inyectando más placer a mi mojado sexo. Sus manos continúan descendiendo y separa mis piernas para colarse bajo el escueto pantalón. No llevo puesto nada más, así que su intrusión es más que inmediata.

— Ya veo, ¿te has derramado la copa encima, doctora, o es que te pongo así de cachonda?

—Mmm... no, que va, es que ahora mismo estoy pensando en un médico nuevo que ha llegado del MIR y está como un queso. Me pone muy pero que muy burra —le suelto para intentar pincharlo. Separa mi silla de la mesa, tira de mi mano y me lleva a la cocina para apoyarme en la barra—. Joder, qué fría está la puta encimera.

Se acopla detrás de mí, me baja el pantalón empapado y penetra en mí con una facilidad asombrosa dado su tamaño. Por un momento se me olvida el hambre, el examen y hasta mi nombre. Entra y sale de mí con fuerza, no hay nada de suavidad, y lo quiero así, duro, fuerte, rudo. El sonido del frenesí de su cuerpo golpeando el mío me excita aún más.

—Sam, Dios, nadie me pone como tú, estoy a punto, córrete conmigo.

—No tienes que decirlo dos veces, Martina. Me pones a mil y ver tu culo así es un placer que no puedo evitar, me pone aún más duro, ¿lo notas? —Es cierto, su rigidez se hace más notable, mete una mano entre los dos y me acaricia y en dos empellones más me corro gritando como poseída por el demonio. Sam se corre cuando estoy llegando al final de mi orgasmo, prolongándolo un poco más—. Eres un pecado mortal, nena. Menos mal que la comida no se enfriaba.

Sale de mí tendiéndome un paño de cocina mientras él se asea también. Vamos al baño y nos damos otra ducha rápida, que acaba con mi espalda incrustada en la pared y su polla hasta el fondo. Esta vez el asalto es más lento, más pausado, y mucho más suave. No sé cómo puede aguantar sujetándome tanto tiempo. Unos minutos más tarde nos corremos casi a la vez y esta vez, por fin, salimos para comer comida real de una vez. Son casi las cinco y pronto habrá que recoger al niño.

—Bienvenida de nuevo, doctora —miro a Sam extrañada—. Has estado ausente unos días, ya sé que cuando tienes cirugía te pones así, pero me da que ha habido algo más. Sea lo que sea ha debido salir bien porque vuelves a ser tú.

—Es apenas una niña, tiene toda la vida por delante, y ese tipo de cáncer… pero parece que todo ha ido muy bien. No creo que le queden secuelas que alteren su vida. Sus padres estaban encantados. ¿Sabes que estaba desahuciada? Bueno, quizás no tanto como eso, pero no le daban recuperación a largo plazo. Alguien les habló de nosotros y se animaron a consultarnos.

—No entiendo que haya *profesionales* —hace el gesto de las comillas con los dedos— que sean capaces de darse por vencidos.

—Yo tampoco, escapa a mi entendimiento. Pero bueno, gracias a eso estamos aquí y hoy no tiene rastro de tumoración. Había un chico, solo, más apartado, el novio y los padres no lo saben. Me dio lástima y me acerqué. Le dije que todo había ido muy bien y el pobre se abrazó

a mí, llorando y dándome las gracias. Tendría unos veinte años o así. Más tarde lo llevé a verla antes de que sus padres entraran.

—Ya eres su diosa. Vas dejando admiradores por ahí.

—El pobre me dio tanta pena… Se veía un buen chico, pero tal vez a sus padres no les pareciera o llevan tan poco tiempo que no se lo han dicho. Como ella es tan joven… Lo cierto es que la forma en que se miraban era algo sublime. Katia, así se llama mi paciente, se puso a llorar cuando lo vio entrar. Supongo que no esperaba que él estuviera allí. Él le dijo que no podía dejar de estar aunque no pudiera entrar. Lo va a tener difícil estos días, pero ya se me ocurrirá algo.

Acabamos de comer, recogemos la cocina y nos vestimos para ir a buscar a Marco. Antes, se me acaba de ocurrir una cosa.

—Marce, hola. ¿Katia se encuentra bien?

—Sí, muy bien, ya se ha despertado del todo, ha expulsado la anestesia, y de momento con los analgésicos no tiene dolor. ¿Por qué llamas tan pronto?

—¿Recuerdas el chico que estaba ahí esta mañana?

—¿El de la camiseta blanca y los vaqueros rotos? ¿Ese que habló contigo?

—Sí, ¿sigue por ahí?

—Voy a ver. ¿Es su novio o algo así y sus padres no lo saben?

—Eso parece.

—Aquí está, no se ha movido.

—¿Puedes pasarle tu teléfono, por favor?

—¿Hola? —oigo hablar a Marce con el chico—. *Perdona, es la doctora Gutiérrez, quiere hablar contigo.*

Un par de segundos después oigo la tímida voz del chico a través del auricular del móvil.

—Hola, doctora, ¿todo bien?

—Sí. Todo muy bien. Estaba pensando que querrás verla mañana, ¿no?

—Me encantaría, pero no creo que sus padres se retiren de su lado. O mucho peor, su hermana puede estar allí.

—Escucha, sobre las once de la mañana estaré en el hospital, te llevaré una bata y mañana serás un médico en prácticas, ¿te parece? Así podrás entrar después de yo decirle a sus padres que salgan mientras le hacemos las curas y la visito.

—¿De verdad haría eso por mí?

—Por supuesto, para su recuperación la mejor terapia es sentirse rodeada de sus seres queridos.

—Gracias, no sabe cuánto significa para mí. Es que sus padres no quieren que salga con nadie. Yo voy a cumplir veintidós años y ella es aún menor de edad, si se enteran… —Fogonazos de otra vida, de una joven Martina de diecisiete años, acuden a mi memoria. Nunca había vuelto a pensar en ello hasta ahora.

—No van a enterarse, pero es una situación complicada, deberían saberlo. Seguro que le viene bien que estés a su lado.

—Sus padres quieren para ella otra cosa, yo solo soy…

—Ahora eso no tiene ninguna importancia. Te espero sobre las diez y media en la cafetería ¿de acuerdo, Gabriel?

—Allí estaré.

Sam ha asistido a la conversación sonriendo, con un tinte de orgullo en sus ojos. Cuando acabo se acerca y me abraza, dejando miles de besos en mi pelo.

—¿Ves por qué me tienes loco? Eres absolutamente increíble.

Tomo su mano y dejo un beso en sus labios. Cogemos las llaves del coche, mi bolso, y bajamos al garaje para ir a recoger a mi niño.

Al día siguiente Sam se queda al cuidado de Marco mientras voy al hospital a visitar mi paciente y a llevar a su chico a que la vea. Entre el gentío del pasillo, me encuentro con Iván al entrar.

—Hola, bombón. ¿Qué haces por aquí? Ah, has venido a ver a tu paciente.

—Sí, ¿vas a la cafetería?

—¿Qué ocurre, tu juez no te deja pegar ojo?

—Mira que te gusta el morbo, pero te vas a quedar con las ganas de saberlo. Voy a la cafetería porque he quedado allí con el novio de la chica. Por cierto, ¿me dejarías tu bata un momento?

—Tengo una limpia en el despacho. ¿Qué tramas, morena?

—No puede entrar a ver a su chica y lo está pasando muy mal. Los padres de ella no saben que están saliendo y por lo que pude ver a ella le viene bien su compañía.

—Ya te digo. Juventud, hormonas revolucionadas, polvos clandestinos…

—No seas bruto, joder. El chico tiene veintidós años y ella una adolescente de diecisiete.

—Hostia, ¿se llevan cinco años?

—Sí, pero los vi mirarse ayer y me da que entre ellos hay algo más profundo y especial.

—Yaaa, como Rocco de profundo.

—Tío, eres un cerdo, no se puede hablar contigo. ¡Hala, me voy!

—Ven aquí, tonta, solo bromeo contigo —me atrapa por la cintura y me abraza, besando mi pelo—. ¿Qué voy a hacer yo cuando te marches?

—Me temo que pocas aguantarán tus tonterías, porque ni siquiera tu madre te conoce como yo.

—Puedes estar segura de eso, morena.

Al entrar en la cafetería, Gabriel, con la misma ropa que ayer, el pelo revuelto y cara de no haber dormido, se acerca a nosotros casi a la carrera. Me saluda y yo le presento a Iván. Se queda sin saber qué decir, pero añado que está al tanto de todo y nos va a ayudar dejándonos una de sus batas. Nos ofrece un café pero los dos declinamos la oferta. Salimos de la cafetería con el muchacho detrás de nosotros, siguiéndonos por los pasillos del hospital hasta llegar al despacho de mi amigo. Descuelga la bata limpia de un viejo perchero metálico situado tras la puerta, se la ofrece, y se presta a acompañarnos para actuar por si la situación se torna poco creíble.

De nuevo de vuelta a los pasillos del hospital con Gabriel siguiéndonos, esta vez disfrazado con la bata médica de Iván, caminamos en dirección a la habitación de mi paciente. Al abrir la puerta ligeramente entornada, encontramos adormilada a la chica convaleciente, acompañada por su madre. Lee un libro sentada en uno de los incómodos sillones reclinatorios de la estancia, con los pies apoyados en una silla. Entrar tres médicos de sopetón hace que cierre el libro, doblando una esquina del papel a modo de marca página, y se levante como impulsada por un resorte. Saludo, le presento a mis *compañeros,* y cuando Katia oye el nombre y la voz de su chico, abre los ojos de par en par, sin poder creerlo del todo. Aparece un ligero rubor en sus mejillas y una tímida sonrisa se instala en su boca.

—Señora…

—Llámame Lucía, por favor.

—Lucía, ¿le importaría salir un momento mientras reconocemos a su hija y vienen a curarla? Puede ir a tomar un café si lo desea.

—Gracias, así aprovecho para a desayunar. ¿Estará bien?

—No se preocupe.

La mujer coge su bolso y se marcha, dejando olvidado el libro en el horrible sillón de tortura nocturna para familiares y allegados. Cuando sale por la puerta, Gabriel no puede esperar ni un segundo en ir a saludar a su chica con un tímido beso. No sabe muy bien si puede hacerle daño y ella aún no cree que él esté allí, ataviado de esa guisa. Iván y yo nos apartamos de forma discreta a un rincón de la habitación permitiendo que se saluden con cierta intimidad. Cuando han pasado unos minutos, le pido a su chico que me deje examinarla.

Miro el informe facilitado por la enfermera y veo que no ha tenido fiebre esta noche, que la herida está cicatrizando bien y el drenaje no tiene mal aspecto.

Nos quedamos unos minutos más de lo necesario, y le prometo a la chica que su novio volverá el día siguiente conmigo, pero que cuando le demos el alta deberían hablar con sus padres, o al menos intentarlo.

—Es complicado —responde la chica aún débil por la reciente

intervención—. Mis padres esperan que me relacione con gente como ellos, y los amigos que tengo así no me gustan para nada. No tienen más aspiración en la vida que ser niños de papá y meterse a trabajar en los negocios de la familia sin haber dado un palo al agua. Gabi ha estudiado mecánica de competición, ha sido su último año, pero para mis padres estoy segura de que eso no supone gran cosa. Que tenga casi cinco años más tampoco les va a gustar.

—Bueno, si Gabriel permanece a tu lado en todo esto no les quedará más remedio que permitir a vuestra relación seguir adelante. ¿Cuánto tiempo lleváis juntos?

—Tres años.

—¿Consideras que tres años es poco tiempo? —pregunto al chico haciendo alusión a lo que dijo el día anterior. Baja la cabeza avergonzado.

—Cuando nos conocimos, yo era casi una niña pequeña, y él ya era mayor de edad. Mi padre es abogado y…

—Bueno, pronto serás mayor. Esperad el tiempo necesario y después habláis con ellos. Siempre puedes tomar tus decisiones.

—¿Decisiones de qué? —Gabriel estaba sentado encima de la cama cuando ha llegado su madre, y ha dado un salto que por poco tumba la cama.

—Gabriel, ¿el drenaje está correcto?

—Sí, doctora, yo lo veo perfecto —responde con desparpajo.

—Muy bien. Lucía, nosotros ya nos marchamos. Mañana pasaré de nuevo y, si todo marcha como hasta ahora, pronto le daré el alta y estarán en casa. Ah, y en cuanto a las decisiones, le decía a Gabriel que aún es pronto para saber por qué especialidad decantarse. Que tengan un buen día.

Cuando por fin llegamos a la calle, el color ha vuelto a la cara del chico.

—Gracias por todo, doctora. Espero que su madre no haya notado que tenía su mano cogida.

—Bueno, eres médico, darles apoyo a tus pacientes también forma parte del trabajo.

—Nunca podré agradecerle lo suficiente todo lo que ha hecho por nosotros.

—Se me ocurre una forma. Vete a casa, aséate, descansa, y mañana a la misma hora te recojo en la cafetería para hacer la ronda. Después voláis solos.

—Allí estaré.

Me despido de Iván, que ha bajado con nosotros muy divertido por la situación, y me encamino a la parada del metro, pero al pasar por el parking tengo la corazonada de que alguien me observa. Aprieto el paso mirando de reojo a mi espalda, y casi me llevo por delante a

Samuel y Marco, que han dejado el coche más alejado y venían charlando animadamente por la acera.

—Ehhh, preciosa, ¿qué pasa? Estás pálida.

—Hola, mamiii. —Cojo a mi niño y lo achucho hasta que se queja. Sam no deja de observarme. Cuando lo bajo al suelo, me da la mano y nos dirigimos al coche, pero sé que me queda por delante una larga sesión de preguntas.

—¿Todo bien?

—Eh, sí, Katia muy bien, y con la visita de su chico aún mejor.

—¿Entonces?

—Me ha dado la impresión que alguien me observaba, pero igual era que te intuía.

—¿Dónde ha pasado eso?

—Justo antes de chocarme con un macizo que casi me tira al suelo.

—Quédate aquí con Marco —responde preocupado—, ahora vuelvo.

—No ha sido nada, de verdad. Volvamos a casa.

—Martina, ve al coche de una vez.

Su tono de voz me alerta y me sorprende. Obedezco de forma mecánica, me deja la llave del vehículo y saca el móvil del bolsillo del vaquero. Se aleja rápido hablando por el aparato mientras intento distraer al niño contándole que hoy he conocido a un mecánico de coches de competición, porque también se ha quedado un poco perplejo del tono empleado por Sam.

Samuel

Mierda, espero que la intuición de Martina sea solo eso, una impresión. Pero tengo que saber si ese tío sigue en la cárcel. Ya sé que apenas ha cumplido un año de condena y que la orden de alejamiento sigue vigente, pero un tío así se pasa todo eso por el forro de los cojones.

—Marta, ¿Guillermo sigue en prisión?

—Hola a ti también. Imagino que sí, no soy su guardaespaldas. ¿Por qué?

—¿Nunca te ha dicho nadie que no tienes ni pizca de gracia, abogada?

—¿Y a ti que eres un borde insensible?

—Lo siento, tienes razón. He venido a recoger a Martina al hospital y cuando la he encontrado estaba poco menos que del color de un cadáver y andaba tan deprisa que parecía que la perseguía el mismísimo demonio, y no el de la serie, que te veo venir. Dice que había tenido la sensación de ser observada.

—Habrá sido cualquier cosa, algún paciente o lo que sea. Mucha gente

mira a los demás. Pero para que te quedes tranquilo, ¿por qué no hablas con el juez encargado del juzgado que ahora lleva el caso?

—Porque no quiero asustarla más. La he dejado en el coche con el niño y he vuelto sobre mis pasos. No sé muy bien qué esperaba encontrar.

—Mira, Sami, no puedes estar pensando cada cinco segundos que ese tío está en la calle y que además va a volver a acercarse a ella. Sería un completo gilipollas si lo hiciera.

—Le juró que tarde o temprano acabaría lo que empezó. No creo que pueda ser más explícito.

—No creo que lo haga. Es más, por mi experiencia creo que no volverá a acercarse a ella si sabe lo que le conviene. Por poco tiempo que esté en la cárcel aún le quedan unos años, lo hiciste bien, deja de agobiarte.

—Conoces perfectamente al igual que yo, que nuestra ley ampara los beneficios penitenciarios.

—Está bien, para que te quedes tranquilo llamaré a Martínez a Instituciones Penitenciarias, me debe una.

—Gracias, Marta, cuéntame todo lo que consigas averiguar, por favor. Mándame un mensaje, no quiero que ella se entere.

—Vale, y oye, deja de preocuparte y disfruta de lo que quiera que sea lo que tengáis. Hacía tiempo que no te veía tan bien como el otro día. Y gracias por tu ayuda, me facilitó mucho las cosas.

—De nada. Sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

—¿Ah sí?

—Para casi todo. Para lo demás tienes a tu marido. O a quien te dé la gana. Hasta embarazada eres un peligro.

—Era una broma. Venga, ya te cuento. Y lo dicho, dejad de preocuparos y disfrutad.

—Gracias, cariño.

Sin quedarme tranquilo del todo, regreso al coche donde mi chica y el niño juegan al veo veo. Sus ojos cambian de expresión al verme y su sonrisa logra que borre de mi mente cualquier preocupación.

—¿Vamos a comer? Hoy invito yo. ¿Dónde os apetece ir?

—Al McDonald's —contesta Marco levantando los brazos.

—Ah, no, caballerete, ¿crees que no sé que la semana pasada también fuiste?

—Andaaa, mamiiiiiii, y ya no vamos más hasta que volvamos de la playa.

La miro y sé que va a claudicar. Cuando Marco pone esa cara con esos ojos de dibujo animado no hay nada que hacer, y bueno, para qué negarlo, a mí también me gusta esa comida. No a diario, pero de vez en cuando me encanta una buena dosis de carbohidratos basura corriendo por mis venas.

—¿Estás seguro de eso?

—Síiii —replica Marco, seguro de salirse con la suya.

Mi chica me mira y me guiña un ojo, y yo sonrío como un bobo. Me doy cuenta, una vez más, que ya no podría vivir sin ellos. No es solo Martina y todo lo que implica a nivel emocional y en todos los demás aspectos, que son increíbles a su lado, es que Marco se ha ganado mi corazón. Cuando está a mi lado, no veo a un niño de otra persona, lo siento como si fuera mi hijo. Si en el futuro tengo un hijo fruto de mi sangre, no podría ocupar un espacio mayor en mi vida y en mis sentimientos.

—Bueno, pues nada, Sam, al *burger*. Pero este chico va a estar sin probar una hamburguesa de esas hasta finales de agosto.

¿?

¿Qué creías que ibas a encontrar? ¿De verdad esperabas ver a alguien que pudiera estar siguiendo a tu mujercita? A veces eres un jodido estúpido, señor juez. Te tenía por alguien más inteligente, pero está claro que el amor te ha convertido en un vulgar gilipollas.

14

La regla del Derecho es una línea de conducta que se impone a los individuos que viven en una sociedad, regla cuyo respeto es considerado en un momento dado, por un grupo social, como la garantía del interés común y cuya violación trae la reacción colectiva contra el autor de la violación.

(Nicolas León Duguit)

El alma es la misma en todas las criaturas vivientes, aunque el cuerpo de cada uno es diferente.

(Hipócrates)

Samuel

Casi sin darnos cuenta hemos llegado a las ansiadas vacaciones. Es cierto que con mi excedencia no estoy demasiado cansado, ni siquiera por levantarme tan temprano a diario para ir a llevar a Martina a trabajar, o por quedarme con el niño cuando ella hace sus guardias. Nos llevamos muy bien y el pequeño es un amor. En más de una ocasión ha estado a punto de llamarme papá, pero luego se avergüenza y no lo hace. Yo hago como que no lo he escuchado y así le ahorro el mal rato también a Martina que, pese a todo, a veces tiene sus dudas. Seguimos viviendo separados, más o menos, porque cada vez paso más tiempo en su casa, sobre todo después de regresar de nuestro fin de semana en Venecia. Aun así no quiero presionarla, pese a que para todos resultaría mucho más cómodo.

Hemos alquilado una casa en Vera, junto a la playa de Puerto Rey. Hablé con Helena y, pese a recomendarme San José, al final nos decantamos por este otro lugar. Playas infinitas, poca gente, y posibilidad de escaparnos a otras muchas calas desiertas. Como su hermana viene con nosotros, una vez allí planeo escaparnos un par de días los dos solos. En quince días hay tiempo para todo y a Marco le encanta estar con su primo. Intentaré jugar esa baza.

Me estoy planteando dar por finalizada mi excedencia y volver a trabajar a primeros de año. Este tiempo me ha venido muy bien para aclarar mis ideas y dame cuenta que mi trabajo me apasiona y que

puedo ayudar más en un juzgado que en casa. Cuando lo tenga claro del todo se lo contaré a Martina, a ver qué opina, aunque no creo que le parezca mal.

Los primeros días junto al mar los hemos pasado adaptándonos. La casa es una preciosidad situada al pie de la playa frente a un inexistente paseo marítimo, rodeada a izquierda y derecha de otros chalets independientes de los más diversos estilos arquitectónicos. Más allá de la piscina y el jardín delantero protegido por una valla de cristal, existe una pasarela rodeada de vegetación que conduce directamente a la arena. La única vista que se disfruta desde las impresionantes cristaleras del salón y los dormitorios, es el precioso Mediterráneo. Los amaneceres son de los más bonitos que he disfrutado. Y todo sin salir de la cama en compañía de mi valkiria.

Está relajada y feliz. No por lo que estáis pensando, o también, quien sabe, pero estar alejada de las preocupaciones, de las operaciones y sobre todo de él, le hace parecer otra persona más joven, sin un pasado doloroso. No ha vuelto a tener pesadillas, al menos cuando dormimos juntos. He decidido que cuando volvamos a Madrid le voy a proponer en serio mudarnos juntos. Estos seis meses han sido una muestra de lo que puede depararnos el futuro, y es lo que deseo en mi vida.

Salimos a cenar casi todas las noches, normalmente los seis, pero si algún día los niños están más cansados se quedan con su hermana o con nosotros y aprovechamos para salir solos en pareja.

He decidido sorprenderla con un par de días para los dos en San José. Helena insistió en que nos quedáramos en su casa, pero lo que yo buscaba era algo de intimidad. Después de insistir mucho mi amiga, al final hemos quedado a cenar con ellos una noche. He reservado habitación en el MC San José, que es el que ellos me han recomendado, la Junior Suite Premium, la única disponible en estas fechas.

—Mamiii, quiero ir a la playa otra vez.

Este niño es incansable, pero mi chica está algo rara hoy. Dice que le duele la cabeza pero me da que hay algo que le preocupa. Ha estado todo el día pegada al móvil y no muy habladora. Prefiero dejarle espacio, así que le propongo llevarme al niño, y su cuñado se une al plan mientras ellas se quedan tumbadas disfrutando del sol en las hamacas de la piscina.

—Venga, deja descansar a mami, hoy le duele la cabeza. Nos vamos con el tío y con Pablo.

—Gracias, amor —susurra Martina cuando me acerco a darle un beso—. Me viene bien, hoy me tiene saturada.

—Espero que me cuentes qué te pasa. Sospecho que el niño no tiene nada que ver.

—Vamoooooss, tío Samuel. —Para Pablo soy el tío Samuel y no os imagináis lo que me gusta que sea así.

Salimos los cuatro por la puerta delantera del jardín camino a la pasarela, cargados con los cubos, las toallas, un colchón inflable y mil y un cachivaches más de los niños. En un par de minutos estamos a la orilla del mar, y antes de darnos cuenta los niños se han despojado de las camisetas y van camino del agua. En esta parte apenas cubre y hoy menos gracias a un perfecto mar en calma, algo no muy habitual en esta zona. Aun así, soltamos las cosas de cualquier manera y corremos tras ellos, solo faltaba que les pasara algo.

Cuando ya se han cansado de agua y deciden hacer castillos, mi cuñado Pablo y yo nos sentamos en la arena.

—Martina está rara hoy ¿no? —pregunta con la mirada perdida en el horizonte.

—Sí. Dice que le duele la cabeza, pero creo que hay algo más. Ha estado ausente y muy pendiente del móvil. A veces me asusta. Es como si de repente todo el peso del mundo descansara en sus hombros y me agobia mucho.

—Lo estás haciendo muy bien, no te preocupes. Nunca la vi así de feliz y la conozco desde hace muchos años. Hemos vivido juntos muchas situaciones, ya sabes.

—Gracias. De todas formas, a veces siento que está a kilómetros de mí.

—No lo ha tenido fácil y es normal que tenga dudas, pero tú eres como un soplo de aire fresco en su vida. Está loca por ti aunque a veces le cueste expresarlo.

Los niños interrumpen la conversación con sus juegos y nos vamos con ellos. Construimos un montón de castillos de arena, con carreteras para pasar los coches, almenas llenas de conchas y piedrecitas, y una banderita improvisada con restos de algas.

Cuando comienza a ocultarse el sol tras la laguna del río Antas, recogemos todos los bártulos y nos volvemos a casa. Ahora toca baño, cena y no sé si paseo. Supongo que estarán muy cansados de todo el día bregando en la playa. Si deciden quedarse en casa, igual le propongo a Martina dar un paseo y quizás tomarnos una copa en un garito que hay cerca de la casa, uno de esos típicos playeros con camas balinesas, luz tenue y música a un volumen aceptable, todo arrullado por el sonido de las olas, ahora que empieza a subir la marea. Yo que siempre me he creído un hombre de montaña, no me

importaría venir por aquí más a menudo.

Cuando llegamos a casa las chicas siguen en las tumbonas, Martina medio adormilada y su hermana con un libro ajado entre sus manos. Los niños se tiran encima de sus madres, rompiendo la tranquilidad que disfrutaban y sorprendiendo a mi chica, que estaba dormida.

—Lo siento, no me ha dado tiempo a cogerlo. Mira cómo vienen de arena. Marco y Pablo, daros una ducha antes de meteros en la piscina —les digo mientras me siento en la tumbona de Martina que me hace sitio, perezosa—. ¿Buena tarde?

—Sí, hemos charlado, nos hemos reído, y he leído un rato.

—Los últimos avances sobre técnicas quirúrgicas —responde su hermana señalando con la mano un ejemplar del «The Lancet Neurology» que yace en el suelo junto a la tumbona—. No sé cómo la aguantas, es tan aburrida como una ostra.

—Era un artículo nuevo, no había tenido tiempo de leerlo —se defiende mí chica—. También tengo lecturas más interesantes —añade en mi oído.

—¿Cómo qué? ¿El *Kama Sutra, Pídeme lo que quieras*? —contesto divertido por el cariz que está tomando la conversación.

—Pues mira, sí, *Pídeme lo que quieras* debo tenerlo por aquí.

—Y tú. ¿Lo vas a hacer?

—¿Pedirte lo que quiera? Te anticipas a mis deseos, no tengo ninguno que no cumplas sin decírtelo, señoría.

—Vamos a la ducha, me apetecería salir a dar una vuelta si tu hermana no tiene planeado salir hoy.

—No, hoy no tengo ganas —interviene de nuevo Carolina en la conversación—. Os dejo la noche libre, mañana nos tocará a nosotros.

—Perfecto, doctora, sube a arreglarte, tú y yo tenemos una cita.

Martina

No puedo estar más feliz y a la vez más aterrada. Que Sam haya decidido llevarse a los niños a la playa para dejarnos a las dos una tarde de relax, se une a la larga lista de virtudes que hacen que esté loca por él. Solo de pensar en lo que se me viene encima me revuelve el estómago, hasta el punto de que cuando cruzan la puerta camino a la playa, salgo corriendo al baño ante la extraña mirada de mi hermana, que no pierde un detalle.

Cuando por fin mis náuseas han remitido, en la puerta con cara de interrogación me espera Carol.

—No es lo que estás pensando.

—Pues sería genial, porque yo estoy pensando darle un hermano a Pablo. De hecho estamos en ello.

—Carol, vamos, siéntate.

—Me estás asustando.

—En dos semanas tengo la prueba para la certificación en Nueva York.

—¿Cómo, te vas? Así, sin avisar, y por lo que veo Samuel no tiene ni puta idea.

—Conoce que existe la posibilidad, pero yo rellené la solicitud hace semanas y no se lo he dicho. Quiere dejarlo todo y venirse conmigo.

—¿Y qué esperabas? No es un niño y está enamorado de ti. Más bien de vosotros, no tienes más que verlo.

—Pero no quiero que deje a su familia, su trabajo, al que tarde o temprano volverá, por venir conmigo. ¿Y si luego no sale bien?

—¿Y si sale bien? ¿Hay algún indicio que no vaya a ser así?

—Sigo sin creérmelo del todo, aunque no se lo diga. Le quiero, estoy loca por él pero…

—¿Acaso Samuel y ese mal nacido se parecen en algo?

—No, pero tampoco Guillermo fue siempre así.

—Tú no quisiste verlo, pero sí lo fue. Por Dios, si ya había acosado a más de una alumna hasta llegar a lesiones. Nunca te miró ni con una millonésima parte de la pasión con que lo hace Samuel. Joder, Marti, ni siquiera reconoció a su hijo.

—Prometió que me mataría cuando saliera.

—¿Qué? —me mira perpleja.

—Cuando se lo llevaban la última vez que le vi, me dijo que vigilara mi espalda porque tarde o temprano acabaría lo que dejó a medias.

—¿Eso lo sabe Samuel?

—Sí.

—Y yo que soy tu hermana me entero ahora más de un año después. Cojonudo, Martina. Cojonudo.

—No quiero que te enfades conmigo. Ese es el motivo que tengo para marcharme, porque cuando salga de la cárcel estoy segura de que irá a por mí o a por vosotros, y es lo que no quiero. ¿Lo entiendes?

—No, somos tu familia, incluido ese juez al que traes loco. Y se va a mosquear y mucho cuando se entere.

—Lo sé, pero es lo mejor para todos ¿Qué crees que ocurrirá cuando Guillermo se entere de que estamos juntos? Irá a por él, me acusará de que le puse los cuernos con él y que por eso lo sentenció a la pena máxima.

—Pero eso es mentira.

—Ya, ¿y cómo lo demostramos? Lo quiero demasiado para que pase por esto.

—¿Le vas a dejar?

—No quiero dejarlo, aunque sé que una relación a distancia…

—Concédele una oportunidad, dale la opción de poder elegir, Martina, o te arrepentirás.

—Lo pensaré.

—¿Qué coño vas a pensar? Te quedan dos semanas, y todavía estaremos una más aquí.

—Lo sé.

Mi hermana entra en la casa haciendo aspavientos, no quiere discutir y decide escabullirse, y yo me recuesto en una tumbona con la cabeza echando humo. Reconozco que tiene razón, pero no sé qué voy a hacer. Soy un lío con patas y no me gusta para nada esta situación. Yo soy muy organizada, no me gusta dejar nada al azar, y esto se me está escapando de las manos. En mis planes no entraba enamorarme de la manera que lo he hecho. Bueno, de ninguna manera y mira, aquí estoy, disfrutando de unas vacaciones idílicas en compañía de un hombre maravilloso con el que conecto en todos los sentidos, disfrutando el mejor sexo de mi vida, y estoy a punto de marcharme a nueve horas de avión con un niño de cuatro años, sola, a una ciudad como Nueva York. Me sentiría culpable de forzarlo a abandonar su vida aquí, entre los suyos, por más que quiera y lo necesite. ¿Y si después se arrepiente?

No recuerdo nada más, el arrullo de las olas me adormece y no me doy cuenta de lo que sucede a mi alrededor, hasta que un frío Marco se echa encima de mí, y la dulce y sensual voz de Sam me saca del sopor en el que me he sumido. Al despertar, una sensación extraña me sobrecoge de nuevo. He soñado algo no demasiado agradable aunque no lo recuerdo.

Sam pide disculpas por no haber podido detener al niño, y después nos animamos en una conversación sobre lecturas, en la que mi hermana mete baza y noto que sigue enfadada. Sam me dice que me arregle porque tiene planes. Vamos a salir a tomar algo pero lo único que me apetece es encerrarme con él y no dejarlo escapar hasta que seamos viejos.

Subo a cambiarme mientras los niños se dan un chapuzón en la piscina con mi hermana y su marido. Me espero para duchar a Marco antes de arreglarme, sentada en el filo de la cama. Al segundo la puerta se abre y mi particular juez entra con todo el pelo revuelto y ese bañador azul marino que destaca su bronceado, haciéndome tragar saliva. Me levanto y me dirijo hacia él y sin más le beso devorando su boca, que responde a mi asalto sin dudar un segundo.

—Me gusta este recibimiento, solo venía a decirte que…

—Después. —Le bajo el bañador y veo que empieza a estar listo para mí—. Así me gusta, que no te hagas de rogar.

—Nunca, doctora. Vaya, menuda sorpresa.

Lo empujo a la cama tras echar el seguro de la puerta y me subo

encima con el bikini todavía puesto. Desabrocho el sujetador del traje de baño y acaricio mis tetas mientras Sam me observa enfebrecido. Me muevo encima de él con la braguita puesta, notando la humedad abrirse paso en mi entrepierna. Sus manos se dirigen a los lazos que la unen a ambos lados de mis caderas, y los desata tirando de ellos. Me incorporo un poco para que pueda quitarla y me dejo caer en su erección.

—Joder, doctora, estás empapada.

—Me pones a mil, es verte y no poder controlarme, ¿A qué dices que venías? —pregunto bailando una danza de pasión, con sus manos en mis caderas y las mías estimulando mis pezones endurecidos.

—No sé a qué venía pero esto es mucho mejor, estoy seguro de ello.

Se incorpora y acerca sus labios a mis tetas, mordisquea los pezones, tira de ellos llevándome al filo del éxtasis. Un descomunal orgasmo se fragua en mi interior, recorriendo cada poro de mi cuerpo, erizando mi piel hasta explotar de placer, sin dejar de moverme para que Sam consiga su merecido premio. Sus dientes siguen jugueteando con mis pechos hasta que se corre gimiendo mi nombre.

—Eres alucinante, nena. Es verte y ponerme a mil. Joder, me tienes totalmente a tus pies, mi valkiria —consigue jadear, con los últimos estertores de su placer agitándose en mi interior.

—Maamiii…

La manivela de la puerta agitándose en un intento de abrir sin conseguirlo, y varios golpes en la puerta, nos devuelven al presente.

—Voy yo, cariño —susurra Sam.

Se coloca el bañador de nuevo y abre la puerta mientras yo corro al baño a limpiarme un poco y a ponerme la braguita del bikini. Después de duchar al niño lo haré yo.

—Me ha dicho la tía que suba a ducharme, que vamos a comer pizza, el tío se ha ido a comprarlas. —No me cabe la menor duda que lo ha mandado a propósito para interrumpirnos, pero esta vez le ha salido mal el juego.

Tras ducharlo y vestirlo con ropa cómoda, es mi turno. Samuel se ha quedado abajo con los ellos, si sube volveremos a empezar y no nos arreglaremos nunca. Es difícil mantenernos despegados si estamos solos. Tal vez mi cuerpo quiera resarcirse por lo que pueda venir a continuación.

Me pongo un vestido veraniego de tirantes en color blanco, de estilo hippy, que deja tal vez mucha piel al descubierto, pero que a Sam le va a encantar y que potencia mi bronceado. Me doy un poco de brillo en las mejillas, algo de rímel en las pestañas y un color natural en los labios. Acompañan al conjunto unas cuñas de esparto con cristal de swarovski, una cartera de rafia, y unos pendientes de aro bastante vistosos y nada más.

Sube Sam cuando me estoy colocando el pendiente mirándome al espejo, se coloca detrás de mí y solo con eso ya se ha erizado mi piel. Deja un beso en mi cuello y se dirige a la ducha. Dudo si ir detrás y follármelo allí mismo, pero decido bajar al jardín muy a mi pesar, y ver si los niños están comiendo.

—Guau, qué guapa, mami.

Mi hermana me mira de pies a cabeza con su particular escáner ocular de visión escrutadora. Los niños están comiendo y no la ven negar con la cabeza.

—Lo que haces no está bien, por si no lo sabes. Nos vas a abandonar a todos. ¿Has pensado en tu hijo?

—Lo hago por él. Me gustaría verlo crecer, aunque sea lejos de su familia.

—Hay otras formas. —Llega mi cuñado y la conversación se queda en suspenso.

Minutos más tarde, Sam aparece vestido con un pantalón de lino blanco y una camisa azul claro del mismo tejido, remangada hasta el antebrazo. Está para arrancárselo y atrincherarse con él en una torre y no dejarlo escapar. Joder, Martina, deja de imaginar esas cosas, estás loca.

—¿Te pasa algo, doctora?

—¿Eh? No. ¿Nos vamos? —Me tiende la mano y tras despedirnos de los niños, salimos por la puerta del jardín—. Estás para arrancarte la ropa a mordiscos, señoría.

—Igual te dejo después si te portas bien.

—Uy, sí, papi, aunque igual te la quito sin importarme nada lo que pienses. En serio, estás guapísimo.

—Tú siempre lo estás. Por ejemplo hace un rato, con ese minúsculo bikini sin parte de arriba, cabalgando encima de mí. Mierda, o pienso en otra cosa o vas a tener que dejarme tu cartera para que no se note lo cachondo que me pones. Lalalalala... ovejitas, corderitos, nubes —una carcajada escapa de mi interior y toda la tensión acumulada estas últimas horas se la lleva en su red una minúscula barca pesquera que faena a pocos metros de la costa.

—Eres un caso único, Sam. Me parto contigo. Es increíble cómo me haces reír con lo serio que pareces.

—Nunca me he tenido por serio, pero tampoco por un cómico.

—¿Adónde vamos?

—Al Maraú.

—¿Ese sitio de las camas balinesas?

—Sí, cenaremos algo y tomaremos una copa en una de esas magníficas camas.

—Mmm, me gustan las camas para otras cosas.

—Mucho me temo, doctora salida, que ahí no se puede, pero más adelante hay un local liberal, si quieres…

—¿Quéééé? No, señoría yo no comparto.

—También puedes mirar o que nos miren.

—No, gracias, para mí la desinhibición absoluta es no llevar ropa interior por la calle, como ahora mismo.

—Joder, nena. —Me detiene y se pega a mí, pellizca mi pezón por encima del vestido y me coge el culo para pegarme más a él y a su incipiente erección—. Mira como me pones solo de imaginar deslizar esos tirantes y verte desnuda. Me muero por estar de nuevo dentro de ti.

La noche resulta bastante caliente por culpa de nuestros jueguecitos. Cenamos, bailamos, bebimos, y cuando el calor que desprendían nuestros cuerpos era más que insoportable, me arrastró hasta la zona naturista y acabamos follando entre dos tumbonas y una sombrilla de paja de las que hay en la playa. Menos mal que la luna nueva nos dio la intimidad suficiente para que nadie nos viera.

Llegamos a casa sobre las tres y media de la madrugada, muertos de risa y ligeramente achispados, y creo que caímos en la cama vestidos, porque lo siguiente que recuerdo es a Marco y a Pablo saltando en nuestra cama y un terrible dolor de cabeza martilleando mis sienes.

—Mami, no te pusiste el pijama, mami, mami, mami…

—Ven aquí, pirata —Sam agarra al niño por la cintura y le hace cosquillas—. Deja a mamá dormir que le duele la cabeza.

Se lleva a los niños a desayunar a la cocina y me quedo remoloneando en la cama media hora más. Cuando despierto del todo, Sam ya lleva un bañador y una camiseta y vuelve a estar irresistible.

—Toma, bébete el zumo y toma un paracetamol. Madre mía, qué desfase, nena, yo no tengo edad para esto. Y para colmo Marco no para, quiere ir a la playa. De momento se los lleva tu hermana pero no creo que podamos escaquearnos más, sobre todo si en dos días nos vamos a San José.

—¿Cómo? ¿Ahí no es donde Helena y Daniel tienen su casa?

—Sí, pero ellos están de viaje, a última hora han tenido que salir por negocios. Creo que es Bea la que está ahora con su marido. Me han recomendado un hotel con unas espectaculares vistas y quería disfrutarte a solas un par de días. Siento no habértelo dicho.

—No importa, me parece genial. ¿Mi hermana lo sabe?

—Sí, ella está de acuerdo. Lo consulté primero con ella y su marido.

—Gracias, cariño, eres lo más. Ah, y pese al dolor de cabeza, repetiría lo de ayer. Me encantó ese polvo clandestino.

—Eres muy peligrosa. Anda, date una ducha, ponte alguno de esos insignificantes trapitos a los que llamas bikini y vamos a la playa.

Hemos pasado unos maravillosos días en la playa, pero los dos días solos en San José son los más especiales. Sigo descubriendo cosas de Sam que me llevan a amarlo más pero ya no hay marcha atrás. Espero que me entienda.

Volvemos a casa. Mi hermana ha insistido día sí y día también a que lo contara a Sam mis planes, pero no me he visto preparada y no lo he hecho. Quedan apenas diez días para que me marche y nunca encuentro el momento de contarle la verdad.

15

No os dejéis, ante todo, seducir por el mito del legislador. Más bien, pensad en el juez, que es verdaderamente la figura central del derecho. Un ordenamiento jurídico se puede concebir sin leyes, pero no sin jueces.

(Francesco Carnelutti)

La vuelta de las vacaciones se me ha hecho muy pesada, Martina se ha reincorporado al trabajo pero el taller sigue cerrado. A parte de pasar el tiempo con Marco cuando no está con sus abuelos o con Pablo, no tengo nada que hacer. He decidido ponerme las pilas e ir mirando posibilidades por si se da el caso de que finalmente mi chica se vaya a Estados Unidos y yo con ella, porque la opción de dejarla ir sola no me la planteo ni un segundo. No ha vuelto a sacar el tema, pero sospecho que hay algo que no cuenta y me temo que va por ahí.

He hablado con Hugo acerca de la situación. Cuenta allí con un par de amigos que tienen empresas españolas en las que yo podría ejercer como abogado, porque la posibilidad de empezar desde cero se me hace cuesta arriba. Además tengo claro casi al cien por cien que no sería algo definitivo; Martina adora a su familia y a sus amigos, es difícil que su traslado para siempre sea algo definitivo.

Hoy Marco está en casa de la abuela y Martina viene de camino acompañada de Iván porque han comido juntos. Está planeando su boda y mi chica les está ayudando con algunas cosas. ¡Qué suerte tienen algunos! Yo ni me planteo la posibilidad de que vivamos juntos a tiempo completo. Sigo sin querer agobiarla. He hablado con Marta y he podido saber que el impresentable de Guillermo está teniendo problemas en prisión, así que dudo que pueda obtener beneficios penitenciarios a menos que cambie su actitud.

—Hola, preciosa Martina, ¿qué tal la comida?

—Sam, he de hablar contigo.

Sus ojos se han oscurecido y de su espectacular sonrisa no queda ni una sombra. Aquí es cuando empieza lo que no quería oír.

—¿Por qué me da que no me va a gustar?

Parpadea demasiado deprisa, sus ojos se han humedecido, no sé si es por lo que creo o por algo más que la preocupa, hasta el punto de

que sus lágrimas estén a punto de brotar.

—En dos semanas tengo las pruebas de certificación en Nueva York.

Suelta la bomba y no dice nada más. Trago saliva porque aunque sabía que esto podía pasar, me acabo de dar cuenta que no estoy preparado.

—Con un poco de suerte en septiembre, a lo sumo octubre, me incorporo al departamento de neurocirugía del Mont Sinaí. Si no apruebo, me quedaré allí de igual manera hasta que logre la certificación y pueda ejercer como médico.

—Prometiste que me lo dirías con tiempo.

—Te lo estoy diciendo, pero no espero que vayas. No quiero que abandones a tu familia, a tus amigos y tu trabajo, sé que andas dándole vueltas y tarde o temprano lo retomarás.

—¿Me estás diciendo que no quieres que vaya contigo, con vosotros? Mi familia sois Marco y tú, y por mi trabajo no te preocupes, ocupo mi tiempo en un taller restaurando coches en el que no cobro, por muy bonito que te parezca ese trabajo. Sigo de excedencia y no sé si volveré a la judicatura. Mi sitio está con el niño y contigo, ¿vas a privarle de la única figura paterna que ha conocido, ahora que ya se atreve a llamarme papá sin que le dé vergüenza? ¿Qué opina tu madre y Carol? ¿Y tus amigos, como Iván por ejemplo?

—Mi madre todavía no lo sabe, a Carol no le hace ninguna gracia e Iván lleva tiempo diciéndome que deberías saberlo. Eres el primero después de él que sabe que me voy ya.

—Perfecto, Martina, de puta madre. Veo que has tomado una decisión unilateral, sin tener en cuenta mis sentimientos, los del niño o los de tu familia.

Sé que mis palabras le están haciendo daño, pero eso es lo que quiero, que reaccione, que se dé cuenta de una vez por todas que somos una familia y que estamos juntos en esto. Con todo el dolor de mi alma sigo atacándola, pese a ver las lágrimas en sus ojos.

—Sam... —apenas puede articular palabra.

—No te preocupes, hoy y mañana me quedo porque tienes guardia, pero el jueves cuando lleve a Marco a casa de tus padres, vendré y me llevaré mis cosas. Cuando vuelvas ya no estaré. Trataré de hablar con Marco para que no sea tan rara mi ausencia.

—Pensé que te quedarías hasta que me vaya. No quiero que lo nuestro acabe, tan solo que no dejes tu vida aquí por mí. Pensé que continuaríamos juntos, que cuando volviera nos veríamos, que quizás viajaras unos días a vernos…

Ahora su voz se rompe, su llanto brota descontrolado. Me muero por acercarme a ella, abrazarla, besarla y decirle que todo está bien, que no se preocupe, pero no lo hago. Al contrario, vuelvo a decir cosas

que no debería pero necesito que se dé cuenta que no funcionamos separados. Ya no.

—¿Qué esperabas, Martina? ¿Un polvo cuando vinieras y que yo cogiera un avión un par de veces al año para lo mismo? Lo siento, Martina, pero nuestro no funciona así. Al menos para mí. Si quisiera follar sin más no estaría contigo, no me habría implicado de esta forma con el niño, no es lo que quiero contigo. Lo quiero todo; tus risas, tu llanto, tus preocupaciones por los pacientes, tus días malos y los buenos, ver crecer a ese niño, a mi hijo, porque así es como lo siento, ¿me oyes?

»Y me vas a privar de todo.

»Te lo dije en su día: te quiero a ti y a Marco, y esto que hemos formado. ¿Hace poco tiempo? Sí. ¿Necesito más para saber que eres mi vida y que la necesito así? No. Lo siento, cariño, pero si no estamos en el mismo sitio, si no es lo que deseas tú también, te dejo marchar, pero no me busques y no me esperes. Yo quiero una vida contigo, preciosa Martina, con todo lo que implica, no una simple relación de follamigos en la distancia.

Se sienta en la barra de la cocina, esa en la que tanto hemos compartido, y se derrumba sin poder evitarlo. Estoy seguro de que espera algo más de mí ahora, y estaría encantado de dárselo, pero tiene que pedirlo, tiene que darse cuenta de que me necesita como yo a ella.

Completamente destruido, me doy la vuelta y me marcho hacia el dormitorio para sacar las cosas que estos meses he ido trayendo poco a poco a su casa.

La oigo sollozar en la cocina pero no me acerco, noto mis lágrimas arder en los ojos, y aunque en mi interior siento que esto no es definitivo, el dolor lacerante en mi pecho lo pone muy difícil. Daría cualquier cosa por ir a poner fin a su dolor y al mío, besarla y hacerle el amor para que comprendiera que esto no es el fin, pero una vida separados para mí no es posible. Sigo metiendo mis cosas en una bolsa de deporte que uso cuando voy al gimnasio.

Cuando he acabado de recogerlo todo, menos un par de cosas que he dejado para estos dos días, me siento al borde de la cama con la cabeza entre mis manos y los codos apoyados en las rodillas. Ella sigue en la cocina y no se atreve a entrar. No la oigo, pero sé que la tristeza que la embarga ahora mismo no es comparable a nada más porque, pese a saber que iba a tomar esa decisión, para nada esperaba mi reacción. Tampoco yo tenía la certeza de que todo se iba a precipitar, pero ya no voy a dar marcha atrás.

La oigo caminar por el pasillo camino al dormitorio que tantas noches hemos compartido. Ni siquiera se ha quitado los zapatos, como suele hacer siempre. Parece una niña destrozada, una niña pequeña a

la que la han despojado de lo que más quiere. Me siento igual que ella, o mucho peor, porque sé que le estoy haciendo daño, un daño que no sé si merece, pero no se me ocurre otra forma de hacerle comprender que la quiero, que tiene que estar en mi vida, aquí, en Nueva York o en Madagascar.

Me da igual donde sea, pero conmigo.

Pasa de largo y se encierra en el baño sin decir nada más. Sigue llorando cuando cierra la puerta detrás de ella. El sonido de sus sollozos se hace más intenso, y yo me muero por entrar y consolarla, pero lejos de hacer eso me levanto, cargo a la espalda la bolsa de deporte con mis cosas y salgo por la puerta del dormitorio, dando un último vistazo a mi alrededor antes de abandonarlo. Cojo el casco y las llaves de la moto, que está en el garaje, y bajo pensando en dar una larga vuelta para aclarar mis ideas, aunque en mi estado igual no es lo más recomendable.

En el último momento paso de la moto, meto la bolsa en el maletero del coche junto con el caso y empiezo a correr sin rumbo fijo. Son las siete y media de la tarde y pese a hacer calor hoy no ha sido un día muy intenso para lo se estila en esta época del año. Cuando quiero darme cuenta estoy frente a la casa de Óscar. No sé ni si estará, pero llamo a la puerta y en dos segundos la voz de mi amigo suena por el altavoz del portero automático.

—Soy Samuel, ¿te pillo mal?

—No, sube.

Llamo a la puerta entreabierta y la voz de mi amigo desde el salón me dice que entre. En el piso suena el tema de Norah Jones It´s a Wonderful Time For love. Tiene la puerta de la terraza abierta y las cortinas se mueven con la brisa que entra desde la calle. Le veo de espaldas apoyado en la baranda. Lleva un pantalón corto blanco y un polo azul marino, pero está descalzo.

—Siento molestarte. —Se da la vuelta al oírme y me mira extrañado

—¿Te encuentras bien?

—No. Por cierto, la canción muy apropiada.

—¿Problemas de pareja?

—Martina se va.

—¿Tan pronto? Veo que no has conseguido convencerla.

Tanto Óscar como Hugo estaban al tanto de mis averiguaciones por si este momento llegaba, pero aun así parece afectado.

—Lo he intentado y le he dicho un montón de cosas desagradables para hacerla reaccionar pero no he conseguido más que hacerle más daño y verla llorar mientras mi corazón se hacía añicos.

—Joder, tío, no ha sido una buena idea, no se merece eso. Hugo te va a matar, sabes lo que la quiere.

—¿Crees que yo no lo he pasado mal? No quiero que se vaya, no puedo vivir sin ellos.

—¿Ves? Por eso estoy solo.

—Ya. No me toques los cojones, Óscar, tú y yo sabemos que hay algo más. Nunca me lo has querido contar pero lo sé.

—No hay nada que contar. ¿Quieres una copa?

—¿Bombay?

—Mira que bebes cosas moñas. Sí, tengo. Tú eres la única persona que conozco que bebe ese brebaje. ¿Con hielo, señor Grey?

—Muy gracioso. Sabes de sobra que yo la tomaba antes. ¿No tienes tónica?

—Sí, también. Ponte cómodo, se empieza a estar bien aquí.

Me acomodo en una de las cómodas sillas que tiene en la espaciosa terraza. Los tejados de algunos edificios le dan un aspecto pintoresco al paisaje.

Aparece con un par de copas de balón con nuestras bebidas y un cuenco con frutos secos.

—Eres un anfitrión muy detallista, tus ligues deben flipar contigo.

—Sabes que no vienen ligues a mi casa. No quiero ideas equivocadas, solo polvos de una noche, nada más.

—Ya tenemos una edad, deberías empezar a mirar de otra forma a las chicas.

—Estoy muy a gusto con mi vida, no intentes complicarla. Cuéntame anda, ¿qué has hecho?

—Dejarla.

—¿Has dejado a Martina? Joder, definitivamente Hugo te mata, que lo sepas.

—Solo ha sido un farol, pero tiene que reaccionar.

—Puedes perderla para siempre, ¿eres consciente? Martina es muy tenaz y obstinada, como le hayas hecho daño difícilmente te lo perdonará.

—Lo veremos. Pero no sabes cómo me siento. A parte de como un hijo de puta, estoy hecho polvo.

Le cuento todo lo que ha pasado y juntos nos ponemos a mirar las empresas que Hugo nos ha recomendado. A última hora de la tarde, un mensaje entra en mi reloj. Miro la pantalla y compruebo que es de Martina.

Martina:

Te echo de menos, vuelve por favor. Tenemos que hablar

Yo:

Ahora estoy ocupado. Mañana, antes de que te vayas, estaré ahí para quedarme con Marco y hablar con él. No creo que tengamos nada más que hablar tú y yo. Lo has dejado todo muy claro.

—Sigues pasándote —dice Óscar al leer mi respuesta.

—No sé qué hacer, estoy desesperado. —Me paso las manos por el pelo, que aún está húmedo de sudor tras la carrera.

—¿Quieres darte una ducha? Lo siento, te lo debí ofrecer antes. Ven, te saco algo de ropa. —Me deja un pantalón corto azul marino de deporte y una camiseta gris—. Esto estará bien, ¿o prefieres algo más arreglado y salimos de copas?

—No, es lo último que me apetece. Gracias, amigo.

Me doy una larga ducha. Mi amigo no reparó en gastos al reformar su piso, situado en una zona céntrica, bastante cerca de la sede de la empresa de Hugo, donde trabaja. Al salir me siento algo mejor. Escurro el agua de mi pelo, me miro en el espejo, y no reconozco mi reflejo. Hace unos días era un tío feliz que aparentaba ser más joven que mis cuarenta y un años, y ahora las ojeras se han apropiado de mis ojos y el brillo ha desaparecido de ellos.

Cuando salgo, Óscar está al teléfono mientras prepara algo de comer. No es que tenga mucha hambre pero no le voy a hacer el feo.

—Estoy haciendo una tortilla y una ensalada, ¿te apetece? Hoy me he levantado tarde y no he comido. Tengo hambre.

—Te noto raro, ¿qué te pasa?

—Ha entrado a trabajar una chica nueva y…

—Uff, la nueva víctima del letrado.

—No, a ver, está muy bien, pero es muy joven. Es la asistente personal de Hugo y me mataría si la seduzco para solo un par de polvos, aunque me da la sensación de que también le gusto. No deja de ponerme ojitos y hacerme caiditas de pestañas. A veces se sonroja cuando le hablo, y si alguna de mis *amigas* me llama por teléfono no veas como se pone.

—De manera que te estás planteando algo que no sea solo un polvo. Al final voy a tener razón con lo de la edad —bromeo con él.

—Noo, ni un polvo ni nada. Solo te he dicho que está muy buena y que parece que le gusto.

—No, abogado, has dicho que te parece que «también» le gustas. Hay una diferencia.

Suena mi móvil e interrumpe la conversación. Carolina me increpa nada más descolgar y me cuesta que me deje hablar.

—¿Qué? ¿Cómo? Joder, Carolina, para. Qué quieres que haga, que le ría la gracia y le diga «muy bien Martina, cojonudo, vete, que aquí estaré esperando cuando vengas para echar un polvo». No, lo siento, Carol, pero con ella lo quiero todo, no solo un revolcón de fin de semana o de vacaciones.

—¿Sabes que mi padre te va a machacar, pedazo de idiota? Que sí, ya sé que si se le mete algo entre ceja y ceja no hay quien la haga cambiar de opinión, pero lleva encerrada en el baño desde que te largaste.

—¿Cómo sabes eso?

—Porque iba a ir yo a recoger a los niños y me pidió entre sollozos que me quedara con el niño hoy, porque te habías ido y no quieres hablar con ella.

—¿Carolina, tú me has escuchado? No es que no quiera hablar con ella, es que necesito que reaccione, joder. Mi vida está con ella, es todo o nada, ¿Puedes entenderlo? No quiero una relación a distancia, la quiero para todo, para lo bueno y lo malo. Quiero a ese niño como si fuera mío y a tu hermana como el aire que ahora me falta, pero no a su manera. No así.

—Dale tiempo, no va a olvidarte, pero no creo que estas sean la formas.

—¿Qué te parece que me diga que se va, que no me quiere con ella, que no me deja que deshaga mi vida aquí? ¿Qué vida, Carol? Un taller, una casa vacía, una cama donde ella no está y millones de maravillosos recuerdos. Mi familia siempre estará aquí, pero la familia que más me importa ahora son ellos dos.

—Joder, Samuel, ¿le has dicho todo eso?

—Claro, todo eso y lo que te ha contado, que me ha dolido más a mí que a ella, pero es lo único que se me ocurre.

—Está bien, estoy contigo, trataré de que entre en razón.

—Tiene que hacerlo sola, Carol, si no, no servirá de nada.

—Está bien. ¿Vendrás esta noche?

—Sí, estoy con Óscar. Iré en un rato, pero no se lo digas. ¿Marco está ahí?

—No, ahora los recojo y los llevo a mi casa. Ya hablarás con él mañana.

—Gracias, Carolina.

—No tardes en arreglarlo, no sé lo que tardará en romperse del todo.

—Haré lo que pueda.

Le cuento a Óscar lo que ha pasado, la parte que no ha escuchado, y me presta atención mientras cenamos escuchando otras canciones, a cuál más triste.

Tras la cena me despido dándole las gracias por todo. Me promete dar un nuevo repaso a lo de las empresas americanas. Salgo a la calle a través del lujoso portal del edificio y pongo rumbo a casa de Martina. He metido mi ropa sucia en una mochila que Óscar me ha dejado. Ya se la llevaré al gimnasio, porque me temo que en los próximos días voy a visitarlo más de una vez.

La casa de Martina está en penumbra. Dejo las llaves en el mueble de la entrada sin hacer ruido y entro en el salón. La encuentro acurrucada en el sofá. La lámpara de pie junto a ella le da un ligero resplandor que hace que parezca un hada. Me acerco despacio y contemplo su preciosa cara congestionada y sus ojos hinchados por el

llanto. Se me parte el alma de verla así, pero no sé cómo actuar. Le acaricio suavemente la mejilla y abre los ojos al notar mi tacto. Sonríe con una tristeza tan infinita en los ojos que me provoca un enorme nudo en la garganta.

—Vamos, te llevo a la cama, el sofá no es cómodo. Mañana te dolerá la espalda y te debes a tus pacientes —susurro.

La cojo en brazos y cruzo el pasillo hacia el dormitorio. Pasa sus brazos por mi cuello y se acurruca en mi pecho.

—Pensé que no volverías. Hueles a alcohol.

—He estado en casa de Óscar. He cenado con él y me he tomado una copa.

—Gracias por volver.

—Te dije que mañana estaría con Marco.

—Está con Carol.

—Lo sé.

La suelto con delicadeza sobre el ligero edredón de la cama y entro en el baño para lavarme los dientes. Cuando vuelvo se ha dormido, agotada por el llanto.

No hago más que dar vueltas en la cama, pensando en el futuro que nos espera. Cuando por fin estoy a punto de dormirme noto movimiento a mi lado y de repente Martina no está. Oigo cerrarse la puerta del baño correr el agua de la ducha. Al cabo de unos minutos mi valkiria aparece envuelta en una toalla. Mi subconsciente traidor hace que mi sexo se alegre de verla, pero intento ignorarlo. Me dispongo a levantarme cuando ella deja caer la toalla a sus pies y se sube encima de mí.

—No, Martina, esto no funciona así. Lo quiero todo o nada. No me vas a convencer. Lo siento.

Noto la furia mezclada con la tristeza en sus ojos, pero no voy a dar mi brazo a torcer, aunque mi polla me duela horrores de lo dura que está. Me meto en la ducha, pero cuando salgo Martina ya no está.

Un impersonal post it en la nevera, junto a una foto que nos hicimos en Venecia, anuncia con su amarillo chillón que mi chica se ha tomado en serio el rechazo y no quiere saber nada más de mí.

Las cosas no están saliendo como yo creía. Recojo lo poco que me queda y sigo con mi plan. Dejo las llaves en el mueble, cierro la puerta despacio, y con una tristeza infinita embargando mi alma, bajo al garaje en busca de la moto. Ya volveré al por el coche más tarde.

Al llegar a mi casa, decido coger unas cuantas cosas más y pongo rumbo a Riaza. Necesito pensar con tranquilidad.

Por el camino, el teléfono vibra con insistencia en el bolsillo de la chaqueta y el reloj no para de dar saltos en mi muñeca notificando llamadas perdidas, pero no paro para cogerlo. Cuando llegue ya veré quién es y si decido responder o no.

Llego a la casa, miles de recuerdos me asaltan, torturándome aún más. Mis padres permanecerán aquí hasta después de las fiestas, que empiezan el ocho de septiembre. Para esas fechas yo ya habré vuelto a Madrid y Martina habrá salido de mi vida definitivamente, o eso creerá ella.

Mi madre se sorprende al verme entrar solo y con algo de equipaje pero no pregunta. Me acerco a ella, le doy un beso y nos fundimos en un abrazo y ahora sí, las lágrimas contenidas desde ayer se derraman en silencio por mis mejillas como una presa desbordada. Acaricia mi espalda y me abraza sin hablar. Cuando consigo recomponerme, le digo que hablaremos más tarde y subo a soltar las cosas a mi habitación. El perfume de Martina me abofetea cruelmente al entrar. Un par de sonrientes fotos de los dos y otra con el niño me recuerdan por lo que debo de luchar. Abro el cajón para meter algunas cosas y, junto a un par de cachivaches, aparece el lazo con el que la até la primera vez que jugamos así, poniéndome las cosas más difíciles. Lo acaricio con la yema de los dedos y lo acerco a mi nariz. Un leve rastro de su perfume invade mis fosas nasales.

Recuerdo las llamadas y saco el móvil de la chaqueta que todavía llevo puesta. Son de mi hermana, de Carolina, y Hugo.

Ya contestaré después.

También hay unos cuantos mensajes de las mismas personas. Me hace gracia el de Hugo.

Hugo:
Eres un capullo, y te debo una paliza.
Aun así, te tengo aprecio y casi tengo listo algo para ti.

Lo dejo en leído pero no le contesto. Voy al baño a soltar mis cosas, y en el que fue su cajón encuentro un pequeño bote de crema de manos de mi chica, junto a una barra de labios olvidada y una miniatura de su perfume *Tous Touch*. Lo abro y me recreo en su aroma, que en ella huele aún mejor.

Unos ligeros golpes en la puerta me sacan de mi ensoñación.

—Pasa, mamá.

—¿Mejor?

—No, pero lo estaré cuando estemos juntos de nuevo.

—Papá ha salido a dar su paseo. ¿Quieres hablar? ¿Has desayunado?

—No tengo hambre, pero me tomaré un café contigo.

Bajamos las escaleras en silencio y cuando tenemos ante nosotros sendas tazas humeantes de oloroso café, empiezo a contarle todo. Me derramo con ella, le cuento todo, hasta lo que ha pasado esta mañana, mientras asiente y me escucha sin decir nada. Cuando al fin termino me da su opinión.

—Creo que te has pasado. Le has hecho daño de manera gratuita, y aunque tu intención era buena, debiste hacerlo de otra manera. Debes ponerte en su piel; esa niña ha sufrido demasiado para que tú ahora le hagas esto. —Muevo la cabeza y voy a intentar hablar, pero su mano en mi brazo me anima a seguir escuchando—. Sí, ya sé lo que vas a

decir, pero no han sido las formas adecuadas. Imagino que cuando se dé cuenta de tus intenciones te llamará, pero también has de estar preparado para que eso no ocurra y tengas que buscarla tú. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Tienes razón, me he pasado mucho, tal vez debería pedirle perdón. Pero…

—El daño ya está hecho y lo de esta mañana ha puesto la guinda. Nunca se rechaza a una mujer dolida, cariño, y Martina lo estaba.

—Mamá, las cosas no se arreglan así, no quiero que crea que el sexo es lo único que nos une.

—Si crees que es lo que piensa es que no la conoces lo más mínimo. Igual que te dije en su momento que Marta y tú teníais los días contados, tu relación con Martina no es ni remotamente parecida.

—Me alivia que lo creas. ¿Qué hago? La llamo o dejo que se dé cuenta sola.

—Creo que con la nota de esta mañana ha dejado claro que cree que lo vuestro es una ruptura definitiva, más si has devuelto las llaves de su casa. Te va a costar, pero yo le dejaría espacio, incluso la dejaría marcharse. Después intentaría jugar mis cartas, cuando todo se haya asentado.

Los sucesivos días los paso en Riaza, dando paseos sin dejar de recordar a Martina, recorriendo los sitios que disfrutamos juntos, yendo con la moto a lugares que me hubiera gustado enseñarle y que aún no he tenido tiempo, pero estoy seguro que algún día haré.

Las dos semanas que la separaban de sus pruebas han pasado. He vuelto a Madrid hace unos días, justo el mismo día en que volaba a Estados Unidos y se llevaba mi corazón con ella. He hablado con el niño varias veces, le mandaba mensajes a Martina para que me lo pusiera, le contamos que estoy de viaje y que en cuanto pudiera me reuniría con ellos en Nueva York. Hablar con él era casi tan duro como no hacerlo con su madre. Pero sigo usando mi táctica, que se dé cuenta que me necesita.

Lo está pasando mal, Carol es mi topo, soy consciente que se muere por hablar conmigo, pero es tan testaruda como yo y de momento, con el examen y todo, sé que no va a dar su brazo a torcer. ¡Cómo la echo de menos! Joder, lo que daría por estar con ella y apoyarla en lo que está empezando.

Le he contado a Marta mis proyectos, y aunque se apena por una parte, por otra me apoya al cien por cien. Ya está de baja, apenas le

quedan unos días para salir de cuentas y Luis quiere que esté tranquila, porque la conoce y sabe que se implica demasiado.

Esta semana estoy más nervioso. Saber que Martina está sola con el niño en una ciudad de más de ocho millones de habitantes me pone frenético. Sí, ella es independiente y muy capaz, pero estar a miles de kilómetros de su familia es otra cosa. Estos días sus padres están allí con ella. Sí, lo sé todo, Carol me informa, hablamos casi a diario. Pero sus padres volverán y ellos se quedarán allí. Ya han escogido un colegio para Marco, menos mal que estaba en uno bilingüe y que además iba a clases extraescolares, aun así, me preocupa mucho su adaptación, estaba muy unido a su primo.

16

Debemos volvernos a la naturaleza misma, a las observaciones del cuerpo en cuanto a salud y enfermedad, para aprender la verdad.

(Hipócrates)

No puedo creer que hayan pasado más de dos semanas. Dos semanas en las que no sé nada de Sam, salvo cuando me manda un WhatsApp para decirme que quiere hablar con el niño. Llevo casi cinco días en Nueva York, de momento mis padres y yo nos quedamos en casa de Jorge y mi futuro jefe, Jamie, en un enorme apartamento en Central Park. Tiene tantos metros que si no quisiéramos vernos no tendríamos problema. Aquí todo lo hacen a lo grande. Tiene una enorme terraza con unas impresionantes vistas al parque. Está situado en la planta cuarenta, menos mal que el ascensor aquí es rápido, no como el de mi casa de Madrid, porque si no, no llegaríamos nunca.

No pensé que todo esto me fuera a resultar tan duro. Su ausencia es tan pesada como una bruma densa, que te moja y apenas deja que respires, y que no quiera hablar conmigo no lo hace más fácil. En cierto modo le engañé, le dije que le avisaría para que pudiera preparar las cosas y venir conmigo, y no lo hice, pero sigo pensando que hice lo correcto. Su vida está allí, no a ocho o nueve horas de avión.

Claro que me duele, le necesito cada minuto, pero imagino que todo se irá atenuando con el paso del tiempo, aunque ese puño que atenaza mi corazón siga allí segundo tras segundo. Echo de menos su risa, sus ojos, esa forma de mirarme como a una diosa, su manera de llamarme, con ese «preciosa» siempre entre sus labios. Añoro sus manos y sus besos, y el sexo tan increíble que teníamos, pero sobre todo la manera de hacerme reír, las bromas sugerentes, la forma tan sexy en que pronuncia mi nombre o cómo suena la palabra «doctora» entre sus labios. ¡Dios! cómo duele su ausencia.

Desde el día en que se fue no he vuelto a sonreír y hasta el niño lo nota. No hay un solo día en que no me pregunte cuándo vuelve y en que no hablen, por mensaje o por Skype. Siempre los dos, cuando aparezco yo, se despide alegando que tiene prisa. ¿De verdad está tan

dolido como para no querer dirigirme la palabra? ¿Tanto me he equivocado?

Llegará el día en que mis padres se marchen, han pasado unos cuantos días desde que hice el examen y los resultados han de estar al caer. Una mañana, al entrar en el correo uno llama mi atención.

De: unkdown
Para: Martina Gutiérrez Ceballos martinagutierrezceballos21@gmail.com
Fecha: 1 septiembre 2016
Asunto: No puedes esconderte
¿Acaso crees que marchándote a miles de kilómetros va a impedir que te encuentre? Disfruta mientras puedas, doctora Gutiérrez. Tu sacrificio no ha servido de nada.

Me tiemblan las manos, no tengo ni idea de dónde ha salido este correo, no sé de quién es y me temo lo peor.

Tengo que encontrar el teléfono del agente que llevaba mi caso, ahora no está Sam a mi lado para poder decirme que todo va a estar bien. No puedo evitar que miles de lágrimas arrasen mi cara. Todas las que llevaba contenidas este tiempo.

Le envío un correo para decirle mi nuevo número y le digo que necesito hablar con él. Le reenvío el correo que me ha llegado y en dos minutos, cosa de agradecer porque en España son más de las diez de la noche, tengo la respuesta.

De: José Fernández Suances jfernandezsuances@gmail.com
Para: Martina Gutiérrez Ceballos martinagutierrezceballos21@gmail.com
Fecha: 1 septiembre 2016
Asunto: No te preocupes.
Martina, mañana en cuanto llegue al trabajo estoy con este correo. No te preocupes, sigue en prisión. Es raro que haya podido ser él, pero lo investigaré.
Espero que estés bien en tu nueva aventura.
Saludos

José.

Menos mal que siempre he tenido buena comunicación con el agente que lleva mi caso, porque en estos momentos en los que Samuel me hace más falta que nunca, no sabría a quién acudir.

Miro el resto de correos y el móvil me sorprende. En la pantalla, un número que no conozco con un prefijo también desconocido me asusta de nuevo.

—Martina, hija, ¿no oyes el teléfono? —La voz de mi madre llega desde alguna parte del piso.

—No te preocupes, mamá, es spam. —respondo tratando de que no se note el temblor de mi voz.

—¿Estás bien?

—Sí, solo algo ocupada. No te preocupes. ¿Recoges tú a Marco?

—Vamos papá y yo, no te preocupes.

Un mensaje con otro número que no conozco

Unknown:

Tu poli no podrá hacer nada por ti.

Joder, joder, joder. Hago una captura y se la envío de nuevo a José. Entra un mensaje esta vez de su teléfono.

José:

Está en la cárcel. Confirmado. No he podido esperar hasta mañana. He mandado investigar la ip, deja de preocuparte. Sé que es difícil pero inténtalo. En cuanto tenga algo te aviso.

Yo:

Muchas gracias. Por favor, no te olvides de mí.

No entran más mensajes pero ya ha sido suficiente. Me aterra la idea de sentirme vigilada, lo peor que ahora no sé quién es.

Sam…

Le llamo, pero no me coge el teléfono. Decido enviarle un mensaje.

Yo:

Por favor, necesito hablar contigo. No imaginas cómo te echo de menos.

Sam:

No tengo nada que hablar contigo, a menos que quieras que vuele a tu lado.

Yo:

Reenviado:

Unknown:

Tu poli no podrá hacer nada por ti

La llamada no se hace esperar.

—Me cago en la puta, Martina. ¿Por qué coño eres tan cabezota? Estoy a seis mil kilómetros de vosotros. Mañana cojo un avión y me planto allí.

—Noo, solo necesitaba oírte. Estoy bien, aquí no pueden hacerme daño. Te echo de menos, pero sigo pensando lo mismo.

—Martina, me importa poco lo que quieras o no. No voy a dejarte allí sola. Tus padres volverán ya mismo y no voy a consentirlo.

—Ni siquiera sé si tengo la plaza. Por favor, Sam, hazme caso.

—Está bien, Martina, como quieras, pero no me llames más. Ya veo que estás de puta madre, solo llamaré como hasta ahora para hablar con mi hijo. Adiós.

—Sam…

El monótono tono a llamada cortada me devuelve a la realidad. Las lágrimas vuelven a inundar mis ojos y esta vez ya me da igual que caigan o no.

El móvil suena de nuevo y lo miro esperanzada, pero es mi hermana la que llama ahora. Contesto y doy rienda suelta a todo lo que me preocupa y ella me dice que me relaje, que no pasa nada. Siempre ha conseguido que me tranquilice cuando algo iba mal, pero esta vez no está aquí para abrazarme, para darme su consuelo. Me promete que en cuanto pueda vendrá a pasar unos días, seguramente el puente de octubre. Dice que ya está mirando vuelos. Por una vez me doy cuenta que he cometido un inmenso error y que no he debido dejarme obcecar por mi fantasía de una vida tranquila. Eso solo pasará cuando o Guillermo o yo no estemos vivos.

Tras una larga conversación con mi hermana, me meto en el baño y me doy una larga ducha. Mis padres y Marco están a punto de llegar y necesito estar tranquila, o al menos parecerlo. La conversación con Sam no ha hecho más que alterarme más.

Salgo y oigo el móvil sonando en la lejanía.

—Marti, preciosa, creo que la plaza es tuya.

—¿Cómo? Si no he visto nada.

—Jamie tiene un conocido en la comisión y por lo visto los has sorprendido. Tu prueba ha estado entre las mejores. ¿Eh, nena, estás bien?

—No tengo un buen día.

—Pues arréglate, en un rato estamos en casa y nos vamos a cenar.

—No tengo mucho que celebrar. Al menos hoy no. George, por favor, no vayas a liar una de las tuyas.

—Solo una cena, lo prometo. Solo los tres, como un trío bien avenido.

—¡Jorge!

—Es broma, Martina, a veces eres una mojigata.

—Ya te gustaría a ti saber de mi vida sexual, pero olvídalo.

—Uy, sí, sobre todo en las últimas semanas.

—Eso ha sido un golpe bajo.

—Lo que tú digas. Bueno, que te pongas mona monísima que en un rato nos vamos. Voy a ver dónde reservo.

Y aquí me veo, tratando de buscar algo que ponerme en el enorme vestidor de mi habitación, con apenas cuatro trapos. No entiendo qué vamos a celebrar cuando no sé si es verdad o no que he pasado la certificación porque no tengo ninguna confirmación oficial.

Unos minutos más tarde llegan mis padres y Marco, contándome miles de cosas de su cole. Al menos él está encantado con sus nuevos amigos, aunque echa terriblemente de menos a su primo y a Sam. Se me rompe el alma cuando hablan y le pregunta cuándo va a venir.

Entra un nuevo mensaje y veo que es Sam preguntando si puede hablar con el niño. Enciendo el iPad y se lo entrego a Marco para que

le haga una video llamada.

Salgo de la habitación, no quiero escuchar lo que se dicen. Mi madre al verme con la ropa en la cama me pregunta si voy a salir y aprovecho para contarle la conversación con mi amigo, justo en el momento en que se oyen sus voces amortiguadas desde la entrada.

Paso por la habitación de Marco en el momento en que el niño le pregunta a Sam cuándo va a venir y le dice que le echa mucho de menos. Me quedo en el pasillo oyendo cómo él le responde que está muy liado y que aún no sabe cuándo podrá estar con nosotros, pero que pronto lo hará. Tendría que hablar con él para decirle que no le cree falsas expectativas al niño, porque luego será más difícil arreglarlo.

Una parte de mí desearía que fuera verdad, que cogiera un vuelo y se plantara a mi lado, que todo fuera como hace unas semanas, pero por otra parte…

Me pongo lo primero que pillo en el armario, un pantalón negro y un top a juego con transparencias, unos estiletos rojos y una cartera a juego. Decido dejar mi pelo suelto, junto con los pendientes de flores el colgante a juego que me regaló Sam, y me doy unos toques de maquillaje.

George está cómodamente sentado en el salón, esperando a Jamie. Marco se acerca y al verme arreglada me da un enorme abrazo diciéndome que estoy muy guapa. ¡Qué sería mi vida sin él!

—Estás preciosa, Marti —dice George levantándose del sofá—. Si tus ojos te acompañaran serías la bomba, nena.

Salimos los tres camino del *Sant Ambroeus,* un restaurante no muy lejos de casa. Pedimos de entrante unos *caprese*, y para comer, *montenapo* y *fetuccini bolognese*. Todo delicioso, pero mi cabeza está a kilómetros de aquí, imaginando si a Sam le gustaría este o aquel plato, con qué bebida lo acompañaría y soñando con traerlo alguna vez, como si eso fuera posible.

—Marti, estás ida del todo, deberías estar celebrando tu plaza.

—Te dije que no era un buen día. He discutido con Sam. Además, me han mandado un mensaje y un correo amenazante y aunque el policía que llevó mi caso dice que es imposible que sea Guillermo, yo…

—¿Cómo dices? ¿Te han amenazado y no nos has dicho nada?

—Os lo estoy diciendo ahora.

—Marti, eso es muy grave —Jamie parece alarmado, y eso que él es muy tranquilo normalmente.

—No puedo hacer más.

—Claro que sí, denunciarlo.

—¿A quién? ¿A Batman? Joder, os estoy diciendo que ya está en conocimiento de la policía española, poco más puedo hacer.

—¿Y qué es eso que has discutido con Sam? Tengo entendido que no os habláis.

—Necesitaba oír su voz. Le envié un mensaje pero respondió que no tenía nada que hablar conmigo, entonces le reenvié el correo amenazante que me ha mandado quien sea. Le faltó tiempo para llamarme muy alterado, pero como le dije que seguía opinando lo mismo, contestó que muy bien, que todo genial, que si todo seguía igual no quería hablar más conmigo.

—Marti, perdona que te lo diga y siento si te ofendes, pero eres tonta. Un poco más y naces botijo, nena. ¿Cuándo coño vas a dejarte de tonterías y le vas a decir cuánto lo necesitas en tu vida y que se venga cagando leches?

—¿Nunca?

—¿En serio? Encuentras a un tío que dejaría todo por ti, que adora a tu hijo como si fuera suyo, que, según tú, palabras textuales: «en la cama es la bomba», ¿y no quieres que venga contigo? Me equivocaba, eres más que tonta.

—George...

—Ni George ni gaitas, ¿acaso no tengo razón?

—No es tu decisión, es la suya. Te recuerdo, por si has sufrido algún tipo de pérdida de memoria, que tú también has metido la pata más de una vez.

—Por supuesto, pero no me cerré en banda. Claro, que su «Sam» también merece un par de hostias por hacerle caso.

—Ya está, se acabó. —Jamie intercede por mí y corta a su chico. Cuando le dan cuerda no para. Sé que tiene razón pero…— Dejemos esta conversación y vamos a tomarnos una copa —propone en un intento de poner paz.

El lugar donde nos lleva Jamie a tomar una copa es muy chulo. Disfruta de un ambiente bastante relajado y la música no está nada mal. Cuando ya llevo dos cócteles de no sé qué pero buenísimos, de pronto me apetece bailar, pero en este sitio no lo hace nadie, de modo que permanezco sentada sin parar de mover los pies.

—Voy al lavabo y a pedir otra, ¿os apetece? —pregunto a la pareja.

—Uff, no, mañana tengo una reunión a primera hora, ya voy de sobra —responde Jamie agitando la mano de forma cómica—. Tal vez deberíamos irnos a casa.

—Nooo, joooo —añado decepcionada y un poco achispada—, me lo estoy pasando bien, ¿no es lo que queríais?

—Marti, es un muermo, no se lo tengas en cuenta —replica George —, a veces no me explico cómo llevamos juntos tantos años.

—Porque lo que te da él no te lo dan otros, que te conozco. Ay por Dios, qué llevaban esos cócteles. No me creo lo que estoy diciendo. Mejor nos vamos.

Me levanto de la silla ligeramente mareada, con intención de salir a la calle, pero George me retiene del brazo.

—Venga, nena, ¿tú también? Anda, ¿no ibas al lavabo y a pedir otra ronda?

Al final me decido y hago lo que le he dicho. Esta vez trato de pedir al tipo de la barra una sin alcohol, pero no logro hacerme entender, mi lengua está pastosa y arrastro las letras de modo que me sirven otra igual de cargada. Antes de coger las copas sin derramarlas y pagarlas, un tío situado junto a mí se adelanta y lo hace.

—Hola, guapa, ¿estás sola? —Parece que también lleva alguna copa de más.

—¿No ves que llevo dos copas? ¿Crees que me las tomo de dos en dos? Espera, te pago las copas.

—No es necesario, tómatela conmigo.

Se acerca a mí más de lo deseable, y sin querer me retiro y casi me caigo. Entre el alcohol y los zapatos a punto estoy de abrirme la cabeza con el filo de la barra.

—Ni se te ocurra acercarte más.

—Tranquila, cariño, solo es una copa.

—He dicho que no.

Empiezo a agobiarme, Jamie se ha dado cuenta y viene hacia mí, pero antes de que llegue a mi altura, un tío de unos treinta y tantos años, con el pelo tan alborotado que parece haber pasado por el secador de un túnel de lavado, barba, y unos impresionantes ojos azules —eso lo he podido ver cuando se ha acercado—, lo sujeta del hombro, alejándolo de mí, al tiempo que un enorme empleado de seguridad con más músculos que un púgil de lucha libre, lo agarra del cuello de la camisa para sacarlo del garito.

—Perdona, a veces cuando la gente bebe se pasa de la raya. Soy Vincent, ¿estás bien? —Joder, mirándome así lo que estoy es derretida.

—Eh, sí, hola. En realidad me tropecé al echarme hacia atrás. Él no ha hecho nada, más allá de insistir en que me tomara una copa con él, pese a decirle que no.

—Hay gente que no entiende la palabra no. —Jamie llega a mi lado, apresurado.

—Martina, ¿estás bien? Gracias, Vin. Ella es Martina, una amiga.

—¿Os conocéis?

Coño, ¿es que todos los amigos de Jamie y George están buenos? «Martina, controla ya», pienso mientras ellos hablan.

—Encantado, Martina. —Me hace gracia oír pronunciar mi nombre con ese particular acento norteamericano. Cosas del alcohol.

—Igualmente. Jamie, creo que ahora sí deberíamos irnos. No estoy acostumbrada a beber y se me ha ido un poco de las manos.

—¿Ya te vas? Es muy pronto. Te prometo que no se te acercará nadie más si te quedas conmigo —¿Perdona? ¿Este macizo me está diciendo que me quede con él? Definitivamente mi cabeza no funciona bien.

—Eh, no, no, nos marchamos ya. Mi hijo mañana tiene cole y tengo que levantarme temprano. —Y ahí es donde siempre acaba el flirteo.

—¿Tienes un hijo? ¿Y un marido?

—Sí, y no.

—¿Prefieres que comamos juntos mañana? Podría pasar a recogerte y te invito a comer, así te compenso por el mal rato que has pasado por culpa de un indeseable que se ha propasado en mi local.

Olé, y encima es el dueño de este garito. Martina, flipa más. Ahora entiendo por qué le queda tan bien el traje al tío, no debe ser barato. Sin embargo luce un cierto toque hippy, con un par de anillos de plata en el dedo índice y corazón de la mano izquierda. También lleva una pulsera de cuero y plata en la muñeca derecha. Sí, me he fijado, porque llevo más alcohol en vena del que debo y porque el chico es un pibón. Y oye, no estoy acostumbrada a que me entren así tíos que pueden ser modelos.

—No, mira, esto solo ha sido un malentendido. No pasa nada, estoy bien. No tienes que invitarme a comer.

—¿Y si es lo que me apetece?

—No, en serio, no puedo. Estoy muy liada. Gracias de todas maneras.

—Dame tu número y quizás podamos quedar otro día. —Veo a Jamie negar imperceptiblemente con la cabeza, él se retracta y añade —. Bueno, tal vez se lo pido a Jimmy y otro día te llamo.

—Como quieras, pero no creo que tenga tiempo. Encantada de haberte conocido, Vincent.

Coge mi mano y le da la vuelta para dejar un beso en la cara interna de mi muñeca, haciéndome estremecer. Joder, Martina, estás muy necesitada.

—El placer es todo mío, Martina.

Recojo mis cosas, y los tres de nuevo ponemos rumbo a casa.

—¿Qué ha sido eso? ¿Desde cuándo le conoces? —interrogo a mi amigo

—No me dirás, Marti, que no está bueno.

—Sí, ¿y? Estoy enamorada de Sam, y no voy a dejar de estarlo por el dueño de un local con pinta de casanova.

—Ya hubiera querido casanova estar como este. Qué pena que sea hetero.

—¡George! —gruñe Jamie.

—¿Qué? Joder, está buenísimo. ¿Nunca en tu vida has pensado en

tirártelo?

—No estando contigo. A veces no sé dónde te dejas el filtro. ¡Coño!

—A ver, Martina es un partidazo, es joven y está soltera, ¿por qué no se puede animar a estar con alguien?

—Pues tan simple como que ella no quiere.

—Ya. Lo dicho, eres un coñazo, abuelete.

—Ya te daré yo a ti *abuelete* cuando lleguemos.

Por fin llegamos a casa. Son casi las dos de la madrugada y todos duermen. Pronto habrá que levantarse para llevar al niño al cole y ellos a trabajar. Me meto en la cama y antes de pensarlo estoy durmiendo. Un sueño movido, y demasiado real, donde unos ojos como el chocolate líquido, acompañado por un cuerpo de infarto y unas golondrinas que me llevan volando a otros paraísos, consigue que, cuando suena el reloj, mi ropa interior haga aguas y me despierte con un orgasmo como un terremoto. Entro en la ducha intentando recordar cada detalle del sueño que mi cabeza me permite. ¡Cuánto lo echo de menos!

Me recreo debajo del reparador chorro de agua, rememorando tantos ratos vividos con él, sin llegar a admitir del todo que lo hayamos dejado y sin creer ni una sola palabra de lo que ayer me dijo.

Salgo de la ducha y me visto un vaquero desgastado, un jersey de pico azul marino y unas Adidas clásicas blancas. Llego a la cocina y no hay nadie aún, me preparo mi capuchino sin dejar de pensar en mi juez y en esos días que pasamos en Venecia. Sigo sin creerme todo esto, ahora aquí, a miles de kilómetros.

Después de tomar el primer café del día, preparar la merienda de Marco y dejar la cafetera preparada para mis padres, aparece Jamie por la puerta de la cocina luciendo un traje impecable. Hoy no parece un director médico, sino un empresario de éxito.

—Hoy te comes el mundo, doctor Anderson.

—Tengo un día complicado y no he dormido muy bien. Al menos que se me vea bien.

—No quiero que discutáis por mí. Si hoy se publica el resultado, tengo que buscar un piso. No voy a vivir con vosotros toda mi vida.

—No es por ti. Es que a veces George es peor que un niño pequeño. Hace unos días busqué unos cuantos pisos que quizás te interesen, pero no tienes por qué irte.

—Pásamelos, intentaré visitar alguno antes que se vayan mis padres.

Se lleva la mano al bolsillo interior de la americana y de su cartera saca una pequeña hoja de calendario de mesa con varias direcciones y teléfonos anotados. Son de compañeros que han trabajado en el hospital, uno de ellos el del doctor a cuya plaza aspiro.

Al cabo de un rato, aparece mi madre recién levantada y le comento lo de buscar piso para el niño y para mí. Más tarde despierto a Marco, le preparo su desayuno, y mientras lo toma me va relatando algunas con su particular media lengua, cosas que no me dijo el día anterior.

—Mami, ayer cuando te fuiste me llamó *Samel* otra vez y me contó un secreto.

—¿Y qué secreto es ese, si se puede saber?

—No puedo decírtelo, lo he *pometido*. Y vámonos ya, no *quero* llegar tarde, Connor y yo queremos sentarnos juntos y si no llegamos *tempano* nos quitan el sitio otros niños.

—Pues venga, coge tu merienda y tus cosas.

Mis padres nos acompañan, he concertado un par de citas para ver los pisos, pero sigo dando vueltas en mi cabeza pensando en ese secreto tan importante que no puede revelar un niño de cuatro años. El sonido de una llamada entrante en mi móvil me saca de mis cavilaciones. En la pantalla aparece la foto de George junto al icono verde de aceptar llamada.

—Marti, no me has esperado, quería ir con vosotros a ver los pisos.

—Acabo de dejar al niño en el cole. Si quieres, ve al 220 east 60th street. Allí estaremos en un rato.

—¿Estás segura?

—Es el primero que viene en la lista que me ha dado Jamie.

—Ok, nos vemos allí, cielo.

Obviamente, después de toda una mañana visitando pisos y apartamentos de alquiler, a cuál más caro, volví a casa completamente desmoralizada, con ganas de llorar, de coger mis cosas y volver a mi casa, buscar algo en Madrid y correr a los brazos de Sam.

—Ehhh, nena, solo ha sido un día.

—Joder, Jorge, ¿Tú has visto esos precios?

—Cariño —mi madre trata de consolarme— puedes volver a casa, aún conservas tu plaza y podemos buscar algo para que te asientes, algo tuyo. Ganas bien y has ahorrado este tiempo.

—No puedo irme con las orejas gachas solo por un mal día de búsqueda. Iré a otros sitios.

—Como quieras.

—Mi piso siempre está disponible para ti, cariño —añade mi amigo.

—Lo sé, pero no quiero causar más molestias. Tengo un niño pequeño y vosotros tenéis vuestro ritmo de vida, no estáis acostumbrados a todo este ajetreo.

Los siguientes días los invertimos en buscar algo acorde a mi poder adquisitivo, pero las pesquisas resultan descorazonadoras. Cuando ya me había rendido encontré por fin un piso con tres dormitorios en Madison Avenue, con una decoración muy moderna y una cocina de espacio abierto, que quizás sea lo que menos me gusta, pero está situado cerca de mi trabajo y el cole de Marco. Ese día al fin mejora mi humor y me siento más feliz, pero las cosas con Sam siguen igual de tirantes. Sus llamadas son solo para preguntar por el niño y hablar con él, nada más. Ya han pasado casi diez días desde la última discusión y no hemos vuelto a sacar a relucir el tema. En dos días me incorporo a mi nuevo trabajo y mis padres se marcharán en breve. Mi nueva vida empezará de verdad.

Me marcho a recoger a Marco con una ligera sensación de irrealidad, de que, pese a todo, mi vida cobra un nuevo sentido, y con ese pensamiento positivo llego a la puerta de su cole, casi sin percatarme de la gente que hay a mi alrededor esperando que los niños salgan. Saludo de forma mecánica a quien está más cerca de mí y espero trasteando el móvil a que salga mi hijo.

—¿Martina? —Una voz profunda que no reconozco me sobresalta —. Perdona, no quería asustarte.

—¿Vincent? ¿Qué…? —no llego a acabar la pregunta.

—Mi hijo está en este cole, ¿no me digas que el tuyo también? Por un momento creí que me dijiste lo del niño para darme largas.

—¿Eh? No, mi hijo está aquí, tiene cuatro años —contesto confundida—. No sabía que tenías un niño.

—No me diste mucha opción a contar nada. Te recuerdo que casi me mandas a paseo. —Sonríe y me tiende la mano—. Vincent Morningstar —le miro sin creer en serio que se llame así.

—¿De verdad te llamas así? ¿Cómo Lucifer? Ja, ja, ja… Y además tienes un club. No me lo creo, la realidad siempre supera la ficción. —Me mira divertido.

—Bueno, en realidad Lucifer se llama como yo. Y por lo que veo supongo que también te gustará Tom Ellis, el protagonista de la serie

—Claro, ¿a quién no? Tiene su punto.

—Si quieres, cuando se deje caer por mi club, te aviso y te lo presento.

—¿Le conoces? —pregunto completamente alucinada.

—Sí. Frecuenta mis locales cuando está por aquí.

—Vaya… A eso no sé qué contestar.

—¿Eso si te impresiona? Pensé que a la doctora…

—Gutiérrez.

—Gutiérrez —se esfuerza en pronunciar mi apellido correctamente.

—No, solo me sorprende. No soy fácil de impresionar. ¿Tu mujer sabe que flirteas con chicas en tus locales?

—No tengo mujer. La madre de Connor se fue cuando él tenía un año. Y no era mi mujer. Quiero decir, no estábamos casados.

—Lo siento. No debe ser fácil criar a un hijo solo.

—¿Y tú?

—Mis padres siempre han estado ahí. El padre de Marco está en la cárcel, pero no me apetece hablar de eso.

Quien me hubiera dicho que el pibón con pinta de modelo tenía un hijo del que se ocupa desde que tenía un año. La vida te da sorpresas.

—Entonces cambiemos de tema. ¿Te apetece que los llevemos a merendar cuando salgan, o tienes algo que hacer?

—Mejor le preguntamos a ellos, vaya a ser que no se lleven bien.

En ese preciso momento Marco aparece con su amigo, como todos los días. El niño, una preciosidad de ojos azules, sale corriendo y se tira en los brazos de Vincent. Vaya, encima resulta que es el amigo de mi hijo. Menudo día, voy de sorpresa en sorpresa. Ahora no puedo negarme a esa merienda.

—Parece que no tendremos que preguntarles, ¿verdad, *mami?*

Le miro como si de repente le hubieran salido dos cuernos. ¿Mami? No me jodas, ¿desde cuándo nos conocemos para tomar esa confianza?

—Si no te importa, me llamo Martina, no mami. Solo soy mami para él.

—Lo siento, solo bromeaba. Chicos, ¿os apetece ir a merendar y al parque un ratito? Pero solo un ratito.

—Síiii, —aplauden los dos a la vez, y ya no hay vuelta atrás.

Ante el jaleo de los niños, las madres de alrededor que esperan la salida de sus hijos y no le habían quitado el ojo de encima, me miran con cara de «¿qué coño hace esa con él?» Me resulta gracioso la forma en que tenemos las mujeres de marcar el terreno, como si él tuviera algún interés en cualquiera de ellas. Una rubia despampanante se acerca mirándome por encima del hombro, como si fuera un insecto al que aplastar.

—Hola, Vin, ¡cuánto tiempo! Estuve en tu club el otro día con unas amigas pero no te vi.

—Hola, Samantha. Ah, mira, te presento a Martina, la mamá de Marco.

—Hola, Martina. Bonito nombre para una hispana —articula con un tono de voz que me dan ganas de arrancarle los brazos y pegarle con ellos.

—Soy española, madrileña más concretamente. Y ahora trabajo en el Mount Sinaí.

—En este país le dan trabajo a cualquiera. Menos mal que nos

sobran edificios para limpiar. ¿No crees, Vin?

—Martina es neurocirujana, y de las mejores, si no fuera así no estaría ejerciendo aquí. Ella salva vidas, mientras tú fundes la tarjeta de tu ex y buscas a otro incauto a quien pillar. Menos mal que le dan trabajo a cualquiera, porque si fuera por algunos americanos… —¡Zasca! Después de todo no he necesitado arrancarle los brazos. Vincent me coge por la cintura, con demasiada confianza para mi gusto, pero no me despego—. ¿Vamos, Martina? Vamos, niños.

—No era necesario, sé defenderme sola —le digo mientras aparto su mano de mi espalda cuando la rubia recauchutada no puede vernos.

—Lo sé, pero es que me pone a mil, y no precisamente en el buen sentido. Ya sé que estuvo en el local el otro día, como para no enterarse. Ella y sus amiguitas son odiosas, lían cada una…

—Ja, ja, ja, además de macho alfa eres gracioso. Me hubiera gustado ver qué pasó entre vosotros.

—Te equivocas, no acertarías. A tías como esa las quiero a kilómetros de mí. Ya tuve una y quedé más que servido. No tengo edad para polvos de rincón. —Me sorprende la expresión y la confianza, se da cuenta y pide de nuevo disculpas—. Perdón, no sé qué me pasa contigo, desde el primer momento tengo la sensación de que puedo hablar sin problema.

—No te preocupes, ya me explicarás qué es un polvo de rincón, es la primera vez que lo oigo.

—Mami, en nuestros rincones no hay polvos, están muy limpios. —Joder con el niño, lo escucha todo.

—No, cariño, es que se ve que en casa de Vincent no han ido a limpiar hoy.

—Puedes llamarme Vin. Vincent me recuerda a mi padre.

Pasamos la tarde con los niños, resulta que el empresario de éxito es un padrazo, además de ser muy divertido. Si no fuera porque Samuel no desaparece ni un segundo de mi cabeza, ni quiero que lo haga de mi vida, sería un buen partido. Cuando me decido a contarle lo que pasó con el padre de Marco —sí, ya sé, le conozco de hace un rato, pero siento que puedo hablar con él—, Marco viene corriendo asustado.

—Mami, mami, Vin, Connor se ha caído y está llorando.

Joder, solo hemos dejado de mirar un segundo y ya ha pasado algo. Me levanto corriendo y voy hacia donde el niño se sujeta el bracito con su otra mano.

—A ver, cariño, déjame que te vea.

—Tranquilo, Connor, mi mamá es médico, enséñale el brazo.

Consigo al fin examinarlo y veo que el cúbito tiene una posición extraña, me da que se lo ha fracturado. Vincent agobiado me mira

interrogante. Estamos cerca del hospital pero aun así, llevar al niño en brazos sin parar de llorar no es muy útil. Le pido que llame a un taxi y nos vamos camino al hospital. El pequeño no quiere que su padre se despegue de él, de modo que me identifico y les pido que lo dejen ir con él a rayos.

Me quedo con mi hijo en la sala de espera hasta que finalmente salen cabizbajos. Se acerca y me dice que sufre una fractura, que se lo van a enyesar. El pobre me mira asustado.

—Eeh, Connor, cariño, no pasa nada, te van a poner una escayola muy chula para que no muevas el brazo, y luego tus amigos te podrán pintar en ella, va a ser muy divertido.

Le seco las lágrimas y le abrazo, en este momento imagino que una madre le vendría bien y yo, salvando las distancias, soy lo más parecido que hay. Veo los ojos de Vincent humedecerse. Vaya, debajo de esa pinta de tío duro hay un corazón. Le sonrío y poco a poco suelto al niño para que lo lleven a colocarle el yeso en el brazo.

—Mami, ¿Connor se va a poner bien?

—Claro, cariño, en unas semanas estará genial, pero de momento va a tener que llevar el brazo inmovilizado. Le tendréis que ayudar en el cole. Aunque mañana y pasado no creo que vaya.

Los médicos acaban de colocarle la escayola y Vincent pide un taxi para irnos a casa. Resulta que vive en el mismo edificio que Jamie y George. Demasiadas sorpresas para un solo día.

Me ofrezco a prepararles algo de cena, mientras él se ocupa del niño, que aún sigue algo asustado. No siente dolor gracias al calmante que le han dado, pero sí está molesto. Pese a su reticencia inicial, me dice que sí. Marco se ha quedado con mis padres y yo subo a su impresionante ático para echarle una mano.

—No tienes por qué hacer esto.

—Ya lo sé, pero también soy madre y sé que cuando los niños están molestos lo único que quieren es estar con sus padres.

—Ojalá su madre se hubiera parecido a ti. No entiendo cómo se puede abandonar a un bebé. Además, Connor era, bueno, es, un amor de niño, nunca ha dado problemas.

Finalmente le cuento por encima lo de Guillermo y alucina pepinillos. No puede creer que me acusara de que el niño no era suyo, y que después sucediera lo que sucedió.

—Eso me llevó a conocer a un hombre maravilloso. No cambiaría ni un solo segundo si con ello no lo hubiera conocido.

—¿Por qué no está contigo?

Le cuento el mismo relato que a todos. No dice nada, no comenta, pero en sus ojos veo que no está de acuerdo con mi decisión. Al final, a fuerza de contarlo una y otra vez, hasta a mí me parece una mierda de excusa. ¿Y si en realidad todo esto no es más que un patético

intento de convencerme a mí misma para no reconocer que estoy enamorada de él como nunca estuve y me da miedo a que no salga bien?

—¿Sabes? es la excusa más triste y penosa que he escuchado en toda mi vida —dice llevándose una mano a la frente—. Si todo es como cuentas, lo único que ocurre es que te aterra la idea de ser feliz, y no entiendo muy bien por qué. No es que yo sea psicólogo ni comprenda a las mujeres como me gustaría, pero Martina, es una burda excusa para no ser valiente. Y de camino, te estás llevando por delante la felicidad de tu hijo y la de ese tío, que está claro que está loco por ti.

Hace una pausa, se levanta, me ofrece una cerveza, que acepto, y continúa hablando desde la nevera.

—Lo que no entiendo es por qué no ha mandado todo al carajo y se ha venido detrás de ti. Yo lo habría hecho.

Me acerca la cerveza y me mira con una intensidad que me abruma. Sus increíbles ojos ahora son más claros, y hay algo en ellos que me hacen confiar en su criterio. No es para nada el chulo arrogante que puede parecer en un primer momento.

—Papii, tengo hambre.

—Ya casi está la cena. —respondo acariciándole el pelo.

Le digo a Vincent que prepare la mesa o donde suelan cenar y me pregunta si me quedo. Respondo que no, porque seguro que Marco está esperándome, pero insiste y llamo a mi madre para preguntarle. Me dice que el niño ya está cenando, de manera que al final decido quedarme, así le ayudo luego a recoger mientras acuesta al niño.

Le confieso que al fin ya tengo un apartamento, le enseño las fotos y le cuento cómo quiero decorarlo. Lo veo pensativo y tengo la sensación de que le estoy dando la chapa sin necesidad.

—Martina, estoy pensando que…

—Uy, qué mal suena siempre eso.

—No, en serio. El otro apartamento de esta planta es mío, pero está vacío. Podrías quedarte con él. Tiene unas impresionantes vistas al parque y te pilla aún más cerca del hospital.

—¿Qué? No, no podría pagarlo.

—No he hablado de dinero. Lleva vacío algún tiempo, podrías decorarlo a tu gusto, estás cerca de tus amigos, Marco del suyo y yo, bueno, tendría a un médico en mi misma planta —dice divertido.

—¿O sea, que me puedo quedar en tu casa por la cara? No, que va.

—Bueno, a ver, ¿cuánto pagas por el otro?

—Dos mil quinientos.

—Vale, te lo dejo por el mismo precio. O mejor aún, te lo rebajo a dos mil si de vez en cuando cenamos juntos. Cocinas de lujo.

—Vincent, acabo de contarte mi vida, no quiero ni puedo

implicarme de ninguna manera que no sea una mera amistad y hay algo en tu mirada que me dice que no es lo que te gustaría.

—Solo amigos, lo prometo. —Me tiende la mano con una expresión divertida en los ojos—. Conste que no quiero cobrarte, pero tampoco quiero que te vayas a otro sitio, de modo que acepto tu dinero.

—Déjame pensarlo, he quedado mañana para dar la fianza del otro.

—Está bien, piénsalo, pero no mucho. Es una buena oferta, ¿quieres que lo veamos?

—No, mejor mañana, cuando Connor esté mejor, así lo ve también Marco, aunque no opine. Y de paso también lo ven mis padres. No puedes hacerte una idea la clase de apartamentos que hemos visto.

—Puedo imaginarlo. Si hubieras aceptado comer conmigo hace días tal vez te hubieras ahorrado el mal trago.

—Y tal vez hubiese dicho que no a tu propuesta.

El niño se durmió hace rato y nosotros nos hemos quedado en la impresionante terraza tomando un café. No entiendo cómo un tío así y con la pasta que tiene sigue estando solo.

—Entonces, vives solo con tu hijo desde que la madre de Connor se marchó. ¿Qué le dijiste?

—En efecto. Después de algo así no me quedaron ganas de compartir mi vida con nadie, a menos a nivel emocional. Entiéndeme, he tenido algún rollo, tengo treinta y siete años y no soy un asceta, pero no me he implicado en serio con nadie. Ni le he presentado a mi hijo a ninguna mujer.

Da un sorbo al café y vuelve su rostro en dirección a la iluminada noche de Manhattan, como si estuviera recordando algo muy doloroso del pasado. Guarda silencio unos instantes y después decide continuar hablando.

—Le dije al pequeño que su madre era médico y trabajaba con niños que no tenían medios. Lo entendió y nunca pregunta. Sin embargo, cuando las madres de sus amigos los acompañan al cole o hay alguna fiesta, sé que la añora, pese a no conocerla. Borré todas sus fotos y la eliminé de todas partes. —Me mira de nuevo a la cara con sus impresionantes ojos, y descubro en ellos dolor y tal vez amargura —. ¿Qué le dijiste tú?

—Que su padre trabajaba fuera y no pudo estar con nosotros. No sé si lo entendió o se lo creyó, pero desde que Samuel llegó a nuestras vidas, él lo ve como a su padre, a pesar del poco tiempo que hemos estado juntos. Un día encontrarás a alguien que quiera estar en tu vida y en la de tu hijo. Pero algo así no se busca, aparece sin más.

—Qué pena no haberte conocido antes. —dice mirándome muy fijamente, desviando sus ojos a mis labios.

—Amigos, ¿recuerdas? Esa es la premisa para que acepte tu

proposición. Yo no estoy en el mercado.

—¿Y si lo tuyo con tu chico no avanza?

—Ni aun así. —Miro el reloj y cambio de postura con un gesto—. Es tarde, me voy a marchar. ¿Dormirás con Connor esta noche?

—Sí, y mañana me quedaré con él.

—Genial.

Me incorporo y me dirijo a la puerta de la terraza después de dar un último vistazo a las impresionantes vistas de una ciudad que nunca duerme. Cojo el móvil y la llave olvidada en la cocina y voy hacia la entrada.

—Buenas noches, Vin.

—Buenas noches, Martina. Oye, no tengo tu número. Dámelo por si te tengo que consultar algo, y ya que voy a ser tu casero…

—Muy sutil, señor Morningstar. —Me entrega su iPhone desbloqueado, marco mi número, me hago una perdida y lo anoto en mi agenda—. Ahora sí, hasta mañana. Si le duele el brazo, dale ibuprofeno o paracetamol.

—Sí, doctora.

—No me llames así, por favor.

—Como quieras. Adiós, Martina.

17

Las enfermedades no nos llegan de la nada. Se desarrollan a partir de pequeños pecados diarios contra la Naturaleza. Cuando se hayan acumulado suficientes pecados, las enfermedades aparecerán de repente.

(Hipócrates)

Donde hay poca justicia es un peligro tener razón.

(FRANCISCO DE QUEVEDO)

Martina

Al día siguiente, tras llevar al niño al cole, subo a ver cómo ha pasado la noche Connor. Le mandé temprano un mensaje a Vincent pero no me contestó. No sabía si decir en el cole que no iba a asistir hoy, no quiero que la gente piense lo que no es. Al final, nada más aparecer la profesora de Marco, ha sido él quien se lo ha contado, de manera que no me ha quedado más remedio que contar todo, añadiendo que seguramente Vincent avisaría más tarde. La mirada de la maestra es como un libro abierto por el capítulo donde el detective descubre in fraganti al asesino. Ayer nos vio juntos e imagino que también se dio cuenta cómo me sujetaba por la cintura para sacarme de allí. Bueno, ¿pues sabéis qué? Que me importa bien poco. Aquí vengo a traer al niño al cole, no a chismorrear.

—Buenos días. —De camino, he comprado unos estupendos bollos para llevárselos a Connor. Ayer advertí que le apetecían pero su padre escogió otra cosa para la merienda. Espero que no se enfade.

—Y tan buenos. —Vincent abre la puerta vestido tan solo con un pantalón del pijama y no puedo evitar que mis ojos se escapen para recorrer su cuerpo. Joder, Sam está bueno, pero este está también para mojar pan. En su pectoral izquierdo, encima del corazón, distingo el nombre de su hijo tatuado y unas alas de ángel.

—Bonito tatuaje. He traído unos dulces para el desayuno. ¿Qué tal noche habéis pasado?

—Connor muy bien. En cuanto a mí, parece que un tren de

mercancías me ha pasado por encima. Se ha estado moviendo toda la noche, incluso me ha golpeado con la escayola un par de veces, pero he estado tranquilo sabiendo que no le duele.

—Me alegro. Bueno, te dejo esto y me voy, que tengo mil cosas que hacer hoy. Ah, Marco le ha dicho a la profesora que Connor no iba hoy, y al final se lo he tenido que aclarar. Imagino que se han montado su película. Ya avisas tú cuando puedas.

—Que piensen lo que les dé la gana. ¿A ti te importa?

—No, para nada.

—Perfecto. —Doy media vuelta para irme pero me sujeta del brazo —. ¿No te tomas un café conmigo? ¿Has pensado lo del piso?

—No puedo, de verdad. Tengo muchas cosas que hacer. —Miro el brazo que me está sujetando y me suelta como si quemara.

—Está bien, dime luego lo que has decidido.

—Vale, lo haré.

La mañana la paso sentada frente al ordenador portátil, completamente agobiada e inundada de impresos y correos electrónicos. Tengo que enviar documentación para un millón de cosas. Mis padres han salido y George tiene guardia. A medio día llega Jamie con comida para los dos en un par de bolsas de papel.

Me comenta que ayer no nos vimos y le cuento lo que sucedió con Connor y Vincent.

—Martina, deberías aclarar tu situación. Me da que, desde que os conocisteis en el club, no es precisamente amistad lo que quiere contigo. Me ha pedido tu teléfono unas diez veces, pero no se lo he dado, y mira qué casualidad, de pronto os encontráis en el cole. Lo del piso es genial, pero déjale bien claro que no quieres nada con él.

—Ya se lo he dicho. Hoy le he llevado unos dulces para desayunar y me ha pedido que me quedara con él, y le he dicho que no. Ayer hizo un comentario y también le dejé claro que, estuviera Sam o no, yo no soy una opción.

—Es un buen tío que ha sufrido mucho por amor. Más de lo recomendable. La zorra de su ex lo dejó tirado con el bebé para irse a perseguir su sueño de ser modelo. Y bueno, por ahí anda entre pasarelas. No le ha salido mal del todo.

—Pero debe tener una edad.

—Es joven. Se encaprichó de ella cuando apenas tenía veinte años y se quedó embarazada. Tuvo al bebé y se largó.

—Me ha dicho que tenía un año.

—Apenas seis meses.

—Joder.

—Luego te enseñaré unas fotos. Ahora comamos que debo volver al hospital. ¿Estás nerviosa?

—Un poco, no voy a engañarte. Echo de menos no poder compartir con Sam todo esto y añoro a Iván lo que nadie sabe. Y ahora, cuando mis padres se marchen, me quedaré sola.

—Ehh, ven aquí —tira de mí para abrazarme, besa mi pelo y lo recoloca detrás de la oreja—. Tú no estás sola, George y yo estamos aquí. Además tienes a tu hijo y ahora a un empresario que haría lo que le pidieras. Y si te quedas en su piso, estaremos aún más cerca. ¿Ya lo has visto?

—No, le dije de ir a verlo esta tarde con el niño y mis padres. Gracias por tu apoyo, no sé qué haría sin vosotros.

—No tienes que darlas. Tengo que cuidar a mi mejor neurocirujana.

—Seguro.

—Por supuesto que sí, pequeña.

Comemos en silencio, solo algún comentario sobre su reunión del día anterior y poco más. Jamie no es muy hablador, esa parte se la queda George, que es todo alegría y luz. Hacen la pareja perfecta porque se compenetran como pocos, son las dos caras de la misma moneda, podría parecer que siendo tan diferentes serían incompatibles, pero es todo lo contrario.

Entra un mensaje y compruebo sorprendida que es Sam.

Sam:
Quiero hablar contigo, ¿puedes conectarte?

Yo:
Sí. Te llamo.

Abro el portátil justo cuando está entrando su llamada a través de Skype.

—Hola…

—Hola, Martina. ¿Cómo estás? —Su tono de voz y su pregunta me desconciertan. En la pantalla del portátil parece triste y unas oscuras ojeras pintan sus preciosos ojos tristes.

—Bien, un poco nerviosa. Inmersa en el papeleo y pendiente de la mudanza, eso me deja poco tiempo para pensar. Has madrugado.

—No duermo demasiado últimamente. Martina… —duda un momento y se me cae el alma a los pies—. *¿Has vuelto a recibir llamadas? ¿Amenazas?*

—No, nada desde que te lo conté. ¿Por qué no duermes?

—¿De verdad no lo sabes? Siento haberme comportado como un cabrón, sabes que no soy así, pero necesitaba que reaccionaras, que te dieras cuenta de que no podemos estar así. Te veo más delgada.

—Mucho ajetreo, pero estoy bien, todo lo bien que se puede. Sam, yo…

—No, déjame seguir. Necesito estar a tu lado, saber que estás bien, que Marco y tú lo estáis. No por lo que me diga tu hermana o tu madre. No puedo seguir con esto así. Martina, preciosa, ¿sigues sintiendo por mí lo

mismo que antes de marcharte? —¿En serio me está preguntando eso?

—No, pero… —No puedo continuar hablando porque me interrumpe de nuevo.

—Está bien, entonces me alejaré de tu vida, hablaré con el niño, pero al menos cuando vengas déjame verlo.

—Sam, deja de interrumpirme, por favor. Lo que siento por ti ahora es más intenso. Es la necesidad de respirar el mismo aire que tú, de sentir tu aliento a mi lado, de notar tu calor por la noche, que al abrir los ojos por la mañana tú seas lo primero que vea. Añoro tu pelo revuelto, esa barba que me vuelve loca cuando roza mi piel, necesito tu forma de mirarme, cómo recorres mi cuerpo con tus ojos como si fuera lo más preciado que tienes.

»Te echo tanto de menos que duele, es como cuando el agua está muy fría y sientes miles de puñales clavándose en tu piel. Extraño tus manos, tus caricias, tus besos, sentirte dentro de mí. Joder, Sam si hasta tengo sueños eróticos contigo, como si mi subconsciente te buscara y en sueños se encontrara contigo.

Observo cómo su respiración se agita, parpadea muy deprisa sin poder controlar las lágrimas que ruedan por sus mejillas, al igual que las mías.

—¿Podrás perdonar cómo me he portado contigo?

—No tengo nada que perdonar. ¿Nos veremos cuando vaya? ¿Seguiremos hablando? ¿No vas a volver a…?

—Nos veremos, hablaremos, no te preocupes, mi preciosa Martina. Te quiero.

—Y yo a ti.

—Marti, te dejo, tengo algunas cosas que hacer, pero llamaré más tarde para hablar con el niño. No olvides que te quiero.

—No podría hacerlo.

Me quedo perpleja, sentada en mi cama sintiendo el calor del ordenador sobre mis rodillas, preguntándome si esto ha pasado o no. Miro el móvil y veo que todavía aparece la notificación del mensaje anterior a esa llamada y sonrío como una tonta. Todo empieza a ordenarse, el universo quiere que sea feliz, aunque sea en la distancia.

Jamie aparece por el marco de la puerta, se sienta conmigo y atrapa mi cara con sus manos para que le mire a los ojos.

—Marti, ¿todo bien?

—Sí, creo que sí. Me ha pedido perdón y me ha dicho que vamos a hablar y a vernos. Y… que me quiere.

—Ay, mi niña, ¿ves? Todo se aclara, te mereces esto, todo lo bueno que te pase.

Una vibración en mi reloj me informa que acaba de entrar un mensaje. Cojo el móvil y miro.

Unkdown:
No te confíes, esto no ha acabado.

Lo suelto como si quemara y cae rodando al suelo, donde queda boca abajo. Jamie lo recoge y mira el mensaje frunciendo el ceño.

—Eh, Marti, no pasa nada, estás bien. Sea quien sea solo quiere asustarte. Olvida esto y piensa en esas palabras de Samuel. Eso sí, mándaselo al policía que investiga tu caso.

Eso hago, tratando de controlar el temblor de mis manos. Al momento me responde que sigue trabajando en ello, que no me preocupe. Como si eso fuera fácil.

En la lejanía oigo el timbre de la puerta. Jamie, lejos de dejarme sola, coge mi mano y me acompaña a la puerta.

—Hola, Martina, quería darte las gracias por los bollos del desayuno.

El pequeño Connor, de pie justo delante de su padre, me habla con su dulce vocecita. Vin sonríe orgulloso.

—Hola, cariño. No me tienes que dar las gracias, cuando fui al cole pasé por la pastelería y los vi. ¿Cómo te encuentras?

—Estoy bien, no me duele. Bueno, algunas veces, pero estoy bien. Mañana iré al cole, ¿verdad, papi?

—Sí, cariño, mañana al cole. Martina, se ha empeñado en bajar a decírtelo en persona. ¿Sigue pendiente la visita al piso?

—Sí. —Por un momento se me olvida lo que acaba de pasar e imagino la cara de Sam al ver las vistas desde el ático—. En cuanto llegue Marco del cole.

Al final acepté el piso de Vincent y, tras darle una mano de pintura que no hacía falta y obligarme a escoger unos muebles carísimos, —Vincent no acepta un no por respuesta— por fin, una semana más tarde, me mudo con mi pequeño; mis padres permanecerán en el de Jamie porque se marchan a Madrid en dos días. Han estado casi un mes. Aún no puedo creer que ya haya pasado un mes desde que estoy aquí; casi dos meses desde que Sam y yo no nos vemos. Es cierto que nuestra relación es distinta, hablamos todos los días e incluso hemos jugado por teléfono más de una vez en los últimos días. Nada es comparable a sentirlo a mi lado, pero que no haya entre nosotros malos rollos, unido a la esperanza de vernos aunque sin fecha todavía, es algo que nos da alas para aguantar la ausencia.

En ocasiones, el panorama se enturbia cuando recibo algún mensaje o correo electrónico amenazante. Todo lo que recibo lo reenvío a la

policía española y nada más. Llevo una semana en el hospital desde que me incorporé al trabajo, adaptándome a los nuevos protocolos y a mis pacientes. A mi inglés le ha venido estupendamente estos días sin trabajar, pateando la ciudad y charlando con mis anfitriones, o con Vincent y los niños. Estoy más que encantada de que Marco haya aprendido inglés casi desde que empezó a hablar.

Algunos días cenamos en mi casa los niños, Vin y yo. No ha vuelto a salir a relucir el incómodo tema de ser algo más que amigos, e incluso un par de noches Connor se ha quedado con nosotros para que su padre saliera. Aunque normalmente atiende los clubes en persona, desde que el niño tiene la escayola lo ha delegado en su socio. Es un padre entregado y atento que trata de suplir la ausencia de una madre que el niño no echa de menos más que en contadas ocasiones.

Samuel

La sensación de impotencia y rabia que tenía acumulada se evaporaron como por arte de magia para sustituirla por la idea de volver a estar juntos. Tras la última discusión que tuve con ella cuando me mandó los mensajes amenazantes que había recibido, tuve más que claro, si no lo tenía ya, que mi sitio está a su lado. Hablé con Marta, le conté que la estaban amenazando, y ella se puso en contacto con José, el policía que llevó la investigación de su caso y me dijo que no me preocupara, que estaban siguiendo el asunto con atención.

Espero ansioso la hora de hablar con ella cada tarde, de oír su voz, de ver sus ojos brillar cuando habla de cómo le va en su trabajo, de que Marco tiene un mejor amigo nuevo, y que Central Park está precioso en esta época del año, todo alfombrado de hojas en tonos dorados. Cómo me gustaría pasear con ella y el niño de la mano por esos lugares.

Lo único que me escama un poco es saber que el piso en el que viven es de un amigo de Jamie; un padre joven y solo, que no entiendo por qué le ha dejado esa ganga de precio cuando podría alquilarlo por mucho más. No puedo rayarme con eso porque hablo con su hermana a menudo y me asegura que solo es un amigo, que deje de hacerme *pajas mentales,* palabras textuales de mi cuñadita y su inexistente filtro. Me ha dicho que está muy bien, pero que mi chica solo tiene pensamientos para mí. Igual se piensa que diciendo eso me alivia algo, cuando lo único que consigue es ponerme más nervioso.

Hemos retomado los juegos subidos de tono, que ya usamos alguna vez con anterioridad, para aliviar el deseo, y aunque son placenteros, divertidos y me encantan, no es lo mismo que tenerla entre mis brazos. No veo el momento en que podamos estar juntos de nuevo.

—Hola, tío.

—Hola, ¿qué tal?

—Bien, y ¿tú? —pregunto a Óscar—. ¿Ya le has entrado a la chica nueva?

—No, pesado, te he dicho que no voy a hacer nada, no tengo ganas de historias. Con el club y eso tengo bastante. El otro día llegó una nueva al gym y mmmm...

—Eres un caso perdido. Anda, cuenta, no creo que me hayas mandado el mensaje para que te llamara solo para decirme lo de la nueva del gimnasio.

—Eh, claro que no. Ya tienes listo todo lo tuyo. Cuando quieras no tienes más que llamar y hablar con Jeff.

—No sabes lo agradecido que te estoy. Te debo una bien gorda.

—Y tanto, pero bueno, de momento nos tomaremos unas cervezas, con eso me vale. Y de paso a ver si conseguimos sacar a pasear al muermo de Hugo.

—¿No mejora?

—No. Lo de su hermano lo tiene muy jodido, no saben nada de él desde hace días y se siente culpable por no haber conseguido que se quedara.

—Entre los dos lo convenceremos para ir a tomar una copa, no te preocupes. Pero ni en sueños voy a ir a vuestros antros, ya sabes que no me van esos rollos.

—No has dado con nadie que te ponga en un sitio de esos y ya está. Aunque claro, tampoco son para encontrar a la mujer de tu vida.

—Yo ya la encontré, solo tengo que conseguir que ella se lo crea.

—Uuuuhh, mira qué eres blandito, señoría. Nos vemos.

—A todo cerdo le llega su San Martín, letrado.

Las siguientes semanas resultan un puro caos. A mediados de mes llaman a la familia de Hugo para decirle que su hermano ha muerto en un ataque de piratas somalíes al barco donde prestaba sus servicios como escolta, y mi amigo se derrumba como un castillo de naipes. Tras unos funerales sin cuerpo, porque no lo han encontrado, tan solo restos esparcidos de sus cosas en una playa, decide colocar su vida en *stand by* y poner rumbo a un destino desconocido. Óscar decide marcharse con él, como siempre ha hecho. Siempre ha estado a su lado en todas las situaciones, buenas, malas y regulares. Es el mejor amigo que se puede tener. A mí también me ha apoyado mucho en los malos momentos. En otras circunstancias quizás me hubiera ido con ellos, pero mi prioridad ahora es otra; tengo que recuperar a mi mujer.

Sigo hablando con Martina todos los días, y con mi peque también.

No hay un solo día que el niño no pregunte cuándo voy a viajar con ellos, pero no tengo respuesta para eso. Por fin, la semana de Acción de Gracias y el famoso Black Friday, pongo mis ilusiones y mi vida en la clase turista de un avión rumbo al que espero sea el resto de mi vida.

Aterrizo cargado de equipaje en un vuelo de Iberia en el aeropuerto John Fitzgerald Kennedy. En la salida de la terminal de llegadas internacionales me espera Jeff. Me lleva a su casa. Por más que intenté ir a un hotel ni Óscar ni él lo consintieron. Me quedan por delante días de papeleo y burocracia, a pesar de tener casi todo atado. Estoy feliz y nervioso, ansioso y preocupado. No sé cómo se lo va a tomar, pero me da igual. La decisión ya está tomada y no hay marcha atrás.

Estos días los dedico a pasear y a pensar. Salgo a correr para atenuar mis nervios y controlar la adrenalina que inunda mis arterias. Jeff es un tío muy simpático, vive con su chica, Avy, una abogada que trabaja en uno de los mejores bufetes de la ciudad.

Me echan una mano en todo lo que pueden, he ido por la oficina un par de ocasiones y la semana que viene ya empiezo en serio allí. He hablado con Carol casi todos los días y me cuenta lo que sabe de su hermana. También me ha dado el teléfono de Jorge y he conseguido hablar con él unas cuantas veces. Me ha confesado los planes de mi chica para el fin de semana. Me cuenta que ha quedado con su *casero* para llevar a los niños a los Hamptons si no hace demasiado frío, cosa que me pone de una mala hostia impresionante. Ya sé, hablo con ella casi a diario desde que le pedí perdón por haberme comportado como lo hice, pero aún sin conocerlo, hay algo en él que me hace estar alerta. He buscado en internet y apenas hay información privada. Solo que es el dueño de tres garitos de moda en la ciudad, frecuentados por gente muy famosa y con pasta. Joder, con el tío. Solo encuentro una foto, que aparenta ser robada, a la salida de lo que parece el cole de su hijo, y va acompañado por una morena. Acerco la imagen y no me puedo creer que sea ella la que está allí con Marco de la mano, y la mano del tío este en su espalda. ¿Cómo? Para colmo el titular no puede ser más explícito «E*l soltero de oro, acompañado a recoger a su hijo por una bella morena». V*amos hombre, no me jodas.

—George, ¿por qué coño ese tío lleva a Martina de la cintura cuando van a recoger a los niños?

—Ehhh, para, pistolero, que no sé de qué me hablas.

—Te mando la puta foto.

—Acaba de llegar. Dame un segundo y la veo. —Aguardo unos segundos hasta que por fin escucho de nuevo su voz—. Hostia, pues no sé, pero apuesto lo que quieras a que Vin no sabe de la existencia de esa foto ni Martina tampoco. Te lo aseguro, es un tío muy celoso de su intimidad,

más cuando entre ellos no hay absolutamente nada. Sabes que para ella tú eres el único, ¿no?

—Claro, por eso se van de fin de semana a la casa de ese tío en el lugar más caro del país, ¿no? ¿Es eso lo que me quieres decir?

—Samuel, deja de ser un capullo de nuevo y confía en ella. Entre ellos no hay más que una amistad, sobre todo por los niños.

—Ya, pero no me cabe la menor duda que al él no le importaría llevársela a la cama —Solo de pensarlo se me revuelve el estómago.

—No todos los tíos piensan solo en eso.

—No me jodas, Jorge, tiene treinta y siete años, un hijo pequeño y no se le conoce ninguna pareja estable desde hace años. Y Martina es especial.

—Ya sé lo especial que es, pero ella le dejó claro desde el primer día que tú estás ahí, que solo pueden ser amigos. Mi amiga no comete errores que le cuesten lo que más desea. Y por si no te queda claro, eres tú.

—Joder, pero es que esa foto…

—Seguro que tiene una explicación muy sencilla.

—¿Y por qué no me ha contado lo del fin de semana?

—Quizás porque te conoce y sabe que ibas a rayarte como lo estás haciendo ahora mismo.

—Tal vez. De todas formas gracias, tío.

—No hay de qué, estoy aquí para lo que quieras.

Cuelgo la llamada y pese a que me quedo más tranquilo, la desafortunada foto y que no me haya dicho lo de Los Hamptons me tiene algo tocado.

—Hola amor.

—¡Hola, preciosa! ¿Estás bien? Llamas más temprano que de costumbre.

—Sí, solo te echaba de menos y me apetecía oír tu voz. Estoy en mi consulta y tengo un hueco libre, por eso te llamo.

—Me encanta que lo hagas. ¿Algo nuevo?

—No, todo bien. No ha habido más movidas. Oye…

—¿Ves? Sabía que había algo más.

—No es nada pero tengo que decírtelo. El fin de semana me voy con Vincent y los niños. Tiene una casa en... joder, no me acuerdo. En ese sitio pijo de playa.

—¿Los Hamptons?

—Sí, ahí. Los niños son muy amigos y la verdad es que he tenido una semana complicada en el hospital, me vendrá bien descansar un poco.

—Martina.

—Ya sé que puede sonar raro pero...

—Martina

—Es que, bueno, se ha convertido en...

—¡MARTINA!

—Uy, ¿Qué?

—No te justifiques. Es tu amigo, no me tienes que dar explicaciones. Aunque me gustaría que supieras que circula una foto por ahí que seguro desconoces que existe. En ella se os ve a los dos con los niños. Espera un segundo, te la envío al correo. Sospecho que tampoco él sabe que os la han hecho.

Reenvío la foto y su reacción al abrir el correo no se hace esperar.

—Joder, ¿y ese titular? Estoy segura de que Vincent no lo sabe. Supongo que nos la hicieron a escondidas el día que nos encontramos por casualidad a las puertas del cole. Nos conocimos unos días antes en su club, cuando fui con Jamie y Jorge. Ese día en el cole, una madre intentó humillarme y él me defendió. Vincent me puso la mano en la espalda para instarme a irnos justo en el momento en que captan la instantánea. Muy oportuno.

—Díselo, no creo que le haga gracia. Es prácticamente imposible encontrar por internet una solo foto suya acompañado de una mujer, salvo en alguna gala benéfica o eventos por el estilo.

—No es muy de salir en los medios, ni siquiera tiene redes sociales.

—Yo también lo haría si tuviera su patrimonio y un hijo al que preservar de la basura que rodea todo eso. Disfruta, ¿vale? Pero no me olvides. Te quiero, doctora.

—Y yo a ti. Uff, me acaban de llamar, una urgencia. Adiós, cariño.

Paso el fin de semana como una fiera enjaulada. Siento ganas de ir a buscarla para hacerle saber que estoy aquí, muy cerca de ella, y de paso dejar claro al empresario de la noche que yo soy el único para ella. ¿Suena machista o posesivo? Por supuesto, mentiría si no dijera que me siento así. Ese tío no es un cualquiera, tiene experiencia de sobra y Martina para algunas cosas es muy ingenua. Imaginarla acompañada de él en una lujosa casa que nunca podrá tener conmigo, y con los niños disfrutando de paseos por la playa aunque haga frío, provoca en mis entrañas unos celos que nunca he sentido hasta ahora. Me consumen por dentro y me paso el día ansioso porque llegue la hora en que siempre nos llamamos. El tono de sus llamadas es el mismo de siempre; cariñoso, sexy cuando el tema lo requiere, cercano cuando hablamos de mi familia o la suya. Menos mal que solo queda un día para que vuelva a casa y yo pueda seguir con mi plan.

Por la noche, como siempre, hablamos un poco de todo. No he conectado la cámara ningún día con la excusa de que se ha estropeado y que debo adquirir un portátil nuevo porque este ya no funciona bien. La conversación sube de tono y acabamos jugando de la manera

más placentera. Por un lado me gusta que no le importe donde está para que tengamos sexo telefónico, y no precisamente discreto, por otra parte yo también estoy en una casa que no es mía, aunque en mi caso estoy solo. Jeff y su chica han salido, y a pesar de que me han invitado a ir con ellos, he rechazado la propuesta. No cambio este rato por nadie. Imagino que la casa de Vincent será lo suficientemente grande como para que no la oigan ni los niños ni él. Porque por más que intente acallar sus gemidos, a ratos se le olvida y se escuchan más altos de lo que debiera dada la situación.

Tras el polvo virtual, me doy una ducha sin dejar de pensar en ella, en su sonrisa, en sus expresivos ojos que tanto transmiten aunque no quiera, en sus labios, en su forma de hablar.

La semana siguiente viene marcada de nuevo por la burocracia, un montón de cosas por hacer, y el estudio todo el tiempo que me es posible de la legislación norteamericana, tan diferente a la española. Ya he ido a la oficina, me estoy adaptando al cambio. El ejercicio de la abogacía, por más que me he actualizado, es diferente a lo que estoy acostumbrado, pero Jeff me echa una mano en todo y enseguida empiezo a tomarle el pulso.

Sé que el lunes que viene Martina sale de guardia, de modo que es el día perfecto. Hablo con George y me pasa el teléfono de Vincent. Al final no es tan mal tío, y si en algún momento le pasó por la cabeza tener algo con ella, ya no está en eso. He quedado con él el domingo. Ha dejado al niño al cuidado de la chica que lo atiende cuando él no está. Me he enterado que Marco también se queda con ella cuando mi chica tiene guardia. Le cuento lo que he pensado y me dice que puedo contar con él para lo que necesite. No veo el momento de estar con ella de nuevo.

El lunes, antes de que Marco se vaya al cole, me presento por sorpresa en la casa y el abrazo que el niño me regala me desmonta por completo. Lo he echado tanto de menos…

—¡Papi! ¿Te vas a quedar con nosotros? Ya no te vas más, ¿verdad que no?

—No, cariño, ya no me voy más.

Llaman a la puerta rompiendo el momento. Cuando abro, Vincent, acompañado de su hijo y una sonrisa franca, aparece en la puerta para acompañar a mi niño al cole.

—Papi, ¿no me llevas tú?

—Quiero darle una sorpresa a mamá, pero iremos los dos a recogerte, lo prometo.

—¿De verdad? ¿Ya le puedo contar a mi seño y a mis amigos que mi papi ha vuelto?

—Claro que puedes, cariño. A partir de ahora me van a ver mucho llevándote. —Vincent nos mira con ternura. Quién iba a decir que un tío como él se emocionaría con cosas como esas—. Gracias por todo, Vincent.

—No tienes que darlas. Martina va a alucinar, espero que para bien, porque si hay algo que sea tu chica es testaruda.

—Lo sé. Igual me arroja a la cabeza lo primero que tenga a mano pero me da igual, de aquí no me sacan ni los SWAT, te lo aseguro. No imaginas los meses que llevo y las últimas semanas aquí, viviendo prácticamente de incógnito, sin poder decirle nada.

—Lo imagino. Bueno, me llevo a estos dos hombrecitos. En la cocina encontrarás lo que me pediste, trastea por los muebles. El café está predeterminado en la cafetera, tienes una hora o así, quizás un poco más si se entretiene, pero después de un domingo de guardia, imagino que estará loca por llegar a casa. Bienvenido a la *Gran Manzana,* Samuel.

—Gracias.

Que sepa al dedillo las costumbres de Martina me raya un poco, pero a fin de cuentas los niños van juntos al cole y habrá mañanas que los lleve él, como hoy. Los niños congenian a las mil maravillas. Él también parece llevarse muy bien con mi hijo, y mis celos se desatan de nuevo, campando a sus anchas por mis huesos hasta el mismo tuétano. Intento ignorarlos y me pongo manos a la obra para preparar el bizcocho que tanto le gusta.

18

Si alguien desea una buena salud, primero debe preguntarse si está listo para eliminar las razones de su enfermedad. Solo entonces es posible ayudarlo.

(Hipócrates)

La guardia de hoy ha sido extenuante. Se ha producido un accidente en el metro y han ingresado por urgencias un montón de pacientes, no solo para mí. Quizás mi departamento ha sido el menos afectado, pero hemos atendido muchas cirugías conservadoras, practicado un millón de suturas, ocuparnos de niños asustados y padres que no encontraban a sus hijos, y coordinar la situación con diferentes hospitales implicados. Por suerte no ha habido víctimas que lamentar.

Cuando está a punto de acabar mi turno, me voy hacia mi despacho a sentarme un rato, solo cinco minutos para descansar las piernas, aclarar las ideas y beber un poco de agua mineral de mi pequeña nevera, antes de una última visita a mis pacientes y marcharme a casa. La semana ha empezado fuerte, espero poder relajarme cuando llegue. Hasta que recoja a Marco tengo unas horas para dedicarlas a mí y no hacer demasiado.

—Toc, toc —Jorge aparece por mi puerta con el cansancio de la jornada reflejado en su cara y dos vasos de café en la mano. Ha compartido la guardia conmigo y, pese a no ser su especialidad, ha estado dándolo todo como el resto del personal—. Vámonos, cielo, estás muerta. ¿Desayunamos?

—No, prefiero irme a casa, no puedo más. Necesito una ducha y una mañana de relax. Como todos. No entiendo por qué haces tantas guardias, no las necesitas. Además, tus pacientes casi nunca son de urgencia.

—Me gusta mi trabajo, ya lo sabes, y esta noche hacíamos falta todos. ¿Ya has hecho tu última ronda?

—No, solo he venido a sentarme cinco minutos, estoy exhausta. No recuerdo una guardia así en años.

—Madrid no es Nueva York, cielo. Ya te acostumbrarás. Esta vez hemos tenido suerte, no hemos perdido a nadie.

—Cierto. Hay que dar gracias.

Me acompaña a visitar a los pacientes que he atendido y al comprobar que casi todos evolucionan favorablemente, firmo las altas pertinentes. Regreso a mi despacho, recojo mis cosas, me coloco el abrigo encima del pijama para no perder tiempo en cambiarme, y salimos del hospital caminando hacia casa. El frío es intenso, probablemente nieve esta semana. Al imaginar Central Park nevado no puedo dejar de pensar en Sam y los fines de semana que pasamos en su pueblo, juntos los dos, o cuando estuvimos en Cantabria.

Por fin, después de caminar un rato por las gélidas calles de Nueva York, llegamos a nuestro edificio. George se despide con un beso en la mejilla y sale del ascensor en su planta, y yo sigo como una zombi hasta el ático. Vincent se habrá llevado a Marco al cole, y él habrá ido a hacer inventario del fin de semana. Sí, en estas semanas hemos intimado bastante, podría decirse que es un buen amigo. No ha vuelto a insinuar nada más y nos sentimos cómodos cuando estamos juntos. Además, nuestros hijos se han hecho grandes amigos.

Llego a mi puerta y al meter la llave en la cerradura me extraña que la llave no esté echada. El corazón se me sube a la garganta cuando compruebo que la alarma tampoco está conectada, pero entonces un intenso olor a café y a algo dulce hace que mi estómago ruja y se me olviden los miedos. Frances, la señora que se hace cargo de los niños cuando Vin y yo trabajamos, debe estar en casa, aunque lo normal es que ella se marche cuando el niño no está. Entro en el estudio a dejar las cosas, me deshago del abrigo, el gorro, la bufanda y los guantes, y guardo las botas en el zapatero que instalé en un armario, también en la entrada. Música suave suena de fondo. Presto atención y es Alejandro Fernández, y su Qué voy a hacer con mi amor. ¿En serio esta mujer oye esa música?

Me acerco hasta la cocina y tengo que agarrarme al marco de la puerta por la impresión, con mi corazón completamente desbocado. De pie, apoyado en la encimera, con una humeante taza entre las manos, una sonrisa arrebatadora y la mirada más intensa del mundo creo ver a Sam. Lleva un vaquero desgastado, un jersey azul marino de pico y una camiseta blanca debajo. Parpadeo deprisa, pero soy incapaz de saber si es real o una alucinación propia del cansancio. Tras unos segundos mirándonos a los ojos, deja la taza en la encimera y recorre los escasos tres metros que nos separan para acercarse a mí. Atrapa mi cara entre sus manos y se acerca a mis labios dejando un dulce beso.

—Hola, preciosa Martina.

—Sam… ¿De verdad estás aquí?

Sus labios vuelven a los míos, pero esta vez no es un beso suave, es un asalto en toda regla, mi lengua le reconoce y le da acceso y nuestras bocas se unen con todas las ganas que estos meses hemos

contenido. La rabia, el dolor, las malas palabras, sus intentos de que reaccionara, mis miedos, todo queda disuelto por el sabor de sus besos. El beso ha cobrado tanta intensidad que la dureza de su entrepierna se clava en mi abdomen al abrazarme y mi sexo se inunda como hacía meses que no ocurría. Se separa sin soltarme, con la respiración agitada y el chocolate de sus ojos derretido por completo.

—¿Responde eso a tu pregunta o tengo que seguir demostrándote que soy real?

Ahora soy yo la que asalta su boca y no le dejo respirar. Mi cansancio se ha esfumado y lo único que deseo es sentirlo en mi interior. Meto las manos por debajo de su camiseta y le acaricio notando cómo se eriza su piel. Gime en mis labios, y sin que le diga nada más, se deshace del pijama que aún no me he quitado, me sube a la encimera y cuela un par de dedos en mí, haciéndome jadear.

—Joder, nena, ¿eso es por mí? —Saca los dedos y los lleva a la boca para saborearlos—. No imaginas cuánto he echado de menos tu sabor, el calor de tus besos, tu olor. —Desabrocho el vaquero y bajo su bóxer, liberando lo que oculta en todo su esplendor. No me da tiempo a acariciar su sexo porque tira de mí y se empala en mi coño que le reclama acogiéndolo como su hogar—. ¡Dios! Martina, no esperaba que esto fuera así, lo había planeado de mil formas diferentes pero…

—Shhh, no se me ocurre una forma mejor de reencontrarnos, ¿no lo notas? ¿No sientes cuánto te he extrañado?

Se mueve despacio, pero hay tantas ganas, tantas urgencias, que me temo que va a ser muy rápido, más de lo que hubiera deseado en un principio. Amasa mis tetas, pellizca mis pezones sin dejar de bombear dentro de mí, trasladándome miles de sensaciones placenteras que estallan en un espectacular e inesperado orgasmo, mientras con dos empellones más él se corre en mi interior.

Permanecemos un rato así, sonriendo y mirándonos a los ojos, sintiendo nuestras respiraciones, con mis manos en su espalda y las suyas rodeando mi cintura.

Me sujeta sin salir de mí y me lleva al baño, soltándome en el suelo con delicadeza, derramando toda su esencia por mis piernas. Se asea y se recoloca la ropa mientras yo me deshago de la poca que llevo puesta y abro el grifo de la ducha.

—Date una ducha, te preparo un café y sigo con los planes que tenía, doctora. —Me da un beso en los labios y se va, dejándome debajo de la reconfortante calidez del agua y aún sin saber si es un sueño o es verdad.

Me pongo un vaquero, un jersey de cuello vuelto y unos calcetines para estar por casa, no tengo ni idea de cuáles son los planes de Sam, si es que sigue estando en mi cocina cuando salga. Me sorprendo una

vez más al descubrir que en el armario están sus cosas, en el lado vacío, de modo que logro hacerme a la idea que es verdad, que está allí, conmigo, que cumplió su promesa y que estaremos juntos.

—Hola, Sam.

—Hola, preciosa ¿Ya te has convencido de que estoy aquí?

—Solo cuando he visto tu ropa en el armario. ¿Cuándo has venido? ¿Y tu familia? ¿Y el trabajo?

—Para, para, vayamos por partes. Mi familia sois vosotros y ahora soy abogado. Trabajo para una empresa española con sede aquí. Ya te dije que tenía opciones. Llevo aquí tres semanas.

—¿Tres semanas? ¿Cuando estuve en los Hamptons estabas aquí y no me dijiste nada? ¿Por qué? ¿Has visto a Marco?

—A ver, para un segundo y respira. Te lo voy a contar todo pero no puedo hacerlo en un minuto. Antes tómate el café y come algo. —Me tiende un plato con un trozo de jugoso bizcocho de chocolate—. Tenía cosas que averiguar antes de presentarme delante de ti. Lo quería todo atado. Óscar y Hugo me echaron un cable con el trabajo y durante estas semanas he estado viviendo en casa de uno de mis compañeros, abogados también.

»Es cierto, cuando estuviste en la playa ya estaba aquí, y me comían los demonios, pero yo no soy así, confiaba en ti, y después de conocer a Vincent me he alegrado de no haber montado una escena. Mis padres me apoyan en todo y mi hermana, aunque triste por un lado, está feliz por mí, porque sabe que si estamos juntos yo también seré feliz. No imaginas lo mal que lo he pasado. Y sí, he visto a Marco esta mañana, me ha dado un abrazo tan fuerte que no me dejaba respirar. Me ha preguntado si le puede decir a su profesora que su papi ya está aquí y por qué no iba a llevarlo yo. Le he dicho que te quería dar una sorpresa y cuando ha llegado tu vecino se ha ido con él muy contento. Parece un buen tío, aprecia mucho al niño.

—Sí, lo es. Las primeras veces, o más bien la primera, hubo un poco de tensión entre nosotros, hasta que le hablé de ti y le quedó claro que no había ni habría nadie más en mi vida. Gracias por no hacerme caso y venirte a vivir esta locura conmigo.

—No sabes cuánto siento las formas en las que intenté que reaccionaras. Lo siento y te pido mil disculpas. Espero que puedas perdonar mi infinita torpeza. —Sus labios van dejando pequeños besos por mi cara, un reguero de suaves mariposas que se posan en mis labios como un suspiro.

—No es que no quisiera que estuvieras aquí. Es que no quería separarte de tus padres, tu hermana, tus sobrinas. Sé lo que te van a echar de menos.

—Pero mi vida está aquí con vosotros. Sin eso yo ya no puedo seguir adelante. No sabes cómo he extrañado tu risa, tus ojos, tu voz,

el sabor de tus besos, las ocurrencias de Marco, ir a recogerlo al cole, escaparnos a la sierra, esas inolvidables vacaciones en Almería, los días que pasamos en Venecia…

—Puedo hacerme una idea.

—Martina, sé que esto no es una petición romántica, ni esto un anillo al uso, pero ¿me harías el honor de casarte conmigo?

Mete la mano en el bolsillo de su vaquero y saca una caja de la joyería Pandora, la abre y me la tiende. Dentro hay un anillo a juego con los pendientes y el colgante, con una delicada flor.

No cojo el anillo, me llevo las manos a la boca, el contenido de la taza que tenía en las manos se derrama en la encimera al dejarla mal apoyada y no puedo evitar que mis lágrimas humedezcan mis mejillas. Por primera vez soy consciente del nerviosismo reflejado en la cara de Sam.

—¿Martina?

—Sí, claro que sí. Es el anillo perfecto y también la situación, no te apures por eso.

—¿Y es mucho si te enteraras por casualidad de que tenemos cita en dos horas en el juzgado?

—Ja, ja, ja, ¿en serio? Madre mía, estás loco, no me voy a ir a ninguna parte.

—Bueno, a menos que quieras una boda multitudinaria en España, con vestido largo y todo eso. Creo que me he precipitado un poco, ¿no? Estoy realmente nervioso.

—Eres un caso, quizás te hayas lanzado un poco, pero lo cierto es que no quiero estar lejos de ti, y esto es solo un trámite. Acepto. Nos casamos en dos horas.

Me acerco y le beso, y esta vez, para variar, la temperatura sube y las manos se nos van, pero es él quien pone un punto de cordura y para el ataque.

—Para, Martina, has salido de una larga guardia, me presento aquí, te saco de tu rutina y no te dejo ni desayunar. Será mejor que comas, tenemos todo el tiempo del mundo.

—Tienes razón, la guardia ha sido intensa, ha habido un accidente en el metro y hemos atendido muchas víctimas, por suerte casi todas leves. Una pregunta, ¿nos casamos en vaqueros?

—O en pijama, como tú quieras. Estás preciosa con lo que te pongas. Ah, también he preparado la documentación para darle a Marco mi apellido. Si estás de acuerdo solo tienes que firmar.

—No se me ocurre que pueda llevar mejor apellido que el tuyo. Se va al volver loco cuando lo sepa.

No me creo que todo esto sea verdad, pero cuando nos paramos en la puerta del juzgado lo empiezo a asimilar. Me he maquillado un

poco para atenuar mi cara de cansancio, me he puesto una camisa y una americana en vez del jersey, junto con los pendientes de las florecitas y el colgante. Samuel ha traído unos sencillos anillos de oro blanco, un aro fino sin nada más. Un símbolo. En la puerta del juzgado esperan su amigo Jeff y su chica, los testigos del enlace.

Tras la discreta boda civil, nos vamos paseando a casa cogidos de la mano. Nos hacemos algunos *selfies* que colgamos en Instagram y almorzamos en un restaurante italiano cerca de casa. No habrá luna de miel, pero no es algo que de momento vaya a echar de menos. Lo que sí hacemos sin perder un minuto en el momento que llegamos a casa, es consumar el matrimonio, amándonos hasta que casi se nos hace tarde para recoger a Marco. Hoy nos traemos también a Connor porque Vincent tenía que resolver algunos asuntos.

Cuando nos estamos vistiendo y ya por fin soy consciente de que Sam está aquí y que además es mi flamante marido, le miro sin decir nada. Se da cuenta y se para antes de ponerse el jersey.

—¿Qué pasa por tu cabeza?

—No es nada, solo pensaba. Vincent estaba en el ajo y por supuesto George y Jamie también, ¿no es cierto? Solo tengo una duda: ¿mi familia y la tuya han estado de acuerdo en esta boda tan atropellada?

—Sabía que había algo rondando por tu cabeza. Lo de la boda solo lo sabían Jorge y Jamie. Y en cuanto a lo demás he hablado con tu hermana prácticamente todos los días. He sabido de ti cada segundo cuando mi cabezonería no dejaba que te hablara, que te contara todo lo que te echaba de menos y lo que estaba planeando.

—Vaya con mi hermana traidora. ¿Qué tienes, que seduces a todas las mujeres de mi familia, señoría?

Se acerca mientras acaba de colocarse el pantalón bien puesto, se agacha delante de mí y me mira con una sonrisa canalla.

—Yo solo quiero seducirte a ti, hasta el fin de mis días, señora Gutiérrez. Y date prisa o habrá dos niños de cuatro años preguntándose qué ha pasado hoy con sus padres.

Se acerca para dejar un beso en mis labios y susurrar un *te quiero* que yo correspondo.

Cogemos los abrigos y a la carrera tomamos el ascensor para llegar al cole a tiempo. Cuando Marco sale, parece una tortuga, sacando mucho el cuello buscándonos. Imagino que él tampoco cree de verdad que Sam esté con nosotros. Yo lo he echado de menos pero él también. Mucho.

—Papiiii, mamáaaa. ¡Estáis aquí, los dos! —Sam lo coge entre sus brazos y la pequeña mochila cae al suelo desparramando sus cosas. Connor también viene corriendo y se abraza a mí.

—Hola, Martinaa. Hola, *Samel.* —Me hace gracia que lo llame igual que mi hijo, han debido hablar sobre él. La *seño* se acerca tras hacer

un marcaje demasiado intenso para mi gusto a mi chico, y saluda cortés.

—Hola, Martina. No sabía si Marco se había inventado lo de su padre, pero ya veo que no. Es que tiene una imaginación portentosa, pero al corroborarlo Connor ya me hacía dudar.

—Lucy, él es Sam, mi marido.

¡Wow! Es la primera vez que lo digo y me gusta como suena. Él me mira con orgullo mientras le tiende la mano a la chica que parece alucinar. La petarda que me increpó el primer día se acerca sibilina y la veo venir, de modo que me despido a la carrera de la profesora y nos vamos los cuatro, con los niños de nuestra mano dando saltitos. Preguntan si vamos a ir a merendar, saben que a veces lo hacemos, pero esta vez hay un delicioso bizcocho esperándolos en casa y nos dirigimos allí.

Cuando todo está dispuesto en la mesa de la cocina y estamos empezando a merendar, suena el timbre y Sam se dirige a abrir. Oigo la voz de Vin saludar y preguntar por su hijo, y a mi marido decirle que pase y se tome un café con nosotros.

—Hola, Martina.

—Papiii, iba a merendar, *quero corocho*. —No podemos evitar las risas al oír cómo el niño llama al bizcocho.

—Bizcocho, Connor, adelante, tiene muy buena pinta. ¿También cocinas, Samuel? Eres una joya —le dice riendo.

—Me defiendo un poco, aquí la que cocina como los ángeles es Martina. No sé si ya has probado alguno de sus platos.

—Un par de veces, sí. Lo hace muy bien.

Le cuento que a la salida del cole, su particular *amiga* venía dispuesta a dar la guerra. Me propone ir los tres a por los niños al día siguiente, cree que fue ella la que tomó la foto y la envió a algún medio.

De nuevo suena el timbre de la puerta de entrada y esta vez voy yo. Al abrir, Jamie y George aparecen en la puerta vestidos de *sport* y recién duchados, imagino que han ido a correr y luego se han cambiado. Me abrazo a ellos y les doy las gracias. Me piden disculpas por no haber podido ir al juzgado y nos dan la enhorabuena ante la cara de sorpresa de Vincent. Le cuento que nos hemos casado esta mañana y Marco, que no pierde un detalle, pregunta:

—¿Entonces ya eres mi papi de verdad? ¿Y me llamo como tú?

—¿Te gustaría? —pregunta Samuel.

—Síii, *tenes* un apellido muy chulo.

—Pues entonces sí. Pronto.

El niño se abraza a su padre emocionado, sí, *a su padre*, porque es como lo veo y como ellos lo sienten.

La semana pasa volando, sigo instalada en una nube con Sam a mi lado. Hay días en los que me despierto y él ha salido a correr, y al no verle a mi lado vuelvo a creer que todo ha sido un sueño, hasta que descubro en su mesilla de noche su Kindle Paperwhite junto a la lámpara y me relajo. Marco también está muy feliz, tanto que lleva todo el día una sonrisa en sus labios. No se despega de él para nada. Algunos días si, se tiene que quedar en la oficina y lo recojo yo o voy con Vincent, lo primero que hace es preguntarme por su padre.

El viernes no trabajo, y después de regresar de llevar al niño al colegio, Sam tiene preparada una sorpresa. George nos recoge en el cole para ir a llevarnos al aeropuerto donde cogeremos un avión con un destino desconocido para mí. Es una especie de luna de miel, aunque dure tres días, el lunes al medio día volveremos a casa. Le pregunto si el niño lo sabe y me dicen que sí, se quedará con ellos el fin de semana y están planeando un montón de cosas para que no se aburra. Estamos a dos semanas de navidad y Nueva York es un hervidero aún mayor que el resto del año. Hay tantas cosas que hacer que tendrán que escoger mucho y muy bien.

Al llegar al aeropuerto JFK me entero de que vamos a Punta Cana. Me parece un sueño todo lo que está pasando estos últimos días. Sigue pareciéndome mentira y cada segundo me arrepiento de no haberlo dejado compartir con nosotros estos meses aquí.

Tras cuatro horas de vuelo, al llegar al aeropuerto internacional de Punta Cana y después de los trámites aduaneros de rigor, un autobús nos espera para llevarnos al hotel, situado a unos siete kilómetros. Es el *Tortuga Bay,* una preciosidad de complejo en forma de pequeñas villas, cuyo copropietario es el diseñador dominicano Óscar De la Renta, del que hay incluso una boutique en el complejo.

Cuando nos registramos y nos dan nuestra habitación, una *junior suite* con vistas al océano, recibo un mensaje de mi hermana.

Carol:

Hola, petarda, ya tengo los billetes para volar en navidad, espero que tengas muchos planes, estoy loca por pasar unos días contigo. Mamá y papá también van.

Yo:

Genial, no adivinarías dónde estoy ahora mismo…

Hago una foto desde la terraza de la habitación mientras Sam me mira divertido. Al momento entra una video llamada de mi hermana.

—Eso no tiene pinta de ser Nueva York. ¿Dónde y por qué estás ahí?

—Es Punta Cana y estoy de «luna de miel».

—¿Cómo? ¿En serio, Marti, te has casado sin tu familia?

—Cuñada, no te enfades con tu hermana, ha sido una locura mía, ella solo accedió. Ya organizaremos una boda con invitados en España.

—Eso ha sido juego sucio, cuñado, te echo una mano con todo pero no me dices que tienes pensado casarte allí y los dos solos.

—Fue un impulso, Carol. Te prometo que a la siguiente boda te lo contaré todo antes.

—Más te vale, ah, y enhorabuena. Os dejo, que tendréis cosas más importantes que hacer que hablar conmigo. Ah, por cierto, ¿y Marco?

—Con Jamie y Jorge.

—Me alegro, hermanita, de verdad. Verás cuando se lo cuente a mamá. Te quiero, os quiero.

—Nosotros a ti también.

Colgamos la llamada y nos cambiamos de ropa, me pongo un bikini amarillo que ahora no sienta tan bien como en verano, pero como mi piel se broncea con facilidad, no me preocupa demasiado. Lo acompaño con un vestido amarillo también, bastante trasparente, que no sé si logrará que no salgamos de la habitación cuando Sam me vea con él puesto, y unas sandalias planas de dedo a juego. Cogemos las toallas que nos han dado y nos vamos hacia el restaurante Bamboo, donde vamos a comer, después nos quedaremos a pasar la tarde en la playa privada del hotel.

—Joder, Martina, sabes que si te veo medio desnuda no me puedo controlar.

—Ni medio vestida te puedes controlar, pero vamos a comer que si no, tú serás mi comida y no te gustaría. Los nervios me han dado hambre.

—Ya era hora, porque el tiempo que llevo contigo apenas has comido.

—He comido bien, como bien, no seas pesado.

—¿Cuántos kilos has perdido desde que estás en Nueva York?

—Algunos, pero no me vienen mal.

—Martinaa...

—Que como bien, joder, pero es que tengo mucho trabajo y mucho jaleo. Camino al trabajo, al cole, casi a todos los sitios, si quieres nos mudamos a Long Island para tener que ir en coche a todas partes.

—Está bien, no vamos a discutir por eso.

Comemos muy animados, felices de estar juntos, explicándonos todas las cosas que hemos dejado sin contar los meses que hemos permanecido separados. Descubro que, aparte de su familia, lo que más pena le ha dado dejar atrás ha sido el coche que le regalé. Ese viejo SEAT completamente restaurado, junto con el Porsche los tiene guardados en casa de sus padres bajo una lona, puestos a punto y

encerados, esperando salir de su descanso para mostrar sus relucientes carrocerías.

Terminamos de comer, demasiado creo yo, y decidimos ir a la playa como teníamos planeado. No veo el momento de pisar la arena y mojar mis pies en esas cristalinas aguas turquesa tan increíbles. Es cierto que en España tenemos decenas de playas alucinantes, pero aquí, rodeados de selva cuyo olor se mezcla con el del mar y el sonido de los animales se cuela en nuestros oídos, es algo espectacular. Para olvidarlo todo y quedarte a vivir aquí.

Ocupamos dos cómodas hamacas a pie de playa, colocamos las toallas y nos aplicamos el protector solar, porque a pesar de que los dos tenemos un tono de piel bronceado por naturaleza, el sol aquí pega mucho más.

—Si sigues poniéndome la crema así, no voy a dejar que pongas un pie en el agua, doctora.

—Ahora te aguantas. Yo tampoco soy de piedra y tus manos me ponen a mil. Espera un ratito y después nos vamos, ¿te parece?

—Vaaalee, pero pórtate bien.

Si hay algo que me guste es provocarlo y él lo sabe. Es verdad que, a pesar de llevar poco tiempo juntos, disfrutamos de un elevado grado de complicidad y confianza entre nosotros, pero incluso a pesar de las discusiones de las últimas semanas y de la separación, nos conocemos muy bien, más si es posible que parejas con más años de relación.

Por fin, tras unos minutos bajo la sombrilla esperando que la crema se absorba un poco, me levanto y camino decidida a la orilla. Noto la mirada de Sam clavada en mi espalda y como lo sé, muevo exageradamente las caderas para incitarlo más. Me encanta hacerlo. Sé que en un minuto lo tendré pegado a mí, si es que llega a esperar tanto tiempo. Cuando la calidez tropical del mar del Caribe ha llegado a mi cintura, miles de gotas me sorprenden por la espalda empapándome por completo cuando San sale a la carrera a mi encuentro y se lanza al agua, sacudiendo su pelo empapado y atrapándome entre sus brazos. Me da un ataque de risa al imaginar al juez tan serio que conocí en otra vida, en la imponente sala de un juzgado una triste mañana, haciendo lo que acaba de hacer.

—Te advertí de que no me tentaras porque contigo no tengo aguante. ¿Ya te has remojado por fin? Pues de momento se acabó el baño. Además, pronto anochecerá, hoy cenaremos en la habitación, no pienso compartir con nadie esta noche, señora Gutiérrez.

Me coge en brazos y me saca del agua sin apenas darme tiempo a reaccionar. Al pasar por las tumbonas me insta a coger las toallas y la ropa y así, atrapada entre sus brazos como una niña pequeña, sigue caminando en dirección a nuestro dormitorio.

—¿Pero quieres bajarme? Que puedo andar, no voy a escaparme.

—Lo sé, pero me gusta tenerte más a mano —responde asaltando mi boca como si no hubiera otro momento para ello, consiguiendo que mi temperatura suba unos cuantos grados y mi interior empiece a licuarse de anticipación.

Bajo la mano para acariciarlo por encima del bañador sin importarme lo más mínimo si alguien nos puede ver, mientras sube apresurado las escaleras a riesgo de rompernos la crisma porque todavía el agua escurre por nuestros cuerpos.

Abre la puerta como puede y antes de darme cuenta me ha empotrado en la puerta y, sin darme tiempo a nada más, ha desabrochado la braguita del bikini y se ha clavado en mi interior.

—¿Ves? Así se está mejor. Mañana tendrás tiempo de playa, o quizá no, quién sabe. Me debes unos meses, doctora. Ni siquiera los apaños telefónicos me servían de gran cosa y por lo que veo a ti tampoco.

—No, a mí tampoco. No te pares, joder, Sam, sigo sin entender lo que me pasa contigo.

Bombea con fuerza dentro de mí, alternando los embates salvajes y más suaves, haciendo que me vuelva loca por completo y desee que no pare jamás.

—Dios, Martina, ¿cómo me pones así? Estoy a punto de correrme, preciosa, y tú también, dámelo, quiero correrme contigo. —Y como por arte de magia consigue que me deje ir en el mismo momento que lo dice sin que pueda retenerme más, y él hace lo mismo—. Martinaaa... —sin salir de mi interior, me lleva a pulso a la cama y da la vuelta para caer debajo de mí. Cuando intento salir me retiene—. No hemos acabado, esta noche va a ser muy larga, o muy corta.

La brisa agita las cortinas y nos deja una visión espectacular del cielo anaranjado del atardecer. Si hay alguien en las habitaciones contiguas nos han oído seguro, pero no hay nada que me importe menos en estos momentos.

—¿Has escogido tú la cama? —Es de estilo colonial y tiene cuatro postes en los extremos que van a dar mucho juego.

—No, no había visto este hotel en mi vida. Está claro que a tus amigos les van los mismos juegos que a nosotros.

—Pero esta vez la que juega soy yo. —Me incorporo dejando que su esencia se derrame por mis piernas sin importarme lo más mínimo. Me voy hacia la maleta en busca de algo que pueda usar para lo que tengo en mente.

—Martina, no te escabullas.

—Tranquilo, no pensaba hacerlo, pero no te muevas.

Entro en el baño y cojo los cinturones de los albornoces, un par de lazos de unos vestidos que he traído, y un pañuelo de seda para el cuello que he encontrado en la maleta. Espero que quien haya hecho el equipaje haya sido Sam.

Cuando vuelvo a la cama donde Sam espera, sonríe ladino al verme aparecer. Su sexo, aún a media asta tras el reciente asalto, empieza a alegrarse al verme desnuda.

—Ahora mando yo.

—Mmmm, me encanta esa parte de ti.

—Sube hasta la almohada. Estira los brazos —Obedece con premura al tiempo que su polla sigue cobrando vida ante mis exigencias. Amarro las muñecas con el cinturón del albornoz y las ato a los postes apenas sin dejar movilidad. Me detengo un segundo a contemplarlo y descubro el deseo prendido en su oscura mirada. Pienso taparle los ojos, pero antes le doy la espalda muy despacio, dejando mi culo a la vista y mi sexo aún húmedo que se moja más de pensar la visión que debe tener de mí.

—Joder, Martina, quiero comerte.

—No. Es mi juego, yo decido. —Gruñe de nuevo cuando levanto una pierna y me coloco encima de él en cuclillas, rozando su sexo con el mío al acercarme a sus tobillos para sujetarlos con fuerza al poste. Me giro un poco y veo cómo traga saliva, su respiración se hace agitada, y sus pupilas no se diferencian en el oscuro de sus ojos—. Cierra los ojos —le ordeno.

—Me gusta verte así.

—Ahora solo me vas a sentir, seguro que recuerdas cada poro de mi piel.

Un trueno restalla en el horizonte iluminando la estancia un posterior relámpago. No era consciente de que ya casi ha anochecido, pero no importa; una sucesión de rayos da la luz y un toque de magia al momento, y el olor a petricor se cuela por la ventana mezclado con el olor a selva, a verde, el frescor de la lluvia con la agobiante humedad caribeña y las notas del mar. Le tapo los ojos con el pañuelo, y cuando estoy segura de que no me ve, me paro a contemplarlo. Que un hombre como él esté conmigo y además me desee como su sexo me demuestra, me hace sentir como una diosa. Me acerco a él y a pesar de que está suficientemente excitado como para cabalgarlo, decido llevarlo un punto más allá. Me lo meto en la boca, Sam gruñe, gime e intenta desatarse sin conseguirlo.

—Doctora —me pone a mil cuando me llama así—. Dios, Martina si sigues haciendo eso me correré en tu boca, no puedo controlarme contigo.

—Igual es lo que deseo. —Gotas de líquido pre seminal empiezan a aparecer tras oír mis palabras—. No quiero que te controles, disfrútalo, Sam. Siempre me das más placer del que recibes, ahora me toca devolverte una parte.

—Joder...

Sigue agitándose, entrando y saliendo de mi boca al mismo ritmo

que yo me muevo. Noto mi sexo escurrir por las piernas y ya no es del asalto anterior, estoy muy excitada de nuevo, me encanta verlo y saber que soy la dueña de ese placer. Es una sensación sublime, te hace sentir poderosa. Por un segundo viene a mi cabeza la imagen y las palabras de Guillermo y hacen que me entregue aún más.

—Martina, para por favor, para.

No le hago caso y sigo chupando, lamiendo, hasta que se derrama en mi boca. Trago con rapidez y dejo escapar algo por mis labios, lo disfruto tanto como él, lo saboreo y cuando no queda ni una gota, acaricio con la lengua una vez más y me subo a horcajadas sobre él, rozando su sexo con el mío.

—Martina, estás empapada. Joder, desátame, quiero saborearte.

Me acerco a su boca y la devoro sin dejar de moverme encima de él. Le dejo colgado el último beso y me acuclillo sobre su cara.

—Eso es, Martina, huelo tu deseo, pero quiero más, dámelo.

Bajo hasta que su boca hace diana en mi clítoris sobreexcitado, gimo sin poder evitarlo moviéndome encima de su cara. Su lengua obra maravillas, lo rodea, traza círculos, lo muerde, tira de él con los labios y me sigo mojando cada vez más al tiempo que un intenso orgasmo intenta apoderarse de mí, pero no voy a correrme en su cara, lo quiero dentro de mí. Tiendo el brazo hacia atrás para acariciarle cuando noto que empieza a estar excitado de nuevo.

—Martina, córrete para mí.

—No, quiero que me la metas, ¿estás listo para otro asalto?

—No estoy seguro, pero puedes intentarlo. Desátame, por favor, quiero tocarte.

—Aún no. —Arrasa de nuevo con su lengua mi sexo hasta dejarme a punto, me desplazo hacia abajo y me siento encima, con su sexo casi listo en mi interior—. Mmm, sí, creo que estás más que preparado, señoría, eres insaciable.

Muevo las caderas para acomodarlo dentro y fuera de mí, una y otra vez, y cuando creo que no voy a aguantar más, desato el pañuelo de sus ojos sin dejar de moverme. Sus ojos brillan intensamente, su sonrisa se ensancha y se muerde el labio. Gime tratando de no dejar de mirarme, deshago el nudo que sujeta sus pies, pero todavía dejo sus manos atadas, tira de ellas pero no logra deshacerlo.

—Sam, mírame, ya voy a soltarte pero antes mírame.

Meto mi mano entre los dos y me acaricio para volver a dejarme al límite, me inclino hacia delante para desatarlo y dejo las tetas a la altura de su boca, cosa que aprovecha para morderme un pezón y acariciarlo a continuación con la lengua, y cuando desato su otro brazo hace lo propio con el otro pezón manteniendo la presión, haciendo que mi orgasmo estalle y me traslade a otra dimensión, una en la que ahora mismo no existe más que placer en su cuerpo y el mío.

Sigue moviendo mis caderas con sus manos para volver al punto de no retorno también. Cuando mi respiración se hace más normalizada de pronto sale de mí.

—Noo, sigue.

—Shhh, date la vuelta, quiero follarte el culo, preciosa. Solo de imaginar tu culo en mi cara y de lo que has hecho antes lo quiero así. Toma. —Ha sacado un vibrador de no sé dónde ni cuándo, porque no me he dado cuenta, y me da la vuelta. Atrapa todos los fluidos que resbalan de mi sexo para ungir mi culo y colarse en él sin ningún esfuerzo.

Cojo el vibrador y lo introduzco hasta el fondo en mi coño, dándole la máxima potencia. No creo que me corra de nuevo, pero es sumamente placentero, tanto que me sumerjo en una espiral de placer del que me sacan los gemidos apresurados de Sam y un ligero mordisco en el cuello cuando se corre en mi culo, llevándome con él en un micro orgasmo que me hace gemir como si estuviera poseída y mueva el vibrador a una velocidad increíble. Me derrumbo aún llena por completo y Sam me da la vuelta para ponerse detrás de mí, con su sexo todavía en mi interior.

—Martina, eres la mujer más maravillosa del universo.

—Eso lo dices porque aún tienes tu polla en mi culo.

—No solo por eso, señora malhablada. Te mereces un castigo por hablar así, pero lo dejaré correr porque sabes que me pone cachondo.

—Claro, señoría, ¿acaso es mentira?

Lo que queda de tarde la pasamos en la cama, acariciándonos, besándonos y contándonos mil cosas. En la calle la tormenta ha amainado y decidimos pedir una ensalada y algo de fruta, comimos demasiado al medio día. Pide también una botella de champán para brindar por nuestro matrimonio, todavía no lo habíamos hecho.

Los días que disfrutamos del *resort* lo pasamos igual, tirados en la playa o en la piscina, amándonos sin descanso en la habitación y sin hacer absolutamente nada más. El complejo ofrece varias actividades y excursiones muy interesantes pero nuestras particulares *actividades* nos han parecido mucho más atrayentes. Más adelante volveremos con Marco y las haremos todas.

Cuando llega el momento de volver a casa, la nostalgia mezclada con las ganas de ver al niño hace mella en mí y mi ánimo cambia.

—Cariño, ¿estás bien?

—Sí, no es nada. Hemos estado tan bien que ahora marcharnos me pone triste, pero por otra parte tengo infinitas ganas de ver a mi niño y abrazarlo. Las llamadas no son suficientes, nunca lo son. Desde que estuvimos en Venecia no me he separado de él.

—Si quieres vamos a por el niño y nos mudamos aquí —bromea.

—Tonto, no estoy bromeando.

—Solo intento animarte, preciosa. —Acaricia mi cara, retira un mechón de mi frente para ponerlo detrás de la oreja y une sus labios con los míos.

—Lo sé, gracias. También me toca la regla pronto, será eso.

—Es posible, pero ya sabes que yo te animo lo mismo.

—Yaaa, tú siempre sacando provecho. Ja, ja, ja.

Llegamos al aeropuerto con un frío de mil demonios. Nos hemos cambiado en el avión, nuestro bronceado y el de todos los viajeros de este vuelo contrasta con el pálido invernal del resto de los mortales. Nos arrebujamos el abrigo y la bufanda y antes de salir de la terminal nos llama Jorge para decirnos que está en el *parking* esperándonos.

Mi niño está en el coche y cuando entramos se abraza a mí como si no me hubiera visto en un año. Me dice que estoy muy guapa y cuando cree que ya me ha dedicado el suficiente rato, se tira por Sam que lo espera también con ganas. Este pequeño personaje es capaz de ganarse el corazón de cualquiera con una mirada.

Me va contando sin descanso todo lo que han hecho estos días, enlazando una frase con otra con una velocidad pasmosa. George mira por el espejo y me guiña un ojo; se han tomado estos días libres para poder estar con mi niño sin horarios. Son los mejores amigos que se pueda tener, pero añoro tanto a Iván y a mi hermana y a Lis que a veces duele. Sam se da cuenta y me mira por el retrovisor con ojos cálidos y una sonrisa en su preciosa boca.

—Estás muy callada, Marti. ¿Todo bien?

—Todo perfecto, muchas gracias una vez más. Tenemos que repetir, este verano iremos contigo, cariño —le digo a mi hijo—. Podíais acompañarnos vosotros y nos vamos los cinco unos días, es un verdadero paraíso.

—Nosotros estuvimos el año pasado, fuimos por navidad, Jamie no tenía ganas de pasarla con su familia. Tienes razón, es increíble, pero hay tantos sitios por ver, que repetir es casi un sacrilegio.

—¿Qué haréis estas navidades?

—No lo sé, ya sabes que Jamie y su familia no se llevan muy bien.

—La familia de Jamie es…

—Martina, cariño, cuéntale a Marco lo de los ojos de los indígenas, y las excursiones que hemos pensado hacer cuando vayamos con él —me corta Sam para que no diga un improperio delante del niño. La familia de Jamie nunca ha aceptado la orientación sexual de su hijo y menos que viva con su chico. Pertenece a una conservadora familia

adinerada de la alta sociedad neoyorkina y lo llevan muy mal, de modo que cuando pueden se apartan de todo y se pierden alejados de ellos y de la sombra de su apellido. Para ellos, que su hijo sea el director médico de un hospital es menos que nada.

Llegamos a casa, y tras sacar la ropa y los detalles que le hemos traído a Marco y a su amigo Connor, organizamos una cena rápida, a fin de cuentas es martes y el miércoles ya trabajamos todos. Les digo a los chicos que suban y a Vincent que se pase con el niño.

He puesto un poco de picoteo variado, encontré casi por casualidad una tienda de *delicatesen* donde venden productos españoles. Compré una sartén especial para tortillas y hoy les he hecho una de patatas y cebolla de la que no ha quedado ni un pizco. ¡Y yo que quería ponerle a Marco el bocata de eso!

El miércoles es un día muy intenso, tengo pacientes que ver del lunes y el martes. Además, mi compañera Anna ha decidido traer a una paciente suya para que yo la visite. Pese a tener el diagnóstico casi claro, le cuesta decírselo. Quiere estar segura antes de que hubiera posibilidad de que fuera un tumor u otro tipo de dolencia que pudiera tratarse. Cuando hace pasar a la paciente se me cae el alma a los pies. Tiene cuarenta años y es una mujer preciosa con unos enormes ojos verdes y una melena rubia que envidiaría cualquier modelo. Su marido, que no suelta su mano en ningún momento, es un chico alto, intuyo que de la misma edad, también muy atractivo. Los dos hacen una pareja de anuncio.

Anna le explica que antes de confirmar su diagnóstico quiere que yo revise su historial. Ya se le ha practicado un análisis psiquiátrico y los indicadores son los mismos, pero si algo tiene mi compañera es una capacidad de lucha que la hace no darse por vencida, pese a que todos los exámenes digan lo contrario. Decirle a alguien con toda la vida por delante que tiene Alzheimer, cuando todo el mundo cree que se da en personas mayores, es muy duro, pero a ella le ha tocado el porcentaje de gente joven que no debería pasar por eso. En adultos jóvenes, su impacto es diferente.

El diagnóstico a estas edades suele ser más complicado debido a la juventud de los afectados. Además, algunos síntomas pueden confundirse con otras patologías, por lo que será necesario un examen más exhaustivo. Eso sí, los síntomas son similares en todas las demencias, independientemente de la edad de inicio. Realizar un diagnóstico temprano es fundamental para poder aplicar cuanto antes

el tratamiento correspondiente.

Los síntomas de la demencia a edades tempranas pueden confundirse con síntomas de deficiencias de vitaminas y hormonas, depresión, reacción a medicamentos, infecciones y tumores cerebrales, por eso ella ha acudido a mí. Le hemos realizado un TAC que no presenta ninguna tumoración y las otras pruebas han dado negativas. Hemos revisado su historia médica, se le ha realizado un examen tanto físico como neurológico, todo tipo de pruebas que descarten esta posible falta de vitaminas, una valoración neuropsicológica, en una palabra todo lo que se puede hacer para descartar el resto y quedarnos con la peor en cierto modo, de las opciones planteadas.

La paciente presenta pérdida de memoria leve a moderada, más perceptible cuando se trata de eventos recientes, e interfiere con las actividades diarias; sufre cambios leves en las habilidades y atención a actividades de higiene y uso del inodoro, así como problemas moderados de atención y concentración y creciente somnolencia durante el día. Según su marido, empieza a tener problemas de autoestima porque no recuerda las cosas y no se siente útil. Ha olvidado recoger a los niños en las actividades extraescolares el día que a ella le corresponden, y hay veces que no recuerda si ha sacado al perro, si ha preparado la comida o tiene que ir a trabajar.

Le pido a Anna que me acompañe fuera y dejamos a la pareja en la consulta.

—Anna, ya has visto que no hay ningún otro motivo más que el que no querías asumir para justificar los síntomas de la señora Wilson.

—Joder, es que es muy joven, apenas tiene unos años más que nosotras.

—Lo sé, nuestro trabajo a veces es así de jodido, ya lo sabes. Pero lo bueno es que se ha descubierto a tiempo.

—¿A tiempo de qué? Sabes que la medicación lo único que hace es atenuar y evitar un poco que avance hacia otros síntomas, pero no causa una mejoría, solo logra un mantenimiento de las facultades que todavía existen, evitando su degradación. No va a evitar que degenere, que se vuelva agresiva si se da el caso. Joder, Martina, tiene cuarenta años y tres hijos que la necesitan.

—¿Y qué propones? No tenemos alternativa. Esta es la parte negativa de nuestro trabajo. Decir que no debes dejar que te afecte suena a cliché barato y es una utopía, pero...

—Lo sé, lo siento, llevo unos días complicados. Vayamos dentro, hemos hecho todo lo humanamente posible.

Entramos a mi despacho de nuevo y le explicamos todos los datos que han de saber. El marido parece no dar crédito, y ella se va empequeñeciendo poco a poco en su silla conforme vamos hablando.

Cuando los pacientes se han marchado, voy a buscar a Anna y le

propongo que coma conmigo. Sé que Sam también tiene el día ocupado y no iba a poder ir a casa tampoco. Nos acercamos a un restaurante mexicano y pedimos unos tacos y unas Coronita. Mientras nos lo sirven picamos unos nachos con salsa. Menos mal que no tengo problemas de hemorroides porque si no, hoy saldría ardiendo, joder con la salsa, lo que pica. Al final consigo que Anna se relaje un poco, pero sospecho que sigue dándole vueltas a su paciente. En el poco tiempo que hace que nos conocemos he llegado a ver que es una excelente profesional y una mejor persona.

—Hola, Martina. —La voz de Vincent me sorprende, y me da tal susto que consigue que me atragante—. Lo siento, no pretendía asustarte.

Cuando consigo dejar de toser y las lágrimas dejan de correr por mis mejillas, le saludo y le presento a Anna. Una sonrisa de encantador de serpientes se dibuja en el rostro de mi amigo y una ligera dilatación en las pupilas de los ojos grises de Anna me dicen que algo acaba de pasar. Él a su vez nos presenta a su acompañante y se sientan a comer con nosotras sin que nadie les haya invitado.

—Sentaos, sentaos, no os cortéis, no hay problema.

—Perdona, ¿os importa que nos sentemos con vosotras?

—No —responde Anna con demasiada vehemencia.

—Sí —digo yo a la vez.

Nos miran a las dos, en sus ojos un poso de diversión.

—Va, sentaos. Anna, pensé que no te apetecía compañía.

—Bueno, tampoco hagas caso a todo lo que te digo.

Mi amigo y Anna congenian muy bien, mientras el otro chico y yo compartimos algunas fórmulas de cortesía y miramos el móvil tratando de que el tiempo transcurra sin tener que afrontar ninguna pregunta incómoda. Al acabar la comida les digo que me voy a pasar a recoger a Sam antes de ir a por el niño, a lo que Vincent responde que nos veremos en la puerta del cole. Le pregunto si quiere que recoja a Connor si tiene algo que hacer, pero rechaza la oferta. Acto seguido, se marcha con su amigo después de no dejarnos pagar la comida. No imaginaba que un tío como él tendría preferencia por la comida mexicana.

—Madre mía, Marti, ¿ese es tu vecino? Está para ponerle un piso en la Quinta.

—Ya lo tiene.

—Joder, pues una casa en Los Hamptons

—También.

—¿Y un avión?

—Ja. Ja, ja eso no lo sé. Solo es un amigo reciente y también mi casero.

—¿Es tu casero?

—Y el padre del mejor amigo de Marco.

—O sea, que ha estado en tu casa.

—Es su casa, aunque ahora viva yo en ella. Fuimos juntos a escoger los muebles y le he visto recién salido de la ducha. ¿Necesitas algún dato más?

—¿Te lo has tirado?

—Noooo, te he dicho que solo somos amigos.

—Nunca he visto a mis amigos salir de la ducha.

—Me ha apoyado en momentos complicados antes de que Sam viniera, pero no hay nada más entre nosotros. ¿Te ha dado su número?

—Mierda, no he caído. ¿Crees que le gusto?

—He visto esa sonrisa antes y te diría que sí. ¿Qué haces el viernes?

—Nada en especial.

—Ahora ya sí. Tienes cena en mi casa, a la que también invitaré a mi vecino, si no tiene que asistir a alguno de sus clubes.

—Ay sí, por favor, convéncelo.

—A ver, escúchame; Vincent lo ha pasado muy mal. Su mujer, bueno, más bien la madre de su hijo, los dejó por irse a ejercer de modelo cuando Connor apenas tenía seis meses. Nunca más ha tenido una relación seria y no ha llevado a ninguna mujer a su casa salvo a mí y a Frances. Tranquila, no pongas esa cara, Frances es la chica que cuida a los niños cuando por motivos de trabajo no podemos atenderlos. No quiero que le hagas daño. Si lo que quieres es un rollo de una noche y un polvo, imagino que no te rechazará, pero no sé si querrá algo más.

—Entendido. De momento solo quiero conocerlo un poco más. Está muy bueno, pero yo también llevo tiempo sola. Mi última relación fue un verdadero fiasco. Descubrí a tiempo que solo quería casarse conmigo para conseguir la nacionalidad mientras se tiraba a cualquiera.

—Buff, qué bonito. Menudos elementos hay por el mundo. Pero que me vas a contar a mí.

Cuando nos despedimos hasta el día siguiente parece que la noto más animada, no sé si por el encuentro con Vin o por todo lo demás. Me acerco hasta las oficinas de Sam, justo enfrente de mi edificio favorito de toda la ciudad y de gran parte del mundo, el Chrysler Building, y me quedo como una boba admirando su belleza. Hasta que un beso en el cuello y un *¿esperas a alguien?* me sobresalta.

—Quizás sí —respondo.

—Vaya, solo quizás. Menuda decepción.

—Tonto, ya sabes que este edificio me puede.

—Es precioso, como tú. ¿Qué tal tu día? —pregunta después de

darme un beso de los que dejan sin respiración.

—Bien, pero ahora mejor. Vamos a por Marco, ¿te importa si cogemos un taxi? Hace mucho frío, tengo los pies destrozados y luego nos queda un buen trecho a pie hasta llegar a casa.

Justo en ese preciso instante, un taxi se detiene delante de nosotros y baja un señor con bastante prisa. Antes de que cierre puerta del vehículo, Sam la sujeta para que me suba y sin pensarlo dos veces me arrellano en el asiento al calor del interior. Detrás de mí entra mi marido frotándose las manos por el frío y le da al taxista la dirección del cole.

Por desgracia llegamos a nuestro destino en un suspiro. ¡Con lo bien que se está dentro! En la puerta, Vincent ya espera a su hijo. Nos saluda con una sonrisa y me guiña un ojo, que Samuel no sabe cómo interpretar.

—De modo que tu amiga es neuróloga y trabaja contigo, ¿cierto?

—Así es, pero te advierto que no ha tenido mucha suerte con las relaciones. El viernes cena en casa, si te apetece y no trabajas, estás invitado.

—¿Alguien me puede explicar lo que está pasando? —interrumpe Sam.

—Perdona, cariño, es que este maleducado y un amigo suyo se han acoplado hoy por sorpresa con Anna y conmigo a la hora de la comida, y entre ellos han saltado tales chispas que un poco más y hay que llamar a los bomberos.

—Exageras. No ha sido así, Samuel. En realidad mi colega y yo entramos en un mexicano en el que había una mesa que estaba ocupada por dos preciosidades, y resulta que una de ellas era tu mujer. Como por desgracia no había ninguna otra mesa libre, supuse que no les importaría que nos sentáramos con ellas. Aunque sí es cierto que su amiga me ha llamado la atención, pero no ha habido nada de chispas ni de bomberos.

—Que le ha llamado la atención dice. Has puesto tu sonrisa de caza mayor y a Anna se le han fundido por completo los plomos, que llevaba ya tocados hoy.

—Ja, ja, ja, menudos sois los dos —apunta Sam.

—¿Sonrisa qué?

—Como si no lo supieras.

—Oye, en serio, yo te expliqué lo del polvo de rincón, me la debes

—¿Polvo de rincón? —Sam comienza a flipar, y mucho.

—Sí, un *aquí te pillo aquí te mato*, básicamente, pero Vin es tan redicho que cambia los nombres.

—Mírala, la doctora más pija de todo el hospital.

—¿Pija yo? Mira cómo voy vestida. —Me abro el abrigo para que vea que solo llevo el vaquero y un jersey mega grueso, sin acordarme

de que ya me vio de esta guisa a la hora de comer.

—Es la actitud, cariño, no la ropa. —añade, haciendo que Sam arrugue el entrecejo, imagino que por el tratamiento cariñoso. En ese momento salen los niños y no hay tiempo de nada más.

Después de los saludos de rigor a los niños, Vin se ofrece a llevarnos a casa en su coche, que lo tiene estacionado en un *parking* cercano. Como hace tanto frío y estoy cansada aceptamos sin dudarlo. Por el camino, acordamos que el viernes organizaremos la cena en mi casa y que él también asistirá encantado.

La cena resulta muy divertida. Jorge siempre tiene alguna anécdota que contar del hospital, y para ser oncólogo es el tío más optimista que conozco y el que tiene más salero. Que sus padres sean gaditanos imagino que tiene algo que ver.

—Madre mía —dice por lo bajo Jorge, señalando a Vin y a Anna con la cabeza—, estos dos van a hacer saltar los plomos como sigan así. Hacía años que no veía esa química entre dos personas y mira que lo tuyo con Sam es de traca final.

—Creo que exageras —aprovechamos un impasse para hablar cuando vamos a la cocina a por el postre—. Es cierto que hay cierta atracción, pero no sé si están en el mismo punto de la vida. Sabes que ella no lo ha pasado bien y, bueno, Vin reconoce que tampoco ha tenido una relación seria desde hace años.

—Mira, yo no sé si están en el mismo punto o no, pero te digo que cuando estos se rocen petarán la luz de todo Manhattan. Vin se la come con los ojos, y me ha parecido ver a las bragas de Anna esconderse detrás del sofá. Lo cierto es que Vin está tan bueno…

—¡Por Dios, George! Pareces un adolescente con las hormonas revueltas.

—¿Me vas a negar la evidencia?

—Que sí, que está muy bien, pero que tampoco es para tanto, no es el único.

—Claro, como tú tienes la chimenea bien deshollinada, no lo ves. Porque tu juez es para ponerle un piso en la Castellana.

Me quedo un segundo pensativa y le miro a la cara.

—¿Jamie y tú estáis bien?

—Sí, bueno, eso creo. Imagino que los años no pasan en balde y vosotros estáis en la luna de miel…

—No, eso no tiene nada que ver. Con Guillermo nunca fue así —susurro.

—Ni se te ocurra volver a nombrar a ese cabrón. Era un perfecto

imbécil. Nunca supo apreciar lo que tenía a su lado. Pero tu chico es un hombre con todas las letras y sabe que tú eres lo más valioso del mundo. No hay más que ver cómo trata a tu hijo. Joder, si hasta le ha dado su apellido. Eso no lo hace todo el mundo, menos aún por sexo. Ese tío te quiere de verdad.

—Lo sé, y yo a él, pero estás cambiando de tema.

—No lo sé, Marti. No sé si es el trabajo, o que se ha cansado de mí, o que hay alguien más.

—¿Y por qué no lo habláis? ¿Desde cuándo tienes problemas de comunicación con él?

—Desde que a él parece que no le importa nada que no sea el trabajo. Igual se ha dejado convencer por su familia y ya no le importo.

—No digas tonterías. Cuando te mira veo amor en su mirada, nunca pierde detalle de lo que haces, pero es cierto que lleva días más serio.

—¿Ves? También lo has notado. No sé qué hacer.

—Es simple, hablar con él.

—Nunca quiere hablar, siempre dice que está bien, que no le pasa nada.

—Aun así deberías insistir. Igual es solo algo del trabajo.

—¿Necesitáis ayuda? —Mi flamante marido entra en la cocina por la puerta de acceso a la terraza. La hemos acondicionado con estufas de exterior y una chimenea y estamos cenando allí.

—No, cariño, solo estamos hablando.

—¿Estáis bien?

—Sí, cosas del trabajo —miente Jorge.

Cuando acabamos de cenar, al poco rato los niños se quedan traspuestos en uno de los sofás del salón, donde hemos trasladado la reunión. Vin y Sam aprovechan para llevarlos en brazos a la cama. Imagino que hoy Connor se quedará a dormir en mi casa, su padre y Anna irán a solucionar esa *tensión* que flota en el ambiente.

Pese a las risas y el buen rollo, es cierto que Jamie está más serio que de costumbre y hay algo que le preocupa. Un rato más tarde deciden marcharse y Vin aprovecha para decirle a Anna que la lleva a casa que no la deja que se vaya sola a esas horas de la noche. Sam me mira y me guiña un ojo, señalando con un gesto a la recién estrenada pareja.

—Martina, voy a acompañar a Anna, si no te importa, cuando regrese me llevo a Connor.

—No hace falta, que se quede aquí, mañana no hay que madrugar. Si quieres, cuando te levantes me mandas un mensaje y te lo llevo después de desayunar.

19

Los ancianos tienen menos enfermedades que los jóvenes, pero sus enfermedades nunca los abandonan

(Hipócrates)

Los dones que provienen de la justicia son superiores a los que se originan en la caridad.

(Khalil Gibran)

¿?

Qué ingenua eres Martina, ¿crees que por tener a tu juez ahí contigo voy a olvidarme de ti? Nunca, nunca me olvidaré de todo lo que hiciste. No pararé hasta conseguir que sufras tanto como yo.

Martina

—Buenos días, abogado —le digo mientras mi mano recorre su sexo a media asta en este momento. No le hace falta mucho para que adquiera su estado óptimo y así me dé a mí también los buenos días. Cuando ya tengo toda su atención, me arrodillo en la cama encima de él, con mi culo casi en su cara, y me meto su polla dura en la boca haciéndolo gemir. Es temprano y los niños aún duermen, de modo que aprovechamos los momentos en los que podemos disfrutar el uno del otro.

—Mmmm, cómo me gusta despertarme así, con tu boca follándome y tu espectacular culo en todo su esplendor.

Le muerdo ligeramente y no le dejo que siga hablando. Me atrae hasta su boca y con la misma entrega con la que yo le devoro lo hace

él conmigo. Es alucinante cómo ha conseguido que mi cuerpo reaccione a la más mínima de sus caricias, llevándome al límite en tan poco tiempo. Rodea mi clítoris, lo lame, lo muerde, cuando mis gemidos apremian mete un par de dedos en mi interior que le grita que se apiade de él. Cuando cree que no va a aguantar más, me da la vuelta para metérmela hasta el fondo. La intrusión es tan placentera que creo que no voy a aguantar mucho, aunque teniendo en cuenta que tenemos un niño ajeno durmiendo en la habitación de Marco, lo mejor será aprovechar.

—Mueve ese culo, preciosa, me vuelves loco, joder, cómo me pones. Quiero más mañanas como esta, las quiero todas.

Le hago caso, me muevo de delante a atrás, de arriba a abajo, haciendo círculos con mis caderas. Sus dedos hábiles viajan a mi botón hinchado y más que lubricado con nuestros fluidos, y comienza a moverlo con maestría, teniéndome lista en pocos minutos. Cada vez que nota las contracciones en mi sexo se detiene, para empezar unos segundos después, hasta llevarme a un punto que si no termino estallaré como un castillo de fuegos artificiales. Le pido que no pare eta vez, acelero el ritmo de mis caderas y me dejo ir escuchando el entrechocar rítmico de nuestros cuerpos, mientras que en una de esas extrañas conjunciones él también lo hace conmigo.

—Yo también quiero más, Sam. Siento todo lo que ha pasado estos meses, ya sé que te lo he repetido, pero quiero que te quede tan claro como el agua. Quizás no fue la elección apropiada pero pensé que estaría bien sin ti, que tú tenías que estar con los tuyos.

—Lo sé, mi amor, yo también lo siento, no pude ser más capullo. Necesitaba que reaccionaras, que te dieras cuenta que sin mí estabas tan mal como yo sin ti. Te necesitaba tanto que me dolía hasta respirar y luego cada vez que veía tus preciosos ojos tristes cuando te decía algo o cuando hablaba con Marco y no contigo… No sabía cómo gestionar todo eso, cómo había pasado de tenerlo todo a no tener nada. Había tocado el cielo con los dedos los meses que estuvimos juntos y de repente todo se había esfumado como un sueño. En fin, es agua pasada, ahora no es el momento de pensar todo eso. Venga, doctora, me ducho y preparo el desayuno antes de que despierten las fieras. Quédate un rato más en la cama.

—No, voy contigo y nos duchamos juntos.

—Nenaaa…

—Solo a ducharme, lo prometo —respondo con sorna.

—Vale, tú lo has dicho, solo para ahorrar agua, para salvar al planeta y todo eso.

—Buenooo, tampoco pasa nada si…

—No, señora Gutiérrez, si se despiertan nos pillarán. Ya sabes que lo de llamar y esperar a que contestemos no va con Marco.

—Tienes razón, no sé ya cómo decírselo.

—Cuando crezca verás como no habrá que recordarle que hay que esperar antes de entrar, porque pasará el día en su habitación con la puerta cerrada.

—Ay, mi niño. No quiero que pase el tiempo, Sam.

Nos damos esa ducha que después de todo no ha sido demasiado rápida. No ha servido para refrescarnos precisamente ni tampoco para ayudar a salvar el planeta. Me seco un poco el pelo y me visto con lo primero que encuentro: unos pantalones negros de punto y un jersey de pico en color beige junto con unos calcetines, y voy hacia la cocina donde Sam ya prepara mi capuchino. Ha sacado unas cuantas cosas para elaborar tostadas y algo de fruta también. Cuando estamos en casa los dos, los desayunos son toda una fiesta. Enciendo el móvil y al punto me entra un mensaje de Vin preguntando si estamos despiertos. Le contesto que los niños no, pero lo invito a tomar un café con nosotros mientras se levantan. A minuto un suave toque en la puerta me avisa que está en ella.

—Joder, qué rápido tu amigo —En el tono de voz de Sam descubro algo que aún no acierto a entender.

—¿Te ocurre algo? Ha sonado a que te molesta que le haya dicho que venga.

—Me hubiera apetecido desayunar tranquilamente contigo.

—Lo siento, no lo he pensado. Te lo compensaré, lo prometo —respondo atrapando su labio entre mis dientes y tirando de él, consiguiendo un gruñido y una palmada en el culo cuando me alejo camino a la puerta de entrada.

—¡Buenos días, vecino! Pensé que hoy vendrías más tarde.

—Buenos días, Martina. Solo la llevé a su casa. No subí. No me lo pidió directamente y yo tampoco le dije que se quedara. Tal vez nos veamos hoy.

—Ahh, ¿así que te gusta de verdad? Si no fuera así ya te la habrías tirado en uno de esos polvos tuyos de rincón ¿no?

—Me gusta. Dejémoslo ahí. Buenos días, Samuel.

—Buenos días. ¿Café?

—Expreso, por favor.

—¿Estás bien? Te noto algo serio.

—Me encuentro bien, pero no he dormido mucho. Tenía cosas que procesar.

—Uy, pues sí que te ha dado fuerte —afirmo mientras rodeo la cocina para ayudar a Sam.

—Bueno, ya te he dicho que me gusta. Es muy guapa, es sexy, y muy inteligente, pero me da que está tan rota como yo.

—Más destrozada en todos los aspectos que estaba yo, no creo que estéis vosotros dos y mírame, a un millón de kilómetros de mi familia

y casada con un hombre al que hace diez meses que conozco. Hay que dejarse llevar, te lo digo porque a mí el no hacerlo me ha proporcionado interminables meses de soledad y tristeza. Desde que Sam vino, mi vida es otra. —Sam acerca un plato con tostadas delante de nosotros y deja un beso en mis labios, con una sonrisa y un te quiero susurrado.

—Ya, pero no sé si nosotros seremos tan fuertes como tú.

—Anna es una chica increíble y te aseguro que merece la pena. Deberíais intentarlo.

—Lo pensaré. De momento solo quiero conocerla. Hemos quedado en llamarnos para ver si salimos luego con Connor, parece que se han caído muy bien.

—Pues con más motivo. Yo nunca hubiera estado con alguien para quien mi hijo no fuera importante.

—Marco hace que todos caigan rendidos a sus pies, es un niño encantador.

—Connor también.

—Es cierto —añade Sam—. Yo lo conozco hace muy poco y me tiene enamorado ya. Se parece mucho a Marco en su forma de ser.

Su teléfono y el mío suenan casi a la vez. Sam lo coge y sale a la terraza a contestar, del trabajo me dice. Cuando miro el mío veo una video llamada de Marta, mi abogada. Mi corazón da un vuelco.

—Hola, Marta, menuda sorpresa. Qué raro que me llames y más un sábado.

—Hola, ¿qué tal estáis?

—Bien, ¿y tú y el bebé?

—Bien, ya nos vamos entendiendo, pero no te llamo por cortesía. Se trata de Guillermo —es oír pronunciar su nombre y mis piernas dejan de sujetarme. Me apoyo en la barra de desayuno y busco a tientas una silla. Vin se ha dado cuenta y se acerca a tenderme una mano mientras pregunta si estoy bien—. *Ha tenido un accidente.* —Mi corazón va a mil por hora en este momento y me imagino cualquier cosa, pero no sé si me alegro o me pone aún más nerviosa—. *Se cayó por las escaleras de uno de los módulos de la prisión. Tiene una lesión medular irreversible y nunca volverá a caminar.*

—¿Parapléjico? ¿Cuándo ha pasado, quién lo atiende, por qué nadie me ha avisado?

—Por partes. Lleva una semana en el hospital, tu antiguo equipo se ha encargado y fue tu exjefe quien no quiso que te avisaran, pero creo que deberías saberlo. En parte para que sepas que es complicado que ya pueda hacerte daño nunca más. Parece un castigo divino.

—¿Qué coño dices? En serio crees que me iba a alegrar? No me conoces nada, Marta. Tengo que ir a verlo, a lo mejor hay algo que se pueda hacer por él, quizás el equipo haya dejado pasar algo.

—Lo siento, pensé… pero no creo que tú puedas hacer nada. Según el informe médico las lesiones son en la T5, T6, T7. No hay movilidad por debajo de la cintura, ni apenas sensibilidad. Lo siento de verdad, Martina.

—Gracias por avisar.

Cuelgo sin despedirme, ahora mismo todo me da vueltas y creo que me voy a marear. Noto que mi respiración se vuelve agitada y justo cuando parece que me voy a caer, los brazos de Vin evitan que me dé un golpe con la encimera.

—Vamos, ven, túmbate, voy a prepararte una infusión, estás pálida.

—No, estoy bien, solo voy a sentarme un rato.

—Martina —Sam llega apresurado desde el otro lado del salón—. ¿Qué ha pasado? —Mira interrogante a Vincent, como si el pobre supiera lo que me ha dicho Marta.

—Era Marta.

—¿Marta? ¿Mi ex? —Estamos hablando español y creo que Vin no lo pilla muy bien, a juzgar por su cara. Paso al inglés y le cuento lo que me ha dicho—. Joder, yo…

—No hace falta que digas nada, todos hemos pensado lo mismo que tú, pero esto…

No puedo evitar las enormes ganas de llorar que me entran. Sí, es cierto, es posible que otra mujer en mi situación se alegraría y creería en esa «justicia divina» de la que me ha hablado la abogada, pero yo no. No puedo creer que alguien como él, tenga que vivir el resto de su vida anclado a una silla de ruedas con todo lo que ello conlleva.

—Sam, voy a buscar un vuelo, tengo que ir a verlo. Voy a pedir que me pasen las pruebas, necesito saber que de verdad no se puede hacer nada por él.

—¿Cómo? No, ni de coña. No vas a ir a ver a ese malnacido y menos a tratarlo.

—¿Me estás diciendo lo que puedo o no puedo hacer?

—Chicos, creo que eso debéis discutirlo los dos a solas. Me llevo a los niños a mi casa, ¿de acuerdo? —Marco y Connor están en pijama en la entrada del salón con cara de confundidos. —Chicos, vestíos, que vamos a desayunar tortitas.

—Mami, ¿qué pasa? ¿Papi?

—Nada, cariño, mamá y yo tenemos que hablar. Ve con Vincent y Connor.

¿En serio está mandando a mi hijo que se vaya con el vecino? Esto es el colmo.

—No hace falta, Vincent, no hay nada de qué hablar. El problema es que Sam no entiende que no puede decirme lo que tengo que hacer o no.

—No importa, vosotros os quedasteis anoche con Connor, ahora me llevo a estos dos hombrecitos a desayunar.

Se va con los niños hacia el dormitorio mientras Sam me mira sin decir nada. Necesito que me dé el aire en el rostro. Salgo a la terraza y el gélido frescor de la mañana me sorprende haciéndome estremecer. Sam sale detrás de mí y me abraza por la espalda.

—Cariño —susurra en mi oído.

Me deshago de su abrazo apartándome. Me acerco a la cristalera que separa el vacío de mi terraza y me quedo mirando al parque. Observo a lo lejos gente minúscula que entrena corriendo, otros pasean, algunos acompañados de sus perros. El cielo de Nueva York que hoy amenaza lluvia me relaja un poco.

—Mami, me voy —mi niño viene corriendo hacia mí, y se tira a mis brazos—. Te *quero*.

—Y yo a ti, mi vida. Pórtate bien, ¿vale?

—Síi, lo *pometo*.

—Ponte el gorro, los guantes y la bufanda. Y hazle caso a Vin.

Se despide de Sam con un abrazo igual de intenso que el que me ha dado a mí. Pese a estar enfadada con él, no puedo dejar de sentir ese calor que se instaló en mi corazón cuando se vieron y congeniaron por primera vez.

—Martina, —Sam vuelve a acortar las distancias, pero no lo dejo, si le miro sé que estoy perdida. Si permito que sus dedos me rocen o sus labios se acerquen a los míos, ya no tengo nada que hacer.

—No tengo nada que hablar contigo. La decisión está tomada. Voy a llamar ahora mismo a Marce a ver qué me puede contar, y que el jefe me mande la información. Soy médico ante todo.

—Lo sé, pero él no es tu paciente. No vas a ir y no hay nada más que hablar.

—¿Qué parte de que «tú no decides por mí» es la que no entiendes? No eres nadie para prohibirme ir.

—Punto uno, soy tu marido, por si lo has olvidado. Punto dos, no te estoy prohibiendo nada, de mis labios no ha salido esa palabra. Punto tres, por muy médico que seas, no eres *su* médico. Probablemente si estuviéramos en España no te diría nada, aunque no me hiciera ni puta gracia que lo trataras, pero no es el caso. No vas a coger un vuelo para ir a ver a un maldito hijo de puta que casi te mata, y es mi última palabra.

No digo nada más, entro hacia el piso y me voy al dormitorio. Enciendo el portátil y busco vuelos a Madrid. Una video llamada de Iván entra en ese momento

—Hola, preciosa.

—Hola, Iván. Cuántos días sin saber de ti.

—He estado haciendo horas de más para poder cogerme unos días y dar una escapada a ver a una amiga a la que echo muchísimo de menos.

—¿Vienes? ¿Cuándo?

—El día veintiséis.

—Genial. Y Alba también, imagino.

—Sí, ha dejado su trabajo, y tiene días libres hasta el diez de enero que se incorpora a su nuevo curro.

—¿Síiii? Genial, su jefe era un auténtico capullo.

—No lo sabes tú bien. Pero cuéntame, ¿qué tal todo por ahí?

—No te hagas el tonto, sé que sabes lo de Guillermo. Estaba mirando vuelos para ir a ver si puedo hacer algo, le he enviado a Marce un mensaje para que me mande su historial.

—Ni se te ocurra. ¿Por qué coño vas a ir a ver a ese cabrón, no tuviste bastante?

—¿Tú también? —Oigo la puerta cerrarse de un portazo e imagino que Sam ha salido, como siempre que no quiere discutir.

—Ya veo que Sam está contentísimo de que quieras venir.

—A ver, a él aún puedo entenderlo, pero a ti no. Tú eres médico, hiciste un juramento.

—¿Y? Si yo estuviera en tu pellejo no atendería a ese tío bajo ningún concepto. Martina, yo te quiero y todavía tengo muy frescas en mi memoria ciertas imágenes. Hazle caso a tu marido y no lo hagas.

—Cuando llegue te aviso para que me recojas en el aeropuerto.

No sigo hablando con él, me despido y veo que en mi correo hay una nueva entrada con el informe de las lesiones de mi ex. Es un correo privado, sé que Marce se puede meter en un lío si lo pillan filtrando un expediente pero necesitaba verlo.

Llamo a mi exjefe y le digo que quiero ir. Al igual que Iván, me aconseja que no lo haga y me asegura que no se puede hacer nada por él. ¿Por qué coño todo el mundo se cree con la libertad de decirme lo que debo o no hacer?

Decido dejarlo pasar hasta el lunes y madurar la idea. Le mando un mensaje a Sam diciéndole que voy a pensarlo y preguntando dónde está. Aunque en un principio lo deja en visto pero no contesta, finalmente responde que está en el Metropolitan. Me pongo unas botas bajas, cojo el abrigo y los guantes, un gorro y una bufanda, y encamino mis pasos hacia el museo. Por el camino recibo un nuevo mensaje indicando que me espera en la tienda.

Cuando llego, lo veo antes que él a mí. Está en la caja, pagando algo con el móvil. Le entregan una pequeña bolsa que introduce en el bolsillo de su abrigo. Me pregunto qué será lo que ha comprado. Intuye mi presencia y se da la vuelta. Sus labios sonríen pero la sonrisa no llega a sus ojos.

Llego hasta él y me acerco a sus labios, no me rechaza pero el beso es frío. Pregunta si me apetece entrar al museo pero lo cierto es que prefiero caminar un rato por el parque. Al final en vez de eso, como el frío es muy intenso y el cielo está tan gris como mi ánimo, entramos

en el Bluestone Lane, un animado café que nos pilla de camino a casa, donde dicen que preparan el mejor sándwich de atún de toda la ciudad. No tengo hambre a pesar de no haber desayunado más que un capuchino. Pido un chocolate caliente y Sam añade una tostada de mantequilla y mermelada y nos sentamos en la especie de barra que hay para ello. El local es muy curioso, está situado junto a una iglesia y ha aprovechado la arquitectura neogótica en el comercio. Resulta algo extraño, a la vez relajante, estar tomándote algo en un sitio donde los arcos ojivales y las bóvedas de crucería te recuerdan a un templo cristiano.

—Martina, ¿por qué siempre te empeñas en que discutamos por ese impresentable? Es lamentable lo que le ha ocurrido, pero ya no forma parte de tu vida, nunca más, ¿me oyes? Nuestro mundo ahora está aquí, sus tentáculos no llegan, estás a salvo y estamos juntos. Joder, no sé cómo hacerte entender que no es que no quiera que lo atiendas, que no estoy prohibiéndote nada, nunca lo haría, pero él no se merece ni un segundo de tu tiempo.

—Lo sé, pero es algo superior a mí. ¿Si fuera Marta te gustaría que la atendiera?

—Cariño, no es ni remotamente parecido. Si ella hubiera hecho lo mismo que ese cabrón, por supuesto que te habría dicho que no.

—Pero es que lo mejor que tengo en la vida, sin contar contigo, es gracias a él.

—No es así, eso solo fue una casualidad, una bonita casualidad que te dio ese maravilloso niño, pero nada más. Te quiero, y no puedo permitir que sufras por él. No lo merece, ni tú tampoco.

Me quedo pensativa, no digo nada más. No me doy cuenta de que estoy tirando de un mechón de mi pelo, hasta que él retira mi mano y lo suelta.

—Viene Iván con Alba, después de Navidad. El día veintiséis.

—Tendremos que organizar la casa, si quieres que se alojen con nosotros.

—No creo, hace tiempo que no viajan, el jefe de Alba era un tirano

—¿Era?

—Me ha dicho que lo ha dejado. No sé más.

Mi reloj me avisa de la entrada de un mensaje, lo miro y veo que es mi hermana.

Carol:

Hermanita, el día veintitrés estaremos por allí para darte la lata. Pablo está loco por ver a su primo y yo porque me lleves de compras.

Me emociono al leer el mensaje, nadie sabe cuánto la echo de menos. Trato de no pensarlo para no entristecerme pero mi hermana es como mi otra mitad y todos estos meses sin verla se han hecho

duros. Sobre todo cuando veo algo que le gustaría o imagino lo que me diría en una u otra situación. Le tiendo el móvil a Sam y esta vez sí sonríe. Acaricia mi mano por encima de la mesa y la coge para dejar un tierno beso en ella.

Contesto a mi hermana con *emojis* de manos tocando las palmas y la famosa bailarina vestida de faralaes. Ya estoy loca por que llegue el día. Y yo que pensé que mis navidades iban a ser tristes y mira, toda nuestra familia estará aquí con nosotros.

—Tendremos que montar un campamento en el salón, porque mis padres y mi hermana también vienen. Estos pisos con tantos metros y tan pocas habitaciones son un rollo.

—Podemos mirar algún piso en Airbnb, quizás sea lo mejor. Sam, perdona por lo de antes, acabo de decidir que no voy a ir. He hablado con mi ex jefe y me ha asegurado que no se puede hacer nada por él. Pensaba darle otra vuelta hasta el lunes, pero no quiero que sufras por mí de forma innecesaria. Lo siento, de verdad.

—No te preocupes por mí, no deseo que te compliques la vida por algo que no merece la pena. Te quiero nena, y si tú lo pasas mal, yo también.

—Lo sé. Lo que me jode, es que me digas si puedo o no hacer algo, sabes que no puedo soportarlo.

—Lo siento, tienes razón, pero este tema me supera. Y eso que solo te vi cuando ya estabas medio recuperada. Si yo fuera Iván o tu familia no sé cómo lo llevaría.

—¿Mi familia?

—Sí, me refiero a tus padres y a tu hermana que vivieron contigo cada segundo de ese infierno.

—Ah, ya. Quiero olvidar todo esto. Por cierto, ¿qué has comprado en la tienda del Met?

—Vaya, ¿me has visto?

—Me temo que sí.

—Toma, es para ti. —Saca el envoltorio de su bolsillo y me lo ofrece, lo abro y dentro hay una cajita—. Era para navidad, pero ya no tiene sentido si me has visto comprarlo.

—Bueno, guárdalo.

—No, preciosa, ábrelo, ya encontraré otra cosa que me guste. Es que lo vi y te imaginé.

Lo abro y dentro hay unos pendientes de gancho. Uno es una luna con circonitas y el otro una tira con tres estrellas. Son largos pero muy delicados, perfectos para una cena especial o una cita con mi chico.

—Ohh, ¡qué bonitos! No imaginé que en la tienda hubiera cosas tan monas. Nunca había entrado.

—Te quedarán preciosos. No pude evitar pensar en ti cuando los vi. Incluso estando enfadado contigo no puedo sacarte de mi cabeza,

doctora.

Samuel

Cada vez que sale a relucir en la conversación ese maldito hijo de puta, mi chica y yo acabamos discutiendo. Sí, ya sé que es médico y que su juramento le hace ser más solidaria o no sé cómo llamarla, pero es que casi la mata y encima prometió hacerlo. A mi entender, lo que le ha pasado es *justicia divina.* Me da igual que se enfade o que me vea como una mala persona por pensarlo, pero es como lo siento. Una vez más cuando no quiero discutir me alejo de la discusión para no tener que afrontarla. Lo que menos esperaba en esta desapacible y fría mañana de sábado es salir tan temprano y sin rumbo fijo.

Una de las ventajas de vivir en este maravilloso enclave es lo cerca que tenemos Central Park y la zona de los museos. Casi sin darme cuenta llego caminando a las puertas del Museo Metropolitano. Me detengo un momento frente a su fachada admirando su arquitectura. Tiene un estilo en el que destaca el neoclásico. Las columnas que decoran la fachada son de orden compuesto, mientras que las que le dan acceso al interior son jónicas, y los arcos de medio punto le dan aspecto de palacio italiano. Decido entrar en la tienda y curiosear un poco. En sus diferentes estantes puedes encontrar artículos de lo más variopinto, desde cerámica hasta bisutería, pasando por las clásicas tazas, camisetas o incluso voluminosos manuales ilustrados de arte. Cuando estoy mirando algunas reproducciones recibo en el móvil un mensaje de Martina preguntando dónde estoy.

La ciudad de Nueva York puede llegar a resultar abrumadora para un español recién llegado, con sus altos edificios, el tráfico constante y las prisas de todo el mundo por llegar a sus destinos. Cuando bajé del avión y salimos del aeropuerto pensé que jamás me acostumbraría a este ritmo de vida, pero lo cierto es que lo hemos adaptado al nuestro y no difiere mucho del de Madrid, salvando las distancias. Nosotros nos podemos considerar afortunados por tenerlo todo relativamente cerca de nuestro domicilio. Martina se marcha con sus amigos al trabajo y a veces me recoge a la salida de mi horario. Esta ciudad tiene tantas cosas por descubrir y disfrutar que es un privilegio estar aquí aunque no creo que nunca cambiemos del todo nuestro país por este. Espero que ahora que Guillermo no es un problema, mi mujer se plantee la posibilidad de volver algún día.

Los días pasan y llega la navidad. Nueva York en esta época del año

es una pasada, todos los comercios visten sus mejores galas y está todo precioso. Incluso hay previsión de nieve. No sería un mal comienzo para el año nuevo. Salvo porque, como es lógico, echo de menos a mis padres, hermana y mis amigos, soy feliz como hace tiempo que no lo era, lo peor es que ni siquiera era consciente de no serlo. El día que Martina apareció en el juzgado, una especie de interruptor o algo por el estilo se accionó en mi interior, no sé muy bien qué fue, pero sirvió para darme cuenta de que la vida que llevaba no era como yo la había imaginado, absorbida por un caso detrás de otro, algún polvo ocasional y una escapada cuando me agobiaba demasiado.

Mis padres y los de Martina llegan en unas horas y ya les tenemos todo listo. Sus padres se quedarán en casa de Jamie y Jorge, y su hermana en la en la nuestra. Mi hermana se queda en otro inmueble que tiene Vin en este mismo edificio. Pese a mi reticencia inicial, porque tengo claro que le hubiera gustado llevarse a Martina a la cama o quizás algo más, se ha destapado como un tío en el que se puede confiar, y parece que ha empezado con Anna algo más o menos serio, el tiempo lo dirá. Ah, lo olvidaba, la hermana de Martina se quedará en nuestra casa.

No han vuelto a amenazar a mi mujer, no sé si porque yo estoy con ella o porque simplemente Guillermo ahora no está en posición de seguir haciéndolo. Marta sigue pendiente y he hablado con ella después de la discusión que tuvimos por su causa. El tipo ya ha vuelto a prisión y sigue allí con su tratamiento de fisioterapia. Por lo visto tuvo una pelea con algún preso y le empujaron por la escalera. Parece que Martina está más relajada, feliz y mucho más tranquila. No la he vuelto a escuchar decir que tiene los días contados y ni siquiera ha vuelto a hablar del tema. También es cierto que está muy ocupada con el trabajo y la fiesta del cole de Marco, y también con una que organizan en el hospital. Creo que se trata de algo benéfico a la que suelen asistir todos los trabajadores del mismo. En mi empresa también organizan una a los dos días de la del hospital, de modo que entre que nuestra familia está aquí y los eventos, las fiestas se presentan muy ajetreadas, demasiado para mi gusto, pero de sus ojos ha desaparecido la angustia que tenía al principio de lo nuestro.

Marco también se adaptó al cole con la ayuda de Connor y no ha tenido ni un problema. Su inglés es más fluido y su vocabulario en general ha experimentado un cambio muy importante, apenas comete errores de pronunciación y ha avanzado mucho en el aprendizaje. Además, al ir también a clases de artes marciales le hace estar más conectado con el resto de niños y con sus costumbres en Madrid. Espero de todas maneras poder volver a España algún día.

En mi trabajo todo fluye con naturalidad, no imaginé que trabajar en algo tan opuesto a lo mío me pudiera gustar y me adaptara tan

rápido, pero lo cierto es que ha sido fácil. No tener que ver situaciones complicadas y personas que han sufrido es un alivio para mi alma. Bueno, imagino que saber que llego a casa y tengo a una preciosidad esperándome para contarme su día, para compartir conmigo todo, cuando después de lo de Marta ya pensé no encontrar a nadie que lo lograra, también tendrá algo que ver.

Sé que podéis pensar que exagero, pero no recuerdo esta sensación de felicidad, de que da igual lo que pase en el mundo, a ti no te importa porque lo único que quieres es estar con la mujer a la que amas, y en mi caso con mi hijo. Ese niño que desde el primer segundo se ganó mi corazón. Pues así es como me siento yo. Sí, resulta egoísta, y no puedo disculparme si os decepciona, porque es lo que siento desde que tomé la decisión de mudarme con ella y no tener en cuenta sus reticencias. No olvidaré en la vida la cara que tenía cuando entró en su casa sin saber que yo estaba aquí y me vio trasteando en su cocina. Cómo le brillaron los ojos y lo que pasó a continuación, que en nuestro caso fue tan explosivo como siempre. No sé muy bien qué me pasa con ella pero nunca me canso de acariciarla, de besarla, de querer estar dentro de ella. Es tan dulce, cariñosa, sensual y salvaje, a la vez que inocente en algunas ocasiones, que es la conjunción perfecta de todo lo que se puede desear.

La cena de nochebuena se plantea como una celebración en la que todos nos reuniremos alrededor de una gran mesa. Las chicas llevan días intentando ponerse de acuerdo en el menú, pero al final Vincent se ha ofrecido a contratar un pequeño catering que se encargue de todo y ellas no tengan que hacer nada. Los padres de su chica no están en la ciudad y ella trabaja y no ha podido desplazarse con su familia, de modo que se unirá a nosotros en esta multitudinaria celebración. Los niños están como locos ante la inminente llegada de Santa Claus, si bien nosotros le hemos reservado a Marco algún que otro regalo para Reyes porque no queremos que se pierda la tradición, aunque para entonces él ya habrá vuelto al cole.

—¿Estás bien, nena?

—Sí, solo un poco agobiada. Pese al catering y todo eso, seguimos siendo los anfitriones y somos un montón de gente, tu familia y la mía apenas se conocen y puede resultar todo un poco raro.

—¿Hubieras preferido estar solos?

—No. A ver, estoy encantada de que estén aquí, pero a veces noto algo de tirantez entre tu madre y la mía. Conste que tu madre es un encanto, pero es que la mía tiene mucho genio y le gusta hacer las cosas a su manera. Me vuelve loca.

—No lo tengas en cuenta mientras no vuelen los cuchillos, además hoy nos toca divertirnos. Olvídate de nuestras familias, y date prisa o

no llegaremos a tiempo.

Es la fiesta de mi empresa y estoy loco por pasar unas horas con mi chica a solas. Tiene razón, tanta gente puede llegar a ser agobiante, pese a que nuestras hermanas y cuñados han congeniado muy bien y los niños también, pero los padres son otra cosa.

He alquilado un esmoquin negro clásico, con la pajarita negra también. Ya estoy casi listo, pero ver a Martina vestida solo con la bata, andurreando de un lado a otro buscando las cosas que se va a poner, no me lo pone nada fácil. Me atrincheraba con ella en el dormitorio y no la dejaba salir de la cama o del baño, o del sillón, o de la cómoda… Me descubre mirándola un par de veces y debe intuir mis pensamientos porque en uno de sus paseos buscando algo me dice:

—Cuando volvamos soy toda tuya. Deja de mirarme así o no me podré vestir, me arden hasta las pestañas, señoría. ¿Por qué no vas a ver qué hacen los niños y comprobar si ha llegado mi hermana ya? Que vaya días se está pegando, luego dirá que me echa de menos.

—¿Lo prometes?

—Por supuesto, si no bebemos demasiado y somos capaces de aguantar hasta que sea lo mínimo adecuado. Con la fiesta del hospital ya tuve suficiente.

—Pues recuerdo cierto momento en el que disfrutaste mucho.

Ese día no pude evitar secuestrarla y llevarla a su despacho para hacerle el amor encima de su mesa. Llevaba un vestido rojo con un escote imposible en la espalda, que hacía que su culo me llamara a voces a cada instante.

—Eres un pervertido, menuda vergüenza si nos hubieran pillado. Me hubiera convertido en la comidilla de todo el hospital.

—No fuimos los únicos y lo sabes. No fue mi culpa, era de tu vestido y ese culo que gastas, me vuelve loco y lo haces a propósito.

—¿Qué hago a propósito? Tú fuiste el que casi me sube en el hombro y me lleva como un troglodita. ¿No podías esperar a llegar a casa?

—No si te pegas a mí moviéndote de esa manera. No me provoques.

—Bueno, entonces me pondré un vestido a lo Jackie Kennedy, de esos con el cuello de bebé. ¿Me dejas vestirme?

—Ni se te ocurra, aunque pensándolo bien me da igual. Tú eres la sexy, no la ropa. En fin, iré a ver qué hacen los niños. No tardes o no llegaremos antes de que empiece.

—Ok, abogado, lárgate de una vez.

De camino al salón las risas de los niños me hacen sonreír a mí también. Están jugando con dinosaurios y coches. Me paro para contemplarlos en la puerta de la habitación que comparten, Connor está con ellos y tienen todo por el suelo. Uno de los dinosaurios de

Pablo está persiguiendo a los coches que llevan mi hijo y el vecino, y están muertos de risa los tres.

Carol y mi cuñado entran en ese momento muy risueños cargados de bolsas. Parecen más relajados que cuando llegaron. Me ven de pie junto a puerta de los niños y se detienen en silencio a mi lado.

—Se llevan genial, ese niño es un encanto. —susurra al mi oído mi cuñada.

—Sí, es un niño encantador y muy bien educado, Vin lo está haciendo muy bien con él. Ojalá Anna esté en el mismo bando, porque se les ve muy a gusto juntos.

—Sí, a mí también me lo parece. Por cierto, estás muy guapo, cuñado. Qué glamour tenéis, igual que las fiestas de mi cole, ja, ja, ja.

—No te creas, mucha fachada es lo que hay en estos sitios, pero soy el nuevo y me han acogido muy bien, no podía decir que no. A ver si acaba tu hermana de arreglarse.

—Oye, cuando hay fiestas en mi empresa te cuesta la vida ir —se queja mi cuñado.

—¡Vas a comparar!

—Carolina, tampoco hay que desmerecer —respondo tratando de echar un capote a mi cuñado—, te aseguro que aquí los puñales vuelan por la espalda. Mi empresa es pequeña y es más familiar, pero aun así hay mucha rivalidad. Imagino que esta noche todo el mundo pondrá su mejor cara, pero no es oro todo lo que reluce.

Unos tacones resuenan en el pasillo acercándose y al girarme, mi chica con el vestido que hace casi un año llevaba en nuestra primera vez, me deja sin aliento. Esta vez ha recogido su pelo, dejando su precioso cuello al descubierto luciendo los pendientes que le regalé de las estrellas y la luna. Apuesto a que las mujeres que acudan a la fiesta no llevarán una baratija como ella, pero la forma en que lo luce todo aumenta su valor. Lleva incluso las mismas sandalias anudadas a la pierna que aquel día. No puedo evitar excitarme al recordar cómo acabó aquella noche en la que fui a esa entrega de premios casi a la fuerza, engañado y sin ninguna gana. Aquí estamos diez meses después, casados y con una preciosa familia, a miles de kilómetros de nuestro pasado.

Me acerco a ella y le tiendo la mano para que dé la vuelta, sé perfectamente como es el vestido y que todo lo llamativo se encuentra delante, tanto en el escote como en la raja que deja a la vista su escultural pierna. Creía que la abertura llegaba hasta más arriba, pero igual es solo mi memoria, o es posible que haya vuelto a coger un imperdible para impedir las miradas más curiosas. Me pregunto qué llevará de ropa interior.

—Estás preciosa —digo dejando un beso en su cuello, notando cómo se estremece.

—¡Qué guapa estás, hermanita!

—Hala, mami, qué guapa. Y tú *también,* papi.

—Gracias, cariño. —Se acerca a Marco para cogerlo en brazos y darle un beso y un achuchón—. Te quiero. Pórtate bien con los tíos. No sé si subirán más tarde los abuelos. Nosotros nos vamos ya.

Un mensaje al móvil me dice que nuestro coche ha llegado. Martina coge su abrigo del vestidor y yo el mío, me lo pongo y le ayudo con el suyo, uno de corte clásico en tono rojo con cinturón. Salimos al rellano, la abertura de su vestido que el abrigo no oculta me está volviendo loco. Al entrar en el ascensor la pongo delante de mí y acaricio su cuello con mi aliento susurrando en su oído.

—No creo que estemos mucho rato, este vestido es demasiado para mí. A mi cabeza vienen demasiadas imágenes de ti con el puesto, y después quitado. —Gime bajito, estoy seguro de que cuando se lo ha puesto ha pensado lo mismo que yo y ahora mismo su excitación va al ritmo de la mía. Voy más allá y cuelo una de mis manos por la abertura del vestido para comprobar que su ropa interior está húmeda y descubrir que lleva unas medias con liga y un liguero, esa es la explicación de que la abertura sea menos pronunciada de lo que recordaba—. Joder, Martina.

—Si sigues haciendo eso, me va a dar igual que los niños estén en casa; voy a volver a subir y a arrancarte esa camisa y ese pantalón que te hace un culo impresionante, y no respondo de lo que pase después.

Todavía quedan plantas por bajar, así que decido sacar un juguetito de mi bolsillo.

—¿Quieres jugar?

—¿Qué tramas?

—¿Sí o no? —No lo puede ver porque sigo teniéndola apoyada en mi pecho—. Responde, doctora.

—Sí.

Le pido que separe las piernas y coloco el juguete bien sujeto en su minúsculo tanga. Espero que no se caiga en mitad de la fiesta, sería una escena bastante cómica a la vez que incómoda. Cuando nota la frescura del chisme, gime de nuevo. Aprieto el mando a distancia que tengo en el bolsillo y el aparatito empieza a vibrar.

—Joder, Sam, esto se va a caer, se mueve mucho.

—No se cae, está bien sujeto. ¿Te gusta?

—Sí, pero no sé si seré capaz de aguantarlo.

—Puedo pararlo.

—Nooo, no lo pares.

—Como quieras, doctora, tú mandas.

En el taxi le doy más potencia al juguete, las mejillas de mi chica adquieren el color de las amapolas y sus pupilas se dilatan, sus ojos se aclaran hasta que apenas queda rastro del marrón y el verde musgo se

apodera de ellos.

—No podré aguantarlo.

—Córrete, quedan unos minutos hasta que lleguemos —susurro a la vez que imprimo más fuerza al aparato y veo como hace verdaderos esfuerzos por no dejarse. Justo cuando doblamos la esquina y estamos llegando a nuestro destino, sus manos se agarran al abrigo y emite un gemido un poco demasiado alto. El taxista la mira por el espejo, pero no dice nada, solo me mira y sonríe—. ¿Estás bien, nena?

—¿Tú qué crees? Me temo que acabo de manchar hasta el vestido, menos mal que es negro. Eres un demonio.

—Sí, el tuyo particular —respondo dándole la mano para ayudarla a salir del taxi. El encaje de sus medias se deja ver en la abertura del vestido, se recompone y recoloca la ropa, sonríe y una mirada maléfica asoma a sus ojos.

—Esto no ha acabado, señoría.

—Eso espero, doctora.

Entramos al hotel donde tiene lugar la fiesta, un Hilton con unas vistas preciosas al Chrysler. Nos indican la zona donde se lleva a cabo la recepción y se quedan con nuestros abrigos. Antes de llegar pasamos por un servicio y, sin darme tiempo a reaccionar, Martina me empuja hacia el interior sin preguntar o mirar si hay alguien o no. Los cubículos son grandes y luminosos, y me temo que ha tomado al pie de la letra lo que le he dicho antes.

—Martina, llegaremos tarde.

—No me importa, tú has empezado primero.

—¿No has tenido bastante?

—Nunca.

Asalta mi boca sin importarle que el carmín acabe en mi camisa o en mi cara, me arrastra al interior de un cubículo donde están los retretes, justo en el momento en que se oyen risas de mujeres entrando en el lugar. Soy yo quien ahora la besa con ferocidad, mordiendo su labio, ahogando sus gemidos. Las risas de las chicas siguen fuera conversando sobre alguien que está muy bien. Sus dedos consiguen desabrochar la cremallera sin hacer ruido y saca mi sexo más que preparado para colarse en su interior. Apoya un pie en la taza del váter y tirando de mí me encaja en ella. El juguete que llevaba escondido en el tanga se cae pero no nos importa, las risas se detienen y el silencio se adueña del baño.

—Me parece que alguien se lo está pasando mejor que nosotras —dice una de ellas arrancando las carcajadas de la otra—. Qué lástima que el nuevo esté pillado porque tiene un polvazo. —Los ojos de Martina echan chispas, pero ya me he perdido en su sexo y no dejo de moverme, la puerta de entrada vuelve a oírse y las risas desaparecen por el pasillo.

—Un polvazo y mil, no te jode —añade en mi boca, mientras no deja de mover las caderas y yo entro y salgo de ella chapoteando en sus fluidos. El morbo del momento me espolea, salgo de ella para darle la vuelta y que me ofrezca su culo, sus líquidos gotean al salir y con ellos humedezco su estrecha entrada y me cuelo en ella sin dificultad, silenciando un grito. Unos cuantos empujones más y estoy listo.

—Martina córrete, sé que estás a punto, me voy contigo, cariño, dámelo.

Baja una de sus manos hasta su clítoris y lo acaricia sin contemplaciones casi con desesperación, noto como se folla con sus dedos y eso me vuelve aún más loco, aumento el ritmo y me dejo ir en su culo, mordiendo la tela del vestido tratando de que no se oiga demasiado.

—Joder, Sam…

Salgo de ella y la ayudo a incorporarse, cojo papel y la aseo como puedo, me limpio y recoloco mi ropa mientras ella hace lo mismo.

—Eres una bruja, están aquí todos mis compañeros.

—No te he oído quejarte precisamente. A ver si así le queda claro a alguna petarda que eres mío.

—No me importa lo que piensen. Tú eres única.

Le ayudo a colocar su ropa, saca un labial del bolso y se retoca los labios antes de salir. Algunos mechones han escapado de su peinado, dándole ese aspecto salvaje que tanto me gusta.

—Estás preciosa con ese brillo en tus ojos.

—Vamos. —Antes de salir se agacha para coger el juguete y lo mira curiosa, lo guarda en el bolso mientras yo lo apago del todo. Se había quedado en vibración ligera. —Me ha gustado este chisme.

Salimos del baño los dos juntos sin importarnos que nos vean. Un par de compañeras se acercan a él justo cuando la puerta se cierra, nos saludan con una sonrisa que no deja lugar a dudas.

—Bueno, pues ya saben que acabamos de follar en el baño —añado mientras caminamos de la mano por el pasillo.

—¿Te importa, o es que solo tú puedes marcar territorio?

—No me importa, como si lo haces delante de todos.

—Se está volviendo usted muy atrevido, señoría.

—Como usted, doctora.

Cuando entramos al salón la gente nos mira con suspicacia, o esa es la impresión que tengo. Mi jefe se acerca a saludarnos, le presento a Martina, porque no la conocía todavía, y mis compañeros más cercanos se unen a saludarnos. Las dos chicas que sospecho estaban en el baño, la asistente del jefe y una socia, miran de arriba abajo escaneando a Martina, que lejos de sentirse incómoda, esgrime su mejor sonrisa al percatarse y endereza todavía más la espalda,

haciendo que su altura se eleve algo más.

—¿Aquellas dos son las petardas del baño? —pregunta en mi oído señalando con la mirada cuando mi jefe se ha alejado.

—Creo que sí, ¿quieres conocerlas?

En ese momento llega Jeff con Avy y la presentación queda en suspenso.

—¿Os apetece una copa?

—Hola, Samuel. —La abogada de la que ahora mismo no recuerdo su nombre se acerca con la asistente del jefe. Menudo marrón, no puedo presentarle a Martina porque no recuerdo su nombre. Jeff sale al quite y lo hace él.

—Hola, Cath. Hola, Beth. ¿Conocéis a Martina? Es la esposa de Sam.

—Encantada —se acercan y se saludan con dos besos, la sonrisa de Martina se ensancha cuando no la suelto de la mano ni para saludarlas. Rodeo su cintura con mi brazo y la pego más a mi cuerpo.

—Teníamos ganas de conocer a quién había cazado al nuevo. Samuel habla mucho de ti, eres médico ¿no? —Se adelanta Cath exhalando veneno en una frase tan simple.

—Neurocirujana en el Sinaí.

—Yo pensaba que no se podía ejercer si eres de otro país, no es lo mismo la abogacía que la medicina.

—No, es cierto, los cuerpos y las enfermedades son las mismas en todos los países, sin embargo las leyes no.

—Ah, es verdad, ja, ja, qué tonta soy.

En ese momento avisan que se va a servir la cena y ellas se alejan a su mesa y nosotros cuatro nos quedamos en la misma.

—¿Qué les pasa a esas dos? —pregunta Avy.

—Pensaban que la cena era Sam —responde Martina, arrancándonos una carcajada a todos.

—Yo tendría cuidado en meterme contigo.

—Ja, ja, ja, si soy muy buena.

—Ya, pero dominas las medicinas, las buenas y las malas. Ja, ja, ja —responde Avy.

—Sí, estas van siempre en busca de carne fresca —añade Jeff—, no sé cómo no te has dado cuenta antes, Sam.

—No coincido con ellas mucho y tampoco me fijo, si no es por ti no recordaba ni sus nombres, me has sacado de un apuro.

La cena con la compañía adecuada resulta muy divertida y amena, la comida no está mal y me sirve para conocer a más socios de la firma. Sigo sin creer que vivamos para siempre en esta ciudad, pero las influencias vienen bien. De todas maneras me muero de ganas por llegar a casa y desenvolver a Martina para ver lo que esconde debajo

del vestido, sin prisas y sin que nadie nos pueda interrumpir, aunque el morbo no ha estado nada mal.

Quedamos con Jeff y Avy en ver las campanadas en casa, mi hermana y la de Martina quieren ir a Times Square, pero alguien ha de quedarse con los niños, así que como nosotros no teníamos mucho interés en ir, nos quedamos en casa con todos los niños y los abuelos. Anna y Vin también salen, de modo que Connor se queda con nosotros.

Han pasado las fiestas y todo ha vuelto a la normalidad. De toda la tropa, mis padres se han marchado los últimos, les apetecía pasar con nosotros también el día de reyes y han comprado tantos regalos para Marco que no sé dónde vamos a meterlos, y lo que es peor, cómo se van a llevar los regalos de las gemelas, a las que han comprado un montón de cosas también. Corren el riesgo que los detengan en la aduana por tráfico de ilegal de juguetes infantiles.

Al final Iván y Alba no han podido venir y mi chica se ha puesto un poco triste, pero el nuevo trabajo de ella casi la obligó incorporarse antes. Lo han pospuesto para San Valentín.

20

Si el hombre fracasa en conciliar la justicia y la libertad, fracasa en todo.

(Albert Camus)

Donde hay amor por la medicina, hay amor por la humanidad.

(Hipócrates)

Samuel

Enero ha dado paso a febrero casi sin darnos cuenta, y este fin de semana se cumple un año desde que coincidimos en aquella entrega de premios. He decidido preparar algo especial para la ocasión, y para eso he tirado de algunas de las influencias que ya tengo aquí. Y también de nuestro inestimable vecino, que tiene amigos hasta en el infierno, nunca mejor dicho.

Tengo todo previsto, pero me tengo que escapar por la mañana para ver si todo lo que tenía en mente se ha hecho como había encargado. Vin me está ayudando en todo, y para que todo salga según mis planes, tiene que mantener a Martina entretenida. Esta semana ha sido bastante complicada, yo he tenido mi primer caso serio y ella un par de pacientes de los que dejan huella. Ambos han tenido un final trágico y mi mujer ha quedado tocada, espero este fin de semana o estas horas del sábado hacerla olvidarlo, aunque sea un poco. Me mata cuando la veo hundida de ese modo, lo único que puedo hacer por ayudarla es escucharla si le apetece hablar o solo mantenerme a su lado.

—Martina, nena, tengo que salir, me ha llamado Jeff. Necesita que

le eche una mano, no creo que tarde.

—Pero, hoy…

—Ya sé que es sábado, pero no puedo decirle que no, sabes que ha estado conmigo en todo desde que llegué. Solo será un rato.

No soporto ver la tristeza en sus ojos, ni siquiera la he felicitado porque espero que crea que se me ha olvidado y sea aún más especial. Llamo a Vin y le digo que ya salgo, me da el número de teléfono de la persona que está organizando todo y él se va hacia nuestra casa para proponerle salir con los niños, simulando no saber que yo no estoy.

Me dirijo hacia el edificio donde el organizador, un tal David, me está esperando en la entrada. Subimos hasta la planta sesenta y uno, donde tienen pensado abrir un mirador en su plataforma para disfrutar del *sky line*. Sé que este edificio es su favorito y pese a que lo único que se puede visitar es el *lobby*, gracias a los conocidos de Vin le voy a dar la sorpresa que mi chica merece. La zona reservada para nuestra celebración está casi lista, lo único que faltan son las orquídeas color buganvilla que son sus favoritas, y por supuesto la cena, comida italiana, su preferida, encargada al mejor restaurante de la ciudad, según Vin.

Le doy las gracias al organizador, me despido estrechando su mano y me voy hacia la tienda Armani de la Quinta Avenida. Sí, ya sé, quizás se me ha ido todo un poco de las manos, pero me apetece que hoy sea muy especial, pretendo que este día sea, hasta hoy, el más importante de nuestra vida juntos, más que el de nuestra boda, que fue un mero trámite. Hoy hace un año empezó para mí la mejor etapa y quiero que siempre recuerde este día.

De la cena y la organización se ha encargado Vincent y no me ha dejado pagar nada, dice que le deben muchos favores y que alguna vez ha de cobrarlos. Le dije que había visto un vestido en Armani y me dio el nombre de la encargada para que preguntara por ella. Es un vestido con escote palabra de honor, entallado hasta la cintura y con falda de vuelo, tal vez demasiado escotado para el febrero neoyorkino, pero Martina tiene el abrigo adecuado y en la terraza han montado una carpa acristalada con calefacción para que podamos estar cómodos. Es como de encaje en color blanco roto, con el forro de una seda en amarillo dorado oscuro que va a resaltar sobre el tono de piel de mi mujer. Cuando lo vi supe que tenía que llevarlo ella. Lo acompaño con unos Louboutin de salón transparentes, en el tono del vestido y con pedrería, dignos de Cenicienta. Espero que no se enfade mucho conmigo. Mi traje está en casa de Vincent, porque hoy le voy a proponer un juego. Le haré llegar el vestido después de comer y yo me marcharé con el niño tras la merienda, no podrá abrirlo hasta que esté sola.

Cuando lo dejo todo listo me marcho de nuevo para casa. Por el

camino el envío un mensaje al vecino y al poco contesta que están llegando a casa y que está triste y enfadada, que ande con cuidado. Compro algo de comida para llevar y me dirijo a casa con los zapatos en la mano y esperando que el vestido llegue a tiempo y le quede bien. Les di sus medidas y me aseguraron que quedaría perfecto. La lencería la escogí en Victoria Secret, solo un escueto tanga con liguero y unas medias tan finas como su piel. Solo de imaginarla ataviada con eso ya me pongo duro. No sé cómo voy a aguantar hasta que lleguemos a casa. Mientras estemos fuera, George decorará nuestro dormitorio con flores, velas y champán para las once y media. Antes quiero llevarla a dar un paseo en calesa después de la cena.

—Holaaa, ya estoy en casa.

—Papiii, hola, ¿has traído comida? Mamá iba a hacer pasta.

—He traído hamburguesas, espero que mamá no se enfade.

—Hola. —Sus ojos siguen tristes, completamente oscuros, no hay nada del verdoso que tanto me gusta—.¿Has solucionado todo?

—Sí, gracias por no enfadarte, cariño —digo a sabiendas de que sí está enojada.

—Marco, lleva esto a la habitación de mamá y mía.

—¿Qué es? —pregunta curiosa.

—Luego lo verás. Ven aquí. ¿Estás mejor?

—Sí, algo mejor. ¿Has traído comida? Quedamos que haría pasta

—He pasado por delante de esa hamburguesería que tanto le gusta al niño y no he podido evitarlo.

—Está bien. Comamos entonces antes que se enfríe.

Comemos en silencio, solo el sonido de una serie de dibujos en la tele rompe la tensión del ambiente. Estoy deseando que llegue el vestido y desvelar todo lo que vamos a hacer. Quiero ver brillar sus ojos cuando vea que no me he olvidado del día que estamos.

Tras la comida, después de recoger la mesa, suena el timbre, más puntual imposible. Me mira extrañada y me encojo de hombros. Va hacia la puerta y al cabo de unos segundos vuelve con la funda del vestido en la mano y una interrogación en los ojos.

—Marco, voy a enseñarle a mamá una cosa, ¿vale? Estamos en el dormitorio —le digo al niño mientras cojo el vestido y la mano de mi morena.

—¿Me vas a explicar…?

—Felicidades. ¿Creías que me había olvidado del día más importante de mi vida?

—Felicidades. Yo…

—Shhh, nunca podría olvidarlo, pero quería darte una sorpresa. Vamos a salir a cenar, pero tú vas a ir por tu cuenta y yo por la mía. No, no digas nada, es una especie de juego. Dentro de un rato dejaré que te arregles tranquilamente, date un baño o haz lo que te apetezca

esta tarde. Me llevo a Marco, hoy se queda con George y Jamie. Y un detalle muy importante: no quiero que abras la funda hasta que me vaya. Más tarde enviaré un coche para que te lleve al lugar donde nos encontraremos.

—Joder, yo solo te he comprado un detallito. ¿Por qué montas todo esto? No era necesario.

—Porque quiero.

—Bueno, ya que estamos con los regalos espera un momento. —Va hacia el armario y saca una caja junto con otra más pequeña—. Toma. Espero que te guste.

La abro y una miniatura perfecta del coche que me regaló por mi cumpleaños aparece ante mis ojos. Es una auténtica maravilla, es exacto al que me espera en casa. La otra caja más pequeña contiene unos gemelos con una piedra del color de sus ojos, con reflejos verdes y marrones, muy bonitos, y que serán los únicos que me ponga a partir del lunes.

—Es precioso, me encanta, doctora. No sabes cuánto.

—Sí, igual que lo que tú hayas montado, eres un caso.

—Igual de importante para mí. No quería que olvidaras este día y yo no lo voy a olvidar jamás. Te quiero, preciosa Martina.

—Y yo a ti, Sam.

Como tengo previsto me marcho con el niño a dar un paseo por el parque. Me pide que lo lleve al zoo, pero con lo que le gusta mirar y observar todo prefiero dedicarle el domingo y así se lo digo, solo damos un paseo y le compro un helado a pesar del frío.

Al cabo de un par de horas regresamos, dejo al niño en casa de George y Jamie y subo hasta el ático Vin, que hoy no está, para darme una ducha y vestirme. Mi taxi llega en una hora y el de Martina en hora y media, el tiempo justo de llegar y mandarle la ubicación, aunque el conductor ya sabe a dónde tiene que llevarla.

Yo:

Espero que te haya gustado todo.

Martina:

Me encanta, eso no quita que vaya a matarte entre terribles sufrimientos por gastar tanto, si antes no me mato con los zapatos ¿Quieres quedarte viudo?

No puedo evitar reír ante la ocurrencia.

Yo:

Seguro que logro convencerte para no me mates. Solo de imaginarte hay partes de mí que tienen vida propia.

Martina:

¿Para qué quiero yo algo tan caro y difícil de poner?

Yo:

Para ponértelo solo para mí, sin nada más. Joder, doctora, como siga pensando esas cosas no vamos a cenar, voy a follarte encima de la mesa y me da igual que nos vean.

Martina:

Es usted un pervertido, señoría, pero me pone a mil con sus ideas. Voy a darme un baño, o mejor una ducha fría.

Yo:

De fría nada, bien caliente la quiero, doctora, a punto de ebullición. Te dejo, yo sí que tengo que darme una ducha fría o no me entrará el pantalón. Te quiero, preciosa.

Martina:

Y yo a ti, Sam.

Me doy una ducha tal y como le he dicho y trato de distraerme pensando en otras cosas, como en el trabajo que tengo la semana que viene o en el cole de Marco. En lo bien que hemos estado las navidades y una vez más en que me gustaría volver a Madrid, pero no voy a decirle nada, solo espero que esto no nos pase factura, nunca he sido impulsivo y con ella todo es así, rápido, apasionado, sin querer ni pensarlo. Y soy feliz, como nunca antes. Quizás nuestro amor no haya sido a fuego lento, tal vez nos hayamos precipitado, pero sé que era nuestro momento y si dejas pasar el tren llegarás tarde, y no quería perder la oportunidad con Martina. Tal vez después de ese día no nos hubiéramos visto nunca más de no haber forzado la situación. No quería solo un revolcón con ella, lo quería todo, con todas las consecuencias. Comprendo que pueda ser complicado entender que pudiera tener tan claro lo que quería sin conocerla de nada, yo tampoco lo entiendo, pero cada día que pasa estoy más convencido que tomamos la decisión correcta.

Tras la ducha y arreglarme, recibo un mensaje confirmando que mi taxi espera en la entrada. Mando un mensaje a Martina para recordarle que el suyo llegará en media hora.

Bajo del taxi a las puertas del edificio, en el lobby me está esperando el organizador, que me acompaña hasta la planta 61, donde ya debe estar todo listo. Cuando subo, compruebo que es así; han montado una pequeña carpa acristalada donde hay un par de chicos esperando para servir la cena y orquídeas de su color favorito diseminadas por todo el lugar. Las vistas son un auténtico espectáculo, contemplar el *sky line* a estas horas, con las luces de la noche iluminando el cielo de Manhatthan, es una pasada. Me ofrecen una copa pero la rechazo hasta que llegue Martina, que no debe tardar mucho. Paso a uno de los chicos la lista de reproducción con la música

de ambiente que quiero que pongan, entre ellas a cuál más cursi, pero con las letras que significan tanto para nuestra relación: Llegaste tú, de Luis Fonsi, Tengo Miedo, de Chayanne, Qué voy a hacer con mi amor, de Alejandro Fernández, Stiches, de Sawn Mendes o Monstruos, de Leiva.

Estoy nervioso como si fuera mi primera cita, igual que el día que nos vimos en el hotel, hace hoy un año, y no sabía si acercarme a ella o no, el día que decidí que cambiaría mi vida si tomaba ese tren.

Antes de darme cuenta, *mi morena* aparece con ese movimiento de caderas que me vuelve loco, deja el abrigo en manos de uno de los chicos y se despide del organizador que estaba esperándola. Sonríe y se me para el mundo.

Martina

Me he sentido como una verdadera estúpida cuando ha llegado por sorpresa la funda del vestido, Sam me ha felicitado y me ha contado los planes que lleva preparando durante días. Cómo he podido imaginar que se le iba a olvidar que hace un año que estamos juntos. Un año. Si me paro a mirar atrás, el tiempo ha pasado en un abrir y cerrar de ojos, con mis dudas los primeros meses que no me permitieron disfrutar nuestra relación al completo, y la tonta decisión de marcharme a Nueva York dejándolo a él atrás. Miro el anillo que rodea mi dedo y recuerdo que es mi marido, la mejor decisión que he tomado junto a tener a mi hijo.

Cuando se va después de comer y deja a Marco en casa de Jamie, la expectación empieza a crecer en mí. Voy al dormitorio y por fin abro la funda del vestido. No puedo creer lo maravilloso que es, pero dudo que me esté bien, no creo que los diseñadores tengan talla para mí. Sigo mirando y descubro un minúsculo tanga y unas medias con liguero. Este hombre se ha vuelto loco. Pero al abrir la caja de zapatos me quedo aún más alucinada al ver lo que esconde en su interior. Me los calzo sentada en el borde de la cama y por supuesto me quedan perfectos, aunque tengo mis dudas de si no me mataré con ellos.

Pienso en darme una ducha, pero como queda mucho tiempo me decido por un baño. Pongo aceite aromático, enciendo unas velas y elijo música relajante, una lista predeterminada de Spotify que se supone que lo es, aunque tengo la impresión de que lo de la relajación, a pesar del cansancio de haber dormido poco, no va a servir, porque a cada segundo que pasa me siento más alterada.

Cuando salgo del baño, y después de los mensajes subidos de tono que nos hemos enviado antes de meterme en la bañera, estoy más que excitada. Solo de imaginar que sabe que debajo del vestido lo único

que llevaré será esa minúscula tela, que no tapa nada, y el liguero, no puedo evitar sonreír.

Entra un nuevo mensaje de Sam dándome el número del Uber que me llevará hasta un destino que desconozco. Tras hidratar mi piel con la crema de mi perfume favorito, comienzo a vestirme con mimo, saco del armario un abrigo en color crudo y lo pongo encima del vestido para ver si combinan bien. El resultado no está mal, pero solo con el vestido es espectacular, el vuelo de la falda le da un toque sofisticado y sensual que me gusta mucho.

Termino de arreglarme justo a tiempo de recibir el mensaje del conductor del coche que ha contratado Sam, avisando de que está esperando en la puerta del edificio. Me pongo el abrigo, me miro una vez más al espejo, y salgo al vestíbulo camino del ascensor.

En el interior del enorme coche americano de color negro, saludo al conductor e intento sonsacarle el destino, pero lo único que consigo es que sonría sin soltar prenda. Al cabo de unos minutos circulando por el intenso tráfico de la ciudad, se detiene en la misma puerta del edificio Chrysler y me anuncia que hemos llegado. Le pregunto si está seguro y me dice que sí, que las instrucciones eran que me dejara en la puerta de este edificio en concreto.

Me bajo del coche un tanto sorprendida, mirando a izquierda y derecha intentando encontrar a Sam, cuando de la puerta del magnífico rascacielos sale un hombre de unos cuarenta años, se acerca a mí, y me pregunta si soy la señora Gutiérrez. Respondo intrigada que sí y me pide que le acompañe al interior del edificio. Tras un momento de duda, decido seguirlo hasta el magnífico vestíbulo estilo art decó revestido en mármol rojizo, con el interesante mural de Edward Trumbull adornando el techo. Sigo caminando detrás de él completamente impresionada por la decoración del lugar, como cada vez que lo he visitado, hasta llegar a los tornos que impiden el paso a los ascensores. Me entrega una tarjeta de acceso y me indica que la use en el lector del torno para poder llegar a los ascensores. Subimos en el primero y pulsa el botón de la planta sesenta y uno, donde se encuentran las águilas gigantes.

—Pensé que este edificio no era visitable —le digo, porque tantas plantas es un poco incómodo ir en silencio.

—Y no lo es. Pero disfrutan de buenos amigos con influencias. En esta planta tienen pensado hacer un mirador, pero no se sabe cuándo. Espero que todo sea de su agrado.

—Estar aquí ya es un sueño impensable hace unos meses. Gracias, seguro que me gusta todo.

Bajamos del ascensor en la planta sesenta y uno, me pide el abrigo y me acompaña a una especie de terraza donde hay montada una carpa acristalada, dentro luces tenues y música de fondo. Se despide

de mí, entregándole mi abrigo a un chico que, con un gesto con la mano, me escolta hasta la mesa donde espera sentado mi marido con una sonrisa, haciendo que mi mundo deje de girar. En qué momento hice algo tan bueno como para merecer tenerlo a mi lado. Infinidad de pequeñas luces iluminan la estancia, acompañadas de una multitud de orquídeas engalanando cada rincón. Es todo mágico, como en un cuento de hadas. Nunca nadie ha hecho nada así por mí, y no solo lograr que un edificio que habitualmente no abre al público lo haga para organizar una cita como esta.

—Hola, preciosa Martina, hoy lo estás más todavía si eso es posible.

—Hola, señoría. Tú estás para olvidar la cena y pasar al postre.

—Pues eso no va a pasar. Si se enterara Vin me mataría.

—Sabía que tenía algo que ver en todo esto.

—Ese tío parece tener mano en toda la ciudad, a veces da miedo. ¿Nos sentamos?

—Sí, los zapatos son tan ideales como incómodos, además de caros. No tenías que haberlo hecho.

—A ver, señora Gutiérrez, nos casamos en un miserable juzgado y…

—No sigas por ahí —le interrumpo—, pude decir que no y no lo hice. Podríamos habernos casado rodeados de nuestras familias y amigos en Madrid, en Santillana o en Riaza si hubiéramos esperado, pero esa locura del momento fue la más maravillosa que he cometido nunca, junto con la de invitarte a subir a mi casa tal día como hoy hace un año.

—Me da igual, me apetecía hacer esto, y todo ha sido bien invertido solo por ver tus preciosos ojos al entrar y contemplarlo todo.

—Que sí, que es todo maravilloso, pero el gasto del vestido y los zapatos era innecesario.

—Para nada, porque el vestido te sienta mejor que a la chica que se lo probó. Además, saber que debajo vas casi desnuda… Has conseguido convertirme en un fetichista, estoy loco por bajar esa cremallera y dejarte solo con el tanga, las medias y los zapatos. Y ahora, doctora, o cambiamos de tema o lo que ocurrió el día que nos conocimos oficialmente va a quedar en una anécdota si seguimos así.

Guardamos silencio unos segundos y aprovecho para mirar una vez más al exterior para contemplar maravillada las extraordinarias luces y el cielo nocturno de esta ciudad que me tiene hechizada, algún día cuando volvamos a Madrid la echaré de menos. A través del sutil hilo musical se escucha el tema *Monstruos* de Leiva[vi] revelando al instante quién ha decidido ponerlo en la play list.

Mira que el tiempo no para
Y que los monstruos
Solo están en tu cabeza

Mira las luces del alba
Como iluminan
Y nos brindan su belleza

Mira hacia el cielo
Baja la guardia
Que pase la tormenta
Que no estás solo
Que estás de espaldas
Y no te das ni cuenta

Que todos esos monstruos
Debajo de la cama
Se cuelan en tus sueños, tan rápido
Impúlsate en mis hombros
Apóyate en mi espalda
Perdona si no llega la calma

Cuando te acuestes sin miedo
Y los fantasmas ondean tu bandera
Y grites en el desierto
Y busques un enemigo al que ganar la guerra

Mira hacia el cielo
Baja la guardia
Y pase la tormenta
Que no estás solo
Que estás de espaldas
Y no te das ni cuenta

Que todos esos…

—Muy apropiada la canción, señoría.

—Solo quiero dejar claro que estoy contigo en todo y que el pasado no va a volver.

—Eso espero. Cuéntame un secreto: ¿por qué Vin está metido en este lío?

—No es ningún secreto. Comenté con él que quería hacer algo especial para nuestro aniversario y oh, qué casualidad, también sabía que este es tu edificio favorito, no voy a preguntarte cómo. Me aseguró que podía mover un par de hilos para conseguir organizar algo aquí. Le pregunté cómo y él se encargó del resto, de modo que puedes considerarlo un regalo de tu amigo. Me dijo que te debía haber conocido a Anna y que estaba en deuda contigo.

—Un día pasamos por aquí con los niños, y como siempre me quedé mirando hacia arriba como una boba mientras ellos seguían adelante, hasta que Marco los llamó y ellos se volvieron extrañados, por eso sabe lo del edificio. No veas fantasmas donde no hay ni sombras. Además, ya has visto lo bien que está con Anna. Cuánto me alegro que se hayan dado una oportunidad. Anna está muy feliz y él también lo parece, además ella y Connor han congeniado a las mil maravillas.

—Es cierto, hacen una familia, o como quieras llamarlo, muy bonita. Connor parece hijo de Anna.

—Es cierto, se parecen ahora que lo dices.

La velada es maravillosa, bailamos y nos reímos como tontos, porque resultamos un poco patosos y no nos llevamos muy bien con el baile. Al final me quito los zapatos para acabar bailando descalza en el césped artificial. A las once y media de la noche me pregunta si nos marchamos, respondo que sí y le pregunto si puedo llevarme a casa algunas de las orquídeas. Los chicos contestan que se encargarán de enviar todas las que quiera. Les pido cinco; una para casa, otra para mi despacho en el hospital, una para Vin y otra para Jamie y George. A Anna se la llevaré yo a su consulta.

Cuando salimos al exterior, después de pasar una vez más por el bonito vestíbulo, una calesa nos está esperando. Nunca me ha gustado subir en un chisme de estos, pero el hecho de que Sam lo haya preparado logra que olvide mis reticencias y disfrute del paseo por Central Park y la posterior vuelta a casa.

—Ha sido una noche increíble. Eres único.

—Una noche especial para la persona más especial del universo, pero sospecho que no te ha gustado mucho lo del coche de caballos

—Nunca me ha entusiasmado mucho la idea de subir en esos cacharros antiguos, pero lo has organizado con toda tu ilusión. Además no es algo que hubiéramos hablado nunca.

—No lo sabía, siento no haber acertado, me parecía romántico.

—Contigo todo lo es. No te preocupes, ha sido precioso.

Nos besamos antes de salir del ascensor, lo que en un principio ha sido un beso tierno, cariñoso y dulce, se transforma en un huracán cuando traspasamos la puerta de casa. La tensión que habíamos acumulado durante la cena con las caricias por debajo de la mesa, las frases subidas de tono y el contacto de nuestros cuerpos pegados al bailar, consiguen que no seamos capaces de llegar dormitorio. Los abrigos acaban tirados en el suelo, y la ropa desparramada por el pasillo. Solo nos queda la ropa interior, en mi caso solo el tanga y las medias y en el suyo el bóxer del que se deshace antes de llegar al sofá. Me empuja para caer encima de mí en la mullida tapicería gris, separa mi ropa interior y se infiltra en mi interior arrancándome un torturador gemido. Ni siquiera me he quitado las medias ni los zapatos. Mis piernas rodean su cintura mientras sus embestidas se hacen más y más intensas rozando a la vez mi zona más placentera. Mis pechos se mueven al ritmo de sus embates, se incorpora para verme mejor, pero lo único que deseo es que no pare, que siga moviéndose hasta el fondo, que alcance mi cérvix y me haga estallar en mil pedazos.

—Martina, tócate, quiero ver el placer en tus ojos, hazlo, preciosa.

—No me hace falta, estoy casi a punto.

Atrapa una de mis manos y la lleva a una de mis crestas erizadas, decido seguirle el juego y me acaricio, tironeo de los pezones, él hace lo mismo con sus dientes en la otra, provocándome miles de sacudidas y escalofríos que descienden por mi cuerpo hasta llegar mi sexo, absorbiendo al suyo en cada contracción del orgasmo que se está fraguando a una velocidad vertiginosa.

—Eso es, Martina, no sabes cómo me excita verte así, tu placer me lleva al límite una y otra vez. Estás muy cerca, lo noto, hazlo, dámelo, Martina córrete conmigo.

No puedo esperar nada más y con sus palabras y un tirón de mi pezón exploto sin retardarlo más, al tiempo que noto a Sam vaciarse en mi interior. No deja de moverse hasta que mis sacudidas han cesado, y mi respiración vuelve a normalizarse.

—¿No podías esperar a llegar al dormitorio, señor juez?

—Siempre te quejas con retraso. Durante el polvo no te oigo más que gemir, suspirar y pedirme más —responde devorando mi boca de nuevo.

Me atrapa en sus brazos y me lleva en volandas al dormitorio, donde sin darme tregua empieza a recorrer mi cuerpo con sus labios, con sus hábiles dedos hasta llegar a mi sexo, devorándolo con delirio hasta conseguir que me corra de nuevo en un tiempo récord. Después me penetra sin estar listo del todo, pero poco a poco recupera su ímpetu y seguimos amándonos hasta caer rendidos, sin ser conscientes del tiempo que ha pasado ni de la hora que es.

Meses después…

Han llegado las vacaciones del cole y con ellas el problema de no saber qué hacer con Marco. Cuando vivíamos en España, el niño pasaba todas las vacaciones con mis padres en Santillana, mientras yo iba y venía los días libres. Pero ahora llevarlo allí y dejarlo tanto tiempo sin poder verlo se me hace un mundo, y lo peor es que Sam y yo no coincidimos el turno de vacaciones más que tres días. Al ser los últimos en incorporarnos hemos tenido que adaptarnos a los demás. Yo disfruto de unos días en julio y él en agosto y ha sido imposible lograr que coincidan nuestras vacaciones porque todo el mundo ya había hecho planes. Solo de imaginar que no podemos disfrutar de la familia ni siquiera unos días me está empezando a agobiar.

Unknown:

No vayas a pensar que me he olvidado de ti, solo ha sido un pequeño compás de espera. Sigo aquí, vigilando tus pasos. Disfruta tu

felicidad mientras puedas, ya no te queda mucho tiempo. Tic, tac, tic, tac...

Hace meses que no entraba ningún mensaje y ahora esto. No puede ser cierto, tiene que ser una broma pesada. El móvil está a punto de caer al suelo por mis temblorosas manos. Pensé que era Carol, siempre nos escribimos a esta hora, y he desbloqueado el móvil pensando que era ella.

—Martina, ehh, nena. ¿Qué pasa? —Le tiendo el teléfono a mi marido, lee el mensaje y su mirada se oscurece al momento, dominada por la ira—. Maldito hijo de puta. Cariño, estamos aquí, no puede hacerte daño. Voy a mandárselo a la policía española y hablaré con Marta a ver qué puede decirme. No te preocupes.

Aunque su tono es calmado, sé que no lo está en absoluto. La tensión de su mandíbula se hace patente incluso por debajo de la barba.

Cada vez que entra un mensaje o un correo mi estabilidad se tambalea, hacía meses que no me amenazaban, pensé que esto había acabado, pero estaba equivocada ¿Nunca conseguiré disfrutar de una vida tranquila?

Hemos hablado con José, el agente asignado a mi caso, y me ha dicho que no han sido capaces de identificar el número de móvil donde emiten los mensajes ni la IP desde la que se envían los correos. Unas veces les aparece localizado en Filipinas y a la media hora en Kazajistán, o algo así. He cambiado de número de teléfono varias veces desde que recibo los mensajes y aun así, cuando por fin creo que me he librado, vuelven a llegar una y otra vez.

Los siguientes días son muy extraños, no puedo evitar encerrarme en mí y Sam y Marco lo notan, pero no me apetece reír ni hacer nada que no sea ir a trabajar y volver a casa y encerrarme en mi despacho o en el dormitorio, leyendo o escuchando música. Marta ha contactado conmigo intentando tranquilizarme, asegurando que donde estoy nadie puede hacerme daño, que mi ex ni siquiera sabe que vivo en Nueva York. ¿Pero entonces quién me amenaza?

Finalmente decidimos que Marco se vaya a España para apartarlo de este ambiente enrarecido. Iba a llevarlo yo pero vendrá mi hermana a recogerlo, porque después de las amenazas que se han vuelto a repetir todos los días durante más de una semana, ni Sam quiere que me aparte de su lado ni yo estoy muy segura de ir tampoco.

—Marti, hermanita, no tengo ni idea de quién te está haciendo esto, pero no creo que ese cabrón se atreva. Joder, está en prisión y en una silla de ruedas meando por un tubo en una bolsa, no lo veo capaz.

—Pero me amenazó de muerte antes de entrar en la cárcel, ¿por qué no va a seguir haciéndolo?

—Porque su situación no es la misma. No es capaz de valerse por sí mismo, como ya sabrás. Y ahora arréglate, deja de lamentarte y aprovecha que estoy aquí para irnos de compras, tengo la intención de llevarme algunos conjuntitos de esos de Victoria que no llegan a España.

—¿Todo bien con Pablo?

—Mejor que nunca, por eso me apetece sorprenderlo.

—No tengo mucha gana de ir de compras.

—Precisamente por eso. Venga, ponte divina y vamos.

Entro al dormitorio justo cuando Sam sale de la ducha, hace días que ni nos tocamos, nada habitual en nosotros, pero todo esta situación se me está haciendo muy cuesta arriba y no sé cómo gestionarlo. Mis ojos recorren su cuerpo, y aunque no es el momento, me recreo en el abultamiento que la toalla apenas oculta desde que me ha visto entrar en la habitación. No sabe muy bien cómo reaccionar y se acerca con timidez. Parece otra persona a causa de que no he estado muy receptiva, ni siquiera un poco, para qué nos vamos a engañar. En muchas ocasiones lo he apartado sin darle más opciones.

—¿Sales? —pregunta sin acercarse del todo.

—Sí. ¿Te importa quedarte con Marco? Carol me ha pedido que vaya con ella a comprar unas cosas antes de irse.

—Ve tranquila, y si te apetece comer con ella dímelo e inventaré algún plan con el niño.

—Sam, yo...

—Shh, no tienes que dar ninguna explicación. —Estamos tan cerca que puedo sentir su respiración en mis labios. Mis alarmas se disparan y me doy cuenta que me hace falta. Me acerco a sus labios, despacio, solo para dejar una caricia en ellos pero no puedo evitar acabar devorándolo con ansia—. Joder, nena, si me haces eso después de tantos días yo no respondo.

—Espera.

—¿Qué?

Salgo de la habitación y le digo a mi hermana que he decidido darme una ducha antes de vestirme. Entro en el dormitorio de nuevo y descubro a Sam trasteando en el armario, imagino mirando qué ponerse. Sigue ataviado solo con la toalla, y al contemplar los músculos de su espalda tensarse y relajarse mientras se estira para coger las cosas, me pongo a mil.

—¿Qué tramas, morena? —Me acerco y le despojo de la toalla. Su sexo está casi en reposo, pero no es algo que me preocupe mucho. Lo acaricio despacio, pillándolo por sorpresa—. No tienes que hacerlo, dice en mi oído con la voz ronca.

—Todos tenéis razón, he estado comportándome como una estúpida, ya está bien de lamentarme. Te necesito, me acabo de dar cuenta.

Mis palabras y mi mano consiguen que en poco tiempo empiece a estar listo. Lo arrojo a la cama sin dejar de subir y bajar la mano por su polla, cada vez más contenta de haberme conocido. Me deshago de mi bata y me subo el escueto camisón, lo tumbo de un leve empujón y, sin esperar más, me subo encima para introducirlo en mi sexo ya mojado.

—No eres una estúpida. Ahh... joder, nena, ya estás lista. Dios, eres una puta delicia.

Cabalgo una y otra vez subiendo al límite y bajando sin piedad hasta el fondo, al tiempo que sus manos juguetean con mis pezones, acariciándolos, rozándolos levemente, para a continuación atraparlos entre el pulgar y el índice y tirar de ellos, enviando sacudidas dolorosamente placenteras a mi sexo encendido. Los días de abstinencia me recuerdan que no puedo dejarlo tanto y antes de empezar a disfrutarlo, un terremoto me sacude de pies a cabeza como las maracas de Antonio Machín. —Por Dios, Martina, vas a matarme, me la vas a arrancar —consigue decir mientras continúo moviéndome notando cómo las contracciones lo absorben sin piedad.

—Te quiero, Sam. Perdóname por estos días.

Me da la vuelta y queda encima de mí, me sujeta los tobillos con sus manos, dejándome con las piernas completamente abiertas y arremetiendo con fuerza en mi interior. Unos segundos más tarde se corre como una bestia en celo, tal como yo lo he hecho antes.

—Yo también te quiero. Eres mi diosa, nena —gime en mi oído dejándose caer sobre mí, rodando a continuación para quedar de lado el uno junto al otro—. Si cada vez que me tengas a pan y agua vas a acosarme de esta manera, no me importa que lo hagas de vez en cuando.

—Lo siento de veras. Entiéndelo, todo esto se me está haciendo muy difícil. El niño, las amenazas, no poder disfrutar las vacaciones juntos…

—Martina, cariño, ¿quieres que volvamos a España?

—No, no puedo, al menos no de momento.

—Haré lo que tú desees, pero si vas a estar mal, quizás deberías pensarlo.

—Cuando crea que puedo, te lo diré. Serás el primero en saberlo.

—De acuerdo, amor. Deberías darte una ducha, aunque con el

brillo de tus ojos es suficiente.

—¿Crees que mi hermana es tonta?

—Desde luego que no, las hermanas Gutiérrez de tontas no tenéis un pelo. Venga, cariño, yo me encargo de Marco. Disfruta con Carol.

—Gracias.

21

La justicia, aunque anda cojeando, rara vez deja de alcanzar al criminal en su carrera.

(Horacio)

La mejor medicina de todas es enseñarle a la gente cómo no necesitarla

(Hipócrates)

Samuel

Entiendo que el sexo no sea importante para todo el mundo, pero para nosotros sí lo es y estos días en los que mi mujer no me ha dejado ni acercarme me han confirmado que no se encuentra nada bien. Lo peor es que no puedo hacer nada. Por más que me estruje la cabeza para ver cómo puedo ayudarla, no se me ocurre nada. Las últimas semanas no están siendo fáciles, recibe mensajes y correos amenazantes casi a diario y no encuentran el origen.

Lo fácil sería pensar que es el cabrón de Guillermo quien, de alguna manera, la está atormentando, pero ¿y si no es así? Quizás sea coincidencia o no, pero lo cierto es que durante los meses en que ese malnacido se ha estado recuperando de su fatal accidente, no ha llegado ni un solo mensaje, pero ahora, aunque haya quedado lisiado en una silla de ruedas, han vuelto con más fuerza y entiendo que esté asustada. A todo ello se suma que los planes de vacaciones que con tanta ilusión habíamos preparado, se han esfumado como por arte de magia. Lo mejor para todos es que el niño se vaya con los abuelos a pasar el verano y así lo apartamos de toda esta incertidumbre. Es por eso por lo que ha venido Carolina, porque mi chica no se ve con ánimos de ir a casa y volver después.

Espero que cuando vuelva de pasar el día con su hermana se encuentre mejor. Carol tiene ese don, le pone las pilas cuando es necesario y la apoya incondicionalmente incluso en la distancia. Cuando yo no vivía con ellos, ella era quien me informaba de todo lo que ocurría. Ella también me empujó a que no le hiciera caso y me viniera con ellos. Siempre estaré agradecido a que me echara una

mano.

Voy a planear algo con el niño hoy, no sé si alquilar un coche y llevarlo a Long Beach a pasar el día en la playa y volver después de comer, o mejor ir en tren. Creo que preguntaré a Vincent, a ver qué me recomienda.

Al final Connor y él se han apuntado de modo que vamos en su coche. Los niños disfrutan del trayecto y nosotros charlamos a ratos, otros simplemente me dedico a contemplar el paisaje a través de la ventanilla. En una hora más o menos estamos dejando el coche en el parking del hotel Long Beach, para no dar muchas vueltas buscando aparcamiento. Saca del maletero un pequeño arsenal de cubos, palas, una pelota, una sombrilla. Cuando creo que ya lo llevamos todo coge una pequeña nevera y me la tiende.

—¿Todo esto lo has improvisado en un momento? Eres el puto amo de la organización. Porque no me gustan los tíos y estoy casado, si no te pediría matrimonio.

—Ja, ja, ja, soy un tío soltero con un niño pequeño, si no improviso no haría nunca nada. Entre mis horarios y que no me gusta que Connor pase mucho tiempo con nadie, me tengo que organizar.

Encontramos un sitio cerca de la orilla, hay gente pero no demasiada para ser primeros de julio. Nada más llegar, los niños deciden ir a probar el agua, así que dejamos las cosas tapadas con la toalla y los seguimos hasta la orilla. Marco sabe nadar y Connor también, pero el mar está un poco picado y hay algunas olas más grandes de la cuenta para un niño de su edad. No queremos perderlos de vista.

Cuando se cansan de saltar entre las olas y prefieren jugar con la arena, Vin y yo nos vamos hacia las toallas y nos sentamos. Me ofrece una cerveza que acepto encantado después del rato de juego con los niños. Al poco rato los volvemos a embadurnar de crema, Connor tiene una piel muy clarita y Marco, a pesar de broncearse con facilidad, Martina no permite que esté sin protección ni un rato. La echo de menos, aun sabiendo que está divirtiéndose con su hermana, pero no puedo evitar extrañarla. Es tan dulce, sensible, cariñosa y a la vez tan sensual, en ocasiones tan ingenua, que me dan ganas de abrazarla y no soltarla nunca para que nada pudiera dañarla.

—Ehhh, colega, estás completamente ido —me dice Vin.

—Perdona, ¿qué decías?

—Martina, ¿verdad?

—Sí. Siempre la echo de menos cuando no está.

—Es muy especial. Tienes suerte. Te envidio.

—Lo es. Y no lo ha tenido fácil. Es simplemente distinta. Aunque no entiendo por qué me envidias, a ti se te ve muy bien con Anna.

—Tienes razón, estamos muy bien juntos. No pensé que a estas alturas alguien entraría en mi vida con esa fuerza y con intención de quedarse, sin pretenderlo, ni buscarlo siquiera. Ojalá nunca se dé cuenta que mi vida no es tan fácil y que ser padre no es un chollo. Pero se lleva con el niño a las mil maravillas, es dulce y cariñosa, pero firme si ha de serlo.

—No sabes cuánto me alegro. Estas pequeñas cosas nunca las había tenido en cuenta hasta que encontré a Martina.

—¿Pensáis tener más hijos?

Le cuento los temores de mi mujer pero le digo que no es algo que me importe. Para mí, Marco es mi hijo a todos los efectos, y lo quiero tanto como si fuera biológico. Decido contarle la historia de Martina y mía desde el principio, desde el día que pisó la sala de mi juzgado por primera vez y cuando nos reencontramos meses después. Descubro que ella no le había contado nada en profundidad, ni siquiera la odisea de malos tratos vivida con su ex. Escucha con atención mientras no pierde de vista a los niños, que juegan con la arena y los cubos ajenos a todos los dramas que se desarrollan en su entorno.

Me abro con él y finalmente le cuento cómo en los últimos días las amenazas han hecho mella en el ánimo de Martina. Se queda pensativo un momento, dando vueltas a la cerveza en la mano, hasta que me ofrece todos los medios a su alcance, todas sus influencias, para intentar saber quién está detrás de todo. Se lo agradezco pero contesto que no podemos hacer nada salvo estar alerta con su ex.

A la hora de la comida, los niños no ven el momento de dejar la playa, de modo que Vincent se ofrece a ir a buscar algo de comida para llevar mientras yo me quedo al cuidado de ellos. Nos damos un baño a la espera de la comida y cuando ven llegar al bueno de Vin cargado de bolsas de papel, salen corriendo salpicando agua a todos los que están tumbados en la arena, hecho que algunos no asimilan con humor. Me fijo en dos chicas que no nos quitan ojo a Vin y a mí, cuando se dan cuenta que las miro, me saludan con una mano mientras no dejan de sonreír.

—Aquellas chicas de allí no se pierden detalle —observo a Vin mientras señalo con un gesto en dirección a ellas.

—¿Quieres que dejen de hacerlo?

—Me das miedo —contesto divertido.

—Sígueme el rollo.

Se acerca a mí de forma teatral, y hace como que sacude agua imaginaria de mi cara, acariciando mi pelo. Observo de reojo que las chicas siguen mirando y murmullan entre ellas. De pronto, Vin roza mi mano y enlaza sus dedos con los míos. No sé cuánto tiempo podré aguantar la escena sin partirme de risa.

—No es la primera vez que haces esto ¿verdad?

—No. Confieso que a veces he tenido que usar esta táctica para no tener que rechazar a ninguna chica abiertamente en alguno de mis locales.

—Eres un caso. Mira, ya han perdido el interés.

En efecto, las chicas se han dado la vuelta y hablan entre ellas.

—No falla. No me digas que nunca han intentado ligar contigo cuando vas con el niño.

—Si te digo la verdad, nunca me he fijado. No es algo que me importe.

Sobre las cinco de la tarde, con los niños agotados por el juego, el sol y el agua, tras darnos un breve remojón en las duchas de la playa, ponemos rumbo a casa.

Yo:

Hola, preciosa, ya vamos camino de casa, con los niños muertos de cansancio, medio adormilados en el coche. ¿Qué tal con tu hermana?

Martina:

Muy bien, pero echo de menos a mis chicos. ¿Os ha gustado la playa?

Yo:

Sí, pero yo también te he echado de menos. Te veo un rato. Te quiero, doctora.

Un poco antes de llegar a casa noto a Marco algo triste.

—Marco, cariño, ¿estás bien?

—Sí, pero yo… —vuelve la cabeza hacia la ventanilla del coche con una mueca que parece un puchero.

—¿Qué?

—Es que no *quero* pasar todas las vacaciones sin *vosotos*.

—Pensé que te hacía ilusión pasar el verano con los abuelos y con Pablo. —Vincent aparta la vista de la carretera y me mira sorprendido.

Cuando estamos con ellos solemos hablar en inglés, aunque Vincent habla también español, pero esta vez Marco se ha dirigido a mí en nuestra lengua materna.

—Es que cuando he estado con los abuelos, mamá iba a verme, pero como estaré muy muy lejos, no podrá.

—Cariño, podemos hablarlo con mamá y buscar otra solución.

—Nooo, papi, por favor. No *quero* que mamá se ponga *tiste*.

—Está bien, veremos lo que hacemos.

Cuando llegamos a casa, Martina y Carol ya han vuelto y están tomando una copa de vino en la terraza, es casi la hora de la cena y en casa huele de maravilla. El pequeño corre a abrazar a su madre y no para de darle besos y mimos. Me mira un poco sorprendida ante la efusividad del niño, y le indico con la mano que más tarde se lo cuento. Lo lleva a la ducha entre risas y carantoñas mientras soy yo

quien se queda con Carolina en la terraza.

—¿Qué tal vuestro día?

—Genial, me hacía falta pasar un día así. Echo muchísimo de menos a mi hermana. Siempre hemos estado muy unidas y esto es duro, para mi hijo también.

—Lo entiendo, yo también extraño a mi familia, a mi hermana, ya sabes cómo es, pero la quiero y añoro sus salidas de tono, sus interrupciones, sus llegadas sin avisar y su empeño en buscarme una novia entre sus insufribles amigas. Menos mal que encontré a Martina, no imaginas la de citas que me llegó a organizar.

—Ja, ja, ja, tu hermana es un caso perdido, pero me encanta. Hemos quedado con los niños un par de veces desde que estuvimos aquí.

Le detallo lo que me ha dicho el niño y su preocupación se hace evidente, quedamos en hablarlo con Martina cuando el niño se duerma.

A pesar de todos los contratiempos, conseguimos sobrevivir al verano. Martina pudo viajar una semana a España para ver al niño, al que conseguimos convencer para que se fuera con su tía, y yo hice lo propio unas semanas después. Los escasos tres días que Martina y yo coincidimos de vacaciones, Vin nos ofreció su casa de los Hamptons y nos fuimos a descansar y relajarnos. Coger un vuelo a casa y volver en tan poco tiempo no era una opción. Al final mi chica solo se tomó unos días de vacaciones, no todos los que le correspondían, en un esfuerzo de mantener su mente ocupada. Al día siguiente de volver de ver al niño se incorporó al trabajo. Lo que no hizo fue ninguna guardia en ese tiempo que debió estar de descanso.

Antes de darnos cuenta ha llegado la navidad de nuevo y, por desgracia, tampoco podemos ir a casa. Esta vez solo vienen nuestros padres; ni mi hermana ni Carolina han podido volar para pasar con nosotros estos días, de modo que nuestros progenitores, tras pasar la nochebuena y la navidad con nosotros, el día treinta se marchan para pasar el resto de fiestas con nuestras respectivas hermanas.

—Sam, —no sé si me gusta ese tono de voz de Martina ni el color que adquieren sus ojos cuando me llama.

—¿Ocurre algo? —Acaba de llegar de trabajar y parece preocupada. Saca un sobre de su bolso y me lo tiende. Lo abro y al primer vistazo no doy crédito a lo que aparece escrito con esa anodina letra Times New Roman—. ¿Martina, es cierto? ¿Pero cómo?

—No lo sé, ni el ginecólogo tampoco, son diez semanas, Sam.

—Ay, nena, es una noticia increíble.

No puedo creerlo, Martina está embarazada de diez semanas y ni siquiera lo sabíamos, al menos yo no. Noto mis ojos humedecerse y la abrazo sin dejarla casi respirar. No dice nada, pero la oigo suspirar ruidosamente y estremecerse en mis brazos, me separo de ella para comprobar que está llorando.

—¿Estás bien, cariño?

—Síii, no sé cómo ha pasado, ni sabía cómo te lo tomarías, yo…

—Como ha pasado es más que obvio, pero si quieres te lo explico o te pongo un ejemplo, y en cuanto a lo otro, es un regalo, como tú, otro regalo maravilloso que me hace la vida sin que lo merezca. —La atrapo por la cintura y giro con ella sin dejar de sonreír como un idiota.

—Para, por favor, para, o te vomitaré encima. Hoy tengo un día muy raro, por eso fui a hacerme la analítica. Me sentía cansada y pensé que podía ser anemia, y mira la sorpresa.

—Pero has seguido teniendo la regla.

—No es lo habitual pero a veces pasa.

—Pues benditas veces. —Cojo su cara entre mis manos para perderme en el dulzor de su boca—. Es el mejor regalo de San Valentín que podías hacerme.

—Estoy bien, todo está bien aunque parezca un milagro. El bebé está perfecto y yo ya ves, ni me había dado cuenta.

—Entonces, ¿podemos seguir con los planes de viajar a Madrid para finales de mes? Sabes que es el cumpleaños de Hugo.

—Claro, me apetece mucho viajar para ver a nuestra familia y a los amigos. Cuesta mucho estar alejado tanto tiempo, lo malo es que igual no nos da tiempo de ir a Santillana a ver a mis abuelos.

Han pasado unos días y todavía me cuesta creer que seremos padres en agosto. Esta misma mañana cogeremos un vuelo para España. Cuando mis padres se enteren van a alucinar. Quién me hubiera dicho hace un par de años que iba a tener un hijo con aquella chica destrozada que entraba en mi juzgado y tanto me impactó, sobre todo por la fuerza que tenía su mirada.

En el aeropuerto nos recoge mi hermana y nos lleva directamente a

casa, al piso que aún mantengo. A medio día vamos a comer a casa de mis padres y por la tarde a casa de los padres de Martina, donde se queda a dormir mi hijo, porque por la noche tenemos la cena de Hugo.

En la celebración, Hugo nos presenta a su chica, una espectacular pelirroja con los ojos más azules que he visto nunca. Es preciosa y muy simpática, y por lo que veo lo tiene totalmente embrujado. Le cuenta a Martina que su sobrina lleva en coma un tiempo por un problema neurológico provocado por un fatal accidente de coche donde murieron sus padres. Hugo le ha dicho que es una neurocirujana muy buena y estaría encantada si accede a echar un vistazo a las pruebas de la niña, cosa que mi chica acepta sin dudar ni un segundo.

Unos días después y con el ánimo más triste, embarcamos de nuevo hacia nuestro hogar, ese que hemos formado en la Gran Manzana, y que a pesar de estar muy bien, nos hace añorar nuestro país un poco más cada vez que volvemos.

El embarazo marcha genial, ahora empieza a notarse algo abultada su barriga, sobre todo al final del día, y para colmo mi mujer tiene las hormonas revolucionadas y me tiene en jaque todo el día. El sexo con ella siempre ha sido de diez, pero ahora creo que es de mil o de un millón.

En un par de semanas nos dirán si es niño o niña y podremos decidir qué nombre le ponemos y qué vamos a hacer cuando nazca, si permanecemos aquí de forma indefinida, o por el contrario nos planteamos la posibilidad de volver a España.

El día de la ecografía y de la revisión rutinaria, Martina está algo nerviosa. Dice que se encuentra rara, está de casi veinte semanas y su barriguita empieza a ser evidente a vista de cualquiera. De vez en cuando nota cómo se mueve, aunque yo todavía no he logrado sentirlo.

Cuando llego al hospital a la hora que ella me ha citado, vamos al ala materno-infantil y la doctora Flinn nos pide que aguardemos un momento porque está atendiendo una llamada urgente. Tras unos minutos de espera, por fin nos dicen que pasemos.

—Martina, ¿estás mejor? No tienes muy buena cara.

—No sé, es una sensación, pero seguro que cuando le veamos se me olvida todo.

Le pide que se suba en la camilla, que se baje el pantalón y las braguitas y acto seguido extiende por su abdomen un pringoso gel transparente. No podré olvidar jamás la sensación y las emociones que para mí supondrán ver y escuchar a mi hijo por primera vez.

La doctora mueve el transductor a un lado y otro, presiona algunas

teclas del ecógrafo, sube el volumen y su cara cambia de un segundo a otro. El bebé no se mueve, le empuja con la sonda para poder ver bien sus órganos, pero no se oye nada, no hay movimiento, no hay latido.

—Rose, ¿qué pasa? —pregunta Martina angustiada.

—Martina…

—Joder, Rose, dime que está bien, ¿por qué no se mueve? No escucho su latido y debería oírse claramente.

Poco a poco la voz de Martina se va apagando al ser consciente de que nunca más volveremos a escuchar el latido del pequeño corazón de nuestro hijo. No podemos saber su sexo, yo al menos no quiero saberlo. Gruesas lágrimas ruedan por las mejillas de mi mujer sin que yo pueda hacer nada por paliar el dolor que está sintiendo ahora mismo.

—Lo siento, no sé qué ha podido pasar. La última revisión fue perfecta, no había ningún indicio de que pudiera pasar algo.

—Martina, cariño, oye —intento llamar su atención tratando de que reaccione.

Mi mujer ya no me oye, no me mira, sus ojos anegados están fijos en el monitor que nos muestra a un ser nonato sin vida. Esa pequeña muestra del amor que nos tenemos el uno al otro ha desaparecido, ya no está, aunque su pequeño cuerpecito siga ahí. Tengo su mano cogida entre las mías y la noto sin fuerza, sin ganas de luchar.

La ginecóloga nos recomienda provocar el parto, pero Martina sigue sin reaccionar. No puedo imaginar lo puede ser llevar a término un parto en el que ya no hay un pequeño ser que te mira como si fueras lo único en su vida. Según ella, aunque el proceso sea más duro, es mejor que una cesárea o un aspirado para extraer el feto.

Martina

No puedo creer lo que estoy viendo en esa ecografía. El cuerpecito de mi bebé, ese gran regalo que el amor nos ha hecho, de repente se ha evaporado. No se mueve, su pequeño corazoncito no late, no sabemos en qué momento ha dejado de hacerlo, solo que ya no está. Ahí solo hay una carcasa vacía, un muñeco sin vida, mi pobre bebé, al que nunca veré reír con las gracias de su hermano, al que no podremos consentir o regañar, al que no podré oler, no podré acurrucarlo mientras mama. Se ha ido para siempre.

—Martina, ya sé que es duro, pero si te has quedado embarazada, puedes volverlo a hacer —dice la ginecóloga—. No sé quién te dijo que era más difícil, porque no es así. Te has quedado encinta tomando anticonceptivos, eso sí es mucho más complicado, y lo habéis hecho. Ahora es el momento de tomar la decisión más dura, ya te he dicho lo

que te recomiendo, pero tú decides.

—No me importa lo más mínimo cómo lo saquéis de ahí, me da igual, solo quiero irme a casa y estar sola.

Me preparan para inducirme al parto mientras Sam se ocupa de llamar a Jamie y contarle todo lo ocurrido. Mi madre se empeña en volar para acompañarme pero le digo que no es necesario, solo quiero que todo esto termine cuanto antes y poder marcharme a casa, meterme en la cama y fingir que todo esto no ha pasado, que solo ha sido un sueño del que me acabo de despertar.

Cuando el gel comienza a hacer efecto y las contracciones se apoderan de mi cuerpo, les pido por favor que me pongan anestesia, no quiero sentir nada para después irme a casa con las manos vacías.

—Martina, mi amor, ya sé que nada de lo que pueda decir sirve ahora, pero quiero que sepas que estoy aquí, que siempre lo estaré, habla conmigo. Llora, grita, lo que sea, pero no te quedes callada.

—Estoy bien, no te preocupes. Solo quiero ir a casa y abrazar a Marco. Olerlo, sentirlo y que me haga reír con sus palabras mal dichas. ¿Quieres saber lo que hubiera sido?

—No quiero que sea más doloroso. ¿Tú sí?

—No lo sé. —Es cierto, no sé si quiero saberlo, barajábamos varios nombres, tanto de niño como de niña, pero ahora prefiero pensar que ese pequeño ángel estará cuidando de nosotros allá donde vaya—. Quizás sí debamos saberlo.

Le pregunto a Rose y me dice que era una niña. No puedo evitar derramarme de nuevo mientras el resto del mundo sigue girando y un trozo de mi alma me abandona para marcharse con ella. Decidimos que se hubiese llamado Esperanza, porque eso era lo que traía a nuestras vidas, un rayito de luz, de esperanza, haciendo realidad la remota posibilidad de tener un hijo de los dos, fruto de nuestro amor.

Cuando todo termina y el sueño definitivamente se acaba, nos preguntan si queremos despedirnos de ella. Sam me mira indeciso, pero yo respondo que sí. Es tan pequeñita que cabe en una mano, le hago una especie de cunita con las dos manos y la acojo en ellas. Está perfectamente formada, es una muñequita minúscula a la que no le falta nada, aún no tiene el color de la piel que estamos acostumbrados a ver, es casi transparente. Sam parece perdido, el equipo que me ha atendido sale un momento dejándonos a solas con nuestra pequeña hija y el dolor desgarrador de saber que nunca será nada más que un recuerdo.

—¿Estás segura de esto, cariño?

—Puedes salir si no quieres o no te ves capaz de estar aquí. Necesito despedirme de ella, es lo único que puedo hacer ya.

—No te dejaré sola.

—Cariño, mi bebé, tú nos has llenado estas semanas de ilusión, algo para lo que no estábamos preparados y mucho menos esperábamos. Has sido el más maravilloso de los sueños. Solo quiero pedirte una cosa: desde ahí arriba, desde donde estés, cuida siempre de tu hermanito y de nosotros, de toda tu familia, que te quería sin haberte visto aún. Siempre estarás en nuestros corazones y nunca te olvidaremos.

Dejo depositado un suave beso en su pequeña cabecita. Mi marido se acerca y me tiende las manos para cogerla él también. De sus labios sale un *te queremos, pequeña* y un tierno beso. A continuación, me mira con infinita tristeza y se dirige hacia la salida del paritorio donde el personal está esperando.

Todo ha acabado, toca irse a casa con las manos vacías, al igual que el alma. Deciden que me quede esta noche en el hospital en observación. Le pido a Sam que se marche a casa para estar con Marco, a descansar de estas horas tan terribles, pero responde que no, que no va a dejarme sola en estos momentos. Entonces la puerta se abre y entra Anna, que se ha convertido en algo más que una amiga. Se acerca a nosotros y saluda a Sam con un abrazo y un beso en la mejilla. Cuando llega hasta mí, me abrazo a ella sin poder evitar llorar de nuevo.

—Marti, no hay palabras que yo pueda decir que te sirvan de consuelo, pero estoy aquí para lo que necesites. Me quedo contigo esta noche y que Sam se vaya a casa con Marco.

—No me voy a ir.

—Samuel, el niño te necesita, no debería estar con otras personas en estos momentos. Me quedaré con ella, cualquier cosa te aviso.

—No os quedáis ninguno —intervengo en la conversación—, tú acabas de salir de una guardia y Sam, tienes que descansar y cuidar de nuestro hijo.

Al final me convencen porque Sam accede a irse y no hay quien eche a Anna de la habitación. Cuando él se ha marchado vienen Jorge y Jamie, que tratan de brindarme su apoyo y consolarme sin conseguirlo. No sé si voy a poder superar esto, pero Sam y Marco me necesitan al cien por cien y mis pacientes también, de modo que lo intentaré.

Al poco de marcharse mis amigos aparece Vin, se queda un rato mientras Anna baja a comer algo. Apenas hablamos, pero saber que hay tanta gente que se preocupa por mí resulta reconfortante.

—Martina, no tengo ni idea lo que puedes sentir, no imagino el dolor tan grande que estás sintiendo, pero quiero que sepas que puedes contar conmigo y con Anna para todo. —Llevan unas semanas viviendo juntos y su relación es muy estable, se han adaptado muy bien a los horarios de ambos y el niño está encantado con ella.

—Lo sé, Vin, no tienes que decirlo. Sois unos grandes amigos.

Llega Anna de nuevo y cuando Vin se marcha, sale con él de la habitación para despedirse. Están felices y no pueden ocultarlo. Me alegro por ellos, se lo merecen todo.

—Bueno, nena, ya estoy aquí para la fiesta de pijamas —dice Anna risueña al entrar de nuevo.

—Al final hasta me vas a hacer reír, eres una auténtica payasa. Gracias por todo.

—No puedo hacer nada más por ti, debe ser durísimo todo esto, no soy capaz de imaginarlo, pero supongo que podréis intentarlo de nuevo. Eres joven y si te has quedado embarazada con anticonceptivos, solo tienes que dejarlos de tomar.

—No creo que me lo plantee en un tiempo. Estaba segura de que no podría quedarme embarazada y esto rompió todos mis esquemas. No sé lo que haremos después. ¿Quién dice que no vuelve a pasar lo mismo?

—¿La estadística? No seas negativa, estabas genial en los últimos meses, no te vengas abajo. He visto familias destrozadas por cosas parecidas y no quiero que la vuestra sea una de ellas. No rechaces a Sam y déjalo ayudarte a la vez que lo haces tú con él.

—No pienso rechazarlo, ahora mismo lo único que deseo es irme a casa y acurrucarme con ellos en el sofá y dejar que el tiempo pase. A ver cómo se lo contamos a Marco, estaba muy entusiasmado con el bebé.

—Lo sé. Pero no te preocupes por eso ahora. Tómate unos días de descanso, recupérate y después ya veréis lo que hacéis.

Al día siguiente me dan el alta y me voy para casa con todas las secuelas de un parto, pero sin un bebé al que adorar.

Las primeras semanas son duras, a medida que mi cuerpo se va recuperando, mis ganas de seguir adelante también. Sam es todo un ejemplo, se ha pedido unos días en el despacho y se ha quedado conmigo, encargándose de todo. A Marco le contamos que su hermanita se fue al cielo y desdeese lugar nos cuidará a todos, tenía un problema de salud y allí estará mejor. Hace casi dos meses que ni siquiera nos hemos tocado. En los momentos en que la cosa se ponía un poco más intensa siempre le he puesto alguna excusa y en la última semana ni lo ha intentado. Sigue siendo cariñoso y dulce conmigo, pero en sus ojos hay algo que no he visto nunca, la sombra de un rechazo o la incertidumbre de no saber qué está pasando y si volverá a ser todo como antes…

Hoy al salir del hospital después de una dura jornada de trabajo, me encuentro bien por primera vez. La tristeza va dejando paso a la resignación, y tal vez, solo tal vez, en un futuro me plantee la

posibilidad de decirle a Sam si quiere que volvamos a intentar tener un hijo. Las palabras que Anna me dijo en el hospital tras perder a Esperanza resuenan en mi mente una y otra vez. Paso por una tienda de lencería y me detengo frente al escaparate, y por una vez en todo este tiempo, la idea de que Sam me vea con alguno de estos conjuntos me excita. Entro a curiosear un poco y al final decido comprar un par de ellos. Un corsé rojo con lazos y un tanga a juego, y un no sé muy bien cómo definirlo en color negro, porque solo son tiras y más tiras que se entrelazan formando una especie de *body* con una abertura en la entrepierna y unos encajes en forma de flor que cubren justo los pezones. Hoy es viernes y Sam sale más tarde de trabajar, así que planeo una cena especial con uno de estos conjuntos.

22

El médico trata, pero la naturaleza sana
(Hipócrates)

Si la justicia existe, tiene que ser para todos; nadie puede quedar excluido, de lo contrario ya no sería justicia.
(Paul Auster)

Meses más tarde…

Martina

Estoy nerviosa, llevo unas semanas de retraso, pero no me atrevo a decírselo a Sam ni a comprar una prueba. Soy un manojo de nervios y de indecisión, me aterra hacerme ilusiones de nuevo y que todos se emocionen y luego pase como con Esperanza. No sé cómo podría superar otra cosa así.

Hoy Sam sale más tarde del trabajo, como todos los viernes, aunque me ha dicho que intentará llegar a tiempo para acompañarme a recoger a Marco. Cuando salgo del hospital me voy a casa y de camino decido parar a comprar el puñetero test. No voy a hacérmelo hasta que llegue él, pero quiero tenerlo ya, porque si continúo dándole vueltas no lo haré.

Entro en un supermercado cercano a comprar verduras para hacerme una ensalada, hace días que he perdido el apetito y hoy no me apetece comer otra cosa. Le añadiré algo de pasta o quinoa y quedará bien si la acompaño de postre con algo de fruta. Anna me ha propuesto comer con ellos cuando la ha recogido Vin del hospital, pero he preferido venir dando un paseo para aclarar la ideas y hacer estas compras.

Llego a casa cargada de bolsas de papel del supermercado, cierro la puerta de entrada con el pie, las dejo en la cocina, y tras ponerme cómoda y preparar la comida, me giro sorprendida al oír unas llaves trastear en la cerradura de la entrada y ver entrar a mi marido por la puerta, deshaciéndose de la chaqueta, que le queda de muerte, y arrojando el maletín en el armario de la entrada. Le miro sonriendo y

la suya me derrite. No puedo evitarlo, me flojean las piernas cuando me mira como él lo hace.

—Hola, preciosa, ¿hay comida para un pobre abogado que ha acabado de la oficina hasta el gorro esta semana? —Acorto la distancia que nos separa y devoro su boca sin que se espere tanta efusividad—. No me refería a este tipo de comida, pero no te la voy a rechazar. ¿Estás bien?

—Eso creo.

—¿Por qué dices eso?

—Mira —le enseño la bolsa de la farmacia con el test de embarazo.

—¿Un test? ¿Estás embarazada? —sus ojos brillan con una intensidad que hacía días no veía.

—No he sido capaz de hacerlo sola, te estaba esperando. ¿Aguardamos a después de comer o lo hacemos ahora?

—¡Ya! Bueno, si tienes gana de ir al baño, claro.

Tardo un segundo en hacer pipí en el palito y salir con él en la mano. Sam da vueltas por el salón esperándome.

—¿Ya?

—No sé, no creo, no soy capaz de mirarlo.

—¿Lo hago yo?

—Como quieras, pero con una condición: si es positivo no se lo diremos a nadie hasta que sea inevitable, no quiero más dramas.

—Tú mandas, aunque se enfadarán.

—Lo asumiré.

Le entrego el test y lo coge ansioso. Lo mira, lo vuelve a mirar, pero no dice nada, sus ojos tratan de no transmitir nada de lo que pasa por su cabeza.

—¿Qué dice? Habla de una vez, Sam, que me va a dar algo.

—Siete semanas, estás embarazada de siete semanas, ja, ja, ja. Creo que se me ha quitado hasta el hambre. Estoy alucinado.

—Lo raro es que no haya pasado antes, porque por práctica no ha sido.

—Esta vez tenemos más experiencia, por eso va a salir bien, verás cuando se enteren.

—Sammm… Lo has prometido, recuérdalo.

—No voy a decir nada, solo cuando tú lo decidas. —Se acerca a mí y me abraza, fuerte, muy fuerte, poniendo una de sus manos en mi inexistente barriga. Se agacha y le habla muy despacio—. Hola, bebé, no vayas a irte a ningún lado, mamá y yo estamos deseando ver tu carita. Esperanza, tu hermana, va a cuidar de ti y todo va a salir bien. —Eso lo dice más para él que para el bebé. Se incorpora y me besa con ternura en los labios—. Te quiero, Martina.

—Y yo a ti. —Noto mi cara húmeda y no me había dado cuenta de que estoy llorando.

—Ehh, no llores, esta vez todo saldrá bien.

—Lo sé.

Han pasado unas cuantas semanas más y aunque nos morimos por decírselo a todo el mundo, seguimos guardando silencio. La semana antes de navidad es muy ajetreada en el trabajo y al terminar una jornada maratoniana en el hospital, en el baño descubro una pequeña mancha oscura en mis braguitas. Me entra el pánico y llamo de inmediato a la doctora Flinn, que todavía no se ha marchado. Me reconoce y me asegura que no es nada, pero dados los antecedentes me deja ingresada un par de días.

—*Sam.*

—*Hola, cariño, ¿pasa algo?* —Nunca llamo a esta hora y le extraña recibir mi llamada.

—*Ve a casa y trae un par de mudas y algo de ropa, me quedo ingresada esta noche y tal vez mañana.*

—*¿Cómo? Explícate.*

—*He empezado a manchar y aunque todo está bien, Rose quiere que me quede un par de días para controlar el sangrado.*

—*Joder, joder, joder, ¿tiene algo que ver con…?* —La noche anterior tuvimos un par de asaltos algo intensos y, conociéndolo, ahora estará echándose la culpa de todo.

—*Claro que no, no seas tonto, no te montes películas que nos conocemos.*

—*Pero…*

—*Que no. Oye, no hace falta que te quedes conmigo, vete a casa con Marco, dile que me han cambiado la guardia y no lo preocupes.*

—*No te lo crees ni tú, doctora. Hablo con Vin o con Jorge y que se quede con ellos.*

—*Pero si no hace falta, de verdad.*

—*No tardo nada. Estoy contigo en un rato.*

Aunque trate de aparentar normalidad, lo cierto es que estoy muy asustada, a pesar de que mi médico le ha quitado importancia al asunto.

Tan rápido que no me da tiempo ni a trastear con el móvil y entrar en Instagram a cotillear, llega Sam resollando portando una pequeña maleta y una bolsa con comida para llevar de uno de mis restaurantes favoritos.

—Hola, ¿cómo estás?

—Bien, si no me duele nada ni nada, solo ha sido una pequeña mancha. Me he asustado y se lo he dicho a Flinn. Todo parece estar

perfecto.

—¿Entonces a qué se debe la pérdida?

—Parece que la hemorragia se ha producido a causa de un pequeño hematoma. Con reposo se reabsorbe y no habrá problema.

—Pues ya sabes, no te vas a mover y vamos a restringir todo lo que no sea indispensable. —Lo miro como si le hubieran salido tres cuernos y sonríe al ver mi cara—. Todo.

—No te lo crees ni tú. Cuando me den el alta y hablemos con ella lo veremos. No tengo la culpa que seas tan sexy y estés tan bueno, probablemente si fueras un orco sería distinto, pero… No, en serio, deja de preocuparte y vete a casa a descansar.

—He hablado con Vincent, se hace cargo del niño. Más tarde me iré para cenar con él y cuando se duerma subirá George a hacerse cargo.

—O sea, que se lo has dicho hasta al portero.

—Solo a los imprescindibles. Y por favor, no te alteres.

—Está bien —respondo resignada soltando un suspiro.

Dos días más tarde me dan el alta hospitalaria y me marcho a casa, pero seguiré guardando reposo una semana más. Menos mal que las fiestas este año las pasamos solos. Teníamos planeado a ir a los Hamptons a casa de Vin, pero al final ellos se han quedado con nosotros en casa. Me lo tomo con calma y dejo que me cuiden, no quiero más sustos. En un par de meses volaremos a España y no quiero tener más inconvenientes. Desde que volví a casa, Sam no me ha dejado hacer nada, pero tampoco hemos hecho nada más que rozarnos y poco más, caricias más o menos intensas que me tienen en ebullición continua.

Decido aprovechar un día que llega temprano. Ya no he tenido más perdidas y hace más de un mes. Cuando llega, me encuentra ataviada con el corpiño rojo, las medias de liga con un liguero a juego y nuestras sandalias fetiche. Las de la primera vez. Al abrir la puerta se queda sin reacción al verme en la cocina de esa guisa.

—Joder, doctora, no me hagas esto —acierta a decir tragando saliva.

—A ver, no quiero que me folles como si no hubiera un mañana, pero estoy bien, ha pasado mucho tiempo y ya es hora.

—Retira la comida que el fuego ya lo pongo yo.

Se acerca en dos zancadas, tira de mi mano y me lleva para el dormitorio, donde con mucho mimo me empuja hacia la cama. Llevo todo el trabajo hecho porque entre las ganas y la anticipación estoy empapada. Se quita la ropa de manera atropellada, dejando a la vista que él también está listo, separa mis piernas y se adentra en mi humedad que lo absorbe de inmediato, mandando los innecesarios preliminares al garete, pero al momento me da la vuelta para que lo

cabalgue yo.

—Hoy quiero que lleves tú el ritmo, pero por favor, ten cuidado.

No le contesto, tan solo me muevo despacio al principio, acelerando las caderas cuando se ensaña con mis tetas por encima de la tela del corsé. Están muy sensibles, todo mi cuerpo lo está, el tiempo que llevamos tratando de ni siquiera rozarnos para que no salten chispas imposibles de apagar ha resultado toda una prueba de fe. Noto cada vez más cerca el momento de la liberación y ralentizo mis movimientos, al tiempo que abre los ojos y me mira extrañado

—No quiero terminar todavía, necesito parar, estoy muy cerca.

—No importa, después seguimos. Córrete, Martina, hazlo.

Sus manos apoyadas en mis caderas vuelven a imprimir movimiento, deshace los broches del bustier y se da un festín con mis pechos llevándome a la misma cima del Olimpo en pocos segundos, dejándome desmadejada por completo. Ha sido de órdago, tanto tiempo de abstinencia junto con las hormonas alteradas me ha dejado KO. Se da cuenta, me tumba en la cama y abre mis piernas sujetándolas con sus manos, penetrándome con profundidad, a un ritmo muy lento, cada vez más hondo y más lento, consiguiendo que le pida que acelere el ritmo porque estoy casi a punto otra vez.

—No seas ansiosa, preciosa, dame tiempo a disfrutar con calma de tu cuerpo.

No le da tiempo a mucho más porque otro terremoto arrasa con mi cordura haciendo que lo atraiga hacia mí y se deje ir conmigo con un largo gemido.

Unos días más tarde preparamos todo para marcharnos unas semanas a Madrid. He hablado con la profesora de Marco y me ha dicho que no hay problema, no pasa nada porque el niño pierda unos días de clase. Es un chico muy listo y no tendrá ninguna dificultad en recuperar el tiempo perdido cuando regrese, de modo que ponemos rumbo a casa, esta vez para más tiempo.

La vuelta a nuestro país por unos días para visitar a nuestros familiares y amigos no ha resultado como esperábamos. Sam y yo discutimos habitualmente y siempre por la misma causa. Mi marido entra de nuevo en la habitación y vuelve a la carga.

—Martina, ¿pero por qué coño tienes que seguirle el rollo a ese hijo de puta? Es que no lo entiendo, de verdad que no lo entiendo.

—Quiero dejar zanjado todo de una vez, no quiero que cuando salga de la cárcel crea lo que no es y venga a exigir lo que no le

corresponde. Estoy cansada de todo esto, Sam, por favor, no te enfades.

—Por más que lo pienso, y te aseguro que he dedicado días enteros a tratar de entender tu postura, no comprendo que respondas a sus llamadas, que le des explicaciones, no es nada en tu vida. No, Martina, no trates de interrumpirme, que sé por dónde vas. El padre de Marco soy yo, no hay discusión posible. Joder, nena, de qué sirve que llevemos en Nueva York tanto tiempo, si vienes de vacaciones unos días a Madrid y tu mundo se trastoca. No deberías alterarte, ya lo sabes, o acaso quieres otra vez acabar en reposo. No quiero que le cojas el teléfono, y mucho menos que vayas a visitarle.

—¿En serio me estás prohibiendo que haga algo? ¿Te crees con autoridad para hacerlo? Yo no soy uno de tus becarios, ni de tus subordinados. Nunca, por si se te olvida, nunca, me digas qué tengo que hacer. Creí que había quedado bastante claro.

—Eres imposible. Lo único que busco es que estés bien y, mírate al espejo, no lo estás. Pero una vez más, Martina, haz lo que te dé la gana sin tener en cuenta las opiniones o consejos de la gente que te quiere. —Ha subido el tono de voz pero no llega a gritar, nunca lo hace, sabe que para mí un grito es casi peor que cualquier otra cosa.

Abre de nuevo la boca para continuar con la discusión, pero se detiene un segundo, se da la vuelta y se dirige a la puerta, dejándome sin opción, coge el abrigo y sale sin mirar atrás.

—Sam, vuelve aquí, no hemos terminado.

Es inútil, cuando quiero darme cuenta él ya no está y una vez más hemos vuelto a discutir por culpa de ese malnacido. Desde que estamos aquí el tema sale a relucir una y otra vez y siempre acabamos discutiendo Por un momento pienso que tiene razón. Una especie de angustia me recorre de la cabeza a los pies y siento la necesidad de respirar profundamente y sentarme un rato. No llego a hacerlo, porque el timbre de la puerta suena y tengo que ir a abrir. Imagino que Samuel ha cambiado de opinión y ha vuelto a olvidar las llaves. Abro sin mirar quién es esperando que sea Sam y doy un respingo al descubrir al otro lado a un mensajero de UPS con una caja entre sus manos.

—¿Señora Gutiérrez?

—Sí, soy yo —respondo extrañada.

—Traigo este paquete, debe firmar aquí.

—No espero ningún paquete.

—Yo no sé nada, señora, solo que ha de firmar.

Me entrega el paquete y me acerco para firmar en la pantalla iluminada de la PDA con el bolígrafo electrónico que me tiende el mensajero, un chico de unos treinta y tantos años de rasgos casi

femeninos y el pelo muy claro recogido en una coleta, ataviado con la clásica camisa y pantalón marrón del uniforme de la compañía. Con el paquete en una mano y el lápiz infernal para firmar en la otra, inclino la cabeza para estampar el garabato y en ese momento un extraño movimiento del mensajero acompañado de un pinchazo cerca del cuello es lo último que recuerdo.

Samuel

Martina es de lejos la persona más inteligente que conozco, pero cuando se encabezona de esa manera parece justo lo contrario. No entiendo ese miedo visceral cada vez que oye hablar de ese hijo de puta, cuando sabe que no voy a permitir que se acerque a ella ni a mi hijo ni en cien kilómetros a la redonda. Si pudiera acabaría con esta historia con mis propias manos. No comprendo cómo, teniendo tanto miedo, quiera hablar con él y le dé pie a que la manipule y la acobarde de nuevo. Sí, sigue en la cárcel, pero desde allí sigue dominando su vida.

Hemos venido para un par de semanas, su embarazo está avanzado y Martina quería visitar España antes de que Zöe naciera. Cada vez que pienso en mi niña, con ese nombre tan especial que significa *vida,* me pongo nervioso como un niño el día de navidad Sí, uno ya tiene su edad para esas cosas, pero es que cuando Martina y yo comenzamos a salir, yo sabía por los informes médicos aportados a la causa, que la posibilidad de tener un hijo con ella era mínima debido a las lesiones irreversibles que ese cabrón dejó en el cuerpo de mi mujer. El aborto que sufrió y las posteriores operaciones hacían casi imposibles las opciones de un embarazo, máxime cuando perdió otro bebé hace un tiempo. Sin embargo, nuestro amor es más fuerte que todo eso y la pequeña Zöe crece día tras día en su cobijo natural. Ahora todo es como un sueño, porque este embarazo marcha bien, y aún no me lo creo.

He preferido salir a pasear antes de seguir discutiendo con ella. He venido al Retiro a relajarme y pensar para volver después con más calma y hablarlo con tranquilidad. Doy una vuelta al parque lo más amplia que puedo, me detengo en el estanque donde, como casi siempre, hay cola para subir en las barcas, y eso que hoy el tiempo es bastante inestable. Me tomo mi tiempo frente al lago, observando a las parejas y padres con sus hijos remar con mayor o menor fortuna, algunos riendo por su escasa pericia con los remos.

Una hora y media más tarde, cuando noto que comienza a refrescar, decido volver tranquilamente a casa con la mente despejada y las ideas claras. Fue un acierto no deshacerme del piso cuando me

mudé a Estados Unidos. Observo con esperanza que, cada vez que regresamos a Madrid, a Martina se le hace más difícil volver a marcharse, probablemente quiera retornar a nuestro país cuando tenga claro que ese cabrón no se acercará ni a ella ni a Marco.

Antes de subir a casa, le compro una caja de bombones de una pastelería cercana y un par de rosas rojas de un chico que las vendía en la puerta de la tienda. Con mi botín subo a casa con mucho mejor humor. Al salir del ascensor, meto la mano en el bolsillo de la chaqueta para sacar las llaves pero veo extrañado que la puerta está entreabierta. Empujo ligeramente por si su hermana o su madre hubieran venido a traer al niño y hubieran dejado abierta la puerta pero no oigo nada. Doy un paso para entrar y tropiezo con un paquete sin abrir tirado en el suelo.

—¿Hola? ¿Hay alguien en casa?

Paso por encima del paquete, entro despacio en la cocina y allí descubro el móvil de Martina junto con sus auriculares olvidados en la encimera. Vuelvo sobre mis pasos y abro el armario que tenemos en la entrada para comprobar que su abrigo y su bolso están donde los dejó al volver del súper. Miro dentro del bolso y su cartera también está allí. Empiezo a preocuparme seriamente.

—Martina, cariño, ¿estás ahí? —mi voz denota el agobio que empiezo a sentir. Ella nunca dejaría en casa la cartera ni el móvil. Entonces recuerdo el paquete tirado en el suelo, voy a por un paño de cocina y lo recojo intentando no tocarlo con mis dedos. Es pequeño, unos treinta centímetros y apenas pesa. Encima solo una etiqueta con su nombre y la dirección.

Entro de nuevo en la cocina cojo su móvil y compruebo que no tiene ninguna llamada. Una idea funesta cruza mi mente y por un momento creo que no puedo respirar. Meto una mano temblorosa en el bolsillo y saco en móvil.

—Marta, dime que ese hijo de puta sigue en la cárcel —la increpo sin saludar siquiera.

—Hola, Sami, yo también me alegro de oírte, ¿Quién ha de estar en la cárcel?

—No estoy para saludos ni coñas, Marta. ¿El cabrón de Guillermo sigue encerrado?

—Claro, hasta ahora no ha conseguido ningún beneficio penitenciario. ¿Estás bien? Pareces un poco alterado.

—Martina ha desaparecido.

—¿Que Martina ha desaparecido? ¿De qué hablas? Habrá ido a dar una vuelta o a comprar algo.

—Joder, Marta, que no, he llegado a casa y ella no está, pero su abrigo, su móvil y su cartera están donde siempre. HA DESAPARECIDO

—¿La han amenazado otra vez? Oye, tranquilízate, voy a hacer unas

cuantas llamadas. Llama a González y dile que vaya para allá.

—¿González? Joder, ¿no puede ser alguien a quien no te tiraras cuando estábamos juntos?

—Es el mejor, si no te lo diría, tampoco a mí me apetece verlo. Llego en diez minutos. No te preocupes, seguro que hay una explicación.

—Sí, que ese hijo de puta ha cumplido su amenaza.

—Deja de decir estupideces, Samuel, ese tío sigue en la cárcel amarrado de por vida a una puta silla de ruedas, ¿cómo coño va a hacerlo?

—¿Estás segura?

—Te veo en diez minutos, llama al comisario de una vez.

Llamo al comisario González, le cuento lo sucedido y responde que va a mandar a un inspector y que en cinco minutos llega, está cerca de mi calle.

Un mensaje de mi amigo Hugo entra en ese momento, será para concretar la cita que teníamos esta noche. Un nudo terrible se forma en mi garganta.

—Hugo, no creo que podamos ir. Martina no aparece.

Le cuento lo que ha pasado y lo que creo que ha pasado y contesta que coge el coche y viene para aquí. Su mujer y él pasaron por algo así hace un tiempo y lo pasaron bastante mal, a pesar de saber dónde estaba ella en cada momento.

Doy vueltas una y otra vez por las habitaciones, vuelvo al dormitorio, rebusco a ver si se ha cambiado, si ha cogido otro abrigo, pero todo está en su sitio. No me cabe ninguna duda que alguien se la ha llevado. Joder, ¿en qué puto momento tuve que discutir con ella en vez de apoyarla? Revuelvo mi pelo, me pinzo el puente de la nariz, y antes de que pueda ir a comprobar de nuevo el armario o la habitación de Marco suena el timbre.

En la puerta, con cara de circunstancias, aparece González acompañado de una chica, que parece muy joven. Lleva la cara lavada, una coleta alta y viste de sport. No me pasa desapercibido un rubor que se extiende por sus mejillas al verme.

—Siento que nos veamos en estas circunstancias. Ella es la inspectora Suárez. —«¿Inspectora? ¿pero en qué momento esta niña acabó primaria?» Pienso al mirarla de nuevo y tenderle la mano para comprobar que vuelve a sonrojarse—. Es la mejor, De la Vega, no pongas esa cara. No es tan joven como aparenta. —La chica vuelve a ponerse del color de las amapolas.

—Fui la primera de mi promoción, es cierto que soy algo más joven de lo que acostumbran a ser los inspectores, pero no debe preocuparse. No es el primer caso de desaparición al que me enfrento. Cuénteme lo que ha pasado.

Le relato todo, obviando el hecho de que habíamos discutido, no es relevante y conseguiría que pensaran que se ha marchado por su

voluntad o pero aún, que yo la he hecho *desaparecer*.

La inspectora toma notas en su móvil mientras González no le quita un ojo de encima, diría que entre ellos hay algo más que una relación de jefe-subordinado. Algo parecido a un brillo de orgullo aparece en sus ojos castaños.

—Y dice usted que no ha cogido el abrigo, ¿cabe la posibilidad que se pusiera otra cosa?

—He revisado el armario, conozco de sobra la ropa que hemos traído, recuerde que no vivimos aquí, que solo hemos venido a visitar a la familia. Tampoco se ha llevado el teléfono ni las llaves, ni su documentación.

—Está bien, comprenda que he de asegurarme que no se haya ido voluntariamente, como bien sabe no ha pasado el tiempo pertinente para cursar una denuncia por desaparición. Usted es o ha sido juez, de modo que conocerá de sobra el procedimiento.

—Sí, sé que están ustedes aquí como un favor personal, lo entiendo, pero le aseguro que Martina no saldría sin documentación. Es médico y sabe lo que supone, en el caso de ocurrir algún percance, no tener modo de localizar a la familia por no llevar ninguna identificación encima.

—Inspectora, acaban de llegar los de la científica, vaya con ellos, yo sigo con el señor De la Vega.

—Gracias por lo que estás haciendo, soy consciente que todo esto es altamente irregular, pero te aseguro, Diego, que Martina no se ha ido por su voluntad.

—Lo sé, tampoco hace falta ser muy listo para intuirlo. Ahora los de la científica empezarán a tomar huellas, aunque sabes tan bien como yo que es improbable que encuentren nada aprovechable, me da la impresión de que se han tomado muchas molestias.

En ese momento irrumpe Marta como un huracán en el piso. Se acerca a mí y me abraza sin saludar a nadie.

—Todo saldrá bien, cariño, lo sabes, ¿no?

—¿Has averiguado algo?

—Sigue en la cárcel, ya te lo dije, y dudo que aunque no fuera así pudiera hacer algo. No puede levantarse de esa silla ni para limpiarse el culo, esa lesión no es fingida.

Un carraspeo a nuestro lado nos devuelve al lugar en el que nos encontramos. González nos mira con curiosidad y le hace un repaso a Marta, que no pasa desapercibido para la inspectora situada detrás de ellos, que por un momento tuerce el gesto. Yo sé que con mi ex no tiene nada que hacer, pero a lo mejor la chica no lo sabe y está al corriente o sospecha que entre el comisario y la abogada hubo algo en el pasado. Lo cierto es que el gusto de Diego es más que alabable; la inspectora es una preciosidad rubia de ojos verdes, quizás algo

delgada para mi gusto, pero muy bonita. Parece una muñeca delicada, aunque por la forma en la que se impone a sus subordinados me hace pensar que tiene bastante genio. Se acerca a nosotros cuando Marta y el comisario se están saludando. Si fuera un tío diría que trata de marcar territorio, pero me da la que la relación entre ellos, si la hay, es algo clandestina, o al menos no pública, imagino que por el cargo que ambos ostentan.

—¿Hay algo que me haya perdido? —pregunta el comisario cuando Marta me cuenta lo del hijo de puta.

—Samuel pensaba que el ex de Martina podía estar detrás de todo esto, pero desde la prisión y parapléjico como está, dudo mucho que tenga algo que ver, al menos directamente.

—Lo investigaremos de todas maneras —se adelanta la inspectora — ¿Hay algo más que haya obviado decirme, señoría? —Sí, esta chica tiene genio. La miro después de ver al comisario asentir con la cabeza.

—No, solo eso. Ese cabrón no ha dejado de amenazarla incluso desde la cárcel, o al menos lo ha intentado, sobre todo estos últimos meses. Supongo que estando próxima su salida trata de amedrentarla, por eso no vivimos en España. Antes de entrar en la cárcel amenazó con acabar el *trabajo* que según él había dejado a medias.

La rubia me mira con cara de no entender muy bien de qué estoy hablando. Marta se adelanta y le cuenta lo que pasó entre Martina y Guillermo. Solo de recordar a esa mujer, que pese a sus lesiones, portaba un brillo de entereza y de poder en sus ojos la primera vez que nos vimos, hace que mi mundo se tambalee. No puedo imaginar mi vida sin ella. Precisamente ahora que yo debería cuidarla y mimarla más, la he abandonado y está por ahí indefensa y asustada, portando esa bebé que ha luchado por aferrarse a su madre desde el primer segundo, pero quién sabe si con este percance…

—Samuel, eh, tío. —Hugo acaba de entrar con Óscar, dos de mis mejores amigos. Se acerca a mí y me abraza—. Sé que todo esto ahora te suena como si no fuera contigo, pero estoy seguro de que todo saldrá bien. La encontraremos. He hablado con Paul, el antiguo agente de la Interpol que me ayudó con lo de Claudia, vendrá en un momento.

—Gracias, pero no creo que a González le haga gracia que se inmiscuyan en su trabajo.

—¿Quién va a hacer qué?

Hugo se presenta y habla con él, y con ese don de gentes que tiene consigue que le diga que acepta su ayuda aunque de manera extraoficial.

—Sami, ¿Martina no lleva un smartwatch? Sí, coño, un reloj inteligente de esos. —Marta aparece de la nada mientras yo estoy en la cocina tratando de asimilar lo que ha pasado e intentando encontrar

algún modo de dar con ella. Hugo y Óscar me acompañan en silencio, tomando un café que mi amigo ha preparado, mientras los de la científica recogen sus bártulos para ir al laboratorio.

—Sí, lleva uno —respondo un poco aturdido a Marta.

Han abierto el paquete y en su interior solo han encontrado una foto de mi chica conmigo y nuestro hijo, acompañados de nuestras sobrinas, un par de días atrás en el parque. El comisario ha decidido mandar una patrulla a vigilar a mi hermana y su familia, a los que ha pedido que se vayan a casa de mi madre para controlarlos mejor. Entrar en La Fnca no es fácil. No he podido hablar con ellos y no sé cómo estarán. Cuando todos se marchen, intentaré ponerme en contacto.

—Diego —continúa Marta—, ¿crees que habría posibilidad de localizarla así?

—Depende de las características del aparato. Puedo hablar con el departamento de informática, al menos debemos intentarlo. ¿Dónde está su móvil?

Saco el teléfono del bolsillo de mi pantalón, donde lo he guardado con la vana esperanza de que sonara y alguien me diera noticias de ella, y se lo tiendo al comisario, que en ese momento conversa animadamente con Marta. De repente, la inspectora entra en la cocina como una exhalación al ver la cercanía de este y mi ex. Dentro de la tensión del momento, la situación es hasta divertida. Qué ironía, la gatita sacando las uñas. Definitivamente sabe que entre Diego y ella hubo algo. Hugo me mira y los señala de manera sutil con un movimiento de cabeza. Asiento con una leve sonrisa mientras sigo atento a la conversación de los tres.

Por fin, tras mirar, remirar, revolver y dejar todo como si hubiera pasado un ejército de Hunos, se marchan todos menos el comisario y la inspectora.

—Samuel, es muy fácil decir que todo va a salir bien, pero te juro que haré lo que esté en mi mano para encontrarla cuanto antes. He puesto a los mejores a ello y con el reloj quizás logremos algo más, los chicos de informática ya están trabajando en esa posibilidad. Por favor, si te llaman trata de aguantar la llamada todo el tiempo que puedas, esto ahora es más rápido que antes con el posicionamiento de las antenas móviles, satélites y tal, pero aun así lleva su tiempo.

—Lo sé, no tienes que decirlo. Por favor, lo que sea, lo que necesites, lo que no sepas, llámame. En cualquier momento. Ah, y no dejes la pista de ese cabrón de lado, estoy seguro que de una manera u otra tiene algo que ver.

—Todo se investigará, por ese lado puedes estar tranquilo. —Hugo se acerca en ese momento.

—Comisario, si necesitan lo que sea, para una investigación

extraoficial, cualquier cosa, dígamelo. Usted ya me entiende. Sé perfectamente por lo que está pasando Samuel, le aseguro que no hay una angustia más grande.

—Me hago una idea. No se preocupe, señor García, la encontraremos.

Le da la mano, y tras despedirse de nosotros, se marchan la inspectora y el comisario. Marta los mira alejarse, y después a mí, mientras Diego saca a la inspectora Alanna de mi casa con una mano apoyada en la parte baja de la espalda, que de no estar juntos podría ser considerado acoso.

—¿Esos dos están liados? —Es Hugo quien expresa con palabras lo que todos pensamos.

—A juzgar por como la chica ha marcado a Marta todo el tiempo, yo diría que sí.

—Sí, están juntos, pero a ella la trasladaron a su comisaría hace unos meses y aunque ya lo estaban no han querido hacer pública su relación para que no piensen que él la trajo a su lado.

—-¿Y no es cierto? —Óscar es quien habla ahora.

—No creo, Diego no es así. Para él, el trabajo es lo primero, nunca haría nada que lo perjudicara y a ella tampoco. Es muy buena y tiene un brillante futuro por delante.

—Chicos, tenéis vuestra vida, no la paréis por mí —les digo a todos —. Id a casa. Yo estaré bien.

—No nos vamos a ninguna parte, Claudia está bien, Adri y Laura estaban en casa, se quedan con ella.

—Deja de preocuparte —añade Óscar—. Es poco lo que podemos hacer pero al menos te haremos compañía. Deberías darte una ducha, te vendrá bien. Vamos a pedir algo de cena. Se ha hecho muy tarde.

—No tengo hambre, pero pedid para vosotros. Voy a tomar esa ducha. Marta, vete a casa, Luis y tu hijo te necesitan. —Suena el timbre y es ella quien se dirige a la puerta. Saluda a su marido que viene cargado con un montón de bolsas.

—Hola, jefe —saluda como cuando trabajaba conmigo.

—¿Pero es que os creéis que tengo tres años? No hace falta que os quedéis conmigo.

—A ver, pedazo de capullo, no nos vamos a ninguna parte mientras tu mujer no aparezca. Somos tus amigos. —Marta siempre tan sutil. Me abrazo a ella y esta vez sin poder evitarlo me derrumbo en sus brazos—. Yaaa, ehh, Sami, me mata verte así. Martina va a estar bien, es muy dura y muy fuerte, ha pasado cosas peores.

—¿Y cómo coño lo sabes? Ninguno puede saberlo. Joder, debería estar aquí, arreglándose para la cena de Hugo, con ese vestido que se ha comprado que le sienta como un guante.

—Ya lo sé, coño, no te flageles más. —Marta se acerca a Luis, y tras

darle un beso coge las bolsas y se va hacia el salón. Rebusca un mantel por los cajones y se dispone a poner la mesa. Yo voy a la cocina donde aún siguen Óscar y Hugo.

—Samuel, habrá tiempo de celebraciones, no te agobies. Marta tiene razón, ella puede con todo. Si Claudia pudo, ella también.

—Está embarazada —digo en voz baja a mis amigos—. No puede alterarse, no sabemos ni como lo hemos conseguido después de perder al bebé anterior. Nos dijeron que era prácticamente imposible, todavía no lo saben ni mis padres. Sois los primeros en saberlo. Ha tenido que estar en reposo algunas semanas, solo hace unos días que volvió a la normalidad, joder. ¿Qué le va a pasar? Hemos discutido antes de que desapareciera, por eso yo no estaba, había salido para calmarme y ahora…

—Enhorabuena, papi —contesta Óscar—. No te preocupes, con más motivo ella va a luchar. Solo tú sabes lo fuerte que es. Todos discutimos, no te culpes por algo que no tiene que ver contigo, hay mucho tarado suelto. —Marta aparece de nuevo en la cocina a buscar unos vasos.

Decido tomar esa ducha, que no me relaja en absoluto. No puedo evitar que las lágrimas aparezcan al entrar en el baño y recordar la última vez que lo compartimos por la mañana, aprovechando que el niño estaba con la abuela. Después, la discusión, el enfado, y ahora la impotencia.

23

El hombre sabio debería considerar que la salud es la mayor bendición humana
(Hipócrates)

Los pueblos a quienes no se hace justicia se la toman por sí mismos más tarde o más pronto.
(Voltaire)

Martina

Cuando recobro el conocimiento todo está oscuro y la cabeza me da vueltas y al intentar levantarme. Noto algo frío en mi muñeca izquierda, toco con la otra mano y descubro que unas esposas me sujetan a un barrote metálico cerca del colchón en el que estoy tumbada. Recuerdo el mensajero, el paquete y el pinchazo e instintivamente me llevo la mano al cuello, donde un ligero picotazo me dice que ahí es donde me inyectaron la droga. Afligida, me llevo la mano al abdomen, sin saber qué efectos tendrán en ella. Ignoro qué me han podido administrar, tengo náuseas y sequedad bucal, y sigo estando un poco mareada. Busco mi reloj, pero no está en mi muñeca. Si había alguna posibilidad de que me localizaran por el GPS, acaba de esfumarse. Pienso en Samuel, en la última vez que lo he visto saliendo enfadado por la puerta tras discutir una vez más, y una sensación de angustia me recorre de pies a cabeza. Mi vida no puede acabar aquí, en un sitio oscuro y húmedo, después de haber discutido por Guillermo. Necesito salir de aquí. No sé como, pero lo haré.

Agudizo el oído y me parece escuchar ruido de tráfico en la lejanía. Sospecho que estoy en un lugar apartado pero no demasiado, quizás una nave industrial o un local, no muy lejos de una autovía. Consigo girar un poco mi cuerpo a la derecha y descubro un ventanuco a unos dos metros por donde entra algo de luz artificial. Parece noche cerrada pero el tráfico es constante. Definitivamente es una autovía.

No se oye nada más. Muevo mi mano dentro de la esposa pero está bien ajustada. Imposible que la saque por ahí. Quizás si tuviera la constitución corporal de mi hermana…

Pensar en ella, en mi niño, en Sam, en mi pequeña Zöe, que tal vez

no vea la luz, hace que una congoja me atrape. Acuden a mi mente imágenes de nuestra vida en Nueva York, los tres paseando por Central Park. Tenemos ganas de poder retomar nuestra vida en Madrid. Falta poco más de medio año para que a Sam le cumpla la excedencia que amplió por cuidado de hijos, y habíamos planeado para esa fecha regresar a Madrid definitivamente.

De pronto me parece escuchar un ruido en el exterior. Oigo una puerta y a continuación un sonido que me recuerda a las pulsaciones del teclado numérico de una alarma, donde cada número tiene un sonido distinto. Intento memorizar la secuencia y vuelvo a tumbarme haciéndome la dormida al sentir unos pasos acercarse.

—Zorra, ¿todavía estás dormida? —Una voz andrógina se dirige a mí demasiado cerca—. No, no puede ser que me haya pasado con la anestesia, había calculado bien la dosis. —Una patada inesperada impacta directamente en mi espalda, arrancándome un gemido—. Ah, la princesa está despierta. Espabila, puta, la fiesta no ha hecho más que empezar.

Me alejo de forma instintiva todo lo que puedo y me hago un ovillo tratando de proteger mi vientre. Por unos instantes mi mente vuela años atrás, a otras humillantes patadas, otros dolorosos puñetazos, otro bebé perdido.

—¿Quién eres? ¿Qué quieres de mí?

—Quien soy no importa, lo único que debes saber es que vas a pagar todo lo que le has hecho, cada segundo, cada minuto, cada instante robado, en los que ni mi hijo ni yo hemos tenido a su padre por tu culpa.

—¿Qué? No sé de qué ni de quién hablas. ¿Se trata de algún paciente? ¿Una operación que salió mal?

—Ja, ja, ja, además de puta eres una estúpida ignorante. ¿Crees que se trata de una operación? No, zorra, no, hablo de Guillermo. De tu marido, del padre de mi hijo, ese que tú le has robado.

—¿Cómo? Guillermo no es mi marido.

—Ya no, ya lo sé, ahora te tiras al juez que lo encerró.

—Nunca fue mi marido, y terminó en la trena por méritos propios, ¿acaso no sabes lo que me hizo y que no fui la única? Parece que aquí la única ignorante eres tú.

—¡Mientes! —Acerca su cara a mí y me sostiene la mirada. La escasa luz artificial que entra por el ventanuco me permite ver el odio reflejado en sus ojos.

—No miento, puedes comprobarlo. Nunca estuvimos casados, mi marido es Samuel. Eres otra víctima de Guillermo. Te engañó a ti, a mí, y a todos los que se cruzan en su vida. ¿Sabes que hace años fue denunciado por acoso a una alumna? Le provocó lesiones en la cabeza, por eso lo expulsaron de la Universidad de Málaga. La chica lo

único que quería era acabar sus estudios sin problemas.

—¡Mentira! —Una bofetada cruza mi cara haciendo que golpee mi cabeza contra la pared, quedando momentáneamente aturdida. Noto el sabor de la sangre en mi boca—. Eres una jodida mentirosa y vas a pagar por ello, tenlo por seguro.

—Piensa lo que quieras —respondo cuando consigo controlar el temblor de mis palabras—. ¿Sabes que al final vas a acabar como él? Tu hijo se verá solo sin poder tener tampoco a su madre.

—¡Cállate, zorra! Todo eso habrá merecido la pena si sufres un diez por ciento de lo que lo hemos nosotros. ¿Sabes que por tu culpa está en una silla de ruedas? Nunca podrá volver a caminar y todo eso por meterse en tu cama. No entiendo cómo seguía contigo.

—¿Cuántos años tiene tu hijo?

—Siete años.

—¿Siete años? —El asombro se deja notar en mi voz.

—Sí, me conoció nada más mudarse aquí. —No entiendo por qué coño empezó conmigo estando ya con ella. —Sí, no sé qué hacía contigo teniéndome a mí, pero lo cierto es que tienes un polvo. Decía que odiaba todo lo relacionado contigo, pero podríamos haberlo pasado muy bien los tres. ¡Mmm! solo de pensarlo me pongo cachonda.

Se acerca de nuevo y pasa un dedo por mi mejilla, que empieza a hincharse tras el golpe, bordeando mis labios. Intento apartarme pero me sujeta la cabeza por detrás, agarrándome por el pelo de la nuca. Trata de besarme, pero le empujo con la mano libre. No me imagino a Guillermo haciendo un trío, pero desde luego está claro que no lo conozco y nunca le conocí.

—¡NO ME TOQUES! Estás enferma. Nadie en su sano juicio está con una persona que tiene otra relación, y tú lo sabías.

—No me importaba, tarde o temprano te dejaría, solo tenía que esperar, a nadie se le ocurre hacerle firmar un acuerdo para que no la dejen. ¡Eres tan patética! No me extraña que buscara en mí, lo que tú nunca supiste darle.

—No serás muy buena cuando siempre volvía a casa. Pero claro, si te dejaste engañar…

—Volvía a ti porque lo tenías cogido por los huevos. Le dijiste que si te dejaba le quitarías todo, incluido al niño.

—¿Cómo? Ja, ja, ja, ja, eso es mentira. Eres una ingenua. Nadie de mi familia lo aguantaba. Era prepotente, un ególatra y un completo hijo de puta. Casi me mata de una paliza. ¿De verdad crees que lo nuestro era algo para querer mantener? Nunca le dije nada de eso que tú afirmas, entre otras cosas porque no tiene donde caerse muerto, no supo nadar y guardar la ropa. Es, o más bien era muy bueno en su trabajo, pero sus bajos instintos y su sociopatía siempre le han

dominado. Ah, y mi hijo es mío y de Sam; Guillermo nunca le dio su apellido.

»Te engañó como quiso. Podría haberlo hecho pero nunca pretendió irse contigo, yo no hubiera puesto ningún impedimento. Es más, me hubiera sentido aliviada, porque vivía atemorizada las veinticuatro horas del día. Me pasé todos los años que estuvimos juntos tratando de agradarlo, de no hacer nada que lo enfadara, que lo sacara de sus casillas. Con miedo si salía tarde de una guardia y a él se le cruzaba el cable, porque entonces no era una persona, era una bestia enloquecida que escupía por la boca toda clase de humillaciones. Es cierto que nunca antes de la brutal paliza me había tocado un pelo, pero me insultaba y menospreciaba prácticamente a diario, incluso sin abrir la boca, solo con su actitud. Nunca he entendido por qué no lo dejé antes de llegar a todo eso. No lo necesitaba para nada, ni siquiera era bueno en la cama.

—¡Calla, puta! —Intenta darme otra bofetada pero la detengo con la mano libre.

—Si te atreves a tocarme otra vez, te mato con una sola mano, ¿me has oído, puta desequilibrada? Y procura que no salga de aquí, porque como me dejes con vida, aunque sea un hilito, no tendrás universo para esconderte.

—No debes preocuparte por eso, no saldrás de aquí con vida. Jamás te encontrarán.

—No llevo mi reloj, ¿qué hora es?

—Son las siete de la mañana, tu reloj lo tiré antes de llegar. ¿De verdad me tomas por estúpida? No te van a encontrar, doctora Gutiérrez. Nunca. Tu hijo crecerá sin su madre, mientras Guillermo, mi hijo y yo desaparecemos del mapa.

—Está por ver, a estas horas ya me estarán buscando.

—No han pasado cuarenta y ocho horas, no te busca nadie. La policía es tan imbécil que no sé da cuenta que esas horas son las más importantes para poder huir.

Por un momento pienso que puede tener razón, pero luego caigo en que Sam no va a dejar que eso ocurra, conoce a mucha gente y tiene muchos contactos.

—¿No dices nada? Es mejor, ahorra energías porque las vas a necesitar. Estoy loca por oírte gritar de dolor, pero aún es pronto. —Hace ademán de marcharse, pero necesito saber algo más de ella, necesito tiempo.

—Espera un momento, quiero saber tu nombre. Tú sabes mucho de mí y yo ni siquiera sé cómo llamarte.

—Eso no tiene ninguna importancia. Si no tienes nada más que decir me voy, ya volveré mañana. Ahí tienes agua y algo de comida.

—Necesito ir al baño.

Se detiene pensativa un segundo y contesta dándome la espalda.

—Espera. —Se marcha, dejándome sin saber si volverá o pasará de mí. Un momento después entra de nuevo—. No intentes nada o tendré que drogarte de nuevo.

—No haré nada. —Coge mi mano esposada y abre los grilletes, junta las dos y me las vuelve a ajustar. Me arrastra tirando de las esposas y cuando consigo mantener el equilibrio me empuja, haciendo que trastabille y casi me caiga.

—Vamos, no tengo todo el día, zorra.

Me lleva a un retrete situado en la misma estancia, solo separado por un mugriento murete. La miro señalando las esposas.

—No esperarás que te las quite ¿no? No soy tan estúpida como crees Apáñate.

Se gira dándome un poco de intimidad y me bajo como puedo el pantalón y las bragas con las dos manos juntas. Me siento en la descuidada taza y vacío mi vejiga al tiempo que acaricio mi no tan plana barriga, rogando que mi bebé esté bien. Antes de que pueda subirme el pantalón se da la vuelta para observarme. No me gusta su mirada, pero no le presto atención.

—Sí, definitivamente tienes un buen polvo. Es posible que no seas como te describe Guillermo. —Se acerca y pasa su dedo por mi abdomen, haciendo que me encoja y un desagradable escalofrío recorra mi espina dorsal—. Quizás traiga a un amigo para que te folle duro mientras yo os miro, o tal vez me una, quién sabe. Nos vamos a divertir mucho tú y yo, puedes estar segura.

—Ni se te ocurra ponerme una mano encima. —Pronuncio despacio, a ver si así le queda claro. Tal vez, si se diera la vuelta de nuevo, podría tratar de estrangularla con las esposas, pero todavía no me he quedado con los sonidos de la clave de la puerta. He de esperar un poco más. Tal vez mañana si estoy atenta.

Suena su móvil y antes de que yo salga del cubículo responde.

»Sí, no te preocupes, todo controlado. Oye, tal vez podríamos divertirnos con ella, está muy bien, se me ocurren muchas cosas.

»Está bien, no te pongas así, haré lo que me pidas.

»Sí, no alteres. ¿Ya? Pues decide qué hacer con ella, no quiero que me pringuen. A mí me importa una mierda, me largo y la dejo aquí que se pudra.

»Vale, joder, pero date prisa.

Salgo, intento acercarme a ella por la espalda pero se da cuenta. Guarda el teléfono en el bolsillo del pantalón, me mira y en sus ojos una amenaza.

—Ni se te ocurra jugármela, puta. Si por mí fuera ya estarías muerta. No se perdería gran cosa. Ahora me voy, tal vez tengas suerte y mañana regrese, o quizás no, ¿quién sabe?

—Por favor, suéltame, no diré nada y podrás volver con tu hijo, nadie se enterará nunca.

—Ja, ja, ja, buen intento, doctora, pero no. No ha colado.

—Sospecho que todo esto no tiene que ver con Guillermo, ¿verdad?

—¿Tú qué crees? ¿Sabes que no se cayó por la escalera? En realidad lo empujaron. Los tipos como él no están muy bien vistos en la cárcel. Y ya he charlado demasiado contigo. Me voy, disfruta la estancia, zorra.

Acaricia de nuevo mi cara, baja despacio por mi cuerpo deteniéndose en mi pecho, palpándolo con suavidad. Trato de apartarme con asco, pero me agarra por el cuello con una fuerza que no corresponde a su envergadura. Recorre con sus dedos el filo del vaquero y baja hasta mi entrepierna, donde aprieta más su mano.

—Sí, creo que mañana vendré acompañada. —Coge mis manos y abre una de las esposas, da un fuerte tirón de mi brazo y vuelve a amarrar mi mano derecha al barrote, empujándome hacia el colchón de nuevo. Acerca la bandeja con el pie y me arroja una manta repugnante que huele a humedad, sudor rancio y a algo que no sé identificar que me provoca una arcada—. Vaya, la princesita es muy delicada. Si quieres me llevo la manta, así me ahorras el trabajo.

—No, déjala ahí, por favor.

Sonríe de una manera que me provoca un escalofrío. Trata de acercarse de nuevo, pero en el último momento se arrepiente y se marcha. Aguanto la respiración y vuelvo a escuchar la combinación de la puerta.

Sam, te echo tanto de menos…

Samuel

Sigo dando vueltas por la casa como una fiera enjaulada. Todavía no hay noticias de ninguna clase y no sé si eso es bueno o malo. Luis y Marta se acaban de ir a por su hijo y Óscar también se ha despedido, pero Hugo no ha querido dejarme solo. El ex agente de la Interpol, que ha llegado hace un rato, se acerca y se dirige a mí.

—Que no se sepa nada es bueno, Samuel, aunque no lo parezca.

—Pero no han pedido un rescate, no han dicho nada, ni una triste llamada. ¿Y si resulta que no es Guillermo y se trata de alguien que encerré en la cárcel y lo único que quieren es vengarse de mí? Joder, no paro de darle vueltas a la cabeza tratando de encontrar una explicación. Estoy desesperado, no puedo quedarme aquí sin hacer nada ni un segundo más, debería salir a buscarla.

—¿A dónde? —responde Hugo—. Si tuviéramos alguna pista ya estaríamos allí, con policía o sin ella. Quizás no debiste entregar el

teléfono a la policía, tengo informáticos muy buenos. Podemos intentarlo nosotros con su cuenta, ¿sabes sus claves?

—Sí, ¿podríamos? —pregunto esperanzado. Paul se adelanta a contestar.

—¿Puedes llamarlos? Mientras tanto tiraré de contactos y haré también algunas llamadas. ¿Podemos ir a tu despacho? Imagino que tienes buenos cortafuegos.

—Por supuesto. Vamos y los llamo de camino. Llama a quien debas, Paul, hay que encontrarla como sea.

Cogemos los abrigos y nos vamos hacia la oficina de Hugo que no queda muy lejos de mi casa, pero usamos su coche, hace un frío espantoso y el cielo amenaza lluvia, seguro que en la sierra nieva. A mi cabeza viene la primera vez que subí con ella a la casa de la sierra. Ese fin de semana fue el primero que salimos de su casa o la mía y sirvió para unirnos más, para conseguir que nos conociéramos mejor en todos los aspectos. Recuerdo la pesadilla que tuvo, y ahora no estoy con ella para poder abrazarla y velar su sueño.

—Samuel, eh, ya hemos llegado. Oye, Martina te necesita entero, ¿vale? Sé lo duro que es, pero vamos a encontrarla.

Entramos en el despacho de Hugo y, sentado junto a una mesa de reuniones, está Óscar hablando al teléfono frente a un ordenador portátil. Mi móvil vibra en el bolsillo y compruebo en la pantalla que se trata del comisario González.

—Hola, Diego, ¿alguna novedad?

—Todavía no sabemos nada, salvo que parece que su ex no tiene nada que ver en todo este asunto. He ido a la prisión yo mismo y lo he interrogado, y salvo porque parece un verdadero hijo de puta, no sabe nada. Podemos descartarlo.

—¿Y eso es bueno? ¿Y su reloj?

—Es un sospechoso menos. En cuanto al reloj, aún nada. Tengo a los mejores trabajando en ello y conseguiremos algo. Seguimos en contacto. Que hayamos empezado antes de aguardar las horas de rigor, nos da un tiempo muy valioso. La encontraremos.

—Gracias, Diego, te lo agradezco.

—¿Nada? —Hugo me mira con la preocupación prendida en sus ojos bicolor.

—Nada, solo que su ex no tiene nada que ver, o eso parece. Según el comisario eso es bueno, pero para mí no lo parece. Es volver a empezar de cero.

—¿Si tuviera algo que ver lo diría?

—No lo sé, depende de hasta dónde han llegado en el interrogatorio apretando las clavijas. Si me lo dejaran a mí…

—No puedes llegar a ese punto, tío, por más que te gustara —interviene Óscar en la conversación mientras cierra el portátil—. Oye,

¿y si pido una orden de visita, y me acerco yo?

—No, es mejor que no te metas. Te conozco y no serías capaz de hablar de manera civilizada.

—Él tampoco es un tío civilizado, solo sería darle una ayudita.

—Te lo agradezco, pero no quiero tener que sacarte de la cárcel.

—Si cambias de opinión me lo dices.

—Lo haré.

Hugo informa de la situación a su equipo de informáticos y enseguida se ponen manos a la obra. Cuando nos queremos dar cuenta son más de las cinco de la mañana y no hemos sacado nada en claro. Saco mi móvil del bolsillo para llamar a mis padres y a los de Martina, que me extraña que no hayan llamado, y veo que tengo cuarenta llamadas y unos pocos mensajes más. Lo tenía silenciado y no me he dado cuenta. Espero a una hora prudente para llamarlos y los pongo al corriente de lo poco que sé. Marco quiere hablar con su madre y conmigo, pero no sé qué decirle a un niño de seis años.

—Hola, papi.

—Hola, cariño, ¿qué tal con los abuelos?

—Bien, pero quiero veros a mamá y a ti. ¿Por qué no puedo hablar con ella?

—Cariño, mamá está ayudando al tío Iván y no puede ponerse ahora mismo. Te prometo que en cuanto pueda te llama.

Se me cae el alma a los pies por tener que mentirle, pero no se me ha ocurrido nada más. Los padres de Martina quieren estar conmigo, pero como también los tienen vigilados no es conveniente que salgan de su casa.

Gracias a Paul hemos conseguido las grabaciones de seguridad de las cámaras que hay cerca de casa. Hay una situada justo enfrente de la cochera y a la hora en que se supone que desapareció mi chica solo hay un par de salidas: un Nissan Qashqai de color blanco que pertenece a un vecino, y un Mercedes familiar que no he visto nunca. Revisamos el resto de grabaciones de los dos días anteriores, no ha podido Paul conseguir más, y en las imágenes vemos entrar al mismo Mercedes conducido por alguien que parece un chico de unos treinta años, con una coleta rubia y una gorra. Desgraciadamente, las cámaras no han registrado la totalidad de la matrícula, pero sí el resto de detalles del coche. No sé si los informáticos de Hugo o los amigos de Paul podrán hacer algo. Ese mismo vehículo lo han captado otras cámaras en la M30, y después en la M40 a la entrada de la M607, camino de la Universidad Autónoma. Es lo último que sabemos del coche en el que sospechamos que va mi mujer.

—Necesito hacer algo —digo desesperado, dando vueltas a un lado y otro del lujoso despacho—. Voy a hablar con un amigo y a visitar a ese cabrón a la cárcel.

—No vas a hacer eso, no podrás controlarte y seguro que ese tío intentará sacarte de tus casillas para que lo agredas.

—Joder, Óscar, necesito verlo, que me diga a la cara que no tiene nada que ver con esto.

—Entonces iré contigo. El director es un buen amigo mío, déjame que hable con él.

Tras las llamadas pertinentes, en algo más de una hora estamos entrando por la seguridad de la prisión. Guillermo ha aceptado la visita. Pensé que lo haríamos en un locutorio, pero está claro que a Óscar su amigo le debe más de un favor, porque nos llevan a una sala privada, donde nos espera con la sonrisa más cínica y aterradora que he visto en mi vida ese hijo de puta en su silla de ruedas.

—Vaya, si es mi amigo el juez De la Vega. ¡Qué honor! Perdone que no me levante para ofrecerle un café o una copa —dice con ironía.

—Ahórrate la verborrea, solo quiero que me digas dónde está mi mujer.

—Qué suerte ha tenido esa zorra contigo. Se ve que estás ciego por ella, pero pronto verás de qué pie cojea cuando empiece a adornar tu frente, ¿o es que te van esos rollos? Sí, diría que te gusta mirar cuando se la tiran otros. Qué pasa, ¿acaso no se te levanta? —Hago amago de levantarme de la silla, noto cómo hierve mi sangre, la rabia se va apoderando de mí, pero mi amigo me tira del brazo para que me siente y consigue hacerme entender que lo que quiere es provocarme.

—Cuéntanos lo que sabes, o me las arreglaré para que no salgas de aquí ni cuando te corresponda —añade Óscar.

—¿Y tú quién coño eres?

—El que va a conseguir que te arrepientas de haber nacido como a Martina le pase algo.

—Pues lo siento, parejita, pero no tengo ni puta idea de dónde o con quién anda esa zorra. Seguro que a estas horas se la está chupando a alguien, como siempre. Lástima que siempre lo haya hecho tan mal. —Intenta de nuevo provocarme, aprieto las manos sobre la mesa hasta que las uñas se me ponen blancas del esfuerzo, pero no respondo a su insulto—. Si no queréis nada más, me toca gimnasia —añade con sorna—. Ha sido un placer verte, señor juez. Ah, y espero que esa puta encuentre su merecido, así me ahorro el trabajo de rematarla.

Esta vez no puedo evitarlo y me levanto para acercarme a su asquerosa cara todo lo posible, ya que el abogado me sujeta desde atrás para que no vaya a más.

—No sé si saldrás de aquí, es posible que alguno de tus *amiguitos* de la ducha prefiera que cuando lo hagas sea en una caja, pero si sales con vida, vete buscando una madriguera donde no te encuentre.

—¿Me está amenazando, señoría? Debería saber que todo está

siendo grabado —responde altivo.

—Me temo que en eso te equivocas. Esta visita no ha sucedido y aquí nadie ha venido a verte. ¿Ves a tu alrededor a algún funcionario de prisiones? —responde el abogado, a la vez que estampa uno de sus puños en la nariz del hijo de puta—. Tienes suerte de que yo no sea agresivo y no quiera que Samuel se ensucie las manos con un despojo como tú. Vamos, no tenemos nada que hacer aquí con esta cucaracha lisiada.

Sus carcajadas resuenan por toda la estancia mientras un funcionario viene a llevárselo, insultándolo de camino. Veo que la simpatía que despierta es generalizada.

—Sabíamos que no iba a decir nada, pero te agradezco lo que has hecho.

—No hay de qué, no puedo imaginar por lo que estás pasando, pero estamos contigo para todo. Vamos a la oficina a ver si han averiguado algo.

—Sí, gracias, de verdad.

Ponemos rumbo a la oficina de nuevo. Es muy tarde y casi ninguno de nosotros hemos descansado esta noche, de modo que les pido que lo dejen y se vayan a casa a descansar. Hugo dice que él se queda con los informáticos y Paul también.

—Hugo, voy a ir a ver a Marco, le he contado que Martina está con su tío Iván, pero necesito pasar con él un rato.

—Por supuesto, lo mínimo que encontremos te llamo.

—Por favor.

Me despido de ellos y salgo disparado a coger mi coche. De camino a La Moraleja a ver a mi hijo y a mis suegros, suena una llamada telefónica a través de los altavoces del coche. En la pantalla central, un icono con la foto de mi hermana revela de quién se trata.

—Sami, ¿cómo estás?

—¿Tú qué crees? Voy conduciendo en dirección a la casa de los padres de Martina, Marco está triste y quiero pasar un rato con él.

—¿Quieres que te acompañe y me lo traigo a casa con las niñas?

—No sé, quizás esté mejor con la abuela. Le pregunto y según me diga te lo llevo. Y por favor, no salgáis mucho hasta que esto pase. La policía nos quiere tener a todos controlados por lo que pueda pasar.

—Por Dios, Sami, tenemos una patrulla delante de casa, ¿qué más quieres?

—Por si acaso.

—Está bien, hermanito. Te quiero. Descansa un poco, seguro que ni te has tumbado un rato.

—Yo también te quiero.

Cuando llego a casa de los padres de Martina, Marco se lanza a mis

brazos. Vuelve a preguntar por su madre y le cuento de nuevo la misma milonga. Le prometo que pronto estará con nosotros pero no parece del todo conforme. Se queda un segundo pensativo sin decir nada, como si sospechara algo sin atreverse a expresarlo. Juego un rato con él y después de picotear algo a modo de cena, que Paola se ha empeñado en poner a pesar de mi negativa, me despido de Marco con un tierno abrazo y me dirijo a casa.

Ya en el coche recibo de nuevo una llamada. Esta vez no va acompañada en la pantalla por una cara simpática anunciando a la persona, solo un nombre seguido de nueve números delata al interlocutor.

—Dime, Paul, ¿tenéis algo?

—Hemos dado con la última posición del reloj. Una gasolinera de la autovía a Colmenar Viejo.

—¿Colmenar Viejo?

—¿Te suena de algo? ¿Hay algo que puedas recordar por allí?

—Creo que no, me parece que he estado en ese pueblo con Marta una vez en mi vida, en unas fiestas hace muchos años. Nada más. Voy camino a la oficina, ¿seguís allí?

—Sí. Acaba de llegar tu ex con la cena. Creo que vamos a llamar al comisario, si hay que montar un operativo es mejor que sean ellos, aunque mis chicos vayan también. No podemos dejarlos al margen.

—De acuerdo, lo dejo en tus manos.

Pongo rumbo a la oficina de Hugo saltándome algún que otro semáforo, pero me importan poco las multas. A estas horas de la noche el tráfico escaso porque el tiempo es muy inestable, además de ser sábado.

—¿Habéis llamado a González? —suelto sin saludar cuando irrumpo en el despacho de Hugo. Varias personas trabajan rodeadas de ordenadores, cables eléctricos cruzan el suelo del despacho a un lado y otro, y un enorme mapa de la Comunidad de Madrid sujetado por dos jarras de café, empapela una de las mesas del enorme despacho.

—En camino. Mira, ven —contesta Paul haciendo un gesto con la mano. Me acerco a un monitor gigante donde se muestra una imagen de Google Maps. Rodeada de un círculo rojo indicando su posición con unas coordenadas, una gasolinera de BP aparece ante mis ojos.

—¿Qué es eso? —pregunto señalando una especie de nave que hay enfrente de la estación de servicio.

—Consta como un laboratorio, pero no sabría decirte. No creo que sean tan imbéciles como para retenerla ahí, justo enfrente de donde se han deshecho del reloj.

—No lo sé, pero no hay que descartar nada, ¿no crees?

—Tal vez tengas razón —responde Paul.

—Me parece un poco absurdo, pero tienes razón, habría que ir —añade Marta.

El comisario y la inspectora aparecen en ese momento. Los chicos les relatan los avances, y pese a que en un primer momento no se lo toman demasiado bien, finalmente, después de hablar entre ellos en privado, están de acuerdo con nosotros en montar un operativo en la zona. El comisario González da una serie de instrucciones a la inspectora, y después de hablar por teléfono con la comisaría, quedamos en el lugar a las cinco de la mañana.

Nos despedimos del comisario y su gente. Paul permanecerá a la espera con sus chicos en el despacho de Hugo y yo me ofrezco a llevar a Marta a su casa. Por el camino insiste en estar presente en el operativo. Siempre ha sido imposible convencer de lo contrario cuando ha tomado una decisión, de manera que no tengo más remedio que quedar con ella para recogerla a las cuatro y media de la mañana.

—Descansa un poco, Sami, te vendrá bien. Mañana a estas horas todo habrá quedado en una mala pesadilla. —Me da un beso en la mejilla y se apea del coche camino a su portal.

Martina

Un chasquido vuelve a sobresaltarme. No hay ninguna luz, solo el zumbido lejano del tráfico me ha acompañado hasta ahora. Oigo pasos, parecen zapatos de tacón o al menos no deportivas. Me hago un ovillo y me refugio debajo de la pestilente manta, que sigue oliendo tan mal como al principio y me levanta náuseas.

Un móvil suena en alguna parte, los pasos siguen acercándose y ahora percibo una voz femenina hablar con alguien. Es ella de nuevo. Espero que no haya cumplido su amenaza y no venga acompañada de alguien. De ser así, no podría escapar. La única opción que tengo es que consiga que me deje ir de nuevo al baño y vuelva a colocarme las esposas en las dos manos. Soy más alta que ella y bastante más corpulenta, no debería tener problemas. La voz se acerca y me doy cuenta aliviada de que habla por teléfono.

»¿Cómo que saben dónde está? ¿Qué vienen ya?

»¿Sí? Pues la próxima vez hazlo tú. Cumplí cada una de tus órdenes, no tengo la culpa de que sean más inteligentes que tú.

»Que sí, que ya recojo y me largo. Más vale que el coche esté donde acordamos, porque si no es así tendrás que esconderte muy, pero que muy bien, y tu apacible vida no será la de antes. Por no contar lo que les ocurrirá a algunas de tus personas favoritas. Conmigo no se juega, espero no tener problemas.

»¿Que la suelte? No, ni de coña. Esta zorra se queda, si dan con ella, bien y si no, que se pudra aquí con las ratas.

»He dicho que no, joder. Ven tú y suéltala si tan mal crees que lo he hecho. Eso me pasa por trabajar con putos aficionados.

No puedo creer lo que estoy oyendo. ¿En serio ya han dado conmigo? No veo el momento de salir de aquí y poder abrazar a Sam y a mi hijo, de comprobar que Zöe está bien y de volver a mi casa. Creo que los planes de mudarnos de nuevo aquí tendrán que esperar. No voy a tener esta tensión el resto de mi vida. Por no hablar de cómo lo estará pasando Samuel o nuestras familias.

—Zorra, has tenido suerte, pero yo que tú no dejaría de vigilar tu espalda o a los tuyos, esto no se acaba aquí.

—Suéltame y no haré que te busquen por cielo y tierra. Piensa por un momento y déjame salir.

—Ni lo sueñes, no es culpa mía que quien planeó todo esto se haya echado atrás. Si por mí fuera ya te habría matado y arrojado a un pozo después de divertirme un rato contigo y un par de amigos. Quién sabe, quizás la próxima vez.

Se acerca y se arrodilla delante de mí, puedo oler el café en su aliento, colonia fresca, y el aroma frutal de su champú, provocando que esta vez no pueda contenerme y le vomite encima. La sorpresa la deja paralizada y yo aprovecho para, con un movimiento rápido, atraparla debajo de mí. Pego su cuerpo a la pared sacando ventaja de mi envergadura, y con la mano libre aprisiono su cuello a los barrotes. Al cabo de unos segundos eternos, empieza a notar la falta de oxígeno y deja de pelear por soltarse.

—¡Martina, suéltala! Martina, cariño, ya está, estamos aquí.

La voz de Samuel llega a mis oídos, acompañada de una luz brillante y cegadora apuntando en mi dirección. La puerta está abierta de par en par y no los he oído llegar, imagino que saturada por la adrenalina del momento.

El resto ocurre demasiado rápido. Voces, una manta térmica que me envuelve, agua mineral que sabe a gloria, y finalmente me encuentro en el interior de una ambulancia camino del hospital, con Samuel sentado a mi lado sujetando mi mano.

—Sam…

—Ya, cariño, ya pasó. Estás bien, esta tarde estaremos con Marco y con tus padres, que van camino del hospital. Todo está bien.

Noto mucho frío debido a la descarga de adrenalina. Me encuentro bien, pero no puedo dejar de temblar. Solo quiero ir a casa y abrazar a mi niño. Sentarme delante de la chimenea de casa de mis padres y tomarme un chocolate caliente con canela.

—Yo…

—Shhh, no tienes que decir nada, están interrogando a quien te

secuestró.

—Había alguien más, hablaba por teléfono. —El relajante que han debido inyectarme comienza a hacer efecto. Espero que Samuel les haya dicho lo del bebé, porque me noto muy cansada.

Despierto horas después en la cama de un hospital, con una vía y una bolsa de suero conectada a mi antebrazo derecho. A mi lado se encuentran Iván y Samuel. Oigo gente fuera de la habitación.

—Hola, preciosa Martina. —La voz de mi marido me saca del sopor artificial en el que todavía sigo sumida. Se acerca a dejar un cálido beso en mis labios que noto hinchados y resecos. Acaricio su cara, repasando la ligera barba que lleva. —Lo siento, no imaginas cuánto.

—No pasa nada, no es culpa tuya. ¿Y nuestra pequeña? —pregunto llevando mi mano libre a mi barriga.

—Está perfecta, cariño, ahora vendrá Álvaro.

Álvaro es mi ginecólogo en España, además de un buen amigo. Le conocí cuando empecé a trabajar en este hospital antes de irme a Nueva York. Llevó mi embarazo con Marco, siempre me ha cuidado él.

—Vale ya de pasteleo, déjame un rato a solas con mi amiga. Vete a tomarte un café o un pollo asado, o a comerte una dorada, así tardas más.

—Ja, ja, ja... Uy, joder, me duele el labio —respondo dolorida llevándome una mano a la boca—. No me hagas reír, por favor. Estoy bien, Sam. Ve a casa, date una ducha, relájate un rato, Iván se queda conmigo.

—No pienso ir muy lejos —susurra en mi oído y pese a todo, me eriza la piel.

—Ya te guardarías de hacerlo. Te quiero, Sam.

—Y yo a ti, preciosa. ¿Necesitas algo?

—Sí, irme a casa. Una chimenea, un chocolate caliente, una mantita limpia y perfumada, y a mis dos chicos.

—Pronto, preciosa, muy pronto.

Sam se aleja de mí sin querer soltar mi mano, hasta que mi amigo le empuja con suavidad hasta la puerta.

—Venga, pesado, no la dejaré moverse ni un milímetro, vete a descansar. Ahora entrará su madre. Sabes que tengo turno en una hora.

—Gracias, Iván.

Una vez Sam se ha marchado, mi amigo se acerca sonriente. Me abraza con cuidado y retira un mechón que me está rozando en la parte de la cara donde creo tener un hematoma a causa del golpe,

imagino.

—Enhorabuena, princesa. ¿Cuándo pensabas decírmelo?

—Siento no habértelo dicho antes pero no queríamos otra vez pasar por lo mismo. No sé cómo lo superaría Sam. Me mandaron reposo absoluto y se puso en plan padre total, no me dejaba ni respirar.

—Pues, chica, esta niña no va a irse a ningún lado. Todavía tenías restos de narcóticos en tu cuerpo y la niña no ha parado de moverse todo el rato. Va a ser de armas tomar.

—¿Ya se sabe quién me secuestró?

—No sé nada, el comisario González y Paul, un ex agente de la Interpol contratado por Hugo, están en ello. Es algo raro, parece que Guillermo no tiene nada que ver.

—Lo sé. Las historias que me contó esa tía no concordaban con lo que yo conocía de él. Lo peor es que no tengo ni idea de quién puede ser.

—¿Quién es qué? —replica Marta entrando sonriente por la puerta. Su pelo eternamente alborotado parece que ha sobrevivido a un tornado. Está muy guapa, aun así algo en sus ojos me dice que está preocupada.

—No, nada, cosas de Iván.

—Solo pasaba a saludarte. Me voy, Luis tiene guardia y he de quedarme con el niño. Me alegro de que estés bien. Nos debemos un café antes de que vuelvas a Nueva York.

—Por supuesto, en cuanto salga de aquí. —Me da un beso y se va tan rápidamente como ha entrado.

—Esta mujer me altera, va siempre tan deprisa…

—Pues relájate, *Ivancito*, no te vaya a dar un infarto y el mejor cardiólogo resulte no estar disponible por indisposición.

A continuación entran mi madre y Mamen, la madre de Sam. Mi madre me abraza durante mucho rato, mientras me recreo en su olor tan familiar, sintiéndome al instante protegida.

—Mamá, ¿y Marco?

—Está con Carol. No te agobies, recupérate cuanto antes y sal de aquí.

—Esos son mis planes más inmediatos. ¿Se sabe ya quién anda detrás de todo esto?

—Deja de preocuparte por eso ahora, no es algo que te corresponda a ti. Por cierto, la dejaste un poco perjudicada. Si no llegan a tiempo, creo que la hubieses matado.

Mi cabeza sigue a mil por hora y no para de darle vueltas a que hay algo que no encaja en todo esto y no consigo saber qué es.

Me traen un zumo de melocotón y una reseca magdalena envuelta en plástico por merienda. No puedo evitar que me den arcadas al oler el zumo. Mi madre se alarma y quiere llamar al médico, de manera

que al final, ante tanta insistencia de las dos, les tengo que contar lo de mi embarazo.

—Ay, ¿de verdad? ¿Y está bien? —interroga mi madre de forma atropellada.

—Sí, está bien, o eso dicen, Álvaro ha de venir ahora para hablar conmigo.

—¿Cuándo pensabais decírnoslo? —pregunta Mamen visiblemente emocionada.

—Tuve que mantener unas semanas de reposo y no quería falsas ilusiones de nuevo. Parece que ya no hay peligro, no al menos más de lo habitual. Pronto serán dieciséis semanas y es una niña sana. O lo era la última vez que la vimos.

Me dan la enhorabuena por el bebé, me dicen que no me preocupe, que esta vez todo saldrá bien, y yo las creo.

Entra mi amigo el ginecólogo, y detrás Claudia, la mujer de Hugo. Álvaro y ella son amigos desde hace años. Ella se acerca a abrazarme la primera, sabe perfectamente cómo puedo encontrarme, tuvo un episodio parecido aunque en su caso fue mucho más grave.

—Álvaro, cuéntame.

—Está todo bien, Marti, no te preocupes más. Descansa y relájate. ¿Quieres verla?

—Me encantaría.

Pide que traigan un ecógrafo y tras extender el gel en mi vientre, lo conecta y en la pequeña pantalla aparece mi bebé moviéndose como un pequeño pez en su diminuta pecera. Veo a las dos abuelas emocionarse, Claudia me da la mano sonriendo también.

—¿Ves, cabezota? Está perfectamente. Y es bastante grandecita esta princesa. Además, tú estás perfecta, según veo en tu informe no has cogido más que un par de kilos. No hagas tonterías y cuídate bien, ya tendrás tiempo de perder peso después.

—Estoy bien, tú lo has dicho. Como bien, no me preocupa el peso, al menos no demasiado. Lo único que me aterraba era la idea de que lo que me inyectaron le hubiera afectado, pero si dices que va todo bien, lo demás me importa poco. ¿Cuándo podré irme a casa?

—No te enfades, pero hoy te quedas. Preferimos que estés controlada esta noche.

—¿Pero no dices que estoy bien? —pregunto suspicaz.

—Sí, pero el médico que te atendió de urgencias prefiere dejarte unas horas más vigilada. Tienes un golpe en la cabeza y no te podemos hacer un TAC, de modo que te aguantas y te quedas.

—¿Quién me atendió?

—Ricardo.

—¿Aguirre?

—Sí, después de examinarte prefirió que te quedaras veinticuatro

horas en observación. Por cierto, me he enterado de que la policía te encontró a lo Mike Tyson con la tipa que te tenía cautiva. Menudo espectáculo.

—No lo recuerdo, solo que era mi oportunidad y no la desperdicié. Ahora entiendo la señal de la muñeca, porque no me parecía que la esposa me apretara.

—Pues eso parece. Pero aquí, entre tú y yo, yo le hubiera dado más fuerte. ¡Qué hija de puta! —añade bajito, haciéndome sonreír—. Y oye, chica, la próxima vez que quieras verme, en vez de montar esta función llámame, no me des estos sustos, ni a los demás. ¡Cómo te gusta llamar la atención!

—Ya lo sabes. ¿Cómo sigue Alicia?

—Muy bien. De baja, pero bien.

—¿De baja?

—Sí, no quiero que siga trabajando, solo le quedan unas semanas para dar a luz y no me apetece que esté aquí. Ya sé que adora su trabajo, pero tras los últimos virus y eso, en casa está mejor.

Mi madre y mi suegra han bajado a la cafetería mientras mis amigos están conmigo. Llaman a la puerta y una cabeza de pelo rojizo se asoma.

—Pasa, Laura —La pediatra amiga de Claudia aparece con su bata y una enorme sonrisa.

—Me alegro de verte, Marti, aunque hubiera preferido que fuera con tu bata blanca del curro.

—Pues como no vayas a Nueva York... Después de esto no creo que vuelva.

—Date un tiempo —añade la pediatra.

—No quiero pasar por esto de nuevo, ni que mi familia lo haga. ¿Cómo están Adri y los niños?

—Adri, como siempre, viaje arriba y abajo, y los niños genial. No os iréis sin que quedemos, ¿no?

—Claro que no, le debemos a Hugo su cena.

Un rato más tarde, casi a la hora de la cena, se marchan todos, Cuando llega Samuel, creo que nunca he llegado a echarlo tanto de menos, y eso que hemos estado separados muchas semanas.

—Hola —susurra al darme un ligero beso. El aroma de su perfume, tan cálido y familiar, mezclado con su champú, me embarga, logrando que me pierda en su abrazo

—Te he echado de menos, mucho. Y eso que he estado toda la tarde acompañada. ¿Has estado con Marco?

—Sí, está bien, solo nos echa de menos.

—¡Mi niño! ¡Qué hubiera sido de él si…!

—Shhh, no lo digas. Él quizás lo hubiera superado, sin embargo yo

no. No sé vivir sin ti. Y no quiero aprender a hacerlo.

Vuelvo a abrazarme a su cuerpo y me quedo ahí, atrapada en sus brazos, a pesar del dolor que siento en el brazo que tuve amarrado y en el lado de la cabeza que tengo el golpe.

Estamos así, no sé el tiempo, hasta que traen la bandeja con la cena. Ni la abro siquiera, no me apetece nada.

—No me sueltes, por favor.

—Tienes que comer. Llevas demasiadas horas sin ingerir comida sólida.

—No quiero, necesito quedarme así, entre tus brazos, tengo suficiente.

—Yo estoy aquí, no voy a marcharme.

En ese preciso instante mi médico entra en la habitación ataviado con la bata y el estetoscopio colgado al cuello.

—Perdón. Hola, Martina, siento lo sucedido. Me hubiese gustado verte en otras circunstancias, por ejemplo vestida con tu bata en cualquier pasillo de este hospital, como tantas otras veces.

—A mí también. Lo de la bata será cuando vayas a verme a Nueva York, que por cierto espero que lo hagas. —Sam tuerce el gesto, sé que quiere volver, pero…

—Tienes que comer o no te daré el alta, ese bebé necesita que te alimentes. Te voy a retirar el suero. No te hace falta.

—No me apetece comer, no tengo apetito.

—Cariño, bajo y te traigo otra cosa. Pero Ricardo tiene razón.

—Haz lo que quieras, pero no tardes.

—Me quedo contigo hasta que vuelva —responde el médico— no te agobies, tengo tiempo.

Sam deja un beso en mis labios y tras coger el abrigo sale de la habitación sin muchas ganas de hacerlo.

—No creo que supere esto —me sincero con mi compañero.

—Deberías hablar con alguien, y ya sabes que no me refiero a un amigo. Victoria es una psicóloga muy buena, puedo hablar con ella.

—No sé.

—Si no lo haces, afectará a tu vida en todos los sentidos, y lo sabes.

—Ya. Joder, con lo bien que estábamos. ¿Cómo voy a obligar a Sam a quedarse conmigo allí? Sé que está loco por volver, aunque no me lo diga.

—He visto la expresión de su cara cuando me has dicho que fuera allí a verte. No soy el más indicado para decirte esto, mi vida personal es una puta mierda, pero deberías ser sincera con él.

Permanecemos en silencio, cada uno inmerso en sus propias reflexiones, pero es un silencio agradable. Rompe el momento una auxiliar al entrar en la habitación a retirar la bandeja con la cena. Se percata de que no he tocado el contenido y me mira con cara de

desaprobación.

—No te preocupes, Lucía, su chico ha bajado a por comida, no vamos a obligarla a tomar algo que no le agrade —aclara Ricardo.

En ese momento entra Sam cargado con una bolsa de papel. No parece de la cafetería del hospital, desde luego, pero desprende un olor delicioso.

—Bueno, chicos, me voy, ya me he ganado el sueldo hoy. Marti, mañana me paso, descansa. Samuel, cuídala.

—No lo dudes. Hasta mañana. Descansa tú también. Y gracias por todo.

Samuel lo acompaña a la salida pero se detienen los dos un momento en el pasillo, con la puerta entornada.

—Martina es una persona excepcional, no se merece todo esto. Ya es hora que pueda relajarse y disfrutar de lo que tiene —acierto a oír que dice Ricardo en voz baja.

—Lo sé, lo intento, no te creas. Pero hay cosas que escapan a nuestro control.

—No tienes que decírmelo, lo sé de sobra.

Cuando Ricardo por fin se marcha, Samuel entra de nuevo en la habitación, se dirige sonriendo a la bolsa de papel, y saca una estupenda tortilla de patatas con una pinta deliciosa, que no sé dónde habrá conseguido. Acto seguido, mueve las cejas arriba y abajo con cara divertida, mete de nuevo una mano en la bolsa, y saca pan calentito junto con unas croquetas que huelen que alimentan.

—¿Pero y todo esto? No me digas que han puesto cocineras nuevas en la cafetería porque pido mi plaza de nuevo.

—¿Lo harías? —Un brillo ilusionado asoma a sus ojos oscuros.

—Lo siento, no debí decir eso. Sé que es lo que habíamos acordado, pero no sé si alguna vez seré capaz de volver, más sin saber todavía quién está detrás de todo esto. Ya no por mí, sino por vosotros, no os merecéis esta angustia. Encerrada y esposada en ese lugar, tumbada en un colchón mugriento acompañada de una apestosa manta, no temía por mi vida, solo era capaz de pensar en ti, en Marco, y en nuestra familia. No tenéis que pasar por estas cosas por mi culpa. Entendería que quisieras volver, pero…

—No vamos a tener esta conversación otra vez. Mi sitio es contigo, sea donde sea. No me importa. Por supuesto que me gustaría ver crecer a mis hijos rodeados de su familia, no lo puedo negar, pero tú eres lo primero en vida, y si tú eres feliz allí, con todos sus inconvenientes, yo también lo soy. Me gusta trabajar donde lo hago, no implica sentimientos, es un trabajo impersonal donde no tengo que bregar con injusticias, con individuos que me quiten el sueño, con sentencias que hagan plantearme si lo he hecho bien o mal. ¿Quiero volver a ejercer? Pues sí, pero no a cualquier precio. Escúchame bien,

preciosa Martina, TÚ ERES LO PRIMERO. ¿Serás capaz de entenderlo?

—Lo intento, ya sabes que me cuesta ver muchas cosas. Todavía me parece increíble que estés conmigo.

—Tú, con tus inseguridades, con tus miedos, con tus cicatrices reales e imaginarias, eres lo mejor que me ha pasado nunca. Te amo más que a mi vida, y si no estuvieras mi vida no tendría ningún sentido. Eso ya lo sabes, te lo he dicho muchas veces, es algo que supe desde que me invitaste a tomar la última copa en tu casa aquel frío día de febrero. No podía creer la suerte que tuve de volver a encontrarme contigo en una situación distinta, donde tu poder, tu fuerza, esa que yo intuí a lo largo del juicio, había aparecido.

»Hemos disfrutado de momentos increíbles, otros más difíciles y que son para olvidar, pero pese a todo, en esos días lejanos de bruma donde tú no estabas, tenía claro de que nunca te dejaría salir de mi vida. Envejeceremos juntos, tendremos esa casa en Santillana con vistas a la montaña con la que siempre has soñado, donde nuestros nietos irán a disfrutar de esos veranos en ese maravilloso lugar.

No puedo evitar que las lágrimas aparezcan. Con lo fácil que hubiera sido conocernos en cualquier otro momento, sin ex pirados, sin cicatrices de ningún tipo.

—¿Por qué no te cruzaste en mi camino antes, Sam? ¿Por qué ha de ser todo tan complicado? No mereces esto, ni tú ni nadie.

—Nadie dijo que sería fácil, la vida no lo es. Y no por eso es menos maravillosa —añade con mi mano entre las suyas. Alza una para acariciarme con una dulzura y un cariño tan infinito que, por un momento, logra convencerme de que todo irá bien—. Ya, se acabaron las lágrimas. Vamos a lío o se enfriará la cena, y estoy hambriento de verdad. Lástima que lo otro que quiero comerme no esté en el menú.

Sonrío por el comentario y el labio me tira de nuevo. Me llevo la mano a la herida y un poco de sangre mancha mis dedos. Parece que se ha abierto de nuevo.

—Espera, voy a por tu crema. —Sale del baño con un bálsamo labial que ha debido traer cuando ha vuelto de casa. Lo aplica con sumo cuidado en el corte, dejando una caricia en mi mejilla—. Venga, doctora, ahora a comer.

Al día siguiente, me dan el alta. Tengo que ir a declarar y es lo que menos me apetece, pero no hay muchas opciones. Prefiero hacerlo ahora y después volver a casa para tranquilizarme y estar con Marco y Sam.

Llegamos a la comisaría tras haber llamado para saber si la inspectora está a esa hora. Nos recibe ella misma con una sonrisa.

La inspectora Suárez me hace pasar a un pequeño despacho apenas decorado con una mesa y cuatro sillas y me formula un montón de

preguntas bajo la atenta mirada del comisario. Ignoro si es el procedimiento habitual, pero ahí están los dos. Descubro algo en la mirada del comisario González que no sé descifrar, quizás orgullo, ante la actuación de su subordinada. Sam me acompaña todo el rato, sentado muy cerca de mí sin decir ni una palabra. Está serio y pensativo, tal vez preocupado. Le había pedido a Marta que estuviera presente pero no ha podido venir. En su lugar, Óscar Santamaría, el amigo de Hugo y Sam, acaba de llegar casi a la carrera para prestarme apoyo legal, aunque él se dedica a otra rama del derecho.

—Creo que por hoy hemos terminado, señora Gutiérrez. ¿Tienen previsto salir del país?

—Volvemos a casa en unas semanas.

—Está bien, si tenemos alguna otra pregunta, la llamaremos. Me alegro de que se encuentre mejor.

—Gracias, pero estoy deseando llegar a casa para quitarme este olor a hospital.

Nos despedimos de los dos, y Sam, el abogado y yo salimos de la comisaría en silencio.

—Os invito a comer —dice de pronto Óscar—. Martina, seguro que tienes hambre, la comida del hospital no es un manjar.

—No creas, no tengo demasiada hambre.

—Vamos, cariño, has de comer —replica Sam.

—Está bien, pesado. ¿Qué lugar propones, Óscar?

—¿Qué te apetece? —pregunta nuestro amigo

—Poca cosa, la verdad, quizás unas tapas.

Antes de llegar a casa paramos en un clásico bar de tapas de los de siempre, donde la tortilla sabe a tortilla, la cerveza se sirve bien fría, las moscas son plantilla, y hay más servilletas en el suelo que en el servilletero. Pedimos tres cervezas y unas cuantas cosas para compartir, pero me da que es poca comida y tanto Sam como el abogado se van a quedar con hambre.

—¿Te apetece probar la mejor tarta de chocolate de Madrid? —me cuestiona Óscar rebañando la salsa de las patatas bravas con un trozo de pan.

—Vale, aunque no soy muy de tartas, pero si tú la recomiendas será muy buena.

—Lo es. Y el sitio es muy especial. —Lo dice con un tono que no deja lugar a dudas de que alguien importante y ese sitio están relacionados.

Paga Óscar la cuenta y salimos del bar charlando animadamente camino de la pastelería.

Tras una corta caminata, entramos en un coqueto local cercano al museo del Prado y nos sentamos en una mesa situada al fondo junto al ventanal. Pedimos una porción de tarta para compartir, café para los

chicos y un frapelatte descafeinado para mí. Entre trozo y trozo de tarta, Sam y Óscar recuerdan divertidas anécdotas de cuando eran dos jóvenes estudiantes de derecho. Asisto a la conversación sin prestar mucha atención, cansada y sumida en mis pensamientos. Óscar se percata de mi estado de ánimo y le da un toque en el hombro a Sam.

—Martina, ¿todo bien? —Sam me mira preocupado, coge mi mano y llama a una de las camareras para pagar, pero mi amigo se adelanta y lo hace él—. ¿Vamos? —vuelve a preguntar.

—Gracias, letrado —bromeo con él—. Sí, vamos. Estoy cansada, solo es eso.

Llegamos a la entrada de nuestro edificio y Óscar se dirige a su coche, aparcado muy cerca de allí. Se despide de nosotros diciéndonos que no dudemos en llamarlo para cualquier cosa si Marta no puede estar conmigo.

Subimos en silencio en el ascensor hasta nuestra planta. Los sucesos de estos días nos pasan factura a los dos, estoy cansada pero me gustaría que mi niño estuviera conmigo en este momento. Sam me ha dicho que mi madre se ha empeñado en que el pequeño durmiera esta noche con mis padres para darme tiempo a descansar.

Voy hacia el dormitorio desnudándome por el camino, llevo la ropa directamente a la lavadora y busco entre la ropa sucia la que llevaba puesta cuando me secuestraron para añadirla a la colada.

—No la busques, la tiré en el hospital. —La voz de Sam me sobresalta y sorprende leyéndome la mente—. Te preparo un baño, ¿te parece?

—Me vendría muy bien. Gracias, amor.

—Martina, ¿podrás perdonarme? —Se acerca sin despegar sus ojos de los míos, atrapa mi cara entre sus manos, de dedos largos y suaves, pega su frente a la mía y baja sus manos para rodear mi cintura y apretarme más a su cuerpo—. No debí dejarte sola, no tenía que haberme ido.

—No digas más. Estaba planeado, lo hubieran hecho en cualquier otro momento, no podíamos saberlo. Pero ella ya no me preocupa, en realidad me inquieta quien haya detrás.

—¿Estás segura de que no está sola?

—Sí, y también que no conoce a Guillermo. Trató de ponerme furiosa haciéndome creer que estaba con él desde hace más de siete años.

—Pero en esa época ya estaba contigo. No entiendo qué coño hacías con él.

—No empieces de nuevo. Estoy segura de que nunca ha estado con él. Guillermo y yo empezamos a salir por esa época y entonces no era la persona en que se convirtió. Su carácter cambió a raíz de quedarme

embarazada. Dejó de prestarme atención y comenzó a faltarme al respeto. Al principio era simples indirectas, aunque pronto pasó a más. Estoy segura de que tenía algún lío, pero para entonces ya me daba igual. Ya conoces la historia, no creo que tenga que contarte otra vez lo mismo.

—Pero ya tenía antecedentes, no lo justifiques. En fin, no discutamos de nuevo por lo mismo. Espero que sean capaces de llegar al fondo de esto, porque sé que va a afectarte más de lo que ahora aparentas.

—Yo también espero que atrapen a quien haya sido. ¿Crees que sería buena idea ir a visitar a Guillermo?

—¿Qué? ¿A quién? Nooo, ni se te ocurra.

—Pero…

—Martina, joder, cada vez que hablamos de ese cabrón terminamos enfrascados en una tremenda discusión. Olvida el tema, por favor.

—Lo sé, lo sé. Está bien, ojalá las autoridades lo aclaren todo y pillen a los culpables.

24

Tonto el médico que desprecia el conocimiento adquirido por los antiguos.
(Hipócrates)

Ha pasado una semana desde que salí del hospital. Hemos de volver a Nueva York, pero en cierto modo me cuesta. Seguimos sin saber quién está detrás de todo, aunque sospecho que me ocultan algo y no me gusta nada. Cuando pregunto, Samuel se muestra esquivo y cambia de tema. Hemos quedado un par de veces con Hugo y nuestros amigos, pero nadie saca a relucir el tema aunque lo he intentado en varias ocasiones.

He hablado con Marta y ella dice no saber nada o no quiere contármelo. Creo que antes de marcharnos voy a ir a hablar con el comisario que lleva el caso o con la inspectora Suárez, quizás ellos me digan qué está ocurriendo. Después de tomarme declaración no he vuelto a tener noticias. No tengo idea de cómo hacerlo, porque Samuel no se ha separado ni un segundo de mi lado desde que salí del hospital. Entre nosotros las cosas vuelven a estar como siempre, saltan chispas cuando nos rozamos o incluso con solo mirarnos, pero cuando trato de sacar el tema, siempre se las apaña para llevarme por otros derroteros.

Para despedirnos de estas vacaciones tan accidentadas, una idea está cobrando vida en mi cabeza, pero para llevarla a cabo necesito hablar con mis abuelos antes de irnos. A Sam le va a gustar, no sé si podré organizarlo pero al menos lo voy a intentar.

Llamo a Claudia y le cuento lo que quiero hacer y le parece una idea genial. Me pone en contacto con Bianca, una diseñadora que trabaja con ellos. Entre las dos, planeamos hasta el último detalle. Así, puedo librarme de Sam un poco.

Le pido como favor personal que me acompañe a ver al comisario. A pesar de mostrarse en principio un poco reacia consigo convencerla y, tras comer juntas, nos desplazamos hasta la comisaría.

—No sabes cuánto te agradezco esto, Claudia. Llevo una semana en casa y no consigo quitarme de encima a Sam ni un segundo.

—¿Eso es malo? —Me mira enarcando una ceja con una sonrisa

pícara.

—Ja, ja, ja, supongo que no, pero a veces me agobia un poco.

—Lo sé, solo bromeaba, a mí me pasó lo mismo cuando he estado enferma, o cuando mis peques y yo sufrimos el terrible secuestro.[9]

—¿Cómo se supera algo así?

—No lo sé, imagino que sin pensarlo demasiado, y con el cariño y el apoyo de la gente que te quiere. Hugo me puso un ultimátum: si seguía sufriendo pesadillas iríamos a un terapeuta. No sé si es porque no me apetecía hablar de eso con nadie que no me conociera o por qué, el caso es que dejaron de sucederse los sueños. Pero tú también tienes experiencia, imagino que lo sabrás.

—Todavía tengo pesadillas con Guillermo, golpeándome y pateándome en el suelo sin piedad. Y es cierto lo que dices; no gusta mostrarse vulnerable y a mí me cuesta mucho. Muchísimo.

Llegamos a la comisaría y el *simpático* policía de recepción me dice que el comisario no puede atenderme, sin siquiera preguntarle. Al menos sé que está, no las tenía todas conmigo. En ese momento la inspectora Suárez aparece por allí y se acerca a nosotras sonriendo.

—Buenos días, señora Gutiérrez —mira a Claudia y ella se presenta.

—Buenos días, queríamos hablar con el comisario, pero su compañero no parece muy dispuesto a ayudarnos.

—Jiménez, llama al comisario y dile que la señora Martina Gutiérrez quiere verlo.

—Pero…

—Está bien, yo misma lo haré. Acompáñenme. —Se dirige al fondo de un pasillo y nosotras la seguimos—. En esta comisaría si quieres hacer algo rápidamente tienes que hacerlo tú. Ese chico es un desastre. Es muy buena persona, pero es muy poco decidido. Ya sé que Diego tiene dada la orden de que no le molesten, pero al menos debe preguntar. No todo el mundo viene buscándolo a él. Por cierto, ¿cómo se encuentra? He estado a punto de llamarla un par de veces tras tomarle declaración pero no sabía si sería conveniente. En estos casos nunca se sabe.

—Se lo agradezco de todas maneras, se portaron muy bien conmigo. Sé que no tenían por qué haberme empezado a buscar antes de tiempo, pero aun así lo hicieron. Les estaré eternamente agradecida.

—No se crea, me sentí un poco frustrada de no ser nosotros quién la encontráramos. Los medios empleados por el amigo de su marido fueron impresionantes.

—Eso no importa, colaboraron todos. Y sé que aún tenemos una patrulla vigilando nuestros movimientos.

—Sí, hasta que todo esto no se aclare la seguirán teniendo, pero no

lo sabe nadie, ¿Cómo se ha dado cuenta?

—Imagino que no son muy discretos. —Sonrío y ella asiente divertida.

—Su nombre era Alanna, ¿no? ¿Le importa si la tuteo? Me parece muy joven.

—Por supuesto, aunque no soy tanto como parece. Tengo buenos genes.

—Llámame Martina.

Llegamos a la última planta a través del ascensor, y al llegar al despacho llama a la puerta y asoma la cabeza sin esperar a que respondan. La voz de comisario le dice que pase.

—Tengo a Martina Gutiérrez aquí, comisario. —Pese al formalismo, me da la impresión que en su tono hay algo de perversa diversión. Claudia me mira y asiento.

—Señora Gutiérrez. Pasen y siéntese. Señora Luján, ¿verdad?

—Llámeme Claudia, por favor.

—Y a mí Martina, comisario.

—Llamadme Diego. Vosotras diréis.

—Comi… Diego, me gustaría saber si ha avanzado algo la investigación o si ha conseguido que esa mujer ha desvelado quién es su cómplice.

—Me temo que no. Parece que su abogado la ha aconsejado que no diga nada.

—¿Ni a cambio de algún beneficio? A fin de cuentas tengo la impresión de que ella solo fue el brazo ejecutor.

—Dice que estaba sola. Sabemos que no por las llamadas de su móvil, pero es un teléfono de prepago y no hemos localizado a nadie. Quién está detrás de todo esto lo hace muy bien, o eso cree, de momento. Seguimos investigando y aunque no es lo habitual, seguimos manteniendo vigilancia en vuestros domicilios.

—Lo sé y te lo agradezco, pero aun así eso no me alivia mucho, la verdad. ¿Mi ex está totalmente descartado?

—Sí. No ha tenido contacto con ella en ningún momento. Diría que ni siquiera se conocen.

—No sé si se conocen o no, pero las cosas que ella me contó de él no concuerdan con el Guillermo que yo conocí.

—¿Algo que no nos contaras?

—No, creo que os dije todo, pero con el tiempo las cosas van tomando perspectiva.

—Alanna, busca la declaración, vamos a verla. ¿Qué es lo que me has dicho que no es tal como te contó?

—Dice que tiene un hijo con él de siete años, pero cuando Guillermo vino a Madrid, él y yo ya estábamos juntos, y de eso hace más de siete años. Él entonces era otra persona, cariñoso, atento, solo

tenía ojos para mí, o al menos eso parecía, pero no tenía tiempo para estar con nadie más como ella sugirió.

—Tengo entendido que él ya tenía antecedentes penales por lesiones y acoso a una chica, ¿no?

—Sí, pero entonces yo no lo sabía. Él era un encanto, después, cuando me quedé embarazada, empezó a cambiar. Aun así, pasaba todo el tiempo en casa o en la facultad, de eso estoy segura.

—Entonces, ¿tú dirías que no se conocen?

—Estoy completamente convencida. Parece que alguien le ha contado cosas sobre mí y ella ha añadido lo que le ha parecido. Eso me da más miedo aún.

La inspectora entrega un tablet al comisario, imagino que con mi declaración. Da un vistazo a la pantalla pasando páginas con el dedo y a continuación se la vuelve a entregar.

—Es cierto, no comentaste nada de eso. Lo añadiremos a la declaración.

Vuelve a formularme la pregunta y contesto lo que le he dicho antes. Una grabadora capta la conversación pero lo apunta todo con una meticulosidad extrema. Cuando termino de hablar se queda unos segundos pensativo.

—¿Y dices que su abogado le ha dicho que no hable? —Interrumpo sus reflexiones—. ¿Eso es lo habitual?

—No, lo normal es los abogados aconsejen que colaboren si saben que van a ir a la cárcel, porque irá. No sé por qué este caso es distinto, es raro desde el principio y hay algo que no encaja.

—¿Quién es su abogado?

—No puedo decírtelo. Ni nada más, el juez ha declarado secreto de sumario. Tampoco es lo habitual. Te estoy dando más información de la que debería. ¿Quién es tu abogado?

—Si Marta sigue sin poder asistirme, hablaré con Óscar Santamaría. Aunque no sea su campo me podrá aconsejar.

—Bueno, todavía queda tiempo, aunque si me permites un consejo, no creo que Marta sea la adecuada. ¿Tienes buena relación con ella?

—Sí, creo que llegamos a intimar bastante. A ver, no es mi amiga, pero es muy profesional y siempre me ha aconsejado de manera acertada. ¿Por qué no crees que sea la adecuada? —La inspectora lo mira y él le devuelve la mirada, algo muy sutil, pero ni para mi amiga ni para mí pasa desapercibido.

—No lo sé, es solo una intuición, y te aseguro que la conozco muy bien. —Ahora sí, la inspectora lo mira con intensidad y tuerce el gesto. No es algo muy directo, pero algo hay. No lo dicen pero sospecho que no tiene nada que ver con la relación que hay entre ellos.

—Gracias por el consejo. Bueno, ya os he robado mucho tiempo.

Nos vamos, pronto tendré a mi guardaespaldas personal indagando dónde estoy.

Nos despedimos con cordialidad y añade mientras nos acompaña a la salida que tratará de contarme si se entera de algo, aunque no deba.

Salimos a la calle y observamos con sorpresa que unas densas nubes que amenazan lluvia, se han formado mientras estábamos dentro.

—Parece que va a caer el diluvio, ¡qué cambio más radical! —dice Claudia sorprendida. Corremos hacia su coche, porque unas gruesas gotas comienzan a caer sobre nosotras.

Cuando conseguimos entrar en el vehículo, pese a la carrera, tenemos el pelo pegado a la cara y el abrigo mojado por los hombros. Al ver nuestras pintas nos da por reír a las dos. Parece que el momento de la comisaría también había sido tenso para ella.

—Vamos a mi casa y te dejo algo de ropa. Te vendrá grande pero al menos está seca.

—No te preocupes, te llevo y me voy pitando. En la oficina tengo algo de ropa, de camino llamaré a Hugo a ver si está allí aún y si no me voy para casa. Tengo ganas de ver a los peques, se me hace difícil estar sin ellos.

—¿Cómo lo llevas con dos pequeños prácticamente de la misma edad?

—Bueno, Emma ya va al cole y Leo lo llevo al trabajo conmigo. Tal vez en septiembre lo llevemos a la guardería, no sé. Me gusta tenerlo conmigo, aún es un bebé, todavía le doy pecho, y a los otros dos los tuve conmigo más de dos años antes de llevarlos a la guardería, así que este tampoco va a ser menos. Es un trasto de cuidado, pero lo adoro.

—¡Qué cambio ha dado tu vida en tan poco tiempo! Recuerdo cuando te conocí. Me pareciste muy joven, pero a la vez muy decidida, pese a los problemas médicos de Dani[10]. Eres admirable, Claudia.

—Siento no verlo así, no he hecho nada extraordinario en mi vida, tan solo amar incondicionalmente a aquellos que lo hacen conmigo. Igual que tú. Hugo es especial, mucho. Me costó acostumbrarme a sus demostraciones de amor, pero por fin he conseguido que entienda que no hace falta gastarse una pasta para cualquier cosa, que lo quiero a él, sin nada, con todo. Pero a él.

—Sí, te entiendo. A mí aún me cuesta creer que Samuel y yo estamos juntos. Guillermo me hizo más daño del que quiero admitir. Eres la primera a la que se lo digo, ni mi hermana ni nuestra mejor amiga lo sabe, al menos por mi boca no.

Sale del aparcamiento y se incorpora al denso tráfico debido a la lluvia, sin dejar de prestar atención a él.

—Deberías darte el valor que tienes. Eres preciosa además de una reputada neurocirujana. Sabes que no todos los extranjeros pueden ejercer en Estados Unidos y sin embargo tú eres la responsable de tu departamento en uno de los mejores hospitales del país. Y por si fuera poco Samuel besa el suelo por el que pisas.

—Bueno, no es para tanto.

El semáforo se ha puesto en rojo y se detiene. Gira la cabeza y me mira como el que ha visto un fantasma.

—¿Bueno? ¿En serio no lo ves?

—Sí, pero no lo entiendo, ya te lo he dicho. Podría estar con quién le diera la gana, más joven, más delgada y en mejor forma que yo, sin un hijo de otra persona, sin un pasado difícil, y sin embargo…

El semáforo cambia a verde y arranca de nuevo. Casi estamos llegando a mi casa.

—Y sin embargo está con quien quiere. Martina, cariño, sé que es difícil, pero pasa página. La sorpresa que estás planeando para Sam es una pasada, lo vas a volver loco, pero deja de ponerte la zancadilla. No tienes una talla treinta y ocho, perfecto, yo tampoco, pero a él le gustas así, con tu talla, con tus cicatrices, con tus miedos. A mí también me costó asumir que Hugo, que había tenido en su cama a modelos, a chicas perfectas, con más experiencia que yo, quisiera compartir su vida conmigo. Y aunque suene presuntuoso, por fin me he convencido que yo soy mucho mejor que todo eso, porque él y nuestra familia me hacen mejor. No hay más. Tuve dudas, todas las del mundo, ya lo sabes, pero, solo él es capaz de soplar sobre ellas como si fueran las pelusas de un diente de león y llevarlas lejos, tanto que no las recuerde.

—¡Qué bonito, Claudia! Imagino que lo que acaba de pasar no me va a ayudar mucho, pero prometo que lo haré. Espero que con lo que vamos a hacer le quede claro lo que siento por él, pese a todo.

—No creo que le quede ninguna duda, lo ha tenido muy claro desde el principio. En ese aspecto es muy parecido a Hugo, lo tienen todo tan claro que asusta. A mí me pasó, hubo momentos que hubiese querido salir corriendo. De hecho lo hice.

—Menos mal que volviste. —El ambiente se relaja y ella se ríe conmigo.

—¿Imaginas? Ja, ja, ja. Bueno, al final le mandé un mensaje al móvil indicándole dónde estaba, no podía estar más tiempo sin él. Y fue a buscarme. Bueno, ya hemos llegado.

Detiene el coche en doble fila frente a la entrada de mi edificio y pulsa el botón de las luces de advertencia.

—Bueno, chica, te dejo, que te vas a constipar y Hugo se enfadará conmigo. Mañana sobre las diez estaré en tu oficina. ¿No se enfadará tu *jefe?*

—No te preocupes, lo *convenceré* esta noche. —Antes de cerrar la puerta me llama de nuevo—. Martina, recuerda: deja todo atrás, mereces esto. Eres muy inteligente, deja de poner piedras en el camino.

—Gracias, amiga.

Vuelvo a casa con una sensación distinta a la que me fui. Es cierto que no he averiguado nada, que no haya podido saber quién es el abogado de mi secuestradora es algo que me escama, pero aun así, el rato que he pasado con mi amiga me ha sentado muy bien. Al abrir la puerta del piso llegan a mis oídos voces infantiles salir de la habitación de Marco. Un olor a chocolate caliente se aprecia por el salón.

—Hola, preciosa Martina. —La sensual voz de mi chico llega desde la cocina. Se acerca y me ayuda con el abrigo. Lo guarda en el armario de la entrada, y deja un beso en mi cuello que me hace estremecer.

—Hola, cariño, ¿nunca te cansas de llamarme así?

—¿Cómo voy a cansarme de decir la verdad? Eres preciosa, por dentro y por fuera, no me cansaré nunca de decírtelo y no pararé hasta que lo veas. Aunque no creas, a veces pienso que lo haces para que te regale los oídos, porque es imposible que no lo sepas. —Sus brazos rodean mi cintura y la devoción de sus palabras se refleja en el brillo de sus ojos oscuros.

—Ojalá fuera tan fácil. Pero, te lo agradezco igualmente. ¿Por qué huele aquí tan bien?

—Me encantaría decirte que tengo una fondue y fruta preparada para comérmela directamente sobre tu cuerpo, pero hoy no voy a tener esa suerte. He preparado un bizcocho para los niños.

—¿Niños en plural?

—Pablo, Marco y las mellis.

—Dios, ¿tienes a los cuatro aquí?

—Así es. Llamó mi hermana pidiendo auxilio. Salía de casa para una reunión importante, Gonzalo tiene mañana un juicio y estaba algo agobiado. Por no llevarlos con mis padres le dije que las trajera. Lo siento. Lástima que lo de la fondue solo sea una fantasía de mi mente calenturienta, llevamos tanto tiempo sin estar solos que…

—No te preocupes, déjame que ultime unas cosas y te regalaré un fin de semana para los dos.

—¿En serio? —Sus ojos se agrandan como los de un niño que recibe una sorpresa. No sé con quién acoplaré a Marco, pero este fin de semana es solo nuestro, llueva, nieve, o haga sol.

—¿Cuándo te he mentido? —Me atrapa entre sus brazos y me eleva del suelo dando vueltas como si fuera un quinceañero, consiguiendo hacerme reír como llevaba tiempo sin hacer—. Para, para, que me estoy mareando, ja, ja, ja. Para, pirado. Ni que fuera la primera vez.

—Gracias, preciosa. Ya sé que no es la primera vez, pero llevamos meses raros y solo de imaginarme un par de días solos tú y yo, ufff. No sé cómo voy a poder aguantar hasta el viernes.

—Si solo estamos a miércoles, exagerado. Y tampoco te quejes, no hace ni veinticuatro horas que…

—Tíaaaa —Irene, una de las mellizas viene corriendo hacia mí, pero su tío la intercepta antes que se me lance encima. La cojo de sus brazos antes que el otro torbellino de niña aparezca por aquí. La cubro de cosquillas y de besos, pero antes de que pueda reaccionar, los otros tres niños han aparecido y ahora somos un remolino de pies, brazos, y cosquillas tirados por el suelo ante la mirada alucinada de su tío, al que no le queda más remedio que reír con nosotros.

—¿Quién quiere un trozo de bizcocho? —pegunta Sam de forma teatral.

—Yooooo —gritan todos a la vez.

Salen a la carrera para sentarse alrededor de la mesa de desayuno con cara de no haber roto nunca un plato, consiguiendo que Sam y yo volvamos a reír al verlos tan serios y formales esperando la merienda. Me sorprendo a mí misma pensando que no estaría mal que regresáramos a Madrid de manera indefinida y pudiéramos recuperar nuestras vidas. Sé que no es justo privar a Marco de sus primos, ni tampoco a Zöe, pero muy pronto saldrá Guillermo de la cárcel y no sé qué puede pasar por su mente enferma.

Los niños terminan la merienda entre risas, jugamos un rato con ellos y después los preparamos para la cena e ir a la cama. Mañana no es día lectivo, se celebra no sé qué fiesta escolar y no acuden a clase, pero mi hermana vendrá a por Pablo temprano y Sam llevará a las niñas con su madre.

Tras una ligera cena —después del tremendo bizcocho de chocolate cargado de calorías no tenían mucho apetito—, conseguimos que se metan en la cama y se duerman, o al menos estén en silencio. Salgo despacio del dormitorio de los chicos y voy a la cocina a preparar una ensalada templada para nosotros.

—Mmm, huele bien, aunque estoy más cansado que hambriento.

El aroma del gel de los niños ha llegado a mi nariz antes de saber que Sam estaba en la cocina. Se ha encargado de los baños y de recoger después, mientras yo me quedaba en el salón. No es que aún se me note mucho, pero al final del día mis tobillos se hinchan ligeramente, y mi marido no me deja hacer nada.

—Siéntate, ya sigo yo.

—Sam, no estoy enferma, solo embarazada. Puedo hacer la cena, créeme.

Me doy la vuelta para mirarlo de frente, rodea mi cintura con sus manos y apoya su frente en la mía.

—Lo sé, pero a mí no me cuesta nada y no quiero más sustos.

—Ya oíste a Álvaro, estoy perfectamente. No seas pesado, tardo un minuto y cenamos.

—Está bien, como quieras. Dispongo la mesa del salón y cenamos allí.

—Vale, ¿quieres vino?

—No, agua, ahora corto el limón.

—¿Seguro?

—¿Que corto el limón? Claro —dice sonriendo, bromeando conmigo.

—Eres tonto, ya sabes a qué me refiero.

—Lo sé, preciosa. Sí, agua, no te preocupes más. Siempre has de estar alerta por algo. Quizás por eso eres tan buen médico, y mejor persona.

—Exageras, como de costumbre.

—Ni un poco. Venga, voy con la mesa y el limón —responde Sam liberándome de su abrazo.

—Tampoco hace falta que le pongas limón.

—Claro que sí, te gusta más.

—Por cosas como estas me vuelves tan loca, y te quiero con mi vida. Lo sabes, ¿no?

—¿Por qué crees que lo hago? La recompensa merece mucho la pena. —Levanta las cejas arriba y abajo, mientras pasea un dedo indolente sobre la camisa que me puse cuando volví, introduciéndolo entre los botones para dejar en mi piel una caricia que endurece mis pezones y me calienta hasta el alma. Un suspiro ruidoso escapa de mi garganta, me mira y pregunta divertido —¿Qué te ocurre, preciosa?

—Como si su señoría no lo supiera. No sé cómo lo consigues. Estar contigo es como vivir siempre al borde de un precipicio. Eres un auténtico pecado con patas, señor De La Vega.

—Si supieras cómo me pones cuando dices eso…

Atrapa mi mano entre sus dedos para colocarla sobre su erección más que notable. Gruñe cuando lo acaricio por encima de la ligera tela del pantalón del pijama que se ha puesto tras meter en la cama a los niños.

—Para un segundo. Antes tengo que contarte algo y no sé cómo te lo vas a tomar. Venga, cenamos y te lo cuento. Me haces olvidar hasta mi nombre, joder. Sam, no tenemos veinte años.

—Ya quisieran los veinteañeros —añade acercándose a mi cuello para dejar un reguero de besos que acaban en mi oreja y vuelve a hacerme estremecer—. Cenemos y me cuentas eso tan importante que hace que te olvides de mis provocaciones.

Con la cena dispuesta, nos sentamos en la alfombra del salón alrededor de la pequeña mesa abatible de centro, cerca, muy cerca

uno del otro.

—Después de comer con Claudia hemos ido a ver a Diego.

—¿Al comisario? ¿Desde cuándo ha dejado de ser el comisario Gutiérrez para convertirse en Diego?

—Imagino que desde que nació. —Trato de quitar importancia aliviando la tensión, sé que está molesto. Tensa la mandíbula y la vena del cuello se le marca ligeramente cuando está enfadado o preocupado —. Sam, no soy una niña, no tienes que ocultarme las cosas, sabes que no aguanto la mentira, es algo que te dejé muy claro desde el primer día.

—¿En serio? ¿Igual que cuando tenías pensado marcharte a Nueva York y me lo dijiste cuando ya tenías fecha para la certificación? ¿O cuándo ese hijo de puta te ha llamado y no me lo has dicho? —Su tono de voz sube con cada acusación que me lanza—. No, Martina, no eres una niña, pero algunas veces te comportas como si lo fueras. ¿Para qué coño has ido? ¿Para que te diga que han decretado el secreto de sumario, que su abogado le aconseja que no hable y que no sabemos quién la defiende? ¿Para eso, doctora Gutiérrez? Ya veo que no te gustan las mentiras.

Deja la servilleta en la mesa de un golpe llevándose por delante las copas, empapando de agua el mantel. Se levanta y se marcha hacia la cocina a por un paño para secar todo. Las hormonas y el estrés acumulado consiguen que las lágrimas que llevo días conteniendo salgan como cascadas sin control. Vuelve con un rollo de papel de cocina y recoge todo el estropicio de la mesa, llevándose también su plato y su copa.

—Lo siento, he perdido el apetito —responde sin mirarme a la cara.

Hace ademán de salir por la puerta, pero no sé si mi súplica de que no se vaya o el recuerdo de lo que pasó la última vez que lo hizo, le hacen dar la vuelta. Camina hacia el dormitorio y al cabo de unos segundos oigo cerrar la puerta del baño.

Miro toda la comida sobre la mesa, el agua en la jarra con el limón cortado y entre el llanto no puedo evitar sonreír. Creo que su reacción ha sido excesiva, pero todo lo que ha dicho es cierto. No lo he hecho con maldad, solo para que no saliera herido, pero me he equivocado una vez más.

De pronto, comienzo a sentir un puño aprisionando mi pecho y unas náuseas terribles atenazando mi estómago. Me levanto y corro hacia el baño de la habitación del pasillo, cerca de donde duermen los niños. Llego justo a tiempo para evitar un desastre más. Unas manos cálidas sujetan mi pelo para que no se ensucie de vómitos. Cuando mis tripas deciden dejar algo dentro, me siento en el suelo temblorosa y con el sudor frío mezclado con el llanto empapando mi cara. Sam se arrodilla delante de mí con una toalla húmeda y comienza a

limpiarme con delicadeza, suelta la toalla en el suelo y tira de mí para acunarme entre sus brazos.

—Lo siento, cariño, lo siento. Es que…

—No, tienes razón, te oculté todo, pero no por mí, no quería preocuparte. Perdóname, ¿podrás? —Me incorpora mirándome a los ojos con un amor infinito reflejado en ellos. Acaricia mis mejillas borrando todo rastro de lágrimas con sus pulgares, para después dejar un suave beso en mis labios enrojecidos e hinchados—. Nunca te vayas. No me dejes sola, Sam.

—No voy a ir a ninguna parte, amor, por más que discutamos. Siento el número de la servilleta y las copas. ¿Te sientes mejor? Puedo preparar una infusión.

—No, estoy bien, quizás leche. Pero ahora no, necesito que me abraces. —Se levanta del suelo y me ayuda a incorporarme, apretándome hacia su cuerpo donde me pierdo, abrazándolo con tanta fuerza que me parece que ninguno de los dos podemos respirar.

—Ya, preciosa Martina, ya. —Una sucesión de besos en mi pelo me reconforta y me alivia a la vez—. Vamos a terminar de cenar o al menos a recoger. O mejor aún, vete a la cama y ahora te llevo algo.

—Estoy bien, de verdad. Vamos.

Cerramos la puerta del pasillo para no despertar a los niños. Cuando llego al salón de nuevo, Sam está en la cocina, ha quitado las cosas de la mesa para cambiar el mantel mojado y tiene otro en la mano.

—Podrías haber dejado el mantel, ya se cambiaría después.

—No pasa nada, es mejor así. Alexa, pon música romántica.

—Vaya, te estás volviendo muy tierno, teniendo en cuenta tus gustos musicales —digo sorprendida por la petición.

Por los altavoces comienza a sonar Dicen, de Pablo Alborán.

Dicen que el frío te acompaña
Que la nieve de tu alma puede cubrir montañas
La cara oscura de la luna es tu casa
Dicen que en cada parpadeo
Habla' con Dios y bajas al infierno
El daño que te hicieron quema por dentro

Yo me atrevo a darte el beso que jamás te dieron
Puedo devolverte el corazón que te partieron

Que la vida te alumbre, el mundo se acostumbre
A ver cómo te brillan los ojos por mí
Que la vida te alumbre, el mundo se acostumbre
A ver cómo te brillan los ojos por mí...

Ya sé que solo es una canción, pero la letra dice tantas cosas y con mi sensibilidad tan a flor de piel, me emociono al pensar que la tiene en una de sus listas de reproducción.

—Ehhh, joder, qué poco acertada la elección. Lo siento cariño, no era mi intención.

—No, es preciosa, y la letra es muy significativa. Tengo las hormonas locas, no te preocupes. Gracias por estar aquí, por no dejarme caer, por ser tú. Espero que sepas perdonar todas mis tonterías y mis miedos —consigo decir cuando sus brazos rodean mi cintura, que ya empieza a borrarse por el embarazo, sobre todo a estas horas del día.

Las canciones se suceden una tras otra: Rosana con Lunas Rotas, Todavía no te olvido de Río Roma y Carlos Rivera, Algo Contigo, de Rosario, y Llegaste tú, de Juan Luis Guerra y Luis Fonsi, a cuál más romántica y significativa. Con la última, Cuesta abajo y sin frenos, de Lérica y Zade, mis brazos rodean su cuello y nos movemos al ritmo de la última. Ni Sam ni yo somos muy bailarines, en realidad se nos da bastante mal, pero cualquier excusa es buena para mantenerme pegada a su cuerpo, perdiéndome en su mirada oscura.

Miro sus labios, que me sonríen con cariño, y se acerca a los míos, fundiéndonos en un beso tierno y cálido que va subiendo de tono al invadir mi boca, consiguiendo ponerme a mil en un segundo. Se retira un momento con la respiración tan agitada como la mía. No quiero que pare, lo único que necesito ahora mismo es sentirlo dentro de mí, despacio, con calma, demostrando que no tengo nada que temer.

—Si seguimos así no cenaremos, y no voy a permitir que desde el mediodía estés sin llevar nada al estómago. Ni siquiera has probado el bizcocho.

—Pero es que prefiero seguir, estoy embarazada, tengo las hormonas disparadas. ¿Preferirías que no te dejara tocarme?

—No, claro que no, y no te he dicho que no vayamos a seguir, pero primero tienes que comer algo, veo que estás mejor.

Coloco las cosas de nuevo sobre la mesa. La lista de reproducción ha acabado y la música ha dejado de sonar, pero ya no la conectamos más. Ponemos la tele sin ver ni lo que emiten en el canal.

—Martina.

—Uy, qué miedo me da ese tono.

—No, solo quiero que sepas que Paul y su equipo siguen investigando lo ocurrido. Si no te he dicho nada es porque no quiero que te preocupes. Es todo muy raro y los investigadores están desconcertados. Pero lo que más me escama es lo del abogado.

—Me ha dado la impresión de que Diego se ha quedado con las ganas de decirme más.

—Es un profesional excepcional y, pese a que tuvimos nuestras diferencias en el pasado, su trabajo es incuestionable. No está nada de acuerdo en cómo se están desarrollando los acontecimientos y la inspectora tampoco.

—Un pequeño cotilleo, ¿están juntos?

—Sí, pero no quieren que se sepa ¿Lo has notado? Suelen ser muy discretos.

—No sé, ha sido un matiz en el tono de su voz cuando lo llamó *comisario*, no sabría explicarlo. Claudia también lo ha notado.

—Llevan juntos un tiempo. Ella había pedido el traslado a su comisaría antes de empezar a salir, o lo que sea que hacen, y no quieren que se crea que está allí porque él la ha traído a su lado.

—Pues es una putada, la verdad. ¿Qué pasó entre vosotros?

—Se acostó con Marta cuando aún estábamos juntos —dice con tranquilidad

—No parece afectarte mucho.

—No me afecta nada. Me cabreé en su momento, por supuesto. Que te pongan los cuernos nunca resulta agradable, pero es pasado. Un pasado que no me duele. Ya no. Es como un recuerdo lejano. A veces me da la impresión de que todo eso no sucedió, que Marta y yo nunca estuvimos juntos, que no nos hicimos daño —da un trago a su copa de agua con limón y aparta la mirada en dirección a la ventana—. No sé, es difícil de explicar, pero es como lo siento. Cuando lo dejé con ella la idea de ser padre desapareció, pero al conocerte cada día tomaba más fuerza. Supongo que la vida tiene que dar las vueltas necesarias para llevarte al sitio que te corresponde, y mi sitio es contigo, preciosa Martina.

—Eres tan especial… —Me acerco y paso la mano por su áspera mejilla a causa de su barba de varios días, la recoge y se apoya en ella —. Te amo, Samuel. Ignoraba que se pudiera alcanzar la felicidad compartiendo la vida al lado de otra persona, y tú conseguiste hacerme creer que era posible.

—Yo también te amo. Me mata discutir contigo, de verdad, no sabes cómo siento lo de antes.

—Yo tuve la culpa, tenías razón.

—No, no quiero que te culpes por mis rabietas, ni por nada. Tú no eres culpable de nada, preciosa Martina. Bueno, de una cosa sí. — Detiene la frase acercándose más a mí, mirando directamente mis labios— Eres la culpable de tenerme loco en todos los sentidos. Contigo mi racionalidad se va a tomar por saco, y detesto no tener el control de la situación, pero ya voy acostumbrándome a ello, y oye, no está tan mal. —Me acerco a sus labios apropiándome de ellos sin dejarlo reaccionar—. Se acabó, ya no hay más esperas, vamos.

Se levanta tirando de mí llevándome el mantel a rastras, volcando en la alfombra todo lo que hay sobre la mesa. Lejos de enfadarme me da por reír. Me doy la vuelta para intentar recoger todo este estropicio pero no me deja, solo coge las copas y el agua llevándoselas a la cocina conmigo a rastras.

—Qué pena que tengamos cuatro fieras ahí dentro, porque si no iban a temblar hasta los cimientos. No sabes lo que me gusta follarte en la cocina.

—Me puedo hacer una idea pero tendrás que esperar. Recogemos todo esto en un segundo, el calentón no se nos va a pasar y si no, no te preocupes, me llevo el encendedor.

—¿Encendedor? Más bien tendrás que llamar a los bomberos, señora Gutiérrez —replica arrimándose para que note que está más que listo.

—¿Quieres que llame a los bomberos? Mmmm, seguro que hay alguno que no está nada mal. ¿Quieres compartir?

—Ni lo sueñes, preciosa, la única manguera que necesitas es la mía. —Muerde mi cuello arrancándome un gemido. Noto la humedad mojar mi ropa interior.

—¿Estás seguro, señor De La Vega? Porque igual te gusta.

—Se acabó. No juegas más conmigo, nena.

Me lleva a rastras al dormitorio y cierra la puerta con cuidado cuando entramos, intentando no hacer ruido. Tira de la camisa que llevo saltando los botones por los aires, la quita como si fuera un estorbo y se lanza a mis tetas que se endurecen sin esperar. Rodea los pezones, chupa y da pequeños mordisquitos que me ponen a mil, lanzando oleadas de placer a mi sexo, que ya lo anhela.

—Eres un delicioso vicio, el pecado en estado puro.

—Joder, Sam, vas a hacer que me corra solo así.

Lo digo totalmente en serio. No sé qué me pasa pero descubro sorprendida las contracciones que preceden al orgasmo recorrer mi sexo empapado. Retira mis braguitas y se cuela en mi interior, sonriendo al comprobar que es cierto lo que le digo. Dos de sus dedos en mi interior, el pulgar trazando círculos en mi hinchado clítoris y su boca aún en mis tetas, consiguen que un desolador orgasmo me asole, dejándome ansiosa por sentirlo dentro.

Lo empujo hacia la cama, bajándole el pantalón para subirme encima y seguir disfrutando de las sacudidas de placer mientras lo noto por completo en mi interior. Me muevo despacio, subiendo y bajando, dejándolo salir de mí para dejarme caer encima de nuevo.

—Martinaaa, Diosss…

Sus manos se lanzan otra vez hacia mis pezones todavía erectos, tira de ellos con firmeza pero delicadamente, lanzando misiles directamente a mi coño, que empieza a contraerse de nuevo.

—Quiero que te corras otra vez, dámelo, cariño, voy contigo —susurra erizándome la piel.

Noto un huracán arrasar mi sentido común, cuesta un mundo seguir moviéndome encima de él para llevarlo a la cima del placer y dejarlo caer. Me ayuda con sus manos en mis caderas, hasta que un

gemido ahogado anuncia que su liberación ha llegado al fin.

Me tumbo encima despacio, tratando de recuperar la normalidad en mi respiración. Sus manos acarician mi pelo, acomodándolo suavemente.

—Marti, —me incorporo un poco para mirarle a los ojos, que brillan como ascuas— ¿has dicho en serio lo de que te correrías solo con mi boca en tus tetas? —Me sorprende la pregunta, sonrío y me incorporo del todo dejando que salga de mí, arrastrando con él los restos de nuestra pasión.

—Sí, deben ser las hormonas, ya sabes que contigo no me hace falta grandes cosas pero ahora me resulta aún más fácil excitarme.

—Pues me encanta.

—Eres un caso, señor juez. —No dice nada, pero noto cómo su mirada de diversión cambia de manera imperceptible al llamarlo señor juez—. Lo siento.

—Ehh, no pasa nada, lo decidí yo. Te prefiero a ti y a Marco, nunca lo olvides.

—Lo sé, pero soy muy egoísta, por eso no quise ponerte en esta tesitura, no deberías tener que escoger, tu carrera es tu pasión.

—Sí, pero me ha venido bien mantenerme a distancia de malos rollos. Ya sabes por qué lo hice, ni siquiera estábamos juntos todavía. Encontrarme contigo fue un regalo inesperado y que aceptaras estar conmigo la guinda del pastel. No esperaba enamorarme como lo hice de ti.

—Ya, pero aun así, en vez de volver como acordamos, yo...

—Martina, no es el momento, y menos después de todo lo que has pasado. No te agobies ni te culpes porque no tiene que ver contigo, lo haría mil veces. Reconozco que me gusta nuestra vida en Nueva York, aunque eche de menos a mi familia. ¿Acaso tú no?

—Ya sabes que sí. Vamos a hacer una cosa —ahora es él quien se gira buscando cruzar su mirada con la mía—, cuando regresemos hablaré con George y le pediré que me aconseje un buen terapeuta. Te prometo que algún día volveremos a Madrid de forma definitiva, puedes estar seguro, pero después de lo que ha pasado, me resultará mucho más difícil retomar la normalidad, si es que la he recuperado alguna vez.

—Te daré todo el tiempo que necesites y esperaré. No voy a volver a alejarme de ti jamás.

—No podemos estar pegados como lapas todo el día, tú tendrás que ir a trabajar y yo también, pero tengo que dejar de sentir miedo por todo.

—Ya me gustaría estar pegado a ti como una lapa. —Me hace sonreír y le doy un manotazo en el brazo. Como siempre, consigue relajar el ambiente, tiene ese don. Se le ocurre cualquier tontería que

me hace reír y logra por un momento alejar mis preocupaciones.

—Ya quisieras.

—No lo sabes tú bien, doctora.

Consigo levantarme rápido para ir al baño antes de que me atrape de nuevo.

—Has estado lento —replico por el pasillo intentando pincharle. Antes de llegar al lavabo lo tengo pegado a mi culo, haciendo evidente que no le importaría empezar de nuevo—. Ni se te ocurra, abogado, estoy agotada y mañana he quedado para desayunar con Claudia. —Su mirada sorprendida se refleja en el espejo pero trata de que no se note. Coge el cepillo de dientes sin decir una palabra y se coloca junto a mí frente al lavabo—. No te enfades, te va a gustar. No voy a ver a Diego ni a seguir con las pesquisas, puedes estar tranquilo, pero necesito saber que si te enteras de algo no me lo ocultarás.

—Miedo me da lo que puedas estar tramando. No te preocupes, si hay alguna novedad te la diré. A partir de ahora no voy a ocultarte nada y espero que tú hagas lo mismo.

—Bueno, si se trata de una sorpresa no cuenta, ¿verdad?

—Martinaaa... —protesta con la boca llena de pasta de dientes.

Termino de enjuagarme la boca y salgo riendo del cuarto de baño. Unos ligeros golpes suenan en la puerta del dormitorio. Cojo rápidamente la bata, que apenas tapa pero es mejor que nada, y abro. Irene, con cara de sueño y con lágrimas en los ojos, aparece detrás.

—¿Qué te pasa, cariño?

—He tenido una pesadilla muy fea, ¿puedo quedarme contigo, tía?

—Mejor me voy yo contigo —contesto mirando a Samuel, que sale del baño con cara de preocupación, vestido con un pantalón del pijama que no sé de dónde ha sacado.

—Quedaos aquí, me voy al sofá.

—No, tío, por favor. Quédate con nosotras, no quiero que se nos lleven a la tía y a mí. —Miro a Sam interrogante y él se encoje de hombros.

—Está bien, dormiremos los tres juntos. A la cama, Irene, que es muy tarde.

Como siempre que se intenta dormir con un niño, por muy grande que sea la cama, ella es la única que ha dormido a pierna suelta. A las siete y media de la mañana está saltando en la cama como una posesa, mientras su tío y yo apenas sabemos qué está pasando, si es un terremoto o alguien nos está atracando.

—Irene, para, por Dios, que nos vamos a caer de la cama. —Su tío

no sabe si aún está soñando y a mí me da por reír, pero mi estómago me juega una mala pasada y tengo que salir disparada al baño, ante el estupor de mi chico y la cara de sorpresa de mi sobrina terremoto—. Irene, ve a despertar a los demás, enseguida prepararemos el desayuno —oigo que le dice a la niña en un intento de que salga del dormitorio y poder venir conmigo.

Sam entra en el baño, se arrodilla a mi lado junto a la taza del inodoro y vuelve a retirar mi pelo de la cara.

—¿Mejor? —Coge una toalla húmeda y me la acerca.

—Creo que sí. Voy a tener ahora todas las náuseas que no he tenido en los primeros meses de embarazo. Vaya tela con tu *niñita*.

—Lo siento, cariño. No podía saber que… —Me sorprende verle afectado, en sus ojos oscuros un poso de tristeza se refleja.

—Era broma —respondo incorporándome al tiempo que me refresco la cara con la toalla—. ¿Cómo puedes pensar que te estoy echando la culpa? Ja, ja, ja, eres un caso perdido.

Me acerco a acariciarle la cara, mientras él pasa un par de mechones de mi desastrada melena por detrás de la oreja. Se aproxima a mis labios pero me retiro—. Sam, no creo que te guste mi sabor ahora mismo. —Me aferra por la cintura y apoya su frente en la mía.

—Tú me gustas de cualquier manera y en todas las situaciones, no lo olvides, preciosa Martina.

—No es lo mismo.

—Papaaaaa, tíooo... Un coro de voces infantiles se cuela en el baño y unas carreras apresuradas suenan por el pasillo.

—Salvada por la campana, preciosa. Dúchate, yo me encargo de los *monstruitos*. ¿Qué os pasa, enanos?

25

El médico debe tener a su disposición un cierto ingenio, ya que la enfermedad es repulsiva tanto para los sanos como para los enfermos

(Hipócrates)

Estoy a favor de la verdad, la diga quien la diga. Estoy a favor de la justicia, a favor o en contra de quien sea.

(Malcolm X)

Martina

Me ducho escuchando todo lo que ocurre en el exterior a pesar de estar la puerta cerrada. Me ha perecido oír el timbre de la puerta. Todavía siento escalofríos cuando suena. Me visto con lo primero que encuentro, pero recuerdo que Claudia siempre ve impecable, de modo que busco un pantalón de vestir tipo palazo en color verde botella, una camisa blanca, una cazadora de cuero negra y unos botines negros de tacón cómodo. Dejo el pelo suelto, lo recorté un poco después del incidente y ha resultado ser una buena idea porque ahora es bastante manejable. Me maquillo con discreción, hoy mi cara tiene un color y un brillo aceptable, sombra marrón con un toque de nácar que aporta mucha luz a la mirada. Dejo los labios para cuando me tome el descafeinado, que imagino Sam ha preparado ya.

Entro en la cocina y me encuentro con los niños aún en pijama sentados junto a la barra, cada uno con un vaso de Cola cao y un enorme trozo de bizcocho. Mi cuñada me mira sonriente desde el otro extremo y me acerco a saludarla.

—Siento lo de ayer, organizaron una reunión a última hora y ya conoces a Gonzalo lo tenso e impertinente que se pone cuando tiene que estar en un juicio.

—No te preocupes, pero me da que después lo *relajaste*, ¿me equivoco?

—Vaya, cuñadita, no se te escapa ni una. Hay que aprovechar cualquier ocasión cuando estas dos *monstruitas* no andan cerca.

—¿Aprovechar qué, mami? —pregunta Irene con la boca llena de bizcocho.

—Nada, nena, cosas de mayores. Termina para que nos vayamos, que los tíos tienen cosas que hacer. ¿Me llevo a Marco y a Pablo? —nos mira enarcando una ceja.

—Te lo agradezco, pero he quedado y Sam los atiende mientras viene Carol. Luego te llamo, que ya llego tarde. Prueba el bizcocho que tu hermano y los niños hicieron ayer.

Me levanto apurando el café, dejo la taza en el lavavajillas y voy hacia el dormitorio. Me lavo los dientes, cojo un bolso y me miro por última vez tras pintarme los labios con permanente de Kiko, pero antes de salir, los brazos de Sam rodean mi cintura.

—No pensarías marcharte sin una despedida, ¿verdad?

—Sabes que no, abogado. Te quiero. ¿Te llamo cuando acabe y comemos juntos? —digo despegándome de sus labios.

—Perfecto. Me tienes intrigado, tendré que aplicarme a fondo para sonsacarte lo que tramas, doctora.

—Puedes intentarlo, pero no pienso decir una palabra, ni siquiera con *mi* abogado delante. —Cojo su mano para despegarlo de mi cintura—. Venga, Sam, o llegaré tarde.

—¿Te llevo?

—No, he pedido un Uber —en ese momento un mensaje entra en mi móvil—. Debe ser que ya está esperando.

Saco el teléfono y el modelo del coche y el número de matrícula aparecen en el mensaje.

—Adiós, preciosa.

—Te llamo. Pásalo bien con estos dos.

Los escasos minutos que separan mi casa de la oficina de Claudia se hacen pesados por el intenso tráfico madrileño, pese a no haber cole hoy. Mi bolso cobra vida y cuando saco el teléfono constato que es mi amiga.

—Buenos días, Claudia, ya estoy llegando. El tráfico está imposible.

—No te preocupes, he pedido que suban el desayuno a mi despacho, he encargado un poco de todo, estaremos más cómodas. Bianca también está de camino.

—Llego en uno minutos, ahora nos vemos.

Entro en el lujoso edificio de oficinas y me encamino a la planta donde Claudia y Hugo tienen su oficina. Por el camino me cruzo con Cris, que me pregunta cómo estoy. Me comenta que tiene que salir al banco, pero que no me vaya sin despedirme.

Llego a la puerta de Claudia, llamo despacio y su voz me dice que pase. Justo cuando abro, Hugo se separa de ella recolocándose la corbata. Ella hace lo propio con la camisa de corte masculino que

lleva puesta. Los miro a ambos divertida. En un rincón del despacho con vistas a la cristalera, en una especie de parquecito el pequeño Leo se incorpora dando palmas, desviando mi atención.

—Buenos días, Martina, siento la escena. Trabajar con Hugo es un poco intenso algunas veces —dice cuando se ha recompuesto, aunque sus labios sonrosados sin un ápice de carmín revelan que no es algo que le cueste mucho, precisamente.

—Ya lo veo.

Hugo la mira divertido y después a mí. Se incorpora de la mesa donde se había apoyado y se dirige a ella para decirle algo al oído de forma que yo me entere.

—Ya me voy, Freya. Después en casa me vuelves a decir lo intenso que soy. Por cierto, Marti, me encanta tu idea, Samuel va a flipar. Os dejo. —Se acerca a mí tras darle un beso a su mujer, dejando uno rápido en mi mejilla.

—No es cierto lo que te he dicho —confiesa Claudia después de salir Hugo de su despacho—. Me encanta que entre por sorpresa pero es muy difícil mantenerme alejada de él. Es como un vicio.

—Te entiendo, a veces a mí me ocurre lo mismo.

—Bueno, vayamos al lío o se enfriará el desayuno.

El peque jalea desde su particular rinconcito, me acerco y alza los brazos para que lo coja, pero Claudia me advierte.

—Si lo haces estamos perdidas, es un sinvergüenza de cuidado. ¿Ves su padre? Pues este es peor, y mira que el pequeño Junior era y es zalamero, pero este es horrible. ¿Ves la carita que pone? Es un manipulador. Miedo me da cuando hable.

No puedo evitar reír. Dejo unas cuantas carantoñas en el pelo alborotado del peque y vuelvo a la mesa donde Claudia está disponiendo el desayuno. Leo hace unos gorgoritos, pierde el interés en nosotras y vuelve a jugar con sus cosas.

—Es una preciosidad. Tienes que estar orgullosa de la familia que tienes.

—Lo estoy, no imaginas cuánto. Cuando Hugo y yo empezamos nunca imaginé que llegaríamos a ser una familia numerosa. Ya sabes, con el delicado problema de salud de mi sobrina cualquiera habría huido.

—Hugo no es cualquiera. Menos mal que le diste una oportunidad.

La mañana pasa casi en un suspiro. Tras el desayuno, que apenas puedo aprovechar porque hoy mi estómago no está por la labor, ha llegado Bianca y nos hemos dedicado a estudiar lo que le dije que quería. Cada cosa que nos enseña nos entusiasma más. Al final me decanto por un par de diseños y un par de complementos a juego. Lo dejamos todo atado, o casi, y a última hora de la mañana llega Lucía,

una organizadora que conoce Claudia, y terminamos por concretarlo todo. Quedamos en vernos un par de semanas antes de irnos y nos garantiza que todo resultará perfecto.

Mi amiga nos plantea a Cris, que ha llegado a última hora, y a mí, ir a comer, pero como le dije a Sam que almorzaríamos juntos, me excuso proponiendo quedar otro día.

Al salir de la oficina, mi chico está esperándome charlando animadamente con Hugo y Óscar en la puerta del despacho de este último. Quedamos para vernos una noche antes de irnos y nos marchamos.

—¿Y Marco? —Me extraña no ver al niño con él.

—He decidido que hoy le ha tocado a tu hermana quedarse con él, de modo que, señora Gutiérrez, tenemos hasta mañana para nosotros solos.

—Pero si mañana se quedaba con ella todo el fin de semana, ¿recuerdas?

—Entonces empezaremos ahora mismo ese fin de semana, doctora.

—¿Y a dónde vamos, si se puede saber?

—A Barcelona. Nuestro AVE sale a las cinco. Comemos y nos vamos para la estación. ¿Un poco de comida rápida?

—Síii, no sabes cómo me apetece una buena hamburguesa cargada de kétchup y mayonesa, o un buen bocata, me da igual. ¿Y el equipaje?

—En la estación, guardado en una taquilla. No he llevado gran cosa, ropa cómoda y algo más arreglado para cenar el sábado si nos apetece. Hay que aprovechar el tiempo antes que esta princesa me robe a su madre —añade colocando una mano sobre mi tripa.

—Me gusta el plan.

Entramos en una hamburguesería situada justo al lado de la estación. Hoy mi cuerpo pide comida basura a pesar de mi estómago revuelto. Nos sentamos en una de las mesas del interior del local y pedimos uno de esos menús que en el anuncio se ven gigantes, pero cuando te los sirven te quedas con cara de idiota al ver su ridículo tamaño.

Damos buena cuenta del almuerzo entre risas, consiguiendo que unos adolescentes sentados cerca de nosotros nos miren como si fuéramos extraterrestres. Lo cierto es que este momento de relax tras lo ocurrido la semana pasada es una balsa de aceite en mi ánimo.

De postre pedimos un café con helado; pese al frío que hace fuera me apetece mucho. Cuando se retira el camarero después de habernos servido, Sam deja de sonreír y se queda paralizado, mirándome de forma teatral.

—¿Quién eres y qué has hecho con mi mujer?

—Ja, ja, ja, ja, ¿te refieres a la comida? Es que apenas he desayunado, no podía ingerir nada y de repente me ha dado un hambre feroz. Además, sabes que todas estas porquerías me encantan. Ah, y no le digas a Marco que hemos comido aquí o se enfadará con nosotros por no haberlo traído.

—Sabes que no le diré nada. Me dijo, palabras textuales, que te diera un abrazo muy fuerte de su parte y muchos besos, pero no de esos que yo te doy, si no de los que te da él. Este niño es un caso.

—Pobre, lo tenemos escandalizado con tanto arrumaco.

—Debería estar acostumbrado. No es nuevo.

—Pero se hace mayor y quizás le agobie.

—¿Nos vamos y aprovechamos para dar un vistazo por las tiendas de la estación? Por cierto, he olvidado poner tu Kindle en el equipaje, me acabo de acordar.

—No te preocupes, igual no nos da tiempo a leer —respondo enarcando una ceja—. Si me da por leer puedo usar la aplicación del móvil, aunque no es lo más cómodo.

—Entonces, señora Gutiérrez, vayámonos, que también hay que recoger el equipaje de la taquilla.

Me toma de la mano al salir de la hamburguesería como si fuéramos unos adolescentes, cruzamos por el semáforo casi cuando se pone verde para los coches, pero lejos de alterarnos, nos reímos como unos niños que acaban de hacer una trastada.

—Abogado, me llevas por el mal camino. —le digo al llegar al otro lado, le encaro y me paro para darle un beso. La gente que pasa a nuestro lado nos mira con curiosidad, otros con sorpresa y algunos adolescentes asombrados, como si el hecho de besarse en plena calle fuera solo cosa de jovencitos.

Tras dar unas cuantas vueltas por la estación, he comprado una revista de bebés, sorprendiéndome a mí misma por la elección. Nunca he sido de este tipo de revistas, pero me ha dado por ahí.

Pienso con tristeza que el embarazo de Marco no supuso para mí lo mismo que este. Guillermo se alejó de mí a medida que era más evidente, e incluso me acusó de haberlo engañado, que el niño no era suyo. Un mar de reproches que unir a su desprecio e indiferencia cada vez más evidente, poco más que excusas que fueron minando mi seguridad hasta dejarla a la altura de un zapato sin tacón. Luego la cosa empeoró. Así que con Sam a mi lado, que es lo opuesto a todo lo que he vivido hasta ahora, no puede ser más increíble en todos los aspectos. Ver la ilusión con la que está viviendo cada momento, el brillo en sus ojos oscuros en cada revisión, que son bastantes dado mis antecedentes, merece la pena sufrir las náuseas y el malestar de estos últimos días.

Estamos haciendo hora sentados en una cafetería de la zona alta de

la estación. No me he percatado de que le estoy dando tantas vueltas con la cucharilla al té que se ha derramado parte en el plato.

—Martina, cariño, ¿qué te ha hecho el té? De repente te has quedado muy callada, ¿estás bien?

—¿Cómo? Sí, estoy bien, solo pensaba la suerte que he tenido de encontrarme contigo, lo diferente que es mi vida desde que estamos juntos.

—¿Suerte tú? No, preciosa Martina, suerte la mía al haberme cruzado contigo. Solo lamento no haber estado antes a tu lado para ahorrarte tanta angustia y sufrimiento. No imaginas lo que daría por poder retroceder en el tiempo y coincidir contigo en cualquier otro sitio. No te hubiera dejado marchar si te hubiese encontrado antes, de eso puedes estar segura. Tú me haces mejor persona.

Me deja sin saber qué decir. Es verdad que no es la primera vez que me hace estas declaraciones, lo que ocurre es que siempre lo ha tenido tan claro que me asusta no estar a la altura.

Suena el aviso anunciando nuestro tren y las bebidas siguen intactas, bueno, la mía en el plato. Toma mi mano entre las suyas y la lleva a sus labios, dejando un suave beso en ella.

—Vamos o perderemos el tren. Sigues dejándome sin argumentos, señoría. Para mí siempre serás juez, por más vueltas que demos y más cosas que hagas.

—Solo digo la verdad. ¿Qué habrías hecho si nos hubiéramos encontrado antes? ¿Me habrías seguido?

—No tengo ni idea, pero si te soy sincera, la atracción por ti fue como la de un trillón de Gauss[11] elevados a la enésima potencia.

—Ahora eres tú la que me deja sin palabras.

Se acerca, me rodea la cintura y me atrae hacia su cuerpo para asaltar mi boca como si no hubiera nadie más delante. Cuando vuelven a anunciar la salida de nuestro tren, el asalto se acaba dejándonos sin aliento y con ganas de mucho más.

—Si sigues haciendo esto, nos detendrán por escándalo público. ¿Qué se supone que debo hacer ahora con mis hormonas locas hasta que lleguemos al hotel?

—Hombre, el baño del tren no es precisamente cómodo, pero para un apaño podría servir.

—Apaños te voy a dar yo a ti, salido. —replico y me encamino a la rampa que nos separa del tren que nos llevará a un fin de semana solos que necesito tanto como respirar. Lo oigo reír a mi espalda y en un par de zancadas llega a mi altura.

—Estaré encantado de ver qué se te ocurre —susurra a mi oído y me quita la maleta que llevo yo.

Debo estar realmente cansada porque nada más colocar el equipaje

y sentarme en el vagón, un sopor se apodera de mí y caigo dormida. No me doy cuenta hasta que Sam me sacude suavemente.

—Preciosa Martina, has dado un buen espectáculo de oso en hibernación, ja, ja, ja. Llevas a todo el vagón pendiente de tu sueño. Ehh, despierta, bella durmiente. —Me zarandea de nuevo con suavidad y cuando logro reaccionar le doy un manotazo en el hombro.

—Yo no ronco, eso tú, que parece que te vas a tragar a un mamut. —Me levanto haciéndome la ofendida y Samuel se ríe aún más.

—Me encanta que te enfades. Eres adorable incluso cuando roncas.

—¡Qué no ronco, exagerado!

—Un poco sí —dice una voz infantil detrás de mí. Me doy la vuelta y la pobre mamá del niño le reprende, pidiéndome disculpas.

—No se preocupe, también tengo un hijo pequeño. Ellos no tienen filtro, así que debo asumir que ronco —me dirijo a ella sonriendo.

—Quién fuera como ellos para poder ser tan sinceros…

—Cierto.

Bajamos del tren arrastrando la maleta sobre sus ruedas camino a la zona de taxis. Tras unos minutos de espera, logramos subir en uno. Sam le da el nombre y la dirección del hotel situado en plena zona del Eixample, muy cerca por lo que puedo intuir del Paseo de Gracia, una de mis zonas favoritas de la ciudad. No es que venga a menudo, pero gracias a los congresos médicos celebrados en esta ciudad, a los que he asistido, me han permitido conocer esa increíble zona.

El taxi se detiene frente al *Almanac,* un magnífico hotel de cinco estrellas, y miro a Sam con reprobación. Le paga al taxista que nos ayuda a sacar la maleta del coche y me dirige una mirada con cara de *por ahí no vamos bien*.

—¿Ya empezamos? No es tan caro, estamos en temporada baja.

—Pero si vamos a estar casi todo el tiempo en la calle, ¿para qué un cinco estrellas? —me detiene tras marcharse el taxista, antes de entrar.

—Preciosa Martina, eh, mírame. —He bajado la mirada porque sé cuáles son los motivos para haber reservado habitación en este hotel. Decido hacerle caso y encaro su mirada oscura y cálida—. No tuvimos luna de miel, ni siquiera una boda al uso, nos casamos en un triste juzgado con dos recién conocidos por testigos. En el último año hemos pasado por situaciones que nadie debería vivir, enumerarlas ahora no es necesario, de manera que me ha apetecido hacerlo y lo he hecho, punto. Tampoco es para tanto, son apenas tres días. Cuando volvamos a casa, casi no tendremos tiempo para estar juntos, así que es lo que hay. Si no estás de acuerdo, llamamos a un taxi y nos volvemos por donde hemos venido.

—No, tienes razón, lo siento. Es que con Zöe en camino habrá que

tomar otras medidas, reducir jornada de trabajo o bien reducir gastos para poder contratar a alguien. Por bien que ganemos, vivir allí no es lo mismo que aquí.

—Tampoco ganamos lo mismo. Me han hablado de un taller que restaura…

—No, eso lo hacías por placer, no por obligación. Tienes demasiadas horas en casa y en el bufete, no sería justo que te pidiera trabajar más.

—Entonces no te quejes si de vez en cuando hacemos algo así. ¿Pensabas que íbamos a dormir en la fonda Pepe, donde si te descuidas te la mete?

—Ja, ja, ja, ¿en serio? Eres un caso perdido. No pensaba pasar el fin de semana en un tugurio así, pero tampoco en un carísimo hotel.

—Bueno, pues está hecho, sé cuánto te gusta esta ciudad, así que a disfrutarla, nena. Por cierto, mañana hemos quedado a cenar con Adán y Eva.

—Está bien, subamos y dejemos el equipaje en la habitación, y a patear la ciudad, señoría.

—Doctora, ¿se le olvida a usted que tenemos algo pendiente desde Madrid? ¿Voy a tener que recordárselo?

—No tengo ni idea de qué me habla, abogado.

—Martina no me tientes… —susurra a mi oído mientras el recepcionista espera que le entreguemos la documentación.

—¿O…? —respondo en el mismo tono

—Te la estás jugando, doctora.

—¿Le he dicho alguna vez que me da mucho miedo, señoría?

El chico de recepción parece darse cuenta de lo qué está pasando en su mostrador y me mira con una enorme sonrisa. Tras teclear algo en el ordenador, nos devuelve nuestros DNI y nos indica cuál es nuestra planta entregándonos las tarjetas de la habitación junto con un pequeño folleto del hotel con horarios e indicaciones. Antes de subir, me recreo en la exquisita decoración de la zona, en mármol negro combinado con otro de tonos claros. Una impresionante escalera de caracol de metal y cristal o metacrilato, no sabría decir, preside la estancia. Todo derrocha un lujo comedido que no le resta un ápice de elegancia.

Samuel

Hemos venido de turismo a esta ciudad porque Martina está enamorada del lugar, pero tras el calentón de antes, de momento no saldremos de la habitación, mañana será otro día. Además empieza a refrescar y he reservado un masaje para las ocho y media de la tarde,

de modo que tenemos el tiempo justo para un polvo de escándalo.

Entramos en la habitación, dejo la maleta olvidada en la entrada de cualquier manera, y sin ningún otro preámbulo la busco en el baño, ya que, como siempre que vamos a cualquier hotel, es lo primero que hace para mirar qué tal es. La abrazo de la cintura por la espalda y la acorralo contra la encimera, que espero que sea resistente, porque de ahí no se mueve hasta que calme el fuego que siempre consigue prender en mi interior, aún sin ser consciente.

—Joder, Sam, ¿pero no íbamos a salir? —pregunta cuando consigue reaccionar a mis caricias y a mis labios recorriendo su cuello.

—Hoy no, tengo otros planes, preciosa Martina.

Vuelvo a lo que estaba haciendo, desabrocho los botones de la camisa con prisa, sin dejar de acariciar sus tetas endurecidas ya. Me deshago de la suave tela dejándola olvidada en el lavabo y la siento en la encimera, tras desabrochar el pantalón y deslizarlo por sus preciosas piernas, enfundadas en una medias con liga de encaje que me deja sin habla.

Comienza a desnudarme a su vez, haciendo que mi piel se erice con cada roce de sus dedos. Sigo recreándome en su cutis, en su lencería de un sutil blanco roto que destaca el tono dorado de su piel. El fino encaje de su ropa interior deja al descubierto sus pezones oscurecidos y su sexo depilado, salvo por una estrecha línea de vello púbico.

Consigue deshacerse de mi jersey, desabrochar mis vaqueros y liberar la erección prisionera en ellos. Ahora le toca el turno al bóxer que noto humedecerse con su tacto por encima de la tela. No puedo evitar gemir, me vuelve loco toda ella, sus curvas, su forma de acariciarme, su olor, el sabor de su boca y de su excitación.

No espero ni un segundo más. Tras un ligero mordisco en uno de sus pezones, la atraigo hacia mí y me cuelo en su interior, retirando a un lado la braga brasileña que lleva a juego con el sujetador.

—Samm, Dios… —Tira de mi pelo mientras entro y salgo de ella sin piedad, hasta el fondo. Está tan excitada que no necesitará mucho para que un orgasmo tan increíble como ella la arrase sin más ayuda que mi polla bombeando en su interior—. Sigo sin saber cómo lo consigues, estoy a punto de correrme, quiero que lo hagas conmigo. ¡Sammmm…!

—Voy contigo, preciosa Martina, yo sí que no entiendo lo que me haces.

Apresuro el vaivén y lo profundizo más, presto por llegar a la meta del placer, y en tres acometidas más me dejo ir con ella, que me atrapa con sus contracciones sin dejar salir de ella ni un mililitro de mi esencia.

—Eres increíble, princesa.

Se remueve sentada en la encimera del baño, con el rostro

enrojecido por la pasión, buscando una toalla con la que detener la cascada que seguro saldrá en breve de su interior. Rastreo con la mirada y localizo una colgada en un toallero situado debajo del lavabo, y se la tiendo. Salgo a regañadientes de su interior y ella permanece unos segundos desmadejada en la encimera. La ayudo a bajar y a limpiar los restos que empiezan a correr por sus piernas. —Tenemos el tiempo justa para una ducha rápida, en diez minutos tenemos hora para un masaje, preciosa.

—Igual es que no vamos a salir del hotel, ¿no? ¿Por eso esta maravilla?

—No, claro que saldremos, pero hoy no. Hoy tocaba relajarnos.

—¿A esto lo llamas tú relax?

—Ahora te noto la mar de relajada, doctora.

—Muy gracioso, señoría.

Tras una ducha que es de todo menos limpia y relajante, nos vestimos con un bañador y un albornoz, y nos dirigimos a la zona de *wellness* del hotel. Preferí eso a que nos lo hicieran en la suite. Lo que Martina no sabe es que antes de llegar al hotel han revisado la habitación de arriba abajo. Tras lo vivido la semana pasada, y sin saber todavía quién está detrás de todo, cualquier precaución es poca.

No quiero asustarla, pero la cosa no es tan simple como ella cree o yo quiero que crea. Detrás de la pirada que la secuestró hay alguien más peligroso, y no se trata de su ex. Pero no me detendré hasta que demos con esa persona. Los días de malos tratos han pasado para ella, ahora toca ser feliz, o al menos no estar en manos de tarados que no entiendo por qué tienen que tomarla con ella.

La policía trabaja con la hipótesis de que todo esto tenga que ver con algún paciente descontento o con un familiar o allegado de alguno que haya perdido, aunque en los años que llevamos juntos solo recuerdo a dos. No creo que sea nada de eso. Mi temor reside en que se trate de alguien que en el pasado mandé a la cárcel y encuentre así una forma de vengarse de mí.

—Sam, ehh, oye, ¿estás bien?

—¿Cómo? Ah, sí, perdona, no me he dado cuenta de que hemos acabado, me he debido quedar dormido. —La chica que estaba conmigo ha desaparecido, y solo queda el masajista de Martina recogiendo sus cosas.

—En vez de relajado, más bien pareces ido. ¿Qué es lo que pasa, cariño? Algo te preocupa, te conozco. —dice cogiendo mi barbilla para mirarme a los ojos, tras bajar de la camilla.

—No es nada, de verdad, solo que me tienes agotado —añado bajito cuando el chico ya se ha marchado.

—No cuela, abogado. No es eso y lo sé, pero bueno, como

prometimos ser sinceros el uno con el otro, veo que tú también lo cumples.

—Tienes razón, no estoy siendo del todo franco contigo. Claro que estoy preocupado. En realidad sigo muy preocupado. Antes de llegar, una patrulla ha revisado la habitación y las zonas comunes. ¿Cómo? Hay que tener amigos hasta en el infierno, ya sabes. Siento si no te lo he dicho, pero no te quiero preocupada a ti también. Debes cuidarte y estar relajada.

—Eres un amor, ¿te lo he dicho alguna vez?

—No, que va. —Tiro del lazo del albornoz y la acerco a mi cuerpo para rodearla con mis brazos—. No podría estar sin ti. Ya no. No me vuelvas a dejar solo nunca más.

—No tengo intención de ir a ningún lado. Supongo que Adán tiene algo que ver con la revisión de la suite.

—Sí. Ya sabes, tiene muchas influencias.

—Me hubiera gustado veros por un agujerito cuando estabais en la facultad. Menudo trío: Óscar, Adán y tú. Y si añadimos a Hugo en la ecuación ya ni te cuento.

—No era para tanto, te lo aseguro. Era más tipo parchís, nos comíamos una y nos contábamos veinte. Menos Hugo; su relación con Marina fue un tanto rara. Yo conocí a Marta poco después, ya lo sabes. Nunca he sido de excesos ni de juergas. Nos gustaban las mismas cosas, y éramos un pelín frikis, también lo sabes.

Nos vamos sin ninguna prisa a la habitación, caminando de la mano despacio por los pasillos en los que aún huele a nuevo, sintiéndonos cercanos.

Lo que no podía imaginar es que, después del encuentro anterior, a mi mujer le quedaran ganas de más, pero nada más traspasar la puerta, tira de mí para llevarme a una especie de diván emplazado bajo la ventana. Me empuja para que me siente, se deshace del albornoz de una forma tan sensual que consigue llevar toda la sangre de mi cuerpo a un solo lugar, deja caer la braguita del bikini y sin más se sienta a horcajadas sobre mí. Se mueve despacio, con una cadencia enloquecedora, hasta que considera que estoy listo para dejarse caer sobre mi sexo, torturándome sin piedad. Coge mis manos llevándolas a sus endurecidas tetas y las acaricio sin dudarlo un segundo.

—Doctora, ¿te ha puesto cachonda el masaje? No sé si alegrarme o ponerme celoso.

—No eran sus manos las que me tocaban, eras tú, y si le unes la revolución hormonal, imagina cómo estoy —contesta en un gemido que me vuelve loco.

—Joder, Martina, no pares, no dejes de moverte.

—No pienso hacerlo, señoría. —Una de mis manos vuelan a su

hinchado clítoris para devolverle el placer que me está regalando.

Se mueve con tal sensualidad que no puedo dejar de mirarla, es sublime, una diosa terrenal. Se muerde el labio cuando noto que está próxima a correrse, el color de sus ojos se esconde tras la oscuridad de sus dilatadas pupilas. A mi espalda la ciudad empieza a tranquilizar su ritmo, imagino que si hay alguien mirando hacia nuestra ventana, debe ser más que evidente lo que está pasando. Supongo que Martina lo ha tenido en cuenta y no le ha importado lo más mínimo.

—Saaam.. —gime cuando un orgasmo la atrapa en esa espiral de la que nunca querríamos salir. Sus sacudidas me transportan al Olimpo en un par de movimientos de sus caderas, cuando ella todavía no ha recuperado el control, dejándose caer desmadejada sobre mi hombro.

—Joder, Sam, no me había dado cuenta de que la ventana estaba ahí —dice sorprendida, enderezándose al percatarse de la ventana—. O sea, sí me he dado cuenta, pero no he caído que… ¡Ay, Dios!

—No te preocupes, no creo que se haya visto nada. Anda, vamos. —Rodeo mi cintura con sus piernas y camino con ella en brazos hasta el baño. Entre el aceite del masaje y la posterior ración de sexo, brillamos como el árbol de Navidad del Rockefeller Center, por no decir cómo nos escurrimos—. ¿Te apetece un baño? —pregunto mientras la suelto en el suelo de la ducha.

—Estaría genial. Desaprovechar esa bañera sería un pecado mortal, señoría.

Esta vez el baño fue algo más relajante, no pasamos de disfrutar la cercanía de nuestros cuerpos desnudos. Me encanta tenerla así, relajada todo lo que ella es capaz de relajarse y dejarse llevar. El aroma de flores tropicales lo inunda todo, junto con la luz de las velas que pedí. A ella le encantan, crean una atmósfera casi irreal en la que ninguna preocupación tiene cabida.

Acaricio su ligera redondez, a esta hora más destacada, no puedo estar más enamorado de ella. Esta niña ya viene a poner el lazo a este cúmulo de sentimientos que me hacen volverme loco. Si algo malo le pasara a alguno de los tres… Trato de relajarme, pero es difícil sin saber en qué momento ese pirado puede volver a actuar.

—Estás muy callado.

—Disfruto del momento. No es fácil tenerte así, y pronto tampoco a ella. —Vuelvo a pasar la mano por su barriga y me parece sentir que se ha movido.

—No es ella, ni siquiera yo puedo notarla todavía. Deja de preocuparte, estamos bien, solo tengo un poco de hambre y el agua se está enfriando. ¿Salimos o pedimos que nos suban la cena?

—Prefiero cenar a solas contigo, ¿te parece bien?

—Una idea perfecta. —En ese momento un rayo alumbra la tenue

luz del baño por la puerta entreabierta—. Además, no parece que la noche invite a salir.

—Pero podemos bajar al restaurante o subir al de la terraza.

—No te preocupes, tienes razón, prefiero quedarme aquí contigo sin tener que compartirte con nadie. Además, no me apetece vestirme.

Salgo de la bañera y le ayudo a hacer lo mismo, envolviéndola con mimo en el mullido albornoz. Camina despacio con su rotundo movimiento de caderas, que incluso descalza consigue hipnotizarme con ese contoneo capaz de resucitar a un muerto, sin ser consciente de lo sexy que resulta. Coge la carta situada sobre el aparador del minibar mientras recojo un poco el baño.

Pedimos para cenar jamón ibérico, una selección de quesos de la zona, y pan con tomate. Sí, se supone que las embarazadas no han de tomar ese tipo de productos, pero su ginecólogo le aconsejó que comiera lo que quisiera, siempre que fuera bueno. Añade al pedido una botella de Vichy y yo un tinto DO Ribera del Duero.

—Martina, no has comido apenas, solo un poco de pan, ¿seguro que estás bien?

—No tengo demasiada hambre ahora, pero el pan está delicioso, y he comido jamón y algo de queso también. Deja de preocuparte de una vez, señoría, que te van a salir más canas.

—No seas malvada y no me provoques, señora descarada, que no hay más por hoy. Estoy agotado. Y tú también tienes cara de cansada.

—No, que va, señoría, pero entiendo que los ancianos achacosos como usted ya no puedan rendir más. A su edad hay que empezar a cuidar la próstata.

Sigo sin entrar al trapo, soy completamente consciente de lo que quiere, pero por más que me provoque no va a haber más sexo por hoy. Ha cenado muy poco, y aunque trate de negarlo, las ojeras bajo sus preciosos ojos la delatan. Aun así, ahora soy yo quien va a retarla. Me levanto y recojo las cosas en silencio tras preguntar si de verdad no quiere comer más. Lo coloco todo en la mesa de servicio y la empujo con sus ruedas al otro lado de la estancia. Me acerco a ella y tiro del lazo de su albornoz haciendo que se levante. Se pega a mi cuerpo sonriendo con malicia, piensa que ha conseguido su objetivo, pero no se va a salir con la suya esta vez. Perfilo su cara con mi mano, deteniéndome en sus preciosos labios que lucen hinchados y sugerentes tras el último combate. Un gemido escapa de ellos. Lo pinza entre los dientes y se lo separo.

Me acerco a ellos sigiloso, despacio, y dejo en ellos un roce tan ligero como el de una pluma, paso un dedo por el filo del albornoz hasta internarme en su escote, donde con sutileza acaricio sus erizadas crestas, consiguiendo que se endurezcan más y que un ligero temblor se apropie de ella. Sigo bajando por su piel hasta que me cuelo en el

interior de su sexo y noto que sigue estando excitada. Nada más notar su humedad los saco, llevándolos a mi boca para saborear su excitación. Acto seguido me marcho hacia el baño, todavía deleitándome en su esencia, y la dejo plantada oyendo como gruñe.

—No se te ocurrirá dejarme así, ¿Samuel? —Uf, cuando me llama por mi nombre completo se avecina tormenta—. Eres consciente de que no me haces falta para satisfacerme, ¿verdad? —insiste—. Está bien, no me dejas otra opción, no pienso irme a la cama con el calentón que acabas de provocarme.

La oigo caminar por la habitación, llega al baño y se quita el albornoz sin prestarme atención, cogiendo su cepillo de dientes del neceser y el tubo de pasta que acabo de utilizar. Cruza sus ojos con los míos en el espejo, dejándome comprobar que sus pupilas están ligeramente dilatadas y una sonrisa malévola empuja la comisura de sus preciosos labios hacia arriba. Sus preciosas tetas siguen endurecidas, desafiando a la gravedad. Tengo que hacer un gran ejercicio de autocontrol para no follármela por detrás, tiene la postura perfecta y ese cuerpo hecho para pecar me está matando. Una tremenda erección que se torna molesta por momentos, se apropia de mi polla y de mi cordura.

Pero ni así consigue sus propósitos. Salgo del baño notando la mirada de Martina pegada a mi espalda a través del espejo. Sigo tratando de controlarme sin acabar de conseguirlo del todo, porque lo único que anhelo en estos momentos es perderme entre sus piernas y saborear la miel de su deseo, besar cada resquicio de su piel y hacerla gemir hasta que explote en mis brazos. Pero no voy a hacerlo.

Me meto en la cama solo con el bóxer y un empalme de caballo, mientras ella sigue en el baño acabando de asearse. Sale unos segundos más tarde con su caminar rotundo y su contoneo de caderas, sabiendo que no le quito ojo de encima, aunque no la mire directamente. Trato de disimular haciendo como que leo algo en el móvil. Ella sabe que no pierdo detalle de lo que hace y yo sé que ella sabe que lo hago. Me sorprende al no meterse en la cama, saca un escueto camisón semitransparente que metí en el equipaje y lo deja deslizarse con sutileza por su lujurioso cuerpo. El roce de la tela hace que sus pezones se transparenten y me haga tragar saliva de manera audible. Me mira divertida enarcando una ceja antes de preguntar si me ocurre algo.

—No, es que me he atragantado con el agua —miento descaradamente, soltando la botella que había cogido para tratar de bajar el calentón refrescándome por dentro.

—Ah. Tenga cuidado, señoría, no vaya a ahogarse. A su avanzada edad hay que ser precavido.

Camina hacia el diván bajo la ventana, donde antes nos hemos

amado, y se sienta estirando las piernas, observando la ciudad. O eso creo. Se acomoda sobre el cojín, que ha cambiado de sitio para que pueda verla sin problema, usándolo de improvisada almohada, y empieza a recorrer su cuerpo con sus manos. ¡Hostia puta! Esta mujer va a acabar conmigo, pero sigo en la cama, notando cómo mi fiel amigo de los bajos fondos pide guerra al verla acariciarse con una sensualidad capaz de conseguir que me corra sin siquiera acercarme a ella.

Empieza a gemir bajito. No parece algo fingido, es real, es la muestra del placer que empieza a apoderarse de su cuerpo. Sigue deslizando una de sus manos hacia el filo del camisón, que se ha subido más de lo que recomienda la OMS. Separa las piernas y se acaricia despacio, arqueando la cintura. Adentra sus dedos entre sus sedosos pliegues, acelerando el ritmo de sus caricias, estimulando el pezón de una de sus espectaculares tetas. Tira de él, lo pellizca, lo retuerce, para a continuación acariciarlo con más delicadeza sin dejar de arquearse, de gemir y emitir suspiros que me están poniendo a mil.

Se adentra en su humedad con un par de dedos, los mete y lo saca cada vez más deprisa, para a continuación seguir acariciándose el nudo placentero que debe estar a punto de estallar. Ya sé lo que he dicho, que no había más, pero o me la follo de una vez o la polla me va a estallar como un globo en una fiesta de cumpleaños.

Con un gruñido me levanto de la cama de un salto, mandando al carajo todos mis buenos propósitos, que caen al suelo junto al impoluto edredón. La veo sonreír cuando abre los ojos al oír el ligero roce de sábanas que provoco al levantarme, o quizás haya sido el grito de mi sentido común al saltar por la ventana.

—Eres la mujer más pérfida, malvada, provocadora y sexy que he conocido nunca. Estarás contenta.

—No te he pedido nada, abogado. Puedes seguir con tus cosas que yo me apaño solita, por si no te has dado cuenta.

No le da tiempo a decir nada más. Tiro de su brazo para lanzarla con algo de violencia contra la cama y le doy la vuelta, mientras la muy malvada no deja de reír. Trata de seguir con su juego pero le ordeno que se ponga a cuatro patas. Me ha encendido de tal manera que necesito llevar el control al menos por un rato.

—Ni se te ocurra moverte, ahora me toca jugar a mí. Veremos si permito que te corras después.

—¿Qué? Vas listo, señoría, estoy al límite. Muy mal lo tienes que hacer para que eso no pase.

—Puedo hacer que no pase, lo sabes, aunque salga volando esta noche, doctora. Lo único que quiero es que estés bien y tú no haces más que salirte con la tuya como una consentida. ¿No has tenido bastante hoy?

Aún no me he encajado en su húmedo coño por más ganas que tenga, pero notarla tan mojada, con la espalda arqueada mostrando los labios hinchados y la contundencia de su trasero en todo su esplendor, me pone mucho. Me froto con ella notando el calor que emana de su sexo. Gime desconsolada, tratando de encontrar el alivio que todavía no va a tener.

—Fóllame de una puta vez, Samuel, o te juro que no respondo.

Uff, su vena malhablada ha vuelto y me está matando, pero sigo con el juego. Lo ha empezado ella y ahora soy yo quien decide cuándo acabarlo. Vuelve a tratar de acariciarse y se lo impido de nuevo

—¡NO! Ahora juego yo, por provocadora, malvada, manipuladora y por ser tan sexy que no puedo evitar desear estar dentro del ti todo el tiempo. Por más polvos que echemos.

Dejo caer una palmada justo en el centro de su sexo, que le hace dar un respingo y gemir ruidosamente. Está tan excitada que podría correrse con un par más. Trata de acercarse de nuevo para conseguir ese roce que la haga estallar en mil pedazos en un orgasmo que se augura brutal.

—Saaamm…

—Aún no. —Baja de nuevo una de sus manos para recorrer su humedad. Retiro la mano y la vuelvo a apoyar donde estaba para devolverle la estabilidad—. Si lo haces de nuevo, te dejo así. No te muevas —susurro en su oído, veo la piel del cuello erizarse al notar mi aliento.

Otra palmada se aloja entre su culo y su sexo, haciendo que se estremezca una vez más. No espero más y me empotro en ella de un golpe certero y rotundo, para empezar a moverme sin tregua mientras sus espasmos me hablan de que está muy próxima a liberarse. Paso una de mis manos por su cintura para que se incorpore y así sujetarla mientras le acaricio esas tetas que piden a gritos que lo haga.

No da tiempo a más, porque un grito sensual y ronco escapa de su garganta mientras sus sacudidas me trasportan a una dimensión en la que, aparte de ella y yo, no hay nada más que placer.

Cuando volvemos de ese lugar, salgo despacio de ella, dejando que nuestros fluidos goteen en las suaves sábanas blancas. Se ha dejado caer en la cama boca abajo, regularizando su respiración. Al cabo de un momento se da la vuelta para enfrentar mi mirada con una sonrisa maliciosa que hace que sus ojos sean más bonitos todavía.

—Eres increíble, preciosa. No sé cómo eres capaz de hacerme sentir así y excitarme tanto con solo verte. ¿Seguro que no te caíste del Olimpo? No, ya sé de dónde vienes, eres mejor aún, eres la diosa Inanna[12], la diosa del amor y la guerra de la mitología sumeria. Eso eres tú, mi diosa guerrera.

—Si así fuera, habría fulminado a más de uno. Pensé que la diosa

del amor era Ishtar.

—No, fue después cuando se asociaron ambas diosas, con el reinado de Sargón I[13].

—Menudo friki estás hecho, señoría.

—A ver, cada uno tiene sus pedradas. Sabes que el arte me gusta y Sumer me llama mucho la atención. —Los dos faros que alumbran mi vida me miran de una forma que derretirían toda Groenlandia, acelerando sin remedio el cambio climático. Acaricio el perfil de sus labios para dejar un beso en ellos—. Deberíamos dormir, mañana no descansaremos mucho.

Me da un beso, que como siempre me deja con ganas de más, y se abraza a mi cuerpo para recuperar el calor que ha perdido al estar destapada. Recojo el edredón del suelo y lo coloco sobre nuestros agotados cuerpos, notando inmediatamente cómo el calor nos funde en un sopor del que ya no despierto hasta que el día está bien entrado.

Me extraña no notar el calor de Martina a mi lado, me doy la vuelta desperezándome a la vez, para verla con una humeante taza de café entre sus manos, mirando a la ciudad a través de la ventana, sentada en el banco donde ayer me deleitó con una de las escenas más sensuales que mis retinas han disfrutado. Me recreo en su perfil. Ni los años que llevamos juntos ni lo que hemos vivido, logran dejar de sentir por ella esta pasión y este amor infinito que a veces hasta duele. Sobre todo cuando a pesar del tiempo sigue sin darse el valor que tiene. Es preciosa, por dentro y por fuera, no podría imaginar a nadie mejor con quien compartir mi vida y mis sueños. La mejor decisión que he tomado en mi vida es abandonarlo todo y marcharme a Nueva York detrás de ella.

—Ehh, señoría, estás despierto. Tenía hambre y pedí el desayuno, está caliente aún. ¿Tienes apetito?

—Mucho, doctora. —La miro entrecerrando los ojos y ella ríe inundando la estancia y mi alma de un calor que es difícil comparar a algo.

—No cuela, ahora no. Tengo agujetas aunque no te lo creas, y me gustaría que nos fuéramos no demasiado tarde. Aquí siempre hay gente por todas partes.

—Uno rapidito en la ducha no te lo quita nadie, señora Gutiérrez. En venganza por lo de anoche.

—Uy, sí, señoría, porque usted lo pasó fatal. —Deja la taza en la mesa y se acerca a la cama haciendo que el albornoz se abra más de lo debido.

—Venga, es broma, desayunamos y nos vamos.

—¿Me calientas y huyes? No te lo crees ni tú. Ahora cumples lo que me has prometido.

Desayunamos bromeando como siempre. Se ve relajada, y no solo por la actividad sexual, ya sé que lo pensáis. Estar lejos de Madrid también lo consigue. Me cuenta que ha hablado por teléfono con Marco. Adoro a ese niño, no creo que la pequeña Zöe por ser hija biológica mía logre despertarme más sentimientos que mi pequeño.

Tras la ducha en la que, si os lo preguntáis, ha habido un polvo nada desdeñable, nos vestimos abrigados, porque la humedad del ambiente de una Barcelona que hoy ha amanecido nublada, se cala en los huesos hasta el último resquicio. No disfrutamos de una boda normal y demás detalles que las parejas normales si tienen, de modo que, antes de que volvamos a casa y nazca la niña, cualquier momento que podamos estar solos será un regalo.

Me ha llamado Adán para decirme que al final no podremos quedar porque les ha surgido un problema con la bodega que regentan y deben solucionarlo. Nos propone ir hasta allí, pero lo cierto es que me apetece seguir disfrutando de Martina en solitario.

Los tres días en Barcelona, a solas los dos, pasan en un abrir y cerrar de ojos, por desgracia. Hemos visitado casi todo lo relacionado con la arquitectura modernista, hemos paseado sin prisa por el Paseo de Gracia, comprado flores en Las Ramblas, comido en *El Quim de la Boquería* unos huevos fritos con calamares que, por rara que pueda parecer la combinación, están de muerte, acompañados de la típica escalivada y unas croquetas de la casa, también deliciosas, para acabar paseando tomándonos un helado como dos niños. Subimos al Parc Güell donde le hice un millar de fotos en las que salió preciosa en todas ellas. Hemos hecho el bobo haciéndonos selfies como si fuéramos adolescentes, pero no hemos colgado ninguna foto. No queremos que nadie sepa dónde estamos.

El último día, antes de volver a Madrid subimos al Tibidabo a disfrutar de las espectaculares vistas de la ciudad. Solo nos hemos quedado con las ganas de visitar el templo de La Sagrada Familia, pero cuando estuvimos y vimos que la cola rodeaba la manzana, desistimos con tristeza. No será la última vez que visitemos la ciudad Condal. Tendremos tiempo.

Le compramos a Marco un par de réplicas de coches de unos modelos antiguos que no tiene y sabemos que le van a encantar, y nos dirigimos camino a la estación, con las maletas en el maletero de un taxi y una mochila a la espalda llena de buenos momentos que nunca olvidaremos.

—Te quiero, nunca lo olvides —digo cuando nos acomodamos en el

asiento del AVE que nos lleva de vuelta a nuestra realidad, por el momento. Cada vez que llega la ocasión de pensar en regresar a Nueva York, se me hace más cuesta arriba, pero no la presionaré para volver por nada del mundo.

—Yo también te quiero.

26

Haz un hábito de dos cosas: ayudar; o al menos no hacer daño.

(Hipócrates)

La justicia no espera ningún premio. Se la acepta por ella misma. Y de igual manera son todas las virtudes.

(Cicerón)

Martina

Los días siguientes después de volver de Barcelona, los pasamos entre Madrid y la casa de la montaña. Marco también adora la montaña y hay una nieve perfecta para esquiar. Por supuesto, Sam no permite que me acerque a las pistas ni con un palo, pero disfruto viéndolos a ellos hacerlo. Las tardes las dedicamos a jugar con el niño en casa. Pasan juntos muchas horas con los coches, cosa que apasiona a ambos, mientras leo, oigo música o me informo de los últimos congresos de neurocirugía. Un par de días he quedado con Lucía y Bianca, más tarde se unieron Claudia y Cris, y entre las cinco hemos ultimado todos los detalles para el día del cumpleaños de Sam, que apenas queda una semana. La ropa de los niños hemos tenido que improvisarla un poco, porque ellos lo cuentan todo y no quiero que estropeen el factor sorpresa.

Acabamos de llegar los tres de dar un paseo por el parque. Nada más entrar por la puerta, el peque se ha ido a su habitación a preparar las cosas del baño y nosotros nos hemos quedado en la cocina guardando un par de cosas que hemos comprado en el supermercado cuando veníamos de vuelta.

—Sam, estoy pensando que como el aniversario de mis abuelos es pronto pero ya no estaremos aquí, podríamos invitar a tus padres y celebrar tu cumpleaños en Santillana.

—Es una idea magnifica, ¿ellos lo saben? —pregunta y es cierto que le hace ilusión, sus ojos brillan intensamente.

—No, primero quería comentarlo contigo. Como no es nada en plan multitudinario, no creo que haya problema. ¿Entonces te parece bien?

—Sí, muy bien. —Me atrae a sus brazos y busco sus labios para fundirme en ellos y disfrutar el sabor de sus besos.

El sonido del teléfono rompe la magia. Miro y veo la pantalla iluminada con el nombre del comisario. Se la muestro a Sam, que tensa el rostro de inmediato.

—*Hola, Diego, ¿hay alguna novedad?*

—*¿Puedes pasarte mañana? Necesito hacerte un par de preguntas. No puedo decirte más, solo que seguimos al pie del cañón, pero sé que pronto os iréis y no quiero que queden flecos sueltos.*

—*Sí, claro, por supuesto. ¿A qué hora me paso? En un par de días nos vamos a Cantabria, después regresaremos a Nueva York.*

—*Sobre las diez de la mañana, ¿te viene bien?*

—*Perfecto. Sam vendrá conmigo, ¿Le digo a Óscar que me acompañe?*

—*No es necesario, pero si te sientes así más cómoda, decídelo tú.*

—*Gracias. Hasta mañana, Diego.*

—*Hasta mañana, Martina.*

Sam ha escuchado toda la conversación con evidente cara de preocupación.

—¿Hay que ir a comisaría?

—Sí, no me ha dicho nada más.

Se da la vuelta, camina lentamente hasta la ventana y se detiene a mirar al exterior llevándose una mano al cabello.

—Buenos días, dormilona, llegaremos tarde si no espabilas, llevo un rato llamándote.

—Mmm... Pero es que estar así, tan calentita acurrucada a tu lado, es más placentero que ir a la comisaría.

—Anda, levanta, provocadora, luego te doy *cosas placenteras* yo a ti.

—¡Suena genial! ¿Ves? ya me has despertado, solo tienes que tocar las teclas adecuadas. —añado tratando de incorporarme para salir de la calidez del edredón.

—Venga, tira o no respondo. Joder, Martina, cómo me pones, sigo sin entenderlo.

—Ya sabes, en el norte hay brujas, meigas en Galicia, nosotros tenemos las *Anjanas*[14]. Quizás sea eso.

—Debe ser, aunque me da que eres una bruja malvada porque me tienes completamente embrujado. —Suena el portero y se rompe el momento al oír a Marco correr hacia la entrada gritando *abuuu*—. Voy, vaya a ser que no sea tu madre. Venga, vístete. Te quiero, nena.

—Se marcha tras dejar un beso en mis labios—. Sé que me estás mirando el culo, doctora. Me siento cosificado.

No puedo evitar reír a carcajada limpia. Siempre me descubre. Me incorporo de la cama de forma perezosa y me dirijo arrastrándome al cuarto de baño para darme una ducha rápida sin mojar el pelo. Si me lo lavo tardaría la vida en secarlo. Me pongo un vestido de punto que marca un poco mi incipiente barriga, pero me encanta como queda, y lo más importante, sé la cara que va a poner mi chico cuando me vea con él puesto. Es de un verde intenso y un discreto escote de pico. Me recojo el pelo en una coleta con algunos mechones sueltos enmarcando mi rostro, y me maquillo de forma discreta con un poco de rubor en las mejillas, un *eye liner* y dos capas de rímel. Usaré el labial cuando me tome el desayuno. Antes de salir del dormitorio, rebusco en el armario una chaqueta de cuero y cojo el abrigo por si refresca demasiado.

Llegamos a la comisaría y, tras unos minutos de espera, la inspectora Alanna nos acompaña al despacho de Diego. Cuando entramos, se levanta y nos saluda con afecto, aunque me da la impresión de que está incómodo por algo. Su rictus es serio y el de la inspectora también. Nos piden que tomemos asiento y nos ofrecen una bebida que ambos declinamos. Antes de que nos dé tiempo a sentarnos, aparece por la puerta Óscar ante mi sorpresa.

—Me mandó Sam un mensaje. Por favor, no te enfades —dice acercándose a darme un cariñoso beso—. Estás preciosa.

—Gracias, ya hablaremos después.

El comisario se sienta en su silla y Alanna se coloca a su lado. Saca un informe de un cajón y después abre el portátil que está sobre la mesa.

—Martina, siento decir que el avance es bastante lento, pero debemos seguir todas las líneas probables de investigación. Quiero saber si tienes alguien que pudiera tener algo en tu contra, es decir, algún paciente que no quedara satisfecho, familiares de alguien a quien perdieras… Ya me entiendes. La parte de Sam también la hemos investigado

—¿Creéis que alguien que haya mandado a la cárcel podría…? —replica Sam visiblemente preocupado.

—Samuel, cualquiera podría —responde el comisario—. Ya conoces cómo funciona esto.

De repente su mirada pierde todo el brillo y apoya los codos en las rodillas para meter la cabeza entre sus manos, despeinando su ya desordenado cabello.

—Ehh, Sam, no te pongas así —intento tranquilizarlo—. Diego tiene que agotar todas las posibilidades, pero yo tengo claro que no

tienes nada que ver en todo esto. —Me mata, verlo así, con la palabra culpable cruzando sus preciosos ojos oscuros, cuando si de algo es culpable es de amarme a mí y a Marco de manera incondicional—. Diego, no se me ocurre nadie que pueda llegar a eso. Además, en todo este tiempo solo recuerdo haber perdido a dos pacientes, y no porque no me dejara la piel en ellos. Una era una chica joven, y el otro un señor que no tenía ninguna esperanza. Pese a todo lo intenté.

—¿Recuerdas sus nombres?

—Por supuesto, no es algo que se olvide. El hombre se llamaba Juan Domingo Camino, llegó con lo que creíamos que era un ictus, pero al hacerle las pruebas vimos que era un aneurisma con rotura que no se pudo reparar. Ya llevaba varias horas así, pero hasta que llegó su mujer de trabajar no se dio cuenta y no lo pudo traer. El hombre intentó llamar a los servicios de urgencia pero no fue capaz de articular palabra. La esposa nos comentó que llevaba días quejándose de dolor de cabeza, pero no consintió ir al médico. Pese al fatal desenlace, se mostró muy agradecida con todo el equipo.

»En cuanto a la chica, se llamaba Miriam Expósito, y en este caso su apellido fue premonitorio. Tenía treinta años y su vida no había sido feliz precisamente. Se pasó la infancia hasta la mayoría de edad en casas de acogida y después se enamoró de quien no debía en un par de ocasiones. Cuando entró por urgencias, su tumor estaba en fase terminal y aunque quise operarla no me dejó intentarlo. Solo tenía un par de amigos que no la dejaron sola ni un momento. Seguí muy de cerca el caso hasta que todo terminó.

Al recordar el caso de Miriam, noto formarse enorme nudo en mi garganta que me impide seguir hablando. Me detengo tratando de hacerlo tragar sin conseguirlo del todo.

—¿Te traigo agua? ¿Un café? —pregunta la inspectora al percatarse de mi estado de ánimo.

—Agua, por favor, si no es molestia. —Tras una ligera pausa, continúo con el relato—. Entonces ella tenía mi misma edad. No resultó nada fácil. Intentamos convencerla pero no hubo forma. —Alanna vuelve con un botellín de agua fría, lo abro y solo doy un pequeño sorbo intentando evaporar el malestar de los recuerdos dolorosos, sin conseguirlo del todo—. Gracias, Alanna.

—¿Algo más, Diego? —interviene Óscar.

—¿No hay nadie más, alguien que quedara mal? Perdona la pregunta, pero no tengo mucha idea de cómo funciona la neurocirugía.

—No, que yo sea consciente. Siento no haber sido de ayuda. ¿De verdad no tenéis nada? Mañana nos vamos a Cantabria y…

—No, nada que te podamos decir. Lo siento.

—Vamos, Diego no me jodas —tercia de nuevo Óscar—. Puedes

decirnos lo que te salga de las pelotas, de modo que si hay algo relevante, deberías decírnoslo.

—Óscar, déjalo estar. ¿Por qué va a negar algo que sabe? —Tiro el anzuelo para ver si el comisario pica.

—Óscar, no puedo y lo sabes. Ya no eres ningún pipiolo recién colegiado. La reunión de hoy ha sido solo para corroborar una teoría, pero os juro por mis hijos que no puedo deciros nada más. —Alanna lo mira con los ojos abiertos de par en par por la sorpresa.

—¡Qué coño hijos! Tú no tienes de eso, no sabes ni lo que son —añade el abogado cada vez más cabreado.

—Bueno, pues por los que espero tener —una rápida mirada se cruza con la de su subordinada que suelta un suspiro casi inaudible.

—Sabéis que no sois nada discretos ¿no? —añado intentado poner un poco de calma.

—No queremos malos rollos en la comisaría. ¿Tanto se nota?

—Noo, qué va. Apenas.

—No me apetece que crean que estoy aquí por él —contesta Alanna —. Solicité el traslado antes de estar juntos. Nos conocimos semanas después, en una cena del cuerpo y…

—A nosotros no tenéis que darnos explicaciones, sois mayorcitos. Aunque debe ser un rollazo.

—Lo es, pero es lo que hay de momento.

Nos despedimos del comisario y la inspectora y nos vamos a tomar un café al lugar favorito del abogado. No sé quién ocupa sus recuerdos en estos momentos, pero viéndolo con Cris nadie diría que antes ha habido alguien tan importante.

—Un euro por saber quién ocupa tus pensamientos.

—Ya te dije, una amiga y solo eso.

—Nadie lo diría.

—Pues es así, puedes creerlo. Que hubiera querido algo más, es probable, que pasara, no. Ahora es Cris quien ocupa toda mi vida. Aquella fue una época rara. No sacrificaría lo que tengo ahora por eso.

—¿La conocemos?

—Marti, no sigas, no voy a decir nada más ni con un abogado delante —añade divertido.

—¿Ni siquiera dos?

—Ni de una legión de abogados. Es algo que solo sabe ella y yo. Bueno, Hugo sospecha algo, pero no tiene nada claro.

—Está bien, letrado, por ahora te dejo estar, pero no creas que lo he olvidado —respondo dándole un poco de cancha.

Óscar se marcha en la moto, tiene que ir a trabajar, y nosotros nos vamos caminando sin prisa hacia nuestra casa. Ya lo tengo todo listo para mañana marcharnos a casa de mis abuelos. Espero sorprender a

Sam con lo que he preparado. Su cumpleaños es el lunes y qué mejor regalo que cumplir uno de sus sueños. Antes de subir, me paro en el portal, delante del ascensor, y le detengo tirando de su mano para que me mire a la cara. Sus ojos denotan extrañeza.

—Te quiero. Solo es eso. Vamos.

—Yo también te quiero.

Estoy nerviosa pero no quiero que lo note. Se supone que solo vamos a celebrar el aniversario de mis abuelos y el cumpleaños de Sam, pero no puedo evitar pensar en todo lo que llevo organizando estos últimos días. Tengo que librarme de él un rato porque he de recoger el vestido si todo queda perfecto. Si no es así, será mi madre quien lo haga al día siguiente.

Le dije a mi madre que me llamara para tener una excusa y poder salir.

—¿Pedimos algo de comer? —Sam vuelve del dormitorio vestido con un pantalón deportivo de algodón gris y una camiseta blanca. Verlo de esa manera me pone a mil. Desvío la mirada pero ya es tarde, demasiado, se ha dado cuenta de cómo lo estaba mirando y viene hacia mí con aire triunfal y una sonrisa canalla que me mata—. Viendo tu cara me da que quieres otra cosa, ¿me equivoco, doctora? —me pega a él mientras formula la pregunta, sus ojos bajan a mis labios, que humedezco sin darme cuenta.

Sin esperar más, asalta mi boca mientras sus manos empiezan a recorrer mi cuerpo haciéndome estremecer. Su excitación crece con la mía, ese pantalón es poco discreto, pero no es el momento. Tengo muchas cosas que hacer y aunque me muero por seguir hasta el final, he de cortarlo por lo sano.

—Para, joder. ¿Es que no te puedo mirar? —susurro jadeante—. Venga, pide algo de comer, todavía he de preparar cosas y por más que me apetezca seguir no puedo. Luego, cariño, ¿podrás aguantar? —pregunto bajando mi mano a su sexo más que listo, acariciándolo por encima del pantalón, arrancando un gemido de su garganta.

—Si no queda más remedio… Dime qué te apetece comer que no sea yo.

—Eres un poco presuntuoso, ¿no crees, señoría?

—Tus ojos me lo dicen todo y tu cuerpo es muy poco discreto, doctora. Apuesto que si ahora mismo hago esto… —sube mi vestido para darse cuenta que no llevo pantys, que son medias con liga—. Joder. Lo siento, nena, pero esto ya es demasiado.

Tira de mí hacia la cocina agarrándome por el brazo, y me sube en

la encimera poniéndose entre mis piernas. Mete sus dedos entre mi braguita para comprobar que, efectivamente, mi sexo hace aguas.

—Lo que yo decía. No te preocupes, tiene pinta de que va a ser muy rápido, así que no hay excusa que valga. —Sin darme tiempo a nada más, se baja un poco el pantalón y se adentra en mí de una sola estocada, arrancándome un gemido que más bien parece un grito—. Nunca me canso de ti. Eres la perfección hecha mujer, mi *anjana* —añade mientras entra y sale de mí, volviéndome loca por completo.

—Eres un maldito viejo verde, me llevas por el camino del pecado. ¿Siempre has de salirte con la tuya?

—Hace un minuto no te quejabas —responde con fingida indignación.

—Porque estaba ocupada.

—Ya, corriéndote como una loca tal vez, ¿no?

—Es posible. —Me besa ahora sin prisa y sin ninguna otra intención que no sea demostrar sus sentimientos—. Estamos poniéndolo todo perdido, dame un paño o un papel, anda.

Sale despacio de mi interior, casi sin querer hacerlo. Yo tampoco quiero que lo haga. Coge papel de cocina y me limpia con cuidado, encendiendo de nuevo mi deseo. Después, se asea un poco, me ayuda a bajar de la encimera y vamos al baño a adecentarnos del todo. Me cambio de ropa y pongo el vestido en el cesto de la ropa sucia. Elijo del armario un jersey básico en rojo y un vaquero, que dejo sin abrochar por completo, y camino a la cocina donde Sam ha sacado de la nevera un par de cervezas, una de ellas sin alcohol para mí, y un poco de queso, mientras esperamos la comida que ignoro dónde la habrá pedido.

—Eres un caso, no me dejas ni respirar. El día que no salten chispas sabré que algo no va bien entre nosotros.

—Toma —me tiende la cerveza—. Te sigues quejando fuera de plazo, no he visto que quisieras detenerme. Además, me encantan tus ojos de recién follada. Y tu cara, y toda tu…

—¿Ves cómo eres un pervertido? Ahora tu suegra se dará cuenta de que acabamos de echar un polvo.

—Claro, porque mi suegra piensa que no te toco, que esta niña ha sido puesta ahí por obra y gracia del Espíritu Santo —dice divertido acariciando mi barriga.

—Ja, ja, ja, es posible.

Después de comer y de que mi madre trajera a Marco, ella y yo nos vamos a buscar el vestido. Un millón de mariposas campan a sus anchas en mi estómago sin que yo pueda evitarlo. Menuda tontería, después de todo el tiempo que llevamos juntos y las cosas que hemos vivido, pero esto es tan distinto que no puedo evitarlo.

Samuel

Martina lleva unos días un tanto rara, aunque trate de disimularlo, pero las motitas doradas de sus ojos, me lo dicen porque están más acentuadas que de costumbre. No tengo claro si será por lo que pasó o por otra cosa más, pero lo averiguaré.

El jueves por la mañana dejamos atrás Madrid y tomamos la carretera en dirección a Cantabria. Hace algún tiempo que no hemos ido y lo cierto es que sé que a mi chica le encanta visitar a sus abuelos y el pueblo donde fue feliz en su infancia y adolescencia. Santillana del Mar, por ser uno de los lugares turísticos más demandados del norte de España, siempre está repleto de visitantes, espero que al ser abril no haya tantos y que el tiempo acompañe esta vez. Los días precedentes ha nevado y seguro que la estampa que nos encontramos bien vale la pena. En el maletero llevo las cadenas para la nieve, no quiero sorpresas en la carretera, y aunque el resto del fin de semana la previsión meteorológica da buen tiempo, no quiero arriesgarme a que empeore. Martina sigue estando nerviosa, pero en su mirada hay un brillo que hace tiempo no vislumbraba. Parece una niña pequeña, no sé si por la cercanía a ver a sus queridos *elos,* como ella llama a sus abuelos de forma cariñosa, o por otra cosa que no alcanzo a adivinar.

Durante el trayecto en el coche, que dura poco más de cuatro horas, hemos parado un par de veces y hemos disfrutado de las ideas de Marco. Su mayor afición es decirme cuáles son las características de todos y cada uno de los vehículos que nos cruzamos por el camino. Pese a tener poco más de siete años, comparte conmigo esa pasión por los coches, sobre todo los antiguos, conoce al dedillo los detalles de todos y cada uno. No puedo estar más orgulloso, ni mil niños que tuviéramos serían como él y se parecería tanto a mí.

Aún hoy existen días al levantarme por las mañanas que me cuesta conectar con la realidad y darme cuenta que es verdad, que esta es mi familia y que lo daría todo por ellos. Miro a Martina, que conduce ahora, y no puedo albergar mayor amor por ella. Es mi vida, mi compañera, mi niña mimada, la razón por la que luchar cada día y levantarme de la cama con una sonrisa. Me mira de reojo y sonríe. En este momento no existe nadie más en el universo, solo ella y yo, su sonrisa, y ese brillo en los ojos que me dice que cada segundo vale la pena si es para vivirlo a su lado.

Llegamos al pueblo donde sus abuelos nos esperan ansiosos, es casi la hora de comer y lo tienen todo listo. Regentan hace unos años un hotel rural de lujo. Se le ocurrió la idea a la hermana de Martina, y desde entonces les echa una mano con las cuentas y con la gestión

para que el hotel cuente con todo lo necesario. Mi amigo Hugo les sirve la lencería y los amenities con la calidad de todo lo que su empresa organiza. Dispone solo siete habitaciones, una de las cuales es una impresionante suite con un baño espectacular. Cuando venimos de visita, nos alojamos en la casa que tienen contigua al hotel. Tiene también seis habitaciones, acondicionadas por si alguien quiere reservar a última hora y no tiene disponibilidad. Santillana, que vive del turismo, necesita todos los alojamientos que puedan proporcionar. Tiene una historia curiosa que mi chica se encargó de contarme la primera vez que estuvimos aquí, hace ya varios años.

Para los que no conozcan esta bonita población, está situada a tan solo treinta y dos kilómetros de Santander y fue el núcleo de crecimiento de un municipio que cuenta con varias poblaciones. El poder que alcanzó su colegiata en la edad media, llegó a convertirla en capital de Las Asturias de Santillana, que abarcaba toda la zona occidental de Cantabria, excepto Liébana. La llegada de nobles indianos en el siglo XVIII, aportó un nuevo caudal de riqueza que impulsó la construcción de palacios y casonas que consolidaron su trama urbana.

Pero el acontecimiento más importante que cambió para siempre la vida de la zona fue el descubrimiento por casualidad en 1868 de las cuevas rupestres de Altamira, propiciando con el paso de los años el desarrollo de una actividad turística que hoy ocupa a la mayor parte de la población del municipio, y que fomenta una creciente actividad cultural.

El coche avanza despacio, serpenteando por una calle empedrada rodeada de casas también de piedra y con aspecto señorial. Al final de la calle junto a una diminuta plaza, se encuentra la casa de sus abuelos. El camino nunca deja de sorprenderme cada vez que venimos, parece sacado de cuento medieval.

—¡¡¡¡¡¡Mi niña!!!!!! Ay, cómo me alegra que estéis aquí. Espera que estoy recogiendo este *carajón*[15], parece que algún *chon*[16] se ha quedado a gusto en la puerta.

Así de espontánea es Cassia, la abuela de mi mujer, o su *güela* como a ella le gusta que la llamemos, de modo que yo, a mis casi cuarenta y cinco años, me veo nombrándola como si fuera un niño.

Mientras sacamos el equipaje del maletero, aparece Martín, el *güelo* de mi chica, caminando hacia nosotros apoyado en su bastón, pero tan erguido como si tuviera mi edad. Imagino que cuando sus hijas salieran con alguno de los chicos del lugar que las frecuentaban, debía ser de armas tomar. Recuerdo que a mí me hizo un examen visual completo la primera vez que vinimos. Me hizo sentir como un adolescente en su primera cita.

—Tina, estás preciosa, mi niña.

Su abuelo la abraza con el cariño que solo los abuelos saben dar, acogiendo en ese abrazo también a mi hijo, que adora estar aquí con sus *bisagüelitos,* como él los llama. Cassia sale de nuevo quitándose un pintoresco delantal de lunares y viene hacia a mí para abrazarme, o más bien intentarlo dada mi altura. Me agacho, y una vez más me sorprendo con la fuerza que emana su cuerpo tan diminuto y ya con sus años. Después abraza a Martina y al niño y yo hago lo propio con el abuelo.

—Pensé que no os vería esta vez. Menudo susto tuviste que pasar con esa hija de puta —dice el hombre susurrándome al oído.

—Todavía tiemblo cuando lo recuerdo. ¿Vino Paul? —pregunto.

—Sí, todo está controlado. Aquí es fácil, el turista es muy evidente. Y el resto nos conocemos de siempre. No te preocupes, disfruta de estos días que van a ser especiales. Me alegro tanto…

No tengo muy claro a qué viene ese último comentario, porque cuando voy a preguntarle, la *güela* viene y se lo lleva en volandas, alegando que está *chocho* y no sabe lo que dice.

Pensaréis que estoy un poco paranoico, pero hasta que volvamos a casa o se resuelva el asunto del secuestro de Martina, cualquier precaución es poca y pedí ayuda a Paul, que aceptó encantado. Sé que Diego sabe algo que no nos cuenta, pero no puedo obligarlo a desembuchar, y Marta tampoco sabe nada, de modo que seguiré confiando en Paul. Hay días que tengo la sensación de sentirme observado, es probable que sea cosa mía, pero no me puedo fiar.

—Sam, ¿estás bien? —la voz de mi chica me devuelve a la realidad.

—Sí, solo un poco despistado.

—Subamos, que la comida está lista. Ya sabes que a la *güela* no le gusta esperar.

Dejamos las cosas de cualquier manera en las habitaciones, ya habrá tiempo para ordenar los bártulos, y salimos disparados para el comedor. Como era de esperar, a Cassia se le ha ido la mano y ha preparado comida para un regimiento, que al final se ha ido de maniobras y no ha venido a comer. Esta mujer es un caso.

—*Güela,* ¿cuántas personas comemos aquí hoy?

—Solo nosotros. Iba a venir tu tía Matilde y tu tío Bernardo, pero al final no han podido. Vendrán mañana.

—No empieces con tus reuniones y comilonas familiares, que cuando vuelva a casa no podré ponerme el pijama, tendré que pedir otra talla.

—Mi niña, esa barriga tendrá que crecer ¿o es que vas a llevar a la bebé en un bolso?

Me hace tanta gracia que no puedo evitar las carcajadas y acabamos todos riendo relajando el ambiente aún más.

Entre plato y plato de comida, a cuál más colmado, los abuelos nos

cuentan que ya lo tienen todo listo para la celebración del sábado, pero en un par de ocasiones me da la impresión de que están hablando de otra cosa. Gotas de sudor perlan mi frente; este cocido montañés que nos ha preparado no lo baja ni una caminata hasta Santander.

—¿Vais a descansar un rato? —pregunta la abuela tras el café y unos barquillos típicos de allí.

—*Güela,* si me acuesto no me levanto en tres días. Mejor voy a dar un paseo, ¿os apetece?

—No, hija, voy a ayudar con la cocina y a ver cómo van en el hotel. Id vosotros.

—¿Te ayudo? —pregunta Martina

—No, cariño, ve a dar ese paseo. Marco, ¿te vas con los papis o te quedas y me echas una mano?

—Me quedo contigo, *bisa*.

Pese a las abundantes calorías que acabamos de ingerir, Martina y yo nos disponemos a salir abrigarnos como si fuéramos a Laponia, aún queda resto de las nevadas de los últimos días y aunque el paisaje es precioso, el frío es muy intenso, más después de haber estado en el salón con la chimenea.

—Podríamos ir mañana a Ubiarco y subir hasta la ermita, igual el chiringuito está abierto en la playa y podemos tomarnos esas anchoas que tanto te gustan —le digo nada más salir, porque sé que le encantan y fuera de este mágico sitio no saben igual.

—Debe haber mala mar, no creo que esté abierto, pero le puedo preguntar a mi prima Nat.

—Vale, hazlo, y si te apetece vamos.

Paseamos despacio, con su brazo rodeando mi cintura, o mi ropa más bien, y la mía en el bolsillo de su pantalón vaquero. Caminamos por delante del museo de la Inquisición y la Tortura (vaya, cómo se las gastaban aquí), por la torre de Borja y casi sin darnos cuenta acabamos en plaza de la Colegiata de Santa Juliana[17], el edificio más conocido sin duda de toda la población, y es que realmente merece la pena.

—¿Te he contado alguna vez que aquí presumen de tener un trozo del *lignun crucis*[18]?

—¿En serio? Entre todas las que hay repartidas por el mundo cristiano, ¿cuántas cruces crees que saldrían?

—Ja, ja, ja, ni idea, pero más de una seguro. Eres un caso, ¿solo se te ocurre eso? Yo aquí enseñándote cultura y tú…

—Anda, doctora, no te enfades. —Tiro de ella para enfrentarla a mí, levanto un poco el filo de su gorro y acaricio el perfil de su cara— Eres preciosa, estaría mirándote el resto de mi vida. —Le doy un beso suave y dulce en sus cálidos labios escondidos tras la bufanda, que he bajado también para poder hacerlo—. Te quiero, ¿te lo he dicho

alguna vez?

—No —me provoca.

—Pues te quiero, te quiero, te quiero, te quiero —acompaño cada uno de ellos con un leve beso, haciendo que se ría e inunde mi alma de paz y amor. En momentos como este me siento como un jovenzuelo.

—¿Tina? ¿En serio eres tú? —Una voz profunda y magnética suena a nuestro lado—. Tu abuela me dijo que… pero no me lo creía del todo.

Un tipo con pinta de armario empotrado, de más de uno noventa de estatura y unos ojos verdes profundos que de joven tuvieron que volver locas a todas las niñas, se acerca a nosotros. Martina se ha quedado sin saber qué decir, agarrada de mi mano.

—¿Juan? —titubea un poco cuando él se acerca a saludarla y al final se deja abrazar. Él da un par de besos demasiado cariñosos para mi gusto. Lejos de soltarla, le agarro la mano aún más fuerte, ella se da cuenta y rompe el abrazo—. Sam, él es Juan, un amigo de otra vida. Juan, Samuel, mi marido.

—¿Tu marido? Pero... —veo que duda y ella lo corta para que no siga hablando.

—Sí, nos casamos hace unos años en Nueva York, vivimos allí.

—Lo sé. Y también lo que te pasó. Lo siento, no imaginas cuánto. Me contó Cassia lo de hace unos días, ¿sabes algo?

Este tío no me gusta una mierda. No me gusta un pelo la forma en que la ha mirado y esa familiaridad, y me desconcierta no tener ni puta idea de quién es y por qué coño la mira así sin saber que soy su marido.

—Tuviste tiempo para dar señales de vida y no lo hiciste. Después de lo ocurrido perdí todo interés por saber de ti, de modo que ahora no te lamentes. Te hacía en África o en Roma de camarlengo, aunque más tienes pinta de *carabinieri*. Has cambiado mucho

Vaya hostia sin manos que le acaba de dar mi chica, ¿este tío es cura? No jodas, si parece un modelo. Aun por encima del abrigo azul marino que lleva se ve que está en plena forma. Y con esa envergadura hubiera jurado que era un G.E.O. o alguien de alguna fuerza especial, pero ¿un cura?

—Encantado —le tiendo la mano—. ¿Eres sacerdote? —Creo que ha sonado más interesado de lo que pretendía.

—Sí, estuve en África, en Haití y Sudamérica, pero he tenido que volver a casa. Mis padres ya no son tan jóvenes y necesitaba echar raíces en alguna parte. Qué mejor que esto, ¿no creéis?

—Sí, claro, mejor aquí que por ahí de misionero —contesta Martina con cierto tono de sarcasmo—. Bueno, nosotros nos vamos, Marco estará volviendo locos a los abuelos. Ya nos veremos.

Se acerca pero ella da un paso atrás y coge mi mano de nuevo.

—Adiós, supongo que ya nos veremos —añado yo también. Nos alejamos un par de metros pero él vuelve a llamar a mi mujer.

—Tina, ¿tomamos un café?

—Ya hemos tomado, gracias.

—¿Mañana? ¿Desayunamos?

Me mira y yo encojo los hombros, no pienso decirle lo que ha de hacer o no, y menos delante de un extraño, por más que me joda que quede con ese tipo.

—Está bien. Pásate por el hotel sobre las nueve y media de la mañana. Si puedes, claro.

—Allí estaré. Gracias, Tina.

Cuando estamos lo suficientemente lejos, la miro esperando que me cuente algo más.

—No me mires así, ¿acaso tengo un cuerno en la frente? —Enarco una ceja— Vale. Mala pregunta. No es nadie.

—Nadie no te mira como él lo ha hecho. Ni tampoco te llama Tina. Solo he oído a tu abuelo hacerlo.

—No es la forma que más me gusta que me llamen, mi nombre es muy bonito para usar diminutivos y ese es el más feo de todos. Solo mi abuelo lo hace y es el único a quien se lo consiento.

—Y por lo visto también a este tío.

—¿Son celos lo que noto en tu tono, señoría?

—Es probable, y no me gusta. Pero…

—Está bien. Estuvimos saliendo cuando éramos jóvenes.

—Pero aparenta tener mi edad, ¿no?

—Cuarenta y dos. Él estaba en la facultad, en segundo, y yo empezaba segundo de bachillerato cuando lo dejamos.

—Quién…

—Yo me fui, pero no era mi intención. Me engañó, ya te dije que mis experiencias anteriores no habían sido muy buenas. Llevábamos saliendo un año y medio o algo así empezamos una semana santa y lo dejamos a finales del verano del año siguiente. Imagina el tipo de relación, yo tenía diecisiete y él…

—Pero me dijiste que tu primera vez fue en la facultad.

—Y así fue.

—¿Estuviste con un tío de veintitantos y no te acostaste con él? Nadie lo diría viéndolo, no parece un cura.

—La noche que me había decidido a hacerlo fue cuando me dijo que se iba al seminario.

—¡No jodas!

—Tal cual.

—Qué nivel.

—¡Oyee!

—Perdona, es que no me creo la situación.

—Pues espera y verás. Organizó una escapada a Suances, sus padres tenían un apartamento allí, muy cerca de la playa de los Locos, preparó una cena, con velas, rosas blancas, vino… todo perfecto. Después de cenar bajamos a la playa. Esto no es Levante, aquí no hay tanta gente. Nos sentamos en la arena al abrigo de unas rocas y una cosa llevó a la otra, y justo antes de, bueno, ya sabes. Yo estaba casi desnuda cuando me dijo que no podía, que en septiembre ingresaba en el seminario, que no quería hacerme daño, y no había sabido cómo decírmelo.

—¡La hostia! Perdona, pero ese tío es un auténtico gilipollas de diccionario. Y te digo más, no es precisamente una mirada de cura la que te acaba de echar. No sé si se arrepintió de la decisión, pero de lo que sí estoy seguro es que se quedó con las ganas de echarte ese polvo. No soy adivino pero conozco a los tíos. ¿Y qué más pasó?

—Me vestí tan rápido como pude, le dije de todo menos bonito y llamé a mi primo Teo. Juan me dijo que él me llevaba a casa, no quería que dejásemos de ser amigos, que me quería pero su vocación era mayor. Y yo, claro, lo mandé a tomar viento y me fui a esperar a mi primo sin hacerle caso, con los ojos ardiendo y la cara del color de las granas. Mi primo en ese momento no preguntó, se lo conté al día siguiente cuando bajamos a Santander. Juan fue a buscarme, me llamó un millón de veces, pero me quedé con mis tíos en Santander hasta que mis padres volvieron a casa y me recogieron. Eso es lo último que supe de él. Alguna de mis amigas me dijo que seguía preguntando por mí cuando volvía muy de vez en cuando, pero nunca les presté atención y jamás volví a verle. Han pasado más de veinte años de aquello.

—Vaya, menuda historia. ¿Seguro que quieres quedar con él?

—Sí, después de verlo tantos años después, me gustaría escuchar de sus labios algún tipo de explicación. Ya no puede hacerme daño. Ahora es cuando quiero que me diga la verdad. A ver, no creas que es algo que me preocupe lo más mínimo, si no lo hubiéramos visto me habría dado igual, lo superé hace mucho, pero ya que parece arrepentido, quiero oír lo que tenga que decir.

—¿Quieres que baje contigo mañana?

—No es necesario.

Por un momento una idea extraña acude a mi mente. Tengo que dejar a Martina con el niño y hacer una llamada, pero no quiero que sospeche, se enfadaría conmigo.

Llegamos a la casa de los abuelos y Marco corre a abrazarnos y a contarnos tan deprisa todo lo que ha estado haciendo con los *bisa,* como él los llama, que no lo llegamos a entender.

—¿Sabes que he ido con la *bisa* a por huevos? Y les hemos dado de

comer a las gallinas y a los cerditos, pero sigue sin gustarme cómo huelen. Después hemos hecho pan y galletas para el desayuno. Están todavía en el horno.

Los abuelos no se ocupan de esos menesteres, pero cuando venimos lo hacen para llevar al niño a que conozca todo eso. Lo hacen también con sus otros biznietos y con mis sobrinas cuando han estado aquí. Son una pareja adorable, y pese a los años que llevan juntos, tienen una forma de mirarse que derretiría un iceberg. Discuten, claro, son mayores y tienen sus manías, pero en su vida diaria son una pareja ejemplar.

27

Es mucho más importante saber qué persona tiene la enfermedad que qué enfermedad tiene la persona

(Hipócrates)

No paro de dar vueltas en la cama y eso que la noche ha sido bastante movidita. No sé qué les ocurre a veces a los hombres, que tienen que marcar territorio. Al menos es lo que parece después de lo que pasó ayer con Juan. No es que no seamos apasionados o pase mucho tiempo sin tocarnos, pero lo de hoy ha sido como hacía meses no recordaba. Creo que mañana tendré agujetas. Sam ha estado incansable, pero ahora el guerrero descansa y yo sigo tan alterada que no puedo dormir. Todavía es temprano, casi las seis y media de la mañana, pero prefiero levantarme y dejar que duerma. Cojo la ropa y salgo con sigilo cerrando la puerta, el olor de algo dulce y pan recién hecho se cuela por el hueco de la escalera. El calor de las chimeneas inunda la atmósfera haciéndola más que agradable.

—¡Buenos días, mi niña! Cómo has madrugado, ¿mala noche?

—Buenos días, *güela.* Estoy alterada y no quería despertar a Sam, se lo ha ganado. Creo que me duelen hasta las uñas de los pies. No sé qué le ha pasado hoy.

—¿Qué pasa, mi niña, no es fogoso normalmente?

—Ay, *güela,* ¿qué hago hablando de esto contigo? —Me tapo la cara con las manos al notar el rubor subir por mis mejillas.

—Ni que fuera la primera vez. ¿Visteis a Juan?

—Sí, debiste avisarme. No quiero que él esté en la ceremonia.

—Es el párroco, no hay nadie más.

—¡Joder, abuela!

—Nunca me contaste qué pasó. Estabais tan bien y de repente…

Creo que después de tantos años, mi abuela merece que le cuente la historia. Me dice que me dé una ducha mientras saca del horno unas galletas, receta heredada de su abuela y de su madre, y prepara café.

Cuando salgo del baño ya hay dos tazas de humeante café en la mesa de la cocina y un plato de galletas de canela enfriándose un poco.

—¿Quieres leche?

—¿Es descafeinado?

—Claro, mi niña, soy vieja pero aquí el único que *chochea* es tu abuelo. No he olvidado que me vas a dar una bisnietita.

Sentadas alrededor de la mesa, le narro lo mismo que ayer le conté a Sam. Mi abuela escucha todo el tiempo en silencio, sonriendo de vez en cuando. Me coge la mano y la aprieta.

—Estaba loco por ti, mi niña. ¿Sabes qué sacrificio tuvo que hacer, lo que habrá supuesto todos estos años no poder buscarte, sabiendo que lo estabas pasando tan mal?

—No te entiendo, *güela,* ¿loco por mí? ¿Sacrificio?

—Habla con él, yo no soy quien debe contártelo.

—¿Sabes que he quedado con él?

—Sí.

—*Güela,* ¿por qué ahora? ¿No ha tenido años para aparecer en mi vida? A Sam no le ha gustado lo más mínimo, que lo sepas.

—Ya, por eso tienes hoy ese brillo y no has pegado ojo. Los hombres son un poco obtusos algunas veces. ¿De verdad piensa que le dejarías por un capricho de juventud, que además es cura?

—Espero que no, porque lo único que me falta es tener que luchar con eso ahora. No cambiaría lo que tenemos ni por todo el oro del mundo. Ni siquiera por una vida más tranquila, fíjate qué te digo. Le amo con mi vida y que esta niña venga a poner el lazo a nuestra relación es lo mejor que me ha podido pasar.

—Lo sé, os veo miraros, veo cómo te trata, cómo sus ojos no te pierden ni un segundo. Ese chico es tu hombre, nunca lo olvides, por más tiempo que pase. —Da un sorbo a su café, baja la vista un segundo y sonríe para sí—. ¿Te he contado alguna vez que tu abuelo se peleó con un amigo mío porque creía que quería algo conmigo?

—¿El abuelo a puñetazo limpio? Ja, ja, ja. No, no me lo has contado.

—Bueno, cuando me fui a Madrid ya estaba *ennoviada* con el tarugo de tu abuelo. Él ya había acabado sus estudios y se vino para hacerse cargo de la empresa de la familia. Yo vivía en una residencia para estudiantes, obviamente en aquellos tiempos solo había chicas, pero en la facultad no, claro. Allí conocí muchas chicas, y también a algunos chicos. Alguna de ellas las has conocido a lo largo de tu vida, pero a José no, él no tuvo la suerte de poder trabajar en España y emigró a Alemania para labrarse un futuro. Años después me enteré que el cáncer se lo llevó cuando era aún joven.

Hace una pequeña pausa con otro sorbo de café y atrapa una galleta todavía caliente del plato, mientras espero impaciente a que continúe su historia. Me encanta escuchar a mi abuela y sus vivencias.

—A lo que voy, que se me olvida, mi memoria ya no es lo que era.

Bueno, pues José, Almu, Sofía y yo éramos los mejores amigos. José era el único chico del grupo. Un buen día tu abuelo se presentó en la facultad por sorpresa y nos vio salir. Después de clase, algunos días íbamos todo el grupo a merendar antes de volver a la residencia de estudiantes. Ese día solo fuimos José y yo, las chicas tenían que terminar un trabajo y se marcharon a casa nada más terminar. Llegamos a la cafetería de costumbre entre risas y confidencias, nos llevábamos muy bien y yo era la única que en aquel momento sabía su *secreto.*

—No me digas más, era gay —la interrumpo.

—Era un secreto que nadie más podía saber. Eran malos tiempos para una persona *invertida*, que era como se las llamaba por entonces, por no decir otras lindezas.

—Ay, Ay, ese abuelo y su ataque de cuernos…

—Ja, ja, ja. Sí, puedes llamarlo así.

—¿Os divierte mi error? —La voz de mi abuelo llega desde la puerta—. Desde luego, Cas, no sé cómo no lo has publicado ya en tus memorias. —Entra con el abrigo puesto, que se quita al momento para sentarse con nosotras—. ¿Hay un café para un viejo que solo quería defender lo suyo?

—Claro, *güelo*, siéntate, yo te lo pongo.

—Podías haber preguntado, *so cenutrio,* en vez de liarte a mamporrazos con el pobre chico. El asunto, mi niña, es que este tarugo la emprendió a puñetazos con el chico nada más salir de la cafetería. Es más, se lo llevaron al cuartelillo detenido, mientras atendíamos al pobre de José, que no sabía ni por donde le habían venido los palos. Tuve que ir a sacarlo de la cárcel una vez me aseguré que mi amigo estaba bien.

—¿Lo ves? Se fue con su amigo y me dejó preso.

—Te merecías un escarmiento, por celoso, impulsivo y *melón*.

A estas alturas, las lágrimas corren por mis mejillas y me duele la barriga de tanto reír al imaginar la escena; mi abuelo a golpe limpio como un potro desbocado, sin mediar palabra con el pobre chico, que ignora por completo lo que está ocurriendo.

—Habérmelo contado antes, *mala pécora.* Qué iba yo a saber. Yo vi a ese mozo de buen ver abrazado a ti, y solo pensé que me estabas buscando un sustituto.

—¿Ves? Por eso nunca te decía nada, siempre he sabido defenderme solita. ¿Cómo crees que teniendo al más guapo del pueblo me iba a ir con otro? Siempre has sido muy inseguro. ¿Y si yo hubiera ido dándole palos con una escoba a cualquier moza que se acercara a ti?

—Hubiera estado la mar de orgulloso.

—Seguro que sí. Eres un troglodita.

Sigo riendo con las lágrimas corriendo por mis mejillas, cuando veo aparecer a mi marido por la puerta de la cocina.

—Buenos días, preciosa, ¿has huido de mí? —susurra mi marido tras saludar a los abuelos y dejar un cálido beso en mis labios.

—Puede que un poco.

Los abuelos estallan de nuevo en carcajadas y yo los acompaño, dejando a Sam con cara de no saber a qué viene eso.

—Nada, que mi *güelo* era muy de mear en las farolas.

—Martinaaa —protesta Sam poniendo cara de ofendido.

—¿Qué? Solo digo la verdad.

—No me tientes o te secuestro y no sales hasta mañana —susurra de nuevo en mi oído provocándome un escalofrío.

—Ya tienes una edad, no creo que des para tanto.

—Nenaaaa...

Me levanto y subo hacia el dormitorio muerta de risa, dejando a los abuelos riendo y a Sam con ganas de seguir con el juego. Me encantan estos momentos de provocaciones, porque sé que al final acaba cumpliendo sus promesas. Bueno, lo de secuestrarme espero que no, pero todo lo que lleva implícito sí.

Al mirarme en el espejo, todas las dudas y los nervios por mi inminente cita reaparecen en mi maltrecho estómago y acabo echando el café y las galletas que he tomado con los abuelos.

—Martina, ¿estás bien? —La voz de Sam llega a mis oídos desde la puerta del baño.

—Nerviosa, no voy a negártelo. Voy a tratar de tapar la cara de insomnio que me has dejado, pero eh, no te preocupes, que me ha encantado, aunque necesitaré una cura de sueño, si no mañana voy a parecer una zombi.

—Jamás parecerías una zombi. ¿Todavía no entiendes que eres preciosa? Y con ese brillo en tus ojos aún más. Ven aquí —me ayuda a incorporarme y me pasa con delicadeza una toalla húmeda por la cara, apenas rozando mi piel, sin dejar de mirarme—. Ya está. Si no te apetece ir, no vayas.

—Debo hacerlo, me merezco una explicación. No creo que aquello fuera falso, los sentimientos no pueden fingirse. No así, no con esa edad. Pero llegado el momento no hace falta que vayas a pegarle, me defiendo sola.

—¿Cómo?

—Pregúntale a la abuela, es una historia buenísima. Y tampoco hace falta un maratón como el de esta noche, sabes que soy tuya, sobre todo porque quiero, no porque nadie me lo imponga.

—Lo sé, pero no he oído quejarte esta noche.

—No me quejo, pero no tienes que marcar territorio.

—Nunca me has hablado de él, y eso precisamente es lo que más

me escama.

—No era relevante.

—¿Era?

—Quiero decir…

—Da igual, Martina, no quiero discutir. Te creo.

—No se trata de creerme o no. Jamás pensé que aparecería en mi vida, ya te he dicho que estaba fuera, olvidado por completo. Hacía años que ni lo recordaba, pero creo que merezco que me cuente la verdad.

—Tienes razón. Te dejo arreglarte, voy a que me cuenten tus abuelos esa historia tan divertida. Te quiero, preciosa.

—Y yo a ti, pero no hace falta que te vayas. Solo me voy a dar un poco de maquillaje para borrar las ojeras.

En ese momento, unos pequeños pasos a la carrera se oyen por el pasillo, Marco irrumpe como huracán en nuestro dormitorio, con su pelo revuelto y sus ojos brillando, con el sueño todavía prendido en ellos.

—Hola, mami, qué guapa, ¿te vas? Hola, papi.

—No, solo voy al hotel a desayunar, he quedado con un amigo.

—¿Qué amigo? ¿Y qué pasa con papá?

—Ehh, oye —tercia Sam—, ¿tú no tienes amigas y amigos? Pues mamá y yo también. Es un amigo al que hace mucho que no veía.

—Vaaaaleee, voy a ver a los *bissa.* —Se va tan deprisa como ha entrado, dejándonos a los dos con cara de no saber si ha estado o no de verdad.

—Yo me encargo, princesa, no te preocupes.

—Gracias, papi.

Me da un beso y se marcha escaleras abajo detrás del niño, de modo que la historia del abuelo boxeador tendrá que esperar.

Me miro en el espejo y es cierto que pese a las pocas o ninguna horas de sueño y la posterior vomitona, mi cara resplandece y mis ojos brillan intensamente. Me maquillo levemente, tampoco quiero que piense que estoy arreglándome para él. Cuando mis ojeras se camuflan un poco, hago la cama antes de irme, cojo el chaquetón, unos guantes y un gorro, y me siento a esperar en el banco situado bajo la ventana.

Al cabo de unos minutos le veo aparecer, más bien veo llegar una moto, y al bajarse me doy cuenta que es él. A sus padres nunca les gustaron las motos, pero es obvio que su pasión por ellas no se apagó. Mira hacia mi ventana y al verme sonríe y me saluda con la mano. Hago lo propio y me dispongo a bajar. Me despido de Sam y mi niño en la cocina. No me pasa desapercibida la mirada oscura y la tensión en la barbilla de Samuel. ¿Qué ha pasado con su seguridad y su aplomo? ¿Un cura ha sido capaz de tirarla por el retrete?

Cierro la puerta tras de mí, Juan avanza unos pasos sin atreverse

del todo a acercarse, a fin de cuentas es el cura y esto no deja de ser un pueblo.

—Hola —titubea sin saber muy bien cómo saludarme y de pronto vuelve a tener veintiún años y yo diecisiete—. Perdón —no puedo evitar sonreír, siempre fue muy educado—, no sé muy bien cómo saludarte.

—Un par de besos estaría bien. —Soy yo quien se acerca y me alzo un poco para tener acceso a sus mejillas, ahora algo rasposas por una incipiente barba rubia que cubre su curtido rostro.

El tiempo lo ha tratado bien, pero el sol, quizás en exceso, ha dejado en su cara algunas arrugas que tal vez no deberían estar. Sigue siendo muy guapo y se ve que ha trabajado con sus manos. Parecen más fuertes que antes, o a mí me da esa impresión.

—¿Nos quedamos en el hotel o vamos al obrador?

—Vayamos donde vayamos, tendremos todos los ojos del pueblo pegados al cogote, así que ya puestos, decide tú.

—¿Te sigue gustando el bizcocho que hacen allí?

—Sí, pero no me apetece ahora dulce, prefiero algo más continental.

—¿Andando?

—Sí, no quiero un divorcio antes de una boda.

—¿No se fía de mí, o es de ti de quien no lo hace?

—Nunca le hablé de ti. ¿Piensas que después de tantos años supones algo en mi vida? Solo he quedado contigo porque creo que me debes una explicación, me cuesta creer que esos casi dos años fueran una mentira.

—Y no lo fueron. Traté que no pasara, no quise enamorarme de ti, pero cuando tuve que tomar la decisión ya era tarde. ¿Te apetece ir al *Concana*?

—Venga, vale.

Intuyo los ojos de Sam atravesando la puerta como rayos láser, y a mi abuela tratando de decir que no se preocupe. Sé que no tengo de qué preocuparme, pero los nervios siguen cerrando mi estómago, provocándome náuseas de nuevo.

Llegamos al café, situado en uno de los sitios más bonitos y pintorescos del pueblo, si es que hay alguno que no lo sea. Es una vieja casa con vigas de madera y unas mesas redondas acompañadas de sillas tipo *Thonet,* que unido a los cuadros que decoran las paredes, le dan un aspecto muy acogedor y familiar.

—Hola, señor cura. Martina, guapísima, había oído que estabas aquí, pero no estaba segura.

—Hola, Cat, llegamos ayer, pero como hace tanto frío, Sam y yo solo salimos después de comer a dar un paseo y Marco se quedó con mis abuelos. Y hoy, mira, la marea me ha traído al cura nuevo. —le

cuento a la mesera, que también es la dueña del local y una vieja amiga de mi madre, además de ser la más chismosa del pueblo. Ya tendrá comidilla para rato.

Después de los inevitables saludos de rigor, tomamos asiento en una de las mesas del establecimiento.

—¡Qué valor venir aquí con esta cotorra! La vieja del visillo se inspiró en ella. A menos que te descuides te excomulgan, no imaginas la primera vez que vino Samuel. ¡Menuda chismosa!

—Qué mejor sitio, así no inventarán nada. Me alegro de verte tan bien. No podía creer cuando vino tu abuela a decirme que tenía que oficiar tu boda, ¡quien me lo hubiera dicho! Si cuando te conocí hubiera pensado que sería yo quien lo haría me hubiera peleado con cualquiera. Te he echado tanto de menos…

—Seguro que sí. ¿Eso fue cuando me dejaste destrozada y medio desnuda en esa playa?

—¿Cómo? Si no recuerdo mal fuiste tú la que se largó. No me permitiste ni llevarte a casa.

—Perdona, llevabas casi dos años conmigo, ¿no crees que en algún momento pudiste decirme que lo nuestro no era más que un rollo y que le ibas a dedicar la vida a Dios?

—Es que no era un rollo. Me enamoré de ti. Eres la única mujer a la que he amado con toda mi alma, y a la que no sé si, a pesar de todo, sigo haciéndolo.

—¡Vamos, hombre, lo que me faltaba por oír! Tenía diecisiete años y estaba loca por ti. Joder, se suponía que era la noche perfecta para que lo hiciéramos por primera vez. ¿Piensas que si no hubiera estado enamorada de ti, me hubiera acostado contigo? Fuiste un capullo, por muy sacerdote que seas ahora. No sé por qué esperaba algo más de ti. Una disculpa, un no sé qué pasó.

Veo a la mesera no perder detalle de nuestra conversación, cuando me descubre mirándola desvía la atención pasando una bayeta amarilla por la cafetera.

—Es que sí sé lo que pasó. Pensé que podría librarme de la promesa, que cuando mi familia viera lo importante que eras para mí me librarían de ese peso, pero no fue así. Me enamoré de ti el primer día que te vi.

—Sí, claro, con siete años, ¿no? Joder, nos conocemos de toda la vida, ¿qué me estás contando ahora?

—Bueno, tú eras la prima de Miguel, sí, es cierto, pero tampoco quería que él pensara que yo iba contigo de mal rollo o a aprovecharme, pero cuando llegaste esa Semana Santa, yo había pensado en ti cada día desde aquel verano. Desde aquel baile. El del beso robado.

—Eso fue por el ponche. Nunca te hubieras fijado en mí de no ir

tan desfasado. Me gustabas mucho, pero tú y tu pandilla erais intocables, los mayores. No me creía que me hubieras besado, luego no me dijiste nada más y yo pensé que había sido un juego.

—No podía, mi vida ya tenía un plan y no quería hacerte daño, pero no pude alejarte de mi cabeza ni un segundo. No voy a mentirte, tenía diecinueve años y tú eras un bombón. Soñaba contigo cada noche, repitiendo ese beso una y otra vez, hasta que tú y yo... Bueno, pues eso. Cuando llegaste en las siguientes vacaciones habías cambiado aún más. Tu cuerpo era un escándalo, aunque sé que nunca lo viste así. Eras el sueño de cualquiera, pero yo tenía que intentarlo. Por eso cuando por fin conseguí que te fijaras en mí, no podía creerlo.

—¿Qué yo me fijara en ti? Si solo me faltaba un cartel de neón que pusiera *«Eh, estoy aquí»*.

—Yo solo había salido con una chica al comenzar la facultad, y no tenía nada que ver contigo. Ella era un huracán que arrasaba todo a su paso, que tenía clarísimo lo que quería, en cambio tú… eras tan inocente, tan bonita, tan dulce, que yo no podía hacerte daño. Cuando nos besamos de verdad por primera vez, sin ponche ni fiestas de por medio, y te dije que quería salir contigo y tú aceptaste, aluciné. Yo ya estaba más que colgado de ti. ¿No te has parado a pensar que si hubiera sido solo un rollo pasajero no hubiera tratado de acostarme contigo en cualquier momento? Tuvimos muchísimas oportunidades, pero tenías que decidirlo tú.

Noto mis ojos arder y no quiero llorar. Reconozco que todo lo que está diciendo es verdad. Nunca hicimos nada que yo no quisiera, pero si dice que su vida estaba comprometida, ¿por qué no me lo dijo? Nos traen el desayuno, que no he sido consciente de haber pedido. Al final, los churros me han podido y el chocolate que hacen aquí está delicioso. Me viene a la cabeza lo que le gusta a Sam esta bebida. Cojo la cuchara, la hundo en el cremoso manjar y la llevo a mi boca sin percatarme de que Juan no pierde detalle. Traga saliva y desvía la mirada a su café.

—Sigues siendo tan sexy y tan dulce como siempre. —Lo miro sin dar crédito a lo que está diciendo—. No me mires como si me hubiera salido un cuerno en la frente. Soy cura, no un ser asexual —No puedo creer que haya hecho el mismo comentario que yo le hice a Sam el día anterior. Me río y me mira extrañado.

—Nada, solo que ayer usé esa misma expresión hablando con Sam.

—Seguimos pensando parecido.

—¿Puedes seguir con tu historia?

—En resumen, me enamoré de ti a sabiendas de que debía cumplir lo que mis padres habían decidido por mí.

—¿Tus padres querían que fueras sacerdote? ¿Me tomas el pelo?

—Claro que no te tomo el pelo. Hace muchos años, mis padres

pasaron por una mala racha antes de acabar en este pueblo. Lo perdieron todo hasta el punto de no tener donde caerse muertos y un obispo les ayudó. Ese obispo era muy influyente, llegó a lo más alto, comprenderás que no revele su nombre. A cambio de su ayuda, mis padres prometieron que yo seguiría la carrera eclesiástica.

—Por Dios, Juan, estamos en el siglo XXI, no puede ser cierto. Te juro que tengo la impresión de que me estás tomando el pelo.

—Estaba loco por ti, ¿es que aún no lo pillas?

—Han pasado muchos años, has podido montarte tu película para justificarte ante mí. Hubo un tiempo, después de lo ocurrido con Guillermo, que pensé en ti. Me sentía humillada, despreciada, y un día recordé que nunca me sentí con nadie como contigo, pero ¿cómo iba a buscar a un hombre que me cambió por una sotana?

—Te busqué. Fui un montón de veces a Madrid y nunca me dejaron verte. Tus padres, pero sobre todo tu hermana, siempre encontraban una excusa. Un buen día, justo antes de irme a Tanzania, te encontré. Me quedé paralizado por la emoción al verte tan cerca, solo a unos pocos pasos, y cuando por fin decidí acercarme, apareció un tío y te fuiste con él. Estuve en tu hospital, en tu casa y antes en el instituto. Cada vez que viajaba a Madrid trataba de dar contigo. —Hace una pausa con la mirada perdida en el salón, como si estuviera decidiendo continuar hablando o no. Finalmente, vuelve a mirarme a los ojos y decide seguir—. Hay otra cosa más que desconoces por completo: todas y cada una de las noches que estuviste en coma, y más tarde sedada, las pasé contigo, con tu mano entre las mías. Dejé lo que estaba haciendo en Perú y volé a tu lado. Me daba igual lo que pasara, no podía dejarte sola, aunque tú nunca lo supieras.

No puedo evitar que las lágrimas rueden por mis mejillas, porque lo cierto es que en esa época fue cuando más recordé el tiempo que pasamos juntos, y ahora entiendo por qué. Era real, la voz que estaba en mi cabeza no era un sueño causado por los fármacos.

—No te cuento esto para que llores, pero es un peso que llevaba encima y necesitaba sacarlo. Nunca, óyeme bien, nunca, te pude olvidar. Después de ti jamás hubo nadie más. Pero nada de esto tiene ya ningún sentido. Ojalá hubiera sido capaz de mandar todo al carajo y estar a tu lado al despertar. Pero no tuve los coj... el valor de decir a mis padres que todo se había acabado, que no tenían ningún derecho a hipotecar mi vida por la suya.

Desliza una mano hasta mi cara y limpia con sus dedos las lágrimas que siguen brotando, imagino que llenándola de churretes de la máscara de pestañas. Atrapo su otra mano con la mía y la dejo allí.

—Siento el número, mis hormonas están descontroladas y mis nervios a flor de piel, pero tienes razón, nadie tiene derecho a hacer lo que te hicieron tus padres. No sé cómo estás aquí.

—Desde lo tuyo nunca más volví. He deambulado de una parroquia a otra sin estar cómodo en ninguna. Cuando Ramón, el párroco, murió, me ofrecieron esta y pensé, ¿por qué no? Aquí me conocen, soy querido y respetado y, bueno, si alguna vez mis padres me necesitan estoy aquí. Pero apenas tengo relación con ellos. Ganaron un sacerdote pero perdieron a un hijo. Estudié ingeniería, eso creo que lo sabes, por poder ayudar mejor, pero ahora aquí me sobra el tiempo.

—Siento todo lo que te he dicho antes, no sabía nada. Simplemente me hiciste polvo. Para mí todo era incomprensible.

—Lo sé, eras madura para muchas cosas, pero no dejabas de ser una adolescente, por más loco que me volvieras. Martina, me gustaría hacerte una pregunta: ¿podemos ser amigos?

—Podemos, si tú quieres.

—Es lo único que podemos ser, por más que me hubiera gustado llegar a ser algo más.

—Lo imagino. Después de todo siempre fuiste muy responsable.

—En fin, ya es agua pasada. Gracias por permitir poder liberarme de esta carga. ¿Quieres algo más o nos vamos? ¿Te apetece dar un paseo?

—¿Por qué no?, pero antes voy a llamar a Sam, debe estar agobiado.

Me levanto para llamar a mi marido pero antes pago la cuenta, enfadando a Juan porque quería invitarme. Salgo a la puerta del café con el móvil pegado a la oreja y Sam descuelga el teléfono. Le digo que todo ha ido bien, que ya le contaré, pero me sorprende respondiendo que la abuela le ha puesto al día de todo, que no me preocupe. Continúo diciéndole que llegaré un poco más tarde porque vamos a dar una vuelta por el pueblo. Aún hay cosas que me gustaría aclarar con Juan.

—¿Ya? ¿Todo bien?

—Sí. ¿Así que ingeniero por fin?

—Sí, civil. Es lo que me pareció más útil para mi nueva vida. Y tú en Nueva York. ¿Eso es posible? Es decir, ¿puedes ejercer allí de medico?

—Sí, pasando una certificación. Y eso es lo que hice. No podía seguir aquí con él tan cerca. Me siguió amenazando después de condenarlo. Y mira lo que pasó hace unas semanas.

—Lo sé, estuve a punto de ir a Madrid, pero tu abuela me dijo que no creía que fuera adecuado. Últimamente paso mucho tiempo con ellos, ¿lo sabes?

—No, nunca me dijo nada. De hecho ni siquiera sabía que tú eras el párroco. Aún me resulta raro. Sigues pareciéndome ese chico tan guapo de ojos verdes que me volvió loca. Me parece que la vida ha sido injusta contigo.

—Lo asumí en su momento, pero no creas, he tenido muchas compensaciones y me he sentido realizado en más de una ocasión. Lo que más me dolió fuiste tú.

—¿Cómo lleva alguien como tú el celibato?

—Vaya, qué directa. Pues como cualquiera. Tiene sus días. No he sido un santo, no voy a mentirte, en las misiones ves de todo y a veces ni la fe es suficiente, pero no han sido muchas veces, sobre todo al principio. Con el tiempo te acostumbras, aunque tu cuerpo o tu mente a veces vayan por libre.

—No puedo ni quiero imaginármelo.

—Bueno, es improbable que todos los días de tu vida adulta hayas tenido sexo. Si me dices que sí me matarías por haberme perdido la diversión.

—Ja, ja, ja, no, claro que no, pero ya hace tiempo que no lo puedo imaginar.

—Mejor cambiamos de tema, no parece una conversación adecuada entre una mujer y un cura de pueblo. ¿Así que te casas mañana en mi parroquia? ¿Por qué me dio la impresión de que Samuel no lo sabe?

—Porque es cierto. Es una sorpresa. Lleva queriendo hacerlo desde hace años, pero nuestra relación ha sido un tanto rara. Y después de que me secuestraran decidí que era el momento. Mi vida adulta no está siendo un camino de rosas y él está al pie del cañón desde hace tiempo, cada día, cada hora, cada minuto, cada segundo, desde que entró en ella. Merece una prueba de amor así.

—No creo que tenga duda alguna de que le quieres. Os vi ayer. Esa mirada no se la dedicas a cualquiera.

—Lo sé, pero también le hago pasar otros ratos en los que seguro que me daría un capón por negativa, por indecisa, por…

—No es fácil lo que has vivido y aun así no te falta esa preciosa sonrisa.

—Porque pese a todo, le debo mucho a la vida, o a Dios. Tengo un hijo maravilloso, un bebé en camino que lucha contra viento y marea por llegar a este mundo, una familia que no merezco, y algunos amigos que valen su peso en oro.

—No sabía que estabas embarazada, ¡enhorabuena! —Abre los brazos y esta vez sin dudarlo me refugio en ellos. Usa la misma colonia que cuando salíamos. ¡Cuántos recuerdos! Buenos y malos, pero muchos, y no quiero que se borren de mi mente. Ya no.

—Gracias. De casi cinco meses.

—¿Cómo? Si no se te nota nada.

—Al final del día sí, y con otra ropa también, pero me encuentro bien. Hasta ahora he cogido poco peso y todo parece ir genial.

Le cuento lo del aborto que sufrí tras la brutal paliza de Guillermo y el padecido hace un tiempo, y se sorprende de lo maravilloso que es

el cuerpo humano, incluso en los peores momentos.

Sin darnos cuenta, hemos llegado a la puerta de mi casa, donde tiene la moto aparcada. Nos hemos contado muchas cosas, perdonado otras tantas y puesto al día de nuestras respectivas vidas. Cuando se sube en la moto para marcharse, noto cómo, sin saber por qué, me relajo y sonrío al verlo saludarme, y esta vez no es una sonrisa falsa, es real y sale del fondo de mi corazón.

—Mamiiii —Marco viene corriendo, con los guantes anudados por dentro del abrigo para no perderlos volando como una cometa. El gorro ha quedado olvidado en el suelo para que lo recoja su padre. Viene acalorado, sus mofletes sonrosados desvelan el ejercicio que han hecho. Se cuelga de mi cuello y yo le doy vueltas como un molinillo hasta que Sam llega y lo aúpa en sus hombros para darme un beso de los que solo él sabe dar. Marco ríe desde las alturas, como siempre que nos ve hacerlo.

—¿Y tú de que te ríes, diablillo? Cuéntale a mamá lo que hemos hecho.

—Hemos ido a ver los animales, he cogido huevos, le he echado de comer a las gallinas. ¿Sabes que hay dos corderitos? Los he tocado, mami, los he tocado. También hemos visto los cerditos, siguen sin gustarme como huelen. —Arruga la nariz y se la toca en un gesto que me parece adorable—. Ah, y, y, y papi le ha ayudado al abuelo con el caballo, porque no quería que le pusieran la silla, y después hemos dado un paseo pero muy muy corto. Quiero montar otra vez.

—Cariño, mañana otra vez, sabes que *Rayo* —así se llama el potro que tienen mis abuelos— aún no está acostumbrado a que lo monten y a veces se enfada. Es mejor un poco cada día.

—Pero es que venimos muy poco tiempo. Me gustaría estar aquí más rato —acompaña ese deseo con un puchero. Miro a Sam que se encoge de hombros.

—¿Quieres que este verano lo pasemos aquí? —los ojos de Sam se abren como platos al escucharme. Este año, con Zöe tan pequeña, nos vendrá bien relajarnos todo lo que podamos, y qué mejor sitio que este.

—Síiii, ¿lo haremos?

—Sí, lo haremos —Sam se acerca y deja un beso en mi pelo susurrando gracias, y yo le sonrío. Acabo de tomar una decisión, que no sé cuándo llevaré a cabo, pero lo haré. Ver la cara de Sam y de Marco no tiene precio, no se merecen vivir a casi ocho horas de avión de su familia.

28

Haz justicia con alguien y acabarás por amarlo. Pero si eres injusto con él, acabarás por odiarlo.

(John Ruskin)

Que se vaya con el colega este, por muy cura que sea, me jode una barbaridad, y es un sentimiento al que no estoy acostumbrado. Es cierto que Martina tiene un don especial, las personas que la conocen se sienten irremediablemente atraídas por ella. Tiene un magnetismo especial, una empatía que sus pacientes agradecen, pero para mí, que nunca he sido una persona celosa, me pone las cosas muy difíciles.

Los veo alejarse a través de las ventanas de la cocina donde estoy tomándome un café, mientras la abuela entretiene a Marco contándole cosas de las galletas que ha hecho, pero sin perderme de vista.

—*Güela,* estoy bien.

—Ya lo veo. Aunque tu café no opina igual. —Mi café yace en el plato sin que me haya dado cuenta de la velocidad a la que estoy moviendo con la cucharilla el líquido oscuro.

—Es cierto, no lo estoy. No me he sentido así nunca. La forma en que ese tipo la miraba ayer…

—Marco, mi niño, vamos a llegarnos a ver a las chicas en el hotel, seguro que están locas por verte.

Cassia se lleva al niño y me temo que me toca charla por parte del abuelo.

—Samuel…

—Ya sé lo que me vas a decir, pero no estoy acostumbrado a tener estos sentimientos y no me gustan.

—Ese muchacho quiere a mi nieta por encima de todo desde que eran unos niños, pero nunca se metería entre vosotros, primero porque es cura.

—Eso no es impedimento.

—Para él sí, ese es el motivo por el que no siguió con ella y le rompió el corazón. Es duro lo que voy a decirte, pero es obvio que si hoy tú estás aquí es porque él no luchó por mi nieta.

—Me alivia mucho saberlo. No viste como la miró ayer cuando nos

encontramos; es como si hubiera tenido una aparición mariana. Martín, es mi mujer, y lo que vi en sus ojos creo que no lo siento ni yo.

—Eso no es cierto. Lo vuestro es tan especial que nada ni nadie podrán romperlo, y lo sé porque veo cómo la miras, como la tratas, como acogiste a Marco desde el primer día. Estoy seguro que mi niña no ha podido escoger mejor compañero que tú.

Me cuenta que los padres de Juan lo obligaron a tomar los hábitos sin tener en cuenta sus sentimientos ni lo que él quería hacer con su vida. No puedo dar crédito que en pleno siglo XXI haya gente así. Dice que desde que Martina tuvo el «percance», por llamarlo de alguna manera, él dejó Perú y se volvió a España. Estuvo con ella todo el tiempo que permaneció hospitalizada en coma. No se apartó de ella ni una noche. Cuando despertó, pese a alegrarse porque ya estaba mejor, otra parte de su alma se quedó allí porque ya no volvería a verla.

Toda esa información, lejos de aliviarme, hace que un gran peso se asiente en mi alma. ¿Cómo un amor tan grande puede terminar así? Puede que la idealizara al no tenerla, es posible, pero ya han pasado casi veinte años y él no la ha olvidado, pese a su vocación. Le pregunto por qué Martina nunca me contó nada de eso, a lo que responde que ella nunca lo supo. Juan no quiso que ella supiera que no se separó de su lado ni una noche.

Cuando Martina despertó, él volvió a Perú para solucionar sus asuntos y un año después se mudó a España, rodando por diferentes parroquias hasta acabar aquí. No se relaciona con sus padres, pero aun así, no quiere marcharse lejos otra vez. Son mayores y no puede desatenderlos en caso que le necesiten.

Con tanta virtud de este tío me siento poco menos que un mierdecilla. Solo soy un tío corriente, con un trabajo vulgar, que no le llega ni a la altura del betún.

—Hijo, no te mortifiques, Martina escogió a la mejor persona para ella. No sé si de no haber pasado todo esto ellos seguirían juntos, pero nunca, ni de niña, ni de jovencita cuando estaba con él, la vi tan feliz como a tu lado. Te aseguro que conozco a mi nieta mejor que a mis hijas, y te garantizo que a tu lado se siente la mujer más feliz del universo. Solo sigue siendo tú.

—Es que me pintas al cura como si fuera un superhéroe y yo soy un tío normal y corriente.

—El tío normal y corriente que mi nieta y mis biznietos necesitan. No te menosprecies. No todo el mundo abandona todo y corre seis mil kilómetros tras una mujer que conocía hacía unos meses y que había roto contigo. Eso habla mucho de ti.

—No podía perderla, sabía perfectamente que era mi mujer.

—Pues ya lo has dicho todo. Sigue siendo así. Ella se merecía una

explicación, y él se debía a él mismo dársela. Necesitaba salir de eso, quitarse ese lastre que arrastraba tantos años. Cuando vuelvan, ella vendrá más ligera y él será más feliz.

—Tal vez tengas razón. Tú eres más sabio.

—Soy más viejo. No me hagas la pelota, que no te hace falta. Me ganaste la primera vez que te vi con Marco. Fíjate, no te digo con ella, te digo con el chico. Un hombre que trata a un niño que no es suyo como tú lo hacías, llevando unos pocos días con mi nieta, es alguien que merece mucho la pena. En esta familia te ganaste un hueco desde el primer día. Cuando Tina se fue, supe que no quedaría ahí.

—Gracias, *güelo*. No imaginas lo que todo eso significa para mí. Es muy importante. A veces me da miedo la intensidad de los sentimientos que tu nieta me provoca. Desde lo ocurrido estos días atrás, me paso muchas horas despierto, mirándola, observo cada cambio en su cuerpo, en su rostro, todas sus expresiones. No hubiera podido superar su pérdida.

—Mi nieta no va a ir a ningún lado, menos antes que yo. —Apoya una de sus manos, salpicadas de manchas de la edad y venas azuladas, sobre la mía.

—Una duda, ahora que ha aparecido de nuevo no podría…

—Él jamás le haría daño, sé que desde ayer lo estás maquinando pero ya te digo que no. Se pasa aquí ayudándonos muchísimo tiempo, es un buen hombre.

—Pero puede estar obsesionado, y una mente enferma es peor que una malvada, o al menos al mismo nivel.

—Pondría mi mano en el fuego por él.

Se oyen pequeños pasos a la carrera y al punto aparece Marco en la puerta de la cocina lanzándose a mis brazos.

—Papiii, dice la *bisa* que vayamos a ver a los animales con el *bisa*, ¿Quieres?

—Venga, sé que lo estás deseando. Abrígate bien.

Cogemos el coche y nos marchamos a las afueras, donde tienen una pequeña granja con varios animales que a Marco le encanta visitar cada vez que venimos. Ojalá fuese más a menudo.

Ya sé que el abuelo rara vez se equivoca, pero mi cabeza sigue en otra parte y no puedo evitar que malos pensamientos se formen en ella. Desde que conozco a mi mujer, la sensación de peligro siempre está ahí. Además, desde ayer tengo una presión en el estómago que no logro aligerar. Ni aunque Paul me hay dicho que todo está bien, ni el abuelo que no hay nadie extraño por el pueblo.

Cuando llegamos, el peque se baja volando del coche y se va directamente a abrir la puerta del gallinero. No he visto un niño que le gusten más los animales que a este enano. El abuelo va detrás con su lento caminar ayudado por el bastón, pero erguido como un chaval.

Marco me llama y le digo que ahora voy, le hago una seña al abuelo para que sepa que voy a telefonear.

—Paul.

—Hola, Samuel, ¿ha pasado algo? Quedamos que yo te llamaba si pasaba algo.

—Ya, pero, hay un tipo…

—Juan Alonso, el párroco. Es buen tío. En su vida no hay ni una sola mota de polvo. Por lo que sé tuvo una especie de relación con Martina cuando eran adolescentes, al menos ella. Lo demás intachable. Estuvo en Perú muchos años y en el resto de pueblos donde ha recalado no hay nada más que buenas palabras para él. No debes preocuparte.

—¿Y cuándo has averiguado todo eso? Yo lo conocí ayer

—He investigado a todos y cada uno de los individuos que iban a interactuar con vosotros.

—Joder, tío, eres la hostia, perdón. Me has sorprendido.

—Tranquilízate y disfruta.

—Gracias, no tendré vida para pagarte lo que estás haciendo.

—No creas, me debes un tour por Nueva York, y tal vez vaya acompañado.

—Eso está hecho.

—Bye.

A veces me sorprende la eficacia de este hombre. Hugo nos contó que su intervención fue decisiva en lo de su mujer, pero verlo en acción es una pasada.

Cuando regreso de hablar por teléfono, el abuelo está con una silla en la mano y con las riendas de *Rayo* en la otra, y el peque dando saltos alrededor de él.

—Papi, el *bisa* me deja montar, ¿me ayudas?, porfa, porfa, porfa

Ayudo al abuelo a situar la montura en el lomo del animal y a subir a Marco. Quiere llevarlo solo, pero lo más que consigue es que yo lo lleve de las riendas. El potro aún no está acostumbrado a que lo monten demasiado rato.

Cuando es casi la una de la tarde y le han dado de comer a los animales, volvemos a casa. Marco ha jugado con un par de corderitos y ha cogido unas florecitas para llevárselas a su madre y a la *bisa*. Este niño es un amor, tiene unos detalles increíbles.

Llegamos en unos pocos minutos, justo para ver marcharse al cura motorista. A Martina no le entusiasman las motos pero soy consciente de lo que llama la atención una máquina como esa. Yo tuve un modelo así, hace años, en otra vida.

Mi chica no se ha dado cuenta que hemos llegado, hasta que Marco se le echa encima y casi la tira. Lo cojo al vuelo y tras saludarla le pido al peque que le cuente lo que hemos hecho, cosa que él hace encantado.

Mientras ellos hablan no dejo de observarla. Tiene los ojos enrojecidos, imagino que las confesiones de su *amigo* la han hecho llorar, y eso me pone furioso, pero por otro lado la veo relajada, como si en cierto modo se hubiera quitado un gran peso de encima, como dice el abuelo.

—Marco, ve a darle a la abuela las flores para que las ponga en agua, cariño, ahora vamos nosotros. —El niño se marcha corriendo, perdiendo algunas florecillas por el camino, haciéndonos reír a los dos —. Estoy bien, Sam, no me mires como si fuera de cristal.

Avanzo un paso y la acerco a mí para darle un abrazo, aspirar su olor y notar el calor de sus labios. Ahora me doy cuenta que estaba tenso, mucho, porque un suspiro demasiado largo y ruidoso escapa de mi garganta.

—No te pongas así, estoy muy bien. Me hacía falta esta charla, ni siquiera yo sabía cuánto. He sentido un alivio que no esperaba. ¿Sabes que estuvo conmigo cada noche en el hospital? —la cojo de la mano y tiro de ella para dar un paseo. No dice nada, solo sigue contándome cosas.

—Me lo ha contado el abuelo. Me ha dicho muchas cosas, imagino las mismas que a ti te ha contado él. Parece un buen tipo. ¿Te apetece tomar algo?

—No estaría mal un té. Tienes razón es muy bueno, aunque en su momento lo odiara con toda mi alma y me rompiera el corazón.

Entramos en un bar y pido el té y una cerveza. Mientras Martina saluda a los dueños del establecimiento, la observo y ese brillo que atrae a la gente entra en juego otra vez. Les saludo yo también antes de apostarnos en una mesa al fondo del bar, junto a la chimenea.

—Fue sincero. ¿Qué tío con su edad no se acuesta primero con su chica y después, cuando ya lo ha conseguido, le cuenta la verdad? Lo que hizo no estuvo bien, pero demuestra que te quiso muchísimo. Tal vez aún lo haga.

—Lo sé. Ahora lo he entendido todo. Me buscó para contarme la verdad, pero nunca me encontró. Yo no quería verlo, no quise saber nada más de él. Fui injusta, pero solo tenía diecisiete años, no podía entenderlo. Fue mi primer amor. Después lo borré de mi mente.

—Algo así tuvo que pasar para que nunca me hablaras de él.

—No sé, le quise tanto que todo eso se transformó en indiferencia cuando pasó todo y lo obvié. Nunca más hablé de él con nadie.

Damos buena cuenta de la cerveza y el té y cuando salimos de bar entra el dichoso cura. Joder, vamos a tener cura hasta en la sopa.

—Hola, Samuel, imagino que ya te puesto al día Tina.

—No me llames Tina, joder, cuántas veces hay que decírtelo. Lo odio. Solo se lo consiento a mi abuelo.

—Siempre te llamé así.

—Y siempre te decía que no lo hicieras.

—Te pido disculpas. Madre mía, qué paciencia tienes que tener con ella. —Trata de hacerse el simpático conmigo, pero no puedo, lo siento, sigue sin caerme bien *míster perfecto*.

—Conmigo no es así, puedes estar tranquilo.

—Me alegro. Os dejo, voy a ver si como algo, mañana os veo.

Me da la mano y dos besos a Martina como si no la hubiera visto hace un rato. No suelto su cintura mientras estamos hablando. Cuando salimos me lo reprocha abiertamente.

—No me voy a ninguna parte, no tienes que sujetarme como si fuera a fugarme. Deja de hacerte pajas mentales, señoría, o la vamos a tener y entonces conocerás a la fiera que habita en mí. ¿No vamos a poder venir por nunca más porque está él aquí?

—Perdona, tienes razón, no sé qué me pasa, nunca me vi amenazado como con él. Pero me gusta que te pongas seria, doctora —respondo en un tono más bajo y muy cerca de su boca.

—Sí, claro, amenazado por un cura. No sea ridículo. No pienso lidiar con unos celos infantiles, no te quedan bien.

29

La ciencia es la madre del conocimiento, pero la opinión engendra ignorancia.

(Hipócrates)

El resto de la tarde la pasamos en casa junto a la chimenea, han llegado mis padres, su familia y el resto de nuestros amigos, pero Sam no lo sabe. Él sigue pensando que solo celebramos el aniversario de mis abuelos y su cumpleaños en la cena. Mis nervios van en aumento, sobre todo cuando mi madre me dice que el vestido está en su habitación junto con el traje de Sam. De la ropa de los niños se ha encargado mi hermana y mi cuñada.

Por la noche, Sam me propone salir a cenar con su hermana y la mía, pero le digo que prefiero hacerlo en casa. Tengo a cada uno ubicado en un sitio, pero solo faltaría que nos encontráramos a alguien que se supone no debería estar aquí.

Marta, mi abogada, no ha podido venir, decía que tenía guardia y no ha podido cambiarla. A parte de su bufete trabaja para el turno de oficio. Los últimos días está como rara, las veces que he hablado con ella no me parece la Marta risueña y alocada de siempre. Igual tiene problemas con su marido, no sé.

La mayoría de nuestros invitados están alojados en el hotel rural de mis abuelos, aunque otros han elegido uno más cerca de la Colegiata.

Tras la cena, empiezo a notarme bastante cansada, y cada vez más nerviosa. Mis padres y los de Sam se quedan un rato más charlando con los abuelos. Mi hermana acuesta a Pablo y se marcha con mi cuñado a tomarse algo, y mi cuñada hace lo mismo con las niñas. Sé que han quedado con nuestros amigos.

—Yo me voy a subir también, estoy algo cansada, y mañana aún quedan cosas por preparar, arreglar a los niños y todo eso. Buenas noches.

Les doy un rápido beso a todos y subo escaleras arriba a mi habitación, donde la bañera me está llamando. Sam se ha quedado un poco más pero me ha dicho que no tardará. Seguro que no lo hace. Sonrío al pensarlo. En menos de diez minutos lo tengo aquí seguro.

Preparo unas velas, siempre llevo cuando vamos a algún sitio

donde hay tiempo para relajarse, lleno la bañera con agua bien caliente y enciendo la chimenea que hay en la habitación. Pongo aceite de canela en la bañera y me sumerjo despacio en ella. Está tan caliente que eriza mi piel. Recorro con la mirada mi cuerpo, mi abdomen ya empieza a abultar, acaricio la cicatriz dónde un dibujo de un ave fénix trata de hacerme olvidar la pesadilla sufrida hace años a manos de un hombre malvado.

—Hola, preciosa, ¿quieres compañía? —Sam, con una botella de cava sin alcohol y dos copas, se materializa ante mí. Solo lleva el bóxer y una camiseta y mis alertas se disparan como una alarma de incendios.

—Si es la tuya, sí.

Me muevo para que se acomode a mi espalda, y antes de decir uno ya lo tengo pegado a mi cuerpo, notando como se *alegra* de compartir el baño conmigo. Me tiende una copa que había dejado en el suelo.

—¿Tu amiguito se alegra de verme?

—Yo me alegro de verte, aunque después de la noche que hemos tenido no sé si rendiré —responde mientras va regando mi cuello con sus besos. Deja caer un poco del helado cava en mis hombros para lamerlo a continuación. El contraste del frío de la bebida y el calor de su lengua consiguen que me ponga a mil.

—Mmm... Yo creo, señoría, que si sigue así, no le quedará más remedio que dar la talla. Me está poniendo muy, pero que muy cachonda.

—Cómo me gusta que me digas palabras sucias. Aprovechemos mientras el agua está en su punto para seguir poniéndote cachonda, doctora —susurra en mi oído antes de seguir con su juego de provocación—. Ven, date la vuelta.

Le obedezco sin dudar un segundo y vuelve a verter cava, esta vez sobre mis endurecidas tetas, que se disparan aún más. Antes que el líquido haya caído del todo, lo ha cogido con su lengua aprovechando para acariciar con ella mi pezón, volviéndome más loca. Me oigo gemir bajito y arqueo la espalda para darle mejor acceso a mis tetas.

—Joder, Sam, Dios, es todo tan endiabladamente erótico... Estoy a mil.

—No corras tanto, doctora, que hoy será solo uno pero hay que alargarlo. No vamos a hacerlo en la bañera. Ahora no…

Pierdo el control por completo, solo noto su lengua jugueteando con mis pezones, sus dientes tironeando de ellos y su mano camino a mi sexo que rezuma placer. Adentra un dedo en él, despacio, recreándose en lo que está haciendo. Cuando considera que ha jugado suficiente con uno, mete otro más, llevándolo más adentro, tanto que noto cómo empieza a recorrerme un orgasmo de dimensiones estratosféricas. Al notar las sacudidas de mi sexo, saca los dedos y

vuelve a acosar mis tetas con más saña, haciendo que gima y me remueva loca porque me deje correrme.

—Samm...

—Aún no, preciosa, aquí no, ya te lo he dicho.

Vierte un poco de cava en mis labios y me besa, sus labios me devoran, su lengua recorre cada rincón de mi boca, excitándome más si cabe. Me siento encima de él y me muevo rozándome con su polla, más que lista para mí. Cuando ve que no podrá resistir más me detiene, cortando el beso más intenso de toda mi vida, y se levanta tan rápido que por un momento tengo la impresión de que se va a caer. Sale casi de un salto de la bañera y tira de mí para que salga, coge una toalla y a una velocidad que ni me doy cuenta me coge en brazos y me tira en la cama, encajándose en mi interior de un solo golpe, sin que sus labios puedan apagar el grito que escapa de los míos.

—Shhh... Hoy no estamos solos, preciosa, no hagas ruido. Me encanta saber cómo estás de excitada, pero no tiene por qué enterarse toda la casa —susurra.

Se mueve tan lento que me dan ganas de mandarlo al carajo y acabar yo sola, pero sé que el resultado no es el mismo y que merece la pena esperar a que el fruto madure. Miles de descargas recorren mi piel sin descaso en cada acometida. Incrementa el ritmo, dejándome colgada otra vez a las puertas de un orgasmo que se augura apoteósico.

—Dios, o terminas o no respondo. Voy a cortártela y quedármela dentro si no lo haces ya.

—Ven, te toca cabalgar, quiero ver esas preciosas tetas moverse sobre mí.

Rodamos a un lado hasta quedar colocada encima de él, ahora yo llevo el control. Bajo una mano para acariciarme y terminar por fin de sofocar el fuego que llevo controlando tanto tiempo, pero me coge las manos y las sujeta para que no lo haga.

—No te hace falta, estás ya. Martina, mírame, córrete, ahora, llévame al paraíso, princesa.

Tiene razón, solo sus palabras me llevan al Valhalla. Sigo moviéndome arriba y abajo hasta que no puedo más, entonces él me agarra el culo con ambas manos y me ayuda a seguir unos instantes más hasta que se vacía en mi interior con un aullido, que creo que han oído hasta en Madrid.

Me derrumbo sobre él. Permanecemos así largo rato, no sé cuánto, pero cuando despierto estoy en mi lado de la cama y Sam duerme relajado en el suyo. En la chimenea solo arden unos rescoldos y la luz cálida que le dan al entorno consigue que me duerma de nuevo.

—Dormilona, ¿sabes qué hora es? —La voz de Sam y su olor a limpio me despiertan de repente al recordar qué día es hoy—. Son casi las diez, preciosa.

—Joder, por qué me has dejado dormir tanto, con todo lo que tengo que hacer. Ay, Dios. Tienes que ir a ayudar al abuelo, y yo a la abuela, al niño y a mi madre y después…

—Ehhh, tranquila, yo ya estoy listo, solo falta vestirme. Te he traído algo de desayuno, tu madre y Marco han ido a no sé dónde y la abuela te espera en su habitación, de modo que relájate, princesa. Solo es una ceremonia de renovación de votos, no creo que tu amigo se altere si se retrasa la novia diez minutos.

—Tú no lo entiendes. Venga, tu traje está en la habitación de mis padres; ve, pídeselo y vístete. Y después acompaña al abuelo. Me ducho rápidamente y voy con la abuela.

—Desayuna o no saldrás de aquí.

De mala gana me tomo un descafeinado y un trozo de bizcocho que ha hecho la abuela ni sé cuándo, y me meto en la ducha a la velocidad del rayo. Mira que dormirme justo hoy, ¡joder!

—Ah, no, señoría, no me mires así. No tienes nada que hacer hasta la noche —digo cuando me ve poniéndome crema y me pone ojitos y su sonrisa canalla— ¡He dicho que no! Sam, por favor, ya vale. —Sus labios recorren mi cuello haciéndome estremecer, si no lo paro estaré perdida y no hay tiempo—. Por favor —añado casi en un suspiro—, te prometo que no te arrepentirás, pero déjame vestirme.

—Está bien, pero me debes una noche como la del otro día. Eso como poco.

—Síii, pero ve a ayudar al abuelo. Tienes que llevar a la abuela, a mi madre y a la tuya, que yo me quedo con el abuelo y mi padre.

—Ya lo sé, ¡por Dios! Menuda locura. No soy un niño, me lo has dicho ya un millón de veces. Martina, relájate, cariño.

Me da un beso, suave como una pluma y cálido como una tarde de primavera y yo absorbo su olor a limpio, a su perfume, a casa, a hogar.

Me voy a la carrera al dormitorio de mi abuela, vestida con el albornoz y la ropa interior que ya me he puesto, un corsé blanco roto con un millón de corchetes en la espalda y un escote trasero muy bajo porque el vestido llega solo unos centímetros por encima de la cintura, un tanga brasileño de encaje a juego con el bustier, y un liguero con las medias en color natural. La imagen que me devuelve el espejo me gusta mucho, es sexy, a la par que ingenua, poderosa, me hace sentir muy bien. Los zapatos también están en el dormitorio de la abuela en

la planta baja. Mi hermana se encarga del maquillaje y el peinado, siempre se le ha dado muy bien. Cuando estoy saliendo del dormitorio me doy de bruces con Sam en el pasillo. Al verme todavía con el albornoz se acerca sonriendo.

—¿Me estabas buscando, preciosa?

Trata de meter sus dedos por el escote del albornoz, pero no lo dejo. Lo cierro más aún, y le espeto que no esté acabado de vestir. Solo lleva el pantalón de vestir gris oscuro y una camisa blanca. La corbata azul intenso cae desabrochada a los lados del cuello, le falta el chaleco, del color de la corbata, y la chaqueta del chaqué.

—Joder, Martina, solo bromeaba. Te has levantado un poco irascible, será que anoche no fui lo suficientemente complaciente. ¿No crees que esto es demasiado? —Se señala la ropa— ¿Chaqué?

—Lo siento, estoy algo nerviosa, no te preocupes. Te quiero, estás «pa comerte» y eso que no has acabado de vestirte. El chaqué es un deseo de la abuela —miento—, y mmmm..., cómo te queda solo lo que llevas. Ve a terminar de vestirte o llegaremos los últimos.

—No creas que me importaría. —Me agarra el culo y lo aprieta, pegándome a él—. Daría cualquier cosa por saber lo que llevas debajo. —Trata de subir su mano por la abertura de la bata, pero no le dejo, me suelto y corro escaleras abajo—. No hemos acabado, cenicienta.

—Eso espero, *príncipe*.

Llego al dormitorio, donde mi hermana ya vestida, acaba de maquillar un poco a la abuela. Están preciosas las dos. Mi hermana está embarazada de un par de meses, y solo lo saben mi cuñado, mis padres y nosotros, y le ha sentado realmente bien. Su pelo oscuro brilla intensamente y sus ojos casi verdes reflejan la felicidad que está viviendo. Llevaban tiempo intentándolo y ya pensaban que se quedaban solo con Pablo como único hijo. Así que estos primos también se van a llevar unos pocos meses de diferencia, nada más.

—Por Dios, Martina, es muy tarde. Venga, siéntate —dice Carol, tan nerviosa como siempre.

—No te alteres, hermanita, vamos bien de tiempo. Eres una artista y no tardarás nada. Tampoco quiero algo demasiado exagerado, ya lo sabes.

Enseguida se pone manos a la obra. Mientras me maquilla con todo su arsenal, ha llegado Lis, nuestra amiga, y se pone a ondularme el pelo con un rizador. Hemos decidido dejar mi pelo suelto y recoger solo una parte en la coronilla, lo justo para poner un prendido y un velo de gasa a juego con el azul del tono del chaleco y la corbata de mi chico. Como hace frío, he escogido un vestido de manga larga tipo camisa con puño, con un ligero escote de pico en la parte delantera, que baja casi hasta la cintura por la espalda. Es de plumeti y la transparencia de las mangas le da un toque muy sensual a la par que

ingenuo. La falda de crepé muy ligero cae cortada al bies desde la cintura, disimulando mi incipiente barriga. Encima llevo una capa de seda mate, con capucha forrada con un tejido que mantiene el calor y no aporta peso al conjunto. Bianca ha hecho un trabajo increíble en tan poco tiempo. Es una diseñadora de las mejores, sin tener el endiosamiento de otros en su profesión.

Ver el vestido allí colgado y a mis chicas alrededor de mí con todo su arsenal de belleza a mi disposición, me pone todo lo nerviosa que no he estado hasta ahora. Llevarlo todo en secreto para darle la sorpresa a Samuel, le ha evitado a él los nervios que pudiera tener, cayendo sobre mí toda la responsabilidad que se suele llevar entre los dos. Pero solo con ver la cara que pondrá cuando me vea, todo habrá merecido la pena.

Mi abuela asiste emocionada. Sé que para ella todo lo que he pasado desde que soy adulta le ha dolido tanto como a mi madre. He estado con ella desde que tengo uso de razón. Vacaciones de verano, Semana Santa, puentes... Para mí, la ausencia de clases era sinónimo de viajar hasta el pueblo en el que tantas cosas he vivido. Algunas de mis amigas de la infancia también acudirán hoy a la ceremonia. Un pellizco se me coge en el estómago al recordar quien oficiará la ceremonia.

Acaban el maquillaje y me deshago de la bata para ponerme por fin el vestido. Lis lo saca de la percha y me lo pone, se ajusta a mi cuerpo a la perfección tras los últimos retoques que le hizo Bianca hace dos días. Tengo ganas de ver a las gemelas y a mis niños.

—Ay, mi niña, ¡estás preciosa! —Me abrazo a la abuela y no quiero llorar, pero me resulta muy difícil—. La primera vez que vi a ese chico supe que este día llegaría, no sabía cuándo, porque el miedo y la duda todavía se reflejaban en tus ojos. Sé que aún tienes dudas, pero ese hombre está hecho para ti. Es tu compañero, tu complemento, tu otra mitad, por qué no. Nadie te ha mirado como él, y cuando digo nadie ya sabes a qué me refiero. Ya es hora de que cojas todos tus miedos, reales y ficticios, los metas en una caja de plomo, los subas al paredón de San Telmo y lo tires al mar.

—*Güela,* no sabes lo que significan para mí todas esas palabras. Eres la persona más sabia que conozco junto con el abuelo, y si tú lo dices será verdad.

—Ya vale de sentimentalismos, chicas, que se le va a estropear el maquillaje y es la novia más bonita que ha habido en Santillana. Por cierto, hermanita, vas a matar a tu marido cuando te vea al quitarte este precioso vestido. —susurra mi hermana mientras coloca el último mechón de pelo.

—Estás increíble, amiga. Qué alegría verte así.

Por un segundo vuelve a mi mente la terrible angustia del

secuestro, el no saber quién se encuentra detrás de todo, y las miradas de Diego y Alanna cuando estuvimos la última vez en comisaría.

—Son casi las doce, tu chico está abajo esperando a la abuela, y el abuelo y papá esperándote.

—Niñas, me voy, no vaya a subir a buscarme y la liemos —dice la abuela, apresurada—. Tu suegra imagino que también está, ¿no?

—Sí, estará con él. —respondo.

—Entonces nos vemos allí. No tardéis mucho. Toma. —Me ofrece el ramo que hay en un jarrón en su cómoda, unas rosas azules a juego con mi velo y los complementos de Sam, con un par de orquídeas de mi color favorito. Imagino que él llevará una igual en la solapa. La abuela coge un ramo de flores sencillas, silvestres, hay que seguir con el montaje hasta el final.

Mi hermana acompaña a la abuela a la planta baja para asegurarse de que se marchan. Ella lleva un mono verde esmeralda que realza sus ligeras curvas y remarca el color de sus ojos. Lis, por su parte, ha escogido un vestido de manga larga en rojo intenso, que favorece a su piel nívea y su pelo color caramelo. Es preciosa, muy inteligente, pero no ha tenido suerte con sus parejas y ahora está sola. Mucho mejor que con los crápulas que se ha relacionado en cada una de sus relaciones.

—¿Se puede? —La cabeza de Iván, con su pelo siempre en un perfecto desorden, aparece por el quicio de la puerta—. Tu chico ya se ha marchado, creí que nunca lo haría. Estábamos hartos de estar escondidos, menos mal que es por ti, porque si no, no lo hago. Estás espectacular.

Se acerca y me da un abrazo de esos tan suyos, de los que curan y reconfortan. Me besa la cabeza y yo me recreo en el calor de sus brazos y en el olor tan familiar de su perfume, a maderas, a especias y suyo.

—Gracias por estar aquí y por todo. ¿Y Alba?

—Abajo, con tu madre y el peque. Tu padre te espera. ¿Vamos?

Dobla su brazo, ofreciéndomelo. Me pongo la capa con la ayuda de las chicas y bajo las escaleras con miles de mariposas en el estómago, y con la ilusión de que este día significará algo muy especial.

Cuando veo a mi padre ya no puedo evitar emocionarme. Puede que penséis que no tiene ningún sentido, que a mi edad y al estar casados hace unos años no es lógico, pero no puedo evitarlo. Verlo ahí, con los ojos brillantes y tan guapo, con el mismo chaqué de Sam, me emociona mucho. Está guapísimo. Es muy alto y aún se mantiene en forma, no ha perdido pelo y ahora, teñido de canas, le da un aspecto muy señorial.

Me ayuda a subir en el coche de Iván. Acomodamos las capas del vestido, mi padre se a mi lado y mi abuelo delante, en el asiento del

acompañante. Sus ojos brillan orgullosos, no me ha dicho nada pero no hace falta, su mirada lo dice todo.

En pocos minutos llegamos a la iglesia. En el entorno de la colegiata se congregan nuestros amigos, todos los que Sam no sabe que han venido. Él, la abuela y su madre están en el interior de la iglesia. Irene, Dana, Marco y Pablo están esperando en la puerta con un cartel que pone «*Aquí llega la novia*», un cestito con las arras y los anillos en otro. He buscado unas alianzas sencillas, un aro fino de platino, parecidas a las que llevamos pero más finas todavía. Sé que a Sam no le gusta nada muy ostentoso y a mí me gusta el anillo que me compró cuando me pidió que nos casáramos años atrás. Siempre lo llevo. De modo que esa alianza es el complemento perfecto.

Los invitados entran y van tomando asiento, mi abuela se coloca al lado de Sam, su madre al otro lado. Cuando yo llegue a su altura, ella bajará con el abuelo y mi padre ocupará el otro asiento.

Entran los niños vestidos como en un cuento. No sé qué hubiera sido de mí sin mi hermana y mi cuñada. Han escogido unos trajes preciosos. Ellas parecen unas mini princesas con unos vestiditos muy cortitos de terciopelo, en tono beige y azul como nuestros complementos, con los calcetines a juego y unos zapatos del mismo tono. Los niños llevan el pantalón corto del mismo color y una camisa beige. Cuando pongo un pie en el templo, comienza a sonar Otras vidas[vii] de Carlos Rivera.

No sé qué es lo que hice en otras vidas
A quién tuve salvar para que me salvaras tú
Tal vez curé en la guerra mil heridas
Para que hoy en tus brazos encontrara la quietud

No sé si yo te encontré
O si me encontraste tú

No sé
Qué fue
¿Qué es lo que hice?, que no lo puedo creer
Podría jurar
Que es cosa de Dios
Cuando te miro solo puedo agradecer
Lo que sucedió para poderte merecer
Que aún no lo puedo creer…

Al oír la primera nota de la canción, se oye un murmullo y Sam se da la vuelta. A esta distancia no puedo ver sus ojos pero su sonrisa ladeada, y la forma en que se pone más recto aún, si puede ser, me dice que está muy sorprendido, pero para bien. A medida que avanzo hacia el altar, dejando atrás las reliquias de Santa Juliana, a la que está dedicado el templo, puedo ver a todos los que han venido a compartir con nosotros este día. Incluso mis compañeros y amigos,

George y Jamie, Hugo, Claudia, Óscar y Cris, Miguel, Vincent con Anna y Connor, Álvaro con su mujer…

Ahora sí puedo observar detenidamente a Sam. Sus ojos brillan emocionados. Junto él, su madre le aprieta el brazo en un gesto cómplice. Cuando llego a su altura, se acerca para dejar un beso en mi mejilla, cerca de la comisura de mis labios, me recreo en esa mirada y en su olor. Cuando logro recomponerme, y la voz consigue salir de mi garganta, le pregunto:

—Samuel de la Vega, ¿quieres casarte conmigo?

—Es tarde para negarse después de todo lo que has organizado, ¿no crees, doctora?

Su respuesta me deja algo descolocada y le respondo.

—Siempre es posible negarse.

Sonríe como solo él sabe y ya sé que jugaba conmigo.

—Ni en un millón de años me negaría a casarme contigo, preciosa Martina. De modo que, sí, quiero casarme contigo.

No sé si mis nervios van en aumento o por el contrario se van diluyendo. Hay ratos en los que no oigo absolutamente nada de lo que Juan va diciendo. En un momento en el que por fin conecto con la realidad, lo veo mirarme directamente a mí, para escucharlo decir:

—Nunca pensé que estaría aquí en este momento, nunca imaginé que aquella niña divertida y vivaracha, que llegaba desde Madrid y volvía loco el pueblo, algún día estaría aquí, frente a mí, rodeada de tanta gente que siempre ha estado a su lado, y otros, que han compartido con ella los buenos momentos, otros no tan buenos. Para mí es todo un honor ser yo quien esté oficiando tu boda. Sé que seréis felices, ya lo sois, pero Dios os tiene deparadas cosas muy buenas, porque las buenas personas siempre consiguen su felicidad, por más trabas que les ponga el destino. Y vosotros, los dos, sois ese tipo de persona. Samuel, a ti apenas te conozco, pero lo que veo en tus ojos es eso, además del amor infinito que sientes por ella.

Observo a Sam escuchar las palabras del sacerdote, un brillo intenso en sus ojos delata que la misma emoción que siento yo, es la que recorre cada poro de su cuerpo en estos momentos. Pestañea rápido tratando que las lágrimas no hagan su aparición, pero al final, una solitaria se desliza por su mejilla izquierda. Acerco mi mano y se la limpio con los dedos, él coge mi mano y sonríe apretándola, susurrando un «te quiero» apenas pronunciado.

Juan sigue lanzando algunas frases más que apenas aterrizan en mis oídos, hasta llegar el momento de la entrega de los anillos y las promesas matrimoniales. Tras declararnos marido y mujer, antes del famoso «*puedes besar a la novia»,* pregunta si queremos decir algo. Yo no creo que pueda, la voz no sale de mi cuerpo, pero Sam le dice que sí.

—Martina, sé que todavía nos queda mucho por recorrer, pero también he de decirte que los años que llevamos juntos han sido los mejores de mi vida, contando desde ese día en que entraste en la sala de mi juzgado, apoyada en una muleta, con el alma y el cuerpo magullado, y esos ojos, en los que aparte de infinita tristeza, se abría paso una determinación y una fuerza que yo no había visto nunca en nadie en tu situación.

»No soy consciente de si me enamoré de ti en ese momento, o cuando dejamos de vernos tras las vistas. Me di cuenta de que mi vida no tenía sentido y que lo que me motivaba a levantarme cada mañana ya no era lo mismo. No tengo ni idea de qué pasó esos meses en los que tú, lógicamente, seguías con tu vida y yo intentaba hacerlo con la mía. De vez en cuando un fogonazo con tu cara, con un amago de sonrisa que había visto alguna vez, o tus ojos tristes, aparecían en mi cabeza.

»Cuando en esa gala te vi, no podía creer la suerte que tenía. Había pasado casi un año, pero en las últimas semanas, no preguntes por qué, tu recuerdo había vuelto a mí con una fuerza que no correspondía a lo poco que nos conocíamos, de modo que cuando te encontré sentí que era el momento, que era mi oportunidad para tirar mis cartas, y tú, mi preciosa Martina, recogiste la mano para seguir jugando. Espero que nunca te arrepientas de aquella decisión.

Tras tragar saliva y limpiar una lágrima en mi mejilla, intento ponerle palabras a los sentimientos que cobran vida en mi mente.

—Nunca podré arrepentirme de esa locura que empezó en aquella gala a la que no tenía ningunas ganas de ir, sé que tú tampoco —asiente sonriendo—. Fue lo mejor que hice, porque tú, junto con nuestros hijos, eres lo mejor que me ha pasado. Eres divertido, pasional, te veo con Marco y se me cae la baba, eres todo lo que una mujer pueda desear. No eres perfecto, claro que no, y, al igual que yo, tienes muchas manías, pero no imagino mi vida sin ti. Espero que esto, como Juan ha dicho, sea el comienzo de todo lo bueno que está por llegar. Te quiero, Sam. Ah, y sí, he dicho hijos. Para los que no lo sepáis, Sam y yo estamos esperando un bebé. Una niña, para ser exactos.

Se oye un murmullo en la iglesia y después todos rompen a aplaudir, dejándonos sin reacción.

—Ahora sí. —Juan carraspea emocionado también. Sé que todo esto no es fácil para él y eso habla de la persona tan excepcional que es—. Tras estas palabras tan bonitas que se han dicho nuestros contrayentes, Samuel, puedes besar a la novia.

Se acerca a mí, atrapa mi cara entre sus manos y posa sus labios en los míos, suave primero, con más urgencia después. Nos interrumpen los aplausos y las risitas de los peques de la casa, consiguiendo que

todos riamos con ellos.

Llegaste tú, de Juan Luis Guerra y Luis Fonsi, suena cuando estamos saliendo de la iglesia. Sí, ya sé que no es nada convencional la música que he escogido, pero es que nosotros tampoco lo somos. Este tema es muy significativo para nosotros.

Salimos de la mano, y sin ningún remordimiento tiro el ramo, que le cae a mi amiga Lis, que grita de júbilo sorprendida. No es que hubiera gente que se haya apartado para que le cayera a ella, simplemente le ha tocado. Qué más da que no tenga pareja, ¿no dicen que de una boda siempre sale otra boda?

Tras la lluvia de pétalos y algún que otro grano de arroz, saludamos a quienes han podido venir. Están todos los que importan de verdad. Quien no ha venido es porque no importa. Me ha parecido ver a Paul, el investigador privado ex agente de la Interpol, escabullirse entre la gente, y noto un movimiento extraño en la plaza, pero hoy es nuestro día y nada ni nadie lo va a estropear.

Nos subimos en el coche de Iván mi marido y yo junto con Marco, que ha querido venir con nosotros, y Alba, que está preciosa con un vestido azul oscuro y un abrigo a tono, para ir al hotel de mis abuelos donde se celebrará la comida.

Al llegar ya nos esperan los camareros con las copas y unos aperitivos.

—¿Te he dicho, señora Gutiérrez, lo preciosa que estás? Pero me muero porque llegue el momento de saber qué escondes debajo del vestido. Creo recordar que me debes una noche especial o eso dijiste esta mañana. Eres maravillosa. ¿Cuándo has tenido tiempo de preparar todo esto?

—En apenas un par de semanas, pero he contado con mucha ayuda. —Lucía se acerca a nosotros— Sam, ella es Lucía, la organizadora. Sin ella no habría podido, me la recomendó Claudia.

Se saludan con cordialidad y ella nos pregunta si está todo como yo quería, respondo que sí y acto seguido se marcha, disculpándose para seguir supervisando todo.

Al entrar al salón suena Pero te conocí[viii], de Reik.

¿Sabes?
Nunca había creído en los planes
Pero te conocí

¿Sabes?
Nunca había sentido por nadie
Lo que por ti sentí

Creía que nada saldría bien al final
Estaba tan roto, ya nadie me iba a curar
Creía que tal vez lo mío era quedarme así solo, oh-oh-oh

Y de pronto, como estrella, justo en medio de este mar
Me curaste el corazón
Me enamoraste
Sin explicación llegaste así
Cuando el amor ya no sería para mí
Pero te conocí

¿Sabes?
Nadie sabe nada de nadie
Yo no sabía de ti

Pero
Ya me aprendí cada detalle
Sabes que soy así

Creía que nada estaría bien al final
Estaba tan roto, ya nadie me iba a curar
Creía que tal vez lo mío era quedarme así solo, oh-oh-oh

Y de pronto, como estrella, justo en medio de este mar
Me curaste el…

—No has podido escoger mejor las canciones, preciosa. No puedo creer que hayas organizado todo esto.

—Te debía una boda de verdad, no he tenido mucho tiempo pero espero que sea parecido a lo que tú querías.

—Me valía con la que tuvimos en Nueva York, pero sé que tu madre, la mía y los abuelos querían algo así y se merecían formar parte de esto. Es perfecta. Te amo. —Sus labios y los míos se funden en un beso sin importarnos quien esté pendiente.

—¡Marta, qué sorpresa! —Mi abogada aparece en la recepción. Está guapísima, pero no tiene buen aspecto. —¿Estás bien? Tienes mala cara.

—Acabo de llegar, no me ha dado tiempo a gran cosa. Siento no haber estado en la ceremonia, ha debido ser preciosa. ¡Qué bonito es todo esto! —dice girando para verlo todo.

—¿Has venido sola?

—Sí, Luís tenía guardia, yo pude cambiarla al final. ¿Me invitáis a una copa?

—Me alegro de que estés aquí —añade Sam, pero algo en sus ojos me dice que no es verdad.

Tras un rato en el que no paran de pasar los canapés ni la bebida, nos hacen entrar al salón donde se va a servir la comida. He escogido un menú a base de marisco, en el que no faltan las tostas de anchoas y de segundo un solomillo de ternera en salsa. Todo ello aderezado con caldos de la zona y un cava delicioso, que yo solo pruebo. Y de postre, la típica tarta nupcial que la abuela encargó al mejor obrador de Santander.

Me quedo sentada a la mesa cuando todo el mundo ha terminado

de cenar. La mayoría de invitados están pasando a la zona donde se ha montado la barra libre y un buffet de tartas y *chuches* para los niños y no tan niños. Parece que todos están pasándoselo muy bien. Sam está hablando con Hugo y Óscar, pero lo veo mirarme de vez en cuando. Me guiña el ojo en una de esas ocasiones. Los niños van y vienen a la mesa dulce, veremos cómo acaban hoy, pero un día es un día. Se respira un ambiente festivo que es de agradecer tras lo ocurrido en las últimas semanas y el estrés que he llevado.

Marta no parece muy cómoda. Está hablando con Claudia y Cris, pero me da la impresión de que está nerviosa. La sorprendo un par de veces mirándome. En una esquina del salón, con una copa en la mano, Lis charla animadamente con Juan, que también se ha unido a la comida. Por su lenguaje corporal diría que le gusta. Mi amiga no tiene remedio. Mira fijarse en un cura… Lo cierto es que a él también se le ve muy a gusto con ella, incluso más que cómodo. Es como si se conocieran de años, pero ella nunca ha estado aquí conmigo. Nos conocimos en la facultad.

—Hola, preciosa, ¿me concedes un baile?

—No sé si a mi marido le parecerá bien —sigo con la broma.

—Lo tiene merecido por haberte dejado sola. Vamos —Tira de mi mano, aún llevo la capa puesta, me ayuda a deshacerme de ella dejándola en la silla—. Déjame que te vea bien. Estás increíble, nena. Me gusta tu vestido. Aguarda un segundo.

Me deja plantada en mitad de la pista y se va hacia el chico que está pinchando música y le dice algo. Los primeros acordes de La chica perfecta, de Melendi, comienzan a sonar y Sam me abraza, pasando sus manos por mi cintura para acariciar la espalda por el escote del vestido. Mis brazos rodean su cuello.

—No puedo estar más loco por ti.

Tú me sabes desnudar sin quitarme la ropa
Tú haces dudar al que acierta y al que se equivoca
Eres la chica perfecta, ¿qué más te puedo decir?
Eres la chica perfecta para mí, para mí

Y vamos a olvidarnos de los miedos
Y vamos a olvidarnos de las dudas
Yo voy tocando el cielo con los dedos

—Mientras que poco a poco te desnudas… —va desgranando la letra de la canción en mi oído, haciéndome estremecer con su aliento tan cerca.

—Eres un as provocando. No sigas acariciándome así o tendremos que irnos y vamos a quedar muy mal con los invitados.

—Solo quiero calentarte, a fin de cuentas es nuestra noche de bodas.

—Te podrás quejar de nuestras noches, o mañanas o tardes.

—Nunca, pero hoy es especial.

—Oye, ¿Marta no está rara? Si no iba a estar cómoda no sé por qué ha venido.

—Ni yo. Quizás no tenías que haberla invitado, no sé. Lleva días comportándose de una manera extraña, o eso me parece. Por cierto, ¿y tu amigo el cura? ¿Soy yo o hay algo entre esos dos?

—Se acaban de conocer.

—Y es un hombre, y está muy bien. Y lo digo desde el punto de vista de un hombre heterosexual, así que desde el vuestro…

—¿Sabes que te digo? Que hacen buena pareja.

—Eso es cierto. ¿Sabes qué haría yo en su lugar? Mandar todo al carajo y ver qué pasa.

—Pues sí. Pero no sé, no veo a Juan de ese palo, por mucho que se sienta atraído por ella, que parece que es mucho, a menos que haya cambiado hasta su forma de mirar en estos años.

—¿Por qué lo dices?

—¿Ves cómo achica los ojos cuando ella le habla?

—Ahora que lo dices, sí.

—Solo lo hacía si le interesaba realmente lo que le cuentas y depende con quién.

—Imagino que contigo lo hacía y lo sigue haciendo.

—Sí. Sam, tengo que ir al baño, no puedo más, aunque si te soy sincera, me iría contigo a otro sitio.

—Señora provocadora, no me tientes o voy contigo a consumar en el baño mismo.

—Seguro…

—¿Me estás retando? ¿Quieres que el primer polvo de casados sea en un baño?

No le contesto, me suelto de sus brazos y voy hacia el lavabo, notando sus ojos clavados en mí. Llevo la cola sujeta en el brazo, entro al aseo de señoras, que misteriosamente está vacío, y antes de entrar al cubículo, la puerta se abre de golpe y mi flamante marido aparece detrás.

—No deberías haberme provocado.

Su mirada es toda una promesa de algo caliente, mucho, y sucio, o no, pero al menos muy divertido. Busca el seguro de la puerta y como no tiene, se aposta tras ella, tirando de mí para dejar mi espalda pegada a su cuerpo. Su erección es más que notable a través del pantalón de vestir. Se pelea con las capas de tela del vestido hasta que consigue llegar a su ansiado objetivo, y sin darme tiempo a respirar, cuela un dedo en mi mojado interior.

—Uff, estás empapada, doctora. ¿Esto es lo que querías, provocarme para que te follara en el lavabo con setenta personas ahí

fuera? Pues lo has conseguido. Apóyate en la encimera, esto va a ser muy rápido. —No dudo ni un segundo en hacer lo que me pide, sube el vestido y lo engancha con el filo del escote de la espalda, para dejar a la vista mi parte trasera en todo su esplendor—. Joder, Martina, eres… Eres la perfección en persona, me tienes a tu merced, señora Gutiérrez, me encantaría romperte esas bragas, —cuando intento protestar continúa— pero no lo haré, no va a ser la última vez que te las pongas.

Retira a un lado el filo del tanga y antes de decir amén se ha colado en mi interior. Se mueve con rapidez, baja su mano hasta mi clítoris y mientras bombea me acaricia llevándome a la locura.

—Samm…

—Shhh, no hagas ruido si no quieres que sepan lo que está pasando aquí. Martina me pones a mil.

Muerde mi cuello y yo me muerdo el labio para no emitir ningún ruido. Me pego más a él todavía y me muevo a su ritmo. Su otra mano sube por encima del vestido hasta una de mis tetas endurecidas y la acaricia, arrancando un pellizco que aun con el corsé me parece deliciosamente placentero, llevándose la cordura y lanzándome al abismo del que no me gustaría salir. Lo noto agitarse en mi interior para a continuación dejarse caer ligeramente en mi espalda, regándola con sus besos.

—¿Cómo me puedes hacer perder la razón de esta manera? No sé qué voy a hacer contigo. Joder, Martina, ¿la primera vez en un lavabo?

—Oye, no te he obligado a nada —replico acomodándome despacio, cogiendo toallitas para limpiarme—, solo venía a usar el baño y mira cómo he acabado, con el culo en pompa y contigo en mi interior.

Alguien llama a la puerta. Le hago una señal para que se meta en un cubículo, pero aun así, el olor a sexo debe ser más que evidente, seguro. Entro en otro y tiro las toallas de papel por el váter. Sí, ya sé que no hay que hacerlo, pero esto es una situación desesperada y no pienso dejar la muestra de nuestro encuentro en la papelera.

—Todavía no hemos acabado, —susurra Sam antes de meterse en el váter y cerrar la puerta.

Vuelven a llamar.

—Martina, ¿estás bien? —La voz de Marta se cuela por la puerta.

—Sí, espera, es que con el vestido es un poco complicado.

Abro la puerta sin esperar encontrar la imagen que me destroza en un segundo. Con la mirada desencajada y una pistola en la mano, mi abogada me amenaza, advirtiéndome que me calle, mirando a la única puerta que está cerrada, que es donde está Sam. Le suplico en voz baja que lo deje marcharse. Ella se niega y tira de mí para salir por la

puerta trasera que hay al final del pasillo de los lavabos.

—Marta, ¿qué te pasa? ¿Cuándo has pasado de ser mi amiga, de apoyarme, a esto? ¿Qué te he hecho yo? —digo por el pasillo antes de salir a la calle. No sé si mi marido se habrá enterado, aunque si lo hubiera hecho, habría salido detrás de nosotras.

Hace frío fuera, pero no lo noto. Joder, otra vez. No puedo creer que el día más feliz de mi vida se vaya a convertir en una tragedia. Imagino a Sam cuando no oiga nada salir y buscarme.

—Calla y sigue caminando.

—Joder, Marta, piensa en Sam, en tu marido, en tu hijo…

—Que te calles he dicho, joder. Nada de lo que me digas va a hacerme cambiar de opinión. No me extraña que Guillermo hiciera lo que hizo porque realmente te lo merecías. ¡Eres una maldita zorra!

Me revuelvo porque me está hirviendo la sangre pero la presión del cañón de la pistola en mi espalda desnuda, me hace recapacitar.

—¿Qué coño dices? ¿Sabes que vas a acabar en la cárcel y no vas a ver más a tu hijo? No eres tan lista como crees y te pillarán, estoy segura.

—Puede, pero antes te llevo por delante. ¿Por qué coño tienes que tener con Sami lo que nunca quiso conmigo?

—¿Cómo? Fuiste tú la que no quiso saber nada de él. Te tirabas a Luis antes de que os separarais, y también a Diego, que crees que no lo sé.

—Piensa lo que quieras, vas a estar muy bonita muerta, vestida de novia. *La novia cadáver*, menuda ironía. Por cierto estás muy guapa, te sienta bien ese vestido, hace que tu culo no se vea tan grande como una lavadora.

—No tengo ni idea de qué hablas. Si hoy es mi día, perfecto, pero al menos habré visto el brillo de felicidad en los ojos de mi amor. Y me llevaré conmigo sus últimos besos y sus últimas caricias.

—Ya, ¿crees que no sé que estabais follando en el baño? Qué poca clase tienes ¿No podías esperar?

—Está claro que no. Mira donde estoy, en vez de estar con mis invitados y mi *marido* —recalco la palabra.

—Ohh, pobrecita la doctora. Siempre tan perfecta, tan buena, tan inteligente. Mira ahora de qué poco te sirve. Vas a acabar en el fondo de un barranco. Sube.

Hemos llegado a su coche. Trato de resistirme, pero obviamente con el arma apuntándome no puedo. En este momento, por primera vez soy consciente de que puede ser real, que es posible que nunca más pueda abrazar a mi hijo ni ver la carita de Zöe. Imagino el dolor de mi familia, de Sam, y aunque no quiero llorar, mis lágrimas recorren mis mejillas como ríos silenciosos. ¿De verdad mi vida vale tan poco para acabar despeñada por cualquier acantilado? Pasarán

días hasta que mi familia dé con mi paradero, si es que lo hacen alguna vez. La angustia que se va apoderando de mí, me lleva a plantearme situaciones absurdas, como tratar de tirarme en marcha.

Sale por la carretera 137 para a continuación coger otra comarcal, la 351. Ya sé a dónde va, al mirador de la ermita de Santa Justa. Allí hay una buena caída. Joder, está completamente ida. Conduce como una loca, noto como mi estómago se revuelve y le pido que pare, me estoy mareando. Su risa me hiela la sangre.

—Vomita todo lo que quieras, total, nadie va a verte con vida nunca más.

—Me fie de ti, te di mi confianza, te conté mi vida, lo que me preocupaba y ¿para qué? Te creí mi amiga y en vez de eso vas a destrozar a mi familia, ¿Qué derecho crees tener para hacer esto? Eres una puta pirada, estás enferma y aunque acabes con mi vida te llevaré por delante.

—No veo como, Martinita. Te vas a suicidar, al final el peso de tu carga va a superarte y no podrás con él. Y qué mejor sitio que el acantilado de Ubiarco. Nunca fui tu amiga, no seas ilusa, solo fuiste mi cliente y ojalá no me hubieras escogido, hubiera sido lo mejor para las dos. Tú seguirías viva y yo habría recuperado a Sami.

—Tuviste siete años, ¿por qué cuando yo aparecí? En siete putos años no lo hiciste y no lo vas a conseguir nunca, ¿me oyes?

—¿Lo tienes muy claro, no? Cuando te den por desaparecida, yo estaré allí para apoyarle, para cuidar a tu hijo si es necesario. Claro que lograré mi propósito.

—¿Pero en qué cabeza cabe? No te vas a acercar a mi hijo ni en foto, tarada. Vas lista si crees que Sam volverá contigo, suponiendo que te salgas con la tuya.

No añade nada más. Aparca en la Playa de Santa Justa, ya es casi de noche y el chiringuito está cerrado. A fuerza de pistola me obliga a bajar del coche, aunque intento resistirme, pero está muy inestable emocionalmente y podría dispararme antes de tiempo, entonces ya no podría hacer nada.

No puedo dejar de pensar en Sam y en mi hijo. Nunca he sido una persona muy creyente, rezar no ha ido conmigo, pero en ocasiones, antes de afrontar alguna operación complicada o cuando estuve secuestrada, invoqué a las fuerzas que rigen el destino de las personas, llamadlas como gustéis, para que me ayudaran a salir airosa de ese momento complicado. Hasta hoy ha funcionado. Vuelvo a hacerlo, a intentar decirle a Sam que estoy bien, que volveré con ellos, que esto no se ha acabado. Mi cabeza y mi corazón actúan como si realmente él pudiera escucharme. Quién sabe.

—Baja de una puta vez, *Martinita*. No lo volveré a repetir. —Al bajar del coche, un escalofrío recorre mi columna, ahora el frío y la

humedad son patentes. La manga de plumeti y la espalda al aire apenas logran cubrir mi piel—. Qué pena de vestido, lo cierto es que es realmente precioso, y Sam estaba para comérselo. Bueno, qué te voy a contar a ti si no has sido capaz de esperar a tu noche de bodas. Ah, perdón, que no vas a tener nada de eso. Has hecho bien entonces. ¡Camina!

Coloca de nuevo el cañón de la pistola en mi espalda y me empuja a seguir.

—Marta, si no conoces este terreno, no será peligroso solo para mí, tú también corres peligro.

—¿Crees que me vas a convencer con tus patrañas? Soy abogada, y de las mejores. Llevo lidiando con embustes y medias verdades toda mi vida.

—Nada de eso te librará de la cárcel.

—Mejor te callas, ¿vale?

—Te lo digo en serio, este sendero es muy peligroso.

La senda de los acantilados de Ubiarco parte a la izquierda de la playa, al final del pequeño paseo marítimo. Se inicia una subida al primer acantilado por una estrecha vereda de pescadores. Los primeros kilómetros discurren por senderos muy estrechos, casi cerrados de vegetación al borde del acantilado. Puede ser incluso peligroso, especialmente si está húmedo, ya que a veces no ves dónde colocas el pie y el terreno es irregular e inclinado. Marta lleva la linterna del móvil encendida, tratando de ver por dónde caminamos. Yo he hecho este trayecto miles de veces, pero nunca con un vestido de novia y tacones. Las lluvias de los últimos días convierten en todavía más resbaladizo el terreno. Por un momento me parece oír algo más que nuestros pasos, pero imagino que será el latido de mi corazón atronando en mis oídos.

Se detiene antes de empezar el ascenso a la altura de la ermita de Santa Justa. No sé si está recapacitando o piensa que tengo razón y es mejor dejarlo estar. Tras unos segundos de un insoportable silencio, solo quebrado por el romper de las olas contra el escarpado acantilado, decide seguir. Me apunta con la linterna a la cara y me deslumbra momentáneamente, pero me ha parecido ver movimiento tras ella. De repente el móvil cae al suelo y la linterna se apaga. Oigo forcejear y me parece oír la voz de Juan decir algo como que le entregue la pistola. Gritos, más movimiento y dos fogonazos como truenos rompiendo la noche, seguidos de un grito, que creo que es de Marta, unos gemidos y un golpe seco. Busco desesperada el teléfono móvil por donde creo que ha caído, lo encuentro por fin y trato de encender la linterna de nuevo.

—Juan, ¿eres tú? Contéstame.

Alumbro con la pobre luz del móvil a un bulto tumbado en el suelo

a tres metros delante de mí y trato de acercarme a la carrera para ver qué ha pasado. Al agacharme a su lado e iluminar con la linterna, descubro que es Juan. Tiene una fea herida en el cuello, sangra profusamente y su cara es una mueca de dolor.

—Tranquilízate, te pondrás bien, pero no te muevas.

Examino la herida a la luz de la pequeña linterna del móvil y a primera vista parece que, por un milagro, la bala no ha tocado ningún vaso importante, porque no es normal. Parece que el proyectil ha entrado por el hombro y ha salido por el cuello. No veo a Marta por ningún lado.

—Martina, —la voz de Juan suena apagada.

—Shhh, no trates de hablar y no te muevas. ¿Tienes un pañuelo o algo con qué taponar la herida?

—No, no te preocupes por mí, estoy bien. Mira a ver qué ha sido de esa mujer, creo que ha caído por el acantilado.

Recuerdo el forro de mi vestido, me revuelvo y de un fuerte tirón trato de rasgar una parte. Cuando por fin lo consigo, le tapono la herida haciendo presión, procurando que deje de sangrar.

—Juan, ¿dónde guardas el móvil? He intentado usar el de Marta pero está bloqueado.

—En el bolsillo interior de la chaqueta.

Rebusco en su chaqueta hasta dar con el móvil, le pido la clave de desbloqueo y me dice la fecha de mi cumpleaños.

—¿En serio?

—No quería olvidarlo nunca.

—Anda, calla, ya hablaremos luego.

—Sam, soy yo.

—Martina, cariño, ya llegamos. Vi cuando Marta te subía al coche a punta de pistola. Me acompañan Paul y Diego.

—¿Cómo? Bueno, da igual. Llama a una ambulancia, Juan está herido y Marta no sé dónde está, parece que en el forcejeo se ha despeñado. Estamos en la ermita de Santa Justa. Por favor, no tardéis.

—Llegamos en cinco minutos ¿Estás bien, te ha hecho algo?

—Estoy bien, no te preocupes, pero creo que no voy a dejar de temblar en la vida. Voy a ver si encuentro a Marta.

—Quédate donde estás, ni se te ocurra.

—No tardéis.

Me arrodillo de nuevo junto a Juan y compruebo que apenas sangra por la herida.

—Juan, voy a ver si veo a Marta, necesitará ayuda. No te muevas o volverás a sangrar.

—¿Qué? Oye, ni se te ocurra, está completamente loca. Martina, ¡NO BAJES!

Me quito los zapatos, no es cuestión de despeñarme con ellos, no

quedaría bonito. Anudo el vestido de forma que no me moleste y permita el movimiento con cierta soltura por las rocas, y apunto con la poca luz de la linterna del móvil hacia abajo. No hay una gran caída en esta zona y tenemos suerte de que la marea esté baja y el mar no llegue hasta casi el filo del mirador de la ermita. Muevo el haz de luz a un lado y otro del precipicio, hasta que me parece descubrir una silueta en el primer grupo de rocas que hay desde el murete que separa las peñas donde se realiza la misa en honor a la Santa. No se mueve pero igual está viva. Joder, soy médico, aunque me arriesgo a que siga armada, no puedo dejarla ahí si hay una posibilidad que esté viva.

Con mucho esfuerzo y no sin cierto peligro, consigo llegar hasta ella. La postura no es muy natural y tiene un pulso débil e irregular, pero viva a fin de cuentas. En la mano presenta un desgarro muy profundo y una enorme herida en la cabeza. La tibia de la pierna derecha está fracturada y el hueso astillado asoma por la canilla. No puedo moverla, no sin saber si tiene una lesión medular que pueda empeorar.

—Marta, soy Martina. Escucha, vas a ponerte bien. Viene una ambulancia ya en camino.

Suena el móvil de Juan y al mirar veo el número de Sam.

—Marti, ¿dónde estás?

—Abajo, estoy con Marta, tendrán que bajar una camilla,

—Joder, te dije que no bajaras, que te estuvieras quieta, ¿Y Juan?

—Juan lo dejé tumbado en el suelo en la explanada junto a la ermita, ¿y vosotros?

—Aparcando. ¡Vamos, Diego! Martina, te dejo, ya estamos.

Corto la llamada y vuelvo a iluminar a Marta.

—Marta, estoy aquí, vuelve conmigo. Ehh, no te vayas. Piensa en tu hijo, en Luis, yo no diré nada.

—Lo siento —susurra con una voz apenas inaudible—, dile a Luis que lo quise mucho.

—Ehh, no, no, Marta. Joder, no te vayas.

Dejo de notar el pulso y trato de hacerle una RCP[19]. No sé cuánto tiempo llevo así cuando un par de los sanitarios me retiran y los brazos de Sam me rodean.

—Martina, cariño, ya estamos aquí. Ven conmigo, vamos.

He oído estas mismas palabras demasiadas veces en los últimos días. Pregunto por Juan cuando veo que lo están subiendo en la ambulancia y le pido al personal sanitario que me dejen ir con él. Sam asiente con la cabeza y me dice que nos seguirá en el coche.

La ambulancia se dirige a toda velocidad al Hospital Universitario Marqués de Valdecilla, con las luces y la sirena encendidas. Voy sentada junto a la camilla y le digo al enfermero que lo atiende que le

taponé la herida, porque no estaba segura si la bala había salido o no. Juan sonríe e intenta decir algo con la voz apagada.

—Mira que te gusta llamar la atención. ¿Hasta el día de tu boda tenía que ser diferente?

—En realidad la pregunta es ¿qué hacías tú espiándome?

—Las cosas con tu amiga se estaban poniendo un poco intensas y decidí marcharme a casa. Estaba cogiendo la moto cuando te vi salir acompañada, noté algo raro y os seguí. ¿Quién es esa perturbada?

—Era, creo que ha muerto. La ex de Sam y mi abogada del caso de Guillermo. Es una larga historia, que tampoco he entendido muy bien. ¿Duele mucho?

—Más hubiera dolido que te hubiera pasado algo. Estoy bien, no te preocupes, no es la primera vez que me disparan. Tina…

—Que no me llames así, joder.

—Está bien. Martina, ¿me darías el teléfono de Lis?

—Juan, ¿estás seguro?

—Le debo una disculpa.

—¿Por qué por una vez en tu vida no haces lo que dice tu corazón y no lo que los demás quieren que hagas? Mereces ser feliz y está claro que Lis te gusta.

—Soy un cura, ¿cómo le voy a gustar?

—Eres un hombre. Con sotana, es cierto, pero uno de los hombres más guapos que conozco. Y sé de lo que hablo.

—Lo pensaré, pero renunciar a todo supone empezar de cero.

—No te puedo aconsejar en eso, solo te puedo decir que le gustas. He visto cómo os mirabais, tu lenguaje corporal no ha cambiado mucho desde que nos conocemos. También te digo que Lis ha sufrido mucho y no quiero que le hagas daño. Piénsalo y no hagas locuras sin sentido, no estaré aquí para recoger sus pedazos otra vez. No ha habido una de sus relaciones que haya salido bien.

—De momento solo quiero disculparme con ella, ¿de acuerdo? Necesito tiempo.

—¿Cuándo te han disparado otra vez? Joder, yo sin saber nada de esto y enfadada contigo.

—Tenías motivos. No te preocupes, no fue nada. Estoy aquí para darte más quebraderos de cabeza.

—Más bien para salvarme la vida. Aún no te he dado las gracias.

En ese momento comienzo a ser consciente de que he podido morir y empiezo a temblar presa de un ataque de ansiedad hasta que un mareo me hace perder el conocimiento. Solo escucho la voz de Juan en la lejanía y la voz del sanitario tratándome de decir algo. Y nada más.

Cuando me despierto, el olor familiar a hospital inunda mis sentidos. Sam a mi lado con mi mano entre las suyas se pone en pie en cuanto ve que me he despertado.

—Bonita noche de bodas, doctora. —Se acerca y me da un beso en los labios, solo un roce, un estoy *aquí siempre, no te fallaré.*

—¿Qué me ha pasado? ¿Cómo están Marta y Juan?

—Juan está bien. Como tú pensabas, la bala entró por el hombro y salió por el cuello sin dañar nada relevante. Pudo ser muy grave, pero por suerte no ha sido. Lis está con él desde que salió del quirófano. Lo han operado para reparar tejidos. Me da que entre esos dos hay algo, o podría haberlo.

—Me pidió el número de Lis, pero yo no estaría tan segura. Es demasiado fiel a sus principios. Lo peor es que sospecho que a ella también le gusta. ¿Qué me ha pasado a mí?

—Parece un ataque de ansiedad. Te desmayaste sin más. Todo lo demás está bien, nuestra hija también. Con tanto ajetreo sufrido antes de nacer, esa niña nos va a dar más de un quebradero de cabeza. Por cierto, ¿tienes pensado dejar de darme sustos algún día? Cuando vi que no estabas y Marta tampoco, y de repente aparecen de la nada Diego y Alanna, pensé que me daba un infarto. Venían siguiéndola desde Madrid, llevaban tras su pista desde hace más de una semana. Cuando estuviste declarando en comisaría por última vez, ya sospechaban que podía estar ella detrás de todo, pero no podían decirnos nada sin poner en peligro la operación.

—Marta está…

—Muerta. Cuando llegamos y tú estabas con la RCP ya no había nada que hacer. Según el médico que ha certificado su muerte, tenía lesiones incompatibles con la vida.

—Pero cuando la encontré tenía pulso. Me pidió perdón y que le dijera a Luis que le quería. ¿Por qué? ¿Por qué lo hizo? No entiendo nada.

—No lo sé. La policía vio algo raro en su comportamiento cuando visitaba a su defendida y la siguieron. Lo siento, no sé nada más. Luis viene de camino.

—¿Su defendida? ¿Ella era la abogada de la mujer que me secuestró?

—Parece ser que sí. No sé por qué, no me lo preguntes. Todavía hay muchas interrogantes en el aire.

—Marta lo planeó todo. Quería recuperarte y quedarse contigo y Marco. Me lo dijo cuando íbamos en el coche en dirección a Santa Justa.

—¿Cómo? ¿Después de tantos años?

Le relato todo lo sucedido cuando me llevaba en el coche a punta de pistola y Sam no da crédito a lo que oye. Suelta mi mano, se levanta del filo de la cama y camina hacia la ventana con las dos manos apoyadas en la cabeza.

—Marta, cómo has podido hacerlo —dice con voz triste y la mirada perdida a la calle, a través de los cristales de la ventana.

Unos minutos después, mientras permanecemos en silencio pensado en todo lo sucedido, en lo increíble de la situación vivida, entra pidiendo permiso el médico que me ha atendido acompañado de una enfermera con un pequeño vaso en la mano con una pastilla dentro, imagino que algún tipo de sedante. Nos pasa el informe y me dice que me podré marchar a casa por la mañana. Pero antes, debería empezar a pensar en hablar con un psicólogo.

30

Cuando hayas de sentenciar procura olvidar a los litigantes y acordarte sólo de la causa.

(Epicteto de Frigia)

La fiebre de la enfermedad la provoca el cuerpo propio. La del amor, el cuerpo del otro.

(Hipócrates)

Samuel

Aún no logro asimilar todo lo que ha sucedido, en cambio ella está aquí, tan fuerte, tan valiente. Si no hubiera sido por el ataque de ansiedad, habría podido asistir a la operación de Juan, estoy seguro.

Cuando salí del baño y vi que era verdad, que no estaba allí y Marta tampoco, supe que algo muy malo estaba punto de ocurrir. La moto de Juan tampoco estaba y Lis me aseguró que él solo había salido a tomar el aire. Le pregunté a ella porque la encontré fuera buscándolo. En ese momento, Diego y Alanna salieron de la nada y se subieron a un coche, Paul vino a mi encuentro y me confirmó lo que acaba de ver. A continuación, nos subimos en su coche y seguimos al vehículo K, así llama policía en argot a los vehículos policiales sin distintivos. Por el camino llamé a emergencias para pedir que tuvieran dispuesta una ambulancia por lo que pudiera pasar. Cuando estamos casi a punto de llegar, recibo la llamada de Martina indicándome dónde están y que llame a dos ambulancias, Marta y Juan necesitan ayuda. Me asegura que ella está bien, pero hasta que no la veo con mis propios ojos no me lo acabo de creer. ¿En qué momento lo hemos hecho tan mal para que nos ocurran todas estas cosas? Y Marta implicada sin ninguna duda. ¿En serio? Sigo sin dar crédito que sea ella haya quien ha orquestado todo. ¿Cómo nos vamos a enfrentar a Luis ahora? No puedo entender cómo no pudo pensar en él y en su hijo. ¿De verdad los celos le llevaron a esto?

Por fin, cuando Martina, mi niña, mi guerrera, mi mujer ante los ojos de todos, despierta, un suspiro con todo el aire que no sabía que estaba manteniendo, escapa de mi interior.

Intento contarle todo lo que ha pasado sin perder los estribos. Mientras el médico, que antes ya ha hablado conmigo, lo hace con ella, salgo a tranquilizar a mi madre y a la suya, que llegaron hace un rato. Nos tomamos un café aguado de la máquina, y les cuento las noticias que tenemos, sin que ninguna de las dos pueda asimilar lo que están oyendo.

—¿Cómo Marta ha sido capaz de esto?

—No lo sé, mamá. Para mí resulta igual de sorprendente que para vosotras. Es lo último que hubiera imaginado. Y ahora, ya ves. Ha muerto por una estupidez propia de una mente desequilibrada, dejando a un hijo pequeño sin madre y a un marido perplejo y destrozado.

Martina sale del hospital al día siguiente aparentemente sin secuelas. Todavía permanecemos unos días más en Santillana, que nos ayudan a recuperar la normalidad. Juan, tras unos primeros días con muchas molestias a causa del lugar donde se encuentra localizada la herida, finalmente le dan el alta y se va a casa. Lis ha pedido vacaciones y se ha quedado con él para tratar de atenderlo. Sí, parece que los acontecimientos le han hecho darse cuenta que la vida está para vivirla como cada uno desea y después de madurar la idea en el hospital, ha decidido que no quiere seguir siendo sacerdote. Ha pensado que ya es hora de ser dueño de su destino, sea o no al lado de Lis.

Enfrentarme a Luis, contarle todo lo que ha pasado, ha sido muy duro. Lo conozco desde hace muchos años y siempre ha sido un buen amigo al que nunca ha faltado un favor desinteresado, una sonrisa. Pese al lío de faldas con Marta cuando aún estábamos casados, nunca le guardé rencor. Aquel matrimonio no tenía ningún futuro. Luis me ha contado entre lágrimas que Marta llevaba un tiempo muy rara, casi ausente. Apenas se ocupaba de su hijo y la relación con él se había resentido. Tener que relatarle lo que ella le dijo de mí a Martina, no ha sido plato de buen gusto.

Diego y Alanna han podido atar cabos y cerrar la investigación. Han completado el atestado con las declaraciones de todos los implicados y los testigos presenciales, los hechos averiguados y las circunstancias observadas constitutivas de delito, para ponerlo en conocimiento de la autoridad judicial.

En cuanto a la secuestradora, su nombre es Julia López Guirau, con antecedentes policiales por multitud de delitos por robo, extorsión y asociación ilícita, entre otras lindezas. La policía supo desde el primer momento que se trataba de un trabajo por encargo, pero resultó muy difícil descubrir quién estaba detrás de todo porque se negó a colaborar desde un principio, aconsejada por su abogado. Cuando le

comunicaron la muerte de Marta y que pronto conseguirían atar cabos, accedió a hablar.

Resultó que Julia López se puso en contacto con Marta a través de su hermana, Patricia López, antigua cliente de Marta víctima de malos tratos por parte de su marido. El caso fue archivado temporalmente por incomparecencia y posterior desaparición del presunto maltratador. Está en busca y captura pero Diego sospecha que Julia consiguió de alguna forma que su cuñado se arrepintiera para siempre de haberle puesto la mano encima a su hermana. No cree que nunca lo encuentren.

Marta contrató a Julia por dinero, una cantidad indeterminada que por el momento no ha revelado, pero se sospecha que fue en metálico, porque no se han descubierto movimientos bancarios de fuertes sumas de dinero. De existir se ignora su procedencia, porque Luis no ha echado en falta nada. Es algo que deberán seguir investigando pero que a nosotros ya no nos preocupa.

Un par de semanas más tarde volamos rumbo a casa, no hay motivo para posponerlo más. A Marco se le ve triste y no está muy conforme. Los días que ha pasado con sus primos para él son muy importantes y no le apetece volver ni siquiera por Connor y sus amigos del cole.

Una vez aterrizamos en nuestro hogar, la bendita rutina se instala de nuevo en nuestras vidas, esta vez sabiendo que ya no llegarán más amenazas. A pesar que Guillermo sigue estando ahí, poco puede hacer por molestarnos.

El embarazo de Martina sigue adelante a pesar de todo. Nos emocionamos con cada ecografía, con cada patada o intentando adivinar cuando estamos en la cama, qué parte de su pequeño cuerpecito es la que se marca en la barriga de mi mujer. Cada día es una nueva ilusión, viviendo con la esperanza de que apenas queda nada para que la niña nazca y la tengamos con nosotros.

Todos los sucesos vividos estos últimos meses han supuesto un antes y un después. Si antes valorábamos el tiempo que pasábamos juntos, ahora todos estos sentimientos se han multiplicado y aprovechamos al máximo cada segundo que pasamos juntos, ya sea a solas o en compañía de Marco, que espera también ilusionado la llegada de su hermanita. Es enternecedor verlo tumbado en el sofá con su madre, acariciando su abultado vientre, hablando o contando cuentos a ese bebé al que cada día queremos un poco más.

—Papi, ¿cuándo nacerá Zöe? —Me pregunta camino a casa después

de recoger a él y a su amigo en el cole—. ¿Sabes que mi hermanita va a ser muy divertida y va a jugar con nosotros, Connor?

—Todavía quedan algunas semanas para que nazca. Siento decirte que al principio los bebés no son muy divertidos. Solo comen y duermen, y hay que cambiarles continuamente el pañal porque hacen caca y pipí a cada momento.

—Bueno, pues entonces nosotros la cuidaremos y le leeremos cuentos, y también le enseñaremos a hablar. ¿Me ayudarás, Connor?

El niño asiente sin mucho convencimiento, y yo no puedo evitar reír ante sus ocurrencias. Supongo que ahora mismo Connor se está imaginando a sí mismo limpiando un culo sonrosado lleno de caca y no debe hacerle mucha gracia.

Martina lleva unos días algo rara. Se nota muy pesada y se le hinchan los pies por la noche, pero a pesar de todo no quiere pedir la baja. Hoy es jueves y estoy en una importante reunión, pero mi teléfono no para de vibrar en el bolsillo. Miro con disimulo la pequeña pantalla del reloj inteligente y veo que es Martina la que llama con insistencia. Me pongo de pie ante la incómoda mirada de media docena de picapleitos, y me disculpo avisando que tengo que salir un minuto. Rodeo la mesa de juntas a paso ligero y salgo al pasillo para llamarla, porque el teléfono ya ha dejado de vibrar.

—Sam, ya viene Zöe.

—¿Cómo? No es posible, aún quedan un par de semanas. ¿Dónde estás?

—En el hospital. Voy en una silla de ruedas acompañada de Jamie camino del materno infantil. Ya he llamado a Rose, tengo todo en mi taquilla, no hace falta que vengas todavía porque seguro que tarda un poco.

—Claro que voy ahora mismo.

Cuelgo el móvil sin despedirme y entro a la carrera en la sala para avisar de lo que ha pasado, y sin esperar la reacción de ninguno de los asistentes, salgo pitando camino del hospital. Cuando llego, Martina está en una habitación con los monitores puestos para controlar la salud del bebé.

—Hola, preciosa —y lo digo en serio porque, a pesar del dolor de las contracciones y el cansancio reflejado en su rostro, sigue siendo y estando guapísima. Parece tranquila, pero yo soy un manojo de nervios.

—Hola, Sam. Te dije que no hacía falta que corrieras.

—Pues es literalmente lo que he hecho —respondo con la

respiración acelerada tras la carrera por los pasillos de este enorme hospital. Me acerco para darle un beso justo cuando se estremece al sentir una nueva contracción—. ¿Llevas mucho tiempo así?

—Un rato. Me di cuenta de que las contracciones iban en serio cuando he inundado mi despacho delante de un paciente. Menudo espectáculo he dado. Mi enfermera se lo ha dicho a Jamie y me ha traído en silla de ruedas. Ya sabes cómo son de exagerados los dos.

—Solo a ti te pasa esto. Llevo semanas diciéndote que te cogieras la baja.

—Bueno, pues esas semanas que me he ahorrado.

La puerta se abre y entra la doctora Flinn en la habitación.

—Buenos días, a ver cómo va esa mami.

Se pone unos guantes y la reconoce. Le pregunta si se va a poner la epidural y ella, tras mirarme un segundo, asiente.

—No está siendo muy duro, pero no sé si empeorará, así que mejor me la pongo.

—El trabajo de parto está bastante avanzado. ¿Quieres probar la *fit ball* o la bañera? —pregunta la doctora.

Me mira sin decidirse, al final resuelve no ponerse la anestesia y pasar a la bañera. Me dice que en la maleta para el parto hay un bañador para mí, si me apetece estar con ella todo el rato debería cambiarme.

En los últimos meses, como es habitual, su abdomen se ha abultado mucho, pero apenas ha cogido peso, y para mí sigue siendo deseable. Menos mal que con los nervios no me da por pensar que la voy a tener desnuda entre mis brazos, porque si no, daría un bochornoso espectáculo.

Cuando estamos preparados nos sumergimos en la bañera, yo detrás de ella sirviéndole de apoyo, y en poco tiempo empieza el trabajo de verdad. La doctora está allí en todo momento acompañada de la matrona.

Cada vez que su rostro se desfigura por una nueva contracción yo sujeto sus manos con fuerza para darle seguridad. Apenas se queja, es muy fuerte, solo algún gemido escapa de su garganta en algún momento, pero nada más.

—Martina, está la cabeza fuera, la veo, el próximo empujón quiero que lo hagas con todas tus fuerzas, ¿de acuerdo?

—Hago lo que puedo.

Con un par de empujones más, mi bebé está fuera de su madre y la doctora se lo coloca encima antes de limpiarla o hacerle ninguna prueba, unida todavía a su mamá por el cordón umbilical. Las lágrimas arrasan el rostro de mi luchadora, de mi valkiria, sin percatarme de que yo también estoy llorando. Dejo miles de besos en su cabeza y unos apenas imperceptibles te quiero. Sonríe de alegría

entre el llanto.

—Martina, no hemos acabado, ya lo sabes. Venga, un par de empujones más mientras arreglan a esta preciosidad.

Cuando todo ha terminado, salgo primero de la bañera y la ayudo a ella a incorporarse. Le ponemos un albornoz y la acompañamos a la cama, donde una enfermera le acaba de ayudar. Mientras tanto, yo entro en el baño y me doy una ducha rápida para vestirme a continuación.

A salir del baño, todo el personal que ha asistido en el parto ha salido de la habitación y mis chicas están descansando. Bueno, más o menos, porque mi niña está enganchada al pecho de su madre como si lo hubiera hecho toda la vida.

—Es una imagen preciosa. Gracias, amor por darme otro tesoro a quien amar.

—Gracias a ti por estar en mi vida. Te amo, Sam.

—Y yo a ti, pequeña.

Acaba de darle de mamar y me pregunta si quiero cogerla en brazos, pero la veo tan pequeñita que me da miedo hacerle daño. Al final me animo, y cuando la tengo acurrucada entre mis brazos, no sin cierta dificultad, aspiro su olor. Ese olor a agrio, a restos de su madre, el olor de mi vida, de mi bebé. Tiene una suave pelusa oscura adornando su redonda cabecita y unas pestañas que ya se intuyen largas, los ojos oscuros y su piel sonrosada. Es lo más bonito que he visto nunca. Tengo tantos sentimientos encontrados que no sabría definir. Son una especie de mezcla de orgullo y amor, un amor infinito, pero también miedo. Un pánico atroz a no saber estar a la altura, a no hacerlo bien, a no ser capaz de darle lo que necesite.

—Ehhh, lo harás muy bien, no te preocupes —dice mi mujer leyéndome el pensamiento—. Con Marco lo haces, ya tienes práctica. Ella solo es más pequeña.

Martina

Verlo frente a mí con la niña en brazos, con los ojos húmedos por las lágrimas de felicidad y más oscuros si cabe, y ese rictus de preocupación, me demuestra que si con Marco ha sido y es un buen padre, con esta niña tratará de superarse si eso es posible, cosa que dudo. No creo que por ser su hija biológica vaya a ser distinto lo que sienta por ella. Me emociono cuando veo cómo le habla, cómo susurra en su oído palabras que no puedo escuchar, con una sonrisa mezcla de orgullo y ternura instalada en su rostro.

Ya he tomado una decisión, en cuanto salga del hospital prepararé todo lo necesario para darle la sorpresa. Se merece todo y más. Se

arriesgó, tiró de mí y sacó todo el amor que algún día creí perder. No se lo va a creer cuando se lo cuente, pero le encantará.

Marco está feliz con su hermana, la mira todo el tiempo, le canta, le lee cuando cree que no le vemos y le cuenta todo lo que ha hecho en el cole. Es una niña muy buena, todos estamos enamorados de ella, duerme muy bien y come mejor. Eso sí, la tengo todo el día enganchada a mi teta.

—¡Qué suerte tiene esa princesa!

—Hola, amor. Yo no tanta, no me da tiempo a hacer nada. Había olvidado lo que era tener un bebé que se pasa todo el día mamando.

—Quien fuera ella.

—Sammm. No seas malo. No veas cómo duelen los entuertos cada vez que la niña chupa.

—Solo bromeo.

—Lo sé, pero te advertí que esto no sería fácil dado nuestro *ritmo*.

—Podré esperar un par de meses.

—Eso espero, porque antes no sé yo.

Se acerca y deja un beso suave en mis labios. Sin importarle llevar aún el pantalón del traje, se sienta en el suelo a mi lado, mirando embelesado a su niña comer sin descanso.

Acabo de darle de mamar y se la paso a su padre para que la cambie y le saque el aire. Mientras, aprovecho y me doy una ducha un pelín más larga que cuando estoy sola. Han pasado ya tres semanas, y pese a sentirme mejor, sigo manchando bastante, aunque cada vez en menos cantidad. Según Rose es todo normal, aunque creo recordar que después del embarazo de Marco fue más ligero. Quizás se deba a que mis hormonas revolucionadas no les importaría lo más mínimo tener algún encuentro apasionado. Al no darme puntos, me he recuperado muy rápido, y ya no sufro ninguna molestia.

—¿Se puede?

—Desde cuando preguntas.

—Desde que no sé si es incómodo para ti que entre.

—Pasa, anda. Parece que de repente soy otra.

—Tienes razón, pero para mí todo esto es algo mágico. Sigo alucinando cada vez que os veo juntas, o cuando la miro en la cuna. No sé, llámame tonto.

—Tonto.

Acabo de salir de la ducha envuelta en una toalla y voy *equipada* con una de esas bonitas bragas desechables que todavía sigo usando. Me acerco a Sam para perderme en su boca, al profundizar el beso gime y noto crecer su excitación por debajo del pantalón.

—Martina…

—Shhh, déjame hacer. —Me deshago de su camisa y lo cubro de besos, repasando cada tatuaje de su piel, viendo cómo se eriza, quiere

detenerme pero no lo hace.

—Por favor nena, no sigas.

No le hago caso. Desabrocho el cinturón del pantalón, liberando su erección que me saluda gustosa como el muñeco de una caja de sorpresa. Recorro su abdomen con la lengua, sin dejar ni un milímetro atrás. Las semanas de obligada abstinencia le están pasando factura y aunque a mí también me excita la situación, me dedico a darle placer. Meto su sexo en mi boca, convirtiendo su gemido en un gruñido. Me agarra del pelo para dirigir los movimientos.

—Dios, doctora, no era necesario, puedo esperarte.

—No quiero que lo hagas, a mí también me apetece, pero aún me da un poco de miedo. Disfrútalo, tómalo como un adelanto de lo que nos espera dentro de poco —respondo volviendo al ataque.

Una de mis manos juguetea con sus huevos, deslizo un dedo hacia atrás y cuando rodeo en círculos la entrada de su ano, se estremece, gime más fuerte y empieza a embestirme. Ahora es él quien folla mi boca sin controlarse. Sigo su ritmo hasta que sus acometidas son más y más intensas.

—Martina, voy a correrme, déjame salir, quiero hacerlo en tus tetas. —Sin que me dé tiempo a decir nada, ha bajado mi albornoz y se deja ir en mis tetas, que se erizan con su roce.

Cuando termina y recupera la normalidad, me levanta y trata de limpiarme, pero prefiero enjuagarme en la ducha. Me desprendo del albornoz y de esas bragas postparto tan sexys, y entro en la ducha de nuevo. Sam se mete detrás de mí y me acaricia despacio, haciendo que contenga la respiración. Vierte un poco de gel en sus manos y me enjabona por todo el cuerpo, haciéndome estremecer y gemir.

—Vamos a aliviarte un poco, preciosa, sé que te has puesto a mil.

—No es necesario —susurro sin mucho convencimiento.

—Ya veo que no —se coloca detrás de mí, acaricia mis tetas que están demasiado sensibles, baja las manos lentamente por mi todavía abultado abdomen hasta llegar a mi sexo. Sus dedos se deslizan gracias al jabón y asolan mi clítoris sin que pueda reprimir un orgasmo apoteósico que me hace aflojar las piernas. Me sujeta con firmeza, mientras no ceja su empeño en mi botón, que sigue transmitiendo sacudidas placenteras. Me dejo caer en la ducha y él se sienta conmigo en el suelo. Ahora no me importa que manche o que me vea, es tal la complicidad en este momento que todo lo demás es accesorio.

—¿Mejor?

—Mucho mejor, gracias, pero podía aguantar. ¿Qué tal tú?

—Uff, sin palabras. ¿Estás bien de verdad?

—De momento muy bien. Ya vendrán tiempos mejores.

—Martina, siempre podemos hacer esto, no tienes de qué

preocuparte.

—Es que no he tenido ganas hasta hoy. Pero no lo he hecho para que me lo devolvieras.

—Me apetecía. Creo que debería salir para que puedas arreglarte de nuevo. —Deja un beso en mi pelo aún húmedo, se levanta y me tiende la mano para que lo haga yo, y sale envuelto en una toalla demasiado pequeña para su cuerpo—. Te quiero, doctora. Voy a vestirme y a por Marco, quédate aquí si quieres.

—No, no hace demasiado calor, me apetece acompañarte dando un paseo.

Me visto en un momento. Me siento realmente bien, no sé si por el orgasmo que tanto necesitaba sin saberlo, o porque realmente hoy ya me encuentro mucho mejor y recoger a Marco es un placer recuperado ahora que no trabajo.

Unos días más tarde, tengo todo listo para darle la sorpresa a mi marido. Mi plaza en Madrid vuelve a ser mía cuando acabe la baja, y tanto sus jefes como los míos de aquí saben que ya no volveremos. He hablado con su jefe y le he dicho que regresamos a nuestro país, que es una sorpresa para Sam, por eso él no le dirá nada hasta que no llegue el momento. Se alegra por nosotros a pesar de decirme que lo van a echar mucho de menos, porque se ha convertido en un activo muy valioso en este tiempo.

A Jamie y a George les va a costar, aunque se alegran por nosotros, porque saben que Sam estaba loco por volver y que Marco echa mucho de menos a su familia. Sé que va a extrañar a Connor y a Vin, pero ellos podrán visitarnos cuando quieran, igual que nosotros vendremos cuando podamos.

Dejo a Marco en casa de Vin para que pase la noche con ellos, he preparado una velada especial para comunicarle a Sam que volvemos a casa. He preparado una cena y un postre, y aunque ignoro cómo acabaremos la noche (espero que bien), la noticia le va a encantar.

—Hola, doctora ¿Qué es eso que huele tan bien? —Sam entra en casa con un ramo de flores, como casi todos los viernes, pero esta vez lo acompaña una caja de bombones.

—Hola, cariño, he preparado lasaña y una mouse de chocolate de postre. Esta noche estamos solos. —Entrecomillo ese solos con los dedos porque Zöe está en su cunita.Me he puesto un vestido ajustado en color negro, que disimula un poco mi barriguita, pero tiene un escote que con mi talla actual de sujetador resulta muy sexy a ojos de Sam.

—Estás increíble —dice pasando un dedo por el escote, consiguiendo que mi piel se erice y mi sexo toque las castañuelas.

—Mmm... Dios. No hagas eso o no cenaremos y te violaré encima de la mesa.

—Igual lo hago yo contigo, porque este vestido es un pecado y tú la más deliciosa de las tentaciones.

—Señoría, ¿eso podría considerarse un delito?

—Doctora, ¿si lo digo yo es delito pero si lo dices tú no lo es? Eso es discriminación positiva, que no sé por qué coño la llaman así. Ahora en serio, ¿qué celebramos?

—Quería esperar a después de cenar, pero en vista de que eres muy listo y no tengo más ganas de aguantar la sorpresa, te lo diré. Volvemos a casa.

—¿Cómo? ¿Vamos de vacaciones en unas semanas?

—No, volvemos para quedarnos. Está todo arreglado, salvo lo de tu plaza en la judicatura, porque no sé qué quieres hacer y no lo he podido arreglar.

—¿De verdad? —Sus ojos se han agrandado por la sorpresa y se despega de mí para mirarme de una forma que me derrite el alma, con la ilusión de un niño prendida en la mirada.

—No bromearía con algo así. Le he dado muchas vueltas a la idea de volver a casa. Marco y tú lo pasáis fatal cada vez que nos toca regresar, y yo también tengo ganas de estar con nuestras familias, que Zöe conozca a sus abuelos. ¿Por qué crees que no han venido? Les dije que íbamos pronto, aunque no les dije que nos quedaríamos para siempre. Estos días en casa he tenido mucho tiempo para reflexionar, me he agobiado por todo lo que nos ha pasado, pero la felicidad de estar rodeado de nuestras familias y amigos, y saber que todo estará bien, que nos merecemos ser felices, ha podido con cualquier mal pensamiento que haya podido tener. Soy feliz aquí, allí, y en cualquier parte en la que estés tú y los niños. Nada podrá hacernos daño nunca más. Nada, ni nadie.

—No sé ni que decir. ¿Todos lo saben?

—Sí. Anna y Vin lo llevan un poco peor, porque la verdad es que se han convertido en una parte muy importante de nuestras vidas, pero saben que nosotros somos más felices allí. Además, podrán visitar Madrid cuando quieran porque allí tendrán nuestra casa a su entera disposición. Y así nosotros también tendremos una excusa para viajar a Nueva York.

—En los últimos años, desde que estamos juntos, he sido feliz como pensé que no se podía. Nunca tendré vida para agradecerte lo que has hecho por mí. Me diste la oportunidad de ser mejor persona en todos los ámbitos de mi vida y eso, nena, nunca sabré como compensártelo.

—Siendo tú.

No añade nada más, solo coge mi cara entre sus manos y acerca sus labios a los míos, que no tardan en abrirse a ellos. Nos reconocemos, nos añoramos y sentimos todo el amor que hay entre nosotros con el roce de nuestros labios. De ese beso, donde todos los sentimientos más primitivos y ancestrales se demuestran, el ambiente se caldea y sus manos abandonan mi cara para bajar a acariciar mi cuerpo por encima del vestido. En ese momento mis tetas empiezan a hormiguear, avisando que mi peque está a punto de necesitarme. Antes de pensarlo, nuestra princesa empieza a llorar como si no hubiera comido en años, cuando apenas hace tres horas que lo hizo.

—Lo siento, pensaba darle antes de cenar y después tener unas horas para nosotros, pero como siempre que me tocas me haces entrar en combustión, se me ha olvidado.

—Yo preparo la mesa mientras tú te ocupas de la niña, así cenaremos tranquilos.

Cuando mi niña por fin decide que ya es hora de que su padre y yo comamos, la cambio y la pongo en la cuna. Es una niña dulce y muy dormilona. Cada vez permanece más rato despierta, como es habitual, pero aun así no da ruido. Es una muñeca de ojos oscuros y largas pestañas, con la piel tan clarita que parece de porcelana.

Cenamos ilusionados, haciendo planes para los próximos meses. Retomar nuestra vida en España no va a resultar fácil. Nueva York es una ciudad con tantas posibilidades, que volver a Madrid será raro al principio, pero tener a toda nuestra familia y amigos allí, no tiene precio.

Unos días antes de regresar a casa, en plena faena rodeada de cajas empaquetando nuestras últimas cosas, recibo una llamada de teléfono de España. Al otro lado de la línea se identifica de forma educada un funcionario de prisiones y pregunta por mí. Tras los saludos de rigor, me dice que Guillermo ha sufrido un accidente vascular grave y no han podido hacer nada por salvar su vida. Otra vez la culpa de no estar allí me asalta por un momento, pero cuando hablo con mi jefe, me revela que los últimos meses su salud se había resentido y no se ha podido hacer nada. Se disculpa por no habérmelo dicho antes pero creyó hacer lo correcto dado mi estado. La noticia me afecta, a fin de cuentas compartí con él una parte de mi vida. A su lado no todo fue malo, aunque lo infame superó con creces lo poco bueno que vivimos. Me da pena, porque una persona inteligente, que pudo ser brillante y tener una vida feliz, se malogró sin saber muy bien por qué. Se cierra para siempre un capítulo oscuro de mi vida.

Cuando nos despedimos de la que ha sido nuestra casa los últimos años, una parte de nosotros se quedará para siempre aquí. Nunca olvidaré el día que llegué a casa y él estaba allí, cocinando para mí,

después de dejarlo todo en España y venirse conmigo, a pesar de que lo dejé tirado. Tampoco nunca olvidaré cuando perdimos a Esperanza.

Marco está en casa de Vin, hoy cenamos allí para despedirnos. Mientras tanto, hemos aprovechado para empaquetar los últimos bártulos y dar un último vistazo a nuestro hogar, buscando si nos hemos dejado algo importante atrás. Entra Sam de nuevo en la cocina, donde sigo plantada en medio sin saber muy bien qué hacer, me rodea la cintura y acomoda su cabeza en el hueco de mi hombro.

—Parte de nuestros mejores recuerdos han sido en este piso —dice Sam cerca de mi oído, con la voz tomada por la emoción—. No creo que nunca podamos olvidarlos, pero ahora nos toca crear nuevos en casa, en nuestra nueva casa, donde crecerán nuestros hijos, donde nos haremos viejos y donde seguiré adorándote como la primera vez que estuvimos juntos. Te amo, Martina Gutiérrez. Para la eternidad.

—Y yo a ti, Samuel De la Vega. Para toda la eternidad.

EPÍLOGO

Las formas de las enfermedades son muchas y la curación de ellas es múltiple.

(Hipócrates)

El que no quiera vivir sino entre justos, viva en el desierto.

(Séneca)

Martina

—¡Samuel! ¡No se te ocurra salir por esa puerta!

—Joder, abuela. —Se vuelve con la cabeza baja. Puedo imaginar su mandíbula apretada, se parece tanto a su padre que asusta. Es cierto que tiene unos preciosos ojos verdes, como su madre, pero por lo demás podría ser Marco a su edad, incluso su forma de actuar. Sam me mira negando con la cabeza.

—No deberías ser tan dura con él, a fin de cuentas no somos sus padres, y nosotros estamos para malcriarlos.

—No pensabas eso cuando Zöe empezó a salir con su primer novio.

Los años que han pasado le han sentado genial. Si bien las canas campan a sus anchas por la cabeza de mi marido, sigue siendo igual de sexy, o al menos a mí me lo parece. Apenas ha cambiado salvo en eso. Tras jubilarnos, pasamos largas temporadas aquí, en Santillana, el sitio donde tan felices fuimos, y también donde sufrimos algún que otro desencuentro.

—Sam, sus padres lo han mandado aquí para que aproveche el tiempo no, para que esté todo el día tirado en la calle.

—Lo sé, pero pareces olvidar que su padre era exactamente igual que él, y no le ha ido nada mal, después de todo.

—Tienes razón. Voy a hablar con él, no quiero que esté enfadado conmigo.

Subo las escaleras de la que fuera la casa de mis abuelos, el ala que no reconvirtieron en hotel rural. Su puerta está cerrada, toco con suavidad.

—No quiero hablar, déjame en paz.

—Samuel... —Entro sin esperar más y lo encuentro tirado en la cama, con el móvil en la mano y los auriculares puestos.

—Te he dicho que no quiero hablar. No sé qué demonios hago aquí, donde a estas alturas casi nunca hay cobertura de alta velocidad y encima no me dejas ni ir a dar una vuelta. Esto es peor que vivir en Madrid. Al menos allí puedo jugar en línea, aquí es imposible. —Se da la vuelta para no mirarme, pero soy más cabezota que él y también insisto.

—Samuel, no quiero discutir contigo, pero estás aquí porque tus resultados escolares no están siendo todo lo buenos que debieran y tus padres quieren que pienses si es lo que quieres o no.

Sé que me oye, aunque finja que no con la vista perdida en la infame pantalla del móvil.

—Abu, no me des la brasa tú también, ¿vale? No todos podemos ser tan brillantes como mis padres o vosotros.

—Pero es que sí lo eres, solo tienes que saber lo que quieres de verdad. Tu madre es la mejor en su campo y ya sabes tu padre es uno de los mejores cirujanos oftalmológicos.

—No quiero ser como ellos, solo tengo diecisiete años, quiero divertirme, vivir mi propia vida, disfrutar y salir con…

—No hace falta que lo digas, sabemos que Lorena y tú tenéis algo. —Sam vuelve a mirarme y niega imperceptiblemente con la cabeza.

—Abuela, odio el colegio al que se empeñaron llevarme mis padres. Es elitista y trata a la gente según el dinero que tengan. No estoy cómodo, nunca he querido estar ahí.

—Llevas allí desde los tres años, ¿qué te ocurre ahora?

—Pues que ahora me he dado cuenta que no es lo que quiero. ¿Sabes que da igual lo que trabajes o no si tus padres son importantes? Este año ha llegado un chico nuevo, becado. No imaginas como se lo curra y no le ponen más que notables, en cambio yo, que he estado prácticamente sin hacer nada, no he hecho los trabajos que exigían, e incluso no me he presentado a algunos exámenes, lo único que han hecho ha sido bajarme la nota. Sigo aprobando con la gorra.

—Ese chico…

—Se llama Julián.

—Julián, ¿es amigo tuyo?

—Sí. Cuando entró estaba perdido, no se encontraba a gusto, vimos que no lo pasaba muy bien, así que Natalia, Miguel, Mel, Jota y yo hicimos piña y lo metimos en nuestro grupo. Es un tío que vale mucho la pena, y después de conocerlo todavía más. Es de lejos la persona más inteligente que conozco y de eso sabemos un poco —pone los ojos en blanco porque sus padres son muy inteligentes—. Además, Mel está loca por él, aunque no se atreve a dar el paso y él tampoco hace nada. Está centradísimo, quiere que le den una beca para irse a estudiar

fuera. Quiere ir al MIT[20] a estudiar biomedicina. Ni siquiera sabe si sus padres lo dejarán o habrá alguna beca que cubra eso. Por eso os digo, no quiero seguir allí, quiero ir a un instituto público. Estoy cansado de privilegios solo por tener una situación desahogada.

—Samuel, deberías hablar con tus padres. Si no te escuchan que estoy segura de que sí, lo haré yo. Pero mientras tanto, si me aceptas un consejo…

—Claro que sí, abuela, tus palabras siempre son importantes para mí.

—Aplícate lo que queda de curso, si cuando llegue junio sigues sin querer estar allí, lo planteas y les ofreces alternativas. Cuando tengas soluciones no te dirán que no. Pero todo meditado y cada paso marcado, ¿te parece? —Se detiene a pensarlo tan solo unos segundos, siempre ha sido de pensamiento ágil.

—Está bien. Prométeme que si no me hacen caso, el abuelo y tú me echaréis una mano.

—Lo haremos —responde su abuelo.

—Y ahora, hagamos un trato.

—Uy, yo que tú lo pensaría bien, tu abuela es la maestra de los tratos —responde mi marido, que se acaba de incorporar a la conversación, arrancándome una sonrisa. Coge mi mano con delicadeza para dejar un beso en ella.

—¿Qué me propones, abu?

—Tú estudias durante toda la mañana, y digo estudias, no estamos enredando con el móvil, ni con el portátil, y tendrás toda la tarde libre hasta la una de la mañana. —Sam me mira sorprendido.

—¿De verdad? —sus ojos enormes se abren aún más. Mira a su abuelo que se encoje de hombros y me señala con la cabeza.

Algún día, quizás más pronto de lo que a mí o a sus padres les gustaría, será un hombre guapo a reventar. Si sigue así, tendrá que quitarse a las chicas con un matamoscas. Es tan moreno como su padre, tanto en el color de su piel como el del pelo, que lleva algo largo. De tan oscuros que son sus cabellos, unos reflejos caoba le dan su particular esencia. Sin embargo, unos ojos verde casi aceituna heredados de su madre, aportan exotismo a su mirada.

—Por supuesto, pero has de prometerme que volverás a tu nivel y que le contarás a tus padres lo que te preocupa.

—Lo haré. Pero ya sabes que pienso que mis padres ya no me tienen en cuenta. Desde que Nacho murió, solo parece importarles lo que pase con Val, y me siento ignorado. También me afectó lo de mi hermano, pero ellos…

—Cariño, no es fácil perder a un hijo, ya sabes que lo intentamos todo.

—Lo sé, abu, ¿por qué crees que quiero ser oncólogo pediátrico?

Pero es que a veces siento que no existo, como si yo hubiera muerto con él, o que el hecho de no poder salvarlo hubiera sido culpa mía.

Ahora ya no es un adolescente de más de un ochenta de estatura, aparenta ser un niño asustado. Sus ojos se inundan y las lágrimas que seguro hace tiempo reprimió corren en silencio por sus mejillas. Me acerco para atraerlo hacia mí y abrazarlo.

—Shhh... —Acaricio su pelo recordándome al instante a su padre cuando tenía su misma edad—. Nunca pienses que es culpa tuya, ¿me oyes? Jamás. Eras él único donante compatible y aun así no funcionó. Nadie tiene culpa de eso. Tus padres te quieren muchísimo, pero Val es pequeña todavía y los necesita más.

—Yo también los necesito —añade hipando.

—Lo sé, mi amor, lo sé.

—Estamos aquí, Samuel, lo sabes, ¿verdad? —su abuelo, también afectado, acaricia su espalda. Nos rodea a los dos con sus brazos y los tres nos fundimos en un cálido abrazo que nos conforta.

—Gracias. Abuelos, me encanta que seáis así. Ojalá yo algún día tuviera algo como lo que os une a vosotros.

—Lo nuestro no siempre fue así, ya lo sabes —contesta su abuelo —, y la vida de tu abuela no fue fácil.

—Pero conseguisteis estabilidad contra todo y todos.

—Porque cuando encuentras a tu compañero es fácil olvidar los malos momentos. —De pronto, su móvil comienza a sonar con insistencia, con una melodía de un grupo de moda que no reconozco, pero no hace ademán de cogerlo—. Contesta a esa chica y vete. Pero por favor, ten cuidado.

Me mira sin saber en un primer momento lo quiero decir. Cuando por fin se da cuenta, un ligero rubor sube por sus mejillas.

—Abu, no estamos en ese punto, no te preocupes.

—Samuel, no existen esos puntos, tu abuela tiene razón. Da igual lo que creas en frío, las precauciones nunca están de más.

—No puedo creer que esté teniendo esta conversación con vosotros. —El rubor se hace más pronunciado todavía. Coge el móvil, escribe algo con rapidez, y deja de sonar de inmediato—. Me voy; no creo que hablar de sexo con vosotros sea normal. Pero abu, quédate tranquila, no voy a acostarme con ella. —Consigue controlar el temblor en su voz, pero sigue visiblemente nervioso.

—Está bien, pero ven, bajaré contigo —Insiste su abuelo.

—Joder, abuelo…

—Anda, hazle caso y vete, que te van a plantar. Te quiero, cariño. Recuerda, a la una como muy tarde. Si os apetece cenar aquí, llámame y prepararemos algo.

—Vale, pero no creo.

Se levanta y me da un beso en la frente, baja Sam con él y yo me

quedo un rato más en su dormitorio, perfectamente ordenado, salvo por los enormes auriculares inalámbricos que han quedado olvidados sobre la cama. En su escritorio, una foto de Nachete cuando apenas un bebé y él cuatro años mayor, antes de que la enfermedad se manifestara. En otra, Val y él con su madre sonrientes, pero con un poso de tristeza en sus miradas. Tal vez debiera hablar yo con Marco y decirle que Samuel les necesita. Sé muy bien por experiencia lo que significan son los turnos del hospital, pero no creo que en ningún momento ni Zöe ni él se hayan sentido *olvidados* por su madre, aunque tal vez debería preguntarles. Claro, que el trabajo de Sam no requería tantas noches fuera, y él se ocupaba de los niños.

Bajo cuando le veo salir por la puerta del jardín, donde Lorena ya estaba esperándolo. Se dan un tímido beso cerca de los labios, pero no en ellos. Noto que se sienten un poco incómodos, hasta que al final Samuel le tiende la mano y ella la coge también con timidez. Tal vez sea cierto, y de ahí a que decidan acostarse ha de pasar algo más que dos días, pero bueno, más vale prevenir.

—¿No has podido ser más sutil? —La voz de Sam me sobresalta.

—Joder, qué susto, algún día me dará un infarto e Iván no estará allí para atenderme.

—Ja, ja, ja, estás hecha una exagerada, como siempre. Creo que nos hemos pasado con las precauciones, a ver si ahora lo vamos a *obligar* a que se acuesten.

—Creo que tiene razón y no están en ese punto. Me ha parecido de lo más tierno la timidez con que se han saludado y cómo casi no se atrevían a darse la mano. Sam, ¿dónde está el tiempo en que era Marco quien estaba en esa misma situación y nosotros éramos jóvenes?

—En otra vida, mi preciosa Martina, pero creo que no nos podemos quejar, y siento si no me crees, pero yo sigo viéndote como la diva que entró en aquella fiesta un día de febrero, con un espectacular vestido negro que se abría demasiado al caminar. Ahora no necesitamos ese vestido, y aunque no tengamos la misma edad, tampoco tenemos los mismos problemas y te deseo igual, ¿o acaso lo dudas? Ya sé que mi fiel *vecino* de abajo ha perdido reflejos, como si fuera un viejo deportista, pero seguimos disfrutando plenamente, sin niños que se despierten, sin preocupaciones de horarios, sin casos complicados, sin que nadie interrumpa, sin prisas. No sé tú, pero creo que yo no lo cambiaría por tener menos años.

Me mira enarcando una ceja y me pega a su cuerpo, donde descubro que la excitación empieza a aparecer al igual que en el mío. Sí, sé que hay parejas que a nuestra edad apenas se rozan, pero entre nosotros queda un rescoldo que se aviva con facilidad, solo con algunas caricias o unos besos más subidos de tono.

—Y digo yo —añade muy cerca de mi oído—, estamos solos, le has dado permiso para que vuelva tarde, y desde ayer en la ducha no te he tocado ¿Y si aprovechamos?

Sonrío y me cuelgo de su cuello mientras nos besamos. Al momento, le suelto y subo las escaleras con rapidez, dejándolo en el piso de abajo con una erección más que evidente.

A veces, mis temores me hacen creer que ya no le resulto atractiva, pero entonces, una caricia, un beso, una simple mirada, nos hacen arder. Nuestra historia de amor es algo más que sexo, ya no existen maratones, noches en las que todo nos parecía poco. Ahora son horas de amarnos sin pausa, pero sin apresurarnos, ya no existe esa arrebatadora pasión de juventud que te hace arder en tres asaltos. Sin embargo, precisamente eso los hace ser maravillosos.

Samuel

Muchas veces me cuesta hacerle ver que me gusta tanto o más que el primer día, y que si no me fijo, no veo las pocas arrugas que tiene alrededor de los ojos. Es cierto que tiene una piel magnifica y sus genes son increíbles, parece tener diez años menos. Tras todo lo que pasamos con lo de Marta y Guillermo, tuvimos unos años maravillosos en los que disfrutamos no solo de nosotros, que también, sobre todo al volver a España y retomar mi plaza, sino todavía más de los niños. Para Marco el único padre que ha tenido he sido yo. Por supuesto sabe que su padre murió, pero no es consciente de nada más. Y Zöe, nuestra niña milagro, también siguió los pasos de su madre y hoy es una gran neurobióloga.

En todos esos años en ningún momento he dejado de demostrarle lo que siento por ella, pero a veces la noto ausente. Imagino que recuerda la muerte de Nacho, que dejó a Marco y a Diana y a toda la familia tocados. Aunque los chicos trataron de volver a la normalidad por Samuel y porque la pequeña Val estaba ya a punto de nacer, algo en ellos se rompió para siempre, dejándolos mutilados sentimentalmente. Hace algún tiempo que parecen haber dejado de culparse por todo lo que pasó, están demasiado centrados en su trabajo y quizás sea eso lo que le ha pasado factura a nuestro nieto. Todavía no ha dejado atrás esa etapa de rebeldía que también afectó a su padre, y que acabó el día que entró en la facultad y conoció a Diana, de la que no se ha separado ni un segundo desde entonces. Ella se quedó embarazada cuando apenas empezaban el segundo año de carrera y consiguieron con mucho esfuerzo compaginarlo todo, con nuestra ayuda y la de sus padres. Zöe, al contrario, nunca tuvo esos problemas y se convirtió en una mujer maravillosa... que se enamoró

de Connor. Sí, no creáis que me he olvidado de nuestros amigos americanos. Tras jubilarse, decidieron venirse a España y ahora viven en Menorca en una espectacular casa con vistas al mar. Lo de mi niña y Connor era casi el destino. De pequeño siempre que venía a casa se preocupaba mucho por ella, y cuando unos años más tarde vino a estudiar un máster a España, se enamoraron y están juntos desde entonces. Ella ahora trabaja en el Mont Sinaí y Connor administra los negocios de su padre. No tienen niños y no sé si alguna vez los tendrán, porque su trabajo les absorbe mucho tiempo y el resto lo dedican a estar juntos y disfrutar de la compañía del otro.

En cuanto a los demás, Juan y Lis se dieron una oportunidad y a día de hoy siguen juntos. Los abuelos dejaron este mundo hace muchos años, murieron con un par de días de diferencia, lo que no nos extrañó a ninguno porque siempre estuvieron muy unidos. A pesar de la pena, su familia lo vivimos como un tránsito en el que ya descansaron de sus numerosos achaques.

Nuestros padres siguen en Madrid, los cuatro, ya con sus achaques y sus cosas, pero por fortuna muy bien. Y nuestras hermanas y sus familias también viven allí. Nos vemos tan a menudo como podemos, siempre estuvimos muy unidos.

Nosotros nos quedamos con el Hotel, y las temporadas que pasamos aquí tenemos siempre visitas de amigos con los que compartir buenos momentos.

Si tuviera que echar marcha atrás, no cambiaría absolutamente nada de lo que pasamos, ni bueno, porque fue maravilloso y lo sigue siendo, ni malo, porque nos unió todavía más.

Nuestros hijos crecieron felices, y son unas excelentes personas a pesar de las dificultades que la vida les presentó. Y nosotros, pese a que ya no somos los jóvenes que empezaron una vida en común con la ilusión de unos niños, seguimos manteniendo la misma mirada ante ella.

Puedo deciros, y estoy convencido, que Martina también piensa que nuestra vida ha sido feliz en todos los aspectos y que, como os he dicho, ni ella ni yo cambiaríamos nada, a pesar de los malos momentos.

Una última cosa, solo un consejo de abuelo: perseguid siempre vuestros sueños. Nunca, por más que la adversidad haga mella en vosotros, olvidéis vuestra meta y perseverar. El mundo es de los que se arriesgan. Qué habría sido de mi vida si no hubiera decidido ponerme el mundo por montera y perseguir a Martina hasta el otro lado del mundo.

Fin

[1] Universidad de Málaga. Hace referencia a la novela "Mi música eres tú"

[2] Protagonista de "Cuando tus ojos se cruzaron con los míos" Eva M Saladrigas

[3] Protagonista de "Hasta el infinito…" Eva M Saladrigas

[4] N.A Aunque Zade es un artista real, todo lo narrado en este capítulo es fruto de mi imaginación.

[5] https://redhistoria.com/mitologia-griega-el-mito-de-las-amazonas/

[6] John Tomac – El mejor de la Historia para muchos

John Tomac mejor ciclista Mountain Bike USA

En cualquier lista de leyendas del ciclismo de montaña, es inevitable añadir el nombre de John Tomac. Ya han pasado más de 30 años desde que John nos sorprendiera con su primera Yeti con manillar de carretera, una geometría de lo más arriesgada que llego a utilizar incluso en campeonatos de Descenso.

Probablemente ha sido el corredor más carismático y con más estilo de la historia del mountain bike, uno de los grandes de la BTT, capaz de ganar un campeonato mundial de DH y XC el mismo año y con la misma bici.

Como ya hemos destacado antes, compartió épicas batallas con grandes nombres del Mountain Bike como Ned Overend o Tinker Juarez. Seguro que muchos estadounidenses echan de menos esta época dorada del ciclismo made in USA.

Para muchos, es con diferencia el mejor ciclista de MTB de la historia, no por sus resultados, si no por su técnica y tesón sobre la bici.

[7] El Marsala es un vino producido en la región que rodea a la ciudad italiana de Marsala (Sicilia). Recibió la Denominación de Origen Protegida en 1969..

[8] (está enclavado en la Biblioteca Marciana, sus vistas a la Basílica de San Marcos son privilegiadas, y está abierto desde 1720 sus ventanas presenciaron el esplendor y la caída de la República Venecia y las conspiraciones secretas contra el dominio francés y luego austríaco; más tarde, sus elegantes habitaciones se utilizaron para tratar a los heridos durante el levantamiento de 1848. Desde el principio, Caffè Florian ha tenido una clientela brillante. Además de ser el café más famoso, Caffè Florian fue el único lugar de encuentro de la época que admitía mujeres, lo que explica por qué Casanova lo eligió como su "coto de caza" en su continua búsqueda de compañía femenina. A principios del siglo XX, Caffè Florian introdujo el tradicional "café-concierto" europeo con una orquesta permanente que todavía hoy continúa agregando un placer considerable a la atmósfera de Florian)

[9] Hace referencia a la novela «Hasta el infinito…» Eva M Saladrigas, 2020

[10] La historia de estos personajes las podéis encontrar en «Hasta el Infinito...» Eva M Saladrigas, 2020

[11]Unidad que se usa para medir un campo magnético. A mayor número, mayor la fuerza del campo magnético.

[12] Inanna, conocida como Isthar posteriormente por acadios babilonios y asirios y como Sauska por los hititas, en ocasiones nombrada como Reina del Cielo —etimológicamente es lo que significa su nombre—, era la patrona del Eanna de Uruk y la diosa de la guerra, el amor y el sexo, aunque también se le asociaba a la justicia, el poder político, la lluvia y la tormenta.

[13] (?-Tabal, 705 a.J.C.) Rey asirio (722-705 a.J.C.). Hermano de Salmanasar V, a quien sucedió en el trono, terminó la conquista de Samaria (722 a.J.C.), iniciada por su predecesor. Derrotó en Gargar a la coalición dirigida por el rey de Hamat, y al rey de Gaza y sus aliados egipcios, en Rafia (720 a.J.C.). Conquistó Karkamis (717 a.J.C.), impuso su autoridad a los maneos, los medos y Parsua e invadió Urartu (714 a.J.C.). En 709 a.J.C. reconquistó Babilonia, y emprendió una serie de campañas contra los neohititas, hasta someter Chipre.

Intentó asegurar la unidad del Imperio, reorganizó su administración y mejoró las relaciones económicas mediante la adopción de un patrón único de pesos y medidas.

[14] https://cantabriacultural.wordpress.com/2017/04/03/mitologia-cantabra-hadas-y-brujas/

Las anjanas:

Es uno de los seres mitológicos cántabros más conocidos y apreciados. Hada bondadosa que protege a la gente honrada, los enamorados y a todo aquel que se desorienta en los bosques y caminos. Destacan por su caridad y por su belleza, con un cabello largo que adornan flores y lazos. Portan un báculo con el que realizan sus magias y curaciones.

Viven en grutas escondidas, cubiertas con suelos de oro y paredes de plata, en lasque guardan las riquezas que luego reparten entre los necesitados. Durante el día habitan los bosques y las orillas de fuentes y arroyos, y por la noche suelen acudir a los pueblos para dejar regalos en las casas de quienes los merecen por sus buenas obras.

Se dice que las anjanas son mujeres santas enviadas por Dios para realizar buenas acciones y que tras cuatro siglos regresan al cielo. Otros dicen que son espíritus de los árboles, cuya misión es cuidar de los bosques.

En Valderredible aparecen como las Hechiceras de Valderredible, mientras que en la zona de Rionansa son llamadas las Moras de Carmona.

[15] Mojón. Caca.

[16] Cerdo.

[17] La hoy conocida como Colegiata de Santa Juliana tiene su origen en la expansión del antiguo monasterio del mismo nombre, a mediados del siglo XII. Fue construido por un grupo de monjes para contribuir a la repoblación de la zona y crear una pequeña ermita en la que exponer las reliquias de la mártir Juliana, que traían consigo . Por aquel entonces la aldea toma el nombre del monasterio: “Sancta luliana”, que declinó en la actual Santillana.

Hoy en día no se conservan restos del monasterio primitivo. Se supone que era una sencilla construcción de piedra con ábside rectangular y cubierta de madera, a semejanza de otras edificaciones visigóticas o mozárabes. De la estructura actual destaca la iglesia, de estilo románico influenciada por las corrientes del sur, a partir del paso del Camino de Santiago por las provincias de Burgos y Palencia. Su fachada principal se encuentra orientada al sur y precedida de un amplio atrio, cuenta con un arco de medio punto rodeado de arquivoltas con un friso que representa al Pantocrator y una hornacina con la imagen de Santa Juliana en el friso. Sus capiteles reflejan una gran variedad de motivos florales y figurados, ambos representativos de la iconografía románica.

El claustro se encuentra situado en la fachada norte del conjunto y sus capiteles muestran los principales elementos decorativos utilizados en la época, florales, geométricos y figurados. Predominan los arcos sobre dobles columnas, aunque también se encuentran pilares de cuatro columnas, que hacen las funciones de separadores de temas. Entre los temas representados se encuentran escenas del Antiguo y del Nuevo Testamento. Cabe destacar su retablo mayor, realizado entre finales del siglo XV y comienzos del siglo XVI y que mezcla elementos del gótico flamígero y del plateresco.

[18] Supuesto trozo de la Cruz de Cristo, La reliquia fue una donación del abad de Santo Toribio al abad de la Colegiata alrededor de 1425. La donación se hizo para que los peregrinos que iban hacia Santiago y paraban en Santillana para adorar las reliquias de Santa Juliana, pudiesen adorar también el Lignum Crucis, sin necesidad de desplazarse a Santo Toribio por el Camino Lebaniego.

[19] Reanimación cardio pulmonar

[20] Massachusetts Institute of Technology

[i] Te despertaré, Pastora Soler© 2013 Warner Music Spain, S.L.℗ 2013 Warner Music Spain, S.L.

[ii] Llámame loco, Manuel Carrasco© 2019 Universal Music Spain, S.L.U. ℗ 2019 Universal Music Spain, S.L.U.

[iii] Nada es para siempre, Luis Fonsi © 2005 Universal Music Latino ℗ 2005 Universal Music Latino

[iv] Mi Marciana, Alejandro Sanz © 2013 Universal Music Spain, S.L. ℗ 2013 Universal Music Spain, S.L.

[v] Para enamorarte de mi, David Bisbal, © 2014 Universal Music Spain, S.L.
℗ 2014 Universal Music Spain, S.L.

[vi] Monstruos , Leiva ℗ (P)2016 Sony Music Entertainment España, S.L.

[vii] Otras vidas, Carlos Rivera, ℗ 2016 Sony Music Entertainment México, S.A. de C.V.

[viii] Pero te conocí, Reik℗ 2020 Sony Music Entertainment México, S.A. de C.V.

Gracias por haber llegado hasta aquí.

Tu opinión para mí es muy importante. Si te ha gustado esta historia, te agradecería que dejaras una reseña en Amazon. Para los escritores es muy importante contar con vuestra valoración, no os llevará más que un par de minutos y ayudará a otros lectores.

También podéis estar en contacto conmigo y al tanto de las nuevas publicaciones y promociones a través de Instagram @evam_saladrigas, del correo electrónico evam.saladrigas@gmail.com o el sitio web https://eva-m-saladrigas.jimdosite.com

Muchas gracias y hasta pronto.

AGRADECIMIENTOS

Después de acabar de escribir un libro, comienzo a echar de menos a mis personajes. Pero es justo al terminar con las obligadas y tediosas revisiones para dejar el libro listo para publicación, cuando de verdad empiezo a añorarlos como a un hijo que se marcha de casa para vivir su propia vida. ¿Les irá bien ahí fuera? ¿Encontrarán amigos –lectores– que sepan apreciarlos con todas sus virtudes y defectos? Martina y Samuel, así como casi todos los personajes que se mueven alrededor de su mundo, no han sido una excepción. Digo casi todos porque a alguno he terminado por despreciarlo.

Cuando comienzo a escribir una historia, en mi cabeza está plenamente desarrollada. Tiene su comienzo y su final, conozco todos los detalles, sé cómo se van a comportar los personajes y en qué momento van a interactuar con los protagonistas. A priori. Porque cuando me enfrento al teclado de mi portátil, esos personajes perfectamente estructurados, con su existencia y personalidad definidas, cobran vida propia y comienzan a tomar sus propias decisiones al margen de lo que yo tenía prestablecido para ellos. Se revelan, no quieren estar encorsetados por la trama, me discuten las decisiones que yo he tomado para ellos, conspiran, se enfrentan o se enamoran de los protagonistas intentando tener su minuto de gloria. Incluso aparecen de la nada nuevos personajes secundarios tratando de hacerse un hueco.

En el proceso de creación de «Ni la distancia podrá separarnos» ha vuelto a ocurrir. Samuel y Martina las han pasado canutas por culpa de otros personajes, los malos, que se han vuelto más malos conforme avanzaba la historia, en contra de mi voluntad. Su amor ha tenido que lidiar con mil y una piedras puestas en su camino. No lo han tenido nada fácil pero han logrado salir adelante, en ocasiones con mayor o menor fortuna, gracias a la ayuda de nuevos personajes secundarios, algunos salidos directamente de mis otras novelas, que en un momento determinado han decidido dar el salto al procesador de textos para echarles una mano. ¿Verdad, Paul?

Y ya que hablamos de mis otras novelas, los que conozcan mi obra sabrán que muchos de sus personajes están relacionados de alguna manera y, en ocasiones, dan el salto de un libro a otro para ser

partícipes en el desarrollo de la nueva historia. En esta ocasión me ha gustado saber de Hugo, Óscar y Claudia, protagonistas de «Hasta el infinito...» Sobre todo de Claudia. Lo pasó muy mal con la muerte de su hermano y su cuñada en un terrible accidente de tráfico, la cruenta convalecencia en coma de su pequeña sobrina, la misteriosa desaparición de su antiguo novio y el brutal desenlace de un sorprendente secuestro. Me hace muy feliz descubrir que ha salido adelante de la mano de Hugo, el amor de su vida, y disfrutan juntos de su amor y de su particular y numerosa familia.

Como toda historia que se precie, «Ni la distancia podrá separarnos» también ha tenido su proceso de investigación. He tratado de ser rigurosa en todas las materias que desconozco, que son muchas, y para ello he contado con la inestimable ayuda de algunas personas que se han prestado a echarme una mano. Gracias a la paciencia de mi amiga, la letrada Lola Muñoz Cobacho, he podido conocer el funcionamiento de un juzgado, las normas de desarrollo de un proceso judicial y ese mundo tan complicado que forma la administración de justicia, tan ajeno a mí. Quiero mostrar mi agradecimiento al inspector de la Policía Nacional Jorge Santos (el nombre es ficticio, no ha querido aparecer por motivos profesionales) por sus acertados comentarios acerca de la actuación de los cuerpos y fuerzas de seguridad del Estado en una investigación en curso. Me han servido de mucha ayuda para desarrollar los personajes del comisario Gutiérrez y la inspectora Alanna. A Rosa, su mujer, le debo un estupendo frappelatte en el Coffee Away. Y por último, agradecer a la doctora Gloria Navarro por enseñarme cómo son las urgencias de un hospital vistas desde dentro y el procedimiento a seguir para ejercer la medicina en Estados Unidos siendo titulado extranjero. Ya sé que no eres de frappelatte pero puedes unirte a Rosa y a mí y tomar un espléndido batido de chocolate en el Coffee Away. No puedes negarte.

Si hay alguna inexactitud o incoherencia en el libro, la culpa es solo y exclusivamente mía, en aras de acomodar los acontecimientos al desarrollo de la historia. Después de todo esto es ficción.

Y para finalizar, quiero mostrar mi especial agradecimiento a Susana y Mode, mis lectoras cero, a Merypoppins (Mar) por ayudarme a dar con el personaje de Sam, a las chicas de la lectura conjunta, Martita, Teresa, María José, Susana, Ana, Mili y Aisha por ayudarme a darle forma a los mus@s y por esos ratos virtuales tan divertidos que hemos pasado juntas. Y también a todos los que interactúan conmigo por correo electrónico, en mi web, o en las redes sociales, compartiendo mis *post* y aportando sus comentarios y sugerencias.

Muchas gracias, de todo corazón.

Acerca del autor

Eva M. Saladrigas

Eva M. Saladrigas (Tarragona) estudió Historia del Arte por la Universidad de Córdoba, ciudad donde actualmente reside. Especializada en literatura romántica, a «Mi música eres tú», su primera novela, han seguido títulos como «Hasta el infinito...» y la bilogía de Daniel y Helena «Cuando tus ojos se cruzaron con los míos» y «Y mis ojos se enlazaron a los tuyos», todos ellos éxitos de descargas

y lectura en Kindle Unlimited, junto al relato introductorio a su primera novela «Conociendo a Álex y Bea», disponible para su descarga completamente gratis en las principales plataformas de lectura.

Otros libros de la autora

Mi música eres tú.

MÚSICA, AMISTAD, RISAS, EROTISMO Y EL AMOR MÁS

INTENSO.

Cuando Bea, una estudiante de arquitectura y ballet clásico, descubre a Álex, aspirante a cantante, sus mundos colisionan haciendo que todo lo que ella creía importante en su vida adquiera otra dimensión. Meses de comentarios en las redes sociales y un pequeño accidente, hacen que por fin se conozcan en la vida real. Los sentimientos que ambos descubren logran que su relación adquiera una profundidad para la que Beatriz no estaba preparada, menos cuando la carrera de Álex empieza a despegar.

Tras años separados, de conciertos en los que Bea en la distancia admira a la estrella en que se ha convertido el amor de su vida, un inesperado día una llamada cambiará su apacible y aburrida vida. Una hija y un matrimonio fallido no serán suficientes para que el amor incondicional que ambos se tenían les brinde una nueva oportunidad.
¿Podrán superar lo que les separó en el pasado? ¿Será Beatriz capaz de olvidar los celos, las ausencias y retomar aquel amor de juventud? ¿Querrá Álex luchar por la mujer a la que nunca olvidó y que hace años lo abandonó?

Hasta el infinito…

UNA NOVELA ROMÁNTICA, DE SUPERACIÓN, SALPICADA DE INTRIGA Y EROTISMO.

Desde el preciso instante en que, aquella lluviosa mañana de mayo, Claudia irrumpe como un torbellino pelirrojo en su despacho, con un paraguas azul de corazones y unos zapatos rojos de un tacón imposible, Hugo queda completamente cautivado por su preciosa sonrisa y sus tristes ojos del color de las tormentas. Poco puede imaginar este empresario de éxito, que la publicista que acaba de entrar para una entrevista de trabajo, va a dar un giro de ciento ochenta grados a su vida. Con el tiempo, descubrirá que esos ojos tan tristes esconden una historia personal difícil de superar.

Claudia no está preparada para el amor. En los últimos meses, su vida ha quedado destrozada por una serie de desgracias, que a otra persona más débil la hubiera llevado a la desesperación. Con su espíritu optimista y su fuerte carácter, intenta salir adelante porque, además de reconstruir su vida, tiene una importante responsabilidad sobre sus hombros que no puede dejar de atender.

¿Lograrán **Hugo y Claudia** converger en un punto, donde puedan dejar atrás sus pasados y pensar en un futuro juntos?

Cuando tus ojos se cruzaron on los míos (Libro 1 de la bilogía Daniel y Elena)

¿VOLVERÍAS A AMAR A ALGUIEN CUANDO AÚN NO HAS CONSEGUIDO OLVIDAR?

El mundo de Helena, una brillante estudiante de arquitectura de apenas dieciocho años, se viene abajo al enterarse que está embarazada, a pesar de que Gerry, su chico, el amor de su vida, la apoya incondicionalmente.

Meses después, casi a punto de dar a luz, un millón de tulipanes rojos, un abultado sobre con dinero y un frío número de cuenta, le mostrarán una cruel realidad para la que no está preparada.

Con el paso del tiempo, años más tarde y en su nueva ciudad de adopción, una impresionante sonrisa y unos hermosos ojos azules la harán soñar de nuevo.

¿Logrará Helena volver a amar cuando aún no ha conseguido olvidar?

Y mis ojos se enlazaron a los tuyos (Libro 2 de la bilogía de Daniel y Helena)

UNA NOVELA ROMÁNTICA, REPLETA DE PASIÓN, DRAMA Y EROTISMO.

Parece que la vida de Helena y Daniel ha tomado un nuevo rumbo. Los niños se han adaptado a su nueva realidad y la felicidad se ha instalado en casa como una nueva compañera de viaje.

Pero como es normal, no todo son momentos felices. Una terrible enfermedad, hará que su apacible existencia se vea alterada. Además, años después, el pasado volverá para revolver situaciones que nunca debieron regresar y tuvieron que quedar en el olvido.

¿Conseguirá el amor de Daniel luchar contra las vicisitudes de un pasado lejano que creía enterrado, sin afectar a lo que con tanto esfuerzo ha conseguido construir? ¿Lograrán los fantasmas del pasado tambalear el mundo de Helena, o su amor será tan estable que nada ni nadie logrará que se resienta ni un segundo?

Si queréis resolver estas dudas, no dejéis pasar la oportunidad de conocer el desenlace de esta preciosa historia de amor.